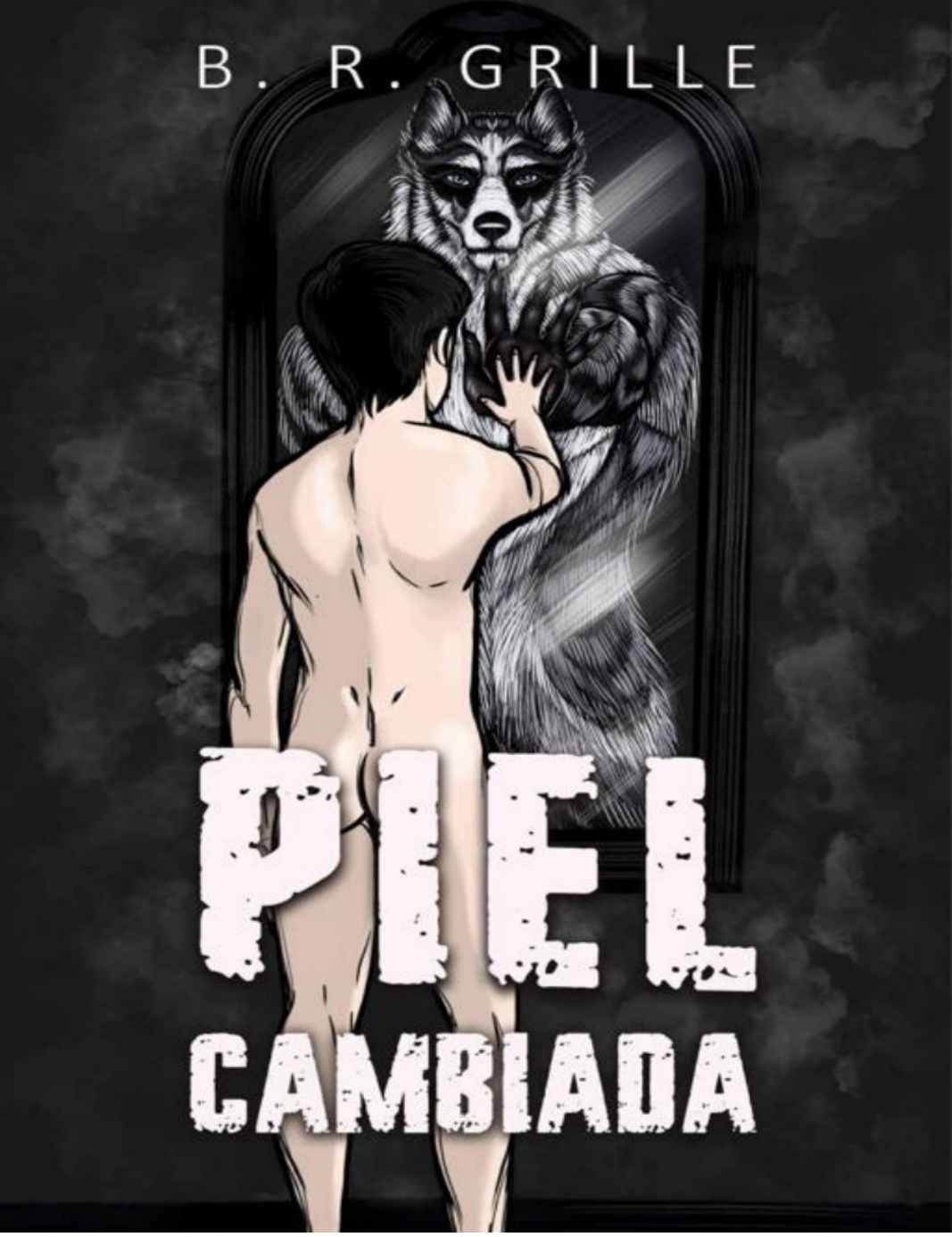
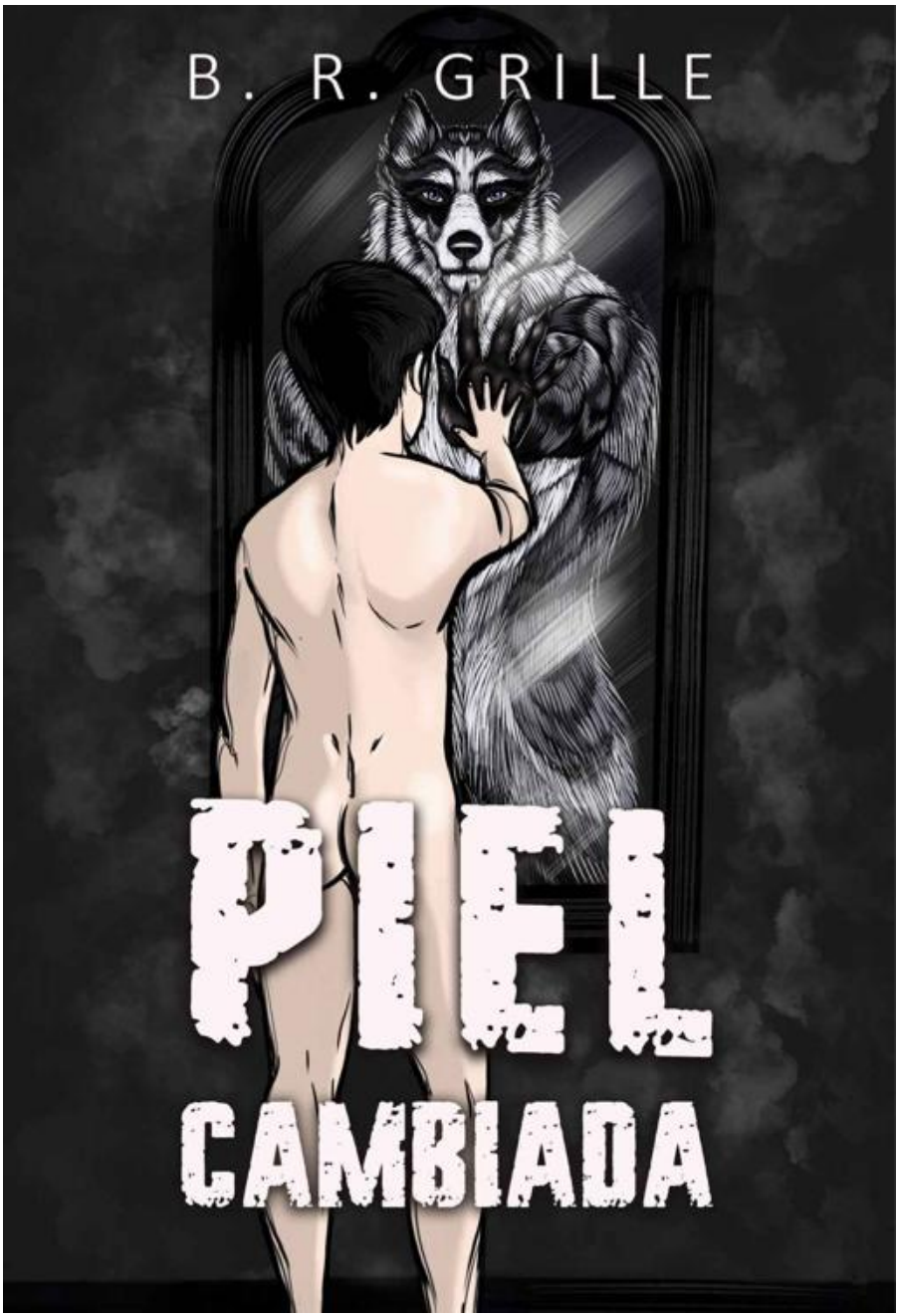
B. R. GRILLE

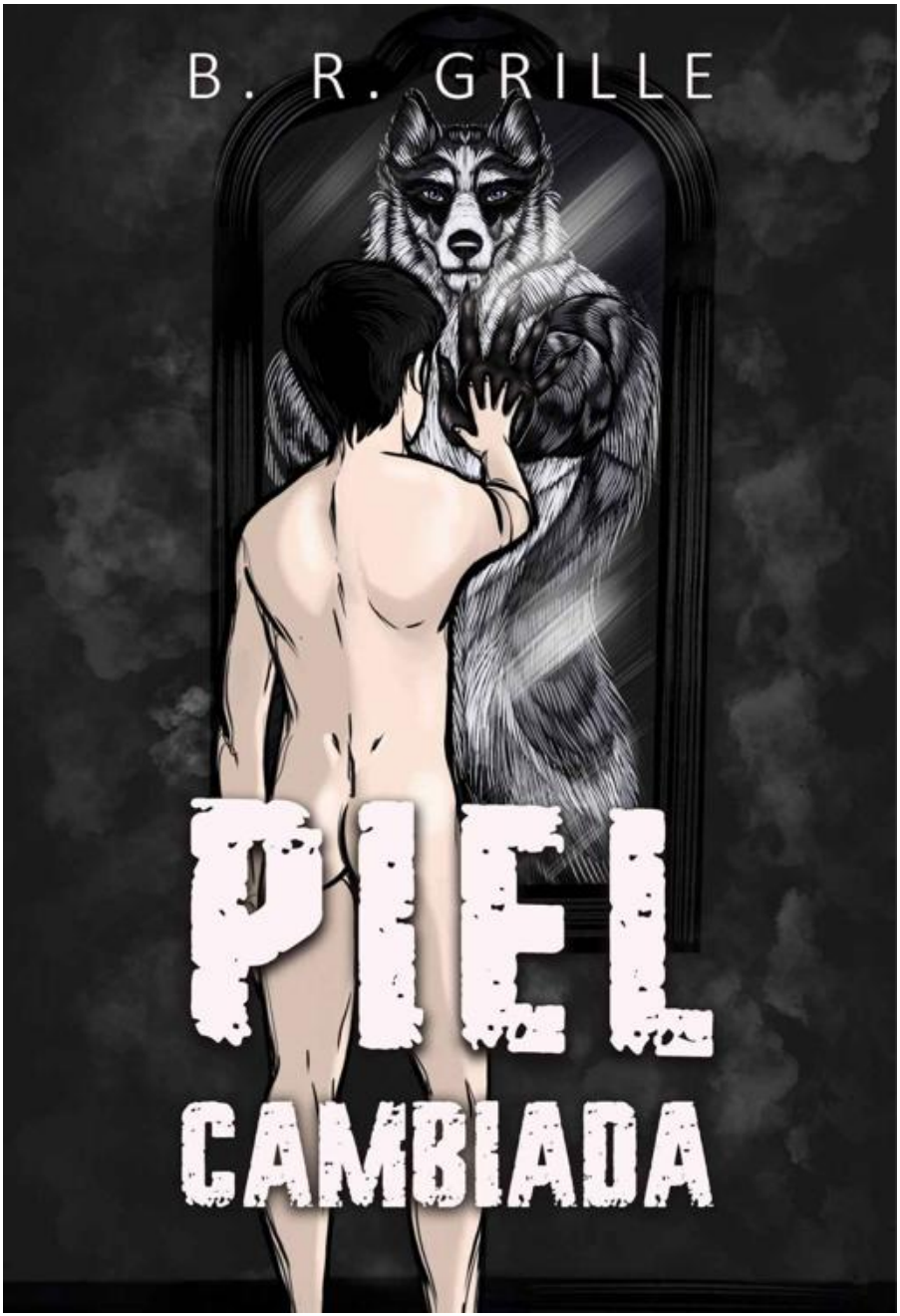


PIEL CAMBIADA


B. R. GRILLE
PIEL
CAMBIADA

Piel cambiada

Benito Grille Medina


B. R. GRILLE
PIEL
CAMBIADA

Copyright © 2023 Benito Grille Medina

Título: Piel Cambiada.
Diseño portada: Benito Grille Medina
Correccion: Charo Pérez, Javier Arriola.
Primera edición: junio de 2021
Segunda edición: enero de 2023
© B.R.GRILLE, 2023
Todos los derechos reservados
Obra registrada: 1488553
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso precio y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede der constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Contents

Title Page
Copyright
Prólogo
Rutina
Despierta, es la hora
Ajedrez mental
Vuelta a la rutina
Un sueño dentro de un sueño
Revelaciones
Yuta
Instintos
Trucos nuevos para un perro viejo
Siguiendo el rastro
Gratitud
Kiyu
Pieles
En marcha
Shaiyo
Tras el escenario
El concierto
De vuelta de todo
Psicología barata
Bailando con lobos
El culto
Lobos
El plan
¿Qué podría salir mal?
El enemigo de mi enemigo.
Misiones
Hitachi
Entre plan y plan
Ronin
Limbo
Un último viaje
Roanoke
Nómada
Acordes
Resaca
Cazado

La unión
Dos almas, un cuerpo
En casa
Epílogo
Agradecimientos
About The Author
Books By This Author

Para mi padre.
Tras cada árbol, debajo de cada piedra del mundo que construí,
hay un trocito de mi alma, hay un pedazo de ti, papá.

Prólogo

El smartphone me lanzó su letanía de todas las mañanas; si no fuera porque lo necesitaba para muchas cosas, lo habría estampado contra el suelo con la mayor violencia posible. Otro día dentro de mi ciclo, menos mal que por lo menos era viernes y al día siguiente podría descansar. Hacía un par de meses que no me enteraba de en qué día estaba viviendo. Me solía pasar cuando trabajaba toda la semana; entonces, la noción del tiempo se me antojaba algo abstracto.

Volví a tener esos extraños sueños, eran agradables pero muy raros. En ellos corría rápido, muy rápido; iba entre la maleza de un bosque persiguiendo a un ciervo hasta que lo atrapaba y, en lugar de tumbarlo en el suelo, le mordía en el cuello. Eran perturbadores y de una intensidad tremenda; sentía la velocidad del viento al desplazarme, el latido de mi corazón, la tierra en mis pies descalzos, así como el sabor de la sangre al morder a ese animal. En el reino de Morfeo, montaba a caballo y trabajaba con animales. Mi subconsciente me traicionaba mostrándome un proyecto. Me quedaba muy poco para terminar mis responsabilidades y dedicarme a mis estudios de veterinaria, solo dos años más y sería libre.

Aquel día me daría prisa, no quería prolongar mi turno al fin de semana, mi familia me esperaba.

[Paralelamente, lejos, muy lejos de allí…]

El toque para levantarme sonó como un molesto insecto revoloteando en mis orejas. Podía oler el desayuno de aquel día, lástima que me tuviera que conformar con unas insípidas raciones de viaje preparadas por ese gordo cocinero. Ella me estaría esperando con la mercancía preparada y nuestro transporte listo; la única compañía que no me sacaba de quicio y la única con la que podía hablar en aquel sitio. Antes tendría que cruzar palabras con el responsable de que me encontrara allí retenido. Para ser el encargado de ese centro, no me caía del todo mal, me asesoraba y tenía paciencia conmigo.

La vida nunca me trató bien, pero por fin podía ver la luz al final del túnel, mis plegarias habían sido oídas. Los trances que tuve a la hora de dormir me lo confirmaban, lo sentía tras los ojos, el momento estaba próximo y el cambio era irremediable. Esa sensación, ese sexto

sentido, hacía que toda mi piel se erizara de puro gozo.

Dos años llevaba allí, y en todo ese tiempo mi carcelero decía que había mejorado. «Has hecho grandes avances», me decía sin mostrar emoción alguna en el rostro. Para haber hecho grandes progresos, llevaba en la misma rutina de mierda dos años; en todo ese tiempo, no salí nunca de allí. Aquella mañana iría a hacer recados, custodiado por ella. Ella nunca dejaría que me escapase; sin embargo, yo sabía lo que siente por mí e iba a ser, sin quererlo, la cómplice de mi huida. El momento estaba cerca, muy cerca.

Rutina

Siempre que pensaba en mi día a día tenía un recuerdo que se repetía, la canción Message in a bottle de The Police; en particular, la estrofa que dice: «El amor puede arreglarte la vida o puede romperte el corazón». Esa canción, ese mensaje, me atormentaba y daba consuelo a partes iguales, me hacía tener sentimientos encontrados sobre mi propósito en la vida. De no estar en aquel trabajo, seguro que desearía tener algo a lo que aferrarme; sin embargo, el bucle en el que me encontraba cada vez me llenaba menos, necesitaba un cambio urgente. Llegaba en innumerables ocasiones a la misma conclusión: pensaba que, querer salir del camino que la vida puso frente a tus pies es algo normal, a no ser que fueras un tarado o una persona conformista hasta la médula. El problema es como tomar un desvío; una alternativa, borrar dicho sendero, salir del redil, dejar de ocupar un sitio en la cola del tedio, etc.

Muchas personas se buscaban un *hobby*, una afición o un deporte y se volcaban en ello hasta que se convierte en una costumbre y, de nuevo, vuelta a empezar. Dicho así parecía algo bastante pesimista, al final es una rutina diseñada para escapar de la rutina. La mayoría de la gente actua de esa forma en su vida.

¿Por qué estaba teniendo esos pensamientos tan profundos? Para ser honesto, no solía ser tan filosófico, soy más pragmático. Las únicas ocasiones en las que me ponía así era cuando estaba ebrio o drogado. No recordaba haber bebido y las sustancias ilegales nunca me sentaron bien. Así que, no sabía por qué estaba así, no lo entendía. ¿Qué recordaba de mi rutina de hoy? ¿Qué recordaba del día? ¿Qué recordaba? ¿Recordaba…?

Mi memoria empezó a hacerse neblinosa en mi trabajo, después de una jornada interminable de dieciséis horas. Mi «querido» jefe quería que adelantase la producción para poder librar ese finde. Tenía planes para dicho festivo con la familia y lo que menos me apetecía era estar pelando hierro un día no laborable. Recordaba estar cerca de la fragua calentando unas barras para hacer los adornos de la reja; dentro de mis obligaciones como calderero, era de las faenas que menos me pesaban por ser algo puramente artesanal. Mi archivo mental llegaba hasta el momento de haber subido la temperatura del horno para terminar antes, y ahí era donde el resto de los acontecimientos se

perdió, creo que tras un fogonazo.

Vamos a encajar datos:

Primero: probablemente había tenido un accidente en el trabajo, fruto de la magistral combinación de ir corriendo y que las instalaciones eran las mismas desde que se montó el taller. El horno ya estaba cuando mi jefe heredó de su padre el negocio, ya era antiguo cuando su padre lo instaló. No se le podía pedir mucho y yo le exigí demasiado.

Segundo: estaba semiconsciente, probablemente sedado (por eso estaba teniendo ese desliz tan filosófico), en una clínica u hospital.

Tercero: seguía pensando con coherencia, así que estaba medicado para no pasar dolor, pero no tan drogado como no para poder razonar con claridad.

Cuarto: estaba atado a la cama y un tubo me bajaba por la garganta. Respiraba por mí mismo, así que me estaban alimentando por una sonda, aunque era muy gruesa. ¿Estas cosas no iban por la nariz?

Quinto: tenía la boca hecha trizas, notaba filos en todas las piezas dentales.

Sexto: no escuchaba a nadie, con toda seguridad estaba en la unidad de cuidados intensivos. Por lo menos no tenía que compartir la estancia.

Séptimo: tenía los ojos y la boca tapados, no podía abrirla para hablar y debía hacer algo para avisar de mi reciente toma de conciencia.

Lo de hacer listas mentales no era por casualidad. Tenía un trabajo donde puedes perder miembros si no te planificas las cosas. Mi jefe no podía contar hasta diez con los dedos de las manos, en eso era un ejemplo a tener en cuenta; un mal modelo, pero uno para bien en este caso.

Por dónde iba, que me distraigo. Ah, sí, boca amordazada y manos atadas. Intentaría gemir o hacer algún movimiento a ver si alguien venía.

Intenté gritar con un tubo grueso en la boca y la mandíbula inmovilizada. El sonido resultante fue parecido al que haría un secuestrado pidiendo auxilio. La garganta me ardía al hacerlo.

Hice un gran esfuerzo para hablar con la boca amordazada, una sonda recorriéndome la garganta y los dientes llenos de filos dándome en la lengua. Durante lo que creo que fueron unos diez minutos, seguí repitiendo ese mantra; al cabo de ese tiempo, sentí unas pisadas y otra cosa; olía a animal, ¿pelo de animal? ¿¡Quién se traía una mascota a una clínica!? El malnacido de mi jefe me había encontrado medio muerto en el taller y me había llevado a un veterinario.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse detrás de la persona que entró. Las pisadas se escuchaban muy pausadas entre ellas y pesadas; si era

una enfermera, debía de ser una enorme.

—Vaya, vaya, aún es muy pronto para eso. —Era la voz más ronca y profunda que le había escuchado jamás a nadie.

La voz era gutural hasta el extremo. De un enfermero, creo; Dios…, ojalá fuera un enfermero. Por un momento me imaginé un travesti enorme metido dentro de un uniforme de enfermera sexy; eso me hizo reír. Bueno, más que reír, fue algo como una serie de convulsiones mientras gruñía.

—Vaya, le alegra verme, ¿verdad? Le daré algo para que descanse, aún es pronto —dijo con mucha tranquilidad, me hizo sentir en paz.

Noté una mano ridículamente enorme en mi brazo izquierdo seguida de una leve punción; después de eso, todo pasó del gris oscuro al negro, muy negro. Esperaba que, si alguien me tenía que pasar una esponja húmeda para lavarme, no lo hiciera él.

—Así, descanse, buen chico —dijo cerca de mi oreja izquierda chistando.

Caí en un agradable colchón de narcóticos; tenía que recopilar datos, pero todo me chirriaba, algo no encajaba. ¿«Buen chico»? Me trataba de usted y, sin embargo, me decía «buen chico»; no era tan joven. Me reí de nuevo como pude y creo que eso es lo último que pude hacer antes de perder la conciencia.

—O—

Volví a abrir los ojos, a estar despierto. No sabía qué día era; ignoraba qué hora era, desconocía la gravedad de mis lesiones, pero por lo menos ese día X no estaba atado a la cama. Me habían quitado el tubo de la boca y parecía que, mientras estaba inconsciente, me habían arreglado los dientes, pero… había algo raro. Estaba mirando al techo, pero no me podía mover.

—¿Quién eres? —dije sin querer articular esas palabras.

«Parece mi voz», pensé.

—¿Cómo suenas tú? —volví a usar mi boca, pero sin que yo la estuviera gobernando—. ¿Tendré que hablar así a partir de ahora?

Vale, estaba teniendo un *déjà vu* de un día que me dio un golpe de calor en el taller, se me bajó la tensión y parecía que estaba drogado. Me pasé media mañana haciendo unas chapuzas de campeonato y pensando en tercera persona, en plan: «Mira lo que hace, je, je, está pedo, je, je, je». Fue divertido, peligroso y estúpido por partes iguales. Recuerdo que hice un par de rejas por encargo y no había por dónde cogerlas. Lo peor fue que mi jefe las vendió al cliente como artesanales y le cobró de más.

—Lo del golpe de calor suena divertido. —dije sin quererlo, pero con un tono tenso.

Seguía siendo mi voz y me estaba empezando a preocupar. La imagen que estaba viendo a través de mis ojos era ajena a mi

voluntad, como si estuviera viendo una película.

—Puede que sea una película, pero el final no te va a gustar. —pronuncié sin querer.

«Joder, esto me está empezando a agobiar bastante», pensé.

—¿Que a ti te agobia esto? Estás lejos de saber dónde te estás metiendo.

El tono de la conversación sonaba amenazante y me desconcertaba. Intenté pensar para que quien fuera que estaba en mi cuerpo me diera respuestas.

«¿De qué estamos hablando? ¿Con quién estoy hablando? ¿Quién eres tú? Si esto es a causa de la medicación, tengo que ver qué me están metiendo en vena para otra ocasión».

La imagen que veía de forma ajena desde mis ojos cambió hacia arriba, al gotero. En la pegatina ponía sulfato morfina 20 mg/u; no parecía una dosis tan alta para mis 1,75 metros y 75 kilos. No era suficiente como para hacerme alucinar.

—Esto no tiene nada que ver con las medicinas. Fafnir me ha oído, ahora me perteneces, tú te quedas con los despojos. Gracias a Ursa estoy aquí. —Volvió a decir mi boca.

«Vale, tío… Tú y tus compis Fafnir y Ursa o como se llamen me estáis tocando las pelotas. Llama a la enfermera, quiero que me cambie la medicación, esta me está sentando regular». A ver cómo iba a negociar conmigo mismo, no era una persona fácil.

—Deja de susurrar en tu mente, te escucho igual. De momento te escucho alto y claro, pero esto no durará. Bueno… ¡Enfermera!

«Deja de hacer el tonto y usa el botón», pensé.

La imagen empezó a rotar hacia el botón al final del cable, pero cuando fue a cogerlo se centró en mi propia mano: tenía el brazo vendado hasta la muñeca. Creo que el guante me salvó de quemarme la mano, estaba bien. De forma ajena a mí, la mano se giró de palma a revés unas pocas veces.

«¿Qué estás mirando? Sigo teniendo todos los dedos, buena señal».

—Qué mano tan delicada, carente de bello y totalmente falta de garras con las que poder pelear. ¿Cómo has llegado a ser adulto sin nada para defenderte?

Volvamos a analizar la situación. Parecía que, de alguna forma, dentro de mi cuerpo había más de una persona, presencia o lo que fuera, y yo no era el que tenía el timón del barco. ¿Qué tal si empezábamos con un nombre?

«Aún no nos hemos presentado», pensé.

—Es verdad, un nombre nos ayudará a empezar a ambos —dijo ese ente muy serio—. Yo sé el tuyo, lo pone en la pulsera de tu ingreso, Raimundo Salvador Gutiérrez. El mío, por el contrario, es menos complejo: me llamo Kiyu Espósito. Eso cuando me tratan por él, la

mayoría de las veces soy saco de pulgas, mestizo, despojo o perro de mierda.

«Vaya... Así que tu familia y amigos te quieren casi tanto como yo, porque solo sé tu nombre y me estás cayendo como el culo».

—Encantador. Sin embargo, yo te quiero tanto que voy a quedarme con todo lo tuyo. Hablando de eso —dijo entre risas y con un tono amenazador.

La mano, que con tanto detenimiento estuvo observando mi nuevo compañero de cuerpo, empezó a recorrer mi anatomía. Sentía cómo me palpaba la cara y bajaba por el cuello. Sentía la mano tocándome, me estaban toqueteando con mi propia mano.

«No me encuentro bien, me siento mareado. ¿Qué pasa con el botón? Quiero agua, tengo la boca seca» —dije en mi cabeza.

—Bah, eso no es verdad. Déjame tranquilo mientras veo con lo que me quedo.

Él siguió a lo suyo mientras descendía por mi anatomía, el pecho, el abdomen y los genitales. Ahí hizo una pausa y estuvo recreándose un rato. Pasó a las piernas y terminó por los pies, en ese punto también estuvo otro momento incómodamente largo.

—Vaya, aquí tampoco hay nada para la lucha, no hay dientes grandes ni uñas largas. Los rumores eran ciertos, pero por lo menos no estás gordo ni flojo, no todo es verdad.

«Agua… Mareo»… —La cabeza me daba vueltas, como si estuviera en una centrifugadora.

—Eso sí es cierto, te estás empezando a marear y me estás haciendo sentir mal. Es hora de que te despiertes. Cuídate del Ministerio —pronunció mi boca.

La mano dejó los pies y en un rápido movimiento agarró mis genitales, apretándolos con fuerza. Sentí un dolor muy intenso que me hizo desmayarme, de nuevo a oscuras.

Despierta, es la hora

Volví a la oscuridad, a tener el tubo en la boca, a los dientes hechos trizas y boca y ojos vendados. ¡Menudo alivio! Comparada con la pesadilla de antes, esa situación era mucho mejor.

Había tenido en mis veintiséis años de vida muchas clases de sueños, desde los más inocentes en los que te caes y te despiertas con el corazón a mil hasta los de estar desnudo en la calle y no tener un hueco donde esconderte. Había tenido sueños después de una borrachera que se podrían calificar como pesadillas abstractas y muy lúcidas, pero lo de aquella noche… Bueno, eso estaba a otro nivel, creo que las drogas nunca me habían sentado bien.

—Parece que ya está despierto, ha llegado la hora. —Era la voz grave y profunda que recordaba de antes de caer en la pesadilla narcótica—. Estese quieto, voy a quitarle la sonda. Contenga la respiración un segundo, asienta si lo ha entendido, ¿vale?

Asentí. A pesar de la voz tan grave, era muy atento y me seguía tratando de usted; me hizo sentir tranquilo.

—Vale, a la de tres contenga la respiración. ¿De acuerdo? Un, dos y ¡tres!

Seguí las instrucciones y sentí la sonda serpentear por mi garganta y salir por mi boca. Todo se hizo con un movimiento uniforme, sin tirones, apenas me molestó. Cuando volví a respirar, me inundó otra vez el olor a animal y a algo más: vendas, medicinas y sangre.

—Buen chico. Voy a quitarle el vendaje de la boca y, si se porta bien, le soltaré las manos. ¡No me muerda! Asienta si le parece bien —Esta vez, su voz parecía un poco intranquila.

No sabía por qué me dijo que no le mordiese, no tenía seis años y tampoco creo que pudiese hacerle daño aunque le hiciera. Parecía algo que le preocupase de verdad, algo que una persona grande y con un vozarrón como para hacer el doblaje de un actor de acción pudiera temer.

Una a una, sentí las vueltas del vendaje; muchas vueltas, una barbaridad de vendaje, igual las protecciones no me salvaron toda la piel. Lo positivo es que tendría que afeitarme menos.

—Buen chico, sigo teniendo todos mis dedos, me hacen falta para trabajar. —Realmente estaba contento por ello.

—Aún tiene que quitarme la venda que tapa mis ojos y soltarme, le

harán falta todos los dedos. —Mi voz sonaba muy ronca, algo normal, ya que llevaba no sé cuánto sin abrir la boca, aunque notaba algo raro.

—¡Qué sorpresa! Está de buen humor. Voy a quitarle destaparle los ojos.

De nuevo, volví a sentir las vueltas del vendaje. Con cada vuelta, el gris de mi campo de visión se iba aclarando y la presión de la tela se disipaba.

—Lleva con los ojos cerrados una semana —explicó mi enfermero—, se los voy a humedecer con una gasa; después, ábralos poco a poco. Tendrá la visión borrosa, la luz en la habitación está atenuada. Tómese su tiempo.

Por fin algún dato. Llevaba una semana tirado en una cama de lo que podía ser una clínica veterinaria. Si era así, los animales que iban a este sitio estaban muy bien atendidos.

Mi enfermero, o veterinario, me pasó una gasa húmeda por los ojos y acto seguido empecé a abrirlos. Me dolían como si llevase una vida sin usarlos. Poco a poco, la silueta de la persona que me estuvo cuidando, y seguramente pasándome una esponja húmeda, empezó a dibujarse. La estancia tenía poca luz, algo que agradecí porque parecía que me estuvieran sacando los ojos.

Mis sospechas se esfumaron. En mi borroso campo de visión pude vislumbrar jaulas alrededor; aquello no parecía un hospital, más bien era el almacén en una trastienda. Cuando me recuperara, haría que mi jefe comprara un horno nuevo y lo metería dentro para probar si funcionaba.

La borrosa figura que tenía delante era grande, con melena, llevaba una bata blanca y algo brillante al cuello. ¿Un fonendoscopio? Parecía un maldito hípster pasado de rosca, es decir, tenía mucho pelo en la cara y la barba recogida con una goma para el pelo.

—¿Ha terminado de quitarme todo el vendaje? Parece que tengo algo en la cara. —Seguía teniendo la voz ronca, grave.

—Pues menos mal que aún lo conserva, sin eso no podría comer, oler, hablar ni otras muchas cosas que se hacen con la boca, lengua y los dientes.

¡Joder, joder, joder, no me había despertado! ¿Tenía otro sueño lúcido influenciado por los narcóticos? «Mantén la calma y sigue adelante», me dije.

—¿He sido un buen chico? ¿Puede desatarme? —dije intentando no trasmitir mi estado de nerviosismo.

—Depende de usted, ¿va a ponerse violento? —Otra vez el tono serio y temeroso.

—Solo quiero estirar los brazos y rascarme tras las orejas —respondí intentando acercar mi cara a la suya.

Cada vez veía más claro y a la vez con menos claridad. Mi cuidador parecía más un *hippie* pasado de rosca que un hípster, daba la impresión de que un león se hubiera trajinado a una *hippie* en una fiesta, y él fuese el fruto de esa unión.

Cuando se inclinó sobre mí para quitarme las correas, tuve otra revelación: él era el que olía a animal. Supuse que de tanto trabajar con bichos algo se le habría pegado; aunque no apestaba, olía como cuando mis vecinos lavaban al gato.

—Aún no sé su nombre —le dije mientras seguía desabrochándome la correa con esas pedazo de manos. Algo me llamó la atención, tenía el antebrazo derecho vendado.

—Sí lo sabe, Kiyu. ¿Tan fuerte le dieron en la cabeza?

La respuesta me sentó como un mazazo en la cabeza. Recordé el nombre en mi pesadilla y de repente me vino a la memoria toda la conversación con ese hijo de perra. ¿Esto era real? ¿Era un sueño dentro de un sueño? ¿Había muerto y esto era la manifestación de mi más allá? ¿Estaba teniendo un momento kafkiano? Los interrogantes en mi cabeza se agolpaban como los coches en un atasco, todos empujándose sin llegar a avanzar a ningún sitio.

—¿Me podría dar un vaso de agua? De repente me siento mal. ¡Auw! —Me había pegado un pellizco con la correa y, en lugar de decir «¡ay!», me había quejado como cuando pisas al perro sin querer.

—Lo siento, chico, tuve que ponerle las correas muy apretadas, no hacía más que revolverse, gruñir y maldecir en sueños. ¿Quién es Mundo?

—Es un amigo, me debe un par de favores. —Mundo era yo… Pero claro, no iba a discutir nada de esto hasta saber dónde estaba y poder liberarme de mis ataduras.

Inconscientemente, me estaba rascando la parte de atrás de la cabeza con la mano recién liberada. Tenía el pelo áspero y largo. Me hacía falta una ducha y un pelado con urgencia. Tenía la parte de atrás de la cabeza afeitada y creo que me pusieron puntos de sutura justo donde se une la cabeza con la columna.

—Ya está, tiene las manos libres —anunció mi anónimo enfermero.

—Muchas gracias, me duelen los codos —dije estirándome.

—Es normal, lleva nueve días inmovilizado —aclaró él.

—¿No me dijo una semana? —pregunté arrugando la frente.

Él pasó por alto mi comentario y siguió a lo suyo.

Mientras omitía el detalle de que una semana tiene siete días y no nueve, empecé a darme cuenta de que mis uñas habían crecido mucho. Pelo, pelo gris largo en mis muñecas, en mis dedos. Sin darme cuenta, repetí la rutina que mi amigo de pesadilla realizó en el hospital: puse las manos frente a mí y empecé a girarlas de palma a anverso. Manos grandes con uñas largas… Me empecé a tocar la cara.

—¡No se frote los ojos, y cuidado con la sutura de la cabeza! —dijo con nerviosismo. Me sorprendió, pegué un salto en la cama. Estaba tan absorto mirándome las manos que no caí en que seguía a mi lado.

—No se preocupe, solo quiero rascarme la nariz —dije con las manos frente a la cara.

¡Wuooooo, mal, joder, mal! Esto no era una nariz, esto es un hocico. Lo que tenía en mi campo de visión no era un vendaje, era parte de mi cara. ¿Por eso cuando me pegó el pellizco me quejé como un perro? Lengua larga, muy larga; los dientes no estaban hechos trizas, eran dientes de un cánido.

—¿Qué hay de ese vaso de agua? —dije para distraer la atención ante la mirada perpleja de mi cuidador.

—Ah, sí, ahora mismo. Primero voy a liberarle los pies y dejaré que se siente. No había tratado con usted demasiado y creo que, después de morderme, Yuta exageró sobre su conducta en estos casos.

—¿Qué le dijo Yuta? —pregunté obviando desconocer ese nombre.

—Que era dado a enseñar los dientes en situaciones de estrés —dijo poniéndome el fonendoscopio en el pecho—. Está muy tranquilo, ¿puedo subir la luz?

—Sí, los ojos ya no me duelen —mentí, me dolían como si alguien me hubiera metido los dedos, pero me podía la curiosidad por encima del malestar.

Fue a un rincón de la estancia. Detrás de una de las jaulas manipuló lo que parecía sonar como un grifo. La habitación tomó un tono ámbar más claro y entonces fue cuando todos mis esquemas se empezaron a derrumbar.

Mi cuidador no era el fruto de una fiesta donde se coló un león, era un león, un gran felino con el pelo semirrecogido, bata y pinta de médico. Parecía que se había escapado de la peli de *La Bella y la Bestia*.

Estaba empezando a sentirme mal otra vez, pero esta vez venía con una jarra y un vaso metálico cromado con algunas abolladuras. Llenó el recipiente y me lo acercó.

—Antes siéntese en la camilla, despacio —dijo el león.

Obedecí como un perro bueno. Él estaba descalzo, allí parecía ser que el calzado era opcional. Conté solo cuatro dedos en cada pie. Me acercó el vaso y con gesto cauteloso lo cogí.

—Me tiembla la mano —dije con la mayor tranquilidad de la que disponía. Si no fuera porque este ser me había tratado tan bien antes de verlo con claridad, habría tenido un ataque de pánico.

—Es normal, como ya le dije, lleva un tiempo inmovilizado.

Al acercarme el vaso me di en los dientes, me hice daño y se me derramó un poco de líquido. Después lo intenté pausadamente y empecé a beber, aunque se me hacía difícil cerrar los labios con ese

pedazo de boca. Después de terminar el agua, miré directamente a mi cuidador. Me gustaban los animales, pero no sabía decir si era guapo, feo o el estándar para su raza. El caso era que estaba bien acicalado y su cara me transmitía tranquilidad. Todo era muy abstracto, pero se parecía a los gatos esos Maine Coon con rostro humanoide.

—¿Podemos tutearnos? —le dije mientras me relamía el agua con esa pedazo de lengua cánida.

—No sé si deberíamos. Después de que casi me arranca el brazo, quise poner un poco de distancia entre nosotros —respondió mientras se frotaba el vendaje.

Cada vez que hablaba se le veían un par de colmillos grandes dentro de esa cara de león con unos ojos verdes esmeralda; era raro, aterrador y fascinante por partes iguales. Si no hubiera hablado con él antes de verlo, habría estado meándome de miedo encima.

—No recuerdo haberte mordido, pero si es así, lo siento mucho —dije agachando la cabeza.

—Lo hizo, tuve que meterle los dedos en los ojos para que me soltara, por eso el vendaje y a eso se debe mi preocupación por su vista.

Vaya, eso lo vi en una pelea de perros donde un pitbull agarró a otro perro y no lo soltaba, el dueño le tuvo que meterle los dedos en los ojos hasta casi cegar al can.

—¿Por qué te mordí? —Estaba intentando que se relajase conmigo y empezara a tutearme.

—Te recogí del suelo, te habían golpeado detrás de la cabeza y estabas sangrando. Te dije mi nombre y a qué me dedicaba, pero creo que me confundiste con tu agresor. Estabas fuera de ti, parecías una bestia más que un racional. —Había conseguido que dejara el tono formal. Bestia y racional, otro dato.

Miré a mi alrededor ahora con la habitación más iluminada. Recorrí toda la estancia y después me quedé mirando a mi cuidador.

—Tengo muchas preguntas. —Como, por ejemplo, en qué momento me había metido en una peli de Disney.

—Yo no tengo todas las respuestas, solo me dedico a tu cuerpo; para el resto vendrá Laila, mi compañera. Por cierto, me queda una última cosa que hacer contigo; túmbate de lado en la cama mirando hacia mí.

Seguí sus instrucciones diligentemente como un «buen chico».

—Eso es, buen chico. —Casi que me hizo gracia, supuse que sería algún truco psicológico de manual para tratar con cánidos.

Me levantó la bata de hospital y me dijo que la aguantase. Al mirar abajo, vi que tenía otro tubo metido por la uretra.

—Voy a sacarte la sonda. Puede ser algo molesto, si duele, avísame.

Según comenzó a tirar de la sonda, casi sin querer, empecé a gemir como un perro pidiendo comida. Intenté reprimirlo, pero por más que

me tapaba la boca seguía con ese quejido lastimero. Cuando salió entera, no pude evitarlo y le espeté a mi cuidador:

—¿Buen chico?

—¡El mejor! —exclamó él con una sonrisa.

Sentí algo moviéndose detrás, en la parte baja de mi espalda. Me giré y resultaba que era un rabo, sí, un rabo blanco y gris moviéndose de un lado a otro, como cuando le dices al perro «Eres el mejor» o «Qué bueno eres». Eso me divertía y me irritaba a la vez.

—Por eso los cánidos sois malísimos jugando a las cartas, se os ve una buena mano a kilómetros. —Me hablaba entre risas haciendo referencia al sistema métrico decimal, otro dato.

—Vaya… Me dedicaré a otros juegos entonces.

—Laila vendrá enseguida, ¿puedes ponerte de pie?

Me incorporé poniendo primero un pie y después otro en el suelo. Mi cuidador, que seguía sin decirme su nombre, me cogía las manos; me di cuenta de que sus manos tenían casi el mismo tamaño que las mías. Al ponerme de pie, mi sorpresa fue que solo apoyaba la almohadilla delantera y los cuatro dedos en el suelo. Al erguirme, me di cuenta de que le sacaba unos centímetros al felino; por eso tenía esa cautela conmigo, era una amenaza por el tamaño.

—Necesito un espejo, ¿cómo me veo? ¿Parezco un saco de pulgas al que han molido a palos? —pregunté como una ametralladora.

Hubo un pequeño lapsus de tiempo en el que aquel león permaneció con los ojos cerrados.

—Para ser un perro grande que se ha llevado con un coma inducido una semana no te ves mal, has perdido peso y puedes que estés famélico —dijo esas palabras un poco desorientado.

—No siento mucha hambre, la verdad. —Después de decir eso, mi estómago empezó a gruñir.

—Otra cosa que me fascina de los cánidos, aparte de su sinceridad, es su apetito. Le diré a Laila que venga con una bandeja de comida, así podrás charlar con ella sin preocuparte por tu estómago —me dijo riéndose.

—Parece una cita. —Otra vez mi rabo se movía.

—Muy bien, antes vamos a dar un par de pasos y a comprobar tu motricidad.

—¿Antes me podrías decir tu nombre? —Creo que agaché las orejas y todo cuando le dije eso.

—¿De verdad no te acuerdas? Sí que te dieron fuerte en la cabeza. Me llamo Juan y soy enfermero en el sanatorio del Ministerio del Cambio de Yokaido.

Era un nombre propio muy común, no solo de donde yo venía, si no que era un nombre humano. En todo ese tiempo, otra cosa que había pasado por alto era que esa criatura hablaba mi idioma y sabía de

medicina. Las luces parecían eléctricas, la estancia estaba en ladrillo visto, las jaulas tenían una manufactura antigua. Había un batiburrillo de cosas antiguas y modernas en aquel sitio. Mi enfermero empezaba a impacientarse y seguía sosteniéndome las manos.

—¿Vamos a bailar? —dije para quitarle hierro al momento.

—No creo que me puedas seguir el ritmo y no eres mi tipo, me gustan más los felinos, aunque como cánido tienes un pase. Vamos a hacer una serie de ejercicios.

Me hizo hacer sentadillas, tocarme la nariz con la punta de los dedos, que me agachase y me tocase la punta de los pies, andar con los ojos cerrados y los brazos en cruz, etc. Era un reconocimiento médico moderno en toda regla, todo me chocaba muchísimo.

—Bueno, a nivel de motricidad no tienes nada estropeado, pero por el momento vamos a dejarlo. Ahora vendrá Laila y te hará una pequeña prueba psicológica. Siéntate y no hagas ninguna tontería.

—Muy bien. ¿Si me porto bien, me darás una chuche? —agaché la cabeza e intenté poner cara de perro bueno.

—Ya eres mayorcito para eso, pero eres muy simpático, así que… — Sacó de uno de los bolsillos de la bata lo que parecía una gominola y me la tiró.

Mi reacción, en lugar de cogerla con la mano, fue comérmela al vuelo. ¿Otro desliz de perro?

—Buenos reflejos, con esto último hemos terminado, intenta descansar y cuídate.

—Juan, muchas gracias por todo y perdón por lo del brazo. Siento mucho haberte mordido.

—No pasa nada, gajes del oficio. —Creo que antes de salir de la habitación le escuché ronronear, parecía un tractor a ralentí.

Ahora que tenía algunas respuestas, me llegaban cada vez más dudas. ¿Cómo había llegado allí? ¿Realmente estaba allí? ¿Era otro sueño inducido por las drogas? Si eso era real, ¿qué clase de persona, animal o lo que fuera era el tal Kiyu? Y si aquello era todo auténtico, ¿qué estaría haciendo él con mi cuerpo y mi vida? Una cosa estaba clara, cuando le llamé hijo de perra no me equivoqué demasiado.

Ajedrez mental

Caí en la cuenta de que aún no me había mirado en un espejo, no sabía que pinta tenía mi cara. Reparé en el vaso que me trajo mi enfermero, lo cogí e intenté saciar mi curiosidad. La curvatura del recipiente deformaba todos los rasgos de lo que podía ser mi nueva cara, pero por lo menos tenía una idea básica de lo que era Kiyu. Parecía ser un husky, pero no el típico blanco y negro, tenía un antifaz negro en los ojos y el hocico gris claro. Ese mismo tono de pelaje lo tenía en el pecho hasta los genitales, el resto del cuerpo lo tenía de un gris más oscuro. Me estuve palpando un buen rato; a diferencia de mi cuerpo humano, en este solo había pellejo y unas articulaciones finas y fibrosas, era el cuerpo de un perro grande.

Otra cosa que me llamó la atención fue que me podía lamer la nariz. Lo hice un par de veces; el sabor no me gustó, aunque podría prescindir de pañuelos en una emergencia.

Estaba tumbado en la cama y se me ocurrió hacer algo que solo los perros pueden hacer: lamerme las pelotas. Me pareció una ocurrencia divertida dadas las circunstancias. Me puse de lado en la cama, levanté una pierna, me giré hacia mis nuevos genitales y, justo cuando saqué la lengua para ejecutar mi plan, se abrió la puerta de par en par. En ese momento, a pesar de no ser creyente, recé a Dios para que en el dintel no estuviera Laila.

—¿Quiere que vuelva más tarde? Le dejo solo… cinco minutos —Tenía una voz dulce y melosa, esperaba que fuera lo único bonito que tuviera.

Cuando me di la vuelta, de pie en el umbral de la puerta estaba parado lo que parecía un labrador, pero en el cuerpo de una mujer diez, enfundada en un traje chaqueta bajo una bata blanca. Eso me hizo sentir más miserable aún.

—No, pase, me estaba asegurando de que todo estaba en su sitio —dije sin pensar demasiado, lo cual me hizo sentir más desgraciado todavía.

—Muy bien, supongo que lo que estaba haciendo puede continuarlo después —respondió con un tono gélido y cara de pocos amigos.

Se sentó en el mismo taburete en el que estuvo Juan, pero lo ajustó a su altura. Me llegaría por un poco más del hombro, mediría 1,70 metros.

—¿Usted es Laila, la psicóloga?

—Correcto, y usted es Kiyu, el lobo mestizo que al que le gusta parar objetos contundentes con la cabeza, ¿correcto? —No sabía qué esperaba conseguir, pero estaba siendo muy borde.

—Creo que sí, hasta hace solo un momento sabía solo mi nombre, ahora sé que soy medio lobo medio… ¿perro?

—¿Tiene problemas de memoria a medio o corto plazo? —El tono seguía siendo muy seco.

—Si se refiere a que no sabía ni cómo me llamo hasta que me lo dijo el enfermero, sí, tengo problemas de memoria.

—Muy bien, voy a hacerle una batería de preguntas y de sus respuestas dependerá si se vuelve con su tutor legal o lo derivamos a otro centro regido por el Ministerio.

—¿Mi tutor legal? —El «Ministerio», el dueño de aquel cuerpo me recomendó cuidarme de él.

—Sí, la persona que se encarga de su manutención, formación y demás necesidades que le valgan para ser un individuo de provecho en esta, nuestra sociedad —expuso de forma cortante y ordenada.

Según dijo «provecho», me acordé de la bandeja de comida y el estómago volvió otra vez a rugirme.

—Vaya, ¿tiene alguna otra necesidad que le urja satisfacer en este momento? —Creí ver que movía el rabo ligeramente.

—¿Por dentro se lo está pasando bien?

—¡Me está costando horrores ser profesional en este momento! —dijo doblada de risa en el taburete. Tenía una risa chillona y contagiosa, el rabo se le movía ahora más rápido.

—¿Por qué estaba siendo tan borde conmigo? —pregunté indignado.

—Porque mordió a Juan. Todo el mundo quiere a Juan, es un gatazo adorable.

—Me disculpé con él, creo que me ha perdonado.

—Sí, vino el pobre ronroneando. Le has gustado a pesar de ser un cánido.

—¿Cómo que le he «gustado»? —volví a preguntar, esta vez puse la cara de lado.

—Pues eso, es un gatazo adorable y le gustan los machos. —Machos, no hombres, otro dato. Vale, vale, mucho que asimilar, león antropomorfo, enfermero y gay.

—Yo soy más de hembras, pero me siento halagado, es un gato muy guapo.

—Te puedo tutear, ¿sí? —Vaya cambio de registro. Lo agradecí, aunque había algo que me hacía saltar las alarmas.

—Pues claro, mejor así.

—Te voy a traer ropa y nos entrevistaremos mientras cenas en la

cafetería.

—¿Es una cita? —Otra vez el rabo se me movía.

—Todo depende de ti. Vuelvo en cinco minutos, llamaré antes de entrar.

—Auch, qué cruel.

Se marchó entre risas y moviendo el rabo.

Espera, había dicho cinco minutos, no dentro de tres parsecs ni nada raro. ¿Sistema horario como el de mi casa?

Al cabo de lo que creo que fueron esos cinco minutos, llegó con una especie de chándal tono gris con una franja naranja en el lateral. No me dio ropa interior. Tenía impreso el logo del Sanatorio del Ministerio del Cambio, una especie de escudo con un dragón de fondo.

—Pruébate la ropa, creo que te vendrá bien —me dijo mientras se quedaba enfrente de mí sin moverse.

Empecé a recordar una entrevista de trabajo que tuve con una gestoría en la cual el psicólogo empezó igual, siendo un borde y terminando como si fuera mi colega. No pasé la prueba y no conseguí el trabajo.

Debía tener cuidado en mi forma de actuar. Igual allí la desnudez no era algo que había que ocultar, no era algo vergonzoso. Y lo del Sanatorio del Ministerio del Cambio me sonaba a campo de concentración para gente que aterrizaba en aquel zoo con un cuerpo prestado.

Uno a uno me fui quitando los lazos de la bata de hospital y terminé de pie desnudo frente a esa perra tan mona que no me quitaba ojo de encima.

—Ahora entiendo por qué le gustaste tanto a Juan. —Creo que lo dijo porque me vio incómodo, pero me estaba pegando un repaso.

Esbocé una leve sonrisa y empecé a vestirme. Los pantalones tenían una abertura con velcro en la parte posterior. Quería ponerme la ropa de la forma más natural posible para no levantar sospecha alguna, y conseguí vestirme como si hubiera tenido rabo y garras toda la vida.

—Muy bien, nos vamos. —Se levantó de la silla y me señaló la puerta.

—¿Tú no me vas a decir «buen chico»?

—No, eso solo funciona cuando te lo dice un racional de una especie diferente.

—¿Por qué estoy metido en lo que parece un almacén para utillaje?

—Porque decías cosas raras, gritabas mucho y enseñabas los dientes. Aparte de que eres un perro muy grande y dabas miedo a las enfermeras, a los médicos y hasta a los azulejos de las paredes.

—Siento haber sido un incordio —dije agachando las orejas.

—No te disculpes todavía, aún puedes dar más problemas. —Estaba siendo muy amable, pero seguía teniendo algo que me decía que no

me fiase de ella.

Abrió la puerta. No estaba cerrada con llave, pero detrás de la puerta y a ambos lados había dos figuras uniformadas, un cánido y un ¿gorila? A esas alturas, empecé a tomarme las cosas como el que está bebiendo de una fuente, a tragar sin ahogarme.

Noté que Laila no me quitaba ojo de encima. Lo iba a tener realmente complicado para engañar a un psicólogo con el detector de emociones que tenía justo encima del culo. En ese momento se me metió entre las piernas.

—No les hagas caso, están aquí para que no te pase nada malo. ¿Recuerdas que te agredieron? —Había pasado de tono seco y cortante a jovial y despreocupado en un lapsus muy corto, me hacía saltar todas las alarmas.

—Es bueno saberlo, habéis estado cuidando muy bien de mí. —No me creía ni una palabra que salía por su boca, ella no era mi amiga.

Seguimos andando por un pasillo con escasa iluminación que tenía cajas y camillas en el lateral izquierdo. Subimos un piso y la cosa cambió. Había una gran afluencia de «gente» en lo que parecía la planta baja de ese Sanatorio del Cambio.

Como en cualquier hospital, había mostradores, salas de espera, médicos y enfermeros yendo de aquí para allá. No paraba de repetirme el mantra de «no te fijes en nada, no te centres en nadie», pero era muy difícil, parecía haber aterrizado en un zoológico donde los animales son los que vienen a ver a los humanos, era todo muy rocambolesco.

Los olores eran otra de las cosas que me tenía saturado. No sabía a qué animal pertenecía cada olor, pero los podía diferenciar con claridad. También me venía el olor a comida; el estómago me empezó a gruñir otra vez.

—Enseguida llegamos, solo un poco más —dijo Laila de forma casual, no se le escapaba ni una.

Después de lo que me pareció una eternidad, llegamos a la cafetería del sanatorio. Era grande y había una gran variedad de mobiliario, de distintos tamaños, y muchos tipos de animales allí, desde pequeños herbívoros hasta grandes felinos. La diversidad era fantástica, como un safari fotográfico.

—Bueno, siéntate aquí, iré a por la cena —dijo ella señalándome el asiento.

Los asientos metálicos tenían respaldo, pero estaban anatómicamente diseñados para poder sentarte sin que el rabo te molestase. Vi a Laila alejarse en su traje chaqueta ceñido y empecé a tener pensamientos impuros; de cuello para abajo, era un cuerpo humano con unas curvas bien marcadas.

—Espero que te guste el menú de hoy, es carne de venado estofada

con verduras salteadas. De postre tienes pudin. Te iba a traer el otro menú, pero tenía huevos y ya de eso vas servido. —Volvió a reírse.

—¿Me vas a dar mucho con el tema ese?

—¿Tú qué crees? Ha sido muy gracioso. Deberías haberte visto la cara —dijo entre risas.

Tenía buena pinta, pero justo cuando iba a coger los cubiertos pasó un ciervo enchaquetado con pinta de visitador médico junto a nuestra mesa, por poco hizo que se me cayese la comida de la boca. Supuse que la carne no venía de ningún «racional» y que en el mundo Disney ese había animales normales a los que se cazaba o criaba para su consumo por otros animales pensantes. Si duraba allí el suficiente tiempo, puede que viera a un perro paseando otro perro, o a un caballo a lomos de otro caballo. Cuando viera eso, o me descojonaba o me desquiciaba.

—¿Quieres que te haga las preguntas antes o después de comer?

—Puedes hacérmelas durante, si lo deseas. —Me marqué un órdago con esto último.

—Como lo desees. Empecemos.

Sacó un portafolios y lo que parecía un bolígrafo acompañado de un impreso. Creí que iba a estar escrito en runas, kanjis o en romulano, pero estaba en un perfecto alfabeto latino; otra razón más para pensar que el cosmos estaba organizando viajes a furrolandia con precio de oferta.

Seguía detectando el olor de los uniformes de los dos agentes que estaban en la puerta de mi habitación, así que escapar de esa encerrona no era una opción. Además, ¿escapar a dónde? Sabía mi nombre, que era medio perro, medio lobo, y que estaba siendo tutelado por alguien llamado Yuta, que podría ser otro cánido, un felino, un úrsido o vete tú a saber qué.

—¿Sufre de amnesia, se ha olvidado de un periodo de tiempo concreto, personas y/o información personal? —empezó ella a preguntar.

—El venado está riquísimo, y las verduras están para matarse; o eso, o es que tengo muchísima hambre. Ah, sí, no me acordaba ni siquiera de mi nombre. Tampoco de haber mordido a Juan.

—¿Sensación de estar fuera de ti, tus emociones no son tuyas?

—Qué va, sigo en el mismo sitio y sigo siendo el mismo —dije intentando parecer convincente.

—¿Ves tu vida en tercera persona, como si estuvieses viendo una representación? —En ese momento se me hizo un nudo en la garganta y casi me atraganto con el guiso.

—No, pero eso sería muy jodido, puf… —«Sigue comiendo, sigue comiendo…», me dije.

—¿Tienes un sentido confuso de la realidad?

—De momento no, pero sé que con este plato me voy a quedar con hambre. —No paraba de pensar en que no engañaba a nadie.

—¿Sientes estrés por cómo está todo esto afectando a tu vida?

—Si te digo la verdad, sí, me lo estoy tomando lo mejor que puedo, pero solo quiero volver a mi rutina e intentar recordar quién soy. —Parte de eso era verdad.

—¿Tienes problemas para sobrellevar el estrés emocional o profesional?

—A ver, esta situación no es cómoda, pero me lo estoy tomando lo mejor posible. En cuanto al estrés profesional, no sé cuál es mi oficio —afirmé, siendo esto último cierto.

—Muy bien, pues hemos terminado, tengo todos los datos que me hacían falta para tu evaluación —dijo Laila ordenando sus papeles.

—¿Vuelvo a casa o tengo una celda acolchada reservada solo para mí?

—Lamento decirle que, según los resultados de la prueba y el informe que voy a presentar, le quedan algunos meses más bajo la tutela de Yuta, por lo menos hasta que cumpla mayoría de edad y decida su propio futuro.

—Me vuelves a tratar de usted, ¿tan malo es el tal Yuta?

—Sus estadísticas con respecto a los chavales que ha tutelado dicen que es una persona que sabe hacer su trabajo —aclaró Laila—. Ha enmendado a muchos niños perdidos y los ha hecho adultos bastante válidos para nuestra sociedad. No he tratado personalmente con él, así que no sé qué clase de persona es. Espero que quien quiera que te haya agredido lo deje estar y no nos devuelva otra vez a un perro maltrecho.

—Otra cosa: Juan me dijo que tú me darías respuestas.

—Ah, sí, me toca a mí ponerte al día de tu propia vida —dijo soltando un suspiro.

—¿A qué me dedico? ¿Dónde está mi familia? ¿Soy mestizo de qué razas? ¿Qué clase de persona soy en esta sociedad? —pregunté de carrerilla, apenas respiré.

—Vaya, casi me has preguntado «cuál es el sentido de la vida» —respondió ella resoplando.

—Con que me respondas un par de preguntas me vale, ahora mismo mi vida es un sinsentido.

—Pobre chico extraviado… Bien, le daré un poco de luz a tu existencia. —Sacó de su maletín otro portafolios con lo que parecía un dosier que llevaba mi nombre, foto y un número que podría ser el DNI de ese peculiar zoo—. Bien, eres fruto de una incursión de nuestros queridos amigos del Culto del Instinto Feral, que son básicamente racionales que viven como animales salvajes. Ellos renuncian al progreso, la medicina y todo lo que sea ponerte la vida más fácil en

pos de la «pureza de la vida». A lo que no renuncian es a atacar villas, matar, robar y violar. Eres fruto de una violación y tu madre no pudo criarte por que, según ella y lo que pone aquí en el informe, eres la viva imagen de su violador.

—La mala semilla, vale. Eso dice de dónde vengo, pero no quién soy.

—Correcto, lo que dice quién eres es el dosier de la policía y los informes de los orfanatos y casas de acogida en las que has ido creciendo.

—Me da a mí que no he sido un «buen chico».

—Pues, la verdad, no mucho. El dosier dice desde que mordías a los otros niños en la guardería hasta que llegabas a amenazar con aullar por la ventana para que tu padre viniese y asolase la casa de la familia que te tenía en ese momento. El único sitio donde has durado más es con Yuta, en su centro, trabajando con animales.

—Joder… —Sin quererlo me derrumbé y empecé a llorar, no sabía bien por qué.

Laila se levantó de su silla y se puso a mi lado. No sé de dónde sacó un pañuelo, pero me secó las lágrimas y me pasó una mano por la espalda. Tuve la tentación de abrazarla, pero la nariz me moqueaba y estaba montando una escena. Ahora sabía por qué Kiyu era así de retorcido. Estaba llorando por él, no pude evitar sentir empatía. Su vida no había sido fácil solo por nacer medio lobo.

—¿Por eso el resto de racionales me miraba mal? ¿Es por qué soy un lobo? —pregunté como pude entre sollozos.

—Eso es algo con lo que tienes que vivir, Kiyu. Lo que eres no te define como persona —dijo Laila secándome las lágrimas.

El contacto de su mano en mi cara hizo que me tirara a su hombro y volviera a llorar.

—Vamos, tranquilo, no pasa nada, sé que es mucho para asimilar de golpe —continuó diciendo mientras me sacaba de encima de ella—. Si te sirve de consuelo, el golpe que te han dado en la cabeza te ha hecho mejor racional. Por lo menos, de momento estás más apaciguado; igual cuando recuperes la memoria también quieres venir a aullar aquí para que quemen este sanatorio.

Eso me arrancó un par de carcajadas entre llantos.

—No creo, me habéis tratado mejor de lo que me merezco, el tal Yuta tiene que ser un puñetero santo.

—¿Un santo?

Mierda, había bajado la guardia demasiado y esa gente quizá no tenía deidades ni cosas de esas.

—Que tiene que ser un salto en cuanto a paciencia respecto a otros tutores. —Cambié la palabra «santo» por «salto» sobre la marcha, no sabía si iba a colar.

—Sí, la verdad es que a pesar de su naturaleza es todo corazón. —Probablemente no había colado, igual iba derecho al campo de concentración—. ¿Quieres comer algo más?

—No, se me ha quitado el hambre y tengo algo de fatiga, ¿podríamos salir a tomar el aire?

—Sin problema, cuando quieras.

Me levanté y ella hizo lo propio. Con el rabillo del ojo, vi a mi izquierda que dos figuras uniformadas se levantaban de sus asientos al unísono. Mi olfato me podría sacar de más de un aprieto, no me convendría resfriarme nunca.

Al salir del comedor pasé por un pasillo acristalado; estaba oscureciendo y pude mirar mi reflejo en las ventanas: era un perro enorme en el cuerpo de una persona esbelta. Cuando tuviera un espejo me dedicaría a mirarme con más detenimiento.

Salimos a lo que podría decirse la parte trasera del sanatorio, donde tenían una zona ajardinada con árboles, parterres, flores y caminos bien cuidados. De la vegetación no me llamó nada la atención, los troncos de los árboles eran marrones y las hojas eran verdes, las flores olían a néctar y tenían colores llamativos, la hierba olía a hierba y también tenía el mismo color que en casa. Supuse que lo que funciona en un planeta también podía funcionar en otro.

Respire profundamente y me vinieron muchos matices; olía a muchos animales y también a las plantas. Miré al cielo y vi dos lunas, una muy parecida a la de la Tierra y otra de mayor tamaño y alejada. Dichas lunas no daban mucha luz, no me proyectaban sombra, pero aun así podía ver a bastante distancia con poca luminosidad. ¿Otro superpoder perruno?

—¿Mejor ahora? —No me di cuenta de que mientras andábamos Laila me estaba cogiendo del brazo.

—Mucho mejor, has sido muy amable. Creí que después de hacerme el test ibas a ponerte en plan «profesional» conmigo.

—Vaya forma más correcta de decirme «como una mala perra».

—Yo suelo emplear la frase hecha «mal follada», pero sí, esa también me vale.

—¡Oye, ¿pero qué dices?! No fui tan borde.

—Sí lo fuiste, fuiste borde, borde de manual. Me sentí como un perrito de treinta kilos en ese momento.

—Suelo ser bastante correcta con mi trato a los pacientes, y suelo ser muy profesional, pero le caíste bien a Juan hasta el punto de que se hubiera acostado contigo y eso me hizo relajarme mucho. No se suele equivocar con los racionales, tiene ese molesto instinto felino y si vio algo bueno en ti, no es por la amnesia postraumática, es porque en tu fuero interno eres un buen racional.

—Me vas a hacer llorar otra vez.

—Tengo más pañuelos y me gusta actuar como una madre. —Realmente estaba siendo muy maternal, así le quitaba peso al tema del contacto físico.

No hablamos mucho más, después de eso me acompañó a una habitación de la tercera planta y me dio las buenas noches. Fue un día muy largo y lleno de respuestas que escondían nuevas preguntas. Sentía que la cabeza me echaba fuego, solo quería cerrar los ojos y desaparecer en el mundo de los sueños. Seguía oliendo los uniformes detrás de la puerta, esperaba que el día siguiente fuera menos complicado que el de hoy. Me pregunté qué soñarían los lobos y con qué soñaría Kiyu en mi cuerpo.

Vuelta a la rutina

Todo quedó en negro, suelo negro piano hasta donde se extendía la vista, techo negro infinito, solo un espejo al fondo… ¡Vaya sueño más cutre! Una cosa que me molestaba mucho era, cuando caía rendido, que era bastante consciente de cuándo estaba soñando, lo cual era tremendamente molesto.

Imagínate tener un sueño en el que estás volando como Superman y de repente dices: «Eso es imposible, va contra la lógica», y entontes caes. Lo que no es lógico es que te despiertes porque te vas a pegar un ostión porque piensas que es ilógico volar; un fastidio, y encima te despiertas cabreado contigo mismo.

¿Quién ponía un suelo negro piano? Eso es guarro de cojones, se le nota el polvo y la mierda a leguas. ¿Y el espejo de que iba? La ocurrencia de no poner nada más que un espejo en este negativo del mundo de Pocoyo era buena idea, hubiera pillado lo que fuera para reventar el puñetero espejo. Total… Qué coñazo, me acercaría al espejo. Según me iba acercando, me di cuenta de que el espejo lo reflejaba todo menos a mí, qué original… Tenía que añadir fósforo a mi dieta, mi subconsciente era muy mal guionista.

—Espejito, espejito, ¿quién de todos es el más bonito?

Nadie me respondió.

Esperaba que saliese una cara del espejo y me dijera que estoy muy bueno, o que estoy para mojar pan, pero no pasó nada. Me acerqué y toqué el espejo. En el momento en que mi mano tocó el cristal, este parpadeó y mostró el reflejo de un perro enorme que iba a dos patas y tenía unas manos grandes terminadas en garras.

Di dos pasos atrás, ahora el reflejo seguía mis movimientos, pero con la imagen del perro antropomorfo. Me miré a mí mismo, me toqué la cabeza: pelo corto, estaba desnudo. Brazos depilados, complexión esbelta y piernas también afeitadas. Nada que ver con el pedazo de chucho que había en el espejo imitando todos mis movimientos. Me acerqué de nuevo al espejo para tocarlo, a ver si yo me convertía en el perro y el reflejo salía mi cuerpo humano, me parecía lógico. Cuando puse la mano en el espejo, el perro sacó la mano a través del cristal, me agarró por la muñeca y tiró con fuerza, con mucha fuerza; sentí el frio cristal presionándome el rostro. Sentía sus uñas clavándose en mi piel y la sangre recorriendo mi brazo, goteando por el codo; era muy real. Me acercó hacia él, sentía su aliento en mi cara y cómo me

agarraba por la axila del brazo izquierdo, hasta podía olerlo.

—Ya te lo dije antes, ahora eres mío —me dijo eso pausadamente, muy tranquilo. Tenía voz de tipo duro de pelis de acción.

Sentía como progresivamente me iba clavando las garras en el antebrazo hasta el hueso; la otra mano me cogía medio cuerpo y dolía de verdad. Me estaba lamiendo la cara. Lentamente, fue bajando hasta el cuello; sentí como su boca se abría poco a poco hasta pillarme el cuello por completo, sus dientes arañaban mi tráquea. Sentí una gran presión en la garganta, después un calambre y nada. La imagen rotó y terminó en el suelo, desde ahí vi como aquel perro tan grande y mono estaba sujetando mi cuerpo decapitado por una axila. Miró hacia abajo, desde donde yo estaba observando la escena.

—Dije que eras mío. ¡Todo mío! —dijo mientras rápidamente acercaba una zarpa ensangrentada hacía mi cabeza en el suelo.

Me desperté chillando y jadeando con alguien sujetándome de una muñeca y del pecho.

—Tranquilo, chico, no eres de nadie, no perteneces a nadie, solo tú eres dueño de tu futuro —dijo la figura que me sujetaba con una voz lenta y calmada.

Menuda frase de manual de autoayuda, pero hizo que me tranquilizara, hasta que vi que quien me estaba sujetando el brazo y el pecho era un tipo grande y calvo.

—¡Tío, me estás clavando las uñas en el brazo! —exclamé al borde de la desesperación.

Se retiró un poco de encima de mí y pude verlo mejor. No era un varón con alopecia, era algún tipo de reptil.

—Calma, nadie te va a hacer ningún daño —dijo con el mismo tono chistándome.

—Daño, ¡tú, tú me estás haciendo daño! —Cada vez que me revolvía me clavaba las uñas.

—Te voy a soltar muy lentamente, no me muerdas, ¿vale? —preguntó titubeando.

—Qué manía, por qué no me pone alguien un bozal y así estaremos todos más contentos.

Me soltó el brazo con muchísimo cuidado y cuando lo hizo se retiró con rapidez a una distancia «segura». Cuando retrocedió pude verle con claridad, iba vestido como un señor mayor: pantalón kaki con tirantes bajo camisa azul. Era un señor mayor con un cuerpo fuerte y cabeza de reptil.

—Tú me conoces —dije tras un momento observándolo—, no llevas bata de hospital, ya te he mordido antes. Aun así, me has intentado reconfortar porque he tenido una pesadilla. ¿Tú eres Yuta?

—Vaya, sí que te han dado fuerte en la cabeza, ahora la usas —dijo sacando la lengua como un reptil.

No sabía si era una broma, se estaba riendo conmigo o de mí, pero lo dejé pasar. Nada de su lenguaje facial y corporal me daba pista alguna de su estado de ánimo. Si los cánidos eran malos jugando a las cartas, esa gente tenía que ser imbatible. Era como intentar leer la foto de un cartel.

—Me estoy orinando por primera vez desde que estoy aquí, antes estaba sondado. Aparte, me gustaría asearme, huelo a perro mojado, aunque estoy seco —dije para huir de la situación, aparte, me había acostado con el chándal que me dio Laila el día anterior y tenía ganas de refrescarme.

—Llamaré a enfermería para que te dé lo necesario para tu aseo —dijo acercándose a mi cama.

Le dio a un botón que colgaba de un cable, como en cualquier hospital en la Tierra. Al rato, apareció lo que parecía una cervatilla uniformada. Esto me estaba empezando a volver loco, no tenía mucho sentido.

—El chico quiere asearse y con la mata de pelo que ha echado en el tiempo de reposo os va a bloquear las tuberías —continuó con la misma tranquilidad.

—Ah, bien. Le traigo una maquinilla de afeitar y una bolsa para el pelo. Tras asearse no tire la bolsa, démela directamente para procesarla.

—Claro que quiere la bolsa, la lana de lobo tiene mucho valor. —Ahora sabía cómo sonaba enfadado, aunque su lenguaje corporal y expresiones faciales seguían sin decirme nada.

—Podemos llegar a un trato —dije por inercia, salté como el payaso de una caja de sorpresas.

Los dos se giraron hacia mí.

—Qué propones, chico —me respondió Yuta.

—Quien quiera la lana, que se la curre —propuse cruzándome de brazos.

—¿Quiere que lo acicale yo? —La enfermera tenía una extraña mezcla entre pudor y felicidad.

Yo no tenía ni idea de cómo acicalarme. Sabía afeitarme las piernas, los brazos y demás partes de mi cuerpo humano, pero no sabía ni por dónde empezar en este cuerpo.

—Seguro que ha hecho cosas peores. —Intenté poner mi mejor cara de pillo, no sabía cómo quedaría en este rostro canino.

—Está bien. ¿Tiene que entrar al servicio antes, o también quiere que le ayude con eso?

—¿Me ayudaría con eso? —respondí con una amplia sonrisa—.Nah, no se preocupe, ya puedo yo solito.

O eso creía, orinar era orinar de donde yo venía y en ese zoo. Entré al servicio y vi lo que parecía un urinario japones, una placa cerámica

alargada con una salida de agua para que todos los detritos fueran por el desagüe. Otra cosa rara que no tendría que estar allí, pero allí estaba. Hice mis necesidades; me escocía el pene por dentro, supuse que sería por haber estado sondado. Se lo diría a la enfermera.

Abrí la puerta e hice pasar al animalito, que venía con una esquiladora para ovejas. Cuando digo animalito digo eso, era muy menuda y con pinta de irse a partir si se caía. Me hizo gracia la forma en la que andaba, como le quedaba el uniforme y los enormes ojos en su cara pequeña y estrecha.

—Muy bien, ayúdeme a extender la bolsa, desvístase y siéntese en este taburete, justo en medio del plástico.

Hice lo que me pidió, coloqué el taburete en medio de la bolsa y me desvestí. Volvía a estar desnudo frente a una hembra en ese extraño zoo donde los animales son los que pagan la entrada. Empezó a cortarme pelo de la espalda; a ordenarme que levantase los brazos, que me pusiera de pie, me agachase. Fue muy profesional hasta que me di la vuelta y le tocó sacarme lana del pecho. De pie me llegaba a la altura del torso, pero mis genitales estaban bastante próximos a su cara desde mi perspectiva y era la primera vez que me tocaba una hembra desde que estaba allí, así que... Bueno, la sangre me bajó de la cabeza con fuerza.

—Lo siento mucho, no creí que fuera tan agradable que te cortase el pelo un racional de tu tamaño, tus manos son muy delicadas. —El momento me resulto muy incómodo.

—Ya, no es la primera vez que me pasa, no se preocupe —dijo mirándome a la cara, intentando que mi pene no la rozara—. ¿Podría sentarse?

Obedecí y siguió con su labor, me quitó pelo de la cara, del pecho y de la barriga. Me ordenó que me pusiera de pie y mi amigo seguía ahí. En proporción no era un superdotado, pero para una criatura tan pequeña eso tendría que ser algo difícil de manejar. Siguió recortando pelo de mis partes más delicadas y paso a las piernas. Notaba en ella un olor diferente, lo conocía, no olía a ciervo, era otra cosa.

—Sabes que puedo olerte, ¿verdad? —No sé bien por qué le dije eso, lo dije sin pensar, automáticamente.

Ella miró hacia arriba con esos ojos grandes y esa cara delicada.

—Lo siento —dijo señalando el motivo de su preocupación con ambas manos—, ¿pero lo que tienes ahí es lo normal para los lobos? Eso es una barbaridad.

—Soy mitad lobo, así que no sé si es medio normal o es así para todos los lobos. ¿Hemos terminado? —pregunté intentando salir de esa situación.

—Si quiere, puedo frotarle la espalda. —Realmente se había excitado, lo peor es que pude olerlo.

La miré. Por un lapsus de segundo, tuve una imagen bastante gráfica de lo que podría pasar, pero por muy mono que fuese ese animalito, me seguía pareciendo eso, una criaturita indefensa. Era como ver una lolita con cabeza de ciervo, era como ver a Bambi con cuerpo de mujer. Aunque me gustan los animales, no estaba por mantener relaciones con uno, eso era... Un escalofrío recorrió toda mi espalda.

—Verá —dije agachándome para hablarle cerca de una de sus delicadas orejas—, antes cuando he orinado me dolía bastante, puede que tenga una infección de orina, no sería conveniente en mi estado, ya sabe.

—Hablaré con el médico para que le recete algo. Recojo la lana y me voy, muchas gracias. —El tono de la conversación cambió de golpe, recogió el pelo y se marchó dando un portazo. ¿Mujeres?

Me puse bajo la ducha y abrí el grifo; según me empecé a mojar, me vino olor a perro mojado. Usé un champú en el que ponía «*Canis Soap*», no sabía si era la marca o la denominación. Después de aclararme la espuma me dispuse a coger una toalla, pero antes y de forma involuntaria me puse a sacudirme, como un perro; por poco pierdo el equilibrio. Me sequé como pude, salí con una toalla enrollada a la cintura y avisé a Yuta.

—¿Qué le has hecho a la enfermera? Se ha ido echa una furia —dijo el reptil señalando la puerta con la cara.

—Digamos que no le he dado lo que ella quería.

—Pues llevaba un pedazo de bolsa llena de pelo, eso le va a dar para una o dos bufandas —continuó diciendo con las manos en los tirantes.

Le miré fijamente y empecé a reír. Él hizo algo raro con la cabeza, como diciendo «sí», pero muy rápido; supuse que sería su forma de reír. Yuta llevaba consigo una bolsa de deporte en la mano.

—Cuando te encontraron te habían quitado la cartera y estabas muy sucio. Me han dado la ropa que tenías puesta, pero estaba manchada de sangre y otras cosas. Ten, ropa limpia —expuso tirándome la bolsa.

—Muchas gracias. —Al decir eso, se me quedó mirando muy fijamente a la vez que se puso muy erguido. Me era imposible saber qué le pasaba por la cabeza.

Me fui a la cama y puse la bolsa encima, dentro había un peto vaquero, una camisa a cuadros negra y roja, y lo que parecían unas botas para perro. Me quité la toalla y empecé a vestirme.

—¿No prefieres que me vaya? —Por el tono de voz, parecía sorprendido.

—Somos los dos machos, creo que no hay nada que no hayas visto antes.

—Es la primera vez que te veo desnudo, siempre has sido muy

reservado y es la primera vez en dos años que me das las gracias por algo.

—Igual sí que me dieron fuerte en la cabeza, ¿quieres que te insulte y te expulse de la habitación?

—¿Qué te dice el corazón? —Vaya, otra frase de manual de autoayuda.

—Que puedo estar relajado contigo —respondí tal como lo sentí.

Ese lagarto grande y aparentemente pesado recortó los tres metros que nos separaban en una fracción de segundo y me abrazó con mucha fuerza. Al principio, creí que se había emocionado, que me estaba dando cariño, pero entonces empezó a hablar.

—¿Quién eres tú y dónde está el lobo perdido que entró en mi centro intentando morder a todo el que se acercaba? ¡Dimelo!

—¡Calma, tranquilo! Joder, qué fuerza tienes. Sigo desnudo, ¿sabes? —dije atragantándome con las palabras, me pilló desprevenido.

—¡Responde! Kiyu nunca ha estado relajado en su puñetera vida. —Estaba enfadado, no me hacía falta mirarle a la cara para saberlo.

—¡Tengo amnesia, vale! ¡Hasta hace nada no sabía ni mi nombre, no sé quién soy ni a qué me dedico! Tengo años en blanco, tú eres la única persona sin un dosier que me puede ayudar. Eso si no me partes la columna, claro —dije intentando zafarme de su presa.

Siguió mirándome fijamente con esa inescrutable cara de póker. El que no tuviera cejas ni labios no ayudaba en nada a saber qué estaba pensando.

—Te voy a soltar —dijo con la misma tranquilidad con la que comenzó a hablarme—, después de vestirte vamos a tener una larga conversación.

Según me dijo eso, me soltó, se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventana de la habitación. Ignoraba por cuánto tiempo iba a poder usar la carta de la amnesia, tampoco tenía muy claro cómo afrontar una conversación en la que tuviera que explicarle a un lagarto que yo no era Kiyu.

—Yuta, ¿estás bien? —Al decirle eso, volvió la cara para mirarme de reojo.

—Vístete y vámonos de aquí, hay mucho que hacer. Igual de camino al centro de recuperación de fauna el cerebro hace clic y vuelves a ser tú mismo.

Terminé de vestirme y regresé al aseo a mirarme en un espejo de verdad. Era la misma imagen que vi en mi pesadilla, pero esta vez tenía menos pelo y no parecía tan amenazador. Por algún motivo que se me escapaba, compartía una especie de conexión o nexo con la persona con la que cambié mi cuerpo. Solo pude contactar con él a la hora de dormir, así que aquella noche tomaría el control. No me iba a despertar después de una pesadilla sin ninguna respuesta.

—Quítate las botas y póntelas en la calle, este suelo está muy limpio, ¡respeta el trabajo de los demás! —exclamó Yuta.

Aparte del aseo, eso era otra cosa muy «japo». Me descalcé, metí mi calzado en la bolsa y pasé por la puerta que me estaba sujetando Yuta.

—¿Estamos muy lejos de donde vamos? —pregunté.

—No demasiado, tres horas como mucho, depende del tráfico.

—¿Hora punta?

—Después de perder mi carro he tenido que improvisar transporte —expuso Yuta mientras recorrían los pasillos del sanatorio—, los agentes me han dicho que tanto la carreta como las bestias aparecerán, pero como te dije antes, el mundo no se detiene solo porque alguien te haya querido abrir la cabeza. Hay mucho que hacer. Menos mal que Ursa fue contigo e impidió que te remataran.

—¿Quién es Ursa? —pregunté.

—¿Cómo que quién es Ursa? —respondió Yuta deteniéndose para hablarme de frente— Solo es la única racional, aparte de mí, que te habla y te tiene algo de paciencia. —Otra vez el mismo tono, parecía enfadado e indignado.

—Me dijiste que íbamos a tener una larga conversación. —Quería respuestas.

—Antes cargaremos la carreta, después tendremos unas tres horas en las que me tendrás que escuchar como un buen chico.

—Si me dices «siéntate» o «busca», ¿también te haré caso? —Me estaba empezando a cansar que me tratase como a un perro.

—No lo sé, ¿lo harás? Te estas portando como un perrito faldero; igual si te tiro una pelota, irás a por ella.

—Puede que sí, el enfermero me tiró una chuche y la cogí al vuelo. Lo mismo si me lanzas un disco, lo atrapo en el aire.

—Creo que no tendremos suficiente con tres horas de camino. —Movía la cabeza otra vez como afirmando.

Al pasar por el puesto de enfermería, vi a la cervatilla menuda que me acicaló tan bien hablando con el resto de las enfermeras. Todas se volvieron y me miraron con cara de pocos amigos. Lo que funciona en un mundo puede que funcione igual en otro; estaba por apostar mi nuevo pellejo a que la cervatilla le contó a las demás cómo la rechacé y las demás solo me deseaban la muerte.

—¡Perdone! —exclamó con una voz más grande que su cuerpo, gritaba mucho.

—Ya nos íbamos, ¿hay alguna gestión que he olvidado completar? —Por lo visto, Yuta se había encargado de todo mientras yo dormía.

—El papeleo está terminado, pero su chico tiene aún puntos de sutura en la nuca y tiene que recoger su medicación para la infección de orina. Le atendería yo, pero estoy muy ocupada. Pasen a primera planta, enfermería ambulatoria.

—Seguro que está muy atareada —dijo Yuta—, estará tejiendo un par de trajes con la lana que le ha sacado a mi chico.

El animalito tan mono que iba vestido de enfermera hizo un mohín con los labios y se fue dentro del puesto de enfermería enfurruñada.

—¡Pregunten por Juan, hasta luego! —dijo de nuevo entre gritos.

—¿Yo me llevaba mal contigo? —En realidad era muy difícil saber lo que pensaba, pero carecía de filtro, lo cual me resultaba divertido.

—Soy muy directo, a todo el mundo no le gusta eso.

—No me había dado cuenta de ese detalle. —No sé si pillaría el sarcasmo.

—Creo que tendremos que ir al trote en la carreta, tres horas se nos quedan cortas.

Fuimos a la primera planta y dimos con Juan, que me quito los puntos y me puso un antiséptico. Me dio las pastillas en un frasquito y me dijo que no me metiera en más líos. Le abracé, le dije que se cuidara el brazo y le di las gracias; volvió a ronronear.

—¿También te gustan los felinos ahora? —preguntó Yuta. A pesar de su cara de poker, pude ver algo de luz en sus ojos.

—Le mordí y se ha portado muy bien conmigo —respondí moviendo el rabo—. Además, creo que ahora los cánidos también están en su menú.

Salimos del sanatorio por la puerta principal. Era una mañana soleada, pero no hacía calor. Había una parada para ambulancias delante de una carretera asfaltada de dos carriles. Los edificios en la acera de enfrente eran de estilo victoriano, como de mediados del siglo xix, intercalados con edificaciones más modernas. Había carros tirados por lo que parecían caballos, pero la cara de esas bestias era distinta; también había automóviles, era como ver la Nueva York de 1920 con menos coches. Los vehículos a motor eran básicamente carretas, pero sin bestias que la tirasen, parecidos al Ford T. Me repetí el mantra de «no te fijes en nadie, no te centres en nada» y acompañé a Yuta donde tenía la carreta aparcada.

—¿Prefieres las bestias a las máquinas? —Me ardía el cerebro y necesitaba respuestas.

—Las máquinas se estropean y son un trasto inservible, las bestias mueren y son comida. —Una respuesta de finales del siglo xix—. Iremos a cargar la carreta, el médico no me ha dicho nada de que no puedas hacer ejercicio, así que vas a tener que trabajar un poco. —Subió a la carreta y me dejó espacio en el banco para que me sentara junto a él.

Condujo el vehiculo hasta el sitio donde me encontraron inconsciente en un charco de sangre, una tienda de grano y comida para animales. Con lo de trabajar un poco se quedó corto, se limitó a mirar cómo iba llenando la carreta de sacos de pienso o no sabía qué

puñetas era eso, olía a comida de animales y eran sacos de veinticinco kilos, por lo menos eso ponía en la tela. Cuando terminé de llenar el carro, me dijo «buen trabajo» y me tiró una botella de líquido; era algo parecido al plástico, pero más poroso. Me la bebí, sabía a agua con limón azucarada, algún tipo de isotónica.

—Muy bien, parece que por lo menos empezarás a serme útil mientras estés con nosotros. —Se subió a la carreta y me senté a su lado.

—¿Es la hora de las respuestas? —Le miré poniendo mi mejor cara de perro bueno.

—¿Por dónde podría empezar? Difícil…

Arreó a las bestias y empezó a contarme el periplo de trastadas que le había hecho durante los dos años que permanecí bajo su tutela. Me sacó de un reformatorio donde todos los internos me tenían miedo, el centro le pasó la patata caliente a Yuta porque creían que Kiyu iba a organizar un motín o algo. Resultaba que Yuta llevaba desde hace más de cuarenta años con un proyecto de inserción social en un centro de recuperación de fauna autóctona. Recogía almas perdidas y, mediante el trabajo y el contacto con animales desvalidos, lograba reinsertar a los chavales. Como me dijo Laila, era el sitio donde más había durado, los animales se le daban bien a Kiyu y allí se sentía cómodo. Fue el único sitio de donde no intentó escaparse en sus diecinueve años de vida.

—Creo que no te has escapado de mi centro porque se te dan bien los animales. Las bestias no se equivocan, si te toleran es porque en tu fuero interno tienes buen corazón.

—¿Nunca hemos sido cercanos? —Lo miraba, lo escuchaba y parecía un padre atento y cariñoso.

—No toleras la disciplina y el trabajo duro no te gusta. He disfrutado tanto viendo cómo cargabas la carreta que te he comprado otro refresco —dijo pasándome la otra botella.

—Vaya, no sé si darte las gracias o acordarme de la madre que te parió.

—Lo segundo es lo que me habría dicho mi Kiyu —dijo mirándome con la cara de lado.

—Esto es muy raro, no recuerdo nada de eso, pero, aunque no tuviera recuerdos, ¿tendría que ser el mismo? —Me había metido tan bien en el papel que yo mismo me lo creí.

—Dejemos pasar un par de semanas, Laila vendrá a visitarnos por entonces y tendremos una charla.

—Creí haber pasado el examen con nota. —De nuevo, la sombra del sanatorio para la mente nublaba mi día soleado.

—Te hicieron una prueba de disociación de personalidad. Últimamente hay racionales que se desploman y cuando se levantan

están tan desorientados que intentan arrancarse las uñas, el pelo o la cola. Los mandan a otro centro del Ministerio, donde les prestan ayuda.

—Suena a celda acolchada y pastillitas de colores. Además, yo no me desplomé, me dieron con algo en…

—Sé cuáles son los motivos de tu ingreso —interrumpió Yuta—. Es un sanatorio para la mente, no sé qué hacen con los pacientes allí, pero si es del Ministerio puedes estar tranquilo, te tratarán bien. Lo del ataque ya es otra cosa, no solías ser una persona fácil, por eso te mandé a hacer recados con Ursa, por si te metías con quien no debías.

Me empezaba a sentir incomodo al hacerle tantas preguntas. Agaché la cabeza y me puse a mirar la botella que me había dado.

—Sigues sin recordar a Ursa, ¿verdad? —preguntó agachando la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Tan fácil de leer soy?

—Has dejado caer el rabo y tienes las orejas gachas. Eres un cánido, ¿o también te has olvidado de eso? —Si lograba controlar esas emociones, mi estancia allí sería más fácil.

—De eso no me he olvidado, tengo las mismas cosas que tenía antes de que me atacaran. —Deseaba que no oliese las mentiras.

—Bien. Ursa es la única racional con la que tratas en mi centro.

—¿Es igual de encantadora que yo antes de la agresión?

—Digamos que es la única en mi centro a la que no has intentado morder. —Volvió a hacer eso del cuello. Ahora quería conocer con desesperación a la tal Ursa.

Llevábamos ya un rato en la carreta y la avenida ancha se convirtió en una carretera de un carril para cada sentido. Los edificios de ladrillo estilo victoriano dieron paso a casas de una planta de madera cada vez más escasas y distantes. Nos desviamos por un carril de tierra bien preparado. Había cultivos hasta donde alcanzaba la vista, plantas pequeñas y de aspecto fresco que inundaban el ambiente de olores a campo recién lavado.

La saturación en mi olfato pasó de miles de seres a las bestias que tiraban del carro, Yuta, que tenía un olor muy peculiar, y las fragancias del campo cuidado. Fue un descanso para mi olfato y un regalo para mi vista.

Al fondo del carril que discurría entre cultivos había un pórtico con un letrero bastante anodino que ponía «Centro de Recuperación de Fauna Autóctona Yuta». El vallado estaba bien cuidado y tenía árboles plantados a intervalos equidistantes; eran árboles grandes, por lo que el recinto tenía bastante tiempo. Detrás del vallado había un vergel de cultivos, todos siendo cuidados por un ejército de racionales, parecía una escena de rebelión en la granja.

—¿Más de tus niños perdidos? —pregunté.

—Alguno de ellos es menos niño que otro y también los hay más perdidos que otros. Cada chaval que se va de aquí siendo mejor racional me hace ser a mí mejor. Igual no soy tan generoso y me muevo por algún sentimiento egoísta. —Sabía por su forma de vestir que era un adulto de avanzada edad, pero hablaba como si tuviera muchos lustros a sus espaldas.

—Tienes un ejército de jóvenes problemáticos que a ratos te arreglan el huerto, a ratos podrían desearte la muerte. Creo que la balanza en este caso está equilibrada.

—Parece que el golpe en la cabeza, aparte de calmarte, te ha hecho más sabio —dijo Yuta estirando mucho el cuello.

—Digo lo que veo y cómo lo siento en este momento. Pareces un buen esclavista.

—Esa respuesta me cuadra más contigo —volvió a decir soltando un resoplido.

Me sabía mal responder de forma borde a este racional que parecía todo bondad y cero filtros a la hora de hablar, pero no quería dar con mi peludo culo en un psiquiátrico.

Seguimos entre los huertos hasta lo que parecía un establo en medio de unas tierras preparadas para la doma con cercados. Detuvo el carro y me hizo un gesto para que bajase.

—Aquí es donde sueles trabajar, voy a enseñarte las instalaciones antes de que me digas que no las conoces y voy a presentarte a Ursa. —Al escuchar ese nombre, empecé a mover el rabo involuntariamente.

—No quiero robarte más tiempo, seguro que a Ursa le gustará verme.

—Bueno, «gustar» puede que no sea la palabra. Anda, ven —dijo haciendo eso del cuello que aprendí a interpretar como risa.

Entramos por la puerta central del establo. En composición era como cualquier otro en la Tierra, olía a caballo y había cuadras a ambos lados del pasillo central. Por cada dos cubículos había un racional, cada uno hijo de su madre y de su padre.

—Este es Ron —anunció Yuta—, no te acerques mucho a él, creo que aún está enfadado contigo, le mordiste.

Era un minotauro, un toro con cuerpo de hombre; igual los mitos griegos no eran tan mitos.

—Ese de ahí es Jacob, está así así contigo, por poco le muerdes, suerte que es rápido —dijo señalando a un tigre de bengala.

—En esta cuadra tenemos a Hen, con el has sido siempre muy borde, aunque no le has mordido.

Parecía un panda rojo, era de menor tamaño que el resto.

—Aquí esta Aura, no habla mucho con nadie y tampoco has hablado apenas con ella, aunque la única vez que le dijiste algo le preguntaste si podías probar su leche.

Era lo que parecía una vaca frisona.

—Antes de seguir, ¿hay algún racional aquí al que no he insultado, mordido o querido agredir?

—Claro, con los chicos del huerto no te juntas, ellos están en otra fase. Solo has querido someter a todos los que te rodean. Bueno, a todos menos una.

Al final del establo había una figura femenina grande y musculosa. Estaba cargando estiércol en una carreta con una pala, nadie en su sano juicio se metería con esa hembra. Si la tuviera que comparar con un estándar humano, diría que era una rellenita fuertota, pero con cara de oso pardo. Ahí estaba ella, cargando la pala y echando estiercol a un carro que estaba a medio llenar.

—Vaya, vaya, al final yo tenía razón, tienes la cabeza muy dura. —Tenía una voz dulce y aflautada, no casaba con el aspecto de esa hembra.

—Bien, Kiyu, esta es Ursa. —Directo y sin filtro, encantador.

—¿De qué va este saco de pulgas? Me conoce casi desde que está aquí, cómo no se va a acordar de mí. —Ladeo la cabeza y se apoyó en la pala.

—Ursa, guapetona, no se acuerda de nada, de nadie, es más, el golpe lo ha dejado manso como un perrito. —La situación parecía divertirle por algún motivo.

—Pues después de todos los amigos que ha hecho, hacerse el manso le va a acarrear dos o tres golpes extra en la cabeza. Si le dan otro golpe, ¿volverá a ser otra vez el mismo lobo cabrón de antes?

—De momento intenta que nadie le pegue de nuevo y ponlo a trabajar, te sorprenderás.

—Eso sí sería una novedad —dijo Ursa con una sonrisa enorme. No entendía bien porqué, pero algo me decía que nos llevaríamos bien.

Estaban hablando entre ellos sin ni siquiera mirarme.

—Sabéis que sigo aquí, ¿no? —Se estaban metiendo con Kiyu, pero en ese momento yo estaba en su pellejo.

—Está bien. Falta poco para el almuerzo, gánate la comida, chucho —me dijo tirándome la pala.

—Toma, estarás sedienta. —Le tire la botella de refresco de vuelta, por poco se le cae. Me miró con cara sorprendida.

En poco tiempo tenía el carro lleno de estiércol de caballo. Ursa se quedó mirando la escena mientras se bebía lo que me recordaba a una bebida isotónica de la Tierra a buchitos cortos. Al terminar y volverme, todos los racionales que allí trabajaban habían dejado sus faenas para observarme.

—¿Uno trabajando y el resto mirando? —pregunté clavando la pala en el suelo.

—El toque para el almuerzo está a punto de sonar —dijo Ursa—, y

creo que es la primera vez que te vemos hacer ejercicio sin huir de alguien o ir detrás de algún desdichado.

—¿Esto me va a dar problemas? Si quieres, le doy una patada al carro y dejo esto echo una pocilga —respondí al momento.

—Eso sería típico de ti, pero no creo que vayas a hacerlo, yo no te dejaría y soy más fuerte que tú, ¿o tampoco recuerdas eso?

—No lo recuerdo, pero Yuta me dijo que eres la única a la que no le he causado problemas.

—Soy la única a la que no has podido vacilar, pero sí me has causado problemas.

—Tengo hambre, ¿me llevas a comer y sigues contándome lo encantador que soy?

—Eso es también típico de ti, siempre con hambre. Vamos a limpiarnos las botas y te llevo al comedor, que tampoco sabrás dónde está.

—¿Te voy a seguir causando problemas? —pregunté poniéndole cara de perro bueno.

—Comparado con lo de antes, esto es nada y menos. Además, te puedo engañar y cargarte mis tareas diciéndote que eran tuyas —respondió Ursa en tono alegre.

—Auch, eso es muy cruel, soy un pobre enfermo.

—Y yo soy tu medicina, soy tu jarabe de palo. —Mientras me decía eso, me dio una palmada en la espalda que por poco me desmontó—. Vamos, nido de garrapatas, tanto hablar me está dando hambre.

Seguí a Ursa hasta el comedor, que estaba a cinco minutos andando desde los establos, lo suficientemente cerca para volver al trabajo pronto y lo suficientemente lejos para no tener que comer con el olor a caballo. Los caminos de gravilla blanca estaban igual de cuidados que el resto de los jardines, parterres, árboles y estructuras. Aquello parecía un resort donde los animales a dos patas cuidaban al resto de las bestias. No hablé con ella hasta llegar allí, parecía un gigantesco oso de peluche que, si abrazabas, podría arrancarte la cabeza.

—Perdona que te pregunte, ¿nosotros qué relación tenemos?

—¿Cómo? ¿Te has olvidado de las noches de placer que te di? —dijo poniendo cara de sorpresa.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—¿No te parezco atractiva?

—Atractiva y delicada como una hermosa flor de primavera.

Se puso muy erguida, como diciéndome «te podría aplastar como una mosca», y entonces me volvió a dar en la espalda.

—¡Espero que tardes en volver en ti mismo, eres divertido! Somos compañeros de condena aquí en el centro de recuperación, que también es un huerto ecológico y un picadero. Me gané el ingreso aquí porque le pegué a un tipo que no sabía aceptar un «no» como

respuesta.

—Aparte de un capullo debía de ser estúpido.

—Seguro que llegaría a esa conclusión al levantarse en el hospital. Pero ahora me arrepiento de haber actuado así, la violencia no te hace mejor, solo hace que los demás se alejen de ti. Pero él sí me encontraba atractiva. —Otra frase de autoayuda.

—Yo no te he dicho que no lo seas. Estás muy bien para ser un oso.

—Y tú estás echo una mierda. ¿De qué va ese corte de pelo? Pareces un coyote canijo y enfermo.

—En lo de canijo lo has clavado. ¿Vamos a comer o me tengo que ir al monte y cazar algo?

—¿Recuperando la memoria? Te gusta cazar. Quizás podríamos ir una noche sin lunas.

Por fin entramos al comedor. La estancia era cuadrada, tenía un techo acristalado en medio y dos bufés libres a cada lado, uno de verduras/vegetales y al otro extremo carnes y guisos. Los racionales se sentaban según sus relaciones con los otros, no había segregación entre carnívoros y herbívoros; es más, en una mesa vi a una pantera sentada con un ciervo.

—Huele muy bien, tengo un hambre canina.

—Y yo comería como un oso —dijo riéndose.

Era simpática y me estaba ayudando. Me dio un tour por el comedor, me dijo los platos de la semana y cual estaba mejor que otro. Estaba muy contenta porque había pescado en el menú. Yo pillé un guiso de carne con patatas, no especificaba el tipo de carne, pero olía a especias que me recordaban a las comidas de mi madre. Mi madre…

En todo ese tiempo había estado tan concentrado en asimilar todo lo que me estaba pasando que no me acordé de la vida que, involuntariamente, había dejado atrás. Con toda seguridad, mi madre había tenido que tratar con el dueño de este cuerpo y él no soy yo, ella no es su madre ni él es su hijo. Si era medianamente listo, jugaría igual que yo la carta de la amnesia. Intentaría hablar con él, la pesadilla del otro día no era un sueño normal, el reflejo en el espejo era de este cuerpo. Aquella noche procuraría que la pesadilla la tuviera él.

—¿Hola? Se te van a caer las babas en el plato, chucho. —Miré atrás para encontrarme a un tío con bigotes y unas orejas puntiagudas, un lince.

—Es que huele muy bien…

Fui con mi bandeja a sentarme con Ursa, que tenía al minotauro a su lado.

—Hola, tú eres Ron, Yuta me dijo que te mordí. No lo recuerdo, pero te pido perdón.

—¡Joder, es verdad, le han dado bien fuerte! —Tenía una voz clara y profunda, como la voz en *off* que ponen en algunas pelis.

—¿Ya has corrido el rumor? ¿Ahora qué sigue, vamos a reírnos del mestizo chungo que ha mordido a todos? ¡Esto no es agradable para mí! Imagínate despertar y que todo el mundo te diga que eres un malnacido.

—Tranquilo, después de verte trabajar y de lo que he hablado con Ursa, te prefiero en este estado. El antiguo Kiyu habría saltado la mesa para intentar morderme.

—Un tío grande con poca mecha, mala combinación —dije.

—Yo no te podría haber descrito mejor —exclamó Ursa. Se lo estaba pasando bien, no sé si era por el pescado, la situación o ambas cosas.

—No te preocupes, medio lobo, no te guardo rencor, la venganza es mala, la ira solo engendra ira —respondió Ron.

—Suena a frase de Yuta —dije.

—Deberías escucharle, para ser de sangre fría tiene un gran corazón —intervino Ursa.

—¿Cómo fue nuestra pelea? —pregunté.

Mientras comíamos, el animal mitológico me estuvo contando todos y cada uno de los embrollos en los que me metí con los otros residentes del centro; básicamente, eran todos lo mismo. A Kiyu le gustaba vacilar a los demás, pero no toleraba que le dijeran nada; cuando le ponían en ridículo, enseñaba los dientes y mordía. Kiyu era un crio descontrolado en el cuerpo de un monstruo, y ahora era un crío en el cuerpo de un humano joven.

—Has madurado de «golpe». —Ursa era igual de sutil que usar una palanca para abrir un regalo.

—Bueno, por lo menos hasta que me acuerde de que era un capullo y os muerda a todos otra vez. —En el momento en que dije eso se hizo un incómodo silencio en el comedor.

—¿He dicho eso tan alto? —Miré a mi alrededor y casi todos en aquel comedor me observaban muy serios.

—Lo suficiente como para que los de tu barracón no duerman esta noche —dijo Ursa preocupada.

Después de comer, volvimos a nuestras tareas. Ursa fue muy paciente conmigo, me enseñó dónde estaban los aperos, cómo se ensillaban las bestias, dónde estaba su comida, cómo se llamaban los caballos, etc. La tarde dio al crepúsculo y volvimos al comedor para la cena. Esta vez me senté solo y estuve reflexionando sobre qué debía hacer con mi vida, su vida, esta vida. Por qué estaba allí, qué había hecho para llegar hasta allí.

Al principio me sentí aliviado, había escapado de la rutina que me estaba asfixiando, del trabajo que mi padre me impuso con su pérdida, una ocupación necesaria para proporcionarle un techo a mi madre y a

mí mismo. Escapé de mi jefe, un alcohólico y un cliente asiduo de las casas de trato antiguo; era amigo de mi difunto padre, el cual era igual de alcohólico y putero. Estuve aguantando las palizas de mi padre, las agresiones a mi madre hasta el día en que los excesos le costaron la vida y nos dejó en paz. Nos quedamos tranquilos, pero con una mano delante y otra atrás. Después de morir, su amigo se convirtió en mi jefe; creo que en el fondo se sentía responsable de nuestra pérdida.

A la tierna edad de dieciséis años tuve que dejar de ser un chaval para ponerme en los zapatos de un hombre. Mientras que mis amigos del instituto pasaban exámenes y salían de fiesta, yo hacía puertas, rejas y más puertas. Me saqué los estudios de forma semipresencial y no tuve demasiado tiempo de ser un chaval; ahora, en cambio, era un hombre en el cuerpo de un lobo joven. El destino podía ser retorcido y sádico.

Realmente había un nexo entre lo que yo deseaba y lo que quería el tal Kiyu, un mestizo al que este mundo solo había dado soledad y rechazo. Dios no juega a los dados, pero aquí estaba jugando a las cartas y creo que hacía trampas. Me empezaba a doler la cabeza, tenía un conflicto entre mi mente racional, que me decía «venga ya, tío, un mundo donde todos los animales son racionales», y después estaba el «y si…». El minotauro era igual al que se ilustra en los cuentos de la mitología griega; ¿y si… alguien ya había estado aquí y había vuelto para contarlo? ¿Y si esto llevaba pasando toda la vida y la idea de los animales antropomórficos no es un invento, si no un plagio?

Estaba cansado y sucio, quería ducharme e irme a la cama. Necesitaba respuestas y esta noche las iba a tener.

Un sueño dentro de un sueño

Después del largo día de trabajo, nuevas amistades y antiguos enemigos, solo quería prepararme para descansar y ver qué me depararía el día siguiente. Jacob me llevó hasta los barracones, donde treinta racionales y yo pasábamos la noche. Jacob era un tío tranquilo, reservado, de los que exteriorizan poco sus emociones, de esos que cuando se cabrean explotan de forma violenta. En otra ocasión tendría que hablar con él.

—Este es tu catre, esta tu taquilla y este baúl es tuyo. Toma las copias de las llaves, procura que no te las roben la próxima vez. —Eso y «sígueme» fue todo lo que habló el gato grande conmigo.

—Mañana me gustaría hablar contigo.

—Como quieras. —Mismo tono cortante.

El barracón era igual al que vi en una película militar, literas metálicas para dos catres, una taquilla a cada lado de las camas y un baúl en los pies de la cama. Las duchas y los servicios estaban a ambos lados de la estructura, estaba todo muy limpio y ordenado.

Abrí la taquilla para ver si podía sacar algo más en limpio de mi amigo Kiyu. Dentro de la taquilla solo había enseres para la higiene personal y ropa de trabajo limpia. En el baúl tampoco había nada que me dijera quién era mi compañero de piel, como una foto, una carta, algún recuerdo de otro sitio… Nada.

Fui a ducharme, a lavarme los dientes y a acostarme como un «buen chico», las luces se apagaban a las diez y media. Los días en este mundo tenían veintiséis horas; las semanas, nueve días; los meses, cinco semanas, y los años, nueve meses. El calendario de este zoo se regía por las estaciones, igual que en cualquier lado donde se cultiva o se crían animales para su consumo, así que los años eran un poco más largos que los terráqueos (cuatrocientos cinco días) y las estaciones, un poco más cortas.

Me acosté en la litera de arriba y le di las buenas noches a mi compañero de abajo, un cánido grande con mucho pelo; no sabía qué raza era, pero tenía pinta de pastor inglés. Había gran variedad de razas en la estancia y sus olores a animal recién duchado me llegaban como una cacofonía de fragancias, como cuando te metes en una tienda de perfumes en el centro comercial, pero por mil. Olía a felino, a cánido, a ovino, a ¿plumas? Intenté no pensar más en ello y cerré los ojos.

Casi al momento de cerrar los ojos, empecé a sentir la vejiga llena.

Las luces estaban apagadas, pero aun así podía ver bastante bien. La visión nocturna y el olfato podían serme útiles. Bajé de la litera, recorrí los escasos metros que quedaban hasta los aseos y, cuando encendí la luz, volví a encontrarme en la sala oscura con suelo negro, techo infinito y espejo al fondo. Me había quedado dormido y estaba soñando. No me faltaba fósforo en la dieta, el sueño era de Kiyu, no mío. Esta vez no me iba a pillar por sorpresa.

Me acerqué al espejo con intención de partirlo de un puñetazo, pero esta vez reflejaba a mi yo humano, detrás estaba Kiyu.

—Esta vez has sido más original —le dije con el tono más tranquilo que pude.

—Te dije que eras mío —respondió enseñando los dientes.

Intentó agarrarme por la espalda. En lugar de agacharme, me abalancé hacia espejo y crucé el cristal como si fuera niebla. Escuché detrás de mí un golpe seco y a un perro grande chillar de dolor. Había atravesado el espejo y Kiyu se había dado con él emitiendo un golpe seco, sonó como un cristal blindado.

—¡Uh, eso tiene que doler! ¿Te traigo una bolsa de hielo? —pregunté.

—Ese espejo no te va a proteger de mí. —Me hablaba entre gruñidos, arañando el cristal con las garras.

—Anda, ponte el hielo en la cara.

—¿Qué hielo? ¿Me estás escuchando? ¡Voy a acabar contigo! — Al decir eso se dio cuenta de que tenía una bolsa de hielo en la mano izquierda.

—¡Sorpresa! Ahora los dos estamos soñando, no me vas a despertar con una pesadilla, vamos a hablar. Anda, siéntate. —Imaginé que salía de la nada un butacón con orejeras marrón bastante raído. El mueble se acercó a doscientos kilómetros por hora, el golpe lo dejó sentado y con cara de susto.

—Si crees que me vas a tener sentado mucho tiempo aquí, estás muy equivocado.

—Va, entonces por las malas. —Del asiento salieron unas tiras que dejaron inmovilizado a Kiyu—. También puedo hacer aparecer un bozal, así que no me toques las pelotas, ¿de acuerdo? Como te dije antes, vamos a hablar. —Se dedicó a mirarme con cara de asesino y a enseñarme los dientes, daba mucho miedo, pero así atado era casi cómico—. Me tomaré eso como un «sí». Todos los que has conocido en el centro de Yuta me han dicho lo mismo, te pones a avasallar y cuando te ves acorralado enseñas los dientes. En tu mundo funcionaría, en el mío parecerás gilipollas y te llevarán a un centro peor que el del Ministerio. ¿Qué tal si hablamos?

—Tu madre me cae bien, creo que llegaré a quererla mucho. —Seguía con el mismo tono de psicópata asesino.

—Eso no es hablar, eso es tocarme la moral. Bien, hablaré yo y tú asentirás. ¿Te parece bien, o quieres el bozal? —Asintió de mala gana —. Bien, no sé cómo he podido llegar aquí, pero sé lo que nos conecta. Tú querías salir de tu mundo porque eres un mestizo, solo has conocido odio y rechazo, lo cual has pagado con violencia y agresividad. ¿Es correcto? —Volvió a asentir—. Yo soy un hombre joven al cual le han robado su juventud, quería hacer borrón y cuenta nueva, volver a ser un crío para comportarme como tal. ¿Has hablado con mi madre?

—Amparo, una mujer muy cariñosa, te quiere mucho. A mí no me ha querido nadie nunca, ni mi propia madre. —Al hablar de aquello, dejó de enseñar los dientes.

—Eso no es cierto, Yuta estaba muy enfadado conmigo, creo que sabe que tú no eres tú. Ursa te echa de menos, está encantada conmigo porque le estoy quitando trabajo de encima, pero ella también te quiere.

—Son los únicos racionales a los que echaré de menos, aquí les decís hombres o mujeres.

—Cierto. Allí no tienes dientes ni garras, no eres grande y no eres amenazador. No sabes hacer mi trabajo… ¿Cómo vas a sobrevivir allí con mis responsabilidades?

—Tendré que aprender a vivir así. —Poco a poco se iba calmando, ya no forcejeaba con sus ataduras.

—Dime una cosa, ¿por qué te escapabas de las casas de acogida en las que estabas? —Se hizo una pequeña pausa y empezó a forcejear en el butacón—. Estate tranquilo, solo quiero saber algo para hacer mi vida aquí más fácil. Si me das información, yo te puedo orientar para hacer mi trabajo, decirte cosas básicas, cómo se llega al taller, etc. — Era una apuesta arriesgada, pero tenía que buscar un punto débil.

—De acuerdo. Me escapaba porque quería encontrar a mis padres, un sitio donde encajar. Los lobos no viven en esa sociedad, viven en la montaña, cazan y recolectan para vivir. Pero yo no soy un lobo, tampoco soy un cánido. Solo soy un desgraciado al cual solo le han dado palos en esta vida, por eso rogué a Fafnir, por ello estoy aquí.

Le solté del butacón y crucé el espejo, exponiéndome por completo.

—¿Qué tiempo tengo para encontrar a tus padres? Me dijiste que el vínculo que tenemos no durará para siempre.

Kiyu empezó a frotarse las muñecas. Creía que iba a volver a atacarme; en lugar de eso, suspiró y empezó a hablar.

—He intentado acercarme al Culto y lo único que he conseguido son heridas y paseos por el hospital. Cuando no me detenía la policía o asuntos sociales, lo hacía el hambre o la falta de pistas. —Se rio con una risa amarga.

—¿Podríamos volver a cambiarnos si encuentro a tu familia y te

dejo allí?

—Si lo consigues, iré arrastrándome como un perro bueno a rogar a Fafnir y te dejaré que vuelvas a tu cuerpo. Pero, ¿cómo puedo fiarme de tu palabra?

—¿Y cómo sé yo que sabes hacer eso de cambiar las pieles?

—Ya te lo he dicho, volveré a hablar con Fafnir.

—Pregúntale a mamá por mi padre, las cosas para mí no han sido de color de rosa. Otra cosa, ¿qué tiene que ver Ursa en todo esto?

—Habla con ella, dile que vas de mi parte. ¿Quién es ese? —me dijo mirando detrás de mí. Me di la vuelta y allí nadie había; cuando volví al mirar a Kiyu, tampoco estaba.

—¡Crío de mierda! Se ha quedado conmigo —protesté.

Miré en todas direcciones y no lo vi por ningún lado, solo estaban ese espejo enorme y yo.

Detrás de mí escuché un ruido y me desperté justo cuando el pedazo de espejo se me caía encima, mi amigo Kiyu me lo había tirado en lo alto.

Me levanté como la mañana anterior, alterado, con el corazón en un puño y con alguien sujetándome e intentando que me calmase.

—Eeeeh, tío, relájate, vas a partir la litera y yo estoy abajo, paz. —Mi compañero de litera hablaba como un *hippie*, muy pausado y arrastrando las silabas.

—¡Joder, mierda! ¿He chillado mucho? —pregunté.

Al levantar la vista, vi a la mayoría del barracón con una expresión de puro terror en las caras. Los herbívoros estaban agrupados, los cánidos con el rabo entre las piernas y los felinos se encontraban de puntillas y con el lomo erizado.

—¿Lo habéis echado a suertes y te ha tocado a ti despertarme? —Me seguía agarrando, tenía bastante fuerza.

—Síííí, tío, soy el único aquí tan grande como tú, los demás están muy asustados, das muy malas vibraciones, nos estas cortando el rollo.

—Puedes soltarme, no voy a morderte ni a ti ni a nadie.

—Buena onda, te suelto, tío. —Seguro que ese estaba allí por tener sustancias ilegales.

—¿Cómo te llamas? Me atacaron y no me acuerdo del nombre de nadie.

—Joooo, tío, qué maaaal rollo, si yo perdiese la memoria me pondría muy triste. Todas las cosas que he vivido, todas las olas, todas las hembras… Guau, qué triste. —Fijo que estaba allí por algo de drogas.

—Sí, es una faena. Sigo sin saber tu nombre. —Era muy temprano y no tenía ganas de perder tiempo con el fumeta ese.

—Ah, síííí, me llamo Bobby, pero todos me llaman Buddy. —Los clichés son clichés aquí y en Pekín.

—Me voy a levantar, ¿crees que se asustarán? —Detrás de mi amigo peludo seguía la misma escena de pánico.

—¡No pasa nada, no os va a morder, una pesadilla, paz! —Habló solo levantando un poco más el tono y con la misma parsimonia de antes.

Al pronunciar esas palabras fue como si un cuchillo grande, afilado e invisible hubiera cortado la tensión con un gesto rápido y limpio. Los herbívoros se dispersaron, los cánidos movieron el rabo y los felinos dejaron de arquear el lomo. Se escucharon sonoros suspiros y más de un «joder con el chucho este», «medio lobo de las pelotas» y alguna cosa más fuerte en voz baja que también capté con mi oído de perro grande. No les culpaba por ello, yo también me hubiera acordado de la familia del puñetero perro enorme que tenía una pesadilla.

—Gracias por calmar la tensión. ¿Qué estaba diciendo en sueños? —Trataba de mirarle a los ojos, pero la cortina de pelo que tenía en la cara me lo impedía.

—Era más cómo gruñías y enseñabas los dientes, tío, parecías listo para bajar del catre y comerte a todos.

—Buah, intentaré tomarme algo para relajarme esta noche.

Se acercó a mí y esta vez me habló susurrándome al oído.

—Si quieres algo para relajarte, habla con Buddy, tengo cosas para que duermas escuchando las olas rompiendo en la gran barrera.

—Te tomo la palabra.

—Venga, vamos, tío, me gusta tan poco el trabajo como a ti, pero también quiero salir de aquí. Tengo hembras esperándome, colegas que me echan de menos y mi madre me dijo que me portase bien, ¿buena onda?

—Sí, claro, hermano, buen rollo —le dije mientras le chocaba la mano.

—Qué enrollado, deberían haberte dado en el melón antes.

—¿A ti también te he mordido? —Me parecía imposible que alguien quisiera agredir a este personaje.

—No, qué va, me decías: «no quiero pillar una infección en las encías, lávate, *hippie*, córtate el pelo, nido de garrapatas». En fin, tu rollo era muerte y destrucción y el mío paz y amor, esta es la charla más larga que hemos tenido jamás, colega.

—Pues me caes bien y, aunque no te veo los ojos, el pelo así te queda muy bien.

—Buenas vibras, tío. —Me dio un medio abrazo sin soltarme la mano.

—Venga, ¿desayunamos juntos?

—Claaaaro, tío. Vamos a buscar a Ursa, esa osa me encanta, ¿no te dan ganas de abrazarla?

—Sí, claro, es como una muñeca grande y achuchable de doscientos kilos.

—Nooooo, tíííío, si quieres abrazarla, no le digas nada del peso, se mosquearía mucho.

Caminamos hacia el comedor, que estaba bastante cerca de los barracones. Nos reunimos con Ursa, que ya estaba desayunando acompañada por Aura.

—Anda, mira lo que trae la marea. No me digas que ha intentado morderte, Buddy.

—Qué va, guapetona, ha tenido un sueño de mal rollo y tenía a todo el barracón cagado de miedo.

—¿Ahora sois colegas? —dijo Ursa sorprendida mientras ladeaba la cabeza.

—Qué va, somos hermanos, ¿verdad? —Me puso el puño para que chocase.

—Claro, *bro* —respondí chocando el puño.

Ursa estaba estupefacta, a Aura se le cayó un pedazo de pan de la boca. Me quedé mirándola, fue gracioso.

—Ah, perdona, se me olvidó que te dieron fuerte en la cabeza. Esta es Aura, Aura ya te conoce a ti, Kiyu.

—Sí, Yuta me dijo que tampoco fui amable contigo. Lo siento.

Ella me miró por una fracción de segundo y asintió tímidamente.

—Bueno, chucho, más vale que pilles algo del bufé y te prepares, tenemos un largo día por delante.

—¿Hoy tenemos más estiércol que apalear? —No me hacía gracia estar moviendo montañas de mierda de caballo, pero estar en su compañía lo compensaba.

—Si lo hacemos rápido, puede que montes a caballo, hay un par que hay que pasear —dijo ella.

—Eso suena bien. —No había montado a caballo en mi puñetera vida.

—Sí que suena bien. ¿Te acuerdas de montar a caballo? Se te daba muy bien, los animales te quieren y no sé por qué.

—Es porque soy encantador —respondí dedicándole una sonrisa.

Aura, que estaba tomándose lo que olía como un café, se rio con mi comentario y lo echó casi entero por la nariz.

—Wuaaah, quema y escuece. ¡Chucho cabrón, hasta haciendo chistes haces la puñeta! —Según dijo eso, se tapó la boca con ambas manos.

—¡Me cae bien esta hembra! ¿Qué estabas tomando? Te traeré otro. —Le hablaba entre risas, el cambio de registro me hizo gracia.

—Eh… Ca… café, café con leche. —Esta vez su voz sonaba como un susurro.

—Vale, vengo enseguida.

Pillé mi desayuno del bufé y el café para Aura. Desayunamos rápido y nos fuimos a las cuadras. Una vez llegamos, la actitud de los racionales que allí estaban fue diferente, me saludaban, todos menos el tigre. Jacob me miraba con recelo y cada vez que cruzábamos las miradas se me quedaba mirando muy fijo; creo que estaba esperando la conversación pendiente.

La rutina fue la misma que la del día anterior, limpiar cuadras, revisar los aperos, ver el estado de los caballos y apalear estiércol; en esta ocasión eran dos palas en lugar de una, de esa forma terminamos antes.

—Deberían haberte dado antes en ese cabezón de perro grande. Ahora eres útil. —Ursa era pura positividad.

—Va, está bien, era un perro malo y flojo. Qué sigue ahora.

—Voy a presentarte a Lola, aunque ella ya te conoce. Estoy segura de que se va a poner muy contenta al verte.

—¿En serio, alguien me echa de menos aquí? —De forma involuntaria volvía a mover el rabo.

Me llevó a la última cuadra y allí estaba ella, una yegua blanca y marrón como el chocolate con leche. Hasta ahora no había estado tan cerca de estos «caballos» y no me había fijado bien en ellos. Tenían la morfología, el tamaño y las proporciones de un caballo terráqueo, pero su cara y parte del cuello eran diferentes. Tenía una cara fina carente de pelaje y fosas nasales, con unos ojos grandes y totalmente negros; justo debajo de la mandíbula, en el cuello, tenía dos hendiduras, por ahí era por donde respiraba. Sus fuertes patas acababan en unas pezuñas partidas que recordaban a las de una cabra. El color del pelaje era como el de un caballo indio; a su manera, era un animal imponente y precioso.

—Creí que tenía un romance aquí, casi me emociono. —Hablaba con Ursa sin apartar la vista del caballo.

—Y es casi un romance, solo tienes ojos para ella en este momento.

—¿Celosa? Creía que no te gustaban los cánidos.

—Me gusta el racional, no la raza. Tú no estás en mi lista, saco de pulgas.

—¿Vamos a seguir flirteando o me vas a dar su silla para que la monte? Uh… Igual eso te pone más celosa aún —le reproché poniéndole mi mejor cara de perro picarón.

—Ay, lobito, tú no eres jinete para mi montura, te falta chicha y músculo —me dijo mientras se remangaba y ponía mejor el peto.

Me tiró la silla de montar, por poco me caigo al suelo al pararla. Ensillamos a Lola, le pusimos el bocado, las riendas y me dispuse a montarla. Había visto en pelis del oeste la forma de montar y me salió bastante natural. Al saltar a la silla, apoyándome en el estribo, por poco me caigo por el otro lado, el cuerpo de Kiyu era esbelto pero

fuerte.

—Parece que no has olvidado todo —dijo Ursa asegurando la silla.

—Aún puedo caerme, darme en la cabeza y volver al modo sociópata agresivo.

—Si te caes, aterriza con el culo, ahora me gustas más que antes.

—Entonces, ¿antes también te gustaba?

Ella le dio un tortazo en el culo a la yegua, que salió disparada de la cuadra.

—¡Dale un par de vueltas al recinto, no la canses demasiado!

El recinto era bastante grande y el vallado, como el de la entrada, tenía árboles bastante antiguos de forma equidistante. Más allá había un bosque bastante tupido; sobre la espesura de los árboles asomaba un sistema montañoso. La sensación de montar a caballo fue gratificante y extraña. Fue como si llevara haciéndolo toda la vida, notaba la brisa fresca en la cara y el trotar de la bestia acompañado por el balanceo de mi propio cuerpo. Por un momento me sentí en comunión con la yegua, como si montura y jinete fuéramos solo uno. No me di cuenta, pero tenía la boca abierta y un palmo de lengua por un lado, igual que cuando un perro se asoma por la ventanilla de un coche. Incapaz de controlar mis reacciones, me dejé llevar.

Lola estaba disfrutando del paseo al igual que yo, podía sentir su respiración y su pulso en mis pantorrillas, nunca había sentido nada así antes. Los árboles del cercado pasaban cada vez más rápido. Sin pensar, solté las riendas, abrí los brazos mirando al cielo, cerré los labios y… No sé cómo, pero antes de que pudiera darme cuenta estaba en el suelo, con alguien enorme encima.

—Eso no es buena idea —dijo con una voz muy tranquila.

—¿El qué no es buena idea? ¿Qué pasa? ¡Me has tirado del caballo! —Todo pasó muy rápido, estaba confundido, excitado y jadeando en el suelo.

—Ibas a aullar, ya lo he visto antes. Llamar al Culto no es buena idea.

—Quítate de encima, se me ha escapado la yegua. ¿Quién eres? — Estaba demasiado cerca como para enfocarlo, pero me sonaba el olor.

Se apartó unos centímetros, lo justo para que pudiera enfocar la imagen con el lado de la cara que no tenía pegado al suelo. Era Jacob, me había tirado del caballo de un salto y me tenía inmovilizado en el suelo como un cachorro indefenso. Yo seguía con media lengua fuera de la boca, se me estaba llenando de tierra y estaba convencido de que aquí había orinado un caballo. Jacob, en cambio, solo movía la cola de aquí para allá con movimientos rápidos. Tenía que hacerme con un par de libros de texto y aprender sobre las demás especies y su lenguaje corporal.

—Jacob, se me está llenando la lengua de tierra y aquí los caballos

hacen sus cosas —dije intentando quitármelo de encima.

—Los cánidos no sabéis hacer nada sin sacar la lengua y mover el rabo, sois todos muy previsibles —respondió con desprecio.

Me soltó de mala gana, me di la vuelta y me quedé sentado en el suelo.

—Ya, los gatos apestáis al orinar y cuando estáis contentos ronroneáis, ¿¡qué me estás contando!?

—¿¡Quieres pelea!? ¡La última vez no conseguiste ni tocarme!

No estaba en la mejor posición para defenderme. Él estaba en cuclillas, dispuesto a saltar encima de mí, yo, en cambio, estaba sentado en el suelo quitándome tierra de la cara e intentando recuperar la poca dignidad que me quedaba tras probar la tierra con sabor a orina de equino.

—¡No soy el mismo de la última vez! —le espeté.

—¡Ya lo sé, tú no eres Kiyu!

—¿De qué estás hablando? ¿Has estado oliendo plantas para gatos? ¿Qué te pasa?

Seguía mirándome fijamente con esos ojos amarillos de felino, parecía dispuesto a saltar encima de mí, para clavarme las uñas, en cualquier momento.

—¿Os dejo solitos u os llevo a algún sitio más privado? —Ursa venía con la yegua.

Lola se agachó hacia mí, sacó la lengua y me peinó hacía atrás con un solo gesto.

—Tienes suerte, tú también le gustas a los animales —dijo Jacob poniéndose de pie. El hecho de que la yegua viniera a tranquilizarme pareció calmar al gran felino también.

—¿Cómo que yo también, gato sarnoso? ¿Has visto lo que ha hecho, Ursa? —pregunté a la osa.

—¿El qué, tirarte del caballo antes de ponerte a aullar? Espero que no lo hayan visto más racionales y los que han presenciado la escena solo crean que Jacob te tiene ganas por querer morderlo. —Ursa miraba a su alrededor con cara de estar preocupada.

—¿Cómo es posible que yo…? —Estaba confundido, no sabía si era por la caída.

—Espabila, eres medio lobo, hay cosas que tienes que controlar. ¿El golpe en la cabeza otra vez? —Ursa parecía cansada de mi «amnesia».

—No deberíamos estar aquí en medio hablando de esto. —Jacob parecía un tío sensato.

—Vamos a algún sitio con sombra, estoy sediento. —Seguía jadeando, igual que un perro tras una carrera.

Ursa nos llevó a la yegua y a nosotros al abrevadero, junto al establo. A esa hora de la mañana daba la sombra y la tierra humedecida por el agua que se derramaba de las pilas hacía que se

estuviera muy a gusto a pesar del tufo a caballo. A esa hora solo estábamos nosotros, el resto de los internos y los pocos trabajadores que tenía el centro estaban realizando sus tareas. En todo el trayecto, Jacob no me quitó el ojo de encima.

—Bueno, vosotros dos me debéis una explicación. —Ursa puso los brazos en jarra; más que nunca parecía un peluche, un peluche de gimnasio.

—Tengo la absoluta certeza de que ese de ahí no es Kiyu —dijo Jacob apuntándome con un dedo acabado en una uña afilada.

—¡¿Pero qué dices, gato estúpido?! Es el mismo lobo de mierda de antes, lo acaba de demostrar, por poco se pone a aullar.

—Eso no lo ha hecho Kiyu. Él quería y temía a los del Culto por partes iguales, carecía de valor para llamarlos. Le gustaba este sitio y respetaba a Yuta. —Siguió apuntando con un dedo a Ursa, agradecí no probar esas garras en mi recién estrenado pellejo.

—Vale, no parece el mismo. Se porta bien, no ha mordido a nadie en dos días, ayuda con las tareas de buena gana, hace bromas y las tolera, le ha llevado un café a Aura después de llamarle «chucho de mierda»… Vale, chaval, me estoy dando cuenta de que no pareces el mismo. ¿Y si resulta que lo de Fafnir era cierto? —Dejó de mirar a Jacob para mirar a un punto fijo en el infinito.

—¿Quién es Fafnir? —Mis palabras la sacaron del trance, quería saber qué papel tenía Ursa en todo esto.

—Fafnir, el cambiapieles, espíritu errante que te llevará lejos de tu casa y te meterá en otro cuerpo como castigo por una vida de desdicha. —dijo Ursa de carrerilla.

—¡Venga ya, Ursa! Lo de Fafnir se les dice a los cachorros para que se porten bien, hagan sus tareas y se acuesten temprano —respondió Jacob.

—Pues resulta que Kiyu creía en él a pies juntillas.

—Porque Kiyu es un puñetero crío metido en el cuerpo de un animal salvaje.

—Esto… Sigo aquí, estáis hablando de mí y estoy aquí mismo —intervine. Era incómodo verlos hablar de mí conmigo delante.

—Ese es el cuerpo del animal salvaje, no sé quién está dentro. —Jacob tenía el lomo erizado.

—No puede ser real, no puede ser, esto no puede estar pasando. —Ursa estaba dando vueltas, paseítos de aquí para allá con las manos en la cabeza.

Entonces vi a esa mujer grande y peluda dar vueltas viendo como su mundo se derrumbaba. Decía cosas sin sentido, daba paseos erráticos y pasaba de cogerse la cara a apretar los puños clavándose las garras. Estaba así por mi culpa y debía hacer algo para calmarla. Estaba teniendo una explosiva mezcla entre ansiedad y un ataque de pánico,

temía que de seguido le diese uno de ira y yo era la fuente de sus problemas.

—Vale, vale. A ver, respira profundo conmigo, eh, respira y expira. —dije acercándome a ella como lo haría cualquiera a un animal furioso.

—Venga, va, respiro, expiro… —Me agarró del cuello casi en un parpadeo, levantándome un palmo del suelo—. ¡¿Quién puñetas eres tú?! —Y ahí estaba el ataque de ira. Sentí un escalofrío que me llegaba hasta la punta del rabo.

—Igual, si no le partes el cuello, nos puede decir algo —le respondió Jacob mientras le agarraba del brazo con el que me había izado.

—Si no me convence lo que me dice, me hago una cazadora con su piel. —Me soltó de golpe y caí de culo en un charco, agradecí que fuera agua.

—Antes de empezar a hablar, contéstame algo. ¿Fuiste tú quien me golpeó, me robó y me dejo medio muerto en un callejón? —respondí. Me levanté del suelo y me sacudí el peto.

—¿Quién te ha dicho eso? —dijo ella sorprendida.

—Me lo dijo Kiyu. Me llamo Raimundo Salvador Gutiérrez y lo que os voy a contar es muy difícil de digerir —respondí poniéndome firme.

Los dos abrieron mucho los ojos.

Necesitaba romper la carta de la amnesia para poder avanzar, así que me senté en un abrevadero y durante un buen rato estuve contándoles todo mi periplo por este lugar tan distópico. Les relaté cómo fue mi llegada, mis conversaciones con el verdadero Kiyu, el trato que hice con él y mi temor al Ministerio y su Sanatorio para la Mente. Les dije que allí los únicos animales racionales éramos los humanos y que para ver tanta fauna junta teníamos que ir a un zoo. Les di detalles de mi sociedad, sus más y sus menos. Les hice un dibujo en la tierra húmeda con un palo de lo que era un humano normal, macho y hembra; para haberlo hecho de forma tan rudimentaria y sin tener ni idea de dibujar, me salió bastante decente. Creo que fueron demasiados datos de golpe.

—Difícil de digerir, que fino ha sido —Ursa parecía mareada, tenía la vista perdida, creo que se estaba planteando su propia existencia.

—¡Lo sabía, ella no estaba loca! —A diferencia de Ursa, que estaba en shock, Jacob estaba contento.

—¿Cómo que ella no estaba loca? Estamos hablando con un ser de otro planeta, de otra especie, y a ti solo te ocurre pensar en la salud mental de tu madre.

—Perdona que me preocupe por la hembra que me dio a luz, me cuidó y un día de repente dijo: «¿Qué les pasa a mis manos? ¿Por qué tengo rabo? ¿Qué eres tú?». La pobre se encerró en su habitación

hasta que llegaron los del Ministerio. Jamás la he vuelto a ver.

—Razón de más para que no le contéis esto a nadie, no parece un sitio donde entres y puedas salir fácilmente —intervine. Tenía la esperanza de que esta pareja no me delatase.

—Si le contamos esto a alguien, los que daremos con el culo en un sanatorio mental seremos nosotros. —Ursa había recuperado un poco el humor.

—Vale, tú has hecho un trato con Kiyu, pero ahora vas a hacer otro conmigo.

Antes de poder preguntar a Jacob qué quería por no venderme al Ministerio, una cabeza grande, blanca y llena de pelo se interpuso en mi campo visual.

—Jooooo, tíííííío, qué mal rollo, esos dos son iguales a los que vi en un sueño, no veas qué mal. Era como ver una película por los ojos de otro, no vuelvo a mezclar tantas hierbas para hacer infusiones. —Estaba mirando el dibujo que hice en el barro.

—¡Maldito perro drogata! ¿De dónde sales? —preguntó Ursa.

—Eh, Ursa, qué guapa estás, dan ganas de comerte entera. Estaba ahí mismo, entre los abrevaderos, echando un sueño —respondió Buddy haciendo un corazón con ambas manos.

—Déjate de guapa, perro baboso. ¿Qué has oído?

—Naaaaada, que este no es Kiyu y que es un urbano o no sé qué. Me tenéis que decir quién os ha pasado esa mierda, seguro que está caducada, yo sigo viendo a mi hermano aquí sentado. Tío, se te está mojando el rabo —dijo Buddy poniendo el puño para que chocase.

—Tiene razón, no sé a quién le habéis pillado esta mierda, pero es la última vez que fumo con vosotros. —El rabo que antes tenía levantado ahora estaba dentro de la pila, era desagradable.

Ursa y Jacob se miraron y creo que entendieron casi al mismo tiempo que Buddy no iba a ser un problema. Quién iba a prestar atención al testimonio de un tío que se llevaba medio día anestesiado. Tendría que hablar más tarde con el *hippie* ese, a ver qué mezcló para tener un viaje astral hasta mi mundo.

—Si queréis buen material, todo lo de Buddy es especial. Paz y amor, colegas, bueno, para ti más amor, osita guapa.

—Sí, paz, *bro* —respondí haciendo el símbolo de paz.

Lo vi alejarse y doblar la esquina, andaba como deslizándose sobre el barro.

—Con que aquí no había nadie a esta hora… —Otra vez ese rabo rallado dando bandazos.

—Nadie normal por lo menos. —Ursa se encogió de hombros.

—Bueno… Siento interrumpiros, pero este planeta sigue dando vueltas y tendremos tareas que hacer, gente a la que ver y secretos que guardar —dije.

—¿Qué quieres que hagamos? Esto es muy fuerte, es difícil de asimilar. Joder, me estoy mareando. —Ursa volvía a tener un ataque de pánico.

—Mira, vamos a seguir con la rutina de hoy —le respondí—. Mientras, te contestaré una a una todas las preguntas que quieras hacerme, soy el mismo que llegó con Yuta en la carreta.

—Maldita sea, me pidió que le diese en la cabeza. Me dijo: «Es el momento, ahora tengo que irme» y le di, me hizo prometerlo. —Hablaba con la voz tomada, casi llorando.

—Vale, si te sirve de consuelo, ha funcionado. Yo estoy aquí y él está en mi planeta. Tenemos que seguir adelante todos, de la normalidad de nuestros actos depende de que sigamos aquí y no en una instalación de Ministerio. —Le había cogido la cara y le estaba hablando muy cerca, era la primera vez que la tocaba.

—Tengo muchas preguntas, ¿tendrás paciencia? —Me había cogido la mano con mucho cuidado.

—La misma que has tenido tú conmigo. —La levanté del suelo, pesaba bastante.

—Siento interrumpir este momento tan tierno, pero ¿qué hay de lo mío? —Jacob se había levantado y estaba otra vez con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres de mí? ¿En qué puedo ayudarte? —pregunté.

—Quiero saber qué ha pasado con mi madre, se la llevaron y jamás la he vuelto a ver. Estoy aquí por agredir a siete agentes del Ministerio, al final no pude con ellos y se la llevaron para siempre.

—¿Cómo puedo ayudarte si no puedo ni siquiera mantener mi rabo seco? —La sensación de tener ese apéndice húmedo era muy desagradable.

—Tienes que hablar con Yuta, estoy seguro de que él lo sabe también. Él sabe que tú no eres tú —expuso Jacob.

—¿Cómo puedes saber tú eso? —pregunté.

—De la misma forma que lo supe el primer día que te vi llegar al centro, ya lo he visto antes, el aura es distinta.

—¿Aura?

—Cosas de los felinos, sentidos diferentes al gusto, tacto o vista. Un sexto sentido; algunos lo tenemos, otros no.

—Vale, me lo creo. Hasta hace tres días esta escena solo era posible en una peli de Disney. Me tomaré esto como beber de un botijo, abriré la garganta y tragaré —dije encogiéndome de hombros.

Les tuve que explicar lo que era un botijo y lo de la factoría Disney, se sintieron muy ofendidos cuando les conté lo de *Zootopia*. Volvimos cada uno a nuestros quehaceres. Estuve trabajando con Ursa en las cuadras sacando a los caballos a pasear; disfrutaba mucho de ello, era lo más parecido a tiempo libre y esparcimiento que había tenido desde

que llegué allí. En realidad hacía bastante que no tenia unas vacaciones y, pese a estar en un reformatorio en otro mundo, esto era lo más parecido a un permiso que tuve en mucho tiempo.

La hora del almuerzo estaba cercana y ya habíamos terminado casi todas las tareas, hablamos poco hasta entonces. De camino al comedor, cuando estuvimos solos, Ursa por fin abrió la boca y empezó otra vez a interrogarme.

—¿Cómo es posible que a ti también se te dé bien montar a caballo o los animales?

—Creo que es una especie de vínculo, creo que somos almas afines, o con un «aura» parecida —respondí.

—Tú no tienes nada que ver con Kiyu, eres un tío atento, trabajador, tienes empatía por los demás. Comparado con él, eres un encanto.

—Pero… —Algo no me estaba contando, algo en la relación de Kiyu con ella no me cuadraba.

—En él veía determinación, ganas de salir adelante pese a todo su pasado, pese a su agresividad; él tenía una meta.

—¿Entonces por qué quería huir? ¿Por qué encomendarse a Fafnir y querer empezar en otro sitio, en otro cuerpo, en otra vida?

—Tendremos que averiguarlo juntos —respondió en un lamento.

Ahí estaba el porqué, lo echaba de menos.

El día, como el anterior, fue largo y solo quería que llegase la noche para irme a dormir. Esa noche no quería hablar con Kiyu, solo quería tirarme en el catre, darle las buenas noches a Buddy y seguir adelante. Nunca había sido creyente, pero le rogaba al dios que reinase en estas tierras que nadie me delatase.

Revelaciones

Pasé la noche sin ningún incidente, fue tirarme en el catre después de ducharme y caer en los brazos de Morfeo. No recuerdo haber soñado nada y me levanté bastante descansado. Podía oler a Buddy en la litera de abajo, a él y algo más, olía a hembra.

—Buddy, qué pasa, pelanas, ¿ayer saliste de cacería? —le dije mientras me asomaba hacia abajo.

—Eeeeey, qué pasa, hermano. Qué dices de cacería, yo no cazo tío. —Parecía hablar más tranquilo aun que días atrás.

—Que a quién te has tirado. —Me asomé para verle la cara.

—Jooooo, macho, no se te escapa ni una. Si quieres te la presento, pero igual no es tu tipo.

—Vamos a desayunar, tengo tanta hambre que me comería un rebaño de ovejas.

—Pues igual ella sí que es tu tipo, tío. —Me caía bien este personaje, era un tío superfeliz.

El día, como los anteriores, fue soleado y fresco, la brisa dio paso a un viento leve que traía los olores del huerto. Al llegar al comedor estaban Ursa y Jacob juntos, y me hicieron una señal para que me sentase con ellos. Pillé algo para comer y me acerqué a su mesa.

—Buenos días. ¿Habéis descansado bien? —pregunté.

—Sigues siendo el mismo lobo cabrón. No he pegado ojo, he tenido pesadillas levantándome en otro cuerpo y era el de un mono calvo y macho. —No sabía muy bien cómo se veía un oso después de pasar una mala noche, pero Ursa tenía mala cara.

—Yo sí he dormido bien, como un cachorro de teta. —Jacob parecía contento, por lo menos no me miraba con gesto amenazador como el día anterior.

—¿Entonces la pesadilla era porque no tenías pelo o porque tenías pito? —Jacob agarró a la osa antes de que me pusiera las zarpas encima.

—No sé si me gustaba más antes cuando mordía, ahora es solo un tocapelotas —exclamó Ursa.

—A ver, guapetona, ¿te crees que esto es difícil para ti? Imagínate que tu sueño se hace realidad, pues esa es mi pesadilla del día a día —dije.

—No deberíamos estar hablando aquí, hay muchos oídos —

intervino Jacob, era la prudencia hecha gato.

—Sí, además tengo muchas preguntas —dijo Ursa.

Terminé el desayuno, cogí las bandejas e invité a Ursa a salir del comedor delante de mí; el detalle le gustó.

Una vez en nuestros puestos de trabajo, me volvieron a asaltar las dudas, tenía muchos interrogantes, no sabía si Ursa me podría responder todo lo que quería saber. Cosas básicas como la medición del tiempo, la forma de referirme a los demás, cómo se llama ese planeta, algo de historia. Ahora que por fin me deshice de la carta de la amnesia, podía preguntar por todas las cosas que se supone que un tío de diecinueve años tendría que saber.

—Ursa, aparte de apalear estiércol y dedicarnos a los caballos, ¿aquí también se recuperan animales salvajes? —Seguíamos recogiendo caca de caballo.

—Sí, también hay talleres de formación. Una vez a la semana viene un psicólogo para prestar ayuda y hay orientadores. Todo el que no veas con un peto vaquero y una camisa a cuadros es miembro o colaborador del centro, el resto somos los internos.

—Esto es, lo que diríamos en la Tierra, un reformatorio. Cerca de mi casa hay uno, hacen exactamente lo mismo.

—Aquí en Ix todo está regulado por el Ministerio. Este es un centro concertado, lo rige parcialmente Yuta —respondió Ursa.

—¿Qué clase de nombre es «Ix»? —Ella dejó de apalear estiércol y me miró muy seria.

—¿Qué clase de nombre es «Tierra»? La tierra es lo que estamos pisando, es la porquería que hay tirada por el suelo. El nombre de este planeta viene dado por la posición dentro de nuestro sistema heliar.

—Será dentro de vuestro sistema solar. —Por fin estaba acaparando datos.

—Sería sistema solar si nuestra estrella, la que está en el centro de nuestro sistema planetario, fuera el Sol; nuestra estrella se llama Helios.

—Eso es muy interesante. ¿Sabes algo del Culto del Instinto Feral? ¿Has visto a alguno de ellos?

—Pues sé lo que leo en los diarios, lo que escucho en la radio y lo que me enseñaron en la escuela. Que son unos salvajes, viven y se comportan como animales —respondió de carrerilla, con la costumbre de alguien que tiene una lección aprendida.

—No me has respondido, ¿los has visto?

—No… Viven apartados de nuestra sociedad. —Otra vez esa fe ciega.

—O sea, que solo sabes lo que te han contado. ¿Quién controla los medios de comunicación y la educación?

Al decirle eso vi cómo le daba tal escalofrío que le hizo soltar la

pala. Fue como si algo dentro de ese pedazo de cabeza de oso hiciera clic y despertase de un sueño muy profundo. Se volvió a coger la cabeza con las dos manos y a ir y venir de un lado para otro murmurando cosas ininteligibles. La detuve, le cogí las manos e intenté hablarle lo más tranquilo que pude.

—Esto es muy duro para los dos. Tú llevas diecinueve años con ese cuerpo grande y achuchable, yo no llevo ni tres días con rabo y un sentido del olfato molestamente fino. Si trabajamos juntos, puede que tengamos respuestas.

—¿Soy achuchable? —Estaba llorando. Primero me había cargado su idea del universo y luego la concepción de su mundo. Era la primera vez que veía a un oso llorar, que la veía llorar.

—Desde que te vi por primera vez tuve que controlarme para no abrazarte.

—¡Ven aquí, mono calvo!

Por poco me parte la columna, pero me estaba abrazando. Era reconfortante y temible a partes iguales, estos seres tenían la capacidad de amar y ser racionales, pero tenían la fuerza de una bestia.

—Te está gustando, se te va a desencajar el rabo. —Casi me estaba dando en los costados con él.

—Es la primera vez que me dan algo de cariño desde que estoy aquí, no soy de piedra. Además, das unos abrazos geniales. —Su pelaje era suave y esponjoso y, a pesar de haber estado toda la mañana tirando de pala, olía bien.

—¡Vosotros dos, por qué no os vais dentro de una cuadra y dejáis de dar el espectáculo! —Era Hen, el panda rojo.

—¿Podemos ir a un establo? —le dije para quitarle peso al asunto.

—No creo que puedas aguantarme encima de ti, te partiría la cadera, perro canijo. —Se negaba, pero me llegaba un olor conocido.

—Cuánto amor… O volvéis a las tareas o tendré que informar al custodio. —Para ser tan pequeño, Hen tenía muy mala leche.

—Qué malos son los celos… Métete en tus asuntos si no quieres que te meta en la carreta del estiércol.

—¡Otra vez no! —Dio un par de pasos hacia atrás y cogió con fuerza las riendas que tenía en las manos.

—¿Otra vez? —La miré con reprobación.

—Sí, otra vez —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Ursa me soltó y volvimos a nuestros quehaceres. Fue muy raro ver hasta qué punto esta sociedad estaba regida por este «Ministerio» que lo controlaba todo, aunque parecía que a nadie le faltaba de nada. Había comida, todo el mundo tenía ropa limpia al día siguiente y todo parecía ordenado.

Quería que ver el mundo exterior y tenía tareas que cumplir.

Encontrar al culto, a los lobos, iba a resultar difícil sin tener ninguna referencia externa al Ministerio. Tenía que salir de caza a ver si encontraba algún rastro. Si eran lobos y olían como yo, igual podía salir a cazar para volver con respuestas.

Por otro lado, estaba lo que le prometí a Jacob. Debía averiguar qué le hacían a los que llegaban aquí, se encontraban con una piel cambiada y no aprobaban el test psicológico del Ministerio. La semana siguiente vendría Laila; si me podía mantener a salvo hasta entonces, podría obtener respuestas.

—Ursa, aparte de montar a caballo y tirar osos molestos a la mierda, ¿qué puede hacer aquí uno para entretenerse?

—No sé si te has dado cuenta, pero esto es un… ¿Cómo lo nombraste? Ah, sí, reformatorio.

—¿No os dan permisos de fin de semana si os portáis superbién? ¿Tenéis fin de semana?

—Pues claro, Achi y Kyuu[1] son no laborables. Además, este finde hay un concierto en Shaiyo, un pueblo de aquí al lado. El concierto es el Nana.

—¿Podemos comprar entradas? ¿Tenemos dinero?

—¿Qué es dinero, algo de tu Tierra? —Lo dijo así de casual, como un niño cuando le preguntas por algo que no conoce.

Le eché toda la paciencia que pude y le expliqué el concepto de divisa, cómo se usaba y para qué servía. Como respuesta, me dijo que allí no tenían de eso. Esa sociedad se basaba en la cooperación. Si eres útil, no necesitas divisas para poder comer, vestirte o utilizar servicios. Tu utilidad para la sociedad, cómo no, la dictaminaba el Ministerio: según tus habilidades físicas o psíquicas, el Ministerio te asignaba una tarea. Si cumplías tus tareas, eras útil a la sociedad y la sociedad sería útil para ti. Todo esto sonaba a comunismo de manual; en la sociedad humana no funcionó, pero esta sociedad no era humana.

—O sea, que te matas a hacer rejas y puertas para conseguir dinero que cambias por servicios y comida. Parece una estupidez.

—Parece y lo es. ¿Podremos ir este finde de concierto? Me apetece muchísimo escuchar algo de música. Trabajando siempre estaba escuchando la radio. ¿Quién toca?

—Michael Clan. Son muy populares, pero dicen que no les gustan los sitios grandes, prefieren tocar donde sienten el calor del público.

—Michael Clan… Igual los conozco. —Parecía un acrónimo de otro nombre.

—Pero te tienes que portar bien toda la semana, aparte de que te hará falta algo de ropa, no vas a ir de recluso a Shaiyo.

—¿Tenemos sastre en la granja?

—Sí, y le va a encantar trabajar contigo.

—¿Vendrás conmigo?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿No te importa que te vea con poca ropa? —Otra vez esa sonrisa picarona.

—Bah, este cuerpo no es mío. —Tampoco era muy pudoroso con mi cuerpo auténtico.

Le pregunté por la medición del tiempo, por relojes y demás. En Ix existían relojes de pulsera, de pared, de cocina, etc., pero en el centro todo se regía por los toques de campana; a los internos se les quitaban los relojes para que la sensación de tiempo no fuera tan pesada. No sé hasta qué punto eso era cierto, la verdad; entre las tareas y el resto de las rutinas el día se pasaba volado.

Entre la cena y la hora de apagar las luces teníamos un lapsus de tiempo libre que aprovechamos para ver al sastre. Cerca de los barracones había un pabellón más grande que creí que era un polideportivo o algo así; sin embargo, allí había varias dependencias. Una enfermería con unas pocas de camas, un pequeño calabozo y otros cuantos locales para formación. En uno de ellos podía leerse «Taller de corte y confección», detrás de la puerta corredera había unos pocos maniquís de diferentes tamaños y formas, bustos de hembras y de machos de diferentes especies. Allí un sastre debía tenerlo realmente difícil, no es lo mismo vestir a un felino que a un úrsido o un cánido. Olía a pájaro y a perfume de mujer mayor, como Avon. Detrás de uno de los bustos estaba la criatura más fascinante que había visto hasta la fecha.

—Ursa, Ursita, Ursona, mi osita de peluche, ¿cómo has tardado tanto en volver a verme? —Era un pavo real metido en un quimono y con mucha, muchísima pluma—. Uuuuh, vaya, vaya, vaya, me traes un desafío. Sabes que me encantan los cánidos, esos cuerpos esbeltos con esas cinturas tan estrechas y esas articulaciones tan finas… Son divinos, tendría que haber nacido perra. —Me estaba tomando las medidas sin metro mientras se abanicaba acaloradamente.

—Pero si ya eres una perra, pero con plumas. —Los dos rieron y se abrazaron.

—Bueno, vamos a estar aquí diciéndonos lindeces o me vas a presentar a este machote, parece un lobo salvaje y sexy, estoy húmeda de la emoción.

—Me llamo Kiyu, soy medio lobo y este finde nos vamos de concierto, Ursa me dijo que eres el mejor sastre que hay por aquí.

—¿Eso le dijiste? —Se tapó la cara con el abanico como si estuviera avergonzado.

—Lo que no me dijo es que tenéis los mismos gustos. —Miré a la osa con ganas de morderla.

—¿Ves? Por eso te dije que no me lo perdería por nada del mundo. —Si estuviese en un salto de agua, con la boca abierta cazando salmones, no estaría más contenta.

—Bueno, yo me llamo Fang, pero tú, mi príncipe, me puedes llamar como quieras. Ahora quítate esos harapos apestosos, te voy a tomar medidas.

Fue muy, muy meticuloso. Me quité la ropa, me quedé en ropa interior y empezó a medirme el contorno de pecho, tiro de sisa, espalda, etc. Se recreó en su trabajo y creo que de algunas zonas tomó dos o tres veces las cotas.

—El trabajo duro te está haciendo bien, lobito, ahora pareces menos flaco —dijo Ursa sin apartar sus ojos de mí.

—Pero ¿qué dices, Ursa? Llevo tres días aquí después del sanatorio.

—Pero tienes buena genética, buen pelo, buena cara y un culo de perrazo divino, ¿verdad, osita? ¿Has visto este culo? —dijo Fang cogiéndome el trasero con ambas manos. De esa zona fue donde pilló dos o tres veces medidas.

—Yo aquí soy imparcial, solo he venido para que no te aproveches de él.

—Ah, ¿pero no lo ha hecho ya? Me ha tocado el culo tres o cuatro veces.

—Me encanta, guapo, con buen cuerpo y listo. Qué injusto es este mundo. —Otra vez se puso el abanico en la cara—. ¿Con qué quieres tapar ese cuerpazo, lobito?

—Vamos de concierto, unos vaqueros, una camiseta molona y una cazadora de cuero estarían bien.

—¡No, no, no! Con esa figura que tienes te voy a vestir como un príncipe de las tinieblas, como al mismísimo rey lagarto. Vas a tener que quitarte a las hembras y a algunos machos de encima con un palo.

Miré a Ursa, que me devolvió la mirada con un encogimiento de hombros.

—Como quieras, tú eres el experto… o la experta, perdona, pero no sé cómo dirigirme a ti. —No quería ofenderle, aunque estaba seguro de que tratarle por «ella» era lo correcto.

—Como tú quieras mientras sigas hablándome y mirándome a los ojos así, estoy derritiéndome. Duermo en el barracón tres, por si tienes el sueño ligero, puede que esté fuera poco después de apagar las luces.

Ursa tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo siento, aunque me pareces una criatura preciosa, no me he planteado añadir a mi menú las aves exóticas.

—¡Qué caballeroso! Ahora me gustas más, te voy a hacer un modelo digno de una estrella del rock. —Hablaba haciendo muchísimos aspavientos.

Salimos del pabellón con Fang detrás de nosotros, podía sentir la presión de sus ojos en mi trasero y cómo su perfume me envolvía.

—Vuelve el Rok, para entonces estará listo.

—Muchas gracias por todo. —Me acerqué para darle un par de

besos y un abrazo; iba a vestirme para un concierto, era el pago mínimo.

—De verdad, qué joya de chico. Si no te lo comes tú, me lo comeré yo, osa boba. —Cerró la puerta y según lo hizo Ursa empezó a reír como no la había escuchado antes.

—Seguro que en tu mundo no tienes especímenes así. —Seguía riéndose.

—Pues claro que los tenemos, las llamamos locas y son exactamente iguales.

Ursa siguió dándome carga el resto del camino hacia los barracones, ella estaba segura de que Fang me estaría esperando después de apagar las luces. Le pregunté por la seguridad del centro por la noche, a lo que me dijo: «Nadie de afuera entraría a robar en un sitio lleno de criminales». Lo de los lapsus de seguridad después de apagar la luz eran «intencionados», era más fácil controlar a un grupo de chavales con la escopeta descargada que llenos de veneno. Por lo visto, conseguir anticonceptivos era tan fácil como pedírselos al custodio de turno.

La abracé al despedirme; parece que le pilló por sorpresa, pero le gustó.

Yuta

Otro día soleado y plácido en la estación de los cultivos, otro día por delante lleno de responsabilidades y quebraderos de cabeza. Mi padre me lo dijo una y otra vez: «No importa de qué raza ni de que género seas, un racional se mide por sus actos». A pesar del peso del cargo, a pesar de todos los dolores de cabeza, no quería estar en otro sitio que no fuera este.

La mayoría de los reptiles se pueden apañar con Helios, un poco de agua, algo de comida y una o dos hembras para sentirse dichosos de su existencia; eso no funcionaba conmigo. Desde muy pequeño me había planteado mi existencia y la de los demás racionales que me rodeaban. Preguntas como quién soy, de dónde vengo y a dónde vamos me han estado atormentando casi desde que salí del huevo. Algo en este conjunto, en esta sociedad con todas estas especies, no me terminaba de convencer.

Cómo miles de años de vivir como nómadas, cazando y recolectando, fueron pasando rápidamente a esta sociedad; seiscientos años no eran nada comparados con los miles que pasamos errando por esa tierra. Después estaban los repentinos descubrimientos, cosas que antes solo aparecían en películas y relatos y que de la noche a la mañana eran tangibles. Los racionales que un buen día se desplomaban y cuando despertaban no eran ellos mismos.

Eso me recordaba a Kiyu, ese medio lobo al que un día atacaron y al levantarse ya no quería morder a nadie.

El día anterior había venido Ursa a decirme que le estaba ayudando mucho y que le gustaría ir con él a un concierto en Shaiyo de los Michael Clan. Les dije a los custodios de su zona que les dieran permiso para salir, pero que siguieran vigilando de cerca al lobo; ya había perdido una carreta y no quería perder otra.

Aquel día salían cinco internos más, cinco chavales perdidos que habían encontrado un hueco en esta sociedad. Cuando salían por la puerta, no sabía bien si lo que devolvía era mejor que lo que vino o simplemente eran solo animales a los que se les había domesticado. El continuo giro de acontecimientos, el quiénes somos, qué nos define, qué nos hace ser como somos.

¿Era nuestro entorno? ¿Fue el entorno el que hizo que Ram, la pantera negra, se uniera a una pandilla de otras panteras negras y

fuese buscando problemas?

¿Eran los traumas? ¿Fue un trauma de infancia lo que provocó que Erin, una cordera, no pudiese interactuar con los de su misma especie?

¿Eran los genes? ¿Eran los genes responsables de que Joel, un león, se volviese un acosador desde primaria y terminase con un historial de agresiones antes de su mayoría de edad?

¿Estilo de vida? ¿El estilo de vida hizo que Toriel, una cabra, se convirtiera en una mentirosa patológica?

¿La falta de autoridad? ¿Fue la falta de autoridad la que llevó a Pedro, una cebra, a ignorar los límites y cometer delitos?

Todos ellos, después de una temporada en el centro, encontraron un propósito, un fin, cómo ser útiles. ¿Al sentirse útiles para la sociedad se sentían útiles para sí mismos? El caso era que con cada chaval que salía por la puerta yo me sentía mejor. Quizás estuviera haciendo aquello con un fin egoísta, o quizás era la persona más altruista de este planeta.

Cada mañana me levantaba con los mismos pensamientos, hundiéndome en la rutina, que me hacía estar aquí, ahora, ser yo para mí y para los demás que me rodeaban.

Pero algo estaba cambiando. Kiyu era la clave de todo, debía ser uno de los que se van y cuando vuelven ya no son ellos. Las creencias antiguas, las leyendas, los mitos en el fondo esconden hechos históricos que no se podían entender en ese momento. Las historias de Fafnir el cambiapieles, el que te llevará a un sitio lejano a dejarte en otro cuerpo por una vida de desdichas… Igual existía algo de verdad en ese mito. Puede que llevara pasando siglos, puede que alguna de esas almas nos trajese la agricultura, la ganadería, la astronomía, la medición del tiempo, la escritura… Tantas cosas que salían del Ministerio del Cambio que parecían inexplicables, y tantos racionales que entraban para no verse jamás.

Laila vendría la semana siguiente, ella entrevistaría a Kiyu y podría darme respuestas; una semana, después de una vida larga como la mía, no era nada.

Kiyu quería unirse al culto, se sentía maldito por su condición de medio lobo y quería empezar otra vida al margen de esta sociedad. Igual ahí estaba el nexo, dos almas afines, disconformes por sus vidas y con ganas de huir.

Otra cosa que no me cuadraba de este mundo era el culto, la constante amenaza de que iba a venir el lobo. Las noticias unidireccionales del Ministerio hablando de que eran malos, el lobo era malo, vivir fuera de este control, de esta sociedad, fuera del alcance de la larga sombra del Ministerio, era malo.

Si descubría todo eso, ¿podría seguir viviendo así? ¿Mi realidad seguiría siendo la misma? ¿Me seguiría llenando este sitio? ¿O solo

hacía esto por mi compañera, aquella que intentó darme hijos para criarlos en esta granja, sustituidos por almas perdidas? Mi Surey, que un día se desplomó en el suelo y cuando se despertó no me conocía ni a mí ni a ella misma.

Alguien llamó a la puerta de mi dormitorio, el desayuno debía de estar servido. Mi día empezaba y la rutina me alejaba de estos pensamientos. Esperaba que el día fuera ajetreado.

—¿Se puede? —No era la voz de Fer, mi asistente.

—Enseguida salgo, un segundo. —Estaba recién levantado y quería vestirme.

Cuando salí de la habitación para desayunar, empezar mi día y despejarme de los pensamientos que me atormentaban, me encontré de bruces con una de mis incógnitas, el medio lobo.

—Hola. Quería agradecerle el que me haya dejado salir para el concierto de este fin de semana. —Lo tenía ahí de pie, moviendo el rabo y dándome las gracias de nuevo como no lo hizo durante los dos años anteriores.

—¿Traerás la carreta de vuelta o te tendré aquí otros dos años más?

—Si pudiera ir al pueblo a caballo, no tendría que preocuparse por la carreta, pero Ursa es una chica muy fornida, no creo que el caballo pueda con ella.

—Te da miedo decir que pesa mucho hasta cuando no está presente, ¿verdad?

—Me han recomendado no decir nada sobre su peso, además sé que mandó a alguien a un sanatorio y yo no quiero volver a pisar uno de momento.

—Te has vuelto muy prudente. ¿Por qué este interés por la música? ¿Qué tipo de música te gusta? —Quería saber hasta dónde llegaba su memoria «amnésica».

—Después de estar una semana apaleando estiércol quería salir a que me diese el aire, el concierto es lo de menos. —Buena respuesta, muy vaga.

—Muy bien, intenta no meterte en líos. Si te dicen algo como medio lobo o mestizo, diles que tu padre tiraba de un trineo o algo así.

—¿Tan diferente de un cánido normal soy? —He aquí una pregunta rara.

—Digamos que eres un perro al que le han dado suero del crecimiento.

—Bueno, no sabía hasta qué punto el tamaño me podría meter en problemas. —Empezó a rascarse detrás de las orejas con una mano, su lenguaje corporal era diferente del que recordaba.

—Si me disculpas, tengo que desayunar. Si quieres agradecerme lo del concierto, tráeme una camiseta firmada por el grupo.

—¡Eso está hecho! Muchas gracias, Yuta.

Salió de mis dependencias moviendo el rabo y dando saltitos de alegría. Si realmente era otra alma en el cuerpo de esa máquina de morder, tendría que ser un alma bastante atormentada, los Michael Clan no eran tan buenos.

—¿Ese lobo tan feliz era Kiyu? —dijo mi asistente, Fer, un ovino bastante mayor.

—¿Qué piensas de él?

—Que se parecía a Kiyu, pero no parece él. Parece que con el golpe expulsaron toda la amargura que tenía su alma.

—¿Lo habéis estado vigilando como os ordené?

—Como ordenaste.

Era una oveja vieja y le gustaba hacerse de rogar. Se daba un aire a interesante y misterioso, pero lo que pasaba de verdad era que tenía que retirarse.

—A ver, Fer, soy más viejo y viviré más que tú. ¿Me vas a decir qué ha estado haciendo el chico o esperamos que uno de los dos fallezca?

—Te lo diré después de que me invites a desayunar.

Mientras desayunábamos en mis dependencias, me estuvo contando el extraño comportamiento del lobo. La forma en la que había estado trabajando, el incidente con Jacob, cómo se había disculpado con todos a los que mordió u ofendió. También estuvo hablando con Buddy; eso podía ser un problema, a pesar de su aspecto, Buddy era muy listo, no habíamos podido pillarlo con ninguna sustancia. Incluso fue a ver a Fang, con lo homófobo que era ese chaval. Que se llevase bien con Ursa no era nada raro, lo raro era que los vieron abrazados y la osa, ese pedazo de hembra, parecía estar llorando. Ursa no es de las que lloran o les gustan recibir flores o piropos, ella es una hembra fuerte, no sabía qué le había podido decir ese chico para quebrarla.

Laila, esa cánida tan guapa y profesional, seguro que podría sacarle la verdad de todo esto a Kiyu. Palabra por palabra, tenía que decirle lo que estaba pasando con ese chico. Había esperado mucho tiempo para obtener respuestas; no, respuestas no es la palabra… Certeza, sí, esa es la palabra. Certeza después de todo aquel tiempo, tanto tiempo.

Instintos

Después de ver a Fang y despedir a Ursa, caí en una cosa; después de abrazar un par de veces a la osa, me acordé de mi madre. Por supuesto, abrazar a ese pedazo de hembra no fue lo que me la recordó, eso no era, fue la afinidad, el cariño. En ese mundo era la primera persona, o como aquí los llaman, «racional», a la que podía considerar cercana.

A pesar de su tamaño y de esa pinta de motera, cuando escarbabas un poco veías una niña perdida y desorientada. Cuando le dije lo del Culto, si había visto alguna vez a un lobo, si los vio quemando una aldea o matando a alguien, solo supo decirme: «Lo que me enseñaron en la escuela, lo que leo en los periódicos y lo que escuché en la radio»; lo dijo con una fe ciega, sin pensarlo. ¿Eran todos los seres de este mundo así? Quizás solo era por su edad, se me olvidaba que era casi una cría, una niña enfundada en dos metros de oso.

Llevaba casi dos semanas en Ix. Por segunda vez desde que estaba en este sitio, miré al cielo. La astronomía nunca fue algo que me llamase la atención en demasía, pero ese cielo estaba abarrotado de estrellas. No reconocía ninguna constelación; tampoco es que en casa me fijase demasiado en ellas, pero sabía lo básico, la osa mayor, el cinturón de orión y la estrella del norte. Poco más sabía de las estrellas y los antiguos dioses a las que representaban, pero aun así el cielo de este planeta era precioso, como si vieras el reflejo de una bola de espejos en el cielo.

Los días seguían siendo templados y las noches frescas, o por lo menos era mi sensación en ese cuerpo totalmente cubierto de pelo; otro interrogante a añadir, igual podría pasar por zonas nevadas con tan solo una bufanda.

Olía a tierra fresca, a los animales de las cuadras, a los racionales en los barracones y algo más; entre los árboles cercanos a los barracones, me venía olor a hembra. Alguien estaba pasando un buen rato al abrigo de la noche, y sentí curiosidad, una irrefrenable curiosidad. Antes de querer darme cuenta, ya estaba dando pasos entre los árboles, pasos cortos, silenciosos; zigzagueando entre los árboles, me acercaba a ese aroma, los podía escuchar en la noche cerrada. Un árbol, dos árboles más y estaba a escasos pasos de la pareja, podía verlos. Era Buddy, estaba encima de alguien, no podía ver a la

hembra. No sé por qué quería ver la escena con mayor detalle, ya estaba casi encima de ellos, solo un poco más…

—Qué estás haciendo macho, eso no está bien —dijo Jacob chistándome. Se acercó tras de mí y en contra del viento, ni lo escuché ni lo olí. Me tapó el hocico y me tenía agarrado. Fue como si despertase de un trance. Asentí y retrocedí con él por donde había venido.

—¿Qué me ha pasado? No podía detenerme, no era dueño de mis actos.

—Se llaman instintos, nacemos con ellos y con el paso de los años aprendemos a controlarlos. Tú eres nuevo en ese cuerpo y tienes que aprender que hay cosas que los cánidos, como tú, tienen que mantener a raya.

—¿Tú no tienes esos ataques?

—¿Qué? ¡No, por favor! Hay cosas que se hacen de cachorro, como arañarlo y morderlo todo, querer marcar el territorio y demás cosas que hacemos los felinos, pero con el paso de los años aprendemos a controlarnos.

—Joder, no me digas que voy a ir por ahí oliendo culos y orinando en las farolas.

—No sé, ¿eso es lo que hacen los cánidos en tu mundo?

—En mi mundo los perros son nuestras mascotas, y sí, hacen esa clase de cosas.

—Suficiente por hoy, es muy tarde, huelo a caballo y me gustaría asearme.

—¿Vas a lamerte o usarás las duchas? —Eso no eran instintos, era yo.

—Ursa tiene razón, eres un tocapelotas. Ya no hago esas cosas.

—Jacob, gracias. No sé qué hubiera pasado si no hubieses aparecido.

—Si no hubiera aparecido, habrías conocido a Buddy cabreado. ¿En tu mundo qué pasa cuando le quitas un hueso a un perro?

—Vaya… Muchas gracias entonces.

—De nada. Ve a ducharte con agua fría, o si lo prefieres ve enfrente del barracón tres, las dos cosas te pueden bajar la temperatura.

—La ducha me irá bien. —No me gustaban los hombres, menos los machos de este mundo.

—Bueno, el que come carne y pescado no pasa hambre en ningún lado. Sigue trabajando así, te está sentando bien. —Se alejó de mí hacia su barracón con una medio sonrisa; no sé si me dijo aquello para desconcertarme o si realmente era bisexual y me estaba tirando la caña.

Me duché y fui a mi catre. Buddy no estaba, seguro que aún estaba jugando al abrigo de los árboles. Casi que me dio envidia, hasta que

pensé en las opciones de tener sexo en ese sitio. Al día siguiente le olería a ver si averiguaba con quién estaba; si no, le preguntaría directamente, no era de los tíos más reservados de este lugar. «Mañana le oleré»... Dos semanas aquí y ya me comportaba como un cánido.

Antes de cerrar los ojos pensé en mi madre. A mamá le gustaban los perros, no sé qué haría si me viese en este estado.

El prado ondulaba como un verde océano mecido al compás del viento. Las colinas eran suaves y parecían vivas en un constante ir y venir verde y dorado por el sol. Al fondo de la escena, despuntado en la colina, un solitario árbol culminaba la estampa y, apoyado en él, una figura. Kiyu estaba de pie mirando al infinito, el viento también mecía su pelaje. Este sueño era mucho mejor que el de la sala infinita de ébano. Subí por la colina tocando las espigas de lo que parecían cereales con la palma de la mano, todo era muy bucólico.

—Este sitio me gusta más que la sala gótica —dije una vez estuve a su lado. Él se volvió y me sonrió. Así se veía cuando lo hacía con el cuerpo de Kiyu; la verdad, era un animal precioso.

—Te he traído a mi recuerdo más preciado. Mira allí abajo.

En el valle, detrás de la colina en la que estábamos, había un asentamiento de casetas muy parecidas a las de los indios americanos. Había caballos y varias familias, niños, adultos y lo que parecían algunos ancianos.

—¿Qué me estás mostrando? —pregunté.

—Te estoy enseñando lo más cerca del Culto de lo que he estado jamás. Si hubiera bajado, quizás ahora no estaríamos hablando, igual no nos conoceríamos. Sería feliz con ellos, con el resto de los míos.

—O quizás te hubieran atado a un caballo y arrastrado por una escombrera. Eres medio lobo. Otra cosa, ¿siempre que tenemos estas conversaciones tenemos que estar en pelotas?

—¿Siempre tienes que quitarle hierro al asunto cuando las cosas se ponen serias?

—*Touché*. ¿Por qué no bajaste?

—Tuve miedo, no sabía si me iban a aceptar. Dudé y me atraparon los del Ministerio. —Me hablaba con un gran pesar y sin apartar la vista del poblado.

—El Culto no es lo que dice el Ministerio, ¿verdad? —pregunté mirando esa aldea de lobos.

—El Culto se escapa de su control. No forman otro engranaje más de su maquinaria, nada de «Akuna Matata».

—Vaya, ¿un par de semanas siendo humano y las has dedicado a ver el Rey león?

—Eso y a hablar con tu jefe, bueno, ahora es tu exjefe. Cada vez que venía al hospital, como llamáis vosotros al sanatorio, tu madre se

ponía muy triste. Me dolía verla así.

—Has conocido a don Rafael. Yuta me gusta mucho más que él. ¿Qué quería ese borracho?

—Quería que firmases un papel que decía «cláusula de descargo de responsabilidad». No sé muy bien qué era, pero tu madre se ponía muy triste cada vez que aparecía con ese documento.

—¿Qué has hecho?

—Hablar con tu madre y contratar un abogado. Según ella, no puedes firmar nada en tu condición; además, podrás dejar ese trabajo, terminar los estudios e independizarte con lo que le vas a sacar. El concepto de dinero me parece una estupidez.

—Pues sí que has aprovechado el tiempo. ¿Cómo está mamá?

—Preocupada por ti. Físicamente estás bien, tu cuerpo se recupera más lento que el mío, pero tus heridas no te van a dejar apenas marcas. Le preocupa que hayas perdido la memoria.

—¡Sabía que eras listo! Todo este tiempo he creído que le ibas a morder a alguien, pero has jugado la carta de la amnesia. —Me sentí aliviado en ese momento.

—Sí, jugar a las cartas sin rabo es más fácil. Bueno, te he librado de la rutina de mierda que tenías, te he resuelto el tema del dinero y tu madre dice que va a estar bien sin ti. ¿Tú que has hecho por mí?

—Me he hecho amigo de todos a los que mordiste, le he dado un par de abrazos a Ursa, he dejado que Fang me toque el culo y este finde voy a ir de concierto.

—¿Qué me estás contando? —Dejó de prestar atención al poblado y me miraba con cara de haberle robado un hueso.

—¿Qué quieres que haga? Eres un puñetero convicto, has mordido a todos los que te rodean y encima estoy teniendo problemas con el tema de ser un perro grande.

—¡Ah…, los instintos! En tu cuerpo lo único que me apetece es tirarme y descansar. Nunca había estado tan tranquilo en la vida. Echo de menos el olfato, tu raza no huele las cosas hasta que las tiene delante. Queda con Ursa y ve a cazar, a ver si encuentras un rastro. Ve donde no haya signos de civilización, sin carreteras, sin carteles, nada que huela al Ministerio.

—Bueno, es un comienzo. La verdad es que me gustas más ahora que en el modo «soy el lobo feroz» de antes.

—Si quieres, te muerdo y te levantas teniendo una pesadilla. — Se había vuelto hacia mí y me estaba enseñando los dientes. Acto seguido lo imagine con un bozal y, tachan, bozal al hocico.

—Mira, chaval, en el plano físico seguro que me puedes arrancar los brazos, pero aquí estamos en el plano psíquico, soy más viejo y mucho más cabrón que tú.

Él me miro y se quitó el bozal tranquilo.

—Yo nunca he tenido una familia, ni para bien, ni para mal. Le pregunté a tu madre por «papá», tú también has pasado lo tuyo. No querría quitarte lo que tienes, pero para volver tenemos que arreglar nuestras vidas.

—Vaya, Ursa me dijo que eras incapaz de sentir empatía por los demás. Quizás estés madurando. Eso es bueno. Te hice una promesa y pienso cumplirla, cuando te encuentres entre los tuyos volveremos a hablar.

—El vínculo que nos une con cada día que pasa se hace más débil.

—No te preocupes, tengo un plan B.

—¿Plan B para establecer una llamada interracial e interplanetaria? Los móviles que tenéis aquí hacen muchas cosas, pero creo que no son capaces de eso.

—Conoces a Buddy, ¿verdad?

—¡No me digas que tu plan pasa por sus manos! —Se le había erizado el pelo, parecía más grande aún.

Le conté el episodio en el cual Jacob, amablemente, me bajó del caballo antes de que me pusiera a aullar llamando al Culto y sembrando el caos y demás cosas desagradables. Le expliqué cómo, después de contarles quién era yo a él y a Ursa, Buddy se coló en medio de la conversación. La verdad es que, pese a ser un cánido grande, nadie reparó en él hasta que lo tuvimos encima, fue muy gracioso.

—Por un lado, me alegra que Ursa sepa todo esto. —Cada vez que decía su nombre, volvía a aparecer ese semblante de amargura en su rostro—. Pero, por otro, no deberías fiarte de Jacob. Te guardará el secreto mientras le seas útil.

—Quiero cumplir con mi parte. Quedaré con Ursa.

—Date la vuelta, te está esperando.

Trucos nuevos para un perro viejo

Era la primera vez que me despertaba después de hablar con Kiyu sin nadie aguantándome en la cama. En lugar de tener la cara de Buddy a escasos centímetros de la mía, me desperté oliendo a oso, bueno, a osa en este caso.

—Ursa, hueles muy bien. —Permanecí con los ojos cerrados. Tenía una especie de archivo mental de olores, igual que cuando relacionas una cara a una persona.

—Eres un chucho bastante flojo, para tener los sentidos tan desarrollados parece fallarte el oído —dijo Ursa.

—¿Ha sonado el toque para levantarse? ¡No tenéis piedad conmigo! —Mientras hablaba me estaba desperezando; al abrir los ojos, Ursa estaba junto a mi litera.

—¡Venga, vamos a desayunar! —Estaba muy contenta, es decir, más de lo normal.

—Vaya... Siempre sueles ser muy positiva y estar rebosante de energía, pero hoy te veo muy feliz.

—Jacob está en mi barracón, me contó lo de anoche. Levántate, lávate esa cara de perro y ven conmigo al comedor.

Estaba intrigado por el rumbo que iba a tomar aquel día, estaba casi seguro de que me tenía algo preparado. Después de desayunar, nos dirigimos a nuestros puestos en el centro. Aún no había nadie en las cuadras, estaban los custodios dejando las herramientas y contabilizando los aperos. Parecíamos los primeros en llegar.

—Muy bien, quédate aquí, voy a por una cosa. Ahora vuelvo. — La primera vez que veía a Ursa en plan mandona. Obedecí sin rechistar. La vi desaparecer por la esquina de la cuadra.

Al rato de irse Ursa, empezaron a llegar el resto de los internos, Jacob, Aura y Hen. El panda rojo me miró y me preguntó que hacía plantado en medio de las cuadras como una estatua. Cuando me hizo la pregunta, fue como si mi cabeza hiciera clic y otra vez comenzara a pensar por mí mismo. ¿Cuánto tiempo había estado de pie ahí en medio, solo porque Ursa me dijo «quédate ahí»? Me dio mucho coraje, pero parecía la clase de cosas que se le hacen a un perro cuando se le adiestra. Fui detrás del establo, donde Ursa había ido; allí estaba, con una sonrisa de oreja a oreja y una pelota roja del tamaño de una de tenis en la mano derecha.

—Oye, chata, tú de qué vas, ¿por qué me has dejado en medio de

las cuadras plantado?

—Ya te dije que hablé con Jacob, ¿verdad? ¡Anda, busca! —Tal como me dijo eso, me tiró la pelota y yo como un gilipollas fui detrás de ella corriendo. Antes de alcanzarla, me paré en seco.

—¡Joder, ya basta, esto no tiene gracia! —exclamé enseñando los dientes.

—¡Para ti no, yo me estoy partiendo el culo! Anda, coge la pelota y ven.

—¡Cógela tú con el...! La voy a coger, pero hasta que no me des una explicación, no te la doy.

—¡Buen chico! ¿Quién es mi perrito bonito, quién es un buen chico? —Según empezó a hablar así, me puse a mover el rabo y me entraron ganas de saltarle encima para lamerle la cara. Puñeteros instintos.

—¡La madre que te parió! Los osos del zoo a los que les tiraba manzanas me caían mejor que tú, que lo sepas.

—Anda, ven que te explique un par de cosas, pero antes...

Me agarró con un brazo, me lo subió por encima de mi cabeza y con la otra mano se puso a rascarme el lomo. La pierna derecha empezó a tener un tic y a moverse sola. Me zafé de ella y la miré con cara de indignación.

—¡Para ya! Todas estas cosas son las que le hacía yo a mi perro, también le gustaba mucho que le rascasen la barriga y detrás de las orejas. —Me quité un tirante del peto y me abrí la camisa—. ¿Probamos lo de la barriga? —Ella me miró, levantó las manos y por un segundo me dio la impresión de que quería acariciarme.

—Quizás en otro momento... Bueno, has pillado lo que quería mostrarte, ¿no? —me dijo agachando la cabeza y enarcando mucho las cejas.

—Sí, que en este sitio me comporto como un niño de teta respecto a mis instintos.

—Así no podemos ir a Shaiyo, machote. A ver si vas a oler a una cánida en medio de su ciclo y te vas a frotar en su pierna. Tienes que saber controlarte. Psíquicamente sé que no vas a dar problemas, eres más maduro que muchos de nosotros. El problema es tu físico, eres la base de todos los cánidos de este mundo. Los cánidos han evolucionado después de muchos años, la mayoría de las razas de chuchos no son ni tan grandes, ni tan fuertes como tú, ellos han cambiado fuerza física y sentidos por ser más equilibrados.

—Ursa, yo no soy un lobo, no soy ni de este sitio, lo recuerdas, ¿no?

—Sí, pero ahora estás enfundado en ese cuerpo, con todas sus consecuencias.

Mientras me decía eso, sacó la pelota y la volvió a tirar. Hice una especie de movimiento reflejo de ir tras ella. Conseguí no moverme del sitio, pero la seguí con la mirada.

—Joder, ahora mismo te odio mucho. —Me fui a mi puesto, cogí una pala y me puse a trabajar.

—Vamos, macho, no te enfades conmigo, es por tu bien. Ah, ya sé. —Vino por detrás de mí riéndose y empezó a rascarme desde detrás de las orejas hasta el cuello. Jooooder, ahora sabía lo que sentía mi perro, qué gustazo. La pala se me cayó de las manos.

—Vale... Tómame, soy tuyo. Digo… ¡Joder ya, para! Ahora sé por qué mi perro me quería tanto. —En ese momento tenía una mezcla entre indignación y el más sencillo de los placeres.

—¿Podrás controlarte cuando vayamos a Shaiyo? —me dijo muy seria.

—Tendré que repetirme muchas veces eso de «soy adulto, no me gusta perseguir pelotas». Aparte de eso, creo que voy a poder controlar estas mierdas de perro grande. Por si acaso, no te separes mucho de mí.

—¿Adulto? Tienes la misma edad que yo, chaval. Además, una tiene sus inquietudes, igual conozco a un oso guapo que quiera darle lo suyo a este pedazo de hembra. Si estoy cuidando de un perro grande como tú, todos pensarán que estamos liados o algo.

—Sí, adulto. Este cuerpo tiene tu edad, el que está dentro, no. Además, he tenido una adolescencia muy chunga, soy muy maduro para mi edad.

—Oh, perdone usted, señor Buscapelotas Acataórdenes —me respondió poniéndose muy tiesa y haciéndome un saludo militar.

—Si no fuera porque me caes bien, te tiraba al carro de estiércol.

—Ahora mismo está vacío, solo es un carro.

—Pues vamos a llenarlo, quiero montar a caballo, así me despejo un poco y te pierdo de vista.

Ella volvió a coger la pala mientras se partía de risa.

El día transcurrió como todos los anteriores. Llenamos el carro después de que los demás limpiasen las cuadras y monte a Lola, Lucky y Trella. Los animales de este sitio eran magníficos. Por un momento, mientras galopaba con Trella, se me pasó por la cabeza no volver a mi sitio, quedarme aquí, pedirle a Yuta trabajo. Después pensé en el tema de buscar mujer y tener una familia; aunque yo estuviera en la piel de un lobo, no sé si llegaría a querer físicamente a algún ser de este planeta. Eran pensamientos encontrados, estos seres eran más puros que nosotros, más inocentes, pero eran medio bestias. Me gustaban los animales, pero nunca me acostaría con uno; aunque aquí no eran animales, eran racionales.

Estaba tan absorto en mis divagaciones que pasé por alto algo más allá del cercado; era una figura corriendo rápido, muy rápido. Sorteaba los árboles y seguía adelante, pero paralelo al cercado. Tenía que saber qué era. Jalé a la yegua, que se detuvo en el espacio de un

cuerpo, salté de la silla y aterricé al otro lado del cercado.

Otra vez la misma sensación de cuando me monté en un caballo por primera vez: estaba corriendo entre la maleza, esquivando árboles y saltando arbustos a mucha velocidad. No me había dado por correr con este cuerpo hasta ahora, pero era rápido, muy rápido. La escena me era extrañamente familiar. Me estaba acercando a la figura que vi por el cercado, iba a cuatro patas y seguía corriendo, parecía un venado. Me acercaba, cada vez la tenía más cerca, quería alcanzarla, clavar mis dientes en ella, sentir el sabor de su carne en mi boca, deseaba sentir cómo su vida servía para alimentar mi cuerpo. Cuando estaba a punto de saltar sobre ella, algo de mi mismo tamaño salió de entre los árboles y lo derribó; escuché un golpe seco, un gruñido y un total y mortal silencio.

De nuevo fue como si alguien apretase en mí un interruptor en el que ponía «Salvaje/Racional». Paré en seco, alguien me había quitado la presa y quería saber quién fue. Comprobé la dirección del viento y miré bien por donde andaba para no hacer ruido alguno. Cuando me asomé, vi a alguien muy parecido a Kiyu, iba vestido con pieles finas y llevaba un cinturón con la funda de un cuchillo grande, uno de caza. Tenía al venado agarrado del cuello con la boca mientras le inmovilizaba las patas con las manos. Si me descubría ahí, mirando como se cobraba la presa, igual desenfundaba el cuchillo y se llevaba una piel de mestizo a su casa. Era muy parecido a las figuras que vi en el sueño de Kiyu; sin duda, se podría tratar de alguien del Culto. Ahora entendía a Kiyu, esa gente daba miedo, miedo de verdad. Un ser que puede cazar sin herramientas, ¿qué podría hacer con un cuchillo?

No sabía si estaba solo, si era un explorador, un lobo solitario o iba acompañado de más de los suyos. De momento, volvería al centro y hablaría de aquello con Ursa. Teníamos que ir a cazar y ya sabía qué era lo que quería atrapar.

Me las arreglé para salir del bosque y volver al centro sin que nadie me siguiera, volví casi de puntillas y aguantando el aliento. Estaba jadeando después de la carrera, se me hizo duro. Junto al cercado estaba Ursa con las riendas de la yegua.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la osa— Parecía que Trella te había tirado de la silla y habías aterrizado al otro lado del cercado.

—Peor, Ursa, he ido tras un venado, por poco lo cazo.

—¡Qué dices peor! Si hubieras vuelto con un venado, todos aquí te hubiéramos llevado a hombros a la cocina.

—Iba a morderlo, Ursa, me he vuelto a perder, yo no era yo. Quería sentir su carne en mi boca, quería tomar su vida.

—Eso es cazar, machote. La diferencia es que, en lugar de arcos, rifles o cualquier otra cosa, tú usas tu cuerpo. No hay nada de malo,

hay pocos racionales que tienen las cualidades físicas para cazar de esa forma.

—Bueno, me quedo más tranquilo, creo. Hay otra cosa: no se me ha escapado, me lo han quitado.

—¿Quién te ha podido quitar a ti, medio lobo, una presa?

—Pues un lobo entero. Era como yo, pero más corpulento, era como si hubiera ido al gimnasio.

—¿Has visto a alguien del Culto tan cerca del centro? —Parecía más intrigada que asustada.

—No estaba tan cerca, tuve que correr bastante para alcanzar al venado. —El estómago me rugió como un león—. Mierda, ahora tengo hambre. Creo que estaba a unos cinco o seis kilómetros bosque adentro. Ursa, tenemos que salir esta noche, tenemos que ir de cacería antes de que el rastro se enfríe. Se lo prometí a Kiyu. —Estaba hablando muy rápido, seguía con un subidón de adrenalina.

—¿Que ahora tienes hambre? ¿¡Quieres ir tras un puto lobo y tienes hambre!? —Creí que la cabeza le iba a explotar de nuevo.

—No vi nada malo en él. Iba vestido, llevaba herramientas para despiezar al venado. Era igual que yo, pero un poco más grande, bastante más musculado. Pero algo en mí me dijo que lo dejase. Nunca es recomendable quitarle la comida a un perro. ¿Quieres ver de primera mano lo que es el Culto del Instinto Feral? Estoy seguro al doscientos por cien que ellos no se han puesto ese nombre. Ese nombre da miedo. Ni los vikingos tenían un nombre tan chungo, y esa gente sí que era digna de temer. —Le tuve que explicar quiénes eran los vikingos; cuando le conté cómo eran, se tranquilizó un poco—. ¿Cómo vamos a hacer para escaparnos esta noche? Es decir, no es como lo de los internos que se escapan para retozar entre los árboles, vamos a salir del recinto.

—Es fácil, en lugar de pedirle preservativos al custodio de guardia, le vamos a ofrecer una pata de venado —me aclaró mientras se encogía de hombros.

—Pero no vamos a ir a cazar de verdad, vamos tras el rastro de ese lobo.

—La noche es larga, podemos hacer las dos cosas. Si no volvemos con el venado, tendremos que ir otra noche a cazar; si conseguimos el venado rápido, podríamos prometerle dos patas en lugar de una. Tenemos opciones, Kiyu era muy bueno cazando, una noche trajo cuatro venados de vuelta.

—Pero yo no soy Kiyu. —Le quité las riendas de Trella a Ursa, la yegua se me acercó y me empujó con el hocico hacia su pecho—. Ah, ¿qué pasa, bonita? Tú también quieres cariño, ¿verdad? Eres una yegua preciosa, qué bonita eres. —Sin darme cuenta, estaba hablándole como a un bebé.

—Eres y no eres Kiyu. Tienes sus instintos y después tienes... eso —dijo haciendo un gesto abarcando toda la yegua—. Quieres a los animales y ellos te adoran. Aparte de que piensas con más claridad que él.

—Tienes razón, me encantan los animales. Lo de pensar con más claridad que Kiyu tampoco es una proeza. —Solté a la yegua y le acaricié la quijada, parecía encantada—. ¿Mi osa guapa quiere un poquito de miel? —Le tendí los brazos como para abrazarla.

—Creo que tu colmena no podría darme suficiente nectar, perrito. Anda, monta a la yegua y dale otra vuelta, no te entretengas demasiado. Vamos a reservar fuerzas para esta noche.

—Suena como una cita. ¿Entonces no le pido preservativos al custodio? —Ella me sonrió y le dio una palmada a la yegua en el culo, otra vez al galope.

Pasamos el resto del día cuchicheando sobre los pormenores de la cacería. Tal como Ursa dijo, fuimos muy poco productivos, reservamos fuerzas, incluso nos tiramos un rato tras los establos para echar una cabezada. Los custodios estaban avisados y nos dejaron descansar tranquilos. El nivel de confianza con los que eran nuestros carceleros era de coña, en mi casa serían unos corruptos, aquí solo tenían un poco de manga ancha con los internos. Bueno, un poco era quedarse corto. ¿En qué reformatorio le dabas permiso a los chavales para que se fueran de caza a cambio de un trozo de la presa? Igual sí eran todos así de puros en este sitio, o igual en mi mundo existía una carencia total de inocencia.

Siguiendo el rastro

Después de cenar ligero y hacer acopio de algunas provisiones, nos dispusimos a recorrer el breve trayecto que distaba hacia las cuadras. Hacía una noche con poca luz lunar, una tenue brisa se colaba entre las copas de los árboles. Nos cruzamos con dos custodios de camino que hicieron caso omiso a nuestra presencia a esas horas. Íbamos con la ropa de trabajo, según Ursa era mejor oler a caballo que a oso o lobo. Me parecía que tendríamos que volver con por lo menos un venado… o dos.

Una cosa de la que me percaté cuando vi al lobo atrapar al venado era que iba descalzo, no llevaba ningún tipo de calzado, así que igual que él yo iría descalzo. Al descalzarme junto al vallado, Ursa me miró muy atenta y ladeó la cabeza.

—¿Qué haces, chucho? Te vas a clavar algo en el pie y adiós cacería.

—Él iba descalzo, no hacía ruido. Correré el riesgo.

—Pues esta que está aquí no se quita las botas, acabo de hacerme las uñas, no tengo ganas de partirme una. Tenemos lo de Shaiyo, ¿recuerdas?

—¿Vamos de cacería tras un lobo y tú te preocupas de tus pies por si pillas cacho?

—Tú tienes tus prioridades y yo las mías. —Se encogió de hombros, la verdad es que era divertida.

—Cuando esto termine tengo que ver lo que te has hecho en esos pies tan delicados. Mientras tanto, vamos a ver si detecto mi propio rastro y desde ahí intentaré localizar el del lobo.

—Tiene sentido, lobito. Una cosa sin importancia: yo no te hago demasiada falta para cazar, eres más rápido que yo, pero yo soy más fuerte. Seré tu mula, llevaré lo que caces al recinto.

Nos pusimos en marcha. Según pasamos tras la valla, empecé a seguir mi propio rastro. El sentido del olfato de Kiyu era muy fino, era casi como ver las pisadas del mestizo en el suelo, como si estuvieran pintadas. Paso a paso, fui siguiendo el rastro hasta que me empezó a llegar otro olor, olía a sangre, sangre de venado.

—Aquí es donde abatió al venado. Debe haber trasladado la pieza.

—Pues sigue exprimiendo esa nariz tuya, verte trabajar me fascina. Mi sentido del olfato es fino, pero lo tuyo está a otro nivel —dijo la

osita feliz de dos metros.

El lobo se había ido por donde había venido, como para tapar huellas o rastros. Su olor seguía montaña arriba, cada vez más dentro de la espesura del bosque. Fue lo que Kiyu me dijo: «busca donde no haya ni rastro del Ministerio». El bosque se hacía cada vez más cerrado y su huella se hacía más fuerte. El viento me venía de cara, buen asunto, si estaba cerca, no me olería. El problema es Ursa, hacía mucho ruido; nos escucharía por su culpa.

—Ursa, tú y tus pies con pedicura os quedáis aquí, no nos va a oler, pero a ti te va a escuchar. —Le hablaba en voz baja, casi en un susurro.

—Si te muerde, grita, estaré allí enseguida.

Seguí avanzando. Su aroma era cada vez más fuerte, se mezclaba con el del venado. Detrás del siguiente árbol que rodeé estaban colgadas las ropas del lobo en una rama partida. Escuché un crujido encima de mi cabeza, justo antes de que una sombra enorme me cayese encima. Otra vez estaba de cara al suelo con alguien inmovilizándome.

—Ahora mismo vas a explicarme cómo me has encontrado y quién te manda. —Tenía la voz fina, era una hembra.

—Joder, tú y Ursa seguro que os lleváis bien.

—Así que has venido a cazar lobos y ahora te acuerdas de tu pareja.

—Es mi osa amorosa, seguro que te gustan sus abrazos.

No sabía bien cómo eran los sentidos de los osos, pero creo que escuchó el crujido del árbol, el golpe y parte de la conversación. Se acercó por detrás y la agarró con fuerza. Al darme la vuelta en el suelo, me di cuenta de que se había quitado las botas para no hacer ruido.

—¿Tanto jaleo por esto? Tal como me lo habías contado, me esperaba un monstruo.

—¡No os diré nada, no os mostraré nada!¡Matadme aquí y ahora! —exclamó la loba.

—Joder, qué melodramática. Mírame un momento, anda —le dije.

Estaba pataleando y enseñando los dientes. En una fracción de segundo, sus ojos se cruzaron con los míos y se quedó quieta. Tenía el ojo izquierdo azul y el otro marrón.

—Tú no eres de la familia, pero pareces de los nuestros. —Ladeó la cabeza y se quedó muy fija mirándome.

Tenía un patrón de colores muy parecido al mío, la cara más clara, la parte de la cabeza y las orejas más oscuras. El color de la cara le bajaba por el hocico y le recorría todo el pecho hasta la parte baja del vientre.

—Te podemos soltar y hablar, ¿vas a entrar otra vez en modo salvaje? —pregunté.

—¿Ella es Ursa? De momento no me cae bien. —Seguía gruñendo, pero ya no enseñaba los dientes.

—Te suelto, preciosa, no vayas a morder a nadie, ¿vale? Él es Kiyu, es medio lobo.

—Coge tu ropa, no vayas a resfriarte. —Estaba casi desnuda, salvo un taparrabos, el resto estaba expuesto. Tenía un cuerpo muy atlético, medía lo mismo que yo y apenas tenía un poco de pecho. De espaldas y sosteniendo un ciervo la confundí con un macho.

—Yo no os daré mi nombre, no quiero que sepáis nada de mí —dijo entre gruñidos mientras me quitaba la ropa de la mano—. Venid conmigo, aquí estoy muy expuesta. Tengo muchas preguntas para ti, ella no me interesa lo más mínimo.

—Tú tampoco eres mi tipo, guapa, pero donde él vaya yo voy. Estás más en forma que él y he prometido traerlo de vuelta con un venado bajo el brazo.

—Pues tendréis que cazarlo, el mío es para la familia.

—¿Dices el que te salió corriendo por tu izquierda mientras yo lo perseguía? Era una hembra, unos cien kilos mal contados. Me la quitaste, estuve corriendo tras ella por más de cinco kilómetros. Tú solo tuviste que saltar tras los matorrales.

—Yo lo maté, yo me lo quedo. Además…

Se escuchó un crujido distante a la derecha, los dos levantamos las orejas y miramos al mismo tiempo.

—Un ciervo, otra hembra, no está lejos.

—Son tres, dos hembras y un macho, puedo olerlos. Si nos organizamos, podemos cazarlos. Ursa, quédate aquí, vamos a rodearlos y a tirártelos encima, ¿podrás agarrar al más grande? —Otra vez el interruptor de modo salvaje encendido.

—¿A los osos les gusta la miel? —dijo con una amplia sonrisa, esta hembra siempre tan positiva.

—Si esto sale bien, te haré las uñas yo mismo.

Al escuchar eso, la loba enarcó las cejas.

—Sun, me llamo Sun. Vamos a hacer esto rápido, ellos no nos van a estar esperando para siempre. Voy por la izquierda, tú, medio lobo, por la derecha.

—¿Qué ha pasado con eso de «mátame, no os voy a dar nada», etc., etc.?

—Si aparezco con tres ciervos, entrarás en la familia y puede que te den una hembra.

—¡Venga ya! ¿Podré escoger y todo? ¿Si te elijo a ti me dirás que sí? —Me puse a dar palmitas y todo.

—¿Es siempre así? —Se giró a Ursa mientras se terminaba de vestir.

—Así es mi lobo, todo un encanto. Me voy a apostar entre estos dos árboles, dirigidlos hacia este punto y tumbaré al más grande.

—Deja de menear el rabo y empieza a correr. —Dicho eso, Sun salió disparada hacia su izquierda. Yo hice lo propio a mi lado derecho.

De nuevo esa sensación, la sensación de poder con todo, de poder correr más que nadie, de poder con letras mayúsculas. Escuchaba a Sun corriendo entre los árboles, casi imperceptible, pero rápida como el viento. Trataba de mantenerme a su ritmo, me estaba costando trabajo. Podía oler a los ciervos, estaban cerca. Según los rodeáramos nos podrían oler y empezarían a correr; la trampa se estaba cerrando.

—¡Eres lento! ¿A qué esperas? ¡Haz ruido! —Cuando empezó a gritar, corrieron en mi dirección.

—¡El lobo, que viene el lobo! —Volvieron a cambiar de dirección y se encaminaron hacia Ursa.

—¿En serio?

—¡Ha funcionado! Van donde Ursa, déjala a ella que tumbe al macho, la hembra más pequeña es mía.

Estábamos distantes unos veinte metros, íbamos corriendo y aun así podía hablar y escucharla sin problemas entre los árboles. Si volvía a casa, echaría de menos los poderes perrunos.

Al llegar al punto de la emboscada, Ursa salió de entre los matorrales como el payaso de una caja sorpresa. Me preocupaba la cornamenta del macho, pero se las arregló para partirle el cuello antes de que pudiese luchar. Sun atrapó a la hembra grande. Saltó sobre su grupa y le mordió en el cuello, limpia y profesional. Lo mío fue casi chapucero. No pude saltar sobre el venado, así que por poco me da una coz; lo empujé, cayó rodando y le mordí el cuello. Fue extraño, su sangre en mi boca, la agonía de esa bestia defendiéndose con todas sus fuerzas, poco a poco la calma. Estaba hecho. Satisfacción por la pieza y tristeza por la vida robada, su carne alimentaría mi carne, era casi poético. Cuando dejó de respirar, me quedé de rodillas, jadeando y mirando el animal que acababa de matar.

—Lo has hecho bien. —Sun tenía la cara llena de sangre, sus palabras me devolvieron al mundo de los racionales.

—Es mi primera vez, me siento raro. Vivo, pero a la vez un poco más muerto. Esto tiene un porqué, su carne alimentará a nuestras familias. —Estaba como drogado de adrenalina, solo estaba así de ensimismado cuando estaba bebido.

—Lo has descrito a la perfección. Yo no soy nadie en la familia, pero creo que tu sitio no está con los acólitos del Ministerio.

Dejé de mirarla y me centré en el venado.

—¿Es normal que tenga hambre? —Al decir esto, me rugió el estómago.

—Machos... Siempre igual. ¿Vais a querer al de los cuernos o me lo puedo quedar yo? —Me había olvidado por completo de Ursa. Venía con el venado a hombros como si fuera un corderito.

—¿Ha salido bien? —Cuando me puse de pie, me di cuenta de que estaba un poco aturdido.

—Sé de alguien que me debe una pedicura. —Tenía las uñas de los pies medio pintadas de rojo medio desconchadas.

—Me gusta el color, hace juego con mi cara —dije.

—Anda, límpiate el hocico, ahora mismo das miedo, pareces del Culto —respondió Ursa.

—Nosotros no nos llamamos así. —Sun parecía indignada.

—¡Ja, te lo dije, osa! Lo del Culto era cosa del Ministerio de los cojones, nadie se pone un nombre tan chungo. Vamos a repartirnos las piezas y a hablar un rato.

—Ahora sí hablaré contigo, pero ella —dijo Sun.

—Ella es como mi hermana, no hay secretos para Ursa —respondí.

—¿Soy como tu hermana? Qué decepción, yo que me había hecho ilusiones contigo. —Sacó el labio de abajo e hizo un mohín; en esa cara de oso quedaba muy cómico.

—Eres un encanto y algún día tendremos que hablar de lo muchísimo que te quiero, pero ahora no es el momento.

—¿Os dejo solos? ¿O también os pone que os miren? —preguntó Sun.

—Si miras, nos quedamos con tres ciervos. —Al decir eso Ursa se rio y por poco se le cae el ciervo.

—Vaya, sí que es todo un encanto. —La loba me pegó un repaso de arriba abajo—. Creo que no podrías con la osa, te falta chicha.

—Esta hembra me cae bien, pensamos igual. —Las dos rieron, se reían de mí.

Cargamos las piezas hasta un claro y empezamos a hacer el reparto. Sun se quedó con la hembra grande y la que cazó por la mañana. Le dije que la cornamenta del macho quedaría muy bien en las dependencias de Yuta, sería mi forma de agradecerle el tener tanta paciencia conmigo. La hembra pequeña la podía cargar yo hasta el complejo. Al día siguiente tendríamos venado en el menú.

—¿No te hará falta ayuda para cargar con todo esto? —pregunté.

—No te preocupes, los lobos vamos siempre en manada, cerca tengo dos hermanos, solo tengo que llamarlos —respondió Sun.

—¿Aullando? —dijo Ursa.

—¿Qué? No, por favor. Somos cazadores, recolectores y nómadas. No somos animales. Podría aullar, pero lo escucharía todo el valle, empezarían a encender antorchas y los aldeanos correrían a esconder a sus hijas vírgenes.

—Tengo muchas preguntas. ¿Con un ciervo grande da para muchas respuestas? —dije.

—No me puedo quedar aquí mucho tiempo, tengo que llevarme la caza a un sitio seguro, así que sé breve.

— ¿Breve? Es un venado muy grande… Bueno, vamos a lo básico. No os dedicáis a quemar aldeas y violar hembras, ¿verdad?

—Eso es lo que os dice el Ministerio de nosotros. Tomamos solo lo que nos hace falta, siempre lo que nos concede Fenrir —Otra deidad.

—Me dijeron que yo era fruto de una violación, que mi madre me entregó a un centro del Ministerio.

—Tu madre seguro que, si tuvo relación con alguno de mis hermanos, fue consensuado. Tu madre tiene que ser una hembra fuerte.

—¿Cuántos sois? ¿Cómo puedo encontraros? —Mientras hablaba, estaba atando las patas del ciervo grande—. Me gustaría buscar a mis padres.

—¿Cuántos somos? Cada vez menos. Antes éramos grupos grandes que una vez al año se reunían para juntar provisiones y pasar el invierno. Ahora somos grupitos desperdigados que se reúnen cuando pueden. El tiempo se acaba. —Se acercó hacia mí, me cogió por la nuca y juntó su frente con la mía mientras me miraba a los ojos—. Dejaré un rastro con mi olor, búscame, hermano.

—¿Hermano? ¿Ya soy de la familia? —Me había resultado muy fácil encontrarla y poder unirme al Culto, digo…, a la «familia».

—Tú siempre has sido de la familia. Lo que has hecho esta noche no se aprende, nadie te va a enseñar a rastrear a alguien que camufla su rastro y nadie te va a dar clases para cazar como lo has hecho hace un momento. Eres más lobo que perro. —Hablaba con mucha pasión, estaba feliz de poder llamarme hermano.

—Te he olido, tengo tu olor. Podré seguirte si dejas un rastro —respondí.

—Hay algo raro en tus ojos. ¿Eres una piel cambiada? A Darío le encantará hablar contigo.

—¿Darío? Ese nombre no es muy de aquí, ¿verdad? —dijo Ursa.

—Antes se llamaba Raek, pero cambió la piel. Debo irme; si quieres respuestas, sigue mi rastro. Si no llueve ni hace demasiado viento, podrás seguirlo durante casi una semana. Si el rastro se pierde, tira al noroeste, busca el paso entre las montañas. —Miró detrás de mí y le sonrió a Ursa—. Puedes traerte a tu novia, me cae bien.

—¿Has oído, cari? Podemos ir de excursión a Villa Lobo —le dije a Ursa.

—Uh, qué ilusión, le caigo bien, me pondré mis mejores galas. —Hizo una medio reverencia cruzando las piernas con el ciervo a hombros.

—Ahora mismo me estoy planteando el cruzar tres ríos y trasladar el asentamiento. —Parecía hablar en serio.

—Una hembra grande y fuerte con poca mecha, mala combinación. La semana que viene iré a visitarte, hermanita. La semana que viene la

tenemos libre, ¿verdad, cariño? —dije mirando a Ursa.

—Pues claro, amor. Después de que lleguemos al centro con toda esta carne, tendremos vía libre para escaparnos un día o dos. Pero este finde tenemos ya planes.

—Es verdad, tenemos concierto. Deberíamos volver, estoy muerto de sueño y de hambre. Si me como una pata del ciervo, ¿crees que alguien se dará cuenta?

—Los custodios son negligentes a posta, pero no son tontos. Si queremos salir otro día, tendremos que cumplir. Sun, un placer haberte conocido, nos veremos pronto. Tú, medio lobo, pilla el ciervo pequeño y vamos tirando.

—Te buscaré, hermana —le dije a Sun.

—Tu familia te estará esperando. —Dos lobos aparecieron de entre la espesura sin hacer ningún ruido.

Me cargué la hembra pequeña a la espalda y empezamos a andar de vuelta al centro. Todo había pasado muy rápido. Me tenía tirado en suelo y acto seguido estábamos cazando. Había escuchado hablar de la memoria muscular, de gente que pierde la memoria por completo, pero saben desbloquear el móvil por el patrón de movimiento, pero esto estaba a otro nivel. Yo jamás había montado a caballo, nunca había ido a cazar y mucho menos me había coordinado tan bien con nadie. Lo peor es que me gustaba esta sensación.

—¿Qué te pasa, lobo? Llevas un rato callado —dijo Ursa.

—Es que el ciervo «pequeño» pesa unos cien kilos. —No sabía si iba a comprender mis pensamientos.

—Si quieres, te lo cambio por el mío.

—Nah, me siguen gustando las hembras. Además, ese bicho me partiría la espalda. —Al mirar al suelo me di cuenta de que seguía descalza—. Siento lo de tus uñas, te las haré mañana. Le solía hacer esas cosas a mi madre, a la pobre de estar tantas horas de pie se le hacían durezas.

—No hace falta que me hagas los pies si no quieres, tampoco creo que nadie los vaya a admirar. —Intentaba restarle importancia a sus palabras, pero parecía sentirse muy sola.

—Te quieres muy poco. Yo no sé mucho de estas cosas aquí, en este mundo, pero me pareces una criatura hermosa. No sé cómo es el estándar de belleza en este sitio. Además, quiero hacerte los pies, te lo mereces.

—Pues en este mundo soy una machorra. Los machos se sienten inseguros conmigo, soy grande y fuerte. Dejaré que me hagas los pies. —Mientras me decía eso me dio un ligero empujón, por poco me tira.

—Eres toda una hembra, que nadie te diga lo contrario. Sigo con hambre y sueño.

—Cuando lleguemos al centro te daré algo para que calmes el

hambre. Llevo embutido y pan.

—Muy lista, a un hombre se le conquista por el estómago.

—Eres un macho, no un hombre. No bajes la guardia. —Llevaba razón, con ella podía relajarme, pero tenía que mantenerme alerta.

—La cerca está justo ahí. Tengo ganas de soltar este bicho, comer, ducharme y dormir dos días.

—Mañana no te molestes en levantarte del catre, te van a dejar dormir.

—¿Qué día es mañana, o sea, hoy? Esto de no tener un reloj me está matando.

—Hoy tienes que ir a ver a Fang, es Rok. Por la altura de la luna, puede que sean las cuatro. —Había mirado hacia arriba y me dijo la hora en un segundo, creo que se estaba quedando conmigo.

—Estupendo, comer, ducharme, dormir y levantarme pensando en un pavo de género dudoso.

—¿Dudoso? Igual ni eres tan maduro ni tan listo. —Los dos reímos cargados hasta arriba de carne de ciervo.

Dejamos la caza en la cámara frigorífica de la cocina. Seguro que a la mañana siguiente le faltaba una pata a uno de los animales. Ursa me hizo un bocadillo de lo que parecía chorizo de una realidad paralela. Le di las gracias, un abrazo y nos despedimos; tenía el pelaje muy suave, como si fuera un peluche.

Tras asearme, me acosté. Buddy estaba medio fuera del catre boca arriba con una pierna colgando y con la lengua fuera, olía a hembra otra vez, a oveja, resultaba que era un perro ovejero. Le tiré de la lengua y él como si nada, era la felicidad hecha perro. Ojalá mi vida por una vez fuera así de sencilla.

Gratitud

Resultaba que lo que dijo Ursa era verdad, nadie me despertó por la mañana, nadie interrumpió mi sueño. Cuando abrí los ojos, estaba solo en el barracón. Me senté en el catre, me desperecé y cuando miré abajo tenía una bandeja con pan, mantequilla, mermelada y un vaso enorme de leche. Como de costumbre en este sitio, no sabía qué hora era, serían las once o las doce del mediodía. Estaba muerto de hambre, como siempre, así que di buena cuenta del desayuno. Todo estaba muy bueno, pero la leche estaba exquisita.

Me vestí y fui al barracón de Ursa a ver si estaba despierta o seguía hibernando. Fue fácil encontrarla, era la única alma en todo el barracón y, si no la veía, podía escucharla, estaba roncando. Solíamos dormir en ropa interior, así que era la primera vez que veía a la osa de esa forma; estaba rellenita y tenía bastante pecho. El peto vaquero no le hacía ninguna justicia. Junto a su cama también había una bandeja, pero estaba vacía.

—Ursa, ¿has desayunado y has vuelto a dormirte? —pregunté.

—Cinco minutitos más —dijo con la boca chica.

Se dio la vuelta en el catre. Justo en la espalda baja le asomaba un rabo pequeño, lo solía llevar tapado. En este sitio ir a una tienda a pillar ropa interior tenía que ser un reto.

—Creo que es casi mediodía; aunque los custodios nos den cancha, todo tiene un límite.

—No seas tonto. Ven y échate aquí conmigo, anda. Me duele la espalda de cargar con el ciervo. Lo han pesado, casi doscientos kilos, me merezco algo de mimo. —Era tentador, muy tentador.

—O sea que... —Empecé a acariciarle la espalda, tenía el pelaje suavísimo—. La osa grande y fuerte se ha hecho pupita en la espalda por hacerse la chula. —Tenía un nudo gordo en la paletilla derecha, posiblemente una contractura.

—Eso que estás haciendo me encanta. Parece que no solo tienes buena mano para los animales. —Se estaba poniendo demasiado tierna y tenía que cortar antes de que la cosa fuera a mayores.

—Tengo que hacerte los pies aún. ¿Tienes aquí las cosas para la pedicura?

—Eres un amor, tu novia en la Tierra tiene que estar encantada contigo. —¡Toma pregunta de sondeo!

—Mi madre está encantada conmigo. Las mujeres no aguantaban mucho conmigo.

—Vale, eso es interesante. —Saltó de la litera y empezó a buscar en su taquilla—. Toma, mi kit de primeros auxilios para los pies. —Me pasó un neceser con un cortaúñas que parecía un pelacables, unas limas y un pintauñas rojo.

—Con el color de tu pelaje te pegaría más el rosa. Siéntate en la litera y déjame trabajar.

No sabía muy bien qué aspecto debían tener unos pies o patas en este mundo, pero los suyos parecían estar bien. Tenía las uñas largas, no como las de un oso de la Tierra, pero las tenía largas. Empecé a hacerle los pies lo mejor que podía.

—Cuéntame lo de las mujeres de tu Tierra. —Estaba risueña, como siempre.

—No hay mucho que contar. Aunque no te lo creas, las hembras son hembras aquí y de donde yo vengo. —En ese preciso momento me sentí como una esteticien en un salón de belleza, marujeo y tratamientos.

—¿Y por qué no te aguantan? A ver, no eres un baboso y se puede hablar contigo. Igual yo tengo el listón muy bajo, pero si las hembras son hembras aquí y de donde tú vienes, no veo problema. ¿Eres feo en la Tierra?

—Ese no es el problema. A las mujeres les parezco atractivo. Para tener pareja tienes que emplear tiempo para pasar con ella.

—¿El trabajo ese que tienes por «dinero» que te hace un esclavo no te deja tiempo?

Estaba limándole las uñas mientras hablábamos.

—Más o menos es así. Puede que ese sea el motivo de que yo esté en este sitio. Quería salir de mi rutina para poder vivir una vida que perdí trabajando. Aún no comprendo el nexo que nos une a Kiyu y a mí, pero en parte creo que son las ganas de escapar.

—Y ahora también quieres escapar de aquí. ¿No hay nada que te retenga con nosotros? —Si no fuera porque nos acabábamos de conocer, pensaría que me estaba ofreciendo algo.

—Hay muchas cosas que me pueden retener aquí. En mi mundo hay más cosas que aún no he hecho y tengo que hacer. Además, no me fio de qué hará Kiyu con mi cuerpo.

—Tengo curiosidad. ¿Puedo hacerte un dibujo? —Me miró con la cara de lado y una sonrisa, la verdad es que era muy mona.

—¿Tú dibujas? ¿Haces retratos?

—¿Sorprendido? Igual pensabas que me iba a dedicar a talar bosques o a cavar túneles al salir de aquí.

Terminé de hacerle el otro pie y guardé las cosas en el neceser.

—Bueno, he terminado. ¿Qué tal, está satisfecha la señorita?

Ella extendió las piernas y puso sus pies uno junto al otro.

—No está mal. ¿Seguro que no tienes interés ninguno en Fang? Esto ha sido muy gay.

—Me siguen gustando las hembras. Fang tiene mucha pluma y hacerle los pies a una amiga no es gay, es ganar puntos.

—Esa expresión también se usa aquí. Dame el neceser y siéntate ahí. Quiero que me describas cómo es Raimundo.

Guardó las cosas de pedicura en la taquilla para sacar una mochila vaquera con un blog de anillas y unos lápices. Empecé a describirme físicamente, cabeza proporcionada, cejas no muy pobladas, ojos grandes, nariz mediana, boca con labios estrechos, etc. Ella no paraba de dar trazos en su cuaderno. Cuando le dio la vuelta al cuaderno me quedé boquiabierto, era un retrato muy fiel a lo que veía en el espejo hacía un par de semanas.

—Vaya, hacía tiempo que no veía esta cara. Eres muy buena dibujando. Podrías dedicarte a hacer retratos para la policía, o particulares. Es increíble. —El nivel de detalle era alto, en poco tiempo había dibujado hasta el sombreado para darle profundidad.

—¿De verdad eres así en tu mundo? ¡Ahora entiendo que no te comas una rosca! —Miraba el retrato frunciendo el ceño.

—Aunque no te lo creas, soy bastante agraciado. Deberías quemar eso antes de que alguien lo vea.

—Estás mucho mejor con esa cara de perro grande, chaval. Esto parece un mono enfermo. No te preocupes, me desharé del retrato. Me voy a vestir y te voy a enseñar otra cosa, los chicos están muy contentos con la caza de ayer, nos han preparado algo. Por cierto, ¿te gustó la leche?

—La mejor que he probado en mi vida. —Mientras decía eso me estaba relamiendo involuntariamente.

—Dale las gracias a Aura. Si los que comen carne están contentos, los que comen hierba trabajan menos.

—Ah, visto así tiene lógica. Una cosa, ¿para dar leche no hay que ser madre antes?

—La historia de Aura es muy fuerte. Las vacas valen para algo más que para ser explotadas, pero su padre no pensaba así. En fin, estas cosas me ponen muy triste. Si quieres pregúntale a ella, pero ya te digo, mal. —Creí verla derrumbarse otra vez, quién lo diría. Bajo ese pedazo de cuerpo había una niña sensible.

—Bueno, ¿qué me quieres enseñar? —Tenía curiosidad, otra vez a mover el rabo.

Salimos del barracón de Ursa bien entrada la mañana, cercanos al mediodía. Nos dirigimos a las cuadras, como todos los días. Cuando llegamos, nuestras tareas ya estaban hechas y todos los internos destinados a esas cuadras estaban al final del establo.

—Bueno, Kiyu, Ursa nos dijo que siempre te ha gustado la música, así que te hemos preparado una sorpresa. —Lo escuchaba hablar con ese peto vaquero y la camisa a cuadros, pero en realidad siempre imaginaba a Ron con un hacha y vestido con una falda romana.

—¿Qué habéis hecho? ¿Habéis puesto un equipo de música aquí?

—Casi, recogimos una radio reparada de uno de los talleres. Podremos escucharla mientras trabajamos. El encargado del taller es un puma y le encanta la carne de ciervo.

—Vaya, no era necesario. Me lo pasé francamente bien en la cacería. Además, aquí hay más comeverde que carnívoros… ¿Por qué os habéis molestado?

—Si el carnívoro está bien alimentado, nuestras faenas son menos pesadas. Aportas al grupo y eso es lo que importa —dijo Ron. Otra vez la mentalidad comunista de libro.

—Bueno, a ver esa radio. —Me pasó el aparato y era básicamente una caja de madera con un altavoz y un solo dial, el del volumen—. ¿Solo una emisora?

—Sí, el dial está bloqueado en la de música. Aquí no tenemos derecho a la información por nuestro régimen especial. Disfrútala, Kiyu, te la has ganado.

—Vale, puedo colgarla aquí arriba y la escucharemos todos. Ursa, cógeme en hombros, voy a poner esto aquí en esta viga. —A media altura hacia el techo había un clavo a medio meter que era perfecto para ponerla.

—Bien, lobo canijo, te subo. Cuando esté la radio allí arriba, no se te olvide encenderla. —Se puso en cuclillas, me subí a horcajadas a sus hombros y me levantó como si no tuviera nada de peso encima.

—Listo, la enciendo. —Según la conecté, empezó a sonar lo que parecía Chuck Berry tocando *Johnny B Goode*.

—Muy bien, lobito, te voy a dejar en el suelo. La verdad es que ese trasto suena bien.

—Vaya, conozco esta canción —le dije a Ursa con segundas.

—Recuperando la memoria, ¿eh? Espero que no muerdas a nadie. —Ron no sabía por dónde iban los tiros, pero Jacob sí había entendido el comentario.

—Bueno, igual te acuerdas de la melodía, pero Kiyu no habla Sajón. —Me lo dijo bajando la cabeza y enarcando las cejas.

—Me gusta la canción, pero no sé lo que dice, es verdad. —Tenía en el trabajo unos cascos y me llevaba toda la jornada escuchando la Rock Fm. Aparte, se me daban bien los idiomas—. Muchas gracias, no teníais por qué hacerlo.

—¡Qué dices! Si llego a saber esto, yo mismo te hubiera atizado con un palo. Ahora los comeverde trabajamos menos y estamos más relajados. —Ron estaba muy feliz con el nuevo Kiyu.

Al poco de colgar la radio sonó el toque para ir a comer, no pude escuchar ni tres canciones. Las otras dos melodías no me sonaban de nada, eran en castellano y hablaban de la paz y el entendimiento. Eran canciones poco elaboradas y con un estribillo muy repetitivo.

Al mirar al suelo me di cuenta de que apenas proyectaba mi sombra, Helios estaba en su zénit. Ya que no tenía forma de medir el tiempo en este sitio, me tendría que apañar con lo básico; en casa serían las dos de la tarde, según la estación, claro.

—¿Ya a comer? Se me ha pasado la mañana volando.

—¡Claro que sí, igual que a mí, saco de pulgas! —Me volvió a dar en la espalda.

—Joder, Ursa. ¡Cualquier día de estos me desmontas! Sé un poco más cariñosa, hija.

—Deja de quejarte y vamos a comer. El cocinero tendrá reservado un plato especial para nosotros. —En ese momento era dos veces más feliz.

Al entrar en el comedor todos los racionales que allí se encontraban se giraron, se levantaron de sus asientos, cogieron sus bandejas y las levantaron mientras agachaban la cabeza. Era como si dieran gracias por la comida. Hasta el día de hoy no había visto al cocinero, siempre que llegaba al comedor estaba todo dispuesto, había internos que se encargaban de la limpieza y orden de este. El jefe de cocina era un jabalí; no sé por qué no me sorprendió. Los jabalíes son omnívoros y, si tenía que preparar platos tanto para herbívoros como para carnívoros, tendría que probarlos. Era la primera vez que veía un racional con sobrepeso.

—Muy bien, así que este es el responsable de que tenga materia prima para crear. —Me tendió la mano y yo la estreché—. Yo soy Rodri, me dijeron que andas mal de la memoria por el golpe que te dieron, aun así, nunca quisiste conocerme. ¡Enhorabuena por la cacería, chaval! —Tuve que contener la risa, hablaba igual que Pumba el de *El rey león*.

—Gracias, no ha sido nada. ¿Por qué no quería conocerte? Te he traído piezas antes, ¿verdad?

—Sí, pero antes de tu «accidente» eras muy reservado. Después de cazar te gustaba comer fuera de las instalaciones, a tu bola. Te he preparado tu plato preferido, guiso de ciervo. Está mejor de un día para otro, pero te he guardado un buen plato, mañana puede que no quede. —Tenía en la otra mano una olla pequeña, como para un par de platos.

—Huele de maravilla, se me están cayendo las babas. —Tenía que andar relamiéndome, era cierto que salivaba sin control.

—¡Ursa, tenías razón, tendrían que haberle golpeado antes! Si quieres algo más, solo tienes que llamarme. —Me pasó la olla con un

paño por el asa y desapareció por las puertas de la cocina entre risas.

—Ursa, después de comer tengo que contarte algo. —Me moría de ganas de contarle lo de los dibujos animados—. ¿A ti qué te han dado? Huele a algo con cebolla.

—Hígado encebollado, un trofeo de caza en toda regla. Pero no te lo daré a probar. —Se me acercó para hablarme al oído—. Los cánidos y las cebollas no sois compatibles.

—De donde yo vengo también tenemos perros. Allí tampoco se les puede dar ni cebolla ni ajo. —¿Hasta dónde llegaban los paralelismos en este sitio? Tenía que hablar con otra «piel cambiada».

Nos sentamos con Fang y Jacob. Fang iba vestido con el atuendo reglamentario para los internos, pero llevaba una especie de fular al cuello. Parecía realmente disgustado por el peto vaquero y la camisa a cuadros.

—Mi felino y mi sastre preferido, ¿cómo estáis? —pregunté.

Jacob ni se inmutó, pero Fang enarcó las cejas y se puso muy contento.

—Ahora que tú llegas, muy bien, dulzura. Ves, gato, así se trata a una dama. —Mientras le hablaba, no dejaba de darle con el reverso de la mano en el hombro.

—Ursa me dijo que ya tienes listos mis trapos.

—Te dije que en Rok tendrías lista la ropa y en Rok estamos. Y no digas trapos, los trapos se usan para quitar porquería, yo te he confeccionado algo divino, casi tan divino como tú, guapo.

Jacob parecía realmente molesto, me miraba fijamente y movía el rabo con violencia.

—Estoy deseando verlo, pero antes disfrutemos del venado. —Fang también estaba comiendo carne, ignoraba la dieta de un pavo real.

—El venado está buenísimo, has cazado un buen par de piezas. Aunque el otro día se te escapó un ave exótica, te estuve esperando. Al final me encontré a cierto felino que me hizo dormir muy bien esa noche. —Metió la mano por debajo de la mesa, Jacob por poco se atraganta mientras estaba bebiendo. Debajo de todo ese pelo, creo que se puso rojo como un tomate.

—La comida se enfría y, aunque no hemos pegado palo al agua en toda la mañana, por la tarde tendremos que ensillar un par de caballos y darles una vuelta, ¿verdad, chucho? —preguntó Ursa.

—El día pinta muy bien, buena comida, buena compañía y paseo a caballo. Qué más se puede pedir —respondí.

La comida estaba buenísima, compartí parte de mi estofado con mis compañeros de mesa, era mucha cantidad y tenía que montar a caballo. Durante el almuerzo, Fang siguió pinchando a Jacob lanzándome piropos e insinuándose. No conocía muy bien a Jacob, en realidad no conocía demasiado bien a nadie de este sitio, pero la gente

es gente, aunque tengan pinta de animales. Jacob estaba entre el ataque de celos y la indiferencia más gélida. Me lo pasé bien tanto por la comida como por la tertulia. Ursa se dio cuenta de todo, no hacía más que mirarnos a Jacob y a mí con una sonrisa dibujada en la cara. De camino a las cuadras, nos quedamos Ursa y yo solos.

—¿Qué tenías que decirme, lobito? —Seguía riéndose.

—En un principio solo quería decirte que el cocinero tenía la voz de un facóquero de una peli de dibus. Pero quiero ser sincero contigo.

—¿Te me vas a declarar? Si no me traes un venado para mí sola, olvídate.

—No es eso, chata. Ayer, cuando volvíamos con la caza, me preguntaste que por qué estaba tan callado. No quise compartir mis pensamientos contigo, no sabía si me ibas a entender.

—¿Qué ha cambiado para que quieras hablar de ellos ahora? —Se puso muy seria.

—El momento que hemos compartido en tu barracón. El retrato, lo que hemos estado hablando. Creí que no eras tan madura, hasta ahora te estaba mirando como a una niña en el cuerpo de un oso de dos metros y… algunos kilos más que yo.

—¿Me estás diciendo gorda? —Puso los brazos en jarras y sacó pecho, estaba muy graciosa.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho antes de la palabra «kilos»?

—Claro que te he escuchado. Se dice que los racionales que son tan positivos suelen ser tremendamente ingenuos, me pasa a menudo. Que parezca una muñeca achuchable tampoco ayuda. Valoro que por fin me trates como a un adulto, estaba empezando a perder la paciencia.

—Me encanta que seas así de positiva. Eres la chica más animada con la que he tenido el gusto de tratar, me lo paso muy bien contigo. Lo siento si he estado menospreciándote. Aunque aún no eres adulta según los estándares de Ix.

—¿Entonces te gusto? Tú también me caes bien, tienes una personalidad extraña. Tanto estás animado haciendo bromas, tanto te metes en una burbuja con la piel muy gorda. —Se paró para poder mirarme a los ojos—. Mundo, cuéntame cosas de ti y de tu Tierra.

—Es la primera vez que me tratas por mi nombre. —Mi nombre, hacía mucho que no lo escuchaba fuera de un sueño con Kiyu—. Con gusto te hablaré sobre mí y de donde vengo. Te contestaré a todas las preguntas, pero aquí no, estamos a punto de llegar a las cuadras.

—Es la primera vez que me tratas como a un igual, no como un ser o criatura. Dentro de esta piel hay un ser racional con sentimientos y demás.

—Para mí es muy duro, muy extraño. Estamos andando de camino a las cuadras y te escucho hablar, me gusta tu voz, me gustas, y vuelvo

la cabeza y… Vaya, un oso.

—Quizás tengas que mirar un poco más allá: soy un oso aquí, no en tu mundo. Lo importante es lo que está detrás de la piel, todo lo demás termina donde empiezan tus pies. —La última frase me sonaba muchísimo.

—Vaya, pintas y también recitas poesía. Igual sí tengo que mirar detrás de todo ese pelo.

—La última frase es de una canción de la radio, pero venía como anillo al dedo.

—Me da la impresión de que voy a saberme todas las canciones que van a tocar los Michael Clan en Shaiyo. —Creo que lo que recitó era de Fito y los Fitipaldis—. Retomando la noche de cacería, me quedé muy preocupado con lo que pasó con Sun. Ha sido todo muy repentino y brusco.

—¿En qué ha sido brusco exactamente?

—Pues tan pronto quería matarme, tan pronto quería ofrecerme una hembra de su tribu. Y sobre las habilidades que vienen con este cuerpo, estoy confundido, un poco perdido. Por un lado, esto me gusta, parece que me he puesto un traje con superpoderes. Por otro lado, están los molestos instintos, el olfato, el rabo… Es todo muy estresante para mí.

—Pues se te ve muy suelto y contento en esa piel. Yo en tu lugar hubiera entrado en pánico; levantarme con la forma que dibujé antes, rodeada de seres iguales. ¿Cómo conseguiste no montar una escena cuando abriste los ojos y te viste las manos?

—Kiyu me dijo que me cuidara del Ministerio. Levantarme así fue como estar encerrado en otro cuerpo, no me apetecía estar encarcelado dos veces. Así que hice lo que mejor sé hacer, encerrarme en mi burbuja e interpretar un papel. —Agaché la cabeza y creo que el rabo fue detrás.

—Va, no te deprimas. Vamos a hacer acto de presencia en las cuadras, sacas un par de caballos a pasear y vamos a ver a Fang.

—Te iba a dar las gracias por estar aquí, pero no te queda otra. Gracias por tratarme como a un racional.

—No me las des aún, de camino a Shaiyo te voy a achicharrar a preguntas. —En lugar de darme una palmada en la espalda y casi desmontarme, me acarició en la nuca—. Anda, ve a pasear caballos y vamos a ver a Fang.

—¿A ti te ha preparado también un modelito? El peto no te hace nada de justicia.

—Tengo ropa. Fang tiene mis medidas, no vas a verme más en paños menores.

—Cuando llegué aquí, creí que la desnudez no era algo de lo cual avergonzarse.

—Tendremos una conversación muy productiva de camino a Shaiyo. Quedan un par de días, ¿podrás esperar hasta entonces?

Asentí con la cabeza y seguimos andando.

La radio seguía sonando en lo alto de la viga donde la coloqué; la música me sonaba, en gran parte era de la Tierra. La teoría de los viajes en masa a este zoo dejaba de ser una teoría. Lo que tenía que averiguar era quién cantaba, quién estaba reinterpretando la música de donde yo venía y con qué objetivo. Todo lo que escuché por la radio estaba bien ejecutado, pero no escuchaba ningún tema con tintes reivindicativos, nada que te hiciera pensar en revelarte. Todo iba del pop ñoño al rock suave, algo de reggae, todo muy blandito.

Los racionales que allí estaban lo tenían todo limpio y ordenado, un caballo me esperaba atado junto al cercado. Tal como dijo Ursa, el día de hoy iba a ser unas vacaciones. Si llegaba a quedarme más tiempo aquí, tendría que salir a menudo a por algo de caza.

Como todos los días, disfruté del galope, pero esta vez no paraba de mirar el cercado. Quería saltar e irme a buscar a Sun, tenía ganas de saber por qué el Ministerio les tenía tanto miedo a los lobos. Toda la vida las dudas de cómo funcionan las cosas me han atormentado, el puñetero interrogante, el porqué de las cosas. Aquí tenía muchas incertidumbres, de camino a Shaiyo intercambiaríamos preguntas Ursa y yo.

Después de cenar fuimos a ver a Fang, me caía muy bien. Seguro que si le preguntaba el motivo de por qué estaba allí encerrado me lo respondería sin inconvenientes. El tema de la homofobia no parecía ser un problema, o por lo menos eso me parecía a mí.

—¿Nervioso? Vas a estrenar modelito, yo en tu lugar estaría hecha un flan.

—A ver, Ursa, no me he creado expectativas. Lo que sí es verdad es que nunca me han hecho ropa a medida.

—Aquí es normal, no hay tiendas especializadas en razas. Hay prendas fabricadas en serie con tallas y formas genéricas y después las llevas al sastre, que termina de ajustarte el modelito.

—Vale, ahora sí estoy un poco nervioso.

Al entrar en el pabellón donde estaban los talleres, escuchamos a Fang discutiendo con alguien muy acaloradamente. Se les escuchaba casi desde afuera del pabellón. Cuando giramos la esquina y encaramos el pasillo donde estaban los talleres, me tropecé con Jacob. Se calló de culo y me bufó al mismo tiempo.

—¿Me has bufado? ¿No decías que ya no hacías esas cosas?

—Me has asustado. Eres todo pellejo y huesos, parece que me he tropezado con una estatua. —Me tendió la mano para que lo levantase del suelo—. Además, estoy un poco alterado.

—Ya, a Fang se le escuchaba desde fuera del pabellón. ¿Pelea de

pareja? —Al cogerle la mano me clavó las uñas un poco.

—¡Creo que no he conocido a un racional más irracional! Suerte con él. —Desapareció tras la esquina a paso rápido.

—¿Qué le pasa a este tío? Me ha marcado el brazo, mira. —Tenía en la muñeca cinco puntos rojos.

—Pues que es Jacob. Tiene esa personalidad reservada, es muy serio, muy felino. No se me hubiera ocurrido gastarle una broma tal como venía por el pasillo.

—Siempre he sido más de perros que de gatos; además, la gente reservada nunca me ha gustado. Parece que ocultan algo, me ponen nervioso.

—Entonces Fang te tiene que caer muy bien, es el racional más extrovertido que he conocido en mi vida. —Mientras hablaba, abrió la puerta del taller de corte y confección—. ¿Dónde está mi modista preferido?

—Tu modista hoy está con un ataque de cuernos, recuérdame que jamás me lie con un felino. Gatos… Tienen una fijación natural por las aves, pero a la hora de la verdad, nada de nada. —Esta vez estaba vestido con una bata roja bordada con el dibujo de una pagoda, parecía de seda.

—Él se lo pierde. Fuera hay un mundo entero y tú vales mucho —respondió Ursa.

—Eres un amor. Más vale que la trates bien, lobo, te llevas una joya —riñó Fang.

—Jacob es gilipollas —dije—. Ursa tiene razón, vales tu peso en oro, pájaro, y sí, Ursa es una auténtica joya.

—¿Seguro que no te gustan las plumas? Ahora mismo estoy verde de envidia, osa, ¡qué suerte tienen algunas! Bueno, voy a traerte lo que te he preparado con todo el amor del que dispongo. —Fue a un armario y volvió con una caja estrecha alargada.

—No te lo voy a negar, estoy nervioso y contento. —No podía ocultarlo aunque quisiera, le estaba dando con el rabo a Ursa.

—Espero que te guste, me encanta vestir a cualquier especie, pero tengo debilidad por los cánidos. No seas tímido, pruébatelo a ver si tengo que hacerte algún ajuste —dijo Fang y se quedó a la espera de que me desvistiera.

—¿Me puedo cambiar detrás de ese biombo? —pregunté.

—¿Cómo?¡Qué aburrido! Me he dejado las plumas para hacerte el modelito y no me vas a dar una recompensa a la vista. —Esponjó las plumas y se puso muy tieso, parecía irritado.

—Como quieras, me parece justo. —Otra vez me quedé en paños menores frente a Fang y Ursa.

Abrí la caja y entre finos papeles estaban mis nuevas prendas, una camisa blanca como de raso y unos pantalones de cuero oscuros. Al

ver la ropa creí que no me iban a entrar ni los pantalones ni la camisa, pero todo me quedaba como anillo al dedo.

—Tienes un ojo calibrado, Fang. Veía la ropa un poco pequeña, pero me queda como una segunda piel. Tienes mucho talento. —Los pantalones de pitillo me quedaban justitos, pero era cuero, darían de sí un poco.

—Cuantos halagos, no los merezco, es muy fácil hacer ropa para un lobo tan apuesto. —Me volvió a pegar un buen repaso—. Qué te dije, osa boba, ¿tiene o no tiene buena percha?

—Está muy elegante. ¿Los pantalones no le quedan demasiado apretados? A ver si le va a cortar la circulación de algo.

—Qué dices, tonta, cada milímetro de piel está diseñado para realzar ese culo de perro grande y esas piernas divinas.

—Bueno, me gustaría tener la opinión de una tercera persona. —Los dos se giraron y me miraron muy intrigados—. ¿Dónde hay un espejo?

—Al fondo, perro guapo.

Al mirarme me pegué un pequeño susto, no me acostumbraba a que el espejo me devolviera esa imagen.

—Vaya, sí que parezco el rey lagarto. —Estaba vestido igual que Jim Morrison, el cantante de The Doors, supongo que en este sitio también existiría un imitador de su música y su look—. ¿Camisa por dentro o por fuera?

—Como la quieras llevar, corazón, pero si la llevas por dentro te voy a hacer un cinturón a juego. Tendrás que ponerle a la osa las cosas difíciles para bajarte los pantalones, ¿no?

—¡Ay, Fang, qué cándido eres! Le vas a tener que poner un candado a ese cinturón para impedir que lo descuere —dijo Ursa. No lo tenía muy claro, pero había un olor en el ambiente que conocía.

—Bueno, el día no ha sido largo, pero estoy un poco cansado, tengo ganas de ducharme y acostarme. Muchas gracias por la ropa, cuando salgas de este centro vas a tener una multitud frente a tu tienda.

—Anda, vete, te guardo la ropa. Ven mañana por la mañana, el concierto es en Nana, ¿verdad? —Nana sería el equivalente al viernes en la Tierra.

—Sí, pero seguramente Yuta nos mandará algún recado para la vuelta en achi.

—¿Vamos a pasar noche en Shaiyo? ¿Dónde? —pregunté.

—Sí, lobito, vamos a pasar la noche allí. Hay una tirada hasta el pueblo y el concierto terminará tarde. No te hagas ilusiones, tenemos dos habitaciones —respondió Ursa.

—¿Entonces, si conozco una cánida guapa, tendré intimidad?

—Igual que si yo encuentro un oso atractivo. Lo bueno es que son habitaciones contiguas. Podemos oír quién de los dos se lo está pasando mejor. —Agachó la cabeza y sacó la lengua, esta hembra…

—Me encanta toda esta tensión sexual no resuelta entre vosotros dos, sois tan monos… Quiero que os vayáis, me dais mucha envidia. ¡Fuera, fuera! —Era muy divertido, fui a darle un abrazo y Ursa le puso una de sus emplumadas manos en mi culo.

Recorrí los escasos metros que distaban hacia mi barracón sin ganas de que terminase el día, no quería despedirme de Ursa. Andaba lento y sumido en mis pensamientos. No me podía encaprichar de nadie aquí, este no era mi sitio, este no era yo.

—¿Otra vez dentro de la burbuja? ¿Sabes que puedes hablar conmigo? —dijo Ursa.

—Tengo ganas de ir al concierto, no por el concierto en sí. Tengo ganas de ir al concierto contigo. ¿Lo del tema entre especies como funciona aquí? —Salté de un tema a otro sin darme cuenta lo que parecía.

—Vaya, la próxima vez te dejaré callado y pensativo. ¿Hablamos de sexo o es algo más?

—De camino al evento tengo que hacerte muchas preguntas. No tengo claro el quererme ir de aquí, pero para mí una promesa es como un contrato, mi palabra es lo único que me queda en este sitio. Y no, no hablamos de sexo, pervertida. —Eso le arrancó una sonrisa.

—Haremos lo siguiente, tú harás una pregunta y yo otra. Tenemos un buen trecho a Shaiyo. —En esta ocasión fue ella la que me sorprendió abrazándome.

—Tenemos que hacer algo con ese nudo que tienes aquí. Mañana te voy a castigar la espalda un rato, así no podemos ir a Shaiyo.

—No te cargues el momento, tonto. —Ya sabía a qué olía.

—Mañana nos vemos, tendremos carros de mierda que llenar. Solo quiero que el día de mañana pase rápido.

Nos separamos a duras penas con ganas de que llegara el día del concierto.

Llegué a mi barracón como todos los días, me descalcé a la entrada, dejé todo el olor a caballo en las duchas y me fui a la cama directo. Tenía que hablar con Kiyu, tenía que contarle lo de la familia. Me concentraría en él, el día anterior no hablamos.

Kiyu

Otro día en aquel sitio extraño. Si me hubieran descrito los pormenores de ese mundo, habría intentado con más fuerza unirme al Culto. Cuando estuve en el hospital, me pude dar cuenta de cómo era esta sociedad. Fue gracias al jefe de Mundo, ese humano que olía a alcohol e incordiaba con ese documento. Ese papel apestaba más que su portador, hacía sufrir a la madre de Mundo. Yo no conocí a la mía. Amparo es una mujer fuerte, nadie que no fuera tan fuerte hubiese aguantado lo que ella.

Esa frase que dice «La única hembra que te va a querer de verdad es tu madre» era cierta. Ella estuvo a mi lado todo el tiempo que pasé en el hospital, durmiendo en un butacón incómodo, complaciendo hasta el más mínimo de mis caprichos, contestando mis preguntas. Mundo creo que no sabía lo que tenía, o quizás sí.

Llevaba un par de días fuera del hospital y lo que veía de este sitio no me agradaba. En Ix todo estaba más limpio, más ordenado, los seres eran más amables entre ellos, y luego estaba el concepto del dinero. Lo que la gente aquí era capaz de hacer por dinero. Igual el Ministerio no era tan malo después de todo.

Tenía que hablar con el dueño de este cuerpo, este cuerpo…. El prescindir del sentido del olfato era una faena, no ver bien por la noche o tener que usar gafas de sol también era un incordio. No entendía bien por qué pasaba tanto calor a pesar de no tener apenas pelo. Según el calendario, aquí era verano. Los veranos en el sur de España eran cálidos. Otra cosa que me irritaba era que todos los machos aquí se llamaran «quillo»; por lo visto es una abreviatura de chiquillo, pero se parecía mucho a mi verdadero nombre. Si seguía aquí más tiempo, iba a terminar por tener un pinzamiento en el cuello.

El hogar de la madre de Mundo era un pequeño apartamento en una segunda planta sin ascensor. Unos setenta metros cuadrados con tres habitaciones y un baño. Amparo había hecho todo lo posible por que el pequeño piso pareciera un palacio. Estaba bien decorado, muy limpio y, por lo que me había contado, prácticamente pagado.

Yo creía estar encerrado en mi sociedad, que era esclavo del Ministerio; aquí la gente se ataba a lo material tan fuerte que terminaban casi sin respirar. Las diferencias sociales, los políticos…

No era como decían las leyendas, este mundo no era mejor que el nuestro. Estos seres tecnológicamente eran más avanzados que nosotros, la tecnología aquí parecía de ciencia ficción, pero eso no los hacía más felices. Había poco contacto entre ellos, poca relación espontánea, y eso que yo era un tío muy reservado.

Al igual que a Mundo, a mí me faltaban muchas cosas por hacer. Esa noche intentaría ponerme en contacto con él, el vínculo que nos unía se estaba debilitando y quería saber si había contactado con los lobos. Cuando me marchara de allí, echaría de menos la televisión; además, el cine y la música eran mejores.

Eran las tres de la tarde, Amparo tenía que estar al llegar. Me había dicho que calentase comida en el microondas, tenía lentejas. La comida aquí no estaba mal, si volvía tenía que importar algunas recetas, pero le quitaría la cebolla al guiso.

Aunque mis sentidos en esta piel estaban mermados, podía oír los pasos de la madre de Mundo subiendo por las escaleras. Tanta tecnología y ese edificio de tres plantas carecía de elevador. Abrí la puerta antes de que sacase las llaves.

La saludé dándole dos besos y preguntando por su turno de trabajo. Ella siempre me decía que le fue bien, aunque había días en los que volvía derrotada, siempre entraba por la puerta con una sonrisa. Me preguntaba por mi memoria, a lo cual también mentía diciéndole que igual. Esa mañana me di una vuelta por el paseo marítimo, a pesar del calor, la playa estaba repleta. Le pregunté si podríamos ir el finde, ella me dijo que sí. Según dijo Amparo, a Mundo siempre le gustó la playa, pero nunca tenía tiempo de ir y hacía una eternidad que no iban juntos.

Solíamos comer en la cocina, había una mesa pequeña, lo suficiente para los dos. Mientras hablábamos, fui sacando los cubiertos.

—Cuando recuperes la memoria, te echaré de menos. Espero que no vayas corriendo de vuelta al taller. El tema del dinero no debería preocuparte.

—Ya, la denuncia al taller. El otro día me encontré a un tal Roberto cuando iba por la calle, me dijo que era compañero mío. Me pidió por favor que no siguiera con la denuncia, que Rafael iba a cerrar el taller.

—Ese borracho no va a cerrar nada. El dinero lo pagará el seguro. Lo único que va a tener que hacer ese elemento es cambiar el horno que por poco te mata. Le gusta manipular a la gente que tiene alrededor, así los tiene atados en corto.

—El caso es que lo tengo en mi agenda telefónica, he estado hablando con él por WhatsApp. Parece un buen tío, quiero quedar con él.

—No solías quedar con nadie del trabajo, me alegra mucho que quieras emplear tu preciado tiempo en tener un poco de contacto

humano.

—¿Solo me gustaba trabajar?

—Hombre, gustarte, gustarte… Querías terminar de pagar la hipoteca de esta mansión, y casi lo consigues. Gracias a que cambié de trabajo solo quedan un par de años hasta que rompa con el banco. No tendrás que preocuparte más de eso.

—¿Ya no te hago falta? ¿Y ahora qué?

—¡No digas eso, melón! Eres mi hijo y eso no lo va a cambiar nada de este mundo. Cuando te recuperes volverás a los estudios. ¿Recuerdas qué es lo que querías estudiar?

La verdad es que ni era su hijo ni quería estudiar allí.

—La verdad, no recuerdo querer estudiar nada en concreto. Me gustan los animales y yo les gusto a ellos. ¿Veterinario?

—¡Correcto! Tu sueño de siempre era sacarte el título, montar una clínica o trabajar en una granja. Tienes los estudios suficientes para optar a la carrera, te esforzaste mucho para llevar tus estudios mientras trabajabas para ese alcohólico.

—A costa de poder salir y divertirme, a costa de mi juventud.

—Fue una decisión tuya y solo tuya. Después de los tres primeros años empujándote para que salieras, emparejándote con las hijas de mis amigas y compañeras, de prestarte el coche, de buscarte planes para los fines de semana… Después de todo eso, tiré la toalla. Era lo que tú querías, luchaste mucho por ello. Ahora puedes hacerlo, te lo has ganado.

—Será por el golpe en la cabeza, pero parece que estás un poco harta de mí.

—Soy tu madre, podré estar harta de ti, pero eres mi hijo y te quiero. Si ese es el camino que has querido seguir, yo solo puedo estar ahí para apoyarte con lo que pueda. Ahora tienes la oportunidad. De momento, esta tarde vamos a salir a dar una vuelta.

—¿Podemos adelantar lo de la playa para hoy en lugar de este finde? —Entre que volvía a Ix o no quería nadar en el mar, en casa nunca me pude acercar a la costa.

—Como quieras, los médicos me recomendaron llevarte donde te encontraras más a gusto. Recoge la cocina mientras yo preparo las cosas para la playa.

Como en cualquier sitio donde tienes la costa a tiro de piedra, Amparo tenía todo lo necesario para ir a la playa. En un momento tenía una bolsa para la playa de rafia estampada con toallas y cremas para el cuerpo.

—Coge el bañador que te he puesto encima de la cama y ponte crema, que después te quemas. —Amparo se estaba cambiando en su cuarto.

Lo de tener que ponerte lociones para no quemarte la piel era nuevo

para mí. En Ix si te quedas mucho tiempo al sol, aparte de pasar calor, el pelo se te pone áspero, nada que una ducha con un buen champú no pueda arreglar. Me sentía muy desnudo sin mi pelaje, aunque la piel de estos seres era muy suave.

De camino a la playa por poco me atropellan dos veces en el carril bici. Eso de tener un camino para las bicicletas dentro del mismo camino donde va la gente andando me parecía muy raro; y más raro era que por aquel carril no fueran apenas bicicletas, solo idiotas con unos vehículos llamados patinetes. Por lo menos estos no echaban humo ni olían mal. La polución, eso tampoco lo teníamos allí. Todo lo que no estuviera tirado por bestias estaba impulsado por la electricidad generadas por los cristales heliares. Aquí ni la energía limpia era tan limpia.

La playa a las cuatro de la tarde estaba un poco más tranquila que por la mañana, según Amparo estábamos a mitad de julio y había gente de fuera de la ciudad por vacaciones. En el calendario de Ix estaríamos en el segundo mes de la estación cálida. Ver los cuerpos de las hembras de este mundo en la playa con tan poca ropa me hacía sentir un poco incómodo, había algunas enseñando los pechos. Entre la falta de ropa y la falta de pelaje, parecían las hembras más desnudas que había visto en mi vida. Si me quedaba en aquel sitio tendría muchos problemas para tener pareja, y más problemas aún para tener relaciones íntimas.

—No sé si te acuerdas, pero mirar a las niñas tan fijamente no está bien. —La madre de Mundo era una mujer muy atenta y lista.

—¿Me gustaban las mujeres? —Creía que Mundo no era de esos, pero bueno... Mejor asegurarme.

—Te gustaban y te siguen gustando por lo que veo. —No me di cuenta, pero estaba teniendo un momento incómodo de cintura para abajo. — Anda, ve a darte un baño, el agua esta fresquita y puede que te baje la temperatura.

No sé si era esa playa o eran todas iguales, pero la arena era fina y de un color amarillo pálido, el agua estaba cristalina y todo estaba muy limpio. El pasar de la arena seca a la arena húmeda y apelmazada era muy agradable, andar por ella después de tostarte los pies con la arena ardiendo era un gustazo. Amparo tenía razón, el agua estaba fresca, olía a sal. Fui avanzando paso a paso hasta que el agua me llegó a mis partes nobles, ahí empecé a andar más lento. Cuando el agua me llegó al cuello me eché para atrás y empecé a flotar boca arriba, la sensación de paz era indescriptible.

Empezaron a llegarme imágenes en una rápida consecución. Un hospital, el enfermero felino, una perra muy guapa con traje, papeles, Yuta y una carreta, el centro de recuperación, Ursa, un abrazo…, olor a hembra, montar a caballo, Jacob encima de mí, sabor a tierra,

Buddy chocando el puño, Fang tocándome el culo, correr detrás de un ciervo, miedo al lobo, ir de cacería, Sun, el Culto…, la familia, ¡LA FAMILIA!

Cuando volví en mí estaba mar adentro, a medio kilómetro de la costa. Fue como si viese la semana que había pasado Mundo en mi cuerpo en un momento, el sueño no era la única forma de contactar con él. Nadé hacia la playa lo más rápido que pude, pero este cuerpo no era el cuerpo de un lobo. Llegué a la arena extenuado, casi sin aliento. Busqué la sombrilla azul a rayas de «mamá» entre la multitud que allí había plantadas; cuando me metí en el agua no había tantas.

—¿Adónde has ido a nadar, a Marruecos? ¡No me des estos sustos, niño! —Estaba bastante cabreada, creí que me iba a tirar una chancla o algo.

—¿Tanto tiempo he estado? —Miré el reloj de pulsera y marcaba las seis de la tarde, había estado cerca de dos horas en el agua.

—Es la hora de merendar. Toma melón, melón. Aunque no te lo mereces, vaya susto que me has dado. —Me acercó un tenedor y una caja semitransparente con una tapa azul, dentro había fruta cortada a taquitos.

—Lo siento. Creo que me he quedado dormido boca arriba en el agua. —Abrí la tapa de la caja, la fruta olía muy bien.

—¡Peor me lo pones, niño! Te llega a arrastrar una corriente o a darte una ola y te quedas tieso en el agua. ¡Te pasa algo y va contigo al hospital un guardia! —No entendía lo del guardia, pero seguro que era que iba a quedarme solo en la habitación. Estaba enfadada y preocupada. No sabía lo que era tener una madre, pero supongo que tenía un amor incondicional por su hijo. Eso me hizo sentir más desgraciado aún.

—El melón está riquísimo. —Estaba haciendo un esfuerzo enorme por no mostrar flaqueza alguna.

—Vamos, no te pongas triste. Poco a poco, vale. Me has asustado, pero no estoy enfadada contigo. El psicólogo me dijo que no te presionara y eso estoy haciendo.

—Tienes mucha paciencia conmigo. Estoy cansado y confuso, me gustaría ir a casa.

—Como quieras, Mundo. Quédate en casa y descansa lo que te haga falta, yo tengo que ir a comprar al súper. —En Ix iría a la tienda y cogería lo que le hiciera falta para el día, ni más ni menos; aquí la gente compraba de más y llegaba a desperdiciarse comida o se comía en exceso.

Terminamos de merendar, recogimos las cosas y fuimos para casa. De camino vimos a una persona sentada en el suelo pidiendo dinero para comer. Otra cosa de la que carecíamos de dónde venía, allí cada racional tenía una función y un motivo de ser. Los trabajos se

entregaban según las cualidades, estudios o facultades de cada individuo.

Le pedí un euro a mamá para dárselo al hombre mal vestido que estaba sentado sobre un cartón en el suelo. Amparo me estaba esperando en el semáforo para cruzar la calle, y justo a su lado tenía a un chaval con un perro atado con una correa al cuello. El animal miraba para arriba como buscando la aprobación de su dueño, que lo ignoraba porque estaba mirando el móvil. Me daba mucha pena esa criatura, era un perro de aguas, se parecía muchísimo a Buddy, pero sin el cuerpo de Buddy. Me acerqué al animal para verlo más de cerca, este se alzó sobre sus cuartos traseros y me puso las patas en la cintura.

—Eh, qué pasa. —Estaba moviendo el rabo, bueno, lo que le quedaba de rabo. —¿Qué pasa, bonito? Eres un peluche. ¿Cómo te llamas?

—Se llama Teddy, perdone si le ha molestado, no suele ser tan cariñoso con desconocidos. —El dueño del perro se dignó a dejar su dispositivo y hablarme.

—No pasa nada, me encantan los animales. —En ese momento echaba mucho de menos a Yuta y su centro.

—Es casi igual que nuestro Drigo, ¿te acuerdas de él, Mundo? —Por un momento me olvidé de que ella estaba ahí.

—No, mamá, no me acuerdo de él. ¿Qué le pasó? —Seguía acariciando a ese perro marrón con rizos, que estaba encantado de recibir atención de un extraño.

—Iba detrás de la perra de los vecinos, iba tan ciego por esa hembra que no vio el coche que lo atropelló. Lo pasaste muy mal, era lo único que te dejó tu padre que querías.

—Vale, ahora sí que me hace falta echarme un rato. —No quería llorar, pero me estaba costando la misma vida.

—No adoptamos otro perro porque nunca lo superaste. Es más, es la primera vez que tocas un perro en años.

El semáforo se puso en verde y me separé de Teddy y su dueño.

—Es una estupidez. Si me gustan los animales, ¿por qué no adoptar otro?

—Entraste en modo «trabajar y estudiar», no tenías tiempo para perros, novias, tiempo libre, vivir… Ahora que vas a retomar los estudios, no te vendría mal que alguien te haga compañía mientras estudias. Tendrás que sacarlo a hacer sus cosas y que haga ejercicio, así os sacareis a la calle mutuamente.

—Me encantaría ir a por un cachorro. —Tenía una sensación rara.

—Suena a que vamos a ser tres en la familia. Tendrás que ocuparte de él y seguro que él se ocupa de ti.

No quería un perro, quería un hijo, una familia. El Culto… No, el

Culto no, la familia. Tenía que hablar con Mundo, necesitaba hablar con Mundo.

—Esta noche me acostaré temprano, estoy muy cansado, hoy han pasado muchas cosas.

—La playa cansa, hijo.

Tenía mucha razón. Si hubiera conservado mi rabo, lo tendría agitando el viento cada vez que me decía «hijo». La playa me había dejado sin apenas energías, pero lo que realmente me agotó fue toda la información que recibí de golpe en esa consecución de imágenes a cámara rápida. Fue una semana de vida concentrada en un par de horas. Esa noche tenía muchas cosas que contarle a Mundo, el círculo se estaba cerrando.

Pieles

Tal como puse la cabeza en la almohada, me quedé dormido. En mi sueño, me levanté de pie en el salón de casa de mi madre; esta vez, la transición entre los dos planos fue rápida. Ese piso pequeño en un segundo sin ascensor que mi madre, con todo el amor del que disponía, convirtió en un hogar. En el sofá rojo bermellón estaba sentado Mundo, o sea, yo, él… Fue un poco raro, siempre que compartíamos esta unión Kiyu era un lobo y yo, un humano; en esta ocasión no fue así.

—Bienvenido a casa, Mundo. —Esta vez estábamos vestidos.

—Vaya, si querías que habláramos en un ambiente que me fuera cómodo, has acertado. Tengo mucho que contarte.

—Sun es una loba muy guapa. Has hecho grandes progresos esta semana.

—¿Cómo es posible que sepas eso? ¿Por qué sigo siendo un chucho grande y tú… estás más gordo?

—He estado en un hospital recuperándome de quemaduras y golpes, tu cuerpo es una porquería. Estás viejo y tardas más en curarte.

—Ya, el tuyo es todo virtudes, sobre todo en lo que se refiere a oler todo lo que es incómodo.

—Ah, sí, eso de oler cuando las hembras se ponen tiernas es una ventaja. Enhorabuena, Ursa me tenía aprecio, pero tú la pones a punto de caramelo. Anda, siéntate.

—Vale, eso tampoco lo tendríamos que saber ninguno de los dos. ¿Cómo has conseguido espiarme a través del universo? —Se estaba comportando como cuando me hacía tener pesadillas.

—He tenido una serie de imágenes rápidas cuando me tiré boca arriba en el agua salada de la playa. Toda tu semana en Ix pasó por mi cabeza en un par de horas.

—Eso es interesante. —Me senté en el butacón cerca de él—. Suena como si te hubieras metido en una cámara de privación sensorial. Igual si hacemos los dos lo mismo, al mismo tiempo, podríamos volver.

—Claro, suena muy bien. Si hacemos eso, nos tomamos lo que nos dé Buddy y terminamos de arreglar nuestras vidas, igual funciona. Esto no es tan fácil, Mundo, no funciona de ese modo; además, ya está desapareciendo el nexo.

—Oh, vaya por dios. ¿Me podrías pasar el número de Fafnir? ¿Sabes si a esta hora tendrá a alguien en la oficina? Ah, no, tú solo fuiste a por comida para caballos y le pediste a una osa enorme que te pegase en la cabeza.

—Le pedí a Ursa que me ayudase, había llegado el momento.

—Había llegado el momento, había llegado el momento —le dije burlándome de él—. ¿¡Pero tú te escuchas, macho!? ¡Estoy aquí encerrado en este cuerpo, pasándolas canutas! ¿¡Y me dices que va a ser permanente!? ¡Podrías ser un poco más concreto, un poco menos ecléctico! —Le estaba chillando y enseñando los dientes, él ni se inmutó.

—Míralo ahí, con su cuerpo de perrazo y usando un lenguaje culto. Eres tan cuqui. Aquí en la Tierra tenéis a un tío con la pinta de Buddy clavado a una cruz, dice en su biblia que lo descolgaron, revivió y ahora anda entre vosotros.

—Vale —dije alargando la palabra—, lo del tema deidades y tal no es fácil. Contéstame a una cosa: ¿cómo sabías que «había llegado el momento»?

—¿Cómo sabía Jacob que tú no eras yo? Fue un palpito, una sensación. A ver si te crees que Fafnir me habló al oído.

—Esto es raro, complicado y surrealista. —Me estaba cogiendo la cabeza con las dos manos, igual que lo hacía Ursa—. ¿Entonces con qué estaría contento Fafnir para que recuperásemos nuestras vidas?

—Deberías buscar a los lobos. Una vez allí, intenta echarles una mano, creo que esa es la clave —dijo Kiyu con la vista perdida.

—Lo tenía en mi lista de quehaceres transdimensionales. ¿Sabes lo de tu madre?

—Te dije que vi todo lo que te ha pasado en esta semana. Se me hace muy duro hablar de ello. —Nunca me había visto la cara cuando me ponía triste, fue muy insólito.

—Pues yo creo que ahí es donde está la clave. Alguien te separó de tu madre y familia por algún motivo que se nos escapa. El Ministerio me está empezando a dar bastante miedo.

—El Ministerio en sí puede ser la clave. Nuestro tiempo se está agotando, pronto sonará el toque para levantarse. Ten cuidado con Ursa.

—No creo que me vaya a hacer daño —respondí arrugando el entrecejo.

—No es eso, no quiero que le hagas daño, trátala bien —puntualizó Kiyu muy serio.

Según terminaba de hablarme, empecé a escuchar la campana de fondo, el toque para levantarse. La imagen de mi casa en la Tierra se alejó rápido, como si retrocediera perdiéndose por un túnel.

Otro día en ese extraño lugar. Lo único que me mantenía cuerdo era

el cariño que le tenía a Ursa y la promesa que le hice al dueño de este cuerpo. Me volví a acordar de esa canción de The Police, la estrofa que decía: «El amor puede arreglarte la vida o puede romperte el corazón»; era algo que me reconfortaba y atormentaba por partes iguales. Nunca había hablado de esto con nadie, igual si lo trataba con alguien de aquí podría darme otro punto de vista.

Me senté en la litera y lo primero que noté fue algo suave en las yemas de los pies. Al mirar abajo, estaba pisándole la cabeza a Buddy, tenía el pelo esponjoso como la lana.

—Perdona, colega, no me he dado cuenta de que estabas ahí sentado. Tienes el pelo muy suave. —Le aparté los pies de la cabeza y me levanté de la litera de un salto, poniéndome frente a él de cuclillas.

—Qué pasa, hermano. No hay problema. Llevo un rato aquí sentado, me cuesta trabajo empezar por las mañanas. Anda, vente a desayunar, vamos a lavarnos la cara —dijo Buddy entre bostezos.

—¿Te ha pasado algo, pelanas? Te veo muy apagado.

—Hoy le han dado el alta a una amiga que he conocido aquí. No volveré a verla, ella es una ovina y yo un cánido. Los rollos entre especies solo son eso, rollos.

—¿Entonces qué pasa conmigo, con quién puedo tener yo un futuro aquí? No soy un lobo, tampoco soy un cánido.

—¿Por qué dices aquí? También estás un poco perdido, ¿eh? Vamos a desayunar y hablamos de nuestras cosas, igual el karma tiene alguna cuenta pendiente con nosotros. —Karma; aparte del mito de Fafnir, no había oído hablar de deidades ni cosas espirituales hasta ahora.

—Karma, ¿qué es eso? —Quería ver hasta qué punto había calado el budismo en este sitio.

—Ahora desayunando te cuento todo, hermano —dijo relamiéndose. Igual el tema de andar siempre con hambre eran cosas de los cánidos.

Yendo de camino al comedor, nos encontramos con Ursa y Jacob; le hice una señal a Ursa para que nos viésemos después. Me acosté sin ganas de dejarla y ahora me levantaba y le daba largas. Después, en las cuadras, me lo iba a echar en cara. Lo que tenía que hablar con Buddy en este momento era más importante que las ganas de verla.

Pillé lo de costumbre para desayunar, pero esta vez me puse una cucharada enorme de huevos revueltos. Solía haber algún tipo de embutido en el bufet de carnívoros, pero hoy no había nada de carne, así que los huevos me vendrían bien. Al volver la vista, vi a un cánido grande haciéndome señas en una mesa pequeña. Las mesas en este comedor solían ser para cuatro o seis racionales de tamaño medio. Buddy se había sentado en una para cuatro racionales pequeños, creo que quería que tuviéramos algo de «intimidad».

—¿Qué haces aquí sentado, tío? Hay un grupo de gatos que se suele sentar aquí siempre.

Estaba muy feliz sentado en la mesa a pesar de que el rabo se le estaba atorando entre las sillas.

—¡Que les den a los gatos! Quería estar tranquilo contigo, tengo que explicarte lo del Karma.

Vi al grupo de felinos mirar fijamente a Buddy y mover las colas con violencia; ya sabía cuál era el lenguaje corporal para un felino mosqueado.

—Bueno, dime de qué va el rollo del Karma.

—El Karma no es un rollo, tío, es una energía mística que se basa en la acción y la reacción. Si te portas bien, si tu intención es hacer el bien, recibirás buena energía y todo te irá bien. Por lo contrario, si vas haciendo el mal, recibirás energía negativa y malas acciones.

—Dicho así parece algo muy sencillo. Si eres enrollado, serán enrollados contigo; si no molas, no atraerás gente que mole.

—Eso sí que parece simple, tío. Ahora pareces más yo que yo mismo. Pero no es tan fácil, tiene que salir del fondo de tu corazón. No vale intentar ser bueno para que te pasen cosas buenas, tiene que venir del fondo de tu ser.

—Si te digo la verdad, es la conversación más larga que estoy teniendo contigo sin un «paz» o un «buena onda». No creía que fueras tan profundo.

—Jooo, tío, tienes que mirar un poco más allá de la piel. ¿Qué creías, que era solo un perro drogata? —Era el segundo racional que me daba una lección de humildad.

—Bueno, me dijiste que tomaste un coctel de hierbas y tuviste un viaje astral a un sitio donde había un montón de monos rapados. Igual un poco drogata sí eres.

—Sí, cierto. Pero no es lo único que soy. Si quieres la receta de esa infusión, solo tienes que pedírmela. Tengo un par de bolsas preparadas.

—Te tomo la palabra. ¿Quieres hablar de lo de tu amiga? —Sentía curiosidad por las relaciones que tenían estas criaturas, por motivos un poco egoístas.

—Hay poco de lo que hablar. Las relaciones entre especies no están prohibidas, pero tampoco están bien vistas. La razón de ser de un racional es perpetuar la especie, y un perro y una oveja no pueden tener descendencia.

—¿No hay otra forma, la adopción u otro modo? —No sabía si había en este sitio sistemas de reproducción asistida.

—Claro que hay otras opciones, pero el Ministerio no da apoyo a ese tipo de parejas. —Otra vez el Ministerio.

—¿Qué tipo de apoyo? Siento ser un incordio, pero tengo el rollo este de la amnesia, no sé si es por esto por lo que me parece muy injusto.

—Wow, vaya... Esto es muy catártico —dijo dejando los cubiertos y abriendo mucho la boca—. Quiero hacerte una pregunta, sé que lo que me vas a responder está fuera de la influencia del Ministerio, porque tú no recuerdas nada de él, no estás educado según sus directrices. ¿Te parece bien? —La verdad es que había juzgado muy mal a este tío, no sé si era porque no andaba colocado, o es que en realidad era muy listo.

—Pregúntame, te responderé con sinceridad. —No era el mejor sitio para tener este tipo de conversaciones, pero me podía la intriga.

—¿Qué opinas de nuestra sociedad? ¿Es un sitio donde se puede vivir libremente? —Vaya una pregunta de un chaval de diecinueve años al que consideraba un fumeta hacía un par de días.

—A ver, colega. —Me acerqué para hablarle al oído—. Creo que el Ministerio nos tiene bien cogidos, aquí viviremos bien mientras no saquemos los pies del camino que nos han puesto delante del hocico.

Al decirle eso, apartó la mesa que nos separaba con una sola mano, mandándola unos metros a mi derecha, y me abrazó con mucha fuerza.

—Joder, gracias, tío. Creí que era el único que pensaba así, aquí todo el mundo está demasiado ciego como para ver, están demasiado institucionalizados. —Me sentí como cuando le dices a los niños que el Ratoncito Pérez no existe.

—Buddy, colega, estamos dando un espectáculo. Si seguimos así, voy a tener que dar muchas explicaciones. —Otra vez me estaba inmovilizando, seguía oliendo a oveja.

—Di que me sentaron mal unas setas o algo por el estilo. Cuando los demás no te toman en serio, puedes moverte con más soltura. —Este tío se estaba convirtiéndose en mi ídolo.

—Si quieres, podríamos quedar más tarde y seguimos hablando. Tengo montañas de mierda que mover y algunos caballos que pasear. Pero antes. —Le levanté el flequillo para verle los ojos—. ¿Verdes? Creí que iban a ser azules.

—Guárdame el secreto, a las hembras les gusta el misterio. Anda, vete con Ursa, que te está esperando. Te tengo mucha envidia, que lo sepas.

—¿Envidia por qué?

—Ve con ella. Ojalá podáis tener un futuro juntos. —Debajo de ese flequillo seguro que estaba llorando.

—Paz, hermano. Todos tenemos derecho a un futuro feliz.

Me despedí de Buddy y fui directo a las cuadras, allí esperaba Ursa cruzada de brazos. Mientras llenábamos el carro, le expliqué mi charla con Buddy, lo injusto que me parecía el tema de las parejas mixtas y el control férreo del Ministerio. La charla con el pelanas me dejo muy afectado, algo en mi fuero interno me decía cuál era la clave para

volver a casa.

—Bueno, chaval, por lo menos no te tengo que explicar lo del tema entre especies. —Ursa siempre le veía el lado bueno a la vida.

—Sí, por lo menos la parte social de las parejas mixtas. ¿No hay más racionales que piensen como Buddy?

—Seguro que los hay —respondió Ursa en un suspiro—. La mayoría de los racionales son felices trabajando toda su vida en lo que les ha dicho el Ministerio. Los que no están de acuerdo con su asignación pueden recurrir o aprender otro oficio.

—¿Qué pasa con los racionales que no son aptos para ningún oficio?

—Si no tienes aptitudes para desarrollar un oficio, te quedan los empleos más físicos. Trabajos de peones. —Quería cambiar de tercio, la estaba poniendo triste a ella también.

—Todo esto me está deprimiendo un poco. Ni la música me anima hoy. Por cierto, conozco esta canción, ¿quién la está tocando? —Era *Llamando a la Tierra*, pero habían cambiado «la Tierra» por «llamando a casa».

—Pues es el grupo que vamos a escuchar mañana, los Michael Clan.

—¡No me fastidies, guapa! ¿Te gustan mucho estos tíos? —Estaba riéndome hasta el punto de estar doblado.

—Pues la verdad es que sí, tienen buenas letras y el cantante tiene muy buena voz. No me digas que Michael es como tú. —Había puesto la cara de lado y me miraba con el ceño fruncido.

—De camino a Shaiyo te cuento. Pero creo que sí, es una piel cambiada. Vas a salir del concierto con un disco firmado. —Eso le hizo cambiar la cara por su habitual sonrisa.

Hablar con esa pronta naturalidad de las pieles cambiadas le restaba importancia a que una fuerza que se escapaba de mi comprensión estaba moviendo hilos a su antojo para arreglar los desaguisados de esta sociedad de animales racionales. Lo que me dijo Kiyu sobre saber cuándo llegaba el momento, lo del sexto sentido, estaba empezando a tener un poco más de lógica para mí.

Estaba deseando ir al concierto por muchos motivos, pero el primero en mi lista no era hablar con el tal Michael, quería pasar tiempo con Ursa fuera de las instalaciones, quería conocerla. Creo que no me había contado toda la verdad de por qué estaba en ese centro. Esperaba que lo de la ronda de preguntas con total sinceridad fuera cierto.

En marcha

El toque para levantarse sonó como otra mañana cualquiera, con su monótona sinfonía, no era otra cosa que un despertador grande y sincronizado que tronaba en cada barracón y dependencia del centro al unísono. Pero aquel día no era como el resto. Después de pasar casi una semana de nueve días en una rutina tan cerrada, un ligero cambio sentaba como un soplo de aire fresco.

Ursa me estaba esperando en el comedor para desayunar y recoger provisiones para el camino. Nuestro amigo Rodri nos había preparado unos paquetes con lo que quedaba de venado y algo de fruta.

—Qué pasa, chucho grande, ¿estás nervioso? —dijo Ursa al verme.

Me levanté por la mañana y el rabo no me dejaba apenas andar.

—No, ¿en qué lo has notado? —respondí intentando no jadear de emoción.

—Eres un libro abierto. Cuando estemos en el concierto ponte por detrás, supongo que no querrás matar a nadie con el rabo.

—No, eso sería una mancha en mi impoluto expediente. ¿Te puedes creer que no tengo ni hambre? —Me costó quedarme dormido y me levanté como un niño la mañana de Reyes.

—Pues tienes que comer algo. Yuta nos está esperando con una carreta que tenemos que llenar de hortalizas y verduras del huerto. Si creías que el viaje para Shaiyo iba a ser gratis, estabas muy equivocado.

—Bueno, por lo menos la carreta a llenar hoy no apestará a estiércol.

—Mira por dónde, se te va a pegar mi positividad.

—No me vendría mal, para qué engañarnos.

Recogimos la carreta de las cuadras, preparamos un par de caballos de tiro y fuimos directos a la otra punta del recinto. Junto a los huertos había unos techados para dejar la verdura a la sombra entre que se recogía y se cargaba; como todo en el centro, estaba ordenado y limpio. Yuta, en lugar de esperar a la sombra, estaba encarado a Helios con los ojos cerrados, parecía que andaba recargando baterías.

—Yuta, mira lo que te traigo. —Ursa le habló alto y claro, pero el parecía ausente.

—Helios está hoy particularmente generoso, deberíais usar un sombrero para el camino. Me traes una carreta y a un lobo que te va a

ayudar a cargarla. —Aún no se había dado la vuelta, parecía disfrutar de la luz como no pudiera hacerlo otro ser.

—Sí, una carreta y un perro grande —dije con una sonrisa—. De nuevo te doy las gracias por dejarme ir.

—Te has portado bien esta semana; después de tanto tiempo, te sentará bien el paseo. Ten cuidado en el pueblo, sobre todo con las hembras. A las jóvenes les gustan las cosas exóticas y tú eres una rareza. —Se volvió casi sin ganas y abrió los ojos para mirarnos—. Tenéis todas estas cajas para cargar, el camino es largo y no quiero que lleguen mal al destino, trabajad rápido.

—¿Has oído, medio lobo? ¡A currar! Cuanto antes carguemos, antes saldremos.

Llenamos la carreta antes de que nos diéramos cuenta. Pusimos las cajas ordenadas por tipo de cultivo. Los vegetales eran semejantes a los de la Tierra, parecían lechugas, pimientos y repollos. Cubrimos todo con una lona y nos dispusimos a salir.

—Antes de iros… —Yuta se metió la mano en un bolsillo de ese pantalón beige de abuelo y sacó un par de relojes de pulsera—. Para que no lleguéis tarde. Os quiero de vuelta a mediodía de Achi. El dueño de Lola quiere hablar con su cuidador y estará aquí esperándote.

—¿He hecho algo mal? La yegua parece más contenta últimamente. —El reloj de pulsera era digital, parecía un Casio antiguo.

—Al contrario, quiere criar potros y quiere tu consejo. Al parecer lo estás haciendo muy bien con las bestias. Igual me planteo cambiarte la ropa de interno y darte una ocupación aquí en el centro.

—Eso me gustaría. Pero no sé nada apenas de estos animales, solo sé que les gusta correr y como los trato. —Esto parecía lo que yo quería en mi mundo, otra vez movía el rabo.

—Es un principio. Hay veterinarios de profesión a los que los animales no pueden ni ver. Gente con muchas letras y poco corazón; lo primero se puede aprender, lo segundo es imposible adquirirlo.

—Los racionales de aquí tienen razón, da gusto escucharte.

—¿Solo porque te he dicho que eres todo corazón y casi un analfabeto?

—A leer y escribir se aprende. El alma no se encuentra en los libros.

—Ursa, procura que no le den otra vez en la cabeza, en este estado me va a ser muy útil. Laila viene en achi, adelanta su visita, tiene familia por la zona y aprovecha para verte.

—¿Tiene ganas de volver a verme? ¿Qué se supone que tiene que hacer conmigo esa psicóloga tan guapa? —dije intentando no parecer preocupado.

—Viene a reevaluarte, a ver si dentro de tu cabeza hay lo que tiene que haber. Tenéis un largo camino por delante y mis productos no van

a permanecer frescos eternamente. —Al decir eso se volvió cara a Helios y cerró los ojos.

—Venga, perro grande —intervino Ursa—, el tiempo no se detiene por nadie. Me has prometido un disco firmado y a él, una camiseta.

—¡¿A ella un disco firmado y a mí una camiseta?! —dejó su rutina de baño de luz y me miró directamente.

—Es lo que me pediste; además, ella es una osa guapa y va a estar allí —respondí mirándola a ella.

—¡He pasado de achuchable a guapa, qué feliz soy! ¿Vas a seguir diciéndome cosas bonitas o vamos a ponernos en marcha? —Mientras hablaba se subió a la carreta y me indicó con la mano que me sentase junto a ella.

—Pues nos vamos. ¿A qué estamos esperando? —Di un salto y me senté junto a Ursa—. Muchos internos han cultivado estas hortalizas y vegetales, si se echan a perder será por tu culpa, osa lenta.

—¿Lenta yo? Ya estaríamos en Shaiyo si no fuera porque te enrollas tanto. No te preocupes, Yuta, te lo traeré de vuelta.

—A él y a la carreta esta vez —dijo Yuta sin girarse para mirarnos y despidiéndose con una mano, otra vez estaba disfrutando de Helios.

Pasamos entre los cultivos, esos tan bien cuidados. No me asomé por allí desde que llegué por primera vez. Este sitio podría convertirse en un hogar para mí; otra vez los pensamientos que me anclaban a este extraño mundo donde día a día me encontraba más cómodo.

Había varios racionales trabajando a esa hora de la mañana, a las 8:35 para ser exactos. Tener un objeto que te diera la hora abrazándote la muñeca era algo que nunca eché en falta en casa. Allí era la espada de Damocles que pendía sobre mí para que llegase temprano a los compromisos diarios.

—Qué pasa, Mundo, ¿otra vez en tu yo interior? —dijo Ursa sacándome de mi introspección.

—La última vez que me sacaste de mis pensamientos te hice una pregunta incómoda. No me trates por mi nombre, aún estamos dentro del centro. He estado callado cinco minutos, cinco minutos de reloj, no sabes lo que echaba de menos poder medir el tiempo.

—¿Eso era en lo que estabas pensando? No te preocupes tanto, no hay nadie lo suficientemente cerca como para escucharnos. Aún tenemos que ver a un par de amigos antes de marcharnos de aquí.

—Tengo muchas cosas rondándome la cabeza; si te esperas otros cinco minutos, igual te contesto a todo lo que me preguntes. ¿A quién tenemos que ver?

—Si te esperas cinco minutos, lo sabrás.

—Me la has devuelto... Qué tía más malota, ¿tendré que medir mis palabras contigo a partir de ahora?

—Pues no sé cómo te lo vas a montar, en cuanto salgamos por el

arco del centro te voy a achicharrar a preguntas. Nos prometimos ser sinceros, ¿recuerdas?

—Llevo toda la semana esperando este momento, no se me ha olvidado.

El pórtico se veía casi desde el principio del camino que discurría entre sembrados. Ahora que nos acercábamos, podía distinguir dos figuras con unos paquetes en las manos.

—Creo que ya sé quiénes son.

—¿No tienes la sensación de que se te olvidaba algo? —Estaba muy feliz al tenerme sobre ascuas.

—Mi pareja interespecies preferida. Sois tan monos. Tú, osita de peluche, procura no partirlo esta noche, me gusta mucho ver ese culo yendo de aquí para allá. —Fang era muy Fang.

—¿Qué es eso de «mi pareja interespecies preferida»? —Jacob jugando al pasivo-agresivo.

—¿No es adorable cuando quiere? Mi segunda pareja preferida, gatito.

—¿Te estoy escuchando ronronear, Jacob? Eso sí que es mono. —No sabía si iba a saltar al carro y volver a clavarme las uñas, o si iba a disculparse.

—Os hemos traído vuestra ropa de racionales libres. Los custodios se están haciendo los locos aposta, cuando volváis del concierto tendréis que ir otra vez de cacería. Y sí, ahora mismo soy muy feliz. —Se volvió a mirar a Fang mientras hablaba de su estado anímico.

—Me alegro mucho por vosotros dos. Como le hagas daño a Fang te quito las rayas a porrazos, gato. Ya ha pasado bastante, todo el mundo tiene derecho a ser feliz —dijo Ursa citando un mantra budista.

—No te preocupes, antes me quitaría yo mismo las rayas. Te he preparado algo especial, Kiyu, espero que te guste. Cargo los paquetes detrás y os largáis. —Marchó a la parte trasera de la carreta mientras Fang lo seguía con la mirada, parecía tener las plumas más brillantes que nunca.

Retomamos nuestro camino y por fin atravesamos el pórtico dejando atrás el «Centro de recuperación de fauna autóctona Yuta». Estaba nervioso y emocionado por ver todo lo que este mundo tenía que mostrarme. Quería ver a más racionales, conocer «gente». Inconscientemente, le estaba dando con el rabo a Ursa; ella parecía estar encantada por verme en ese estado. Los caminos estaban muy bien cuidados, el campo parecía estar sacado de un cuadro, el tiempo era como siempre soleado pero fresco.

—¿Empezamos a preguntarnos cosas o te vas a limitar a darme la paliza con el rabo durante las cuatro horas que tenemos de camino? —preguntó Ursa con una sonrisa.

—¿Quién tiene más ganas de hablar, tú o yo?

—A ver, Mundo, esto es un intercambio cultural en toda regla. Si fuese una cánida, estaríamos haciendo esgrima con los rabos. —Estaba usando mi nombre real, esperaba que no se le escapase cuando estuviéramos acompañados.

—Podemos jugarnos quién pregunta primero a pares a nones.

—¿Qué es eso? —preguntó poniendo la cara de lado.

—Mira tú por dónde, voy a exportar un juego infantil de mi mundo al tuyo. Pones la mano detrás de tu espalda, pides pares o nones, que son impares, y sacas la mano con los dedos que tú quieras. El que tenga un numero par o impar sumando los dedos de las manos de ambos gana.

—Suena a azar puro —dijo Ursa mientras corregía a las bestias.

—Jugaríamos a cara o cruz, pero aquí no tenéis moneda.

—Podríamos decidirlo a la pajita más corta, pero lo de los pares o nones me parece divertido y justo, aquí tu rabo no te va a delatar. Me pido pares.

—Pues nones. Uno, dos, tres. —Ella sacó tres dedos, tenía las uñas pintadas—. Vaya, qué bonitas tienes las uñas. —Yo saqué otros tres dedos—. La osa guapa y bien acicalada gana. Pregunta, te responderé con total sinceridad.

—Bueno, igual te lamentas de tu suerte. Aquí va la primera. Cuando me miras, ¿qué es lo que ves? —Se giró para mirarme a los ojos.

—Vaya, ¿empezamos fuerte? —dije estirando el cuello mirando al cielo—. Es una pregunta muy complicada. Al principio de llegar aquí, cuando desperté y vi a un león con bata haciéndome un reconocimiento médico, me pareció irreal. Ese ser que se parecía a un animal salvaje de mi planeta era fascinante, muy bello a la vez que irreal. Después conocí a Yuta, un reptil, que por cierto no sé de qué raza es.

—No me estás respondiendo. —Ursa parecía tener poca paciencia.

—Me has hecho una pregunta muy compleja, la respuesta no va a ser simple. A lo que iba, después de hablar con Yuta, tú eres la racional con la que he hablado más. Al principio, a simple vista, me pareciste una criatura colosal a la vez que femenina. Después hablé contigo, te sigo conociendo, día a día más. ¿Qué es lo que veo cuando te miro? Veo a un cachorro optimista convirtiéndose en adulto. No sé si eres guapa o fea, no tengo referencias respecto a tu especie, eres el primer oso que veo aquí; aun así, me pareces muy mona. Siempre me gustaron los osos de peluche, tu pareces uno de ellos.

—Eres una de las pocas personas que cree que soy femenina. Lo que me has dicho me ha subido la autoestima. Te toca preguntar —dijo arrimándose un poco más, casi imperceptiblemente.

—Vale, por dónde empezar. Tú me has hecho una pregunta difícil, pero yo no soy un tío vengativo. Así que… te pregunté por el rollo

entre especies, Buddy me respondió parcialmente la pregunta. Me interesa la biología, política e historia de Ix. Empezaremos con la biología. ¿Es posible que un toro macho se tire a un ciervo hembra y tengan descendencia? Sería un puntazo ver un ciervotoro, ¿te imaginas la cornamenta?

—No me había planteado un cruce de esa guisa… Gracias a ti, esa será una imagen que no me podré quitar de la cabeza. En primer lugar, eres un pervertido; en segundo lugar, un toro podría mantener relaciones con un ciervo hembra, teniendo cuidado, claro. Las diferencias físicas son salvables hasta cierto punto. Por ejemplo, hay especies de cánidos pequeños que no podrían relacionarse con equinos o contigo, por poner un ejemplo. Eres un chucho grande. Lo de poder procrear ya es otra cosa, los cánidos sí podéis mezclaros, algunos cruces con equinos, ovinos, felinos, etc. Especies de misma familia, el resto no es viable y, por lo tanto, inaceptable.

—¿Significa que un león se podría emparejar con un tigre? En la Tierra existen esos híbridos, me gustaría saber hasta dónde llegaban los paralelismos en Ix.

—Aquí es igual, podrían tener descendencia, pero no tendrían todas las bendiciones del Ministerio. ¿Me toca a mí ahora? —El tema de las relaciones la ponía triste, si tenía que preguntarle por qué estaba en el centro de Yuta, lo tendría que hacer con mucho tacto.

—Antes háblame de esas «bendiciones» del Ministerio.

—Cuando una pareja de la misma especie se une, el Ministerio les asigna tierras, locales para montar un negocio, facilidades para exportar e importar productos, la lista de ventajas es amplia. Las parejas de distintas especies lo tienen más complicado para montar una tienda o explotar unos terrenos de cultivo —dijo ella con una sombra de preocupación.

—Suena a política disuasoria. Me parece terriblemente injusto. Te toca preguntar, osita. —Cada vez la tenía más pegada a mí.

—Estoy tan emocionada… ¿Cómo son las relaciones en tu mundo? Tenéis géneros como aquí, ¿verdad? ¿Solo existís vosotros, los humanos, como especie racional en vuestro planeta?

—¿Te has arrimado más? Hueles muy bien y no me molesta, pero voy a pensar que quieres algo conmigo. Relaciones… No hay pregunta fácil cuando se trata de hacer este intercambio cultural. Tenemos un montón de religiones y cultos a la hora de unir lazos entre machos y hembras. También hay países y Estados que toleran y consideran las relaciones homosexuales del mismo valor que las heterosexuales. Somos los únicos racionales que existen, aunque hay diferentes razas. Yo soy un varón de raza caucásica, están los latinos, orientales, africanos, hindúes, indios… No conozco todas las razas de humanos que hay en la Tierra, estudié biología, pero mis conocimientos no son

los de un experto.

—Eso es muy interesante, sois un montón de monos calvos con alguna que otra diferencia. Como los cánidos, que parecéis todos iguales, pero os diferencian algunos rasgos. Me he arrimado más porque la carreta tiene el asiento con ballestas, cuanto más en el centro del asiento, más cómodos estaremos. Te toca preguntar, Mundo. —Creí ver que se había puesto colorada bajo ese pelaje castaño tan suave.

—¿Me podría sentar en tu falda y coger las riendas? ¿Qué creencias religiosas tenéis? ¿Existen deidades aquí?

—Seguro que te gustaría sentarte en mi falda mientras te rasco detrás de las orejas, eso haría que te pegases a mí en el concierto como un perrito faldero. Pero estás cogiendo peso y eres muy grande para eso, me dejarías las piernas dormidas. —Me dijo eso, pero realmente estaba a gusto pegada a mí, podía sentir su respiración y pulso más suaves—. Antes de la constitución del Ministerio teníamos muchos dioses. Cada raza tenía su credo y dios, que pedía la muerte y extinción de los otros credos y razas. Teníamos el dios oso, el dios cánido, el dios de la Naturaleza, que engloba a todos los herbívoros; toda raza pensante en este planeta creía tener la razón máxima sobre todos los demás. Ahora somos un planeta bastante laico en ese aspecto, llevamos más de quinientos años de paz y prosperidad. Con lo cual, el tema de las deidades es de puerta para adentro. Sin embargo, en la escuela nos dan filosofía del budismo; no se puede considerar una religión, pero te enseña a vivir en paz contigo mismo y con los demás.

—¡Lo sabía! Lo de «todo el mundo tiene derecho a ser feliz» me sonaba a rollo budista, igual que lo del Karma. A vosotros os lo han enseñado como filosofía, de donde yo vengo es una religión practicada en China y la India. Bueno, osa guapa, te toca preguntar.

—¿Cómo es tu planeta? ¿El cielo es azul, tenéis ríos, océanos y mares?

—¡Mira qué bien! Respondiéndote a esta pregunta me contestas tú a otra. El cielo es azul, tenemos nubes blancas, ríos, océanos y mares. Nuestro planeta está un 71% cubierto de agua, ¿os dan el tema de los porcentajes en la escuela? —No sabía bien qué formación académica tenían estos seres.

—Sí, sabemos sumar, restar, los porcentajes y hacer pipí sin salirnos del orinal.

—Vaaaale, no seas tan susceptible, quería saber si me entendías. La superficie terrestre se divide en siete continentes. Si tienes algo de papel y lápiz te podría hacer un dibujo.

—Cuando lleguemos a Shaiyo te enseñaré un mapa de los continentes de este planeta, aquí solo tenemos dos y los casquetes

polares. Te toca preguntar.

—De acuerdo. Es una pregunta personal, si quieres respóndemela o pasa de responderme. Quiero saber por qué estás de verdad en el centro con Yuta. Me dijiste que fue por atizarle a un tío que se puso pesado contigo. Por lo poco que te conozco, no eres una persona violenta, habría que presionarte mucho para que emplees la fuerza.

—¿Por qué quieres saber eso? ¿No te vale con que esté aquí contigo, aquí y ahora?

—Solo quiero conocerte mejor, no es por chismorreo ni por querer saciar mi curiosidad. Si quieres te pregunto otra cosa, te he dicho que pases de responder si no te encuentras cómoda.

—Te dije la verdad. Un oso pardo, muy guapo, un poco más pequeño que yo, con una complexión y un pelaje preciosos, muy buenos genes. Eso era lo único bueno que tenía. Fue elección de mis padres, matrimonio concertado, línea de sangre, perpetuar la especie… Ya hemos hablado del tema de las parejas en esta sociedad.

—Sí, me parece tremendamente injusto ese tema.

—Se llamaba Knut. Yo no estaba por la labor de elegir del catálogo de pretendientes, así que eligieron por mí. Tengo tres hermanos, tres varones, ellos lo tienen mucho más fácil que yo. Ellos pueden elegir o no emparejarse, pero yo soy una hembra, tengo que perpetuar la especie. Resulta que teníamos que comprobar si éramos «compatibles», nuestros padres lo dispusieron todo.

—No me jodas, ¿os metieron en una habitación de un picadero y os dieron preservativos y unas velas con aroma?

—Pues fue tal cual, violento e incómodo a más no poder. Knut estaba encantado, era todo un machote. También era maleducado, borde, insensible e iba de sobrado. No me convenció la situación, pero él ya tenía las ideas y las intenciones claras. Quiso forzarme y lo tiré por la ventana.

—Pues sí que iba de sobrado… Sabes lo que te digo, me alegro de que lo hubieras tirado por una ventana, de lo contrario no te hubiese conocido.

—¡Deja de hacer eso! —exclamó Ursa con tristeza.

—¿El qué? Digo las cosas como las siento, si no fuese por ti, estaría volviéndome loco aquí. Me lo paso bien contigo, eres una tía divertida, además… —Me arrimé más a ella y le acaricié la nuca—. Eres muuuuy suave.

—Eso no quita que tirase a un oso de cerca de doscientos kilos por la ventana de un segundo piso. Tuve un momento de furia y casi mato a alguien. Menos mal que cayó de costado, solo se jodió unas costillas y el brazo derecho.

—Tendría que haber caído de cara, seguro que eso le hubiese quitado lo de sobrado. —Seguía acariciándola, tenía el pelaje muy

suave y parecía confortarla.

—Eso que estás haciendo me gusta mucho, ¿seguirás haciéndolo por dos horas más?

—Igual se me cansa la mano. Sigues teniendo un nudo en la espalda, ¿no te duele?

—Apenas, pero dejaré que me sobes la espalda, no te voy a quitar el capricho. Bueno, me toca a mí ahora. Después de contarte que soy una linda y virginal flor, esto me lo tienes que responder de todas, todas.

—¿Te he dicho que me encanta tu faceta positiva y optimista?

—Creo que abiertamente no, pero eso ya lo sabía. ¿Qué ha pasado con tu vida como para querer cambiarla y enfundarte en esa piel?

—Buah, eres optimista y un poco retorcida. No sé si tu corazón sensible podrá aguantar mi atormentada infancia. Bueno, te voy a hacer un resumen. Ya sabes lo de mi trabajo por dinero, ¿verdad? —le pregunté mientras seguía acariciándola.

Ella seguía mirando la carretera y corrigiendo a las bestias.

—Sí, ese que te dejaba poco tiempo libre.

—Pues tuve que trabajar porque mi padre murió siendo yo muy joven, bebía y le pegaba a mi madre, sus vicios terminaron con su vida. Con dieciséis años tuve que pasar a la edad adulta, mantener a mi madre y, mientras trabajaba, me sacaba los estudios. Creo que deseaba con todas mis fuerzas una aventura, volver a ser joven, enamorarme y hacer tonterías. Si hago todo eso, puede que vuelva a mi cuerpo en la Tierra.

—Vaya, cuando me dijiste lo de la infancia chunga te has quedado corto. ¿Por qué querrías volver entonces? ¿No te gusta este sitio?

—Me encanta este sitio, Yuta me ofrece una profesión que he querido ejercer toda mi vida y, bueno…, he conocido a alguien especial —dije mientras le pellizcaba una de esas orejas menudas y redondas.

—Oh, qué tierno. Soy guapa, achuchable y especial. Haces que se me derrita el corazón. ¿Por qué marcharte entontes? —Estaba siendo sarcástica, pero sus hormonas no mentían.

—Siento que hay algo que tengo que hacer aquí. Algo muy doloroso, puede que remueva los cimientos de esta sociedad. —Me estaba mirando con cara rara—. ¿Está mal decirles a las hembras que sabes cuándo se ponen tiernas?

—¿Esa es tu siguiente pregunta? —preguntó ella mirándome con cara rara.

—Sí, ¿es algo que pueden hacer todos los racionales o es exclusivo de los lobos?

—Hay racionales con el olfato especialmente fino, y hay hembras que saben controlar muy bien sus impulsos. Por lo visto, yo no entro en el último grupo. Y no, está muy mal decirle a una hembra: «oye,

guapa, sé que tienes las bragas como el fondo de una sopera», no está bonito hacer eso.

—Lo siento mucho… Tú también me gustas, si te sirve de consuelo —dije mirándome los pies.

—¿Eres idiota? ¡Eso ya lo sé! Ese rabo gris y blanco tan bonito se te pone muy tieso cada vez que te acercas tanto a mí. No necesito un super olfato para saberlo.

—Te toca, pregunta —dije para intentar cambiar de tercio.

—¿Desviando el tema? —No había colado.

—¿Se ha notado mucho? —pregunté con el rabo entre las piernas.

—Nah, apenas. A ver, pregunto: ¿te acostarías conmigo?

—Directa y sin tapujos. Si no me tiras por una ventana, sí.

En ese momento, nuestras miradas se cruzaron y ella se aproximó a mí para besarme. Fue raro besar a alguien con ese pedazo de boca, aunque fue muy placentero. El tacto de sus labios, la textura de su lengua, abriéndose paso entre todos esos dientes grandes y afilados, me hizo tener la sensación de besar por primera vez.

—Doy por hecho que no me tirarás por una ventana.

—Como me lo hagas mal, te tiro igual —me dijo con una medio sonrisa en la cara, estaba resplandeciente bajo el sol del mediodía.

—Eres todo un encanto. ¿Ahora somos novios?

—Amigos con derecho a roce —me dijo sacándome la lengua.

—Auch, eso duele, creí que teníamos algo más profundo.

—Ya veremos, solo hace una semana que te conozco, mono calvo.

—Creo que Kiyu también está nuevo a estrenar. Yo, por el contrario, tengo algo de experiencia. Aunque hace bastante que no me enrollo con nadie —le dije apretujándome contra ella.

—Anda, ¿eres casi célibe en tu Tierra?

—Sí, pero tengo más experiencia que tú, niña. Me toca preguntar, pervertida. En mi mundo un oso suele vivir unos treinta y cinco años. ¿Qué promedio de vida tienen aquí los racionales?

—Te he dado un besito, ¿estás pensando cuánto tiempo vamos a vivir juntos? Eres un encanto. La longevidad depende de la especie y del modo de vida, los reptiles tienen vidas muy largas, el resto de los mamíferos y aves, depende de la raza. Los osos solemos llegar cerca de ochenta años, casi todas las razas, a excepción de los reptiles, suelen vivir alrededor de esa cifra.

—Duráis menos que nosotros. Te toca preguntar.

—Estoy un poco harta de pregunta y respuesta, llevamos casi dos horas con esto. ¿Qué tal si solo hablamos y ya está?

—Todo esto no es justo para ninguno de los dos.

—Explícate un poco, anda, me cuesta ponerlo todo bajo contexto —dijo ella poniendo la cara de lado.

—Déjame las riendas, así podrás pasarme la mano por encima del

hombro, me gusta sentir tu piel junto a la mía.

—Ves, eso es a lo que me refiero. No quieres estar aquí, pero disfrutas estando aquí. —Me pasó las riendas y de mala gana me achuchó junto a ella.

—Me siento tan protegido en este momento... —dije encogiéndome de hombros, haciéndome un hueco bajo su brazo—. Lo digo por el rollo entre especies, y por el hecho de que tengo que remover algo en este sitio para ponerlo todo en orden.

—Eso me deja más liada que antes. Mientras averiguas qué misión mística tienes que llevar a cabo, podrías divertirte. ¿Podríamos disfrutar del concierto, de la música y el uno del otro?

—Tienes razón. Estoy aquí porque quería escapar de mi rutina y vivir una segunda juventud. —Tiré de las riendas apartando la carreta a un lado del camino y parándola por completo.

—¿Qué pasa, se nos ha caído mercancía?

—La rueda trasera derecha, creo que se le ha ido un radio.

—¡Qué dices, Mundo! No hay un puñetero bache en el camino.

—¿Quieres dejar de hablar, bajar y dejar que te bese en condiciones?

—¿No ha sido de su agrado mi espontanea muestra de cariño, señor experimentado? —dijo con la boca apretada, en tono burlón.

—Me ha sorprendido, pero me ha gustado mucho. ¿Bajas de la carreta o tengo que tirarte de ella para saltar encima de ti? —dije sacando pecho y con voz grave.

—Eso suena salvaje y sexy.

Me quitó el brazo de encima y saltó de la carreta fuera del camino. Yo hice lo mismo, aterricé delante de ella y me quedé mirándola como un idiota; ya no la miraba como si fuese un animal, ya no veía una bestia, solo veía a Ursa.

—Ven aquí, osa achuchable.

La abracé y comencé a besarla; aunque tenía que levantar un poco la cabeza, que fuera más alta que yo no me importaba. En ese preciso momento no existía nada más, solo nosotros. Se disiparon mis preocupaciones, mis dudas y todos mis prejuicios. Bajo ese peto vaquero y esa camisa a cuadros podía distinguir un cuerpo grande, fuerte y con curvas de hembra.

—¿Me estás tocando el culo? —preguntó Ursa muy cerca de mi oído.

—Estamos los dos solos en medio de la nada, si no soy yo tendrías que preocuparte. Tienes unas curvas muy peligrosas —respondí recorriendo con mis manos su cintura, buscando su trasero.

Volvió a abrazarme, pero esta vez fue ella la que me cogía el culo, con las dos manos.

—Quise hacer esto desde que te vi enfundado en esos pantalones de

cuero —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Lo sé, pude olerte en ese momento. Eres una pervertida.

—¡Quién fue a hablar! ¿Tienes una zanahoria en ese peto para los caballos?

—A ver, osa guapa, ni es una zanahoria ni es para los caballos.

En la parte de atrás del carro se empezó a escuchar un llanto canino.

—¿Te has emocionado? No te creía tan sensible —preguntó Ursa mientras me apretaba las nalgas.

—Calla, no soy yo. Creo que tenemos un polizón en el carro.

—¿Tenemos a alguien en el carro y no lo has olido? ¿Hueles cuando me pongo cachonda y no has olido eso?

—¡Perdona, chata, pero tenía una osa rodeándome con el brazo y un carro lleno de vegetales, tengo buen olfato, pero no soy adivino!

Ursa se separó de mí y se dirigió a la parte trasera del carro.

—¡Tú, el que está ahí detrás, o sales o te saco yo misma del carro!

El polizón seguía llorando, era un quejido de cánido.

—Ya salgo, no os paséis conmigo, ¿vale? —Palabras pausadas y silabas arrastradas.

—¿Buddy? ¿¡Que puñetas haces en el carro!? —Tenía que tranquilizar a Ursa, creí que iba a sacarlo y dejarlo en el arcén plantado.

—No te pases con él, Ursa, lo está pasando regular —dije poniéndome entre los dos.

—Me preocupa lo que ha podido escuchar.

—No te preocupes por eso, guapetona, ya sabía que ese no era Kiyu. La próxima vez que quedéis para charlar sobre estas cosas, comprobad de que no haya nadie para escucharos.

—¡Hijo de perra! ¿Te estabas haciendo el loco todo este tiempo? —Mi admiración por este personaje iba en aumento.

—Pues claro, Mundo. Ya te dije que cuando adoptas un perfil bajo, la gente no te suele tomar en serio y te enteras de muchas cosas.

—Vale, está bien. ¿Por qué te has metido en la carreta de polizón? —Ursa había recuperado el todo de voz normal.

—¿Recuerdas a esa oveja con la que me pasaba todo el día? —preguntó Buddy.

—Sí, claro. Anya, un encanto, la pobre no tendría que haber pisado el centro —respondió Ursa con los brazos en jarras.

—Le dieron el alta y está en Shaiyo a la espera de que su familia la recoja. Es la última oportunidad que tengo de decirle que la quiero. Hemos estado teniendo relaciones y compartiendo muy buenas vibraciones, pero no quiero despedirme de ella sin decirle lo que siento —dijo Buddy a la par que volvía a llorar.

—Suena a que vamos a ser tres de camino de ida y vuelta.

—Ya…. ¿Te suena eso de «dos son compañía y tres son multitud»?

—No os preocupéis por mí. Puedo ir en la parte de atrás de la carreta y ni os enterareis de que estoy ahí. Os he escuchado diciéndoos cosas bonitas y me he puesto muy tonto, estoy muy sensible. —Había agachado la cabeza, no paraba de llorar.

—Anda, ve y dale un abrazo —le dije a Ursa en voz baja.

—Vale, pero me debes una muy gorda. Es un baboso de cuidado, como me toque el culo lo ato a la carreta y lo arrastro el camino que falta a Shaiyo —anunció Ursa entre gruñidos.

—Si te toca el culo, el que lo va a atar soy yo. Ve, anda.

Recorrió los escasos dos metros que nos separaban y lo abrazó de mala gana.

—Joooo, Ursa, llevo casi dos años esperando este momento, eres tan grande, tan suave, tan achuchable… —Su mano derecha estaba bajando peligrosamente de su cintura hacia donde la espalda perdía su nombre.

—Venga, hermano, anímate. —Me uní a ellos en el abrazo y le aparté la mano de donde iba encaminada. —No eres una molestia, tenemos dos habitaciones en Shaiyo, creo que nos sobra una.

—Sí, sobra la de la cama pequeña —objetó Ursa—. No quiero pasar la noche destapada y con los pies fuera de la cama.

—Después de lo que he oído, creo que ninguno de los dos vais a pasar frío. Oléis tanto a amor que me estáis mareando.

—Buddy, no está bien decirle a una hembra que… Tío, no hagas eso, eso no mola. —Sentía mi piel ruborizarse bajo toda la manta de pelo.

—¿A que jode cuando te lo dicen a ti? Ahora sabes cómo me siento, medio lobo. —Se separó de Buddy y dejamos de abrazarnos.

—Tendríamos que ponernos en marcha. El concierto, los vegetales, el amor… Todas esas cosas a las que vamos a Shaiyo no van a estar para siempre allí.

—Es verdad, pareja, mirad qué hora es. —Se miró la muñeca, tenía un reloj analógico, pero deportivo, con una carcasa grande y protegida.

—¿De dónde has sacado ese reloj? —preguntó Ursa con los ojos muy abiertos—. Parece del tipo que consigue alguien que tiene una gran habilidad.

—Esto me parece muy interesante, pero vámonos, los vegetales…

—¿Siempre tienes que ser tan responsable? —Ursa puso los brazos en jarras.

—Es verdad, hermano, eres un viejo en el cuerpo de un chaval. Vive el momento, disfruta del ahora.

—Y eso hago, podríamos disfrutar del ahora mientras vamos a Shaiyo. —Me subí a la carreta y cogí las riendas—. O subís vuestros

peludos culos u os quedáis ahí.

—Qué te parece, perro lanudo —dijo Ursa señalándome con un dedo—. Para la carreta para darse el lote conmigo y ahora le entra la prisa.

—Humanos… Me pongo en la parte de atrás, quiero echarme un rato. Me escucharéis roncar, hermanos, así que si queréis intimidad, esperad a escuchar el recital. Paz y… Bueno, lo último ya lo tenéis. —Ladeó la cabeza, creo que nos guiñó un ojo.

—No sé bien si es un genio o un loco, pero me cae realmente bien —dije siguiéndolo con la mirada.

—Es un baboso y un pesado, pero es difícil que no caiga bien. Míralo... —Casi se cayó al subirse a la carreta.

—¿Cómo se llaman estas bestias?

—Tic el de la izquierda y Toc el de la derecha. Pero son caballos de tiro, son más tontos que una piedra, no quieras mantener una conversación con ellos.

—Puede, pero tú para mí hace una semana eras solo una osa parda. ¡Tic, Toc, vamos! —Al tratarlos por sus nombres movieron para atrás las orejas y salieron sin arrearlos con las riendas.

—Joder contigo y con el toque con los bichos. Yo casi tengo que darles con el látigo para que anden. Respóndeme una cosa, la última. Antes para ti era poco más que un animal de tu Tierra, ¿qué soy para ti ahora?

—Una amiga con derecho a roce.

—¡Eres un rencoroso, me la has devuelto! —Me dio un puñetazo en el hombro que por poco me saca de la carreta.

—Ese brazo es el de la pala, ten cuidado. Esta noche serás más delicada, ¿verdad?

—¡Sigo despierto, tened piedad conmigo! —dijo Buddy entre sollozos.

—Ya podría haber sido Buddy un carnero y Anya, una perra pequeña, maldito oído canino.

—Me da la impresión de que al final nos lo vamos a pasar bien. —Volvió a ponerme el brazo por encima del hombro y me achuchó con fuerza mientras reía.

El resto del camino hablamos poco más, ella se echó un rato medio encima de mí. Antes de dormirse me dijo que siguiera los carteles. Nos cruzamos con poca gente de camino al pueblo. Estaba agotada, creo que en las dos primeras horas de viaje nos dijimos todo lo que nos queríamos decir. Seguía teniendo dudas sobre cómo funcionaban algunas cosas en este sitio, pero no quería atosigar a mi osa. «Mi osa»… Llevaba un par de semanas aquí y ya me las había arreglado para complicarme la vida, además tenía esa sensación detrás de los ojos que me decía: «haz algo en este planeta». Debía remover las

conciencias de millones de seres para que lo que fuese que estaba planeado para mí surtiese efecto. Ahora lo sabía, no estaba aquí por casualidad, no era mi sed de aventuras ni mis ansias de escapar las que me habían puesto en este lugar, en este tiempo y rodeado de la gente con la que coincidí por azar. En Shaiyo iba a hablar con Michael de los Michael Clan. Tenía la total certeza de que era una piel cambiada, él me daría algunas respuestas.

Shaiyo

Llevaba casi dos horas de camino en la carreta y el único ser consciente en el vehículo, además de las bestias, era yo. Ursa estaba prácticamente tirada encima de mí y a Buddy se le escuchaba roncar en la parte trasera. De nuevo, era el único adulto responsable en camino. Tuve la tentación de pegar un par de bandazos con el carro y gritar como si tuviésemos un accidente, pero caí en la cuenta de que Ursa estaba rodeándome con un brazo y tirada encima de mí. No era buena idea, se podría asustar y crujirme por la mitad.

—Ursa, osita. Casi hemos llegado, eo.

Ella se desperezó abriendo mucho la boca, tenía un buen juego de caninos y molares afilados.

—Cinco minutos más, por fa. Es la mejor siesta que me he pegado en mi vida. He tenido unos sueños preciosos. Había un campo plantado de cereales mecidos por el viento y tras la colina coronada por un árbol…

—Había un poblado de lobos en unas tiendas de campaña parecidas a conos —le interrumpí—, había niños jugando, caballos y ancianos preparando pieles y aperos.

—¡Sí, exacto! He visto a los lobos en su poblado, vivían en paz. ¿Pero por qué he tenido un sueño tuyo?

—No era un sueño mío, era un recuerdo de Kiyu. Qué cosa más rara. Parece que ahora compartimos una especie de vínculo.

—¿Y eso qué significa?

—Que somos algo más que amigos con derecho a roce.

—¡Eh, vamos! ¿No sabes cuándo estoy de coña? No somos solo un rollete, pero tampoco somos almas gemelas, ¿no?

—Ni idea, poco a poco. No sé por qué has podido ver ese tipo de cosas. De momento, podríamos vivir el ahora. Tengo más ganas de concierto que de misticismo.

—Esa es la idea, lobo poseído. ¿Queda poco para llegar al pueblo?

—Te he despertado porque empiezo a oler a un montón de racionales cerca. Nos han pasado un par de coches y una moto, ¡una moto! He tenido que hacer un acopio de control para no saltar del carro y perseguir esa cosa.

—Mis ejercicios de control han servido, ¿eh? —dijo Ursa con una voz melosa.

—Sí, eres toda una encantadora de perros. ¿Has estado antes aquí, en Shaiyo?

—Sí y no. He estado para hacer recados para Yuta, pero no he pasado más de una noche en el pueblo. Relájate, es un pueblo pequeño. Preguntaremos a los lugareños por la posada que nos ha reservado Yuta y el sitio del concierto. De momento tenemos que descargar una carreta llena de vegetales y un perro que ronca como un aserradero.

—Cuando lo veo así durmiendo me da envidia, es la felicidad echa perro. A ver si encuentra a la cordera y por lo menos consigue declararse.

—Eres un romántico, ¿me recitarás poesía?

—Depende de ti, ¿te gusta la poesía, o piensas que eso es de moñas?

—Me encantan los detalles, soy muy femenina según tú.

—Eres un pedazo de hembra. Que no se te olvide.

—Bueno, siguiendo por este camino a unos siete kilómetros estaremos en el pueblo. —Me quitó el brazo de encima del hombro y se retiró un poco.

—¿Qué haces? Ahora voy a pasar frio. ¿Te avergüenzas de estar enrollada con un lobo?

—Debemos guardar las apariencias frente a los clientes de Yuta por lo menos.

—A ver si me entero. ¿Los custodios van por ahí repartiendo anticonceptivos y ahora tiene que parecer que nunca hemos tocado pelo?

—Lo que pasa en el centro se queda en el centro. El Ministerio no aceptaría el control tan laxo de Yuta.

—O sea, que voy a tener que estar mirando ese culo de osa y no poder palparlo, eso me va a matar. Deberíamos ir a quemar el Ministerio —dije muy serio entre gruñidos.

—¿Quieres ir a destruir una institución que nos ha mantenido en paz durante siglos solo para poder meterme mano? Me haces sentir deseada. Cuando nos cambiemos de ropa llamaremos menos la atención y podremos estar más tranquilos.

—Si llevas maquillaje podrías quitarme el antifaz que tengo en la cara, así pareceré menos un lobo y más un perro.

—El antifaz es lo que menos tendría que preocuparte, Fang te ha vestido de una forma muy provocativa. Veremos si no tenemos problemas con los cánidos machos del pueblo y alrededores.

—Te he comentado que no me gustan los machos, ¿verdad?

—El problema vendrá cuando las cánidas dejen de prestarle atención a los machos del lugar para mirarte a ti.

—¿Tan llamativo es este cuerpo?

—Eres grande, musculado y tienes un pelaje muy bonito. Podrías ser

modelo de ropa para perros —puntualizó Ursa dándome un repaso.

—Vaya, esto nunca me había pasado en la Tierra —respondí encogiéndome de hombros.

—Pues claro que no, si eres como el dibujo que te hice, es un milagro que no seas virgen.

—¿Dónde está eso de mirar detrás de la piel? Serás tiquismiquis… —Volvimos a reír, me lo pasaba realmente bien con ella.

Llegamos a la entrada el pueblo y antes de llegar a la plaza teníamos a los clientes de Yuta esperándonos. Una familia de cánidos, unos siete, se parecían mucho a Laila, golden retrievers o labradores, no lo tenía muy claro, entre ellos había dos hembras muy guapas. Todos ellos iban vestidos con ropa de trabajo azul. Uno de ellos, el que parecía de más edad, se acercó a nosotros.

—Buenas tardes, me llamo Lars. ¿Vosotros sois los chicos de Yuta? A ver… —Sacó un portafolios y pasó un par de páginas—. Ursa y Kiyu, si no están mal los informes.

—Pues tiene que haber una errata, también viene Bobby, se ha portado muy bien y quería echar una mano. ¿¡Verdad, Bobby!? —Tendríamos que haberlo despertado antes, pero con el tonteo se nos pasó totalmente.

—¿Qué, cómo? Aaaaaah, sí, he sido un buen chico. ¿Dónde queréis que os ponga todo este verde? —Se acababa de despertar y hablaba como si estuviera borracho.

—¿Buddy trabajando duro? —Ursa se acercó para hablarme al oído —. Esto sí que no me lo pierdo.

—Entre los tres tendremos toda la mercancía despachada enseguida. —Ursa me miro como diciéndome «aguafiestas».

—No es necesario —objetó Lars—, tengo a mis niños conmigo. Si es verdad que os habéis portado tan bien, deberíais ir a refrescaros y prepararos para el concierto.

—Familia numerosa, ¿solo tienes seis? —Quería saber cómo eran las familias aquí.

—Son una bendición, me ayudan con la granja y me hacen sentir joven. Mi mujer está otra vez embarazada, así que pronto seremos uno más. Cuando seas mayor y encuentres pareja, no tardes en tener hijos, son lo mejor. —Sonaba a filosofía amish.

—Lo tomaré en cuenta. ¿Os encargáis también del carro y de las bestias? Han trabajado duro, se merecen sombra, agua y comida —dije acercándome a los caballos de tiro y acariciándolos.

—¿Te preocupas por los caballos antes que por tus compañeros? —preguntó el cánido viejo.

—Tic y Toc han venido todo el camino despiertos y tirando del carro, estos dos han pasado medio viaje durmiendo, aquel roncaba muchísimo.

—Eh, qué pasa, tío, ese no era un dato que se tenía que saber. —Buddy ya estaba echándole el ojo a una de las niñas de Lars.

—Bueno —intervino Ursa—, a pesar de haber dormido tanto estoy sucia, me gustaría quitarme el polvo del camino. Vosotros dos oléis a perro mojado y estáis secos. Vamos al hostal a tomar una ducha, quiero dar una vuelta por el pueblo.

—Marchaos en paz, yo me encargo de todo. Si queréis comer como reyes, id al Lomo Plateado, decidle a Mongo que vais de mi parte, estará tras la barra.

—¿Habéis escuchado, chuchos? —dijo Ursa—. La posada se llama El Último Rincón, según Yuta está al final de la calle principal.

—¿A qué estamos esperando? Mueve el culo, osa lenta. —Estaba muy contento, el rabo se me iba a desencajar.

Descargamos nuestro equipaje de mano del carro y el par de paquetes que nos preparó Fang. El pueblo era un hervidero de vida. La calle principal estaba flanqueada por edificios de dos plantas de blancas paredes y techos de tejas anaranjadas, parecían casas de los pueblos del sur de España. La calle adoquinada se encontraba plagada de puestos en los cuales se exponían desde frutas, verduras, carnes y pescados a marroquinería y objetos decorativos. El bullicio de racionales era apabullante, pude ver varias razas de felinos, cánidos, aves y equinos. En el centro de Yuta no había ningún equino, quizás eran más listos y no se metían en problemas o igual corrían lo suficiente como para no ser atrapados. Otra cosa de la que no quise darme cuenta es que llamaba mucho la atención; aparte de Ursa, yo era el racional más alto del lugar. Para colmo, parecía más un lobo que un perro, mis orejas picudas sobresalían por encima de todo el mundo. Aunque creo que nadie de este lugar hubiera visto un lobo en persona, seguro que tenían fotos u ilustraciones que mostrasen lo temibles y aterradores que eran. Solo por la propaganda que les daban a los míos el Ministerio merecía arder hasta los cimientos. «Los míos», estaba en medio de una relación mal vista con una osa y considerando a los lobos como mis hermanos, otra semana más aquí y seguro que me casaba para adoptar oseznos.

—¿Qué te pasa, perro grande? Estás otra vez muy callado. —Ursa siempre estaba pendiente de mí, acotando los silencios.

—Ahora entiendo a Kiyu. Llamo mucho la atención, y creo que sé a qué huele el miedo. No es justo para él, no es justo para ninguno de los suyos.

—Lo sé, yo también quise tener a Kiyu lejos de mí, era un lobo. Pero después de tratarlo, mis prejuicios se fueron al mismo sitio que la carreta llena de estiércol; intentaba ir de tío duro, pero debajo de esa fachada lo calé enseguida. —Se acercó a mí y me dio la mano—. No te agobies, vamos a intentar divertirnos.

—Seguimos vestidos de reclusos, no deberíamos pasear así. —Lejos de soltarme la mano, entrelazó sus dedos con los míos.

—Bah, que le den a los prejuicios y a las normas. Hoy hemos venido a divertirnos.

—Hablando de diversión, ¿a qué hora es el concierto? —pregunté.

—Empieza sobre las ocho de la tarde, tenemos tiempo de darnos una ducha, ponernos guapos e ir con tiempo de sobra. Me prometiste un disco firmado.

—Sí, tengo un plan para entrar en los camerinos del tal Michael.

—¿Tienes un plan para entrar en el camerino de una estrella del rock? Eso sí que es divertido —dijo Ursa ladeando la cabeza.

—Nos vamos a echar unas risas cuando te cuente por qué nos dejaron entrar. Vamos a la pensión, tienes razón, huelo a perro mojado.

—¿Quieres que te frote la espalda? —preguntó Ursa poniéndome una mano en la cintura.

—Eres la segunda hembra en este sitio que me hace esa proposición.

—¡Oye, eres un pervertido! Tienes que contármelo, serás perro.

—Cuando te diga la situación también te vas a reír. Mi llegada a este sitio ha sido una prueba detrás de otra. Pero todas estas pruebas han tenido una gran recompensa.

—¿Soy para ti un premio? —Me soltó la cintura y puso los brazos en jarras otra vez, no tuve otra opción más que abrazarla.

—Uno muy especial, he tenido que aterrizar en otro mundo y desprenderme de mi piel para conseguirte. —Le hablé casi en un susurro, noté como se le aceleraba el corazón y su olor cambió.

—¡Vamos a la pensión ya! —dijo mordiéndome una oreja.

—Joooo, tíos, cortaos un poco. Soy un cánido con el corazón roto. —Casi me olvidé de que Buddy estaba allí.

—¡También eres un polizón en este viaje, así que te aguantas! —Le dijo eso a Buddy casi rugiendo, daba miedo enfadada.

—¿No te da un poco de pena? Ha corrido muchos riesgos por amor.

—¿Qué riesgos? —dijo Ursa al borde de la ira—. Seguro que le habrá dado algo al custodio de guardia a cambio de no informar en un par de días.

—Enfadarte es un riesgo, yo no lo haría y eso que te gusto. Él no te gusta tanto.

—Más te vale que encuentres a Anya, le digas que la quieres y trates de convencer a sus padres de que te vas a convertir en el mejor farmacéutico de este mundo.

—No te preocupes, encanto, estaba en mi lista desde que salí del centro —respondió Buddy agachando la cabeza.

—¿Farmacéutico? —pregunté—. Sabía que eras un tío listo.

—No lo suficiente, estoy cumpliendo condena por algo que no hice.

—Eso es algo que me tendrás que contar con todo lujo de detalles.

Seguimos nuestro camino sorteando a duras penas la calle principal, que estaba atestada de racionales; pude ver a familias con sus niños paseando y adquiriendo productos en los puestos. Digo adquiriendo porque no se veía ningún tipo de transacción monetaria. En lo que me fijé es que nadie cogía gran cantidad de nada, solo lo necesario. Llegamos al final de la calle principal, allí colgado por dos cadenas en la fachada de un edificio de tres plantas había un cartel que ponía «El último Rincón» con unas letras antiguas. El edificio se diferenciaba al resto de los del pueblo por ser de ladrillo visto y vigas de madera en la fachada, era muy bonito y estaba bien cuidado.

—Tiene buena pinta, parece acogedor —dije mirando el edificio.

—Con que tenga agua corriente y una buena cama me conformo —respondió Ursa—. Puedo vivir sin grandes lujos, pero me gusta estar aseada.

—Yo me quedaré con la habitación que me deis, pareja. —Buddy parecía un poco más animado.

—De momento haremos como que ustedes dos, par de perros, vais a dormir juntos —puntualizó Ursa apúntanos con un dedo.

Entramos por la puerta, una campanita en un resorte de latón avisó de nuestra entrada. Dentro, la decoración era como la de una cabaña del lejano oeste. La planta baja, aparte de la recepción, que se encontraba al fondo de la estancia, tenía un par de sofás con mesitas bajas y una chimenea grande a la izquierda, coronada por la cornamenta de un ciervo. Tras la recepción se encontraba un felino con las orejas puntiagudas y el pelaje canoso, estaba un poco encorvado y parecía bastante mayor. Iba perfectamente ataviado con una camisa blanca, un chaleco y unos pantalones oscuros de pinza a juego.

—Bienvenidos a El Último Rincón, ¿en qué puedo servirles? —Tenía una voz lenta y pesada, hablaba como un abuelo.

—Teníamos dos habitaciones reservadas a nombre de Yuta —respondió Ursa.

—Cierto, les esperaba más temprano. Segunda planta, habitaciones 212 y 214, son contiguas y con posibilidad de comunicarse. Estamos llenos a cuenta del dichoso concierto, ya se podrían haber ido a Shiyako o Shukumura. En fin, estoy muy mayor para estos ajetreos, pero soy el último de los Rincón.

—¿Por eso el nombre del establecimiento? Es muy ingenioso —dije intentando halagar al felino.

—¿Te hace gracia, perro grande? ¿Qué eres, un lobo? —Apretó la cara y se encorvó aún más, como si quisiera escrudiñar cada uno de los rasgos de Kiyu.

—Sí, soy un lobo. He venido a quemar a vuestras hembras, a violar

su hostal y a robar sus cosechas. Mi padre era un perro grande y mi madre era más grande que él. ¿Quién ha visto un lobo cogiendo una habitación en una pensión? —pregunté haciendo muchos aspavientos.

—Eso me ha parecido divertido —respondió sin cambiar la expresión en lo más mínimo—. Aunque no seas un lobo, llamas mucho la atención, si me das problemas te sacaré a patadas de mi establecimiento para que puedas aullar a la luna. Lo mismo digo para vosotros dos, sé de qué son esos uniformes, los chicos de Yuta no suelen dar problemas, pero no son inocentes.

—No se preocupe, abuelo, yo misma me encargaré de que este par de chuchos no den problemas. —Ursa nos puso a ambos las manos en los hombros.

—Id a vuestras habitaciones, no esperéis que os suba el equipaje. Si queréis algo, avisad a Liz, se llama Elizabeth, pero no le gusta su nombre, cosas de los jóvenes. —Nos puso las llaves de las habitaciones en el mostrador y se sentó a leer el periódico.

—Muchas gracias, es usted un encanto —le dije poniendo cara de perro bueno.

Dobló una página del periódico, me miró con desdén y siguió a lo suyo.

Subimos las escaleras hacia el segundo piso, entramos en las habitaciones y las comunicamos. Las estancias estaban decoradas de la misma forma que la recepción, del techo pendía un ventilador que también hacía las funciones de lampara. Vigas de madera vista, un buen ventanal, un aseo con una placa de ducha y una cama doble. Todo estaba muy limpio y ordenado.

—Bueno, he estado en sitios peores. ¡Osita, qué tal tu cuarto! —Hablaba a través de la pared, no eran muy gruesas.

—Nuestro cuarto. ¿O quieres dormir con el pelanas este? —Mientras hablaba, abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—Nah, ronca mucho y tú tienes el pelaje más suave. Anda, tu cama es más grande.

—Tíos, dejad ya ese rollo. Estáis en celo. —Ahora hablaba más rápido.

—No estarías escuchando nuestros baboseos si no estuvieras aquí, perro sin ojos. —De nuevo estaba con los brazos en jarras.

—Sí tiene ojos, son verdes.

—Noooooo, tíííííío, por qué le dices eso.

—Por cortarnos el rollo —dije muy rápido—. Esto iba a ser un viaje para conocernos y estar tranquilos los dos, ahora tenemos que estar pendientes de ti.

—Yo no lo hubiera dicho mejor, lobito. Voy a ducharme, a vestirme y quiero ir a comer algo, estoy muerta de hambre. ¿Vienes conmigo o te duchas con Buddy? —Se puso tras la puerta que comunicaba los dos

cuartos, invitándome a cruzarla.

—Buddy, esta puerta se va a cerrar detrás de mí, si escuchas ruidos y gritos… es normal. —Le mostré la mejor sonrisa que pude con la cara de Kiyu.

—Me ducho rápido y bajo a la recepción. Prefiero escuchar a ese gato viejo que a una pareja de enamorados haciendo ruido. Sois muy crueles. —Mientras hablaba se estaba desnudando.

Pasé mi equipaje a la habitación contigua, tal como le dije a Buddy, cerré la puerta tras de mí, ya andaba en cueros antes de hacerlo. No sé si era cierto que pasaba de escucharnos o si quería darnos un poco de intimidad. Todo lo que rodeaba a Buddy era un misterio para mí, se esforzaba mucho por dar una imagen que no le correspondía, tenía que hablar más con él.

—Este chaval me cae realmente bien. No sé si va o viene. Me tiene descolocado, suelo calar muy bien a la gente, pero este personaje me desmonta. —Miraba la puerta entre habitaciones rascándome la cabeza.

—Sabe jugar al despiste como un verdadero profesional —dijo Ursa —, es muy listo. Nadie sabe por qué está en el centro y tú eres el único que sabe de qué color son sus ojos. Le tienes que caer bien.

—El único no, ahora tú también lo sabes. ¿Te duchas tú primero? —le pregunté con la boca chica.

—¿Ahora te vas a hacer el tímido? ¿Puedes frotarme la espalda y quitarme ese nudo del que tanto hablas? —Ya se estaba desnudando mientras hablábamos.

—La placa de ducha del otro cuarto era pequeña, igual es incómodo.

Seguía quitándose prenda tras prenda.

—La de esta habitación es de mayor tamaño, pero si no quieres, no te voy a obligar. —En la habitación contigua escuché el agua correr, Buddy estaba corriendo para dejarnos algo de intimidad.

—Buddy, cuando quiere, es rápido. ¿Me frotarás la espalda? —dije poniendo cara de bueno.

Ella se acercó a mí en ropa interior.

—Te frotaré la espalda y lo que me pidas. —Me dijo eso al oído y susurrándome, el rabo que andaba moviéndose de un lado a otro paró y se puso muy tieso.

—Si te digo que no me apetece, igual no me crees. Odio el detector de emociones que tengo sobre el culo. —Le di un par de manotazos, se meneaba un poco, pero volvía a su posición original.

—A mí lo que no me gusta es tu olfato. Eso de que sepas lo dispuesta que estoy no me agrada. —Se quitó lo que le quedaba de ropa y quedó totalmente desnuda enfrente de mí—. ¿Te puedo hacer una pregunta? —La tenía muy cerca, al alcance de mis manos.

—No estás gorda, estás fuerte —dije de forma automática.

—¿Qué dices? No es eso. ¿Te parezco atractiva? —preguntó poniendo sus manos frente a la barriga, como intentando tapar un poco su desnudez.

Sin decirle ni media palabra, me desvestí frente a ella.

—¿Qué es lo que mi cuerpo, este cuerpo, te dice? —Verla desnuda hizo que la sangre me bajara de la cabeza con fuerza.

—Que vas a tener que ser muy gentil conmigo, eso que tienes ahí no es lo que tenía Knut.

—Eres la segunda hembra que me dice eso…. Yo no lo veo tan exagerado —respondí mirando el motivo de su preocupación.

—Vamos a la ducha y me cuentas lo de esa hembra mientras me frotas la espalda, para mí es difícil con los brazos que tengo.

Fuimos a la ducha y mientras le frotaba la espalda y le metía los dedos en el nudo que tenía le expliqué cómo fue mi llegada a este sitio, la manera en la que superé todos los obstáculos y cómo fue la escena con la cervatilla. Ursa tenía un cuerpo grande y fuerte, bajo ese pelaje marrón había una estructura ósea muy parecida a la humana, incluso el detalle de las caderas más anchas en las hembras.

—Hiciste bien en no liarte con esa cervatilla, le hubieras echo bastante daño.

—Para mí entonces era solo un animal que hablaba e iba vestido, pero aparte de eso tenía muchas cosas rondándome la cabeza como para tener un lío con nadie. Esto ha sido realmente duro para mí.

—Hablando de duro, ponte bajo el agua, te voy a lavar bien tras las orejas.

El tiempo que estuve frotándole la espalda intenté no rozarme con ella, no quería forzarla a hacer nada, pero ella se me tiró prácticamente encima.

—Oye, ¿no te estás pegando demasiado? Te vas a volver a llenar de jabón. —La tenía totalmente pegada a mi espalda y me estaba enjabonando el pecho, el abdomen y un poco más abajo del ombligo.

—Siempre arruinando los buenos momentos. —dijo apretándose contra mí.

Me di la vuelta y empecé a besarla bajo el agua tibia. No podía olerla bajo la ducha, ni falta que me hacía, por la forma en la que me abrazaba podía saber lo ansiosa que estaba. Casi sin querer, de pura casualidad, ella y yo nos hicimos uno; en ese preciso momento dejó de besarme y me mordió en el cuello, no lo hizo fuerte, eso me excito más todavía.

—Si te duele, podemos parar, tenemos todo el día y toda la noche para esto —dije intentando separarme de ella.

—No te preocupes —respondió cogiéndome por la cintura, impidiendo que nuestra unión cesara—, me ha dolido solo un poco.

Quiero continuar.

Con el pelaje mojado parecía mucho más esbelta, no sabía si estaba llorando o era el agua que caía por sus mejillas. Seguimos entregándonos el uno al otro hasta que ella gritó como un animal, sentí su interior palpitar y estrecharse. Por primera vez desde que llegué a este sitio, experimenté la sensación de llegar al clímax. Seguimos abrazados bajo el agua un rato grande, ella frotaba su mejilla contra la mía.

Mientras nos apretujábamos, y después de la claridad que da el momento postcoital, me puse a pensar en qué puñetas estaba haciendo. Me sentía culpable por haber tomado la virginidad de esa hembra, en realidad había desvirgado a los dos. Me entregó un momento especial, algo que se da una vez en la vida. ¿A cambio de qué? Yo no pertenecía a este sitio, ni siquiera era uno de ellos. Vine aquí con un propósito, y estaba seguro al 200% de que no era este. Me sentí sucio y miserable en ese momento. Debía hacer algo para salir de esa habitación y aclararme las ideas.

En medio de mis pensamientos, ella se retiró un poco y la placa se tiñó de rojo.

—¡Has gruñido como un oso! —exclamé.

—Ultimas noticias, guapo, soy una osa —respondió ella repitiendo más bajito ese sonido.

—Creo que estamos sangrando. Me ha gustado mucho, ha valido la pena.

—¿Solo «ha valido la pena»? No es la primera vez que tengo un orgasmo, pero nunca lo había tenido con nadie. Ha sido muy especial, Mundo, he disfrutado —dijo mi nombre, como si por pronunciarlo pudiese retenerme en su memoria para siempre.

—¿La niña mala ha jugado sola a esto antes? —pregunté acariciándole la cara.

—¿De dónde tú vienes no os tocáis o qué?

—Me ha gustado muchísimo. Deberíamos secarnos y mirar qué se ha partido por ahí abajo, hay sangre en la placa de ducha.

Le di un beso, nos secamos y empezamos a mirar qué se había roto.

—Mundo, creo que yo estoy igual que antes. Al final no era tan malo como decían mis primas —dijo Ursa explorando su cuerpo.

—¿Aquí los machos sangran con su primera vez? Kiyu me va a matar.

—No me digas que el lobo grande y malote era virgen.

—Parece que lo era, lo has desvirgado tú, osa. Igual estaba guardando su primera vez para una loba, un ritual o yo qué sé. Vaya tío más raro.

—¿Te duele mucho, crees que hace falta llamar a un médico?

—A ver, esto no es nada. El cuerpo de Kiyu sana muy rápido. ¿Has

traído algo para las heridas?

—Traje un pequeño botiquín. Por si acaso —dijo Ursa en un susurro.

—Eres una pervertida, te habías preparado para este momento. —Otra vez agachó la cabeza y me miró con cara de culpable—. No te preocupes, has hecho bien. Dame gasas y antiséptico. Antes de esta noche estaré como nuevo. Desde que llegué aquí no he tenido suficiente intimidad como para mirarme los genitales, las duchas son comunicadas y el resto de los compañeros de barracón o bien me llegan a la altura del paquete o bien me miran demasiado.

—¿Alguna diferencia con lo que tienes en el otro cuerpo?

—No, es lo que me parece raro, debería tener los genitales de un cánido, sin embargo, esto es lo mismo que tengo en mi cuerpo humano. Creo que se me ha desgarrado un poco. —Tenía una pequeña herida en el frenillo, fruto de la reciente relación.

—¿Quieres que te ayude? —Me hablaba con cierta nota de culpabilidad.

—No, te quiero lejos de mí en este momento. No quiero que la sangre me baje otra vez de la cabeza.

—Uh, ¿al lobo grande y fuerte le da miedo una osa desnuda e indefensa? —Se puso a hacer poses y a provocarme.

—Estás desnuda, pero no estás indefensa. ¿Por qué no te vas vistiendo mientras yo arreglo lo que tú has roto?

—¿Yo he roto? No te he visto resistirte mucho.

—No podía, estabais la pared de la ducha y tú. Soy víctima de una violación. —Agaché las orejas y puse cara de bueno.

—Anda, toma esto. —Me tiró un neceser con unas vendas, antiséptico, lo que parecía esparadrapo y unas tijeras. —Repárate eso, igual más tarde me hace falta.

—Ahora me siento como un pene atado al cuerpo de un lobo. Me siento sucio y utilizado.

—Pues hueles bien y ese cuerpo solo tiene un uso. Si quieres, te puedo peinar, parece que nadie te lo ha hecho desde que estás aquí.

—Yo lo he hecho todos los días tras ducharme y después de levantarme. Claro que es la primera vez que tengo pelo en la cara, en el cuello, detrás de las orejas, etc. Igual no lo he hecho muy bien. —Estaba terminando de arreglar el destrozo en mis genitales, el antiséptico escocía un poco.

—Teniendo en cuenta que tú no tenías apenas pelo en tu otro cuerpo, te dedicabas a cortarte mucho el de la cabeza y a depilarte brazos y piernas, te has apañado bien. ¿Por qué esa obsesión por quitarte pelo? —Se puso a rebuscar en su bolsa de viaje y sacó un cepillo.

—Por mi trabajo. El pelo quemado huele muy mal. Aparte de que

las quemaduras se curan mejor si no tienes la piel rasurada.

—¿Te puedo peinar o empezarás a sangrar de nuevo? —Fue a tocarme, pero se quedó a medio metro de mí.

—¿Te lo estás pasando bien? Anda, péiname, tendré que pensar en cosas poco sugerentes. Como me dejes como un caniche esponjoso, busco un charco y me revuelco en él —le advertí.

—Eso me encantaba hacer a mí de niña. Qué tiempos… —Suspiró y empezó con su labor.

Se acercó por mi espalda aún desnuda y empezó a peinarme la nuca mientras estaba terminando mi cura. Era muy agradable, demasiado. Tal y como le dije a Ursa, tuve que pensar en cosas poco eróticas para no tener otro desgarro. Fue metódica en extremo, me peinó la parte de atrás de la cabeza, las orejas, la frente, el hocico. No dejó un centímetro de mi cara por cepillar con mimo, fue casi maternal.

—Mírate en el espejo, a ver si te gusta cómo te he dejado —dijo Ursa sonriendo.

Terminamos nuestras respectivas tareas a la vez y me levanté para mirarme en el cuarto de baño.

—Vaya, dibujas bien y podrías también dedicarte a esto. Solo veo un problema, si quería llamar menos la atención, con este cambio la hemos cagado. —Había dejado a Kiyu como un perro recién salido de la peluquería canina para un concurso.

—Estás muy guapo, para ser un cánido, claro.

—¿Nos vestimos y vamos a comer? Este cuerpo es un incordio, siempre estoy con hambre.

—Tenemos los paquetes de comida que nos preparó Rodri, si quieres nos podemos quedar aquí y salir más tarde. —Sonaba muy tentador, pero la sombra de la culpabilidad seguía cerniéndose sobre mí.

—Quiero salir a ver el pueblo. Además, nos están esperando en El Lomo Plateado. —Volví del cuarto de baño y me puse a buscar mi ropa.

—Hueles a miedo —dijo Ursa con una sonrisa maliciosa.

—Tu sentido del olfato no es tan fino, ¿verdad?

—Ni falta que me hace, tienes el rabo entre las piernas. Te daré un respiro, vamos a comer y dar una vuelta. ¿Te podrás poner esos pantalones tan ajustados?

—No creo que me vaya a molestar más que el antiséptico. —Abrí el paquete con la ropa y lo primero que me llamó la atención fue un cinturón que había sobre todas las prendas—. ¿Y esto? —Era una correa de cuero negro, muy sencilla, pero la hebilla era una obra de arte.

—Eso es la forma que tiene Jacob de pedirte disculpas, es muy felino. —Ursa cogió la correa y la examinó. El broche era la cabeza de

un lobo de perfil con la boca abierta, cuando cerrabas la correa era como si la estuviera mordiendo.

—¿Jacob es también un artesano?

—Sí, trabaja con metales. Tiene unas manos bendecidas.

—Vaya, ahora entiendo por qué está Fang tan contento. —Ursa se rio con el chiste—. Es un trabajo precioso, nadie había hecho nada así por mí nunca. Soy el más inútil del centro, por lo que me estoy dando cuenta.

—Lo tuyo con los animales es un don, algo muy a tener en cuenta. Aparte, también tienes mano para otros tipos de seres. —Se acercó más a mí y me puso los pechos en la espalda.

—¡Joder, quita! ¿Quieres que muera desangrado? —Di un salto que casi llegué a la otra punta de la habitación.

—Me siento sexy y poderosa. —Reía con una sonrisa de oreja a oreja, dejaba ver toda su dentadura.

—Y yo me siento como un chiguagua. Como no te portes bien, esta noche la paso con Buddy. Anda, vístete, guapa.

—Quien no aprecia los placeres de la vida no los merece. —Hizo un mohín con los labios y se dio la vuelta enseñándome su trasero.

—Me hace gracia tu rabo, ¿por qué no lo llevas fuera de la ropa nunca?

—Es muy pequeño y estaría todo el rato saliéndose del hueco que dejase en la prenda para él. No me molesta llevarlo por dentro. Fang opina igual que tú, me ha preparado ropa para que lo deje por fuera.

—Es verdad, es todo un misterio. No sé qué te ha preparado Fang para esta noche. Se me ha olvidado meter un pijama en la bolsa de viaje.

—Voy a la habitación de al lado a vestirme, quiero mantener el suspense hasta el último segundo. Por el pijama no te preocupes, no vas a pasar frío esta noche.

—Es verdad. —Me acerqué al armario que había junto a la cama y se lo mostré a Ursa—. Tenemos mantas.

—Manta de palos la que te voy a dar, mono calvo. Avísame cuando estés vestido. —Cogió el paquete que preparó Fang para ella y cerró la puerta de la habitación contigua tras de sí.

Según Ursa salió de la habitación empecé a echarla de menos, como cuando dejas al perro solo en casa y lo escuchas llorar tras la puerta; no sé si eran instintos ligados a este cuerpo o era realmente que me estaba enamorando de esa hembra. Era muy raro, desnuda parecía de cuello para abajo una mujer normal, con pelo, pero normal; donde los humanos nos solemos depilar ella tenía apenas pelusa, de cuello para arriba era la cara de un oso, pero con más chispa. Los ojos y la cara de un animal no eran tan expresivos ni tan vivos. Después estaba su carácter, toda esa vitalidad y positividad, me gustaba de verdad. Se

tomaba la vida tal y como le llegaba, no era tan analítica como yo.

—¿¡Te estás mirando la cosita o te has vestido ya!?—Al escuchar su voz empecé a menear el rabo.

—¡Me falta un segundo! —dije dando un salto.

—¡Eres peor que las hembras!

Al fondo de la caja del modelito tenía unos zapatos a juego con los pantalones, no recordaba que Fang me tomase medida de pie. Eran unos mocasines con la punta larga, como unas botas de vaquero, pero cortas y negras. Me terminé de vestir y llamé a la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Ursa la abrió y me mostró el modelito. Llevaba una blusa clara muy holgada, con un hombro al aire con la palabra BEAR en mayúsculas, pero tejida con diferentes telas, tenía un generoso escote y unas mangas que disimulaban sus fuertes brazos. De cintura para abajo llevaba un pantalón pirata con corte un palmo bajo la rodilla en color crema, en los pies calzaba lo que podían ser unas cuñas de tiras que dejaban ver los dedos de los pies.

—El peto vaquero y las camisas a cuadros no te hacen justicia ninguna. Estás preciosa. Anda, da un par de pasos hacía mí y date la vuelta. —Hizo lo que le pedí y se puso a desfilar frente a mí, estaba disfrutando de ello—. Voy a tener que espantarte a los machos como moscas.

—Y tú qué. Pareces sacado de la portada de un disco de rock. Si no te dedicas a los animales, podrías ser modelo, ya te lo dije antes. Anda, vámonos antes de que te arranque esos pantalones —dijo ella dándome un buen repaso.

—Me parece una idea estupenda. Tengo hambre y quiero ver la cara que pone la gente cuando nos vea de la mano.

—Eres todo un provocador. Ya quieres, como lo dijiste, remover los cimientos de esta sociedad.

—Quiero dar un paseo contigo de la mano sin tener que mirar a nadie más que a ti. Tengo las endorfinas por las nubes, si se me apareciera Kiyu en este momento le diría que se quedase con «todo lo mío», tal como él quería.

—Eso que me dices es muy bonito. Tienes que contarme lo de tus sueños y pesadillas compartidas.

Le abrí la puerta a Ursa, que salió de la habitación a duras penas, pero encantada por el detalle. El pantalón pirata hacía realzar sus curvas. Bajamos los dos pisos y nos dirigimos a la recepción, ya no estaba el viejo lince, que, aunque nos dijo que era el último de los Rincón, no nos dio su nombre; en su lugar había una hembra de lince joven. Tenía el pelo de detrás de la cabeza muy largo y se había hecho unas mechas rosas, tenía un look muy a lo Alaska de los ochenta, muy movida madrileña, camiseta de tirantes, pantalón de cuero negro con

una cadena y unos guantes sin dedos de rejilla.

—Me encanta tu estilo, tú debes de ser Liz. El lince viejo que estaba aquí cuando llegamos nos dijo que tú ibas a estar a esta hora.

—El viejo Antón Rincón, un encanto. Si hubiera nacido con mayor acritud, sería un reptil, pero es de la familia y no tengo otro remedio que quererlo.

—Los amigos los elijes y la familia es la que te toca, ¿eh?

—Me anoto el refrán, no lo conocía. Vosotros sois los chicos de Yuta, vuestro amigo se acaba de ir hace un momento, estuvo aquí charlando conmigo.

—¡No me digas que te ha estado babeando! —Ursa estaba entre indignada y horrorizada—. ¿Te ha molestado?

—No es mi primer turno detrás de este mostrador. No te preocupes, sé manejarme con los clientes «encantadores». Este no estaba mal del todo, me tiene intrigada, no se le ven los ojos.

—Esa es su baza —dijo Ursa resoplando—, es un ligón al que le gusta dar ese halo de misterio. Tal como estás vestida, puede que te veamos en el concierto.

—Sí, aunque el hostal está hasta arriba, todas las tareas están cumplidas, me puedo escapar al concierto.

Puse la llave de la habitación en el mostrador y me despedí de ella.

—Una última cosa, ¿dónde está El Lomo Plateado? —preguntó Ursa.

—Wow, qué nivelazo. Es el mejor garito de este pueblo, aunque a esta hora estará lleno. —Al escuchar el nombre de donde íbamos a almorzar se le dilataron las pupilas y puso las orejas muy tiesas, era muy bonita, al modo de este sitio—. Al salir de aquí, girad a la izquierda, tercera calle a la derecha, no tiene perdida. No os molestéis en pedir carta, Mongo es un tío muy peculiar.

—Muchas gracias, ten cuidado con ese chucho, es un liante —dijo Ursa enfadada.

—¿Qué te pasa con Buddy? —Le volví a abrir la puerta y la dejé pasar fuera de la pensión—. Está en su naturaleza ser así con todo el mundo. —Despedí a Liz con la mano, había apoyado los codos en el mostrador dejando la cara entre las manos mientras sonreía.

—Ha venido aquí detrás de «su amor»; sin embargo, ahí lo tienes, tirándole la caña a todo lo que lleve bragas.

—Bueno, sí, es un poco crápula, pero a la tal Liz le ha hecho gracia.

—Por lo menos ha tenido el detalle de darse prisa para dejarnos intimidad. —Me dio la mano y empezamos a subir la calle principal hacia el restaurante.

—Tienes las manos muy suaves, a pesar de estar todo el día tirando de pala. Hacía mucho que no paseaba de la mano de nadie.

—No me digas que te gusta, estás abanicando el aire con el rabo.

—Algún día aprenderé a controlar esto —dije dándole un manotazo

—. De momento disfruta de tu ventaja sobre mí.

El restaurante no estaba lejos de la pensión, era un local en la planta baja entre dos calles que se ensanchaban lo suficiente como para poder poner cuatro mesas fuera. En este pueblo en realidad nada estaba lejos de nada. La localidad no era muy grande, una calle principal con edificios de dos plantas a cada lado y el hostal de cuatro plantas como colofón. A los Michael Clan no les gustaba los sitios muy grandes para actuar, pero esto era casi una aldea. En El Lomo Plateado preguntaríamos por el sitio del concierto.

—¿Crees que Lars nos habrá reservado mesa? —dije.

—Te iba a preguntar si eres más de local o de terraza, pero mira. —Ursa señaló a una de las mesas de la terraza, donde había una pareja de blancas lanas muy pegados el uno al otro.

—¡La madre que lo parió! Le ha dado tiempo de ducharse, de tirarle los tiestos a la gata del hostal, de encontrar a Anya y de pillar la mesa.

—Me pone mala el no poder enfadarme con él. —En lugar de poner los brazos en jarras, los cruzó sobre el pecho.

—Te enfada no poder enfadarte con él. Adoro a este tío.

Pasé entre las mesas de la terraza dándole con el rabo a todos los que allí estaban sentados.

—¡Buddy, hermano, qué alegría! —De fondo escuché a los comensales en las otras mesas diciendo que ya se habían dado cuenta de lo feliz que estaba.

No entendía bien la alegría que me invadía. Supuse que era algo ligado a la raza, inherente a los cánidos.

—¡Kiyu, ven y dame un abrazo! —Ahora él golpeaba con el rabo a Anya, le estaba dando una paliza.

—Anda, sentaos ya, pareja de chuchos, vais a llenar de pelo la comida de los demás —protestó Ursa—. Anya, me alegro de verte, estás muy guapa.

—¿Guapa yo? Has pasado por Modas Fang, ¿verdad? Aunque tú estás bien hasta con la ropa que nos daba Yuta —dijo Anya.

Había visto al llegar al centro ovejas trabajando en los cultivos, pero era la primera vez que tenía una tan cerca. Nada en ese ser se podía considerar amenazador, su pelaje, su voz, la forma en la que movía los brazos, incluso los ojos eran como si te dijeran que podías estar tranquilo a su lado.

—Ese vestido te queda muy bien, siempre has sido una oveja muy linda. Tú no conocías a Kiyu, ¿verdad? —dijo Ursa.

—En persona no, pero por lo que he podido ver, por fin te has lanzado —respondió Anya.

—Tuvo un accidente, se golpeó en la cabeza y ha vuelto del sanatorio manso como un perrito, eso me ha facilitado el poderlo cazar. —soltó Ursa mientras me acariciaba tras las orejas. Me miró

como si fuera el ciervo que cazamos.

—Más tarde me vas a explicar ese pasado que hemos tenido y del cual no me acuerdo. Hola, soy Kiyu. —Me acerqué a ella para darle dos besos en las mejillas, ella se quedó un poco sorprendida.

—Se ha tenido que dar fuerte, el Kiyu que me describiste no era tan afectuoso.

—Sí, tendrían que haberle golpeado antes. Hubiera tenido diversión entre los árboles con frecuencia —respondió Ursa con una risa picara.

—No me digas que... Siéntate junto a mí y deja a estos que hablen de sus cosas. —Esa oveja tan tierna y dulce cogió a la osa de dos metros de la muñeca y la sentó a su lado de un tirón.

—Joder, ¿a ti también te trata con tanto cariño, Buddy? —pregunté viendo a la osa dar con su culo en una silla.

—Donde la ves es un lobo con piel de cordero. La quiero más que a mi vida, tío. —Agachó la cabeza, creí escucharlo llorar.

—Eh, venga, estamos de celebración, vamos a comer, a beber y a… Bueno, a pasarlo bien. Como sigas en ese plan, pido un cuchillo y te corto el flequillo. Hablando de comer, ¿habéis pedido algo?

—¿Qué clase de modales te crees que tengo, tío? —respondió Buddy indignado —Os estábamos esperando, os habéis tomado vuestro tiempo.

—Sí, he tenido que reparar algo que se me ha roto.

—¿Has desvirgado al lobo? —Buddy se me acerco al oído.

—Increíble que un tío con este cuerpo estuviera de kilómetro cero.

Él se rio y me abrazó más fuerte que antes.

—Dejad de cuchichear, sentaos y vamos a beber algo para celebrar que estamos todos juntos —dijo Anya a la vez que señalaba a las sillas vacías.

Según nos sentamos se acercó a la mesa el responsable del nombre del restaurante, un gorila. Una de dos, aquí o les gustaba la ironía o se exprimían poco el seso a la hora de poner nombre a los establecimientos, me pareció divertido.

—Buenas tardes, parejitas, me llamo Mongo y es para mí un placer atenderles esta tarde. Aquí no tenemos carta, pero siempre acertamos a la hora de poner un vaso en los labios y un plato en la mesa. —Tenía un acento extraño, con una voz grave un poco afeminada, no casaba con ese pedazo de espécimen enfundado en un uniforme de cocina.

—¿Y cómo acierta siempre? —Me moría la curiosidad, pero tal como hice la pregunta me arrepentí.

—De la misma forma que sé que eres un perro grande al que le gusta el venado, que a la osa le pirra el pescado, al pelanas, la carne magra y la linda ovejita, los brotes y la rúcula. —Nos miramos los unos a los otros, había acertado todas, todas.

—Te iba a pedir de beber algo —dije—, pero seguro que no es

necesario.

—Eres listo, aparte de guapo —respondió Mongo—. Vamos a pensar que sois mayores de edad por un día, así que os pondré algo con chispa. Mi camarero vendrá en un momento con la bebida, la comida saldrá enseguida. —Nos echó una última mirada y se retiró dentro del local.

—Le has gustado al dueño del garito y nos va a poner algo con alcohol, aparte de guapo eres útil —dijo la osa feliz.

—Según tú, hace una semana me faltaba chicha. ¿Soy un imán para todos los gais de este planeta?

—¿Eso le decías, que le faltaba chicha? Siempre te gustó su físico. —Anya parecía contrariada.

—Vino del hospital muy desfavorecido. No le des más detalles, no sabe nada de su vida de antes de una semana.

—No, no, no. Me encantan los detalles, adoro los detalles, vivo para y por los detalles, además, vamos a tomar algo con chispa por mi cara bonita, así que ya me estás hablando, Anya.

—Me cae bien tu medio lobo, Ursa. —Se giró hacia mí y con una sonrisa muy dulce empezó a hablarme—. Bien, ella siempre estuvo un poco colada por ti. Le gustaba verte montar a caballo y el aura melancólica que tenías, las expediciones de caza… ¿No te ha contado nada de eso?

—No, pero la verdad, sabía que le gustaba desde que cogí la pala y la ayudé a llenar ese carro de estiércol —dije sonriéndole.

—¿Sí, verdad? Me dio la impresión de que me tenías miedo, pero me tiraste una botella con isotónica y te pusiste a trabajar. Eso me gustó y me desconcertó por partes iguales —dijo Ursa dedicándome una cándida sonrisa.

—Me hace muy feliz veros juntos, vernos juntos. Esta noche va a ser una gran noche. —Buddy volvió a abrazarme y a llorar.

—¿Siempre es tan sentimental? —dije acariciándole la cabeza.

—Así es mi lanudo, ¿no es un encanto?

—¿Lanudo? —Lo retiré de encima de mí y lo miré a donde tendría los ojos si los viese.

—Sí, los dos damos lana —respondió Buddy intentando recomponerse.

—Bueno, aparte de dar lana, poco más tenéis en común. ¿Tu familia cómo se lo tomará, Anya? —Ursa parecía preocupada por el futuro de la pareja.

—Mi familia es bastante liberal en ese aspecto, no creo que pongan muchas pegas a nuestra unión. Ya somos muchos en la familia, mis padres tienen tres docena de nietos. Tener a un perro ovejero nos vendrá bien, nos sentiremos protegidos.

—Mis padres y hermanos estarán encantados —dijo Anya

abrazándose al brazo de Ursa—. Nos gustaría que estuvieseis en la boda, sé de una osa a la que le encantaría recoger el ramo.

—¿Qué? ¡No! Aún es pronto para eso, acabamos de empezar, nos estamos conociendo aún.

—¿Cómo, me rechazas? Mi familia estaría de acuerdo. Me partes el corazón —dije con una mano en el pecho.

—Claro, para ti es fácil. Lo que me preocupa es la mía y sus tradiciones tan fuertemente arraigadas —respondió Ursa mirando al suelo.

—Vamos, pareja, hemos venido a… ¿Qué dijiste antes, Kiyu? «Comer, beber y a lo que surja». Pues eso haremos.

El camarero, otro gorila de menor tamaño, vino con una botella que parecía de champán con un líquido rojizo y burbujeante dentro. Nos puso una copa delante a cada uno y abrió la botella. Ese chaval olía casi igual que Mongo.

—¿Un brindis? —Quería saber algo más de las costumbres de este sitio, siempre analizando.

—Claro que sí, tío. —Alzó la copa y empezó a hablar—. Por lo que empieza y nunca acaba, por los corazones que se enlazan en un solo cuerpo, por el sentimiento más puro y la promesa más sincera. Un brindis por el amor.

—Mierda, Buddy, me vas a hacer llorar. —Por poco se me cayó la bebida, conseguí brindar y aguantar las lágrimas a duras penas.

—¿Mi perro grande se ha emocionado? —Ursa estaba muy contenta al ver mis sentimientos.

—No, es que se me ha metido algo, en los dos ojos. Pelanas de los huevos —dije intentando no derrumbarme.

Trajeron la comida, tuvimos una sobremesa y tertulia muy amena. Ursa y Anya estuvieron un rato muy grande cuchicheando y mirándome fugazmente, creo que estaba contándole algunos detalles de nuestro encuentro en el hotel. Buddy me estuvo hablando de los planes que tenía con Anya y de lo feliz que estaba. Quería hablar con Yuta para saber qué es lo que tenía que hacer para rebajar su condena. Por lo que me estuvo contando, ambos estaban cumpliendo condena por delitos que no cometieron. En el caso de Anya fue una chiquillada, se colaron en una propiedad que decían que estaba «encantada» y ella se dejó atrapar para cubrir a su hermana menor. El caso de Buddy, fue por unos narcóticos que había preparado para otra persona, dichas drogas eran para paliar el dolor, el Ministerio dictaminó tráfico de estupefacientes y fue a parar con Yuta. Buddy creía en el destino, tenía una fe ciega en que todo lo que pasaba en la vida estaba ya decidido de antemano, que conocer y desposarse con Anya estaba escrito.

—El destino es algo que me atormenta, pelanas —le dije vaciando la

copa de vino.

—¿Por qué? Todos nuestros actos nos llevan a un fin, el destino es el que está escrito y tú eres el lector principal.

—Eso es lo que me atormenta, ¿nada de lo que haga va a cambiar el desenlace de mis actos?

—Según le has dicho a Ursa, estas aquí por algún motivo que se te escapa —dijo Buddy muy serio.

—Eso era una conversación privada, pero sí. —Me acerqué más a él para hablar en un tono más bajo—. Tengo la sensación de que estoy aquí para hacer algo en este sitio. Hasta que no cumpla mi cometido no podré volver, puede que me quede aquí cambiando pieles para siempre hasta que no cumpla mi parte.

—Eso sería una faena —respondió Buddy con la mirada perdida—, verías envejecer y morir a todos los que te rodean, al final solo quedaríais tu misión y tú. Si es así, ojalá puedas completar tu parte en esta vida. Yo creo en la reencarnación, sé que en otra vida estaba con Anya, pero ella no era ella, quizás yo era ella y ella era yo. ¿Sabes lo que quiero decirte?

—¿Almas gemelas? —pregunté mientras le servía más vino.

—Sí, eso mismo —afirmó levantando su copa—. En algún momento coincidiremos siendo de la misma especie y puede que tengamos hijos. De momento, sé que seremos felices juntos. Adoptaremos o buscaremos un donante de esperma, lo que haga falta para que ella y yo seamos plenos.

—Criarás a esos niños como si fueran tuyos y lo harás de maravilla —dije chocando mi copa contra la suya—. El que te tiene envidia ahora soy yo.

—Gracias, tío. No sé si lo haré bien o mal, pero lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Vosotros dos, ¿qué estáis cuchicheando? —Parecía que Ursa ya había dado todos los detalles de su desfloramiento con Anya.

—De nada importante. Estamos discutiendo sobre quién de vosotras se quedará antes preñada.

Ursa que estaba bebiendo por poco echa vino por la nariz, a Anya le dio por reír.

—¿Pedimos el postre antes de que empecéis a hablar de colegios para los críos? ¿No podéis ser normales y hablar de guarrerías? ¡Sois machos! —protestó Ursa con una voz aguda que iba a más.

—Así que de eso hablabas con Anya, ¿verdad, osita? Eres tan tierna —dije metiendo una mano bajo la mesa para acariciarle una pierna.

—¡Lolo, el postre! —exclamó ella dando un respingo.

El gorila vino con los postres para todos, a cada uno una cosa diferente que nadie había seleccionado antes. Parecía un misterio, pero Mongo volvió a acertar con los gustos de todos y cada uno. No sé

qué edad tendría ese mono grande, pero sabía hacer muy bien su trabajo.

Nos despedimos de Buddy y Anya, dijeron que querían echarse un rato después de comer, creo que tendrían una digestión movida. Nosotros, por nuestra parte, preguntamos dónde se reunía el grupo antes del concierto y fuimos directos a tocar en la puerta de la caravana del tal Michael; bueno, tocar no fue exactamente lo que pudimos hacer. En la puerta de la caravana había un oso pardo de mayor tamaño que Ursa.

—Tu plan no será que engatuse a ese bicharraco, ¿verdad? —Íbamos de la mano y paró en seco al ver al segurata.

—¿A qué viene esa cara de asco, no te parece guapo? —Quería ver si era capaz de hacerlo.

—Tiene edad como para ser mi padre y está bastante cascado. ¿Quieres que lo seduzca de verdad? —preguntó mientras mirada con nerviosismo a ese racional.

—¿Podrías hacerlo? ¿Lo harías por mí? —dije poniendo cara de bueno, la mejor que podía poner con la fisonomía de Kiyu.

—¿No hay otra forma? —Parecía dispuesta a hacer lo que fuera por mí.

—Mira y aprende, preciosa. —exclamé con decisión dirigiéndome hacia ese pedazo de espécimen.

Nos acercamos a la caravana más grande de las que había en la parte trasera del escenario, donde ponía en letras doradas «Michael». El oso, al vernos tan cerca, dio un par de pasos en nuestra dirección plantandose frente a nosotros con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pases de prensa, identificación o pases VIP, por favor. —Serio y profesional.

—Dígale al señor Michael que Ramoncín y Ana Belén quieren verle, somos de la SGAE, venimos por un problema en el registro de la propiedad intelectual.

—¿Tienen algún tipo de acreditación? —preguntó sin cambiar la postura.

—Podemos hablar esto aquí y ahora o podemos discutirlo en los juzgados. Vaya a decirle quiénes somos y a qué hemos venido al señor Michael, nuestro tiempo es oro. —Tuve que hacer un esfuerzo muy grande por no reírme.

Ese oso enorme y corpulento enfundado en unos vaqueros y camiseta negra con «EQUIPO» estampado en pecho y espalda echó una mirada de arriba abajo a ambos y se volvió refunfuñando para tocar a la puerta de Michael. Pude oírle decir los nombres que le di y el motivo de nuestra urgencia por verlo, escuché reír al tal Michael dentro de la caravana y el seguridad nos hizo un gesto para que nos acercáramos.

—Me tienes que decir quiénes son Ramoncín y Ana Belén, esos que nos han facilitado la entrada para conocer a una de las mayores estrellas de este continente —me dijo Ursa al oído.

—Cuando te lo cuente, te vas a reír por dos días.

Ella sonrió y empezamos a andar camino a esa caravana plateada con pinta de haber recorrido muchos kilómetros.

Tras el escenario

Decir que sabía a ciencia cierta que íbamos a conocer en persona a la mayor estrella del rock de este mundo podría sonar muy presuntuoso. Por la música que había escuchado de ese grupo, y sabiendo que no soy el primero en llegar aquí desde otra realidad, tenía claro que iba a picar con el rollo de los derechos de autor. En un sitio donde el concepto de divisa suena a ciencia ficción, esa cuestión debía ser algo más de honor que de otra cosa.

Flanqueamos al enorme oso que custodiaba el camerino sobre ruedas de la estrella y pasamos dentro. Esperaba algo más ostentoso teniendo en cuenta de que hablábamos de una estrella del rock, el interior no tenía ni adornos lujosos ni nada que se considerase de un gran valor. En las paredes colgaban algunas estanterías con premios y posters de giras con una banda que ponía «AFORO COMPLETO». Supuse que, en un sitio donde no puedes vender entradas, llenar todas las localidades correspondería a tener un taquillazo. Había varios instrumentos repartidos por lo que podría decirse la sala de estar de la caravana, estaba rodeada por sofás sobre los que había unos grandes ventanales, al final del salón había unas puertas dobles en las que seguro estaría el dormitorio de Michael. En uno de estos sofás estaba nuestra estrella, destacaba lo mismo que el resto de la estancia. Era una especie de ave de cara estrecha, ojos grandes y plumas oscuras. Iba vestido con un kimono rojo apagado sin ningún adorno, se levantó al vernos atravesar la puerta; al hacerlo se le veían asomar por su parte trasera unas plumas largas y finas junto a otras rayadas.

—Así que Ramoncín y Ana Belén. Han venido a mi puerta muchos como vosotros, pero esto es bastante original. —Hablaba entre risas con una voz clara y fuerte.

—¿Me podrías aclarar eso de «como vosotros»? —No sabía si quería decir fans o humanos disfrazados.

—Pues como yo, en fin, si sabéis quienes son esos dos y la SGAE seguro que sois igual de autóctonos que yo —dijo Michael encogiéndose de hombros.

—¡Sí, joder, sí! Qué te dije, osa, él es como yo —exclamé dando saltos de alegría.

—¿Ella no es una piel cambiada? Uh, colega, eso puede ser un problema. La peña de por aquí no es muy discreta —dijo

retrocediendo unos pasos y mirando a todas direcciones.

—Ella me ha ayudado muchísimo aquí. Creo que somos almas gemelas, nos teníamos que encontrar. —La miré a los ojos, ella parecía estar atónita ante esa aclaración—. Tengo muchas preguntas y muy poco tiempo. Solo llevo aquí un par de semanas y hay muchísimas cosas que quería hablar contigo desde que te escuché cantar.

—Vale, no hay problema —respondió suspirando de alivio—. Ojalá yo hubiera tenido a alguien como ella cuando me desperté con un cuerpo que no era mío. Bien, primero presentaciones.

—Es verdad, dónde están mis modales. Esta osa tan guapa de aquí se llama Ursa, ella siempre ha sido una osa. —Michael se acercó a ella y le dio dos besos—. Yo me llamo Raimundo, Mundo para los amigos, y estoy enfundado en el cuerpo de Kiyu, un medio lobo con una vida muy tormentosa.

—Vale, dame las manos, esto puede parecer raro, pero no te preocupes por mí. Estaré ausente un momento, no me las sueltes.

—¿Algún rollo extraño de pieles cambiadas? —pregunté poniendo la cara de lado.

—Podré ver parte de tus últimos recuerdos solo con el tacto —dijo Michael—, eso nos ahorrará parte de ese preciado tiempo tuyo. Yo estaré unos segundos como ido. Después de eso nos sentaremos y hablaremos de todo lo que queráis, soy un tío muy llano.

—Vale, allá vamos. —Según le di las manos, la caravana de Michael desapareció cambiando a un blanco infinito donde solo estábamos la estrella del rock y yo.

—Buah, esto es raro. —Esa persona que venía del mismo sitio que yo y estaba en el cuerpo de algún tipo de ave que no conocía estaba mirando en todas direcciones.

—A ver, raro en plan «esto no me ha pasado nunca» o raro en plan «esto parece el mundo de *Pocoyo*».

—¡Me cago en la madre que te parió! Raro, chaval, esto es raro de cojones, es la primera vez que me pasa esto en mis dos vidas aquí. —dijo mirando a todas direcciones.

—¿Dos vidas? Bueno, lo primero, por mi corta experiencia cuando tienes un nexo con otra persona el tiempo corre de forma diferente. Puede que estemos hablando dos horas o dos días, pero fuera serán unos segundos o unos minutos.

—¿Pero tú quién eres? Llevo aquí veinte años y he cambiado de piel dos veces, esto es la primera vez que me pasa, no me puedes dar clases de esto, colega —dijo entre histérico y furioso.

—Vale, vale, vamos a calmarnos. Piensa en un sitio en el que puedas estar tranquilo. —Él cerro los ojos y la blanca inmensidad que nos rodeaba cambio por una playa al atardecer con la marea baja.

—Buah, qué de tiempo hacía que no veía este sitio. Esto sigue

siendo muy raro, pero por lo menos aquí puedo estar más relajado, la visión tipo Matrix de antes no me gustaba un pelo. Vamos a sentarnos en la arena, quiero ver la puesta del sol mientras hablamos —dijo Michael caminando hacia la orilla.

—¿Dónde estamos? Me suena muchísimo el sitio. —Al fondo podía ver un par de pilares monstruosos en construcción.

—Estamos en la playa de Levante. Venía aquí cuando quería escapar de todo lo que me preocupaba en mi vida, venía para componer. Era bajista en un grupo local del Puerto de Santa María en Cádiz.

—No me fastidies, yo soy de Cádiz. Esos son los pilares del Puente de la Pepa, ¿verdad? Aunque falta un detalle. —Imaginé en mi mente el puente terminado y como por arte de magia apareció tal como lo recordaba.

—Esto es cada vez más raro, el puente se acabó después de venir aquí, ¿qué posibilidad había de que coincidiéramos en este plano, en este lugar? —preguntó Michael sin apartar la vista de la gigantesca estructura.

—Posibilidades ninguna —respondí—. Ignoro dónde estamos, no sé prácticamente nada de este sitio. Ursa, la osa que viene conmigo y que creo que es mi alma gemela aquí, me ha explicado muchas cosas, pero creo que desconoce otras tantas.

—¿Te has enrollado con esa muchacha y solo llevas un par de semanas en Ix? Lo de aprovechar el tiempo lo llevas a rajatabla.

—«Esa muchacha» es todo dulzura, me ha dado una lección de humildad tremenda, me hizo mirar más allá de la piel.

—No te estoy juzgando —dijo poniendo ambas manos con las palmas abiertas—, no me malinterpretes. Esta gente no son animales, simplemente no son humanos.

—Está bien. ¿Qué sabes del Ministerio?

Al nombrar esa institución volvió la cabeza de derecha a izquierda dando un giro casi de trescientos sesenta grados, como si hubiera alguien observando.

—Perdona, la costumbre. ¿Sabes cómo funciona un régimen totalitarista? —preguntó Miguel.

—¿Tipo Cuba o Corea del Norte?

—Pues este planeta entero es Corea del Norte —respondió haciendo un amplio arco con las manos—. El Ministerio lo controla todo, absolutamente todo. Al llegar aquí te levantarías en un hospital, desorientado y probablemente aislado. Te harían una serie de preguntas, si no perdiste los nervios y pasaste todos los filtros, te dejaron en la vida del cuerpo que te tocó ocupar, ¿cierto?

—Sí, exacto —afirmé.

—Pues en mi primer cuerpo nada de eso fue así. Me levanté encarnado en un reptil, al verme las manos por poco me da un ataque

al corazón, cuando vi al médico que me atendía me desmayé de la impresión, y eso que era un felino pequeño. Ver a ese ser que se parecía tanto a un lince hablar, andar a dos patas y llevar ropa me dejó tieso.

—¿Qué pasó después? —pregunté.

—Pues que di con mi culo reptiliano en un Sanatorio Mental del Ministerio del Cambio. Aquí lo de las pieles cambiadas es un secreto a voces que disfrazan de leyenda, de cuentos para que los niños se porten bien. Pero, según tengo entendido, esto lleva pasando muchísimo tiempo.

—A la conclusión de que yo no soy el primero en venir a la isla del Dr. Moreau llegué por mi cuenta. ¿Qué te hicieron en el loquero? —volví a preguntar.

—¿Loquero? Aquello no era una institución mental, era un sitio donde mandan y evalúan a los humanos que llegamos aquí con un cuerpo nuevo. Se les dice a los médicos que tratan con nosotros, en primera instancia, que estamos locos y que nos llevan a una instalación especializada.

—O sea, que el Ministerio se cubre muy bien las espaldas, ni los mismos médicos saben qué es lo que somos nosotros. ¿Cómo lograste salir de allí? —Los interrogantes volvían a hacer cola frente a quien me podría dar respuestas.

—Salí de allí porque no era una amenaza para el sistema, soy músico. Yo solo quería seguir tocando. ¿Qué harías tú si tuvieras un repertorio musical buenísimo y la capacidad para interpretarlo? Sí, he plagiado a los M Clan, no estoy muy orgulloso de ello. Pero antes plagié a Jim Morrison y me convertí en el rey lagarto, hasta que acabaron con esa piel; por cierto, ni yo vestía tan como Jim Morrison cuando hacía de él, enhorabuena.

—Vale, tío, mucho por procesar —dije haciendo con las manos la señal de T—. ¿Te llevan a un centro donde evalúan a humanos enfundados en otros cuerpos? ¿Qué clase de amenaza puede ser una sola persona para un planeta entero?

—¿Una sola persona? Si te digo que cada año son cientos o miles los que llegan aquí… ¿Cuánta gente en la Tierra has conocido que eran perfectamente normales y de repente cambian totalmente su actitud hacia la vida?

—Mi padre. Según me contó mamá, él solía ser una buena persona, un día tuvo un accidente y cuando se levantó en el hospital ya no era el mismo.

—Pues ahí tienes un dato muy cercano, imagínate cientos o miles haciendo pesquisas e intentando hacer que este sitio sea más justo. Eso al Ministerio no le parece bien. Lo del sanatorio no fue una estancia agradable; me hacían las mismas preguntas una y otra vez, me

privaron de sueño y padecí malnutrición. Fue muy duro, ellos querían asegurarse de que no iba a liarla, que no sacaría los pies del tiesto.

—Joder, esto a Jacob no le va a gustar —dije negando con la cabeza.

—No me digas que es otro lugareño que sabe que tú no eres tú —respondió Miguel mirando de nuevo a todas partes.

—Es un tigre de bengala, muy felino. Dice que tiene eso del sexto sentido, que mi aura no casa con mi cuerpo, movidas gatunas. El caso es que mi compañera, el tal Jacob y yo estamos cumpliendo condena en un reformatorio. Jacob está allí con Yuta por agredir a agentes del Ministerio que se llevaban a su madre, probablemente la llevaron donde a ti.

—Pues que saliera o no de ese centro es cuestión de cada individuo. En mi caso y después de tenerme un mes y medio de los de aquí machacándome, me reubicaron en otro continente, me dieron otro nombre y papeles nuevos. Aquí te evalúan para tener una función, la mía era ser músico. Me juntaron con otros compañeros del gremio y empezamos a sacar material. Perdona, ¿me has dicho que estás con Yuta?

—Creo que Jacob estará contento con esa información, o puede que no. El caso es que le prometí averiguar qué había pasado con su madre, más no puedo hacer. Estamos en el Centro de Recuperación de Fauna Autóctona Yuta, ¿te suena el nombre?

—Lo oí de soslayo el tiempo que estuvieron taladrándome el cerebro en ese sitio, al Ministerio le pone nervioso el tal Yuta. Me llevaban de un lado a otro custodiado y con una capucha, no supe si era de noche o de día, pero cuando los guardias creían que yo dormía podía escuchar cosas. Eso y el pavor que le tienen a los lobos, tú pareces uno de ellos.

—Kiyu, el dueño de este cuerpo, es medio lobo. Su madre era una cánida a la cual un lobo «violó», pero todo ello era una mentira orquestada por el Ministerio. Yo he estado en contacto con los lobos, ni son unos salvajes ni van quemando y violando por ahí. Creo que se me ha dado una oportunidad de hacer algo aquí, igual que a ti.

—¿Cómo, qué? ¡Se te va la pinza o qué, tío, yo no soy un héroe, soy un cantante! —exclamó hundiendo las manos en la arena.

—Un cantante que tiene que cambiar letras que plagia para que sean más blanditas, para que no hagan crecer el espíritu de rebelión en las masas. ¿Alguna vez te has preguntado por qué no moriste? ¿Por qué despertaste en otro cuerpo?

—No, no, tío. Esto no puede estar pasando, ¡otra vez esa sensación no! —Se había levantado y empezó a andar hacia la orilla, el sol estaba cayendo y el atardecer era precioso, podía sentir hasta el viento de levante.

—La presión tras tus ojos, la voz que no suena en tu cabeza, pero que te dice que hay algo que tienes que hacer —dije caminando junto a él.

—Que el destino me ha puesto aquí para hacer algo, que tengo que hacer algo en esta sociedad, los lobos… Ellos merecen ser libres, el Ministerio tiene que dar muchas explicaciones. Lo sentí en mi primera vida aquí, era casi un susurro, una insinuación. —Estaba mirando la puesta de sol y llorando a mares—. Cuando me mataron y volví en este cuerpo, el susurro se convirtió en visiones y malos sueños. Lo que quiera que me ha puesto aquí quiere que haga algo, estoy harto de medicinas para dormir y terapias, tengo que hacer algo, pero no sé cómo. Lo peor es que llevo años sabiéndolo, sé que, si vuelvo a morir aquí, volveré con otro cuerpo en el mismo sitio. Me marché de la Tierra en 1999, llevo veinte años aquí, veinte años en los que ese susurro se ha vuelto un grito. El destino es un hijo de la gran puta.

—Yo tengo de mi lado a los lobos, la semana que viene voy a verlos. Tú de tu lado tienes a millones de racionales que te escuchan. Conocerás a gente que trabaja en las emisoras locales y nacionales, ¿no? Si consiguieras que un lobo cantase contigo algo inapropiado en directo —dije intentando planear algo.

—Suena como un plan, es un poco pueril, pero podría ser efectivo —respondió secándose la cara y esbozando una sonrisa.

—Mundo, ¿qué te pasa, Mundo? ¿Puedes oírme? —Era la voz de Ursa, sonaba muy lejana.

—Creo que llevamos demasiado tiempo aquí. Ursa se está preocupando. Antes de irnos, ¿le podrías dedicar un tema a ella? —pregunté poniendo cara de perro bueno.

—Dalo por hecho. ¿*Quédate a dormir*?

—Justo la que estaba pensando. La puesta de sol es preciosa.

Le pase el brazo a Michael por el hombro, era un poco más pequeño que yo. Según el sol se puso, volvimos a la caravana.

—Mundo, ¿estás bien? Era como si estuvierais dormidos, pero de pie y cogidos de las manos —dijo Ursa.

—Estamos bien, preciosa. Ojalá yo tuviera una hembra que se preocupase tanto por mí —respondió Miguel.

—¿Qué tiempo nos hemos llevado en este estado? —pregunté a Ursa que parecía bastante preocupada, traía un par de vasos de agua en las manos.

—Tomad, bebed, os habéis llevado cerca de media hora. Se os movían muy rápido los parpados y de vez en cuando teníais convulsiones, visto desde afuera daba mucho miedo. —Las manos de la osa temblaban al darnos los recipientes.

—Vamos a sentarnos y hablar un poco, aún queda para mi actuación y tenemos una revolución que liderar —expuso Miguel.

—¿Ya lo has reclutado en tu cruzada? —dijo Ursa con la mandíbula desencajada, si hubiera sido un dibujo animado le habría llegado al suelo.

—Ursa, osita, vamos a sentarnos, si te cuento todo lo que hemos hablado en esa «media hora», te caerías de culo —dije tras beberme el agua y tomándola de una mano.

—No te creas, ya me estoy tomando las cosas tal como vienen, como dijiste tú, «como beber de un botijo».

—Tu Ana Belén me cae mejor que la auténtica, es una tía simpática. —Michael se acomodó en un sofá grande marrón bastante raído y nos indicó que nos sentáramos a su lado.

Al tal Michael, que en verdad se llamaba Juan Luis Miguel, le hizo mucha gracia la reacción de la osa y la forma en la que nos habíamos conocido. Le expliqué a Ursa todo lo que había pasado en nuestro vínculo y que él también tenía una misión. Todo iba tomando forma y Miguel parecía entusiasmado con la idea.

—Vaya, esto no me tendría que sorprender demasiado después de haber poseído a un lobo ya poseído, pero que tú hayas muerto y estés reencarnado en otro cuerpo aquí… Eso es bastante singular —dijo Ursa.

—Créeme, hermosura, el primer sorprendido soy yo. Muchas mañanas me levanto y al ver mi cuerpo emplumado me asusto —respondió remangándose para enseñar sus brazos.

—¿Cómo te mataron? —Lanzó esa pregunta de una forma muy casual teniendo en cuenta el calado de esta.

—Un padre con una concepción de la moralidad un poco difusa. No quería ver a su hija con un artista, pero no dudó en clavarme un cuchillo hasta el alma. Cada vez que me acuerdo, recuerdo el cuchillo clavándose entre mis escamas, uf, se me pone la piel de gallina… En este caso de ave lira. —Según hablaba se le esponjó todo el plumaje a la vez que le venía un escalofrío.

—Vaya un recuerdo más chungo. Me gustaban mucho los reportajes de animales y he oído hablar de ese pájaro. Pueden imitar cualquier sonido o voz —dije observando con curiosidad a esa ave.

—Sí, es una ventaja si te vas a dedicar a la música como cantante. —Estaba hablando con la voz de Ursa.

—Espera, ¿yo sueno así? —Puso cara rara al oír su propia voz en la boca de ese pájaro.

—Ya te digo, osita bonita, eres un encanto —respondió haciendo una perfecta imitación del actor que dobla a Bruce Willis.

—¿Y esa es la voz de Kiyu, o sea, mi voz? —Tenía la voz un poco quebrada, como la de un actor de acción, de tipo duro.

—Tu voz casa con tu apariencia, la voz de la osa con su personalidad, por lo que me has contado —dijo Miguel con su tono

propio.

—¿Hablando de mí a mis espaldas delante de mí? —Estaba entre enfadada y complacida.

—Vaya, eso es muy enrevesado y preciso. —Eso me encantaba de ella, sabía ser ingeniosa y divertida.

—¡Es verdad! Vosotros dos sois almas afines. —dijo Miguel con una risa extraña, parecía graznar como un ave.

—Llevamos solo unas horas juntos, ¿cómo puedes saber eso? —preguntó Ursa dirigiéndose a Mundo.

—Igual que Jacob sabía que yo no era Kiyu. Igual que sé que lo que siento por ti no puede ser otra cosa que amor.

—Llevo pocos días sabiendo lo de las pieles cambiadas, lo de Fafnir y todo eso. ¿Ahora encima tengo que lidiar con sentimientos tan profundos? ¡Me estás agobiando! —Se le ponía la voz muy aguda cuando se enfadaba.

—¿Entonces no te puedo decir que te quiero? —Se lo dije medio en serio medio en broma, ella abrió mucho la boca.

—¡No me puedes decir eso de esa forma, no estoy preparada, no puedes…!

La interrumpí para besarla.

—¡Vaya tela, colega! No te cortas un pelo, eres todo un personaje —exclamó Miguel estirando mucho el cuello.

Mientras mis labios estaban apretados contra los de ella, abrí un ojo para mirar a Miguel.

—Perdona, Miguel, tenía que calmar a mi osa —dije mientras espachurraba la cara de Ursa.

—Menos mal, porque «tu osa» estaba a punto de tirar por la ventana tu pellejo lobuno. Las cosas no se hacen así. —Intentaba parecer enfadada, pero podía olerla.

—Se dice: «yo también te quiero, guapo». —Ella volvió a agachar la cabeza, estaba avergonzada.

—No seas así con la muchacha. Tiene razón —intervino Miguel.

—Miguel, tengo otra pregunta. Dices que no soy el primer humano que viene a visitarte. ¿Qué querían el resto de los amigos de Fafnir? ¿Nadie te ha dado letras para más canciones?

—El resto de los humanos que se presentaron aquí con un cuerpo prestado, lo único que querían era darme las gracias por traerles algo de su cultura a este sitio.

»Había desde los que me abrazaban envueltos en lágrimas, hasta los que me idolatraban como un dios. Solían ser gente que estaba un poco perdida aquí. Con el tiempo todos encuentran su sitio, o se lo encuentra el puto Ministerio. Y no, nadie me ha dado más material, ni de los MClan ni de nadie después del 99.

—Puf… ¿Qué hora es? —dije mirando mi reloj.

—Como repartidor en la Tierra era un auténtico desastre, pero como músico soy un crack. Si me tarareas la melodía y me das la letra, me pongo con mis chicos y sacamos el tema en menos que canta un gallo.

—¿Repartidor? —pregunté con la cara de lado— Déjame que adivine, ¿tuviste un accidente y apareciste aquí?

—¡Sí, exacto! Lo que más me cabrea es que pude esquivar ese camión, fue como si alguien me dejase de piedra —respondió mirando a algún punto en el infinito.

—¿Estás seguro de que no te despistaste? —pregunté.

—Era mal repartidor porque me entretenía con las pivas que estaban buenas a la hora de hacer las entregas, pero con la moto era un crack —dijo ahuecando sus plumas.

—Lo tuyo fue parecido, ¿verdad, Mundo? A pesar de andar tanto tiempo con ese horno tuviste un accidente. —Ursa parecía tranquila, pero podía escuchar los engranajes moverse dentro de esa cabeza de oso.

—Igual también me quedé bloqueado mientras le daba gas al horno. No lo recuerdo bien. Puede que nuestra llegada aquí no fue por accidente. ¿Has tenido contacto con los dueños de los cuerpos que has tomado prestados? —pregunté desde mi más profunda ignorancia.

—A ver, si la idea es que alguien se quedase con mi cuerpo humano, no lo creo. Mucho me temo que no quedó gran cosa después de ese accidente. Del primer cuerpo sé poco, sé que era un reptil, aquí les llaman saurios, se llamaba Gek o algo así. Como no pasé los filtros del Ministerio, me apartaron de la familia biológica de mi huésped; me procesaron, me renombraron y me trasladaron. El pájaro que estáis viendo ahora tiene una amnesia disociativa que le impide tener recuerdos anteriores a su «trauma». Aquí tengo padres, hermanos, tíos, abuelos, erc. La estructura familiar aquí es como la nuestra, los padres se preocupan de sus hijos y los vástagos intentan no joder mucho a sus progenitores. Por «suerte» Rioga, que así es como se llama este plumero, también era músico —expuso Miguel.

—Vaya una «casualidad», ¿verdad? —dije.

—Aquí las casualidades no existen. El destino tiene un sentido del humor muy retorcido. Bueno, si tienes que quedar con los lobos, tendrás que buscar alguien con mejor voz que tú. Podrías cantar algo de metal, pero no valdrías para una balada ni para algo más pop.

—Bueno, pues intentaré, con mi delicada voz, darte un par de temas para tu repertorio dije intentando subir todo lo que pude.

Miguel puso el cuello muy erguido a la vez que las dos plumas que tenía en la cabeza se le pusieron muy rectas. Supuse por su lenguaje corporal que estaba contentísimo.

—Voy a coger lápiz y pentagramas, espera un segundo. —Se levantó del sofá como si quemase y fue pegando saltitos a la puerta que había

al fondo de la caravana.

—Mundo, son las cinco de la tarde, no podemos estar mucho más aquí. Miguel, digo… Michael tendrá que preparar las cosas para el concierto —intervino Ursa.

—Eres guapa, atenta y cariñosa. Nunca me he enrollado con un oso, tienes mucha suerte, chaval. No te preocupes, Ursa, los tramoyistas estarán terminando de preparar el escenario y mis chicos no vendrán hasta media hora antes del concierto. —Venía con un cuaderno, lápiz y un butacón que puso delante del sofá en el que nos encontrábamos sentados.

—Muy bien, ¿cantas algo en inglés también? —pregunté.

—Pues claro, puedo imitar desde Meat Love hasta Freddy Mercury. Me suelen pedir temas sueltos de otros artistas y siempre estoy dispuesto a complacer al público.

—Bien, Ursa, vas a ser testigo del nuevo disco de los Michael Clan. —Me froté las manos y empecé a cantarle.

Una a una le fui tarareando y dando letras de las canciones que me acordaba de M Clan, le di material para un par de discos. Aparte de eso, le di temas de otros artistas, verdaderos bombazos, a algunos de ellos les tendrían que cambiar la letra por motivos de censura y otros por referencias a nuestro planeta natal. Miguel estaba encantado, no mintió cuando dijo que era buen músico. Con solo chapurrear un poco la canción y marcar el ritmo con el pie, sacaba toda la melodía con una guitarra acústica, un bajo eléctrico o unas simples maracas. Sin lugar a dudas, el mejor instrumento que tenía en su arsenal era su voz. Podía subir al tono más agudo para caer al más grave en un solo registro, escucharlo cantar era un gozo para oído.

—No me digas que te has emocionado, lobo grandote —dijo Miguel medio echado encima de la guitarra y mirándome con mucha atención.

—¿Ahora tendría que abrazarte y decirte que eres un dios del rock? —respondí con la voz tomada intentando no derramar ninguna lágrima, aunque me fue muy difícil.

—Anda, el señor adulto con una misión importante es sensible. Cada vez me gustas más. —Ursa parecía disfrutar al ver que no temía mostrar mis sentimientos.

—No te preocupes, Mundo. Yo también estoy emocionado —dijo Miguel acercándome una caja de pañuelos—. Hay un tema que me gusta muchísimo, *Los periódicos de mañana*. Esta y no otra es la que prenderá la mecha.

—¿¡Esa!? No me malinterpretes, es una canción preciosa, pero tiene poco mensaje —respondí.

—Empieza muy suave, pero habla de mentiras en los periódicos y de revolución. Cuando le haga un par de arreglos y metamos a dúo a

una loba, uf… Se me erizan las plumas. —Le dio un repelús y volvió a esponjarse.

—¡Menudo pájaro estás hecho! ¿Tiene que ser una loba? —pregunté indignado.

—A ver, colega, eres un bicho muy bonito, pero te imagino con un par de tetas, una buena voz y… Si tuvieras solo una de esas dos cosas, te vendrías conmigo de gira.

—Y aquí veo por qué te gusta este sitio tanto. Haces lo que te gusta y encima tienes todas las hembras que quieres —dije abriendo los brazos.

—Te voy a mostrar algo que puede que no sepas de las aves en este planeta, dimensión, realidad o zoo. —Se levantó del butacón en el que se había sentado, apartó la guitarra y se abrió el quimono. —Como puedes ver y comprobar, los atributos de un ave no son como para tirar cohetes. Mi otro cuerpo, el de reptil, era frío como un mármol y este es ligero en todos los sentidos. —Tenía el quimono abierto, parecía en ese momento un exhibicionista en plena faena.

—¿Enfadado con las cartas que te ha repartido el destino? Yo huelo hasta el miedo que le tienen el resto de gente en este planeta a los míos. Temor infundado por un estado totalitario —dije entre gruñidos enseñando los dientes.

—¡Pues claro que me toca los huevos el destino, colega! —exclamó Miguel.

—Ajo y agua, compi. ¿Eso de dimensión o realidad de que va? —De nuevo me ardía la cabeza.

—Creo que no estamos en el mismo plano que en la Tierra, esto parece otra realidad —dijo haciendo un gesto que abarcaba todo a su alrededor.

—Podrías taparte un poco, Miguel, todo esto es muy revelador, pero sigo siendo una hembra. —Parecía avergonzada, pero no apartaba la vista del pájaro semi desnudo.

—Perdona, chata, me tapo el pajarito. —Se abrochó la bata y volvió a sentarse en el butacón—. Bueno, no queda mucho para la actuación de esta noche y vosotros dos vais a tener un trato VIP. Por vuestro pelaje parecéis prácticamente cachorros, ¿sois menores?

—Somos menores —dije en un suspiro—, eso de que la mayoría de edad sea a los veintiuno es una faena.

—En el bar no vais a tener problemas para pedir lo que sea, vais a tener barra libre de todo.

—He probado el alcohol, pero no estoy acostumbrada a la bebida —puntualizó Ursa.

—A ver, cariño, intentaremos no pasarnos. Creo que tú sí podrías cargar conmigo, al revés lo veo más difícil. —Tal como dije esas palabras me arrepentí de haberlas pronunciado.

—¿¡Otra vez el rollo del peso!? ¿Cuánto te crees que peso, mono calvo? —Me tenía cogida la mano y me la apretó un poco más.

—Cerca de los doscientos. Por cómo te vi coger ese ciervo y lo que me dijiste después de su peso, no puedes pesar menos. Pero te repito que no estás gorda, estás fuerte, cachas, «apretá», me dan ganas de comerte entera —le dije mordiéndome el labio inferior.

Ella me miró con un gesto de indignación que iba a menos.

—Odio que seas tan listo. ¿Por qué lo analizas todo?

—Es mi forma de ser… Esta noche vamos a disfrutar de la música, de la bebida y de nuestra compañía. Viviré el ahora.

—Os veo a los dos y me hacéis tremendamente feliz. Tú, Mundo, esta noche declárate a ella como es debido. Ursa, ten paciencia con él, es solo un ser humano.

—¿Más sabe el diablo por viejo que por diablo?

—Pues claro, colega, llevo veinte años aquí, si sumamos los treinta y tres que tenía en la tierra… Haz cuentas. —Estaba muy contento, no dejó de reír mientras presumía de ser un quincuagenario.

Nos despedimos de Miguel justo antes de que el resto del grupo entrase en su camerino. En el grupo había una gran variedad de especies, parecía una escena de *Los trotamúsicos de Bremen*. Tenían instrumentos de viento, percusión, guitarristas y un bajista. Todos y cada uno de la banda de una raza diferente; esto en lugar de un concierto de M Clan parecía uno de los Kiss.

Me quedé reflexionando sobre el tema de «otro plano, otra realidad», la verdad es que no encontraba mucho sentido a que todos los animales, tan parecidos a los de la Tierra, se hubieran levantado y adquirido conciencia al unísono. Abracé a mi osa muy fuerte y empezamos a preguntar por la barra del bar, esa noche quería divertirme y por Dios que lo conseguiría.

El concierto

Miguel fue totalmente sincero cuando nos dijo que íbamos a tener un trato VIP esa noche. La estrella se había dedicado a advertir a todos los camareros de la barra que nos tuvieran bien atendidos, en especial un camarero, Flash. Al guepardo le apodaban así por ser rápido y resuelto como él solo, se había dejado crecer el pelo de la cabeza y se lo había fijado en una cresta que tintó de rojo. Según nos contó él mismo, tendríamos algo para beber incluso antes de sentirnos sedientos. Al principio creí que iba de sobrado, pero tal como cayó el sol y los preparativos se terminaban, fui testigo de por qué lo apodaban así. Se movía de un lado para otro de la barra en la fracción de un segundo, cargado de jarras, vasos, copas o bandejas. Daba igual el peso que llevase en los brazos o la cantidad de líquido que llevasen los recipientes, era un espectáculo verlo trabajar.

—Ursa, ¿cuando me dices que el Ministerio evalúa tus aptitudes te referías a esto? —Señalaba al felino, que iba de un lado a otro de la barra.

—Eso no es normal, me ha puesto en las manos un par de jarras de cerveza sin pedírselo y casi sin darme cuenta de que lo hizo. Este tío nació para esto. Además, míralo, está disfrutando —dijo Ursa observando como, entre copa y jarra, se paraba con las hembras más vistosas al otro lado de la barra para soltarles algún piropo.

—¿Has bebido antes cerveza? —le pregunté a Ursa.

—Soy la menor de mis primas, no te preocupes por mí, he bebido cerveza, vino y algún que otro licor. Sé lo que es estar ebria. Anda, toma, no te vayas a marear. —Me pasó una jarra y alzó la suya.

—¿Pretendes emborracharme para aprovecharte de mí? ¡Por el ahora! —Chocamos nuestras jarras y el amarillo y espumoso liquido se derramó por nuestras gargantas—. Pero… ¡cómo es posible, esta cerveza está de miedo!

—No bebas demasiado —me advirtió Ursa—, yo seguro que aguanto el alcohol en mayor medida que tú. La cerveza, por lo que he visto en los barriles, es de un maestro normalito.

—Igual el sentido del gusto es diferente en un perro grande, o lo mismo la cerveza que he probado antes era realmente mala. —Antes de darme cuenta me terminé la jarra.

—Deberíamos buscarnos un hueco donde ponernos a ver el

concierto. Un sitio donde no llamemos mucho la atención. —Me dio la mano y tiró de mí con suavidad.

—Me parece una idea excelente.

El sitio para el concierto no podía estar mejor escogido, despejaron parte de una tierra de cultivos a pie de unas colinas y allí estaba instalado el escenario. La pequeña loma hacía de anfiteatro natural, podríamos ver y escuchar el concierto plácidamente sentados o acercarnos al escenario para sentir el calor de la actuación. Era aún temprano y no había demasiados racionales allí, así que pudimos hablar tranquilos.

—¿Qué te pasa, Mundo? Pareces un cachorro al que sacan por primera vez al parque. —Estaba a punto de despegar del suelo solo por el movimiento del rabo.

—Estoy muy emocionado, osa, la música y la compañía no podían ser mejores. ¿Te he dicho ya que estás muy guapa?

—¿Solo una cerveza y ya te estás poniendo así de meloso? Igual sí te voy a tener que emborrachar. Hablando de guapo, ¿no te has dado cuenta de nada? —me preguntó soltando mi mano para cogerme denla cintura.

—Siento que algo se me escapa, pero creo que tú me lo vas a decir.

—Tienes a todas las cánidas locas. Desprendes hoy un olor muy fuerte a macho —dijo plantando su nariz en mi cuello.

—No me fastidies, ¿huelo mal? ¿Por eso me has dicho de ponernos apartados?

—No hueles mal. —Me abrazó y se puso a olerme tras las orejas—. Hueles demasiado bien. Y sí, te he dicho de ponernos apartados para que no te metas en problemas.

—Creí que solo querías tener intimidad conmigo. ¿Esas manos tuyas no están muy por debajo de mi cintura?

—Bueno, ha sido un dos por uno. En esta zona podemos escuchar el concierto y nadie escuchará tus gritos. —Me apretujó contra ella, besándome de una forma salvaje.

Mientras nuestros cuerpos se fundían en un abrazo, las luces del escenario se encendieron y los músicos empezaron a afinar sus instrumentos, o eso me pareció a mí. Nada en este planeta podía quitarme la sensación que recorría mi cuerpo. Sentí plenitud, que nada más importaba en este sitio, este plano, esta dimensión. Lo tenía claro, quería a esa hembra. Al dejar de besarnos me quede mirándole los ojos muy cerca, casi nariz con nariz.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Ursa.

—Tienes un brillo especial en los ojos hoy, no sé decir con claridad qué es, pero me tiene hipnotizado.

—Quédate aquí, no te muevas. Voy a por otro par de jarras, me gusta mucho por dónde va esta conversación.

—El mismo truco no te va a servir dos veces, vamos juntos. —Tuve que cogerla de la muñeca, ya corría a la barra.

—¡No, no, no! No quiero pelearme con una perra por tu pellejo pulgoso.

—Como quieras, me quedaré aquí sentado como un «buen chico» —dije tras besarla.

Vi cómo se alejaba vestida con esas ropas y no pude evitar sentirme atraído por ella. El sol empezaba a caer y la cacofonía de instrumentos que llega del escenario se hacía cada vez más acorde, el batería empezó a marcar un ritmo y el bajista comenzó a seguirlo, al poco entró la guitarra. Un rift muy rítmico y bien ejecutado, eran buenos músicos, el espectáculo con seguridad iba a ser todo un show.

—¡Tú, mestizo de mierda! ¿Quién te crees que eres? —Los problemas de los que hablaba Ursa habían venido a buscarme en forma de perro grande, un pastor alemán, acompañado de dos amigos. Con la música y el viento en contra ni los oí ni los olí al llegar.

—Eso, tío, ¿te crees que el pueblo es tuyo o qué? —Un bóxer, ojos saltones, casi sin hocico y mofletes colgones en una cara totalmente oscura, parecía Louis Armstrong. Tenía que hablar con Ursa y preguntar cuántas razas de cánidos había en este planeta.

—¿Vienes aquí con esa mole y encima nos quieres quitar a las hembras? —¿Un sharpei?

—¿Mestizo de mierda? ¿Ursa una mole? Eso no está bien. Qué pasa, ¿os da miedo mi osa? —Seguía sentado y valorando la situación.

—Ella no está aquí para protegerte, te vamos a dejar como un perro apaleado —dijo el pastor alemán enseñando los dientes.

—Así que tú eres el que manda en el trío —dije dirigiéndome a ese cánido—. ¿Vosotros dos le seguís por detrás oliéndole el culo?

Al decir eso los otros dos cánidos se unieron a su amigo para enseñarme los dientes.

—Además —continué poniéndome de pie, le sacaba al pastor alemán una cabeza y eso que era el de mayor tamaño—. ¿Quién os ha dicho que me hace falta alguien para defenderme?

Esperaba que con mi sola estatura valiese para disuadirlos.

—Él no me manda, yo solo podría contigo. —dijo el sharpei que parecía menos arrugado que antes.

—No sé si eres el más fuerte de los tres, lo que está claro es que eres el que menos se lava. Igual si tuvierais una mejor higiene, las hembras se os tirarían encima. —No exageraba cuando les recriminé por su olor corporal, olían a perro sucio.

Se pusieron a mi alrededor haciendo un círculo y siguieron enseñándome los dientes. No me había peleado con nadie desde que era un adolescente, siempre me arreglé para no llegar a las manos en mi cuerpo humano y, cuando no era posible evitar un

confrontamiento, me las apañaba para no salir mal parado. Aquí no sabía cómo defenderme, ignoraba si me iban a morder o golpear con puños y pies. Sea como fuere, yo estaba agudizando los sentidos y dispuesto a encajar los golpes que me fueran a dar. Siendo sincero, no recordaba ganar una pelea en mi vida.

El sharpei me lanzó un puño, lo vi venir. Fue extraño, pero vi como mi atacante cerraba el puño, levantaba el brazo, giraba la cintura y cargaba con todas sus fuerzas contra mí. Pude esquivar el golpe, desviarlo y dirigir su brazo para que le diese en los morros al bóxer. Le dio bastante fuerte, pude oír un crujido húmedo al impactar con su cara.

—¿¡Pero tú eres idiota o qué te pasa!? —Tenía la mano en el hocico y parecía estar sangrando.

—¡Qué puntería, macho! Le has dado en todos los morros y eso que es chato —exclamé mirando al cánido sangrando.

Al decir aquello, sentí una mano en mi hombro que tiraba para darme la vuelta. Ahora me enfrentaba al pastor alemán. De nuevo, vi la escena a cámara lenta, el puño apretado, el brazo en alto y la cintura flexionada. Desvié el golpe y volvió a darle en los morros al bóxer. El sharpei se echó las manos a la boca, mirando con preocupación a su compañero.

—¿No íbamos a pegarle a este tío? ¿Por qué soy el único que recibe golpes? —Hablaba con la respiración entrecortada por el dolor y la mano en la boca.

—¿Una mala elección de amistades? —dije encogiéndome de hombros.

—Igual el mestizo tiene razón, estaba a punto de entrarle a esa hembra cuando el capullo de Ozzy dijo: «Mira, tío, parece un lobo. Vamos a darle lo suyo».

—¿No era porque yo os quitaba las hembras? —dije mirando a los tres.

—A mí me dijo que era por las hembras, ¿a ti te dijo eso, Rolo?

—Yo creí que lo de las hembras era cierto. ¿Qué te pasa, Ozzy, nos has liado para que le peguemos sin más? ¡Mira la cara de Rolo, joder! —dijo el sharpei a Ozzy.

—Si no queréis darle a este tío, lo haré yo solo —respondió Ozzy.

Se acercó a mí e intentó de nuevo pegarme, pero sus dos amigos se le echaron encima.

Me quedé mirando la escena absorto, otra vez me las arreglé para salir de una pelea sin pegar un solo golpe. Estaba tan pendiente de ellos, que no vi llegar a Ursa con dos jarras en una mano y algo que olía como palomitas.

—¿Qué estás haciendo? —me dijo ladeando la cabeza y abriendo mucho los ojos.

—Pues, me estoy peleando —le contesté con una sonrisa en la cara.

—Ah… Y ¿cómo vas? ¿Vas ganando? —La respuesta me hizo reír.

—¡No me digas que eso son palomitas! Anda, vamos a sentarnos y vemos mi pelea mientras tomamos un aperitivo. Mira, creo que Ozzy, el pastor alemán, está a punto de perder.

Frente a nosotros estaban los tres cánidos, dándose golpes y diciéndose cosas poco bonitas.

—¿No deberíamos separarlos? El bóxer tiene mala cara —dijo Ursa. Parecía preocupada, pero no dejaba de comer palomitas.

—¿Rolo? No te creas, es un tipo duro, sabe encajar los golpes.

—¿Te ibas a pelear con ellos y sabes sus nombres? —preguntó pasándome el recipiente con palomitas y poniendo los brazos en jarras.

—Sabes que soy un tío muy sociable. Tienes razón, aunque me duela admitirlo, tendríamos que separarlos antes de que se hagan daño de verdad. Pilla a Ozzy, yo me encargo de los otros dos —dije soltando las palomitas y cogiendo las jarras de cerveza.

—Desde luego, tú sí que sabes cómo divertirte. Te dejo aquí solo un segundo y te las apañas para meterte en una bronca. —Mientras me decía eso, anduvo hacia la maraña de puños e insultos que eran esos tres perros y sacó a Ozzy de un tirón por el brazo.

—Muy bien, ¿las cosas son mejores con una jarra de cerveza fresca? —les dije ofreciéndoles las que había traído Ursa—. ¿Os vais a calmar o tenemos que hablar con algún agente del orden?

Los dos cánidos se miraron el uno al otro y me quitaron la bebida de las manos.

—Te las cambiamos por nuestro amigo —dijo el sharpei—. Ozzy, que te den bastante por debajo del rabo, ahí te quedas.

Le pasó el brazo por encima del hombro a Rolo, chocaron las jarras y se fueron colina abajo.

—Tus amigos te han vendido por zumo de cebada, te has quedado solo y a mi osa le sobra un perro ahora mismo. Tiempo de dar explicaciones —dije muy tranquilo.

—¡Que te den a ti y a la gorda esta, no os voy a decir nada! —Hablaba entre gruñidos y enseñando los dientes.

—Tú, chaval, eres tonto, ¿verdad? ¿Te han pegado demasiado o no te han pegado lo suficiente? —Me molestó que se metiera con Ursa, no tenía que ver nada con esto.

—Yo creo que no le han pegado suficiente, ¿qué tal si lo colgamos de un árbol y le damos con un palo hasta que suelte caramelos? —Ursa lo tenía agarrado y por la cara que estaba poniendo Ozzy lo estaba abrazando con demasiada fuerza, parecía un muñeco de esos al que le aprietas y se le saltan los ojos.

—A ver, osita, te ha dicho gorda y quería pegarme porque soy un

lobo. ¿Tienes cuerda para atarlo? —pregunté sonriéndole.

—¿Entonces eres un lobo de verdad? —Estaba asombrado, como si hubiera visto un fantasma.

—Ahí tienes el motivo, es porque eres un lobo. —Ella abrió mucho los ojos, haciéndose la sorprendida.

—Anda, suéltalo, cari. ¿Qué te han hecho los lobos para que les tengas tanto odio? —Ursa lo soltó y le dio un empujón hacia mí.

—¡Sois la escoria de esta sociedad, unos salvajes! —dijo con la misma actitud, seguía gruñendo.

—Soy un salvaje, ¿eh? ¿También te he pegado? Tienes la cara echa un mapa, ¿te duele mucho? —dije con la mayor carga de sarcasmo de la que disponía.

—Anda y que le den, si le duele que se aguante. Estos chuchos creen que tienen la ley de su lado, lo llevan en los genes. —Ahora era Ursa la que enseñaba los dientes, daba miedo.

—A ver, guapito de cara, ¿cuántos lobos has visto en tu vida? —pregunté poniendo la cara de lado.

—Esto va a ser muy divertido. ¡Responde, chucho! —exclamó Ursa dándole una colleja.

El cánido que teníamos delante agachó las orejas.

—He visto fotos de vuestra gente, tú eres clavadito a ellos —dijo entre gruñidos.

—¡Bingo, otra vez el Ministerio! Soy medio lobo, mi madre es una perra, se enamoró de un lobo y yo soy el fruto de esa unión.

—Dirás que un lobo violó a tu madre y tú eres un bastardo. —No paraba de enseñarme los dientes, empezaba a mosquearme.

—Vamos a plantearlo de la siguiente forma. ¿Qué te haría feliz, pegarme? Venga, adelante, no me defenderé —dije bajando la guardia y exponiendo mi rostro.

—¿Estás seguro de esto, Mundo? Te puede hacer daño —intervino Ursa.

—Aprecio mucho tu preocupación, eres muy cariñosa, pero no tienes por qué ponerte nerviosa. Venga, Ozzy, dame.

Otra vez vi la escena ralentizada, pude encajar el golpe bastante bien, me hizo daño, pero no fue exagerado.

—¿Te sientes mejor? —le dije poniéndole el otro lado de la cara.

—¿Quieres que te dé otra vez? —preguntó atónito.

—¿Eso te hará sentirte mejor? Tienes un mestizo de lobo delante, ¿por qué no lo golpeas? ¡Mi gente son salvajes, violan, roban y matan! —El pelo se me erizó, intentaba no enseñar los dientes.

—Pero tú… Yo creí que tú… —Parecía que estaba en shock, que había visto algo que le superaba.

—¿Yo qué? He venido a disfrutar de un concierto con ella. Soy un paria en esta sociedad y ella es una osa, nada de mi vida es correcto

para el Ministerio. —Ozzy me miró tímidamente para después observar a Ursa.

—Siento haberte dicho gorda, no lo estás. Perdóname, quiero irme, tengo mucho en lo que pensar. —Lo vimos marchar colina abajo con el rabo entre las piernas, no sé si estaba arrepentido o si simplemente se había dado cuenta de algo.

—Eso ha sido muy valiente por tu parte. Kiyu habría despedazado a esos tres. Ahora lo veo claro, si alguien puede ayudar a los lobos, ese eres tú. —Me hablaba con mucho orgullo sin dejar de mirar al cánido colina abajo.

—Pero qué dices, guapa, solo me he dejado pegar. —Involuntariamente me estaba frotando la cara, donde me dio el golpe.

—Has demostrado no ser una amenaza, que eras un racional como otro cualquiera, eso ha roto un poco su mundo.

—¿Tú crees? Va colina abajo con la cara llena de golpes, igual le dice a sus amigos y familiares que le ha pegado un lobo.

—No lo creo, los de su raza son muy leales a sus convicciones, nuestro cuerpo de policía está compuesto por ellos casi al completo. Creo que le ha pasado como a mí cuando me dijiste si conocía a algún lobo. Se ha dado cuenta de algo, ha despertado.

—¿Así de fácil? ¿Qué le pasa a la gente en este sitio? —pregunté un tanto indignado.

—Que no somos humanos, somos racionales. Nos tomamos las cosas tal como nos llegan —dijo Ursa mirándome el golpe en la cara.

—Tenemos que seguir hablando de estas cuestiones tan profundas, pero antes deberíamos ir a por más bebida. Tenemos palomitas y nada con lo que echarlas para abajo.

—Cierto, quiero embriagarte para que me digas cosas bonitas —continuó diciendo con una sonrisa enorme.

—Como, por ejemplo, que cuando te abrazo es como si nada más en este sitio existiera. —Ella se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Como sigas por ese camino voy a cargar contigo hasta la pensión y no te voy a dejar ver el concierto.

—Ni dormir tampoco. Tenemos tiempo de atender a todos nuestros deseos. Vamos a por algo de líquido, la pelea me ha dejado seco.

—¿Pelea? Si el verdadero Kiyu estuviera aquí, se habría reído de tus técnicas de lucha. Anda, vamos, lobo poseído —dijo entre risas.

La barra del bar a esa hora ya estaba repleta de racionales que pedían con urgencia bebida y comida. El amplio personal del cáterin iba y venía con frenesí para atender a todos los sedientos comensales. Nosotros antes de llegar a la barra ya teníamos a nuestro camarero listo con un par de jarras.

—Aquí tenéis, pareja, espero que no os las bebáis tan rápido como yo las sirvo. Tienes suerte, perro grande, te llevas un bomboncito. —

Me hizo gracia, le estaba tirando la caña conmigo delante.

—Lo sé, no es más guapa porque no es más grande —dije espachurrándole la cara.

—Si os hace falta alguna cosa, silbad y decid mi nombre. He visto dónde os habéis puesto, podré acercarme con abundante bebida.

—¿Nos podrás escuchar con todo este ruido?

—Tengo muy buen oído y una excelente vista, espero que no os vuelva a molestar nadie el resto de la noche.

—¿Lo has visto todo? —Ursa parecía escandalizada.

—También he visto que alguien va a dormir muy bien arropado esta noche —respondió guiñándole un ojo a la osa—. Iros ya, el concierto está a punto de empezar.

—Bueno, guapa, parece ser que vamos a estar bien atendidos esta noche. Muchas gracias, Flash, eres un crack. —Él me guiñó un ojo y se fue corriendo a atender al resto de clientes.

Según volvimos al sitio que escogimos para tener «intimidad», el escenario se iluminó y empezaron a salir los componentes de la banda. Primero salió el guitarrista, una pantera negra que iba tocando un rift mientras andaba al centro del escenario; luego el bajista apareció por la otra punta acompañando el rift de guitarra, parecía un gorila. El batería emergió detrás de su instrumento haciendo una cruz con las baquetas, era un racional grande, algún tipo de equino, no sabría decir qué raza era, tenía mucho maquillaje encima. El equino se sentó en su sitio y empezó a marcar el ritmo junto a los instrumentos de cuerda. Entraron las chicas del coro, tres aves de vistosos colores vestidas exactamente igual, con un traje plateado de lentejuelas, parecían hermanas trillizas. También desde ambos lados entraron los instrumentos de viento, una pareja de cánidos, hembra y macho llevando una trompeta y un saxofón respectivamente. Tal como iban apareciendo, se iban añadiendo matices a la melodía, la puesta en escena fue impecable. Del centro del escenario empezó a surgir una figura encapuchada de espaldas al público, todos los racionales que allí se encontraban empezaron a silbar, aplaudir, chillar y a emitir toda clase de sonidos. La figura se quitó la túnica que lo tapaba y dejó ver su figura, era Miguel vestido con una camiseta de tirantes clara y unos pantalones rojos brillantes, nada que ver con la apariencia que nos mostró en su caravana. Empezó a agitar los brazos y a correr dando saltos de un lado a otro del escenario, estaba disfrutando del momento tanto o más que los espectadores, se acercó al micrófono que había en el centro del escenario y empezó a hablar.

—¡Qué pasa, animales! ¿Tenéis ganas de rock? —Michael quitó el micro del pie y lo dirigió al público, la muchedumbre bajo el escenario estaba exaltada—. ¡No os oigo, malditos! —Volvió a apuntar el micro al público y a correr de un lado a otro.

El nivel de ruido procedente del aforo era ya ensordecedor, pude escuchar gritos, gruñidos y sonidos indescriptibles de los miles de racionales que allí estaban, realmente era un espectáculo dentro del espectáculo.

—¿Esto es normal? ¿No es peligroso? —Me tuve que acercar mucho a Ursa y hablarle casi al oído, no sabía si esta gente se iba a volver salvaje y a destrozar el escenario.

—¿De dónde tú vienes la gente no se emociona y grita en los conciertos?

—¡De esta manera no, esto es increíble! —Michael seguía corriendo de un lado a otro del escenario dando saltos cada vez más grandes y agitando los brazos, parecía que de un momento a otro fuera a echar a volar.

—¡Sí, malditos!¡Vais a tener *rock and roll*! Lo vais a tener en la plaza del pueblo.

De un lateral del escenario apareció un piano empujado por un par de tramoyistas, él se sentó y empezó a aporrear las teclas, los primeros acordes de *Rock and roll en la plaza del pueblo*. La multitud de seres que allí se aglutinaban empezaron a saltar y a corear la letra. No sé si era porque Miguel era realmente bueno tocando, o esta gente se entregaban de una forma visceral a cualquier cosa de la que disfrutasen. La multitud de olores que me venían colina abajo cambió, si pudiera concretar más diría que estaba oliendo la felicidad en este preciso momento. Me volví a Ursa, que me miraba con mucha atención.

—Te has asustado, tienes el rabo entre las piernas. —Mientras me hablaba me acarició tras la nuca.

—Parezco un niño al que traen por primera vez a un concierto. Creí que los de ahí abajo se iban a liar a dentelladas los unos con los otros.

—Te entiendo, la primera vez que me llevaron a un concierto reaccioné igual. Lo que pasa es que me ocurrió a la tierna edad de cinco añitos y los que cantaban llevaban petos de colorines.

—Otra vez mi mente racional que cree que sois animales. Vamos a vaciar estos vidrios, a saltar y a bailar como si no fuese a salir Helios mañana.

—¿Quieres brindar? —preguntó Ursa alzando su jarra.

—Pues claro. ¡Por lo prohibido!

—¡Por lo prohibido! —Chocamos los vidrios casi partiéndolos y vaciamos su contenido de un trago.

El repertorio de los Michael Clan era extenso y muy variado, tocaban tanto canciones en castellano como en inglés. Todas y cada una de las piezas que tocaban estaban deliciosamente ejecutadas, la percusión, la guitarra, el bajo y los instrumentos de viento estaban acompasados como si con un metrónomo los midieran. No pude

escuchar una sola nota desafinada y eso que tenía unos sentidos muy agudos. Ursa y yo estábamos disfrutando de la música y nuestra propia compañía, hacía años que no me lo pasaba tan bien. Estuvieron más de una hora tocando sin parar, hasta que las luces del escenario se atenuaron y un foco potente nos apuntó directamente. Me asusté, creía que el Ministerio nos había descubierto y nos estaba apuntando con una luz para hacer venir a los agentes, hasta que Miguel empezó a hablar.

—Bueno, llevamos un rato muy grande a tope y es hora de bajar la intensidad. Quiero dedicarle esta canción a una pareja muy especial, ellos me hacen pensar que cualquier cosa en este mundo se puede hacer realidad. Ursa, Kiyu, os deseo todo lo mejor. Este tema es inédito en nuestro repertorio; pareja, espero que os guste. Al resto de malditos, también. —Se escucharon risas y vítores desde el público.

—¿Tú sabías algo de esto? —Estaba entre complacida y avergonzada.

—¿No? Bueno, igual no te he contado todo lo que hablé con Miguel —le dije abrazándola y susurrándole al oído. Sentí su cuerpo estremecerse entre mis brazos.

Los Michael Clan empezaron a tocar el tema principal de una película muy conocida, interpretado por los Aerosmith. No era el tema que hablé con él, pero venía como anillo al dedo.

—¿Qué tal andas de inglés? —Estábamos abrazados y con las frentes una contra la otra.

—Así, así. ¿Me podrías traducir? —Tal como terminó la intro, empecé a traducirle mientras cantaban.

La letra hablaba de no perder los pequeños momentos, aquellos que son más íntimos en una pareja. Estar despierto para escuchar como respira en sueños, gastar la vida en esos dulces momentos, en los cuales los enamorados son cómplices. Atesorar momentos nimios para ponerlos en un pedestal.

No me dejó que le siguiera traduciendo, me agarró muy fuerte y empezó a besarme bajo la luz de ese potente foco y la atenta mirada de miles de racionales. Todo aquello solo era atrezo para mí en ese momento. Nos dimos cuenta de que la canción terminó por el jaleo del público al acabar la música. Al separarnos, vimos a todo bicho viviente pendiente de nosotros.

—¿No hacen buena pareja? ¿No tendría que ser siempre así? —Miguel estaba hablando con la mano puesta en el pecho, no sé si era para dar más énfasis a sus palabras o realmente lo estaba sintiendo—. La próxima canción la dedico a todas las parejas, todas, seáis lo que seáis.

Empezó a cantar *Believe* de Lenny Kravitz, no sé qué pretendía en este concierto Miguel, pero lo que tenía seguro es que esto le iba a

acarrear problemas. Cantar una canción sobre amor, fe y dios en un sitio tan laico, después de enarbolar el amor interespecies, le iba a costar alguna charla que otra con el Ministerio. La cantó con la voz distorsionada, tendría que preguntarle si usaba algún aparato en el micro o era su voz modulada.

—Lo tuyo es motivación y lo demás son tonterías. ¿Ese es el mismo pájaro que temía al Ministerio? Como cante dos canciones más veo a toda esta gente quemando la jefatura regional del Ministerio —dijo Ursa mientras nos abrazábamos, mirando con preocupación al escenario.

—No sufras por él. Es demasiado popular como para que lo quiten de en medio, igual le dan un tirón de orejas, pero como no tiene —le dije encogiéndome de hombros.

—Eso es cierto y retorcido por tu parte. Me ha gustado mucho el detalle que has tenido conmigo. —Hablaba con un poco de dificultad, no sé si era porque estaba emocionada o un poco ebria.

—A partir de ahora vamos a beber solo refrescos, estás muy tonta.

—No es por la bebida, me he tomado un par de cervezas y soy una hembra grande. Estoy así por tu culpa, idiota, nadie había hecho algo tan bonito por mí —dijo enterrándose en mi cuello.

—¿El qué? ¿Entrar en la mente de una estrella del rock y convencerlo para que te dedique una canción? Eso solo son espejos y humo, lo que en realidad importa es que te quiero.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Solo me conoces de hace una semana, no sabes casi nada de mí —exclamó mirándome a los ojos.

—Y aun así sé que podría estar el resto de mi vida a tu lado y seguir queriendo saber más de ti. Igual el que ha bebido demasiado soy yo. —Me vino una bofetada del olor que identificaba como deseo.

—Mundo, de toda la música que has oído, ¿hay algún tema que te resulte nuevo? —Me hablaba con una sonrisa muy contenida.

—¿Quieres que nos vayamos del concierto y que sigamos conociéndonos mejor? —le respondí con mi mejor sonrisa.

—Que seas tan listo me va molestando cada vez menos —dijo Ursa apretándome contra ella.

Rompimos el abrazo para ir cogidos de la mano fuera del jaleo del concierto. No me molestó en absoluto perderme el resto de la actuación. Al pasar junto a la barra, Flash nos miró muy sorprendido señalando su reloj de pulsera, yo le contesté encogiéndome de hombros y señalando a Ursa, a lo que él me respondió levantando los pulgares. Me hubiera gustado conocer mejor a ese felino que disfrutaba tanto de su trabajo. De camino a la pensión solo nos cruzamos con parejas que corrían a callejones oscuros y se refugiaban en las casas de la villa, un concierto es un concierto aquí y en la Tierra, eso me hizo sentirme muy feliz. La noche era clara y fresca,

atrás dejamos el estruendo de la muchedumbre, la luz de los focos y el ritmo de la música tan bien ejecutada. Llegamos a la pensión, abrimos la puerta e hicimos sonar la campanilla de latón, pero nadie se asomó tras la recepción.

—Ursa, corazón, ¿qué hacemos ahora, tiramos la puerta de la habitación? —pregunté.

—¿De verdad harías eso con tal de estar conmigo? Qué tierno… Mejor ve y coge las llaves del casillero, la 214, por favor —me dijo con un tono jovial.

—De donde yo vengo no se dejan las llaves de una habitación a merced de quien quiera cogerlas.

—Ya, tu trabajo era hacer rejas. ¿Cuántas ventanas, que no sean de un calabozo, ves aquí con rejas? —preguntó Ursa.

—¿Entonces por qué poner cerraduras en las puertas? —respondí, haciendo otra pregunta.

—A mí me molestaría que alguien entrase en mi habitación mientras estoy castigando a un lobo malo.

—¿Seguro que no es para que no me escape? —Me acerqué al casillero y cogí las llaves.

—Las llaves las tienes tú —dijo dándome un beso.

—Sé que esto no es muy romántico, pero… ¿estará buena la comida que nos dio Rodri para el camino? Como de costumbre, tengo hambre. ¿Esto es por la edad o es por la raza?

—Es por tu edad, ese cuerpo tiene que crecer aún más. ¿Has visto el tamaño de tus manos? —Involuntariamente me las miré.

—Eso de donde yo vengo se aplica a los perros. Joder, qué hambre tengo, me comería una osa entera. Anda, ve subiendo escaleras, quiero ver ese rabo delante de mí.

—Creo que el que ha bebido demasiado eres tú. Te concederé el deseo. —Se abrió paso hacia las escaleras y empezó a subir los peldaños meneando las caderas con un ritmo hipnótico, de vez en cuando se volvía para asegurarse de que la miraba.

Al llegar al segundo piso tuve suficiente del trasero de Ursa, me contuve para no tirarle del rabo, me costó bastante. Cuando pasamos por la puerta de la habitación que supuestamente era mía, oímos unos gritos agudos y rítmicos.

—Vaya, Buddy le está haciendo una buena faena a Anya —dije entre risas.

—¿Seguro? Sigue escuchando —contestó Ursa.

Al instante escuché la voz de Anya por debajo de los gemidos agudos, era Buddy el que estaba emitiendo esos sonidos.

—Pues sí que voy a tener que mirar detrás de la piel. Esa oveja tan mona está destrozando a ese pedazo de perro —exclamé con la boca abierta.

—Anda, vamos para adentro, a ver si soy capaz de hacerte gemir más fuerte que el pelanas.

Abrí la puerta de la habitación y sin encender las luces Ursa empezó a quitarme botones de la camisa, antes de darnos cuenta, estábamos como nuestras respectivas madres nos trajeron a este mundo. En esta ocasión no dejé que tomase ella la iniciativa, la tiré en la cama y empecé a besarla por todo el cuerpo. Nos estuvimos entregando hasta bien entrada la noche y creo que cerca de las tres de la mañana caímos rendidos y abrazados.

Al entrar en el mundo de los sueños me pasó algo que no me ocurría en un par de días, compartí el sueño con Kiyu. De nuevo, me encontré en el salón de casa de mi madre con Kiyu sentado en el sofá enfundado en mi cuerpo.

—¡Qué pasa, Mundo, cuánto tiempo! —Tenía un cachorro color chocolate en brazos, parecía un perro de aguas.

—¿Y ese perro? A mamá le encantan, pero tú, o sea, yo no quería tener otro después de lo que le pasó a Drigo. —El animal estaba en los brazos de Kiyu, saltándole y tratando de lamerle la cara.

—Ahora que voy a retomar los estudios, según tu madre, me vendrá bien tener a alguien que me saque a la calle. Es un animal muy cariñoso, parece que entiende todo lo que le digo —dijo Kiyu acariciando al perro.

—¿Y cómo está aquí? O sea, solo estamos tú y yo. ¿Es una ilusión creada por ti? —No podía apartar la vista de ese animal, era precioso.

—Sí, solo quería mostrártelo. —Dejó al cachorro en el suelo y desapareció como si estuviera hecho de humo—. Lo tuyo es peor, ¿por qué no puedes quitarte a Ursa de la cabeza?

—¿Cómo dices? —pregunté poniendo la cara de lado.

—Date la vuelta, la tienes detrás de ti —contestó Kiyu.

Obedecí y allí estaba Ursa, de pie con la ropa tan mona que le preparó Fang.

—Guau, esto es muy raro. ¿Esto es lo que pasa cuando sueñas con Kiyu? —Parecía ella, hablaba y actuaba como Ursa.

—Espera, ¿está aquí de verdad? —Kiyu se levantó del sofá y caminó hacia ella apartándome de un empujón.

—Igual es una proyección mía, estoy superpillado por esa hembra —dije con una sonrisa tonta y moviendo el rabo.

—¿Cómo que superpillado? Ayer me dedicas una canción, me dices que me quieres y hoy solo estás «superpillado» —contestó poniendo los brazos en jarras.

—¡Joder, es ella! ¿Cómo puedes estar aquí? —Kiyu estaba dando saltos de alegría alrededor de Ursa.

—No lo sé, solo me quedé dormida y... Mundo, ¿ese es tu cuerpo? —Señalaba a Kiyu con cara de asco.

—Antes estaba más delgado, pero a nuestro amigo Kiyu le gusta mucho ver la tele y el sofá de mi madre —aclaré.

—Vida sedentaria le dicen aquí. ¿Seguro que no es una proyección? —Kiyu estaba dándole un repaso—. Ha perdido peso o la ropa que le ha hecho ese pavo tan cariñoso le sienta de miedo.

—¿Podrías dejar de mirarme el culo? Es muy molesto tener a eso dándome vueltas, parece que esté medio desnudo sin pelo —volvió a decir con la misma cara de asco.

—¿Cómo que «eso»? Ese soy yo, guapetona. Puede que sea una proyección, está reaccionando como lo haría yo en esta situación.

—Vosotros parecéis tontos cuando estáis despiertos, pero dormidos parecéis idiotas. Soy yo y este sueño es muy raro. —Siguió con los brazos en jarras.

—Kiyu, ¿cómo hacemos para asegurarnos? —pregunté mirándola sin dejar de mover el rabo.

—Es difícil, si lleváis una semana apaleando estiércol codo con codo casi todo el día, te habrá contado muchas cosas. Ella es muy positiva, poco reservada, tendría que contarte algo que tú no sepas en este sueño —expuso Kiyu sin apartarle la vista a la osa.

—Ya de paso podrías haber dicho que soy más simple que una lechuga. —Seguía con los brazos en jarras, lo hacía siempre que estaba enfadada.

—¿No te dan ganas de abrazarla cuando pone esa pose? —Al decir eso me puse a menear el rabo más rapido.

—Me has dicho que estás pillado de ella, te has quedado corto, estás muy enchochado.

—Bueno, sigo aquí, aunque no os creáis que esté aquí. ¿Qué prueba queréis para demostrar que yo soy yo, y no un fruto de la calentura de este mono calvo? —preguntó Ursa.

—¿Le contaste lo que te dije para que me golpeases? —dijo Kiyu.

—Le conté lo necesario. —Cambió de pose y dejó caer los brazos.

—Dile exactamente lo que te dije —volvió a decir Kiyu.

—No es necesario. —No la había visto así antes, estaba mirando al suelo y apretando los puños hasta clavarse las uñas.

—Él tiene que saberlo. ¡Díselo! —ordenó Kiyu.

—¡Me dijo que no podía amarme, que nunca podríamos estar juntos! ¡Me dijo que era estúpida por querer una vida como la suya! —Sus palabras sonaron amargas como un lamento.

—Yo te hubiera pegado más fuerte si hubiese estado allí. ¿Pero cómo se puede ser tan desgraciado? —Fui a abrazarla.

—¡Le dije eso porque la quiero, quería que fuera feliz! Quería que encontrase a alguien que la pudiera hacer plena, que le diese hijos, estabilidad, un hogar —dijo Kiyu mirando al suelo.

—¿Y por qué no me dijiste eso a mí? —Ella me acarició la cara, me

apartó de su lado y se acercó a Kiyu para absorberlo en un tremendo abrazo.

Estuvieron un rato ahí de pie, en medio del salón de mi madre, piel con piel, como si fuera la primera vez que se abrazaban.

—Apenas se me ve entre tus brazos, o sea… Se le ve a él, que soy yo… Qué situación tan extraña. Ursa tiene razón, eres idiota. Si le hubieras dicho eso en un principio, yo no estaría en tu cuerpo y tú en el mío —dije poniéndoles una mano en la espalda a ambos.

—No se lo dije por temor. Miedo al Ministerio, a los lobos y a ella. Soy un cobarde. Mundo, deberías volver a tu cuerpo y yo debería perderme para siempre. —Se le escuchaba a duras penas entre los brazos de Ursa.

—¿Por eso agredías a todo el que se te acercaba un poco? ¿Por eso esa actitud de psicópata conmigo en los sueños? —pregunté.

—Quería que me temieses, quería que tú te quedases con mi vida. Cualquiera en mi pellejo lo haría mejor que yo —respondió Kiyu.

—Eres idiota del todo. Solo tenías que decirme lo que sentías, hablar conmigo. —Ursa tenía la voz quebrada y estaba abrazándolo con mucha fuerza. Si hubiéramos estado en el plano físico, esa osa tan mona le hubiera roto la espalda a mi cuerpo.

—Ursa, corazón, ¿puedes soltarlo para que hablemos? Me estoy poniendo celoso.

—Tú también eres idiota, si no te gustaba tu vida podrías haber hecho algo para cambiarla —dijo Ursa alargando un brazo y me arrastrándome a un abrazo a tres.

—¿Lo arregla todo igual? —pregunté muy pegado a mi cuerpo humano, fue algo muy singular.

—Cuando pruebas los brazos de un oso entenderás que no hay un lugar mejor en el que estar, cállate y disfruta, Mundo —respondió Kiyu cerrando los ojos y acomodándose en el cuello de Ursa.

—Seguís siendo los dos idiotas —dijo Ursa al borde del llanto.

—De decir que no te quiere ni el tato a ir amontonando pretendientes, todos de diferentes razas —le dije mientras le cogía el rabo.

—Y tú, mono calvo, eres el más idiota de los dos —protestó Ursa.

—Es verdad, te estás cargando el momento —afirmó Kiyu.

—Bueno, Kiyu, ¿para qué me has llamado? El rollo ese de que nuestro vínculo desaparece creo que no cuela. Lejos de desaparecer, ahora Ursa está aquí con nosotros. ¿Nos montamos un sueño húmedo? —le dije a Ursa con mi mejor voz de acosador, ella pegó un respingo y rompió el abrazo.

—¡Pero tú estás muy mal! ¿Cómo pretendes que hagamos algo de eso? —exclamó Ursa.

—Tranquila, chata, era para romper el momento. ¿No te parezco lo

suficientemente atractivo en mi cuerpo? —dije.

—Bueno, quitando la falta de pelo y que está flojito, es muy suave —respondió Ursa acariciando la cara de Kiyu.

—¿Verdad que son suaves? Solo tiene pelo en las axilas, parte del pecho y los genitales —respondió el acariciándose los brazos.

—¿En serio?¡Tienes que enseñármelo! —exclamó Ursa dando palmitas.

—Qué manía con ir bajándome los pantalones en todas las dimensiones. ¿Me vas a decir por qué estamos aquí? —pregunté.

—Está bien, anda, sentaos. —Kiyu tomo asiento en un butacón y nos dejó el sofá a nosotros—. Hacéis buena pareja. Bueno, hubiéramos hecho buena pareja tú y yo.

—Perdona que sea pesado, pero después del día que he pasado y la noche que he tenido, con el último que quería hablar era contigo. ¿Qué ha ocurrido en tu vida, que ahora mismo es la mía, para que me saques de los brazos de Ursa? —dije.

—Bueno, he intentado repetir lo de la «cámara de privación sensorial», quería espiarte para ver tus avances. No ha funcionado, así que solo he tenido que pensar en ti y aquí estamos. Lo que te conté del vínculo no era cierto, otra mentira para cubrir mis pasos y mi falta de valor —expuso Kiyu.

—¿Por qué nunca me mostraste tus sentimientos? Sabes que estaba un poco colgada por ti, ¿verdad? ¿O también aparte de cobarde eres tonto? —preguntó Ursa.

—Lo he pasado muy mal en mi vida. No siempre he tenido ese cuerpo tan grande, he sido un cachorro, más bien un lobezno. Han abusado de mí física y psicológicamente durante toda mi vida. El pasarme una semana larga aquí, en este sitio, en este cuerpo, me ha dado mucha perspectiva. Tenía que haber hablado contigo antes, Ursa, claro que sabía sobre tus sentimientos. Mundo ha conseguido en este tiempo más que yo en toda mi vida, que no me miren como a un monstruo, ha logrado racionalizar al lobo y hacerte feliz. Solo quería darte las gracias por ello.

—Ahora mismo tengo muchos sentimientos encontrados. Mundo, ¿le cuentas tú lo de la revolución? —dijo Ursa sonriendo.

—Cuéntaselo tú, osita, que quiero ver si sabes bien de que va la peli —respondí.

Ursa, entre risas, llena de orgullo, le contó cómo me las había arreglado para hablar con una estrella del rock, averiguar que venía del mismo sitio que yo y reclutarlo para una cruzada proderecho de los lobos. Sabía bien de qué iba la historia y parecía entusiasmada de ser parte de todo esto.

—¿Sabéis que jugar con el Ministerio no es ninguna broma? —dijo Kiyu con la boca abierta— Yo mejor que nadie sé cómo se las gastan,

he estado en unas pocas de sus instalaciones y no siempre fueron sitios agradables. La propaganda es lo suficientemente fuerte como para que nos hagan pensar que cada sanatorio está limpio, que todos los enfermeros son agradables, que cualquier orfanato es un sitio donde se mima a los niños… Solo es eso, propaganda.

—Eh, Kiyu, tranquilízate —respondí—, no quiero dinamitar tu mundo, solo quiero cambiar un par de cosas. Que no les toquen las pelotas a los lobos y que, si quieres emparejarte con otro racional que no sea de tu especie —dije acariciando la cara de Ursa—, o de tu mismo sexo, te presten las mismas garantías que a una pareja tradicional.

—Sí, claro. Vas a romper todos esos tabúes con una canción y ¿qué más? Una visita a Lobolandia. Puede que mi mundo para ti parezca una película de Disney, pero te puedo asegurar que no lo es, aquí el final feliz es complicado —exclamó Kiyu apuntándome con un dedo.

—Tengo la sensación de que es lo que debo hacer para volver a ese cuerpo que estás cebando. Miguel tiene a miles de millones de oyentes dispuestos a escuchar su último éxito, estoy seguro de que puede remover la conciencia colectiva —dije.

—Nuestro tiempo se acaba, Mundo, ¿algo más que me tengas que contar?

—Sí, ya no eres virgen —dijo Ursa con una sonrisa de oreja a oreja. Dejó a Kiyu con la boca abierta.

Otra vez mi hogar se alejó con rapidez por el agujero de un túnel, en esta ocasión sentía la mano de Ursa apretar la mía mientras volvíamos al mundo real. Kiyu parecía más tranquilo, consciente de que debía cambiar, que su vida no hubiera sido tan desdichada si hubiera actuado de otra forma respecto a su condición. Las cartas que le había repartido el destino no eran las mejores, pero hasta la peor mano puede hacerte ganar la partida marcándote un farol.

De vuelta de todo

El ambiente en la habitación estaba cargado, las sábanas tenían el olor mezclado de nuestros pelajes al frotarse. Mi cuerpo estaba dolorido, como si hubiera corrido una maratón, podría permanecer en la cama descansando por dos vidas. Eran las nueve de la mañana, abrí los ojos para ver en primer término mi reloj de pulsera, y en segundo a una osa desnuda bajando las persianas de la habitación de la pensión. Al volver a mí, cerré mucho los ojos para dejar solo uno entreabierto, andaba como si estuviera ebria. Dejé que se echase en la cama y se apretujase otra vez contra mí.

—¿Timando a la luz con las persianas? —le dije muy suavemente al oído.

—¿Te estabas haciendo el dormido? Estoy muerta, llego a saber esto y nos quedamos hasta terminar el concierto. Eso que has dicho de la luz es muy bonito, ¿un poema?

—Un poema. Date la vuelta, quiero verte la cara. —Y empecé a recitarle.

Noche añil de luna estrellada.
Juntos, la vida deja de estar quemada.
Acordes en la oscuridad
entre rayas creamos.
Quemando nuestra piel
simplemente nos amamos.
Se agudiza la inspiración.
Vuela la imaginación.
La piel nos sobra.
El corazón arañamos.
La vida se para.
El alma gastamos.
Sin remedio en la penumbra,
amándonos como animales,
la vida se vuelve sábado y el sol no sale.
Sudando melodías.
El alba luchando con la luna.
A cal y canto escondidos
frente a frente en nuestra cuna
timando a la luz con las persianas.

Paramos la vida en sábado
queriéndonos entre sábanas.
Y el sol no sale, no sale…

Ella me abrazó muy fuerte. Otra vez sin querer la hice llorar, a ella y a Buddy, que lo había escuchado todo desde la habitación contigua, sonaba como si le hubieran pisado una pata.

—Este chaval tiene sensible el corazón y el oído —dije mirando la puerta que comunicaba ambas estancias.

—¿Me recitas eso y solo puedes hablar del perro tonto que está ahí al lado? —dijo otra vez entre sollozos.

—¡El perro tonto de aquí al lado tiene su corazoncito! ¡Kiyu, te quiero! —Hablaba con la voz tomada.

—¡Yo también, hermano! —le dije entre risas, sería imposible conocerlo y no quererlo.

—Y yo te quiero a ti, lobo poseído. Tengo la cabeza echa un lío. Por un lado, te tengo aquí en mi lecho y veo a Kiyu, pero abres la boca y eres el que vi en mi sueño, en nuestro sueño —dijo Ursa acariciándome la cara.

—Me ahorras hacerte la pregunta que quería formularte.

—¿Qué pregunta era?

—¿De quién te has enamorado?

—Ya sabes la respuesta, idiota. Kiyu me resultaba atractivo, ese cuerpo de perro grande y ese halo de misterio y melancolía. Esas cosas atraen a las hembras. Pero eres tú el que ha engatusado a esta osa.

—Soy muy feliz en este momento, pero ayer no me dejaste comer, por lo menos carne que no fuera de oso. Estoy famélico. —Mi estomago de lobo rugió como una manada.

—Eres muy malo —dijo dándome una palmada en el culo—, la próxima vez que hable con mis primas igual son ellas las que se escandalizan.

—Me gustaría conocerlas.

—Uh, ellas ya te conocen. Recibimos visitas de familiares los findes, ellas ya saben de tu existencia.

—En este momento me sentiría muy orgulloso de mí mismo, si no fuera por el detalle de que no hablabas de mí exactamente. Así que… estabas ya encaprichada del lobo —retomé el asunto.

—Sí y no. Si hubiéramos acabado juntos, hubiera sido una relación de las de «contigo porque me matas y sin ti porque me muero». Pero soy feliz por él y por ti.

—Explícate. —Tenía mucho interés en saber lo que pensaba.

—Esta experiencia, este trauma de las pieles cambiadas, os ha venido bien a los dos. Kiyu ha madurado de golpe y tú te has relajado.

—¿Cómo que yo me he relajado? No me conocías de antes —pregunté.

—Pero he visto cómo actúas —respondió Ursa—, eso de tu sentido de la responsabilidad. Me he dado cuenta de que, aun siendo tarde, no has saltado de la cama para recoger e ir a por la carreta de Yuta.

—No creas que no me he acordado de nuestros quehaceres. Pero como no me alimente alguien, juro por el dios que rija este mundo que no levanto un dedo.

—Pues tengo una sorpresa para ti. —Se dio la vuelta, se levantó de la cama y volvió con una botella que parecía de champán y una cesta con lo que parecía sushi, salmón ahumado y algo de fruta—. Tiene una tarjeta: «Para la pareja que prenderá la mecha», está firmada por Michael.

—Joder, ahora correría a abrazarlo entre lágrimas para decirle que es un dios del rock. ¿Eso ha estado ahí toda la noche? —pregunté relamiendo.

—Sí, lástima que la bebida esté del tiempo. Estoy ahora mismo que no quepo en mi pellejo, estabas tan dedicado a esta osa que ni te has dado cuenta de la cesta. Por poco te tropiezas con ella al entrar.

—Que básicos somos los machos, ¿verdad? Una buena hembra, algo de comida y el mundo podría arder hasta sus cimientos sin que nos importase. Trae esa cesta y siéntate a mi lado, vamos a comer, a ducharnos y después iremos a buscar a Lars.

Dimos buena cuenta de las atenciones que nos envió Michael, todo estaba buenísimo, el salmón se lo dejé a Ursa, pero el sushi y la fruta me supieron a gloria. Después de ducharnos para quitarnos el olor de haber pasado una noche en vela, nos pusimos la ropa del centro de Yuta.

—El peto vaquero y esa camisa a cuadros no te hace justicia alguna. Ya no voy a poder ver ese rabo tan mono —dije mirándola con la cara de lado.

—A ti sin embargo cualquier cosa que te pongas te sienta bien. Vamos a tirar de Buddy y bajemos a la recepción para dejar las llaves.

—Bueno, yo tengo el equipaje preparado. Me voy ya… ¿Cuántas veces habré escuchado eso esta noche? —Ella cogió una almohada y me la tiró con todas sus fuerzas, pude pararla.

—Eres un sinvergüenza. Anda, vete antes de que te ate a la cama y te deje ahí hasta que pidas clemencia.

—Me encanta cuando te pones romántica. Voy a ver a Buddy, o a lo que quede de él. ¿Te enteras, pelanas? ¡Ponte el peto rápido y escapa de esa cordera!

—¡Eh, que yo no soy una cánida, pero tengo buen oído! Me he portado bien con él, sigue vivo!—Otra hembra con una voz más grande que ella.

—Y Mari tenía un corderito —dije canturreando.

—Qué vellón blanco de nieve tenía. Ni se te ocurra cantarle una

sola estrofa de esa canción. —Ursa estaba terminando de recoger y me miró con cara de pocos amigos.

—Listos o no, ahí voy. —Abrí la puerta que comunicaba las dos habitaciones y me encontré a Buddy de rodillas, abrazado a la cordera y llorando.

—Kiyu, toma la llave de la habitación y ve a la recepción, danos cinco minutos. —No pude decirle que no, estaba sentada en la cama con la cabeza de Buddy en su regazo.

—Siento ser así de corta rollos, pero son las nueve pasadas y Lars nos estará esperando con la carreta llena de… De lo que sea que haya cambiado con Yuta.

—Eres super responsable. Ursa me dijo que eras un saco de pulgas problemático y bastante flojo —dijo Anya.

—¿Eso te contó? Digamos que he cambiado de golpe. Pelanas, anímate, seguro que Yuta te deja libre en menos que canta un gallo.

Bajé los dos pisos que distaban las habitaciones de la recepción y me encontré a Liz tras el mostrador. Seguía teniendo el mismo peinado, pero en esta ocasión iba ataviada con el traje y chaleco que llevaba el viejo Antón. Al verme puso las orejas tiesas y abrió mucho los ojos.

—Me tienes que decir quién eres, cómo has conseguido hablar con Michael para que le dedique una canción a tu chica y qué le has dado para que te dé todo este material. —Estaba entre sorprendida y excitada. Tenía una caja grande en el mostrador.

—Soy Kiyu, en ratos libres compongo canciones, pero no tengo ni talento para tocar nada ni voz para interpretar. Le envié unas letras y quedé con él en verle para darle más material.

—¿Quieres decir que el próximo disco se lo has escrito tú?

—Le he dado letras, la música es cosa suya. ¿Qué tal si me guardas el secreto y a cambio te doy algo de la caja?

—¿Puedo elegir? —Daba saltitos de emoción, era muy mona, al estilo de Ix.

—Ya veremos, no sé qué ha metido el pajarraco este aquí.

Liz sacó una de sus uñas felinas y abrió la caja, dentro había camisetas, pañuelos, vinilos firmados y un poster de la gira. Tenía lo suficiente como para hacer reparto para Yuta, Ursa y dejarle algo a la gata tan perspicaz que estaba tras en el mostrador de El Último Rincón.

—Coge lo que quieras, pero el poster es mío. —El poster era la única forma de tener localizado a Miguel, era de la gira de este año.

—Me llevo un vinilo firmado, esto va para mi colección de tesoros. Muchas gracias, perro grande. —Se arreguindó al mostrador y me dio un beso en la mejilla, justo cuando Ursa asomaba por las escaleras.

—¿Te dejo un segundo solo y ya estás tirando la caña? —pregunto

con un tono cortante.

—Esto no es lo que parece… —le dije agachando las orejas.

—Venga, osa, no te lo voy a quitar, no me van los cánidos. Aunque tu perro mola mucho, me ha hecho muy feliz. —Lo dijo enseñándole el vinilo firmado.

—Ese no será el vinilo que me prometiste a mí, ¿verdad? —Otra vez los brazos en jarras.

—No, guapetona, tu vinilo, tu camiseta y tu pañuelo están en la caja. Si te parece poco con eso, te llevas totalmente gratis y sin cargo alguno un medio lobo. —Abrí mucho los brazos y ella vino a corresponderme.

—¿Medio lobo? Creí que solo eras un perro grande. —Liz estaba asustada, abrazó el disco y dio un paso atrás.

—Sí, ahora podrás poner el vinilo a sonar mientras le dices a todos tus amigos que fue un lobo, amigo de Michael de los Michael Clan, el que te lo regaló. —Ursa me abrazó con mayor fuerza.

—Nunca había visto a uno de vosotros de cerca, solo…

—Solo en libros de texto y lo que dicen las noticias —dijo Ursa mientras me arropaba entre sus brazos—. Tranquilo, lobito, nadie te va a hacer daño mientras yo esté contigo.

—Bueno, Liz, las llaves de las habitaciones. Este lobo no ha quemado, robado y violado nada. —Puse las llaves en el mostrador, ella las cogió con rapidez.

—Bueno, casi nada… —murmuró la osa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya… ¿Me puedo hacer una foto contigo? —Me miró con los ojos entrecerrados y con la cabeza gacha.

—Pues claro que sí, así tendrás una foto real fuera de un libro de texto. —Liz fue corriendo a por la cámara.

Nos pusimos con la chimenea de fondo. Liz le dio a Ursa instrucciones de cómo manejar la máquina de retratar. Parecía una cámara de treinta y cinco milímetros normal, una réflex de toda la vida. Nos hicimos varias fotos. En una de ellas la cogí en brazos y me metí casi toda su cabeza en mi boca mientras ella reía; si había una foto idónea para romper el mito del lobo salvaje, era esa. Me lo pasé muy bien haciendo el reportaje fotográfico y Liz se relajó mucho al interactuar conmigo.

—Estoy deseando revelar las fotos. La que sales con mi cabeza en tu pedazo de boca… Esa la voy a ampliar y enmarcar. Una última cosa, un favor.

—Dime, lo que quieras. Bueno, casi lo que quieras, tengo pareja.

—No es eso. ¿Podrías firmarme tú también el disco? —De nuevo estaba dando saltitos.

—¿Yo? ¿Pero por qué? Yo no soy nadie, solo he nacido con esta

condición. —Firmarle un disco me hacía mucha ilusión, la verdad.

—¿Estás de coña? Eres un lobo, amigo de Michael y sabes qué va a sacar en su próximo disco. Tienes que firmármelo.

—Bueno, si te hace feliz, yo soy feliz. —Sacó un rotulador negro de detrás del mostrador y me lo dio junto al disco—. Para Liz de Kiyu, no te creas lo que ponen en los periódicos de mañana.

—¿Y esto? —Miró la dedicatoria y ladeó la cabeza mientras movía la cola.

—Lo entenderás pronto. Guarda ese disco, dentro de poco tendrá un gran valor —le dije guiñándole un ojo.

Por las escaleras bajaba Buddy con Anya, el pelanas tenía mal aspecto e iba con cabeza, orejas y cola gachas, en el lenguaje cánido no eran buenas noticias. Cuando nos vio en la recepción se animó un poco, por lo menos levantó la cara y movió el rabo tímidamente.

—Gracias por esperarme, creí que ibais a estar ya con Lars —dijo Buddy.

—No hay por qué darlas, pelanas. Pero tienes razón, es tarde y Lars nos estará esperando —respondí mirando el reloj.

—¿Volvemos otra vez al modo responsable? —Ursa parecía disfrutar de ese momento hasta que nombré a Lars.

—Alguien tiene que serlo. Liz, un placer haber casi dormido en esta pensión. Dale las gracias al viejo Antón de nuestra parte —le dije a la gata.

—El placer ha sido todo mío. A partir de ahora no le temeré jamás al lobo feroz. Hablaré con Antón y compartiré este tesoro con todos mis amigos. —Estaba muy contenta, me hablaba abrazada al disco que le acababa de firmar.

—Anya, ¿nos acompañas hasta la entrada del pueblo? —preguntó Ursa.

—Nada me podría separar de este lanudo; además, mi familia me estará esperando allí.

—Pues dos pájaros de un tiro, vámonos —dije.

—Disculpa un segundo. —Liz me detuvo justo cuando abrí la puerta para que salieran todos—. Ten cuidado con Lars, es un racional muy chapado a la antigua. El tema de las parejas mixtas y los lobos no casa mucho con él.

—A estas alturas no me importa lo que piense nadie de mi relación con ella ni de mi ascendencia. Gracias por la advertencia, como diría mi hermanote aquí presente, paz y amor.

Buddy, que hasta ese momento solo tenía ojos para la cordera, se volvió hacia mí e hizo el símbolo de paz con la mano izquierda para Liz.

Salimos de la pensión escuchando las risas de Liz y el replicar de la campanilla de latón. Con toda seguridad atesoraría esos recuerdos por

el resto de mi vida. Hasta hace solo unos días la idea de entablar relaciones íntimas con alguien de este sitio me provocaba rechazo, ahora me parecía algo natural. Tal como me dijo Miguel, esta gente no son animales, simplemente no son humanos.

Las calles del pueblo no se parecían en nada a las calles de un sitio que había albergado un evento de tal magnitud. Todo estaba limpio, no olía a orines y no había cascos de botellas tirados por ningún lado. Igual los animales éramos nosotros, los humanos. Con cada paso que me conducía al desenlace de mi situación aquí, me alejaba de mis ganas de irme. Pensar en marcharme, mientras iba de la mano de Ursa, me causaba un gran pesar.

—¿Otra vez en tu burbuja? Verte así no me hace feliz —dijo Ursa.

—Solo me estaba maravillando del estado del pueblo después del concierto. Y pensaba en que vamos de la mano vestidos de esta forma —respondí.

—Después de que un foco potente como una estrella nos iluminase y nos dedicasen una canción romántica hasta el punto de ser empalagosa, nuestro secreto ya es algo de conocimiento público.

—Viéndolo así… —Le solté la mano y la cogí de la cintura—. Vamos a ver a ese perro tan conservador, quiero ver su cara de desaprobación cuando nos vea tan agarrados a nosotros y a esos dos de la mano.

—Eres todo un provocador. —Me dijo eso y me palpó el culo con ganas—. Aún no me has contado quiénes son Ana Belén y Ramoncín, ¿son artistas de donde tú vienes?

—Sí que son artistas, dos muy grandes —le contesté entre risas.

Recorrimos los escasos cientos de metros que distaban desde la pensión hasta la entrada del pueblo, recorrido más que suficiente para explicarle a Ursa lo de los derechos de autor y a qué se dedicaba la SGAE y sus secuaces. Le resultó indignante y cómico a partes iguales. El concepto de dinero le parecía una abominación, así como lo que éramos capaces de hacer por él los seres humanos; en muchas cosas tuve que darle la razón. Ver como disfrutaba Flash de una profesión que muchos humanos harían de mala gana me abrió los ojos, esta gente se sentía muy plena haciendo cualquier cosa que se les diese bien.

En la entrada al pueblo estaba Lars acompañado de dos de sus niños, las dos hembras tan guapas que vimos al venir.

—Buenos días, en verdad casi buenas tardes. ¿Se os han pegado las sábanas? —Estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y con cara de pocos amigos.

—Sentimos llegar tarde, no tengo excusa posible —dije.

—Igual si hubieras dormido todas tus horas por la noche habrías llegado antes. Andar retozando con un oso no es lo natural. —Y ahí

teníamos los prejuicios.

—¿Y qué sería lo natural para mí? Tienes un dosier sobre nosotros, sabes lo que soy, ¿verdad?

—Sé que no eres un lobo, tampoco eres un perro al cien por cien —dijo Lars.

—¿¡Entonces que tendría que hacer, irme al monte a buscarme una loba!? ¿¡Alguna de tus hijas me querría!? —No me di cuenta, pero Lars estaba empezando a agacharse y a meter el rabo entre las piernas. Sin querer le estaba enseñando los dientes y se me había erizado el pelo.

—Kiyu, no te alteres. No vale la pena, la violencia solo engendra violencia. —Ursa me estaba hablando muy calmada y me cogió de la mano. Me volví a mirarla, de inmediato volví a mí mismo.

—Lo siento, siempre es igual para mí. No quería ponerme así. —Me volví a mirar a los caballos, estaban limpios y parecían frescos—. Ha cuidado muy bien de las bestias, se lo agradezco. —Me acerqué a verlos, ellos bajaron la cara para que los acariciase, parecían muy felices de verme.

—Parece que aparte de los osos se te dan bien los caballos. El más grande por poco pisotea a uno de mis chicos, a ti no te haría nada —protestó Lars.

—Igual ellos, siendo unas simples bestias, saben algo que a usted le es imposible de ver. Si el carro está cargado, no tengo nada más que hablar; si no lo está, mi colega el pelanas, mi novia y yo lo haremos en un momento. —Empecé a tratarlo de usted, siempre lo hacía con la gente con la que no quería tratar.

—El carro está cargado, podéis iros cuando os parezca oportuno —contestó con un tono gélido.

—Muy bien entonces. Buddy, despídete de tu pareja, la que seguro que el señor Lars no aprueba porque es antinatural. —Ursa me apretó la mano, me hizo un poco de daño.

—Pasa de ese carca, Kiyu, el amor es amor. Seguro que alguno de sus niños está liado con alguien que no le gusta. —Las dos niñas de Lars me miraron y asintieron tras su padre, el viejo no se dio cuenta.

—Le deseo toda la felicidad que un racional pueda tener en este mundo. Buenos días —le dije a Lars mientras cargaba mi equipaje y me subía a la carreta.

Dejé que Buddy se despidiera de Anya y hablara con su familia. La cordera no mintió cuando dijo que su familia era bastante abierta, los padres de Anya abrazaron a Buddy como si fuera hijo suyo. Toda la escena ocurrió bajo la mirada de reprobación de Lars, que los miraba sacudiéndose la ropa de trabajo como si la tuviera embarrada en estiércol. Le hice a Buddy una señal para que se sentase delante con nosotros. Arrié a las bestias que salieron al trote dejando atrás Shaiyo

y un montón de nuevos recuerdos. Buddy estuvo mirando hacia atrás hasta que apenas se vio el pueblo.

—No te deprimas, pelanas, seguro que antes de que te des cuenta estás con ella de vuelta. —Le estaba rascando detrás de las orejas al decirle eso, casi inconscientemente lo estaba tratando como a un perro.

—Gracias, Mundo, eres una buena persona. Me voy a ir a la parte de atrás y os voy a dejar tranquilos, tengo mucho en lo que pensar.

—Lo habéis hecho los dos muy bien en Shaiyo, delante de los demás racionales no me habéis tratado por mi verdadero nombre. Eso me deja muy tranquilo.

—¿Qué te creías, que se nos iba a escapar? Incluso Miguel te trató por Kiyu, no somos tontos —exclamó Ursa.

—¿Miguel? ¿Quién es Miguel? ¿Otra piel cambiada? —preguntó Buddy.

—Osa, se te acaba de escapar un dato casi sin importancia. Vosotros aquí lo conocéis como Michael de los Michael Clan.

—Vale, hermano, para el carro. Voy a la parte trasera, ahora sí que tengo cosas en la que pensar, colega. —Se bajó del carro, abrió la lona y se tiró en la parte trasera.

—¿Muchos datos de golpe? ¿Crees que estará bien, osa? —pregunté.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea. Eso de jugar tanto al despiste no es de ayuda a la hora de ver su estado de ánimo. Creo que estará bien cuando duerma. —Ursa estaba un poco apagada.

—Tú también te puedes echar un rato si quieres. Parece que esta noche te ha comido el lobo feroz —dije dándole un pellizco en el culo.

—Después de lo que te ha pasado con Lars, ¿cómo puedes bromear con eso?

—Que me tome las palabras de ese perro racista en serio solo lo empoderaría en mayor grado. Si quieres, puedes echarte aquí delante conmigo, hemos dormido poco y tengo jaleo cuando lleguemos al centro.

—Eres todo un caballero, estoy muerta —respondió Ursa bostezando—. Y sí, me ha comido el lobo feroz. Creo que aún me tiemblan las piernas.

—Creí que era por todas las cosas bonitas que te he dicho.

—Tienes un piquito de oro, pero lo de las piernas es más bien físico. ¿La poesía era tuya?

—¿La poesía? No, me he marcado un Michael. Es la intro en una canción de un grupo rock local, los Conciencia de Grillo. Pero es la primera vez que se la recito a alguien.

—Has plagiado a alguien solo por mí. Me siento tan especial… — Me hablaba con los ojos entre cerrados.

—Eres muy divertida, pero se te ve a leguas que estás cansada. ¿Me

pongo a un lado del asiento y te echas con la cabeza en mi regazo?

—Suena muy bien. ¿Me rascarás detrás de las orejas?

—Solo si me prometes no llenarme el peto de babas.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, sin decirme nada, se acurrucó en el asiento de la carreta y puso su cabeza en mi regazo. Después de acariciarla unos segundos, noté como su respiración se hacía rítmica y sus ojos se movían rápido bajo sus parpados. Fue una sensación rara, hacía solo unas horas estaba haciendo el amor con esta hembra y ahora estaba rascándole detrás de esas orejas pequeñas y ese pelaje tan esponjoso. Era como tener novia y mascota dos en uno, seguro que si le decía eso se mosqueaba… Guardaría esos pensamientos solo para mí.

Había algo que le preocupaba a mi mente racional, habíamos salido tarde del pueblo y era probable que no llegáramos a la hora que le prometí a Yuta que estaríamos en Achi. Los días de la semana de este mundo eran raros, Achi sería el equivalente al sábado terrestre, los findes eran cuando los internos del centro recibían visitas de sus familiares. Creo que el día de las visitas tendría que hacer tremendamente infeliz a Kiyu; sin embargo, yo tenía cosas que hacer ese festivo. Venía el dueño de Lola a verme y la entrevista de Laila era el mismo día.

A lo lejos escuché un silbido, como de un motor eléctrico, y el sonido de unas ruedas en la tierra del carril, el viento me venía de espalda y podía oler a quien venía. Era el cocinero, ese con la voz tan graciosa y que era más fácil saltarlo que rodearlo. Al poco de detectar su olor vi lo que hacía el ruido eléctrico, era una moto, muy parecida a una Custom clásica. Según lo vi, empecé a hacerle señales, aminoró la marcha y se puso a mi lado.

—¿¡Cómo puñetas me has reconocido con las gafas, el casco y vestido de esta guisa!? —Parecía la mascota de un club motociclista.

—Pues tengo un buen olfato, te he olido a kilómetros. Y cuando vi en lo que venías montado, no he tenido más remedio que llamar tu atención. —Seguía teniendo a Ursa en mi regazo, me estaba babeando una pierna—. Avisa a Yuta, dile que llegaremos tarde.

—¿Traéis las manzanas y el resto de los cítricos de la lista? —dijo levantando la voz.

—Si te digo la verdad, lo único que sé a ciencia cierta es que está cargado en la parte trasera Buddy y no debería estar ahí, así que como si no te lo hubiera dicho. He tenido unas palabras poco amables con Lars a cuenta de mi condición y de mi relación con Ursa.

—¡Anda y que le jodan a ese puñetero perro viejo! Sabrá él lo que es pasarlo mal por tu naturaleza o tu relación. ¿Sabías que yo soy uno de los niños de Yuta?

—Rodri, tocinito de cielo, no me acuerdo de nada de una semana

para atrás. Además, me dijiste que no era mucho de tratar contigo ni con nadie.

—Tocinito de cielo, esa me gusta. Me suelen decir «panceta mía» o «chuletita adobada». Ya te lo habrán dicho, pero tendrían que haberte dado en la cabeza antes. Si quieres, podemos quedar y te doy una vuelta en la moto, suelo llevar solo a hembras, pero bueno… Decirle a una hembra que he montado en ese mismo asiento a un lobo estaría bien.

—Anda, tira, dile a Yuta que le voy a exigir un poco a los caballos, pero que llegaremos justos al almuerzo.

—Os guardaré un buen plato a los tres. Sé qué os gusta comer a cada uno. No te preocupes por lo de Buddy, para mí no se ha movido del centro en todo este tiempo. —Volvió a acelerar levantando el polvo del camino.

El estruendo de la moto despertó a Ursa de su siesta. Se espabiló justo a tiempo de ver como el cocinero se alejaba en su vehículo.

—De donde yo vengo solemos decir que «no hay que confundir el tocino con la velocidad», esto sería la representación gráfica de ese refrán. —Lo veía montado en la moto, sobresalía por ambos lados.

—Eso es gracioso, conocía el refrán. Ahora tendré esa imagen de Rodri en moto asociado a ese dicho —dijo Ursa estirándose.

—Anda, vamos a seguir el camino, despertamos al pelanas y nos tiramos detrás en el carro. Ahora que sé qué es lo que lleva, igual me como un par de manzanas y te doy a ti un limón.

—Un limón… Conozco ese chiste, ¿se me ha puesto cara de viciosa? —Me miró con una sonrisa dibujada en la cara.

—Igual el que se come el limón soy yo. Vamos a despertar al lanudo y a dormir un poco.

Por poco tuvimos que volcar el carro para despertar a Buddy, lo peor fue que él no sabía conducir una carreta. Le tuvimos que dar un tutorial avanzado de cómo llevar un vehículo tirado por bestias. La verdad, no me fiaba de sus habilidades para conducir, pero me podía más el sueño y el cansancio que la preocupación. La velocidad del carro tirado por los caballos tampoco era como para tener un accidente mortal, y el pelanas estaba fresco después de dormir un par de horas.

Eran las once y media de la mañana y quedaban otro par de horas largas para llegar al recinto. Quería estar descansado para lo que me esperaba; hablar con el dueño de Lola no me preocupaba, eso sería ameno, la conversación con Laila era lo que me inquietaba. En el sanatorio se portó bien conmigo, pero era psicóloga, no sé si había sido un juego mental para pillarme con la guardia baja o si realmente fue ella la que se relajó por haberle caído bien a Juan. Me quedé dormido haciendo la cucharita con Ursa, solo quería descansar y

aparecer en el centro de Yuta, igual la rutina no era el mayor de mis males.

Psicología barata

Dormí como un tronco, tuve sueños de juventud, pero no eran de la mía, eran de Ursa. Fragmentos y recuerdos de su niñez, flashes que me dieron una idea general de su vida antes de conocerla. De lo que sí me di cuenta fue de que eran recuerdos felices. En ellos, vi como cogían en brazos a Ursa, la manera en que su padre jugaba con ella, destellos de su madre vistiéndola y arreglándole los trajes. Vi incluso como se peleaba con sus hermanos y los calentaba a base de bien. Todo lo que pude ver fue en primera persona, con las manos de Ursa delante de mí campo de visión. Vi como iba al colegio sola, y como volvía de la misma forma. En poco más de dos horas pude ver gran parte de sus recuerdos esenciales, las cosas que te forman el carácter. Las risas con sus primas, los consejos que le daban. Ellas fueron sus únicas amigas. Los intentos por conseguir algo de amor fuera de su familia no fueron fáciles, muchos desengaños, demasiados machos inseguros. Un oso muy guapo encima de ella, y después verlo atravesar una ventana. Un juicio rápido y el centro de Yuta. El resto eran recuerdos de Kiyu. Kiyu montando a caballo, trabajando con los equinos. Recuerdos de ella dibujando con gran maestría…

—¡Eh, pareja, estamos llegando! ¡Tenéis que despertaros, Yuta se va a mosquear si os ve ahí detrás y a mí llevando la carreta! —Buddy parecía colocado, hablaba arrastrando las sílabas.

—¡Gracias, hermano! Ursa, guapa, tenemos que incorporarnos y volver a la realidad. —Levanté la lona para poder incorporarme, entonces vi la cara de Ursa.

—He visto tu vida, Mundo, parte de ella. —Tenía mala cara, parecía muy triste.

—Yo he visto la tuya también, parte de tu juventud hasta ahora. Tenemos tiempo de hablar de todo esto, no te preocupes.

—¿Cómo puedes estar tan entero con todo lo que has pasado? —Tenía una expresión muy amarga en el rostro, no creí que un oso pudiera poner esa cara.

—Me hago una idea de lo que has podido ver. ¿Que cómo puedo estar tan entero? Porque solo tengo dos opciones, pudrirme de odio o seguir viviendo. La segunda me ha traído hasta aquí, hasta ti.

—Mundo, Ursa, tenéis que venir aquí, y yo tengo que escaparme para entrar por otro lado —apremió Buddy.

—¡Va, pelanas, para el carro! En serio, osa, tendremos tiempo de hablar de todo esto. Ahora no es el momento —dije levantando la lona del carro.

Nuestro vehículo se detuvo y ayudé a Ursa a bajarse. Al saltar de la parte trasera, le fallaron las piernas e hincó una rodilla en el suelo.

—¿Qué te pasa, Ursa? ¿Es por el intercambio de recuerdos? —pregunté ayudándola para incorporarse.

—¡No, maldito seas! Me has dejado para el arrastre, estoy que no me tengo —dijo Ursa.

—No quiero que te deprimas por lo que has visto. Por cierto, ya conozco a tus primas, son tan dulces como tú.

—No te preocupes, me ha impresionado ver por lo que has pasado. Me afecta porque me importas. Tenemos que hablar de todo esto, pero, antes, mira tu reloj.

—¡Joder, joder! ¿Has visto la hora que es? ¿Por qué me dices que mire el reloj? —Eran las dos de la tarde pasadas.

—Para reírme un rato del señor mayor que hay metido dentro de ese pellejo de lobo. —Me estaba apuntando con un dedo riéndose de mí.

—¡Pues claro que te gustan los cánidos, eres bastante perra! Vamos al carro y a sacarles músculo a los caballos. ¿Dónde está Buddy? —pregunté mirando para todos lados.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como una ofensa. Buddy paró el carro y se fue corriendo, creo que no quiere dilatar su condena aquí. Es la primera vez que veo a ese chucho correr, es rápido.

Rodeé el carro y vi un punto blanco alejándose a un lateral del cercado.

—¡Coño, como corre para estar tan cansado! Si Anya se mosquea con él, seguro que no lo puede atrapar. Venga, osa, vamos que no llegamos, te quedas sin salmón. —Ella volvió a reírse.

—¡Sí, señor! Pero me doy prisa por el salmón, no porque tú me mandes. —Fue a subirse al carro y tuve que empujarla, le fallaban las piernas.

Recorrimos los escasos kilómetros que distaban del pórtico al centro en pocos minutos. Me preocupaba golpear la fruta que había cambiado Yuta por verdura, pero me importaba menos que llegar tarde. Mi palabra siempre había sido garantía de confianza y no iba a dejar de serlo por estar en otro mundo. Llegamos al punto de partida de hace tan solo un día y allí estaba Yuta bañándose en luz como si no se hubiera movido en todo ese tiempo. Estaba más arreglado, vestía unos pantalones de pinza grises y una camisa azul. Supuse que iría así de guapo por las visitas de los familiares.

—Llegáis tarde, pero justo a la hora que le dijisteis a Rodri. Me

sorprende que seáis tan responsables después del espectáculo que habéis dado en Shaiyo. —Parecía ser que las noticias corrían más que las bestias aquí.

—Será después de ver un espectáculo en Shaiyo. Te traemos las manzanas y los cítricos de Lars, un tipo encantador —respondí arrugando el hocico.

—Descargad el carro e iros al comedor, Rodri os ha guardado algo de comida, aunque no os la merecéis. Lo siento mucho si no os ha gustado Lars, a mí tampoco me agrada ese perro, lo que me interesan son sus manzanas.

—No las hemos probado, no hemos cogido nada del carro —dije.

—Pues coged las que queráis después de descargar. Ursa, tu familia te espera después de comer. A ti, Kiyu, te espera Tzar, es el dueño de Lola. No te preocupes por nada, te he allanado el camino.

Mientras hablaba con nosotros, sin quitar la cara de Helios, nos bajamos del carro y quitamos la lona para empezar a descargar.

—¿Quién ha venido a verme? —preguntó Ursa.

—¡Qué pregunta! Pues tus primas, osa. Tus padres algún día te perdonarán. Entre tanto, no dejes a tus primas revolotear por ahí, distraen demasiado a mis chicos.

—¿Cómo que me has allanado el camino? ¿Ha venido Laila? —preguntaba mientras bajaba la primera caja de manzanas.

—Le he dicho a Tzar que eres casi un lobo, es un tipo muy nervioso, habla en demasía. No se lo tengas en cuenta, él es así, no va a estar nervioso por tu condición. Laila está en mis aposentos esperándote, he dejado que descanse allí, ha tenido un día duro.

—Te he traído algo del «espectáculo que hemos dado». ¿Qué talla de camiseta usas? —pregunté a Yuta.

—Uso la XL, soy un saurio grande. También me gusta su música, aparte de sus camisetas. —Dejó de mirar al astro para mirarme fijamente.

—Por eso te traigo una camiseta, un disco firmado y un pañuelo. ¿Me regalarás una sonrisa? —dije sacando la caja con el material.

—Estoy tan feliz que os voy a ayudar a descargar el carro —respondió remangándose.

Y ese reptil, que hasta ahora parecía, hablaba e iba vestido como un abuelo, empezó a coger cajas de fruta con bastante soltura. En un momento tuvimos la carreta vacía.

—Si eso es todo, vamos a buscar a Rodri, siempre estoy con hambre y hoy estoy especialmente canino. Pero antes… —Cogí un par de manzanas de una de las cajas y le tiré una a Ursa.

—¿Me has tirado una manzana? —Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de pura indignación en el rostro, pilló la manzana al vuelo.

—Es porque ahora me caes bien —le dije con la boca medio llena

mientras le pegaba un bocado a la manzana.

—¡Serás… perro! —Creí que me iba a tirar la manzana, pero se limitó pegarme pellizcos mientras se reía—. Me la has devuelto por lo del reloj, eres un tío vengativo y rencoroso.

—Es muy enternecedor ver como después de un tiempo florece el amor entre mis niños, pero por muy bonito que me parezca tenéis que guardar los modos en mi centro. Hablando de tiempo… —Hizo un gesto con la mano señalando la muñeca para que le devolviéramos los relojes.

—Venga, chucho, sácate el peso de la medición del tiempo y vamos a comer —dijo Ursa.

—Vuelta a la medición a la antigua. —Me quité el reloj y se lo entregué a Yuta—. Tienes razón, Yuta, las manzanas de Lars están buenísimas. Osa, cómete la tuya.

—¿Quieres que haga alguna monería después de comérmela?

—¡No, qué dices! Solo hazme monerías si quieres otra. —Nos fuimos entre risas a ver a Rodri.

Fuimos gastándonos bromas hasta el comedor, en ese momento estaba siendo limpiado por los internos responsables de su cuidado. Rodri nos estaba esperando en la cocina con los platos que nos prometió. Allí también se encontraba Buddy, dando cuenta de unas albóndigas con patatas que olían a ambrosia divina.

—Hey, qué pasa, figuras, habéis llegado justo a tiempo. Un poco más y os coméis estos manjares fríos, tíos. —Otra vez hablaba como un hippie, estaba Rodri delante e interpretaba su papel.

—Qué pasa, hermanote, ¿por eso corrías tanto? La próxima vez que vayamos de caza podrías venir con nosotros.

—¿De caza yo? Qué va, hermano, solo corro cuando me persiguen o cuando tengo que ir detrás de alguna hembra. —Parecía que después de comer había recuperado su ser.

—¿Te valdría si fuese un ciervo hembra? Me has impresionado, chucho lanudo, es la primera vez que esta osa te ve correr, nos serías útil.

—Ursa, guapetona, gracias por la invitación, pero… Como me dijiste, ¿dos son compañía y tres son multitud? —respondió Buddy.

—Me encanta ver que por fin te llevas bien con el resto de los internos, Kiyu. Tal como os prometí, pescado para ti, mamá osa, y para el lobo voraz, un guiso con patatas. —El pescado parecía y olía a salmón, la carne del guiso olía bien, pero no sabía qué era.

—Rodri, no es la primera vez que como este guiso, pero no identifico la carne.

—Es carne de porcino, de una de las granjas cercanas. Son buenos criadores, la carne es de muy buena calidad —puntualizó mientras se acomodaba el mandil.

—Espero que no sea de ningún familiar tuyo… El guiso huele muy bien, tienes buena mano para la cocina —dije dando buena cuenta de la comida.

—Espero que no sea de ninguno que yo conozca —dijo entre risas —. Os dejo que comais tranquilos, voy a descansar un rato, la noche también ha sido larga para mí. Dejad los platos en el fregadero, alguno de mis chicos se encargará de ellos.

—Antes de irte, me dijiste que has sido uno de los chicos de Yuta. Me han ofrecido trabajo aquí.

—Pues estaré honrado de trabajar con un lobo. Si Yuta te ha ofrecido cambiar esa ropa por la de los trabajadores de aquí, es que te tiene en muy alta estima. Os dejo, estoy que no me tengo en pie. ¿Paz y amor?

—Siempre, colega, siempre —exclamó Buddy despidiéndolo con el símbolo de paz. Salió entre risas por la puerta de la cocina.

—Eres todo un actor. ¿Paz y amor? —le dije al pelanas.

—Qué pasa, tío, es mi rollo. No todo es actuación. Comed, que se os va a enfriar. Tengo un mal presentimiento del día de hoy, Mundo, come, te van a hacer falta las calorías. —Terminó las albóndigas, dejó el plato en el fregadero y se fue por el mismo sitio por donde salió Rodri.

—Este tío me desmonta cada vez que abre la boca. Tú lo conoces de más tiempo que yo, Ursa, ¿sabes de qué va?

—Pues va de que es muy listo, es tan listo que sabe hacerse muy bien el tonto. Si te ha dicho que te van a hacer falta las energías, deberías hacerle caso. Me preocupa tu charla con la psicóloga —dijo Ursa.

—A mí también, osita, no sé qué quiere hablar conmigo y la amenaza del «Sanatorio para la Mente» sigue revoloteando sobre mi cabeza. Me gustaría conocer a tus primas, ¿sería posible? —pregunté moviendo el rabo.

—¿Qué? ¡Tienes que conocer a mis primas! Quiero que vean lo que he conseguido cazar. La prima gordita se ha llevado a un pedazo de macho —dijo pasándome una mano por el pecho.

—¿Ahora soy un pedazo de macho? Si no fuese porque no puedo controlar el rabo y estoy moviéndolo, te diría que estoy indignado. Las vi en tus recuerdos, sé que son importantes para ti. Ahora ellas también lo son para mí.

—Es muy raro, Mundo, tú te has llevado buenos recuerdos, no me puedo quejar de mi infancia. Me he sentido querida en todo momento por mi familia; sin embargo, tú lo has tenido muy crudo. —Dejó los cubiertos y me miró con los ojos vidriosos—. Vi a tu padre, cómo trataba a tu madre. Tu dolor por su falta cuando necesitabas una figura paterna y tu rabia cuando estaba.

—No dejes que te afecte, yo ya lo he perdonado. He dejado de odiarlo, ese sentimiento te quita tiempo para pensar en otras cosas. Tengo un lío muy gordo en la cabeza, Ursa —dije con un nudo en el estómago.

—Tienes un corazón enorme, lobo poseído, yo no sería capaz de perdonar todo ese maltrato. Te haré caso, intentaré que no me afecte. ¿Qué lío mental tienes ahora? —preguntó Ursa con la cara de lado.

—No quiero irme de aquí. Ya no, ahora no. Aunque sé que este no es mi sitio, no imagino sitio mejor en el que pudiera estar.

—¿Y qué pasa con los lobos, con Kiyu, con tu madre y tus sueños?

—¿Y qué pasará contigo, con nosotros? Sé lo que tengo que hacer, tengo que hacerlo. Hay una especie de flujo de energía, ente o no sé qué puñetas es, pero me pide de momento a susurros que haga algo. No me gustaría acabar como Miguel, muriendo y reviviendo en otro cuerpo.

—Por mí no te preocupes si somos, como tú dices, almas gemelas, seguro que terminamos juntos —dijo Ursa acariciándome el cuello.

—Intuyo que tenemos una conexión más profunda que solo lo físico, aún no sé qué es, pero lo sé. —La miré a los ojos, ella me limpió la boca con una servilleta y me plantó un beso.

—Sé que tu corazón está conmigo, Mundo, pero tienes que cumplir tu parte. No me gustaría tener que buscarte en otro cuerpo —dijo Ursa.

—Sí, no quiero acabar como Miguel, cambiando de pieles y atiborrado a pastillas para dormir —respondí.

—Lo de Miguel me parece muy fuerte. Todo esto me parece muy fuerte. Hasta hace una semana tenía las cosas bien claras. El Ministerio era bueno, los lobos eran malos y los racionales no se iban cambiando el cuerpo con seres de otro mundo —dijo Ursa en un suspiro.

—Las cosas no son blancas y negras nunca, hay muchos matices de grises entre esos dos colores. Tenemos que ir a buscar a Sun, algo me dice que en su asentamiento encontraremos respuestas —respondí.

—¿Salir de caza? Tienes que dejar que me recupere del día de ayer, tengo las piernas flojas —expuso mientras se frotaba las piernas con demasiada sensualidad.

—Tenía que haberte tirado un limón en lugar de una manzana, no sabía que un oso pudiera poner esa cara de salida —dije regalándole una sonrisa.

—¡Pero bueno! Termínate el guiso y despacha rápido al dueño de Lola. Te esperaré por aquí cerca del comedor. Fuera hay unos bancos a la sombra de los árboles, allí es donde mis primas y yo solemos ponernos al día.

—Será donde soléis marujear mientras miráis el culo a todo bicho

que pase.

—Podrías pasar por delante haciéndote el distraído, igual sientes la presión de seis ojos punzándote el trasero. —Lo dijo entre risas.

—Me gusta ese plan —le dije mientras le robaba un beso—. Sabes a salmón, osa.

—Y tú a guiso de carne, estás riquísimo por todos los sitios. —Seguía teniendo esa expresión en la cara.

—Me gusta por dónde va la conversación, pero tengo a un racional muy nervioso esperándome. Vamos a terminar de comer y a reunirnos con quienes han venido a vernos.

—Otra vez el señor mayor metido en ese cuerpo de perro grande. Vamos, quiero ver a mis primas.

Terminamos de comer, dejamos los platos en el fregadero y después de fundirnos en un abrazo nos despedimos. Según me separé de ella, empecé a echarla de menos. Ya me había enamorado antes, había tenido parejas, pero la sensación que tenía con esa mujer, con esa hembra, era lo mismo multiplicado por un millón. Igual era por los instintos ligados a este cuerpo o igual era que estaba enamorado hasta las trancas de ella.

Cuando llegué a las cuadras, vi algo que temía ver desde que llegué aquí. Tzar era un equino y estaba montando a caballo. Si no fuera porque estaba llevando mal a Lola, me hubiera reído de la escena. Le tiraba demasiado de las riendas y la espoleaba mucho, ahora estaba arrepentido de llegar tarde, el pobre animal se estaba llevando una paliza. Llamé a la yegua de lejos, esta giró las orejas hacia mí, volvió la cabeza y creo que la vi hasta sonreír. Vino al trote sin hacerle ni puñetero caso a su jinete.

—Este animal está maldito, no hace nada de lo que le pido y encima ha intentado tirarme tres veces. —Tzar se bajó del caballo y me hablaba sin quitarle ojo a Lola. Era un poco más alto que yo e iba vestido de jinete, polo de manga corta, pantalón marrón y botas altas, llevaba una fusta para completar el atuendo.

—Buenas tardes, soy Kiyu, el cuidador de este animal. Lo que me está diciendo es la primera noticia que tengo sobre el comportamiento de Lola. —Al escuchar su nombre dicho por mí se acercó más y empezó a lamerme la cara—. Qué pasa, bonita, sí, te he echado de menos. Eres tan buena, ¿quién es mi chica favorita? —Otra vez le estaba hablando como un bebe a un caballo de este mundo.

—Pero ¿cómo es posible? —Tzar tenía los ojos como platos y la boca muy abierta.

—Yuta me dijo que era usted muy nervioso, al verlo montarla me he dado cuenta de ello. Venga aquí. —Le agarré de la muñeca, pegué su espalda en mi pecho y puse su mano en la frente de la yegua—. Respire profundo, tranquilícese. Ella puede notar sus emociones. Yo

tengo el olfato muy fino, puedo oler lo intranquilo que está. Relájese, respire. —La yegua resopló y se inclinó a su dueño.

—Es la primera vez que me deja tocarla sin estar cogida por unas riendas. —Tzar hablaba casi susurrando, estaba alucinando.

—Si me deja un poco de tiempo, le puedo enseñar a llevarla sin espolearla ni usar eso que lleva en la mano. —Le señalé la fusta.

—Esto es increíble. Estoy aquí, con un animal que me podría pisar delante y un lobo detrás. Ahora mismo estoy muy tranquilo. —Podía sentir su pulso, la respiración e incluso los cambios hormonales de aquel racional, estaba lleno de paz.

—Solo soy mitad lobo, pero ninguna de mis mitades tiene intención de dañarlo. El animal que tiene delante podría quitarnos la vida a los dos, si quisiera podría alzarse sobre sus cuartos traseros y quinientos quilos de caballo caerían sobre nosotros. Ella no tiene maldad ninguna, no nos haría daño voluntariamente. Quiero que deje la fusta colgada junto a su cuadra, eso no le gusta ni a ella ni a mí.

—Me puedes tutear, tengo mucho que aprender.

Me retiré hacia los establos y dejé a Lola con su dueño.

—Eso que has hecho es pura magia. —Era Jacob, que había visto toda la escena desde el pasillo de las cuadras.

—¡Hey, qué pasa, gato! Magia la que tienes en las manos, me encantó la hebilla de la correa, muchas gracias. —Le di la mano y lo arrastré para darle un abrazo—. Hueles a plumas, me alegro mucho por ti.

—Y tú hueles a osa que tiras para atrás. He visto a Ursa con sus primas, andaba raro. ¿Qué le has hecho?

—¡Ay, gatito, qué no le he hecho! Digamos que ahora mismo me quiere muchísimo.

Él me abrazó con fuerza riendo con ganas, era la primera vez que lo escuchaba reír.

—Me alegro mucho por los dos, en serio. Tengo que hacerte una pregunta —dijo Jacob cambiando el semblante.

—Sé qué me vas a preguntar, y sí, tengo la respuesta. No te va a gustar, pero la fuente es otra piel cambiada. —Seguía abrazado a él y le hablaba muy bajo.

—Hablamos luego, tienes a ese tío esperándote con la cara muy larga. —Estaba contento, no sé si era por Ursa, por mí, o porque tenía noticias sobre su madre.

—Muy ingenioso, como es un equino tiene la cara larga. Joder, Jacob, ahora me acordaré del chiste cada vez que hable con él.

Jacob se volvió a reír mientras se marchaba camino a los talleres.

Estuve un rato hablando con Tzar sobre cómo tratar a su yegua, qué comida le gustaba, dónde acariciarla, cómo hablarle… Para ser el propietario de un animal y querer criar más, sabía muy poco sobre

ellos. No sé si, al ser él mismo un equino, habría algún tipo de paralelismo entre lo que le gusta a un racional y a un animal de su misma naturaleza. Si yo como medio lobo tenía unos instintos bastante arraigados, algo parecido debería tener este individuo. Cuando dejé a Lola con su dueño, ambos parecían disfrutar de un paseo al trote. Me quedé tranquilo por los dos y satisfecho de haber enseñado algo de respeto y cariño para con los animales.

Cuando fui a buscar a Ursa solo me encontré a sus primas, estaban esperándome en los bancos que ella me indicó. Ellas, al verme llegar, dejaron de hablar entre sí para prestarme toda la atención de la que disponían. Me miraron y cuchicheaban entre ellas de forma que no me enterase qué era lo que decían. Eran muy parecidas a Ursa, salvo por que eran más menudas y menos corpulentas que su prima reclusa. Al estar a escasos metros, se levantaron del banco para presentarse.

—Ursa tenía razón, eres un pedazo de espécimen, ahora entiendo por qué nuestra osa favorita tenía las piernas como gelatina. Me llamo Saba y ella es Tola, un placer poder conocerte al fin.

Me quedé quieto, no sabía si darles la mano, besarlas o yo qué sé. Tantas preguntas que le hice a la osa y seguía sin saber nada de este sitio.

—Aunque os parezca mentira, es como si os conociera de hace mucho. —Les tendí la mano, a lo que ellas respondieron abrazándome.

—De qué vas, medio lobo, ¿desfloras a nuestra prima y nos quieres dar la mano como un perrito adiestrado? —Tola parecía aún menos reservada que su prima Saba, las dos tenían el pelaje más claro que Ursa, pero igual de suave.

—Cuando pruebas los brazos de un oso… Me gustaría corresponderos, pero me habéis dejado atrapado. —Me quedé entre un sándwich de osas donde la carne era de lobo.

—Perdona, pero después de lo que nos ha contado Ursa estamos muy emocionadas. Te has portado muy bien con ella, has sido muy tierno. —Saba le hizo una señal a Tola y me liberaron de mi cautiverio úrsido.

—Ella se merece eso y más. Me está haciendo muy feliz, no lo he tenido fácil por mi condición. Hablando de Ursa, ¿dónde está?

—Vino una perra muy guapa que quería hablar con ella en privado. Dijo que estarían en los aposentos de Yuta.

—¿Una perra rubia, un poco más pequeña que yo y con muy buena figura? —Me temía lo peor.

—¡Sí, esa misma! No será tu novia que se ha enterado de que se la has pegado con una osa, ¿verdad? —Tola parecía dispuesta a pelearse conmigo.

—¿Qué? ¡No! Si no había estado antes con ninguna hembra, ella ha sido la primera. —En parte era verdad, por lo menos en este mundo.

—Pues te tienes que haber documentado bien, nuestra prima ha sido muy gráfica. —Saba parecía otra osa que tendría que estar chupando un limón.

—Desde luego, qué poco discreta es esta chica. Me gustaría quedarme con vosotras y discutir esos detalles tan gráficos que me comentáis, pero me preocupa esa cánida. ¿Qué le dijo exactamente para que se fuera con ella?

—Dijo algo sobre un espectáculo en Shaiyo y unos dibujos.

—Os tengo que dejar, hablamos luego, os lo prometo. ¡Un placer haberos conocido!

Me temía lo peor, el corazón se me iba a salir del pecho, casi sin darme cuenta empecé a jadear antes incluso de ponerme a correr.

Recorrí los cientos de metros que separaban los comedores de los aposentos de Yuta en pocos segundos. Justo cuando iba a subir al porche de su casa, se abrió la puerta y salió Ursa entre lloros y sollozos.

—Joder, Ursa, ¿qué te ha hecho esa perra? —Estaba furioso, quería coger a esa psicóloga tan mona y despellejarla.

—¡Lo siento, lo siento mucho! ¡He metido la pata, ve y habla con ella! Si cooperas, todo será mejor para ambos. —Estaba mirando al suelo con los puños apretados, justo como en el sueño que tuvimos compartido solo una noche atrás.

—Pero qué dices, guapa, seguro que no es para tanto. —Le cogí la cara para que me mirase a los ojos—. Sea lo que sea de lo que crees que eres culpable, todo se arreglará. Te lo prometo.

Ella me abrazó fugazmente y se fue corriendo.

—¿Qué tal, Kiyu? No ha pasado tanto tiempo, ¿cierto? —dijo alguien a mis espaldas.

Al girarme vi a Laila en la puerta de los aposentos de Yuta. Vestía unos pantalones cortos con muchos bolsillos y una camiseta clara deportiva, tenía un aire informal, pero me habló con un tono frío.

—No lo suficiente, creo. Me parece que querías hablar conmigo. —Me había remangado la camisa y podía ver como el pelo de mis brazos estaba totalmente erizado. Debía calmarme, no quería un enfrentamiento con un agente del Ministerio, eso no nos convenía a ninguno de los dos.

—Pasa y ponte cómodo, Yuta vendrá en un momento —dijo Laila con el mismo tono.

Me descalcé para entrar en los aposentos de Yuta, sobre la chimenea estaban las astas del ciervo que cazamos solo dos noches atrás.

—Al fondo, por favor, tendremos más intimidad allí. —Me señaló la habitación donde solía descansar Yuta.

—¿Seguro que esto es apropiado? Es el dormitorio de Yuta.

Su cama estaba hecha, sobre ella y perfectamente puesta había una

muda de ropa. La estancia olía a él.

—Yuta lo ha dispuesto todo. Quería que nuestro encuentro tuviera la máxima discreción —aclaró ella.

—¿Y qué tiene que ver Ursa en nuestra entrevista? Ella no tiene nada que ver aquí. —Otra vez me estaba alterando.

—Pues para no tener nada que ver aquí se te ve muy nervioso. Siéntate tras el escritorio.

Obedecí de mala gana, ella se sentó frente a mí al otro lado de la mesa de Yuta.

—Me gustaría terminar pronto con esto. Estaba muy a gusto hablando con las primas de Ursa y me encantaría volver con ellas —dije apremiandola.

—Creí que te alegrarías al verme. No terminamos tan mal en el Sanatorio de Yokaido.

—Y tenía ganas de verte, hasta que he visto salir a Ursa llorando de este sitio. Aquí solo estas tú, así que eres la responsable de que se encuentre en ese estado. —Cada vez que pensaba en Ursa llorando me entraban ganas de morder a esa hembra.

—Ursa es una pedazo de hembra, me ha costado mucho quebrarla. Pero yo conozco la mente de los racionales, da igual la raza, siempre hay un punto débil. —Al decir eso último dejó caer en la mesa el bloc anillado que me enseñó Ursa en su barracón, era su cuaderno de dibujo—. Vamos, no seas tímido, ábrelo.

Al abrir el bloc lo primero que encontré fueron bocetos de manos, de las manos de Kiyu. Dibujos de caballos, de Kiyu a galope, el lobo abrazado a una yegua, Kiyu comiendo fuera del comedor común. Había un montón de dibujos y bocetos del mestizo, todos con un gusto exquisito.

—Esto solo demuestra que Ursa está muy colada por mí. Sé que el Ministerio no aprueba esta clase de relaciones, pero tampoco están prohibidas —dije deseando no encontrar el dibujo que temía.

—Sigue pasando las hojas, por favor. —Me hablaba con un tono serio, pero podía notar una nota triunfal en sus palabras.

Al pasar páginas de dibujos la última me dejó de piedra. Era el retrato que hizo después de describirle mis rasgos humanos. ¿Cómo podría salir de esta situación? ¿Cómo hacerlo sin perjudicar a la osa? ¿Por qué puñetas no quemó el maldito dibujo?

—¿Qué es esto? Parece un mono calvo y enfermo. —Al ver esa imagen me empezó a temblar la mano.

—¿Verdad que sí? Tiene mala pinta. Tengo otra imagen que mostrarte. —De un portafolios sacó una foto de un cánido, un pastor alemán, tenía unos cuantos de golpes y sangraba por la nariz.

—Uh, eso tiene que doler. ¿Qué le ha pasado a este tío? —Conocía a ese perro, era Ozzy.

—Según él, fue a pegarle a un lobo que iba acompañado de una osa. En lugar de pegarse con el lobo, terminó de bronca con sus amigos. Contó una historia muy enternecedora en la cual decía que el lobo le dio una lección de humildad. Dijo que el lobo le defendió de sus amigos y que, lejos de querer agredirle, dejó que le pegase. Se quedó muy impresionado con Mundo el lobo.

—Seguro que se ha equivocado de nombre, mírale la cara, le dieron muchos golpes. —Mientras hablaba con ella empecé a detectar otro olor, el de los uniformes de los agentes del ministerio.

—Según el informe, dijo, y cito textualmente: «Ella dijo: "Mundo, ten cuidado, te puede hacer daño", después dejó que le pegase». ¿Vas a seguir haciéndote el tonto o vas a empezar a hablar conmigo?

—Seguro que escuchó mal el nombre, seguro que Ursa dijo «chungo» o algo parecido. —Estaba mirado la ventana tras el escritorio, parecía una buena forma de salir de esta situación.

—Primero no conocías a ese cánido, y ahora se ha confundido con el nombre. Sabes que no es la primera vez que escuchamos ese nombre, ¿verdad? En el Sanatorio y entre sueños repetías ese nombre una y otra vez. La ventana a mis espaldas no es la mejor opción para escapar de mí. —No se le escapaba ni una.

—La puerta tampoco, para venir aquí extraoficialmente después de visitar a la familia, se te ve muy preparada.

—Venga, macho, solo quiero unas pocas respuestas. Hazme la vida más fácil.

—¿Si contesto a todas tus preguntas, dejarás tranquila a Ursa?

—Ursa no tiene nada que ver en todo esto. ¿Te vale así? —dijo ella cruzando las piernas y recostándose en la silla.

—No pensé que esto terminaría así. He pasado por mucho, por muchísimo desde que llegué aquí. No quiero ir al Sanatorio para la Mente, ese sitio no existe. —Ursa me dijo que cooperara, que sería lo mejor para los dos. La echaría de menos.

—¿Qué significa «desde que llegué aquí»?

—Antes de responder a sus preguntas, ¿cuánto tiempo lleva trabajando para el Ministerio como psicóloga?

—¿De repente me tratas de usted? Llevo cinco años trabajando en ese puesto. Me gradué y acto seguido empecé en el hospital de Shokaido como psicóloga y terapeuta.

—¿En cinco años a cuántos racionales con mi cuadro ha mandado a un Sanatorio Mental? —pregunté.

—A cuarenta y ocho racionales, todos de distintas razas y sexos.

—Menos mal que está sentada, porque le voy a contar dónde ha mandado a esos cuarenta y ocho desgraciados.

Le conté todo, todo lo que me pasó en esta larga e intensa semana. Mi llegada, el vínculo con el dueño de este cuerpo, lo de las pieles

cambiadas y cómo me había enterado de la farsa del Sanatorio para la Mente. No le di el nombre de mi fuente de información, Miguel ya había pasado suficiente. Le dije como había encontrado aquí el amor, como creía a ciencia cierta qué Ursa estaba hecha para mí. Intentaba por todos los medios tocar el corazón de esa hembra para que no me enviase a un campo de concentración, para que no me alejase de Ursa y de mi misión con los lobos.

—O sea, que el mono calvo y enfermo eres tú. Tú eres de verdad eso y Kiyu, el verdadero propietario de ese perro grande, está metido en el cuerpo humano. Tenéis conversaciones cuando estáis dormidos y Ursa es tu alma gemela. El Ministerio es el mal encarnado y no eres el primer ser humano que llega aquí con un cuerpo que no le pertenece —dijo Laila.

—Dicho así parece el guion de una película mala de serie B. ¿Me va a hacer otro test o me mandará directamente al «Sanatorio»?

—No lo sé, necesito una segunda opinión. ¿Qué te parece, Yuta? —dijo Laila hablando al fondo de la estancia.

—Creo que concuerda con muchas cosas que tenía medianamente claras. —La voz de Yuta venía de mi espalda, del fondo de su habitación, pero no conseguía ver a nadie.

—¿Qué hacemos con este elemento? —Seguía hablándole al mismo sitio, pero no había nadie allí.

—De momento, vamos a sentarnos y hablar para tranquilizarlo. No te preocupes por Ursa, ella estará bien. Es más, deberías ir a buscarla para que hablemos los cuatro. —Poco a poco, empezó a dibujarse la silueta de Yuta frente a su cama, mientras cogía la ropa que estaba encima. Su cuerpo había adquirido el mismo color que la pared.

—¿Cómo es posible? ¿Has estado ahí todo el tiempo? —Pude olerlo, pero creí que era su ropa.

—Sí, Mundo. He estado aquí todo el tiempo. Ahora mismo soy muy feliz, has dado respuesta a muchos de mis interrogantes. No te preocupes por Laila, es uno de mis niños —dijo Yuta dejándose caer en la cama. Parecía estar agotado.

—¿Tú has pasado por aquí? ¿Has sido una chica mala? Qué digo mala, eres una hija de…

—Menos mal, has dejado de tratarme de usted. —Estaba contenta, había dejado el tono seco y movía el rabo—. Sí, he pasado por aquí. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse, admitir el error y enmendarlo es lo complicado. —Sonaba a «manual para una vida plena» de Yuta.

—Vale, Yuta, es uno de tus niños perdidos. ¿Me podéis decir qué le habéis hecho a mi osa? ¿Sabes que me han entrado ganas de arrancarte un brazo y pegarte con él? —dije enseñándole los dientes.

—¡Jolines, eso es demasiado explícito para mi gusto! Tenía que

ponerte en situación y ver cómo reaccionarías, queríamos saber hasta qué punto te sacrificarías tú con tal de no perjudicar a alguien de aquí.

—Yo no hubiera permitido que le pusieras un dedo encima. Ella ya no está bajo mi tutela, pero sigue siendo uno de mis niños —dijo Yuta mientras se vestía.

—Ahora mismo no me caéis bien ninguno de los dos. ¿De qué va eso del camuflaje, es algo de tu raza? Da mucho yuyu —exclamé intentando no fijarme en la desnudez de Yuta.

—Es una habilidad que algunos de los nuestros aprenden con el paso del tiempo. Pero no lo suelo hacer, cuesta mucha energía y ya tengo una edad —afirmó Yuta mientras se abrochaba la camisa, lo hacía con lentitud como si los botones estuvieran hechos de plomo.

—Tengo una pregunta para ti, Laila. ¿Llegué a pasar el test? —pregunté temiendo saber la respuesta.

—Ni te acercaste —respondió Laila riéndose—. Tuve que falsear un montón de papeles para que ese pellejo de lobo no terminase en, ¿cómo lo has expresado?, el Guantánamo de Disney. No me ha quedado muy claro, pero seguro que te referías a un penal de máxima seguridad.

—Pero, entonces, ¿por qué ayudarme? ¿Por qué trabajar tanto por mí? No me conocías de nada, solo era un paciente con un historial no demasiado bueno —dije con la cara de lado.

—¿Recuerdas a Juan? —pregunto Laila sonriendo.

—Claro que lo recuerdo, ese pedazo de gato que olía tan bien. Fue muy atento conmigo.

—¿Recuerdas cuando te cogió las manos para que bajases de la cama? —volvió a preguntar igual de alegre.

—No me jodas que él también —dije con la mandíbula desencajada. Recordaba la escena como si fuera ayer.

—No me lo ha dicho abiertamente, tiene muchísimo miedo del Ministerio. Me contó que al tocarte vio algo en ti, me dijo que, hiciera lo que hiciera, no te mandase al Sanatorio para la Mente, que eso terminaría contigo. Me rogó por tu vida apelando a nuestra amistad. Jamás lo había visto así, me llegó muy adentro. Todos quieren a Juan, es un tío atento y un excelente profesional. No pude decirle que no. Tras mi charla con él, llamé a Yuta. Le dije que tú podías ser uno de esos que vuelven cambiados.

—En este momento, creo que yo también quiero a Juan. ¿Puedo entonces dejar de emplear la carta de la amnesia? —pregunté poniendo cara de perro al que le enseñan una zapatilla.

—Era una carta un poco vaga —respondió Yuta—. Después de hablar con Laila, tuve la sospecha de que algo pasaba contigo. Casi desde el principio sabía que tú no eras Kiyu. Has dicho que te

comunicas con él en el plano onírico.

Yuta no mostraba expresiones en el rostro, pero la voz delataba su preocupación por el mestizo.

—Kiyu está bien, ha madurado mucho en esta semana. Está en mi cuerpo, conviviendo con mi madre. Estar en un hogar con mucho amor materno le ha sentado de lujo. Incluso le confesó sus sentimientos a Ursa —dije.

—Suficiente —exclamó Yuta—, ve a buscar a la osa. Está demasiado implicada como para no estar presente en esta conversación. Además, si tenéis esa clase de conexión, tiene que estar muriéndose por dentro, no me gusta ver a mis niños sufrir innecesariamente.

—Podrías haber pensado en ello antes de involucrarla de esta forma. La pobre tiene que estar apretando los puños hasta clavarse las uñas. Voy a por ella. —Me preocupaba mucho, se sentía culpable por lo del retrato.

Antes de salir de la habitación de Yuta empecé a escuchar jaleo fuera de su edificio, eran las primas de Ursa hablando con Fer, más bien parecían gritarle. Al abrir la puerta vi a esas dos osas tan simpáticas apuntando con el dedo a ese cordero tan viejo, pidiéndole explicaciones de una forma poco amable.

—¡Te he dicho que quiero ver a esa perra! ¡O me dejas pasar o te pelo y me hago unos guantes con tu lana! —Tola parecía hablar muy en serio.

—¡Nadie se mete con nuestra prima, llego a ser yo y me hago una chaqueta con el pellejo de esa perra! —Saba tampoco parecía contenta, no me convenía lastimar a Ursa nunca.

—Vale, vale, tranquilas, aquí nadie va ni a esquilar ni a desollar a nadie. —Cogí a Fer en peso y lo puse detrás de mí, el pobre estaba temblando—. ¿Dónde está mi osa?

—Está detrás de esos árboles, hecha polvo. No paraba de repetir que todo es por su culpa —dijo Saba.

—Vale, no quiero que hagáis ninguna tontería. Quedaos aquí y no molestéis a Fer, que está muy mayor. —Fer miró hacia arriba, en ese momento entendí la frase «mirar con cara de cordero degollado».

Salí corriendo a donde sus primas me indicaron, de inmediato puse mi olfato a trabajar. Me fue muy fácil encontrar su rastro de entre todos los olores en la arboleda. Su esencia se internaba en el bosquecillo hasta un árbol grande en medio de toda esa vegetación. Miré arriba y allí estaba, abrazada al tronco a unos diez metros de altura.

—¡Ursa, o bajas tú o voy a por ti! —Según le dije eso me acordé de mi madre.

—¡Vete, huye de mí! ¡Por mi culpa van a encerrarte! —Se había aferrado al árbol y ni siquiera me miró.

—¿Me ves encerrado? O bajas o te juro que corto el árbol. Tengo buenas noticias.

—¿Buenas noticias? ¿No te llevan al campo de concentración? —dijo Ursa despegando la cara del tronco, tenía los ojos rojos y la cara empapada.

—Al contrario, creo que nuestra estancia aquí va a ser breve. Baja ya, se me va a torticolis de tanto mirar arriba.

—¡Bajo, apártate del árbol! —Ella empezó a bajar haciendo saltar parte de la corteza.

—No dejas de sorprenderme, ¿si te pongo en un salto de agua con la boca abierta me traerás salmones?

—Solo si es temporada de pesca. —Al poner un pie en suelo me dio un abrazo—. ¿Qué buenas noticias son esas? Te veo muy sereno, eso me tranquiliza.

—Laila es uno de los nuestros, de los niños de Yuta. Todo ha sido una prueba —le dije abrazándola fuerte.

—Será hija de… ¿¡Sabes el rato que me ha hecho pasar!? ¡Creí que no iba a volver a verte nunca! —exclamó abrazandome con más fuerza, sentí como me crujía la espalda. Parecía echar un pulso conmigo a ver quien espachurraba más fuerte a quien.

—¿Y pensabas que encaramándote a un árbol ibas a solucionar algo? ¿Algún instinto de los osos? Ursa, corazón, me estás haciendo daño —dije con el poco aire que me quedaba en los pulmones.

—Perdona, Mundo, te suelto. Deja de analizarlo todo como si fueras un explorador intrépido. Me da mucha vergüenza, pero sí, son cosas de osos. He sentido un gran peligro y lo único que se me ha ocurrido es subirme a un árbol.

—Venga, ya que estás aquí abajo vamos a hablar con Yuta. Ahora mismo es el saurio más feliz de este planeta. No estoy enfadado contigo, osa, lo del dibujo que te pedí que quemases ha sido una cagada, pero no ha llegado la sangre al río. No merece la pena que te preocupes por ello —dije acariciándole la cara.

—Ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara. Te he puesto en peligro solo porque quería tener un recuerdo tuyo —dijo ella mirando al suelo.

Dejé de acariciarle la cara, se la cogí con las dos manos y me quedé mirándole los ojos muy fijamente.

—Ahí está ese brillo que me tiene loco. No te va a hacer falta nada para recordarme, no me perderás nunca. Vamos a ver a Yuta, eso si Saba y Tola no han echado su casa abajo. —Le cogí de la mano y tiré de ella.

—¿Has conocido a mis primas? —Parecía sorprendida.

—Hace solo media hora que las conozco y ya las quiero como si fueran de la familia. Me han dicho que les has contado detalles muy

gráficos de la noche de Shaiyo.

—Sí, he conseguido escandalizarlas. Ya no soy la prima virgen. —Volvía a reír, era buena señal.

Al salir de entre los árboles lo primero que vimos fue a las primas de Ursa sentadas en los escalones del porche de Yuta. Parecían cansadas y enfadadas. Fer estaba en el dintel de la entrada con una mano en la puerta, como si en cualquier momento las osas fueran a levantarse y poner una puerta cerrada de por medio fuese a salvarle la vida.

—Esto no es bueno, mis primas están en modo cabreo. ¿Cómo has conseguido que la casa de Yuta siga en pie? —dijo Ursa parándose en seco.

—Solo les he dicho que no hicieran tonterías y que no molestasen a Fer. Me tienes que haber puesto por las nubes si me han hecho caso de esa forma —le dije dándole una palmada en el culo y retomando la marcha.

—Prima, dinos qué pasa. ¿Quieres que arrasemos esto? —Tola se puso de pie, estaba crujiéndose los nudillos.

—Osa, ahora mismo me da mucho miedo hacerte el más mínimo daño —le dije al oído, ella se rio.

—Tranquilas, ha sido todo un malentendido. Voy a entrar a hablar con Yuta y con Laila, todo está bien. Iros a hablar con Fang, os ha preparado algo —anunció Ursa.

—¿En serio estás bien? —Saba estaba como si le hubieran quitado un peso de encima.

—¿De verdad ese pavo mariquita nos ha preparado algo? —Tola cambió de «muerte y destrucción» a «vamos de compras» en menos de un segundo.

—¿A vosotras también os ha tocado el culo? Conmigo fue muy metódico —dije con la cara de lado.

Ellas se volvieron y me pegaron un repaso.

—Pues claro que te tocó el culo, en su lugar yo hubiera hecho lo mismo —intervino Tola.

—Tus padres llegarán a apreciarlo, osa, seguro que pondrán reparos, pero terminarán queriéndolo. Vamos, Tola, deja de acosar al chucho, ya está pedido. —Saba cogió a su prima de la mano y se fueron cuchicheando a ver a Fang.

—En tus recuerdos había otra prima, era más pequeña que esas dos y con el pelo más oscuro. ¿No ha podido venir? —pregunté.

—Nadia, está embarazada y casi a punto de parir. No le convenía viajar, aunque ganas no le faltaron.

—Me caen francamente bien, son un torrente de energía —dije mirando como se alejaban—. Cuando entremos no te enfades con Laila, quería ver de qué estaba hecho

—Kiyu le hubiera arrancado una pierna y le hubiera pateado el culo con ella por hacerme llorar.

—Yo le he dicho algo parecido, he tenido que contenerme por ti. Me daba igual lo que me pasara, pero no quería perjudicarte.

Ella volvió a abrazarme al modo oso. Solo me soltó al escuchar a Fer carraspear.

—¡Ya vamos, Fer! Para ser tan mayor tiene poca paciencia, ¿no te parece? —dijo Ursa lo suficientemente alto para que el asistente de Yuta se enterase, este resopló y se metió dentro de la casa de Yuta.

—Vamos dentro, tenemos una misión y ahora tenemos muchos refuerzos —dije tirando de ella.

Nos descalzamos y entramos en el pequeño edificio que usaba Yuta como hogar dentro de sus instalaciones. Para tener tantas tierras, el lagarto no se había edificado una mansión, vivía bien con una casita de apenas ochenta metros cuadrados. Dijo que le había hecho muy feliz, debía saber algo sobre las pieles cambiadas y yo le había dado la certeza que tanto estaba esperando. Estaba muy emocionado, por fin podía hablar con ese lagarto, con ese saurio sin tapujos. Él me podría dar más respuestas y podría prestarme ayuda para cumplir mi misión con Kiyu y los lobos.

El final se aproximaba, cruzaba la puerta para ver a Yuta de la mano de Ursa. La suave pero poderosa mano de ella; si quisiera, podría retenerme en este mundo solo agarrándome con esa mano.

Bailando con lobos

Al entrar en casa de Yuta, nos encontramos a Laila sentada junto a él en la mesa del salón. Estaban merendando unas pastas y tomando el té, como si nada hubiera pasado. Hacía escasos momentos habría mordido a esa hembra tan mona hasta la muerte solo por proteger a Ursa, y ahí estaba, tan feliz tomando unas pastas. Fer, después de dejar otras dos tazas y unos platos para nosotros, se marchó cerrando la puerta tras de sí. Todo estaba dispuesto para que tuviéramos una charla tranquila con algo para merendar.

—No es así cómo me imaginaba que se planeaban las revoluciones —dije mientras cogía la silla para que Ursa se sentase.

—Vaya, eres todo un caballero, eso me gusta —dijo el reptil inexpresivo con tono jovial.

—Se lo habéis hecho pasar mal, perdón, corrijo, nos lo habéis hecho pasar mal. Nada de esto era necesario —protesté.

—Ella daría la vida por ti, he tenido que ponerla en una situación realmente incómoda para que te entregase. —Laila hablaba con mucha prudencia.

—Me dijo que iba a separar a mis primas y mandarlas a centros del Ministerio solo por ser familiares míos. Que se inventaría algo para incriminarlas. —Al escuchar eso me volví para mirar a Laila, me costó horrores no enseñarle los dientes.

—Serás muy mona, pero eres una hija de la gran… ¡Eso no se hace! —Las emociones en el cuerpo de Kiyu eran muy fuertes, otra vez estaba con el pelo erizado.

—Venga, ya pasó. Todo ha sido una farsa para ver qué nivel de implicación teníais el uno con el otro —dijo Laila.

—Ya, ¿lo del olor a uniformes del Ministerio también era parte de la farsa? —pregunté.

—Tenía que cubrirme las espaldas, no quería que me arrancases un brazo y me pegases con él —argumentó Laila sacando un par de gorras de un macuto que llevaba consigo.

—Vale, por amor se hacen muchas tonterías. ¿Te puedo hacer una pregunta? —dije.

—Sí, claro. Para eso estamos aquí. —Había vuelto a hablarme con ese tono casual que recordaba del sanatorio.

—Me has dicho que has tenido que falsear muchos papeles. Yo he

intentado por todos los medios no perder el control, no asustarme al levantarme de esta guisa, he hecho un esfuerzo titánico para no alterarme al veros a vosotros, los racionales. Me has dicho que han pasado por tus manos más casos como el mío. ¿Cómo reaccionaron ellos? —pregunté.

—A ver cómo te lo digo. Los había desde los que se meaban encima, hasta uno muy raro que se dedicaba a querer acariciar a todos los racionales que se le cruzaban. Uno de ellos no paraba de decir: «Por fin estoy en Furrylandia». En fin, que si nos ponemos en situación, tú has sido de los menos estrafalarios. Pero en ningún momento creí que eran seres de otro planeta enfundados en otro cuerpo. Tenía la certeza de que tenían una disfunción neurológica. Ahora sé que he mandado a toda esa gente a un penal de alta seguridad. —Eso pareció ponerla triste.

—Bueno, ¿y ahora qué? Mundo encontró a los lobos cazando cerca del recinto, él solito se las apañó para cazar con una de ellas y entrar en su familia por derecho propio. Tenemos que ir a ver a los lobos, ya no hace falta decir que vamos a ir a cazar, ¿cierto? —Ursa, que hasta el momento permanecía callada, abrió la boca.

—¿Has contactado con el Culto? ¿Tan fácil te ha sido? —Laila tenía la boca muy abierta en ese momento.

—Ni ha sido fácil ni lo he hecho solito. Si no llega a estar esta osa tan mona conmigo, igual ahora mismo no estaríamos hablando. Los encontré de casualidad y después pude seguirles porque Kiyu tiene un gran olfato. —Mientras hablaba empecé a servirle una taza de té a Ursa—. ¿Tenéis miel para el té?

—¿Cómo sabes que me gusta con miel? Anda, igual que yo sé que te gusta con solo una cucharada de azúcar y que eres más de café que de infusiones. Mundo, esto es muy raro —dijo Ursa tomando la taza.

—Me lo dices o me lo cuentas. También se cosas que no debería saber sobre tus gustos en cuanto higiene personal.

—¿Hablamos de cosas incómodas? ¿Qué es una página porno y que es una *milf*? —preguntó Ursa muy seria.

—No lo sé… Primera noticia. Esto es incómodo y divertido. Lo de no tener secretos para tu pareja, en nuestro caso, es un por huevos —le dije a la osa.

Al girarme para mirar a Yuta y Laila, los dos nos estaban mirando. Por la cara de Laila, parecía más confundida que intrigada.

—Intercambiamos recuerdos y vivencias en el plano de los sueños. Incluso vi dónde vive él en la Tierra, la casa de su madre, etc. —aclaró Ursa.

—Aparte de ver mi verdadero cuerpo y decir «¿eso eres tú?» con asquito —dije arrugando el hocico.

—Vale, vale, tiempo. Todo esto es mucha información de golpe. —

Laila parecía mareada.

—¿Mucha información? —dije indignado— Pues prueba a levantarte sin sentido del olfato, sin pelo, con la cuarta parte de oído y sin posibilidad de ver ni con mucha ni con poca luz. Después de todo eso, disimula lo mejor que puedas, porque como te vean perdido te meten en un centro donde te torturan.

—Vale, lo has pasado mal al venir aquí. ¿Me podrías contar dónde he mandado a esas cuarenta y ocho almas? —preguntó Laila.

—Antes me gustaría que llamaseis a Jacob. Esto es algo que tengo que explicar, él tiene que oírlo y no me gustaría repetirme —dije de carrerilla.

—¿Cuántos de mis niños saben que tú vienes de otro sitio? —preguntó Yuta con sorna.

—Pues… Jacob fue el primero, tiene eso del sexto sentido felino, algo que tiene que ver con el aura. Ursa, aquí presente, tuvo que enterarse por él, se lo hubiera dicho por propia voluntad, pero se lo conté bajo amenaza de hacerse una cazadora con mi pellejo. Buddy estaba en un sitio donde no tendría que haber nadie a esa hora y se enteró de rebote —contesté mirando mi taza de té.

—¿Nadie más? Alguien a quien se lo hayas contado mientras orinabas en los barracones. —Yuta era encantador.

—Igual se me ha escapado mientras estaba borracho en el concierto. No, Yuta, ¡no se lo he contado a nadie más! Aunque parezca mentira, soy un tío muy discreto. Pregúntale a ella, es psicóloga —dije.

—Eres una persona con una terrible ansiedad social y un trastorno por la juventud perdida. Pero sí, eres listo y discreto —aclaró Laila.

—Lo primero no quería saberlo nadie, ni yo mismo. Qué mal me caen los de tu profesión. No hablaré sin la presencia de mi *abogato*. —Imité el acento de Robert de Niro, nadie pilló la broma.

—Hablaré con Fer para que lo localice. —Yuta fue a levantarse, le puse una mano en el hombro y volví a sentarlo.

—Mejor ve tú, osita. Está con Fang y tus primas. El pobre Fer ya ha tenido suficiente dosis de osas por hoy —le dije a Ursa.

—¿Ves? Eres listo —contestó Laila sonriendo.

—Y tú muy simpática —contesté con retintín.

—El sarcasmo es el recurso de una mente débil. —Yuta y su refranero de autoayuda.

—Mira, lagarto, uso el sarcasmo porque matar está mal visto. Osita, ¿vas tú a buscar al gato o voy yo?

—Voy yo, que después andáis como el perro y el gato —me dijo muy contenta y sacándome la lengua. Se marchó dando saltitos y tarareando algo, me quedé mirándola hasta que salió por la puerta.

—Si te parecemos tan diferentes, ¿cómo puedes llegar a quererla, a sentir atracción hacia ella? —Laila creo que no podía apagar el

interruptor profesional.

—No somos tan diferentes, el amor es amor aquí y de donde yo vengo. Tú me pareces mona, tienes buen cuerpo. Salvando las diferencias, eres una hembra. Al principio me resultó muy duro, Ursa me cayó bien desde el minuto uno, de caerme bien empezó a gustarme y de eso a… Bueno, estamos juntos.

—¿Diferencias fisionómicas? ¿Algún tipo de repulsión por su cuerpo? —Creo que si hubiera tenido una libreta estaría tomando notas.

—La primera vez que nos besamos me pareció raro. Nosotros no tenemos estas pedazo de bocas, somos muy chatos. El resto de su cuerpo es como el de una hembra de mi planeta, en todos los sentidos.

—¿Has explorado su cuerpo? —Me hizo la pregunta de forma automática.

—Eso queda para nuestra intimidad —le dije con una cortes sonrisa.

—Perdona, la profesión va por dentro. ¿Quién te ha contado lo del Sanatorio de la Mente? —preguntó Laila.

—Todo lo que te diga no va a salir de aquí, ¿verdad? —dije agachando la cabeza.

—Me estoy jugando, aparte de mi trabajo que tanto me gusta, mi libertad. Nada de lo que me cuentes saldrá de aquí. —Me miraba a los ojos y me hablaba muy en serio.

—Vale, igual no te lo crees. Mi fuente es Michael de los Michael Clan. Se llama Miguel y viene del mismo sitio que yo. No solo procede de mi planeta, es de mi ciudad —respondí.

—Vaya una terrible casualidad. —Yuta parecía inquieto.

—De casualidad, nada. Antes de tener ese cuerpo fue un saurio, el rey lagarto se hacía llamar.

—Recuerdo a ese artista, era muy bueno, tengo discos suyos. Lo asesinó el padre de un fan. —Esa perra tan mona levantó las orejas.

—Pues murió y volvió a otro cuerpo. Aparentemente tiene unos treinta años, en realidad va por cincuenta y tres. Tiene una especie de misión aquí, hasta que no la cumpla no podrá descansar. Él me contó lo de los campos de concentración. —Según le contaba eso último a mis anfitriones, apareció Ursa por la puerta con Jacob.

—Buenas tardes. Yuta, ¿me ha mandado llamar? —dijo Jacob hablando con mucho respeto al viejo saurio.

—Coge una silla, compartiremos el té contigo, hijo. Te he mandado llamar, pero el que quería que estuvieras era nuestro amigo Mundo —aclaró Yuta.

Al escuchar mi nombre real dicho en los labios de Yuta, Jacob abrió muchos los ojos.

—No te preocupes, gato, estamos entre amigos. Ven y siéntate junto a mí, tengo que contarte algo que te va a causar un gran pesar. —Él

me obedeció, cogió una silla y se sentó a mi lado—. Esto que te voy a contar me lo dijo otra piel cambiada.

Les conté lo que me dijo Miguel, punto por punto, les fui relatando todo lo que me dijo ese personaje. Cómo procesaban a los humanos con un cuerpo prestado, el machaque físico y mental, las capuchas negras, la privación de alimento y descanso. Jacob y Laila tenían pinta de ponerse a vomitar de un momento a otro, Yuta se puso casi pálido. En ese momento el Ministerio, esa institución que les había dado paz y prosperidad, se convirtió en algo peor que la amenaza del lobo.

—¿Entonces cómo doy con mi madre? ¿Qué puedo hacer? —preguntó él.

Le cogí las manos y le hablé lo mejor que pude.

—Jacob, aunque puedas dar con tu madre, ya no es ella. Es como yo, un humano que se ha visto arrastrado a tu planeta —respondí.

—Esto no es justo. ¿Por qué ella, por qué? —dijo Jacob apretándome las manos.

—En el caso de Kiyu y mío, fue porque los dos éramos unos desgraciados en nuestros respectivos planos. ¿Tu madre era feliz, era una persona plena? —Al decir eso me apretó más las manos, estaba temiendo que me clavase otra vez las uñas.

—Joder, es por mi culpa. Yo y mis broncas, las peleas y los combates. Eso la hacía infeliz, se preocupaba por todos sus hijos, pero por mí sufría. Antes de llegar aquí era púgil, mi madre me rogó una y otra vez que dejase esa carrera, que mis manos valían para algo mejor.

—No le falta razón, lo que has hecho con la hebilla de mi cinturón es arte puro. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Lleva poco más de un año. Pero saldrá pronto, ha hecho grandes progresos —dijo Yuta con un gran orgullo.

—Vale, tiempo más que suficiente. Laila, ¿tú podrías mover algunos papeles para encontrarla? —pregunté.

—Puedo hacerlo, tendré que tirar de contactos. Pero si ella ya no es ella, ¿de qué valdría encontrarla? —contestó Laila.

—Por lo que he podido averiguar en mi corta estancia aquí, venimos con una misión, con un objetivo que cumplir el cual mejorará la vida de ambas almas. Suena a novela fantástica, pero en mi caso es así. Kiyu ha despachado a mi jefe, solucionándome mucho la vida. Cosa que probablemente yo no hubiera hecho por mi sentido del deber y la responsabilidad. A cambio, yo tengo que reunirlo con su familia y echarles un cable a los lobos —expuse.

—Me parece todo muy equilibrado, Mundo. Él manda a la mierda a un jefe abusivo y borracho y tú a cambio tienes que liderar una revolución. Todo super justo para ti —dijo Ursa en modo cabreo, mal…

—Hija mía, yo no he pedido esta cruzada. Si quieres, pide el

número de atención al cliente de Fafnir, pero llama mañana, por la tarde no trabajan —le dije esbozando una sonrisa.

—Te parecerá gracioso a ti, pero yo no le veo la gracia. —Agarró la taza de té y se la tomó de un trago.

—Bueno, si me disculpáis, creo que es mejor para todos que no me entere de que va todo esto de la cruzada para los lobos. Me voy con Fang, mi familia no ha venido este fin de semana y tengo que procesar todo esto. No os preocupéis, no le diré nada —dijo Jacob.

—Puedes contarle lo que quieras a Fang, aunque te parezca mentira, es el racional más discreto que he conocido en mi vida. —Yuta había recuperado el tono verdoso.

—Mejor entonces, necesito hablar de esto con alguien. Mundo, te agradezco esto de corazón, eres una buena persona. Yuta, muchas gracias por todo. —Al levantarse me acercó hacia él tirando de mi mano y me abrazó efusivamente. Se despidió y cerró la puerta tras de sí.

—Sigo cabreada con tu misión y con el Fafnir de los cojones. —Ursa estaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Uh, esa boquita, guapa. ¿Quieres saber una cosa? Fafnir me cae tan mal como a ti, pero gracias a él estamos juntos. Si queremos respuestas, tendremos que ir a ver a los lobos. Alégrate, guapetona, tendremos unos días en los cuales no tendremos que estar escondiéndonos para estar juntos —le dije regalándole mi mejor sonrisa.

—Vendes muy bien tu misión, ahora me parece un paseito por el campo cogidos de la mano. —Refunfuñaba y seguía enfadada, pero algo menos.

—Voy a tener que mover una tonelada de papel para encontrar a la madre de Jacob. —Laila parecía agotada aun antes de empezar con esa misión.

—Pues ya que estás moviendo papeles, intenta averiguar algo de Surey, mi mujer. —Yuta miró con ese inescrutable rostro a Laila, que parecía aún más agotada que antes.

—A ver si aterriza aquí alguien y os trae la era de la informática. Tenéis teléfonos, ¿cierto? —pregunté.

—Sí, tenemos teléfonos. Otro de los inventos que surgen por arte de magia —respondió Yuta.

—Necesito los números de los sitios donde van a tocar los Michael Clan. Es importante. Nos van a hacer falta víveres y transporte para un par de días. Lo de tener carta blanca creo que no hace falta decirlo —dije mirando a Yuta.

—Vaya, lo tienes todo controlado, chaval. ¿Alguna cosa más que estos pobres animales podamos servirte? —Igual me había colado o igual no le cogía el punto a este lagarto.

—¿Por favor? ¿Me he puesto en plan sargento? —pregunté.

—Ya te digo, lobo poseído, por poco me echo al suelo a hacer flexiones. —Ursa estaba con la boca abierta.

—No estoy acostumbrado a que me dé ordenes uno de mis niños. Pero tú tampoco eres uno de ellos, así que… Voy a disponer de todo lo pertinente para vuestra excursión. Si podéis traer algo de caza, bienvenida será, más que nada por el qué dirán —dijo Yuta.

—Otra cosa, Miguel me dijo que escuchó tu nombre en uno de esos campos de concentración. Por lo visto, andas buscándoles las cosquillas al Ministerio.

—Es porque al Ministerio no le gusta la forma que tengo de asignar a mis niños. Ursa iba derecha a una mina, Jacob iba a ser seguridad en una de las penitenciarías del Ministerio, Aura iba de cabeza a una lechera, Fang… Bueno, Fang iba a ser modista de todas formas. Pero llevo muchos años aquí cambiándoles los planes a ellos —contestó Yuta poniéndose muy erguido en su silla.

—Muchos años… ¿Qué edad tienes, Yuta? O sea, me han dicho que vosotros los saurios tenéis una vida muy longeva. —De nuevo me ardía el cerebro.

—¿Qué edad te crees que tengo? —preguntó Yuta con tono jovial.

—No sé… ¿Doscientos cincuenta? —respondí.

—Casi, tengo trescientos veintiséis. —Al darme el dato se reclinó en el respaldo de la silla, como si estuviera orgulloso de su edad.

—¿Y en todo este tiempo no te has dado cuenta de lo de las pieles cambiadas? Alguna sospecha tendrías. —Me parecía increíble la inocencia de ese racional.

—El Ministerio hace muy bien su trabajo. Juan no diría que es un ser humano enfundado en un gran felino, aunque lo matasen. Hay que hacer algo con eso también, medio lobo —dijo Yuta.

—En la universidad estudié algo sobre el reacondicionamiento mental. El proceso era el mismo que has descrito, privación de sueño, rutinas de interrogatorios repetitivos y, por último, instaurar un mensaje subliminar que impida volverse contra el nuevo acondicionamiento. —Laila parecía preocupada y asustada.

—A ver… Ni los lobos son malos, ni el Ministerio es todo lo bueno que os han vendido. Vamos a limpiar un poco la imagen de los lobos ensuciando la del Ministerio. No creo que esta institución sea la maldad encarnada. Por lo que he visto en vuestra sociedad, sois muy plenos—dije.

—¿Qué quieres decir, chico? Explícate —preguntó Yuta.

—Me di cuenta de ello al ver al camarero estrella de Michael trabajar tras la barra. Esa profesión en mi mundo es un castigo, algo a lo que se recurre como última oportunidad para ganarte la vida, está mal pagado y consume gran parte de tu tiempo. Sin embargo, ese

guepardo disfrutaba de ello, era pleno desempeñando esa función. Si el Ministerio os da la oportunidad de trabajar en algo que os gusta y tenéis vuestras necesidades cubiertas, no es tan malo —respondí.

—Bueno, todo esto es muy revelador. Yuta, tengo que volver a Shokaido y seguir rellenando papeles para que ese perro grande siga libre. Aparte, tengo la misión de ver dónde está la madre de Jacob y averiguar qué ha pasado con tu esposa, todo ello sin levantar sospechas. Si no tenéis más que decirme, tengo un buen trecho hasta la ciudad. —Laila se terminó el té de un sorbo, se levantó, se despidió de todos y salió por la puerta.

—La última vez que traté con ella no parecía tan preocupada. —La seguí con la mirada al marcharse.

—En esa ocasión no le soltaste una bomba como la que le acabas de soltar. No le has dicho que la magia no existe, todo lo contrario, le has dicho a una psicóloga que su realidad para ti es una fantasía. Estará bien, es muy dura —dijo Yuta.

—Estoy agotado, me gustaría tomarme el té y descansar el resto del día, han pasado muchas cosas hoy. —Hablaba en serio, tenía ganas de tirarme por dos días.

—Voy a disponer de todo lo necesario para vuestra excursión de caza. Descansad hoy y estad preparados para mañana. ¿Alguna cosa más, Mundo? —preguntó Yuta.

—Bueno, la quiero en mi barracón, justo debajo de mi litera. A Buddy no le importara cambiar el sitio. —Ursa me miró con su mejor sonrisa.

—No puedes vivir sin mí, ¿verdad? —dijo Ursa.

—No es eso. No quiero vivir sin ti. —Quise besarla, pero no me parecía adecuado delante de Yuta.

—Suficiente, os quiero fuera de aquí. Sois más empalagosos que la miel que le has echado en el té a la osa. —Hizo eso del cuello que le vi hacer en el hospital.

—Ahora te veo, estás feliz por nosotros. Muchas gracias por todo, Yuta —dije.

—A ti por darme respuestas. Ahora mismo tengo claro qué pasó hace dieciocho años con mi mujer. Os deseo lo mejor —respondió Yuta.

Nos terminamos el té, que estaba muy bueno, nos despedimos de Yuta y fuimos a ver a Fang al taller de costura. Fuera del recinto se escuchaban las risas y los marujeos de las primas de Ursa hablando con Fang y Jacob. Fang sería ya el séptimo ser de este mundo que sabía mi verdadera naturaleza. Quizás llegaría el día donde el equilibrio en este sitio se volviera a instaurar y no habría más cambios de cuerpos; entre tanto, esperaba que la lista de racionales que sabían mi verdadera procedencia no creciera exponencialmente.

Según entramos en el pabellón de los talleres, le cogí la mano a mi osa y jalé de ella para ir más rápido.

—¿Qué prisa tienes? Ellos no se van a ir de ahí, se lo están pasando muy bien —dijo Ursa.

—Por eso mismo, nos esperan unos días difíciles y quiero abrazar a todos los que están en esa sala —respondí.

—Ten cuidado con Tola, intentará tocarte el culo —advirtió Ursa.

—No creo que se atrevan teniendo a mi osa cerca. Las podrías tirar por una ventana.

—No las conoces, son tremendas. La que acabaría lanzada por una ventana sería yo.

—Joder, ahora tengo más ganas aún de verlas.

Al correr la puerta del taller de costura ahí estaban, medio en pelotas y provocando a Jacob.

—Pero, ¿qué estáis haciendo, par de locas? —Ursa puso los brazos en jarras.

—¿Cómo que par de locas? ¡Sera trío de locas! —Fang iba como siempre que estaba en el taller, con un kimono, en esta ocasión era verde botella con el símbolo del Jin y el Yang bordado.

—Más bien cuarteto, si este gato tan guapo está liado con este pavo, es igual de loca que nosotras tres. —Tola, que andaba en ropa interior, estaba muy pegada al gato.

—Tola, te voy a dar una noticia que igual te saca los colores. Ese gato le da lo mismo al pelo que a la pluma. Por cierto, ¿podríais taparos un poco? —Tenían las mismas curvas que Ursa, pero eran de menos tamaño. Traté de no fijarme en esos detalles.

—¿Después de todo lo que nos ha contado Ursa, te vas a hacer el vergonzoso? —Se agachó un poco para enseñarme el canalillo—. Y tú, gato, ¿cómo es eso, te gustan los machos y las hembras? —Tola se retiró de Jacob y lo miró fijamente.

—Me parecen igual de hermosos los dos sexos. Soy muy cariñoso a pesar de ser un felino. —Parecía estar ronroneando.

— Y yo soy muy abierto y liberal, estoy teniendo una escandalosa imagen mental de lo que podría ser vuestro encuentro. —Fang, que estaba deleitándose con la escena, se cubrió la cara con el abanico.

—Vale, tiempo. Vamos a vestirnos, está el novio de Ursa de cuerpo presente. Ten un poco de respeto por nuestra prima, mírala, ha puesto los brazos en jarras. —Saba parecía la menos loca de las dos.

—¿No te dan ganas de abrazarla cada vez que pone esa pose? —Me lo estaba pasando realmente bien, el rabo no me dejaba tranquilo.

—Pues abrázala y bésala, perrazo guapo, todos aquí queremos ver cómo lo haces —dijo Fang dejando lo que estaba haciendo para prestarnos atención.

—¿Qué dices, medio lobo, los complacemos? —preguntó Ursa.

Sin mediar una palabra, la cogí por la cintura y la nuca, la tiré para atrás y le planté un sonoro beso en los labios a lo peli romántica.

—A partir de ahora no me digas «medio lobo», soy tu lobo. —Según le dije eso, empezó a venirme un olor conocido, no solo de Ursa.

Estuvimos un rato grande riéndonos y gastándonos bromas. Las primas de Ursa eran un verdadero encanto. Quería conocer al resto de su familia, por los recuerdos que compartí con ella su madre no tendría problemas conmigo, su padre sí me pondría algún pero. Esperaba permanecer el tiempo necesario para hablar con ellos.

Las visitas se fueron antes de la cena, despedí a Tola y Saba como si fueran de mi familia. Ellas me confesaron que nunca habían visto a su prima «la chica» tan feliz, pero me advirtieron que no le hiciera daño. Por mi propia salud, me convenía preocuparme por el bienestar de mi osa. Después de cenar, hablamos con Buddy e hicimos la mudanza de barracones. Quería tenerla cerca por si teníamos otro intercambio de recuerdos, por si soñábamos juntos en el mismo plano o simplemente porque me encantaba su olor y quería que estuviera a mi lado. Fuimos a ducharnos, cada uno a su vestuario, y nos encontramos en la litera para darnos las buenas noches.

—Creí que me ibas a invitar a dar un paseo entre los árboles a esta hora de la noche —le dije con mi mejor sonrisa.

—Estoy mejor de las piernas, pero sigo estando molida, además tenemos una excursión de dos días por el monte a pie —respondió Ursa.

—¿Quién te dice que vas a andar? Mañana ensillaremos a Toc, es un caballo de tiro, aguantará toda esa femineidad concentrada.

—Eres un encanto. —Se acercó mucho a mí para hablarme entre susurros—. Que descanses, Mundo —me dijo, y se tiró en la litera de abajo.

—Buenas noches. Si quieres algo, estaré aquí mismo. —Le guiñé un ojo, ella se río.

Era la segunda noche que dormíamos juntos, en esta ocasión un poco más separados. El día había sido largo y lleno de emociones. Al poco de tirarse en el catre, escuché la respiración rítmica y calmada de Ursa, se había quedado frita casi al instante de poner la cabeza en la almohada. Fuera del barracón solo se escuchaban los insectos haciendo ruido y alguna que otra ave nocturna entonando su suave canto. Yo también estaba agotado, después de todo lo que había pasado solo quería dormir por dos días. Iríamos de caza, a buscar a la familia de Kiyu, se lo había prometido. Otro día, otra aventura, no imaginaba otra forma más salvaje de salir de la rutina que esta. Mañana sería un gran día, puede que el más emocionante desde que había llegado allí.

El culto

Caí rendido tras escuchar la respiración calmada de Ursa. No sabía si era otra cosa de los instintos, pero escucharla dormir en paz me llenaba de sosiego. Tenía y no tenía ganas de intercambiar más recuerdos con ella. Por un lado, me podía la curiosidad, pero por otra parte quería descansar. Cuando teníamos esos trances nocturnos, me levantaba como si no hubiera dormido apenas. Sin darme cuenta, me dormí inmerso en mis propios pensamientos; solo algo me sacó de mis cavilaciones, me vinieron imágenes de los caballos, de los establos, olor a humo, ¿fuego? Lola galopando, trotando en llamas.

La imagen de un caballo quemándose al galope me despertó de golpe. Me incorporé en la cama casi de un salto y miré a mi alrededor, el resto de los internos que no habían salido de permiso estaban durmiendo. Como de costumbre, no sabía qué hora era, Yuta se había quedado con nuestros relojes de pulsera. Seguía oliendo a humo y escuché a los caballos relinchar a lo lejos, mala señal.

—Ursa, despierta, algo no va bien —le dije asomándome para verla debajo de mí, no quería gritarle, levantarla con un sobresalto no me parecía buena idea.

—¿Qué pasa, lobo? Te dije que no quería ir al bosque de los sollozos contigo. —Hablaba medio dormida mientras se acariciaba el cuerpo.

—¿Bosque de los sollozos? Joder, osa, está pasando algo malo y tú solo pensando en eso. ¿No te huele a quemado?

—¿Se quema el desayuno? ¿Pelo quemado, huele a pelo quemado? —Estaba muy dormida y tenía que hacer algo para espabilarla.

—¡Ursa, los establos se están quemando! ¡Tenemos que sacar a los caballos! —grité al fin.

Ursa se despertó de repente. Al incorporarse, se pegó con mi cama.

—¡Joder, macho! Como sea una broma, te voy a dejar como un perro apaleado. —Me hablaba frotándose la frente, al darse con la cama de arriba sonó como si fuera a partirla—. Espera, ¡algo se está quemando! ¿Por qué no me has llamado antes?

—No quería que te asustases y te dieras con la cabeza en la litera. Aparte de que me da miedo levantarte de golpe, eres muy grande y más fuerte que yo. ¿Qué hacemos? ¿Tenemos alarma de incendios? —pregunté mirando para todos los lados.

—Para preocuparte por mi cabeza ya es tarde. Puedes levantarme

de golpe si quieres, no te voy a morder. Voy a buscar al custodio de guardia, ve levantando a todos los de este barracón. ¡Venga, mueve el culo, macho! —La vi correr en paños menores camino a la puerta del barracón, parecía que ya no le flojeaban las piernas.

—Joder con la osita feliz. Bueno… —Me puse las manos delante de la boca a modo de altavoz y empecé a gritar—. ¡Fuego, fuego, todo el mundo de pie, esto no es un simulacro!

Casi todos los racionales que estaban en sus literas dieron un bote, más de uno se pegó en la cabeza con la litera de arriba y escuché varias maldiciones dirigidas a mi persona.

—¿Qué está pasando, chucho? Esto no será una de tus bromas de mal gusto, ¿verdad? —Un felino pequeño, no lo conocía.

—Ojalá fuese una broma, gato, despierta a los que estén aún dormidos y vamos a salir, por favor.

—¿Por favor? ¡Mierda, no es una broma! —El gato obedeció y corrió litera por litera para despertar a los racionales que seguían dormidos.

Al intentar salir por la puerta del barracón corriendo, me di con Ursa de frente; el golpe me dejó sentado en el suelo. Mientras la miraba con indignación, me di cuenta de que algo iba francamente mal, estaba muy asustada y veía sangre en su cuerpo. Seguía en ropa interior.

—Saca a los racionales de mayor tamaño y deja a los que no puedan defenderse dentro, que atoren la puerta y se queden aquí. —Ursa se puso en cuclillas para hablarme al oído.

—¿De quién es esa sangre? ¿Qué está pasando? —Estaba embadurnada en sangre, como si se hubiera caído en un charco del rojo líquido.

—Haz lo que te digo, alguien ha matado a Aura, le han mordido en el cuello y le falta un brazo. Le han prendido fuego al establo y quien quiera que haya sido va a tener que vérselas con nosotros. ¿Quién se mete a asaltar un centro de menores? —dijo Ursa enseñando los dientes. Me hablaba en un susurro con la voz entrecortada e intentando mantener el tipo.

—Tengo un mal palpito, osa. Haré lo que me has pedido, salgo con Ron, es el único aquí aparte de Buddy que tienen algo de masa. Reúnete con Jacob, nos vemos en el establo, me preocupan las bestias.

—Buddy está en el barracón uno ahora, ¿recuerdas?. Me pasaré por el dos, intentaré que alguien venga conmigo y daré instrucciones de cierre. Quien haya hecho esto, se va a acordar de esta noche —En ese momento no era mi osa feliz, era una osa de dos metros decidida a defender a todos los que tenía a su alrededor con todas sus fuerzas.

—No hagas ninguna tontería, Ursa. Recuerda a Knut, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir —dije levantándome del suelo.

—Si tengo que abrirle la cabeza a algún desgraciado para que nadie de aquí sufra, lo tengo muy claro, no me arrepentiré. —Hablaba con mucha convicción.

—Me pongo en marcha. Ursa, ten cuidado.

La vi a flashes correr bajo las luces de las farolas que iluminaban el sendero entre barracones.

Hice lo que me ordenó Ursa, hablé con Ron y le pedí al resto de los internos que se encerrasen en el barracón. Di instrucciones de que no dejaran entrar a nadie que no fuera del centro. Busqué con la vista a Ursa para encontrarla corriendo de vuelta acompañada de Buddy y Jacob. A lo lejos seguía escuchando a los caballos en los establos, en ese momento estaba entre ir corriendo con Ursa o correr para ver a las bestias.

—¡Vamos a los establos! Hay que dejar a las bestias sueltas, después nos preocuparemos de encontrar a los cabrones que han hecho esto —dije al borde del colapso, los caballos cada vez relinchaban más fuerte.

—¡Corre, lobo, vas a llegar antes que nosotros! —Ursa se había puesto la reglamentaria camisa a cuadros, pero le quedaba algo pequeña, se la habría prestado Jacob, que venía en paños menores.

Recorrí los cinco minutos que distaban entre los barracones y los establos andando en apenas unos segundos; cuando llegué donde los caballos, el espectáculo era dantesco. Algún mal nacido le había prendido fuego al techo de la estructura y los animales estaban desquiciados. Cuadra por cuadra empecé a abrir puertas para ver como los caballos, uno a uno, iban corriendo desbocados al cercado. Al liberar a Lola en la última cuadra, noté un comportamiento extraño, el animal en lugar de salir empezó a recular y se adentró más en su cubículo. La llamé por su nombre, le hablé como solía hacerlo, pero el animal, lejos de acercarse, se puso a dos patas y empezó a tirarme las pezuñas. Esquivé una de sus patas y al girar la cabeza vi a alguien detrás de mí. Una figura grande, con las orejas puntiagudas y parcialmente vestido; entre el humo y las llamas pude verle, era muy parecido a un lobo. Tenía que sacar a la yegua de ahí antes de que se quemara y ese lobo no me dejaba hacerlo. Recordé fugazmente mi pesadilla y la imagen de Lola en llamas; automáticamente, el pelo se me erizó y empecé a gruñir enseñando los dientes. Quería despedazar a ese tío y sacar a mi yegua de ahí.

—¿¡Tú has hecho esto!? ¡Pedazo de desgraciado! —No me había peleado nunca con nadie, pero estaba dispuesto a tomar la vida de ese lobo con tal de salvar a la yegua.

La figura medio desnuda, sin mediar palabra, empezó a correr hacia donde me encontraba. No lo quería cerca de Lola, así que corrí en su dirección para que no siguiera avanzando. El encontronazo fue duro, conseguí a duras penas aguantarme de pie ante el envite de esa figura.

Al chocarme con él, empecé a oler algo raro, olía como aceite; al agarrarle las muñecas, noté un tacto oleoso en su pelaje. Aunque era un cánido grande, no tenía tanta fuerza como yo. Estaba fuera de sí, me intentaba morder girando la cabeza, no peleaba como un racional, parecía un perro al que le han cogido las patas delanteras e intenta morder para liberarse.

Me serené, respiré hondo y volvió a pasar, el tiempo parecía ralentizarse. Empujé a ese cánido y lo solté, él intentó morderme, lo esquivé, le cogí por una muñeca y le puse el brazo tras la espalda. Al intentar hacerle la llave, escuché un crujido húmedo, le había partido algo. Escuché un gruñido, pero seguía revolviéndose; lo tiré al suelo y lo inmovilicé justo cuando llegaban Ron, Jacob, Ursa y Buddy.

—¿¡Tú eres el que ha matado a Aura!? Mundo, suéltalo para que pueda crujirlo a gusto. —Ursa estaba muy enfadada, hablaba entre gruñidos, enseñando los dientes. Se le había escapado mi nombre.

—No, Ursa, no voy a soltarlo. Traedme algo para atarlo, pero antes sacad a Lola. —Ron fue corriendo a sacar a la yegua y Jacob fue a por algo para atar a mi agresor—. Ursa, se te ha escapado mi nombre delante de Ron.

—Joder, no paro de cagarla. —Otra vez agachó la cabeza y se puso a apretar los puños.

—Ya nos inventaremos algo, ayúdame a retener este «lobo».

Ursa se puso a horcajadas sobre el cánido que había inmovilizado, eso lo dejo más quieto aún.

—Este tío no es un lobo, mírate las manos, las tienes teñidas de gris —dijo la osa mientras que aparecían Ron y Jacob acompañados por Buddy.

—Ya he sacado a Lola, puedes estar tranquilo, Kiyu. ¿Este es el que le ha prendido fuego al establo? —Ron venía con una pala en la mano y medio desnudo; ahora más que nunca, parecía al minotauro que recordaba de la mitología griega.

—Que va, colegas, este tío seguro que no sabe ni dónde está. —Buddy se inclinó a mirar a mi agresor, que tenía en ese momento media cara metida en tierra.

—Vamos a atarlo y a ver si hay más como él. ¿Por qué dices que no sabe dónde está? —le pregunté al pelanas, Buddy seguía mirando al cánido que iba vestido y maquillado como un lobo.

—Pupilas dilatadas, está convulsionando, tiene un hombro luxado y no se queja por el dolor. Este colega tiene una mezcla muy chunga de excitantes y analgésicos. Se le pasará el efecto en unas horas, pero ahora mismo creo que no sabe lo que está haciendo. —El tono de su voz cambió, ya no hablaba como un hippy.

—Joder, pelanas, controlas tela. ¿Entonces este tío no le ha prendido fuego al establo? —Mientras hablábamos, me puse a

maniatar a nuestro falso lobo.

—No, pero puede haber mordido y medio devorado a Aura. De todos nosotros tenía que ser ella… Ursa la ha metido entre los árboles, para que nadie la vea, colega. —Pude escuchar como la voz de Buddy se quebraba al hablar de Aura.

—Ahora entiendo por qué estabas así, osa. Vamos a ver a qué nos enfrentamos, levántate de encima, guapa, ya no va a ir a ningún sitio.

Al levantar a ese cánido disfrazado intentó morder a Ursa a pesar de estar amordazado. Se comportaba como un perro al que llevas al veterinario en el momento de pincharle una vacuna. Tenía parte del maquillaje corrido por donde lo había agarrado.

—No entiendo esto, ¿alguien me puede explicar lo que pasa? —Ron seguía teniendo la pala en las manos y pinta de querer ponerse a pegarle palazos al cánido atado.

—¿Has escuchado los ataques de los lobos a las aldeas? Eso de robo, violación, incendios y muertes. Pues no son mis hermanos los lobos, son estos tíos drogados y disfrazados —respondí a Ron mientras señalaba al falso lobo.

—¿Y cómo sabes que no son los lobos? —Se aferraba a la pala como si su vida dependiera de ello.

—¡Míralo tú mismo, Ron, lo tienes aquí delante! He tenido contacto con los lobos, este tío ni se les parece. Vamos a quitarle el maquillaje de la cara, a ver qué es lo que tenemos aquí.

Ursa empezó a quitarle el maquillaje de la cara con la manga de la camisa; mientras lo hacía, el cánido intentaba morderla a pesar de estar amordazado. Poco a poco, se fueron viendo sus verdaderos colores.

—Un pastor alemán disfrazado, el típico perro policía. No creo que se haya prestado voluntariamente a esto, ahora mismo me da pena. —Ursa parecía otra vez volver a su ser.

—Vale, ¿alguien podría llevar a este cánido a las celdas donde los talleres? Cuando vuelva a ser un racional va a responder muchas preguntas. En ese estado no puede ni encender una cerilla, menos prender fuego a nada. Tiene que haber uno de estos que sí está en sus cabales, ese es el que me preocupa —dije analizando la situación.

—¿Y qué hacemos cuando nos encontremos a otro de estos drogados? —Ron seguía aferrándose a la pala.

—Intentad capturarlos; si no puede ser, pues dejadlos fuera de combate —dije hablando al grupo—. Id en parejas e intentad que no os pillen por sorpresa. Recordad que estos tíos también son víctimas. Osita, tú conmigo, dime dónde está el cuerpo de Aura, buscaré un rastro a partir de ahí.

—¿Otra vez de caza? Pensar que quería descansar toda la noche… Tendría que haber aceptado tu invitación a pasear entre los árboles.

—El bosque de los sollozos, sí… Anda, vamos, no quiero que nadie más salga herido. Dame cuerda, Jacob. —El gato me pasó una madeja de cuerda de la que se usa para atar la paja de los caballos.

—Yo llevaré a este a los calabozos, de paso quiero ver dónde está Fang. Estábamos fuera de los barracones cuando todo esto empezó y creo que se ha escondido en su taller. —Jacob cargó con el cánido como si fuese un saco de pienso y fue corriendo dirección al pabellón.

—Vamos, lobo, tenemos que detener a estos tíos. Estoy cansada y furiosa, vamos a terminar con esto para descansar en paz —dijo Ursa y empezó a correr, la seguí a su ritmo.

En poco más de un minuto llegamos donde Ursa escondió a Aura, o por lo menos lo que quedaba de ella. Parecía un animal al que otro más grande había atacado y medio devorado. En ese estado solo pude fijarme en la expresión de incredulidad de su rosto y el destrozo que le hicieron a su cuerpo.

—Solo hablé con ella una vez, fui amable con ella y me dio un vaso de la mejor leche que he probado en mi vida. Parecía muy tímida, vaya mierda, ya no podré conocerla —dije observando la expresión de Aura.

—Venga, Mundo, sé que es duro, pero tenemos que ponernos manos a la obra. No quiero encontrarme a nadie en este mismo estado por ahí tirado. —Me dijo eso de forma muy suave y acariciándome tras las orejas, eso siempre me reconfortaba.

—Tengo un rastro, no te separes mucho de mí.

Su huella se adentraba en el bosquecillo que había frente los barracones. El agresor dejaba una traza serpenteante entre los árboles, sin aparente sentido. Iba de un lado a otro hasta que el olor se me hizo más fuerte.

—Estamos cerca, por cómo anda creo que es otro de los drogados, no hagas ruido —dije a Ursa en voz baja.

Seguimos avanzando hasta que vi una figura andando a trompicones entre los árboles, arrastrando los pies y con convulsiones, parecía un muerto viviente.

—Mundo, lo estás viendo, ¿no? —Estaba muy pegada a mí por detrás, como si le hiciera falta que la protegiera.

—¿Sabes lo que es un muerto viviente? —pregunté.

—Ese anda como uno de ellos. Da mucho miedo, ¿ese tío es el que ha matado a Aura?

—¿Solo miedo? El rastro desde el cuerpo de Aura me ha traído a él. ¿Puedes trepar a este árbol?

—Tanto miedo no me da, tal como está podríamos atraparlo fácilmente.

—No es por eso, esta drogado con no sé qué sustancia. Aunque le arranques los brazos, seguirá queriendo morderte el cuello.

¿Recuerdas cómo me atrapó Sun?

—¿Quieres que le salte encima? Buen plan. —Se descalzó y en un abrir de ojos estaba a unos cinco metros de altura.

—¡Tú y yo tenemos que hablar cuando esto termine! —Al hablar en voz alta, el cánido drogado se volvió hacia mí—. ¡Anda, un lobo, qué miedo!

La figura disfrazada empezó a correr hacia mi posición, respiré hondo y me puse en posición de defensa. Al llegar cerca del árbol donde Ursa se subió, empecé a dar vueltas alrededor del tronco. Ese cánido era de menor tamaño y bastante más canijo que el otro, pelearme con él era casi cómico. En una de las vueltas al árbol, le cogí ambas muñecas dejando el árbol entre sus brazos, pegué un tirón para y escuché cómo su cabeza daba en el tronco, el golpe lo dejó noqueado.

—¿Ahora es cuando bajo y lo atrapo? —dijo Ursa desde arriba. El comentario me hizo gracia.

—Si quieres puedes tirarte encima, quiero ver cómo lo haces para que me lo hagas a mí después. —Empecé a atar a ese perro disfrazado para darme otra sorpresa.

—Mundo, eso no es un perro, es un zorro. —Se había bajado del árbol con mucha rapidez.

—Se les habrán terminado los perros grandes para drogar. Esto me está resultando demasiado fácil. Vamos a llevar a este al calabozo —dije.

—¿Cómo que fácil? Se movía muy rápido y estaba decidido a morderte el cuello. Casi no he visto cuándo le cogiste las muñecas —expresó Ursa muy sorprendida.

—Hablaremos de eso con más tranquilidad, vamos a llevar a este a la cárcel de drogatas. Después buscaremos a otros. Cúbreme las espaldas, cari.

—Es la primera vez que me pones un apodo cariñoso, me gusta, pero… ¿Ahora? —dijo Ursa con la cara de lado.

—Te iba a decir «gordi», pero igual te sentaba mal. Lo mismo me pegan otro golpe esta noche y acabo en mi cuerpo original, no quiero perder ni un segundo cuando estoy contigo. Vamos, guapa, quiero terminar con esto pronto.

—También me gusta eso de gordi. Vamos, chucho, el alba está a punto de despuntar.

—No sé cómo puñetas puedes medir el tiempo, y menos en esta situación. Me tienes que enseñar esa habilidad.

—Imposible, cosas de osos. —Al decir eso último se quedó muy quieta y empezó a mover la cabeza para todos los lados—. Para un momento, ¿has oído eso?

De detrás de un árbol salió otra figura semidesnuda corriendo muy

rápido hacia nosotros; en esta ocasión nuestro atacante llevaba un cuchillo, uno grande de caza. Le tiré el zorro que acabamos de capturar a los pies, se tropezó y se cayó de boca. Al ir a por él para inmovilizarlo, me di cuenta de que se había caído sobre su mismo cuchillo, lo tenía clavado en el abdomen.

—Mierda, joder, mierda, no quería hacerle esto. Solo quería tirarlo al suelo, quitarle el cuchillo y llevarlo a una celda. —No sabía bien qué hacer, parecía un muñeco de trapo.

—Pues creo que me has matado, chaval. Esto tiene muy mala pinta, por fin voy a poder descansar. —Hablaba a duras penas y con una voz muy apagada.

—Aquí tenemos buenos profesionales, seguro que podemos remendarte lo justo para que nos des explicaciones. —Ursa hablaba con mucha frialdad, creo que sabía que él era el responsable de drogar al resto y prenderle fuego al establo.

—El cuchillo me ha llegado a la columna, preciosa, no me siento las piernas y creo que me ha dado en el hígado. Sé mucho de heridas, he infringido muchas y sé que esta es mortal. Espero que en mi próxima vida tenga otro cometido —siguió diciendo cada vez más bajo.

—Igual puedes redimirte, Fafnir podría buscarte un cuerpo en otro sitio. —Otra vez estaba haciendo una apuesta difícil, pero tenía que intentarlo.

—He rezado por ello cada noche. ¿Quieres saber qué es lo que pasa?

—Creo que con eso Fafnir estaría satisfecho —respondí.

Ursa me miraba mientras hablaba, creo que sabía por dónde quería que fuese la conversación.

—El Ministerio me manda hacer estas incursiones. Hay que hacer que la amenaza del lobo sea algo real, si no, la gente iría a buscarlos y pasarían cosas como la que pasó contigo.

—¿Qué pasó conmigo? —Sabía la respuesta, pero quería escucharla de sus labios.

—Que tu madre fue a buscarlos y terminó con uno de ellos. No sabes cómo los envidio, viven sin la presión del Ministerio, sin tener que hacer algo que no quieren, viviendo para dar vida. Siento mucho todo lo que he hecho, siento haber desperdiciado mi vida cumpliendo órdenes, siento… frío. —Exhaló y aquel cánido maquillado murió en mis brazos. Le saqué el cuchillo que le había quitado la vida del abdomen y lo abracé con fuerza, era otra víctima más.

—Ellos tienen que pagar, ellos pagaran por esto. Esto no es justo, para nadie —dije sin querer levantarme del suelo, no podía moverme de ahí.

—Venga, Mundo. Hemos encontrado al que le ha prendido fuego al establo y al responsable de drogar a estos tíos. Tenemos que ir a ver a Yuta y esconder a estos.

—¡Joder, Ursa, déjame un momento! Y no me llames más por mi nombre mientras estemos aquí. A ver qué le contamos a Ron.

—Sé que esto es duro, qué coño duro, sé lo que te está pasando por la cabeza. Hemos compartido más que recuerdos, sé cómo funciona esa cabecita calculadora. Y ahora mismo estás pensando en que si el Ministerio ha mandado a estos tíos, ya tendrá la noticia y los periódicos preparados para contar la agresión de los lobos —dijo Ursa.

—La mentira está escrita en los periódicos de mañana y tenemos que eliminar las pruebas. Las pruebas de que sabemos que ellos no son lobos. Joder, Ursa, este tío ha muerto en mis brazos y ahora tenemos que lavarlo y hacerlo pasar por uno de los custodios. —El zorro al que atamos estaba tirado en el suelo y vomitando por la nariz, se estaba ahogando en vómito.

—Mierda, el día no para de mejorar. Voy a quitarle la mordaza antes de que se asfixie. —Al quitársela vomitó parte del brazo y mano sin digerir de Aura—. Qué fuerte, me estoy mareando, joder…

—Ursa, piensa en otra cosa, no lo mires. Respira hondo, venga, céntrate en otra cosa —dije intentando que se calmara.

Me miró, pero nada de lo que le dije dio resultado, terminó vomitando apoyada en un árbol. Me quité al cánido muerto de encima y fui a ponerle una mano en la espalda, si hubiera tenido el pelo largo se lo habría recogido.

—No tengo un pañuelo, pero si quieres cargo con esos dos y vamos a una fuente. Todo esto es culpa mía, si no hubiera hablado con Miguel, nada de esto hubiera pasado.

—Nada de esto es culpa tuya. El Ministerio se la tenía jurada a Yuta, esto era cuestión de tiempo. Ya estoy mejor, gracias… Joder, ¿cómo quieres que te llame ahora? —Eso último me lo dijo casi llorando.

—Pues no sé… Chati, churri, chucho, guapo, picha, churra, cari, guapi, nene, porri o la mejor de todas, gordi. —Le regalé mi mejor sonrisa con la fisonomía de Kiyu, eso siempre le arrancaba una risa.

—Pues gracias, gordi. —Conseguí que se riese. Su risa, esa risa chillona y contagiosa, me confortaba mucho.

—Venga, vamos a recoger la porquería después de la fiesta. Esto se me va a quedar grabado para el resto de mis días —dije en un suspiro.

—¿Quieres que lleve yo al difunto? —preguntó Ursa.

—No, esa es una cruz que solo debo cargar yo. —Me agaché y me cargué al can muerto al hombro, olía a maquillaje, humo y sangre—. Vamos a los calabozos y a ver a Yuta, a ver cómo nos lo montamos.

—¿Por qué de todos los que estamos aquí le tenía que tocar a Aura? La pobre ha tenido una vida muy complicada, lleva más tiempo aquí que ninguno de nosotros. Ya empezaba a hablar más, a mirar a la gente a los ojos. Deja a un hijo huérfano, qué mala suerte ha tenido en la vida, después de lo que le pasó con su padre. —Estaba mirando al

zorro tendido en el suelo y apretando los puños con fuerza.

—Va, venga, no hagas eso de los puños, te vas a clavar las uñas. —Solté al cánido muerto para cogerle las manos; tardé demasiado, ya estaba sangrando—. Afloja los puños y dame un abrazo, anda. —Me obedeció de mala gana.

—¡No es justo, esto no es justo! Estaba aquí por parricidio. Su padre la dejó embarazada. Todo por deseo y avaricia, la leche de racional es muy apreciada. —Estaba llorando a mares, sentía la sangre de sus manos en mi espalda y la humedad de sus lágrimas en mi cuello.

—Vaya historia… Estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no llorar contigo, joder, qué mala suerte.

Ella se separó de mi cuello y me dio un fugaz beso en la boca.

—Vamos a soltar a estos y seguimos buscando. Aquí nadie está por casualidad, todos tenemos fantasmas en nuestro desván. En este centro nos ayudan, este sitio es una bendición, no me gustaría encontrar a otro de estos cánidos quemando nada. Si tienes que llorar, llora, no te guardes tus sentimientos. —Me hablaba mientras me peinaba la cara con las manos.

—Ahora no puedo llorar, ya lo haré cuando tenga tiempo. Vamos, chati. —De nuevo, conseguí que se animara por un segundo.

Estaba seguro de que se acordaría de todos y cada uno de los apelativos cariñosos que le solté en cinco segundos, y de que me los soltaría en el momento menos oportuno. Me encantaba eso de ella, la capacidad de ver el vaso medio lleno hasta en la peor de las situaciones.

Cuando llegamos a los calabozos Yuta ya estaba allí con Jacob y con Fang. El pavo tenía un brazo vendado y el tigre estaba teñido de sangre. Dentro de las celdas había tres cánidos maquillados. Yuta no apartaba la vista de los perros disfrazados entre rejas.

—Todo esto no puede salir de aquí —dijo Yuta muy serio—, la seguridad de mi centro y de todos mis niños depende de ello. Vamos a contar justo lo que el Ministerio quiere oír. Los lobos nos han atacado y han matado a uno de los internos. Le han prendido fuego al establo, se han llevado a dos de mis niños y dos caballos. —Se volvió a mirarnos a Ursa y a mí.

—Vale, no tenemos que traer caza y podemos tardar todo lo que nos haga falta. —Eso me hizo feliz, por lo menos eso decía mi rabo.

—Laila tenía razón, eres listo —respondió Yuta.

—Listo y guapo, me tiene totalmente rendida a sus pies —dijo Ursa —. Bueno, Yuta, el jefe de estos drogatas no nos puede contar nada, se tropezó con uno de sus «lobos» y se clavó un cuchillo hasta el alma.

El sol estaba empezando a salir, tenía que saber cómo Ursa conseguía medir el tiempo tan bien.

—Ha muerto en mis brazos, es otra víctima de la máquina

propagandista del Ministerio. Si cuentas una mentira mil veces, esa mentira será tu verdad. Si quieres ejecutar tu plan, vas a tener que contarle a Ron alguna que otra cosa. Nosotros nos tendríamos que ir ya. —Dejé al cabecilla de la incursión en el suelo—. Me gustaría que lo enterraseis o le dierais un trato respetuoso, pidió perdón.

—Es verdad, Ursa, listo y guapo. Ron ya está informado de todo, me preguntó por qué llamó Ursa a Kiyu por el nombre de Mundo. Como sigáis así, vais a terminar anunciándolo en la radio. Él se ha encargado de ensillar a los caballos, llévate a Lola, Mundo. Tú mejor que nadie entiendes a esa yegua, creo que está enamorada de ti. Por ese cánido no te preocupes, haremos lo que nos has dicho según tus deseos —dijo Yuta.

—¿Vas a decirle a Tzar que te la ha robado el Culto? —Estaba alucinando.

—Se la va a llevar un mestizo de lobo, es una mentira a medias. —Otra vez hizo eso del cuello.

—Eres un viejo retorcido, eso me encanta —dije mirando a los prisioneros—. ¿Qué va a pasar con ellos?

—Según me ha dicho Buddy, están drogados hasta el rabo. Cuando vuelvan en sí, los interrogaremos. Probablemente se queden aquí en el centro, su grado de libertad en mis instalaciones dependerá de ellos —expuso Yuta.

—¿Por dónde nos han sacado los lobos de tu centro? Perdona que te insista, nos tendríamos que ir antes de que el resto de los internos salgan de los barracones —apremié a Yuta.

—¿Y os vais a ir de esa guisa? —masculló Fang, que hasta ese momento era un mero espectador—. No me malinterpretes, lobito, me encanta ver ese cuerpo yendo de aquí para allá, pero no os podéis ir medio desnudos a buscar a los lobos. —Estaba muy pegado a Jacob, dio dos pasos y se puso muy cerca de mí.

—No me digas que nos has preparado ropa para ir de excursión. —De nuevo el rabo batiendo el aire.

—Os he adaptado ropa antigua de alguno de los custodios. No ha sido nada, podría haberlo hecho ciego y tullido. Según me dijo Jacob lo que pasaba contigo, os preparé la ropa para que fueseis cómodos. Os voy a echar de menos, tengo mucho que agradeceros.

—Pero qué dices, loca, nosotros somos los que tenemos que agradecerte a ti. —Me acerqué a él y lo abracé con fuerza, él se quejó por su herida—. Lo siento, perdona, ¿eso te lo ha hecho uno de los lobos disfrazados?

—Sí, lo confundí contigo. Creí que te lo habías pensado mejor y querías darme un poco de amor; en lugar de cariño, esa bestia quería devorarme. Menos mal que tenía unas tijeras en un bolsillo del quimono, si no llego a clavárselas ese animal, me devora enterito.

—No es un animal, solo es un instrumento para dar mala fama a los míos. En fin, a mí me han intentado matar tres veces estos tipos. Te entiendo a la perfección —le dije cogiéndole la cara con ambas manos —. Yuta, ¿preparaste lo que te pedí para contactar con mi socio proderechos de los lobos?

—Vete ya con Fang, vístete y márchate por detrás del cercado de los caballos, allí hay unas tablas rotas. Salid por ahí y cubrid bien vuestro rastro, a no ser que queráis llevar al Ministerio al campamento de los lobos. Quiero verte de vuelta, tengo muchas preguntas que hacerte —dijo Yuta.

—¿Has oído, chati? Tenemos muchas cosas que hacer y poco tiempo para hacerlas, el timbre para el desayuno sonará dentro de nada. —De nuevo Ursa en modo osita feliz.

—Estás deseando dar ese paseo por el campo conmigo, ¿verdad? Os doy las gracias a todos de corazón. Si no fuera por vosotros, me hubiera vuelto loco aquí. Volveré, os lo prometo. Vamos, machote mata lobos, a ver qué nos has preparado. —Le tendí el brazo a Fang, este me dedicó una risa picarona y se agarró de él.

—Te lo presto un segundo, pavo, pero no te acostumbres, me ha costado mucho pescarlo. —Sabía que Ursa era celosa, lo había visto en sus recuerdos.

—Vamos, osa, déjame que sea caballeroso con él, está malherido y nos ha vuelto a preparar ropa —repondí.

Salimos del calabozo y fuimos al taller de costura. En el corto camino de los calabozos al taller de costura, Fang me estuvo contando el miedo que pasó a cuenta del falso lobo y lo valiente y fuerte que fue Jacob. Hablaba de su pareja, pero cada vez estaba más pegado a mí, me soltó solo para ir a buscar nuestras nuevas ropas. Unos pantalones muy parecidos a los que llevaba Laila en su visita al centro, unos con muchos bolsillos. Para cubrirnos el resto del cuerpo, nos dio unas camisetas de un tejido similar al de las que se usan para hacer deporte. Nos dio unas chaquetas finas y calzado para la montaña.

—Fang, tengo que preguntártelo, si quieres no me respondas. ¿Cómo una persona con tu carácter está aquí? —No me cabía en la cabeza, no me imaginaba qué podría haber hecho esa persona tan vital y cariñosa para estar cumpliendo condena.

—¿En tu mundo se usa la palabra «maricón»? —Al responderme, por primera vez lo vi serio.

—Es una palabra muy fea para dirigirse a los homosexuales, una muy sucia —dijo Fang sonriéndome, esta vez con una mueca de tristeza.

—Eso es lo que me decía mi agresor mientras abusaba de mí entre clase y clase. «¿Te gusta, maricón, es lo que te va, verdad, pajarraco?» —Hizo una pausa para coger aire.

—No sigas hablando si no lo deseas —dije.

—Tienes algo, hablar contigo es fácil, quiero contártelo. Vino a buscarme después de clases de costura, mi preferida, tenía unas tijeras en el bolsillo al igual que hoy. —Volvió a pausar su relato para reírse con amargura—. Digamos que ese cánido no volverá a abusar de nadie nunca.

—Joder, Fang. Eso no estuvo bien, pero fue en defensa propia. ¿Qué le pasó a tu agresor?

De nuevo me puso esa cara de circunstancia.

—Es era hijo de un policía y yo una loca con mucha pluma, toda la culpa la tuve yo. Este mundo también tiene sus cosillas. Quiero que cojas estas ropas, os vistáis y vayáis a darle fuerte al Ministerio por el tema de los lobos.

Le quité las ropas que nos había preparado y las aparté para volver a abrazarlo. Ursa tenía razón, detrás de cada una de las almas dentro de este cercado se encontraban historias trágicas.

El tiempo apremiaba, Helios empezaba a arrojar luz entre las persianas. Al volver a las celdas, nos pusimos las ropas que nos preparó Fang.

—Estáis los dos monísimos, hacéis mejor pareja que si fuerais de vuestra misma especie. Pero tú estás imponente, lobito, me da igual quien está ahí dentro, lo de afuera me sigue gustando muchísimo —dijo Fang dándome un repaso.

—Cuando vuelva tenemos que hablar. Ven y dame un abrazo, locaza, me da miedo achucharte yo. —Le tendí los brazos y le vi sonreír.

—Como antes te dije, no sé quién está ahí dentro, pero me gusta más que su antiguo dueño. —Me dio un fugaz abrazo, su cuerpo emplumado parecía muy delicado, como si se fuera a romper al abrazarlo fuerte.

—Cuídate esa herida y cuida también de tu gato, ayer se enteró de algo muy triste. Va a necesitar todo el cariño del mundo.

Dejó de abrazarme para darle el mismo trato a Ursa.

—Sé lo que le ha contado Mundo —dijo Fang—. A mí también me ha dado qué pensar, yo mismo estuve pensando una temporada en rogar a Fafnir. Bajo todo este plumaje hay una dama guerrera, querer rogar para huir no va conmigo, osita. —Se abrazaron y permanecieron un rato así hasta que yo les interrumpí.

—Ursa, corazón, tenemos que irnos con la mayor rapidez posible. Aparte de que te tengo que enseñar a montar a caballo.

—Te he visto hacerlo por dos años, no parece tan complicado —dijo Ursa restando importancia al tema.

—Yo también he visto a deportistas bajar una montaña en bici y dar saltos, tampoco parece complicado hasta que intentas hacer lo mismo.

Fang, cuídate ese brazo, lo que haces con las manos es mágico, sería una pena que este mundo te perdiese.

Salimos del pabellón donde estaban todos los talleres, esos donde racionales se formaban para no seguir el camino que se les había marcado al nacer. Yuta hacía un trabajo colosal para que sus niños, como él les llamaba, tuvieran la mejor calidad de vida posible. Ese reptil, a pesar de no mostrar ninguna emoción en el rostro, expresaba sentimientos con sus hechos. Nadie que tuviera menos corazón haría lo que él estaba haciendo. Mientras caminábamos a paso rápido a las cuadras no hacía más que pensar en Ursa trabajando en una mina, sería un desperdicio perder un talento como el que ella tenía.

—¿Cómo es esa frase que te gusta usar…? Un céntimo por tus pensamientos. —Ursa detestaba los silencios.

—Pensaba en Yuta y la labor que hace aquí. En mi mundo lo hubieran declarado santo o algo parecido. Tú te hubieras destrozado las manos con un pico y una pala, en lugar de pintar o hacer retratos. A Kiyu le hubiera dado un futuro en su centro. En fin, que en solo una semana lo aprecio mucho.

—Aquí carecemos de deidades, pero sí, es un puñetero santo. De sangre fría le dicen a los de su especie, ¿te lo puedes creer?

—Me lo puedo creer, Kiyu es un apestado solo por ser un lobo. La primera impresión es la que vale, si te ven como a alguien sospechoso y agresivo te tratarán como a tal. —Al hablarle así a Ursa, esta me cogió de la mano—. Vamos, ahí está Ron con nuestras monturas.

Los caballos estaban uno atado a otro, pusieron a Lola delante y Toc iba cargado con casi todo nuestro equipaje. Me ahorraría, de momento, enseñar cómo montar a caballo a Ursa. La fase final de mi aventura estaba cerrándose y yo estaba cansado como para dormir una semana entera, esperaba que en esas provisiones Rodri me hubiera metido el equivalente a una bebida energética de ese mundo. El camino para encontrar a Sun y los lobos se presentaba frente a mis pies de forma clara. Tenía la certeza de que el tal Darío, esa piel cambiada de los lobos, me podría dar muchas respuestas, ojalá una de ellas fuera dónde estaban los padres de Kiyu.

Lobos

El camino para buscar a mi nueva familia prometía desde el primer minuto, montar a Ursa en el caballo de tiro fue un reto. Tuve que prometerle que no le iba a hacer daño al caballo, que Toc no la iba a tirar, que no tenía que hacer nada aparte de sentarse a horcajadas y hablar conmigo por el camino. Con todo eso iba muy tensa y el animal podía sentirlo; tenía doble trabajo, calmar al caballo y tranquilizar a la osa que iba encima. Era gracioso verla sentada en un caballo de tiro. En comparación, parecía que íbamos a escalas diferentes, yo montando a Lola y ella a Toc.

Al pasar el cercado empecé a ubicarme y a buscar un rastro de hacía tres días. Tuve que bajarme del caballo para oler mejor sobre el terreno, lo del olfato era un fastidio y una herramienta útil. Al desmontar volví a escuchar a Toc intranquilo y a Ursa nerviosa, tenía que hacer algo con esos dos para que se llevasen bien y pudiéramos tener un placido paseo por el campo, tal como le vendí a la osa. Acaricié en el cuello a Lola y fui a bajar a Ursa del caballo.

—Venga, pedazo de hembra, baja de ahí. Tienes a Toc nervioso, debes aprender a llevarte bien con él. ¿Tenemos algo para darle como premio? —pregunté buscando en las alforjas de su caballo.

—¿Premio por qué? Llevamos quince minutos de viaje y cada vez que tú no mirabas él volvía la cabeza y me ponía mala cara, me odia a muerte —dijo Ursa poniendo los brazos en jarras.

—A ver, churri, es un animal con un carácter complicado, pero no te odia. Te conoce, has cuidado de él limpiando su cuadra y poniéndole comida todos los días. Estas bestias valoran esos detalles. Prueba a hablarle como lo harías con un niño. Busca algo de fruta o verdura que darle en las provisiones.

—¿En serio? Me mira con mala cara, me intenta tirar al suelo, ¿y le tengo que hablar como a un crío y darle premios? —Seguía con la misma actitud y me iba a dar el viaje.

—Refuerzo positivo, preciosa. Bueno, sé que mides el tiempo muy bien, ¿cómo es tu sentido de la orientación? —pregunté cambiando de tema.

—Pues igual de bueno que el tuyo. Estamos en el rastro que seguimos cuando empezaste a perseguir al ciervo. Pon el olfato a trabajar, mono calvo.

—El rastro es muy débil, voy a tener que pegar las narices al suelo como si fuera un perro.

—Y yo voy a estar detrás de ti con los caballos admirando ese culo, la vida es tan injusta… —Otra vez ahí estaba la osa feliz.

—Eres un encanto. Busca aparte de una manzana para el caballo un limón para ti —dije poniendo mi olfato a trabajar.

Ella rio sonoramente, cogió las riendas de los caballos y se puso a rebuscar en las alforjas.

Al principio me agaché para escudriñar mi propio rastro, para al final acabar a cuatro patas. Con la fisonomía de Kiyu no era tan complicado andar de esa forma, en esa postura me resultaba menos difícil captar mi propio aroma. En pocos minutos estábamos donde abatió Sun al ciervo, de ahí en adelante me costó poco seguir el rastro hasta donde nos paramos para repartirnos la caza. El rastro de Sun era fácil de seguir, ya no tenía que agacharme, parecía que se había rozado con todos los árboles en su camino. Detectaba otros dos olores, seguro que eran dos de los hermanos que vinieron de caza con ella. Tras de mí, escuchaba a Ursa hablándole a Toc y dándole algún premio que el caballo masticaba sonoramente. Seguimos sin hablarnos hasta que el bosque dio paso a senderos entre matorral alto que discurrían por arboles cada vez más escasos. Recordé lo que me dijo Kiyu en nuestros encuentros oníricos, «Busca donde no haya ni carteles ni caminos preparados, busca donde no haya ni rastro del Ministerio». El vegetación dio paso a matorral bajo y entonces vi el camino entre las montañas, habíamos llegado donde Sun nos dijo que buscásemos.

—Ursa, ya podemos montar otra vez a caballo, ahí está el paso. Tú que mides tan bien el tiempo, ¿cuánto hemos tardado? —le pregunté montando a Lola.

Ella, con toda la tranquilidad del mundo, se miró la muñeca izquierda y me dio la hora.

—Pues hemos tardado un par de horas, son las nueve y media pasadas. Ahora que estamos lo suficientemente lejos, ¿me enseñarás a montar a caballo, o tengo que contentarme con hablarte viendo el culo de tu yegua?

—Lo primero, ¿de dónde has sacado el reloj? Y lo segundo, veo que te llevas mejor con Toc, no será problema que lo montes y guíes.

—El reloj lo encontré en las alforjas buscando algo para darle a este grandullón, ¿verdad que te gustan las zanahorias, eh, bicharraco? —El caballo estaba contento al escuchar a la osa hablarle como a un bebé.

—Vaya, me alegra mucho ver que ya os lleváis bien. Cuando lleguemos donde los lobos, ¿me tratarás con el mismo cariño a mí?

—¿Mi perrito bonito quiere mimito? ¿Quién es mi chucho guapo? —Me fastidiaba muchísimo, cuando me hablaba así sin querer

agachaba la cabeza y movía el rabo—. Depende de cómo me enseñes a montar, igual te dejo cabalgar o no conmigo.

—Hablamos de equitación, ¿no? Anda, osa amorosa, sube al caballo, que te doy una clase.

Para no haber montado en mi vida a caballo, entendía muy bien a estos animales. Le dije lo básico, que se sintiese relajada, que no le diese tirones de las riendas porque el animal lleva un bocado y le podía hacer daño, que le presionase los costados con las piernas, pero no mucho… Al cabo de diez minutos al trote, parecía que lo había estado haciendo toda la vida.

—Eres toda una amazona. Ahora podremos ir uno al lado del otro y hablar —le dije a Ursa.

—Es la primera vez que monto desde que estoy en el centro, creí que estos animales no podrían conmigo. Me encanta, al final va a resultar de verdad un paseo por el campo. —Estaba encantada a horcajadas sobre esa bestia.

—Estoy muerto, cari. ¿Cuánto hemos dormido esta noche?

—Pues entre que nos acostamos y nos despertó el falso culto de los huevos, pues unas seis horas mal contadas.

—Tengo un machaque físico y mental tremendo. Explícame eso de que me movía muy rápido al pelear con los «lobos».

—Pues eso, que vi cómo atrapaste a ese zorro disfrazado desde arriba en el árbol. En un momento, estabas dándole vueltas al árbol, y en un abrir y cerrar de ojos lo tenías inmovilizado.

—Me pasa algo raro cuando tengo una pelea. Me pasó en Shaiyo con los cánidos que vinieron a pegarme, el tiempo parece que va más lento, ahora me doy cuenta de lo que ocurre —dije mirando al infinito.

—¿El qué? ¿Ahora tienes superpoderes? ¿Eres Flash el superhéroe?

—Vaya, otra cosa plagiada de mi mundo. Pues eso parece, había escuchado lo de los reflejos felinos, pero no había oído hablar eso de los lobos de donde yo vengo.

—Ni de donde tú vienes ni de aquí. Los felinos tienen muy buenos reflejos, pero eso que te vi hacer no tiene nada que ver.

—Bueno, otra cosa rara a añadir a la lista. Soy un humano metido en la piel de un lobo con superpoderes para el combate. —Dejé de mirar a Ursa para mirar a Lola—. Sigo estando afectado por el cánido que accidentalmente he matado. Una cosa es cazar ciervos, y otra diferente es acabar con la vida de alguien.

—Eh, venga, sé que es duro, pero no fue tu intención matarle. Con el don que te han prestado hubieras desarmado a ese tío y lo hubieras atado antes de que se diese cuenta —dijo Ursa aproximándose a mi.

—Nos hubiera dado muchas respuestas. Lo del Ministerio con los lobos me parece enfermizo. Tener a gente entrenada para drogar y

disfrazar a más gente solo para alimentar el miedo al lobo me parece muy fuerte.

—¿A ti te parece fuerte? A mí me educaron desde muy pequeña para creer que los lobos eran el mal encarnado, que ellos eran unos salvajes. Imagínate que, de buenas a primera, alguien te dice que has vivido en un sueño y te despierta tan de golpe que terminas dándote con la litera de arriba.

—No ha sido mi intención desmontar tu sociedad, Ursa. Tenéis cosas muy buenas, pero la diversidad de culturas debería de ser más tolerada. ¿Qué crees que encontraremos en el campamento de los lobos? —pregunté preocupado.

—Sé lo que me voy a encontrar, el recuerdo que vi de Kiyu. En realidad, no era de él, era un recuerdo tuyo de compartir sueños con Kiyu. Es complicado, pero creo que los lobos no nos van a agredir, tampoco creo que nos reciban con los brazos abiertos. Son gente normal intentando vivir fuera de nuestra supuesta normalidad.

—Yo no lo hubiera expresado mejor. Hay algo que me ronda la cabeza desde hace muchísimo tiempo, sé que tú me puedes dar una respuesta desde otro ángulo de vista.

—Qué miedo me das cuando te rondan cosas por esa cabeza peluda. A ver, pregunta. —Si no fuese porque iba a caballo, habría puesto los brazos en jarras.

—¿Conoces la canción *Message in a bottle*?

—Sí, creí que era original de aquí, ahora me doy cuenta de que no.

—¿Qué piensas cuando escuchas la estrofa que dice, «El amor puede arreglarte la vida o puede romperte el corazón»?

—Pues pienso en eso mismo. El amor te lo puede dar todo, puede hacerte feliz, llenarte de esperanza, o puede hacerte un desgraciado. Solo hay que tener cuidado de a quién quieres entregarle tu corazón. —Al escuchar eso, dicho de esa mujer joven con cara de oso y voz aflautada, no pude evitar echarme a llorar—. Jolines, Mundo, ¿se puede saber qué te pasa? —Le dio un leve tirón a las riendas y juntó más nuestras monturas para echarme un brazo por encima.

—Me pasa que esa puñetera estrofa lleva atormentándome y dándome consuelo toda la vida. Y ahora es cuando la entiendo, he tenido que cambiar de cuerpo, de mundo y enamorarme aquí para entenderlo. Me da mucha rabia.

—Relájate, Mundo, aprende a tomar las cosas tal como te llegan. Una canción es una canción, el autor de esa obra seguro que tenía inquietudes y quería hacer pensar a sus oyentes. Pero lo tuyo va más allá, es casi una obsesión. Deberías hablar estas cosas con alguien antes de guárdatelas durante años. Eso no es bueno.

—Me relajaré, es más, hace años que no estoy tan a gusto conmigo mismo, y eso que no soy yo mismo. —Le hice un gesto mostrándole

mis manos.

—Ya te dije que se te ve muy contento en ese pellejo, no sé cómo te lo montas para estar bien con otro cuerpo —dijo Ursa acariciándome tras las orejas.

—No había tenido a nadie tan cercano como tú desde hace años. He tenido rolletes y novietas de verano, pero contigo es diferente —respondí secándome la cara con la manga de la chaqueta.

Me haces sentir especial, querida, ese algo… Yo también he tenido rolletes, pero sí, contigo es especial. —Se acercó y me dio un beso muy apretado.

—Al final resulta que sí sois novios. —Eran una voz y un olor conocidos, estaba tan absorto en mis tribulaciones con Ursa que no la escuché ni la olí.

—¡Anda, hermanita! ¡Cuánto tiempo! —dije moviendo el rabo.

Era Sun, que venía a pie.

—¿De dónde puñetas has salido, perra cachas? —Ursa parecía indignada por cortarnos el momento tierno.

—De detrás de ese saliente rocoso, si hubierais estado pendientes me habríais visto. Pero estabais muy entretenidos diciéndoos cosas bonitas…

—Vale, un más diez para ti en sigilo. Si quieres puedes montar a Lola, yo iré con Ursa en su montura. Llévame con los tuyos, con la familia.

—Será con los nuestros, con vuestra familia. Si ella está contigo, está con nosotros. —Ursa y yo nos miramos sorprendidos—. ¿A qué vienen esas caras? ¿Os creéis que somos tan cerrados como el Ministerio? En mi asentamiento no solo hay lobos. Venga, baja el culo de esa yegua tan bonita y monta con tu osa.

Le obedecí y cambiamos de monturas, me puse delante de Ursa y dejé que ella siguiese llevando las riendas. Otra vez estaba rodeado de Ursa.

—¿Estás cómodo, lobito? Si fueras un gato, estarías ronroneando, me estás dando una paliza con el rabo.

—Tú también estás contenta, no me preguntes como lo sé, pervertida. —Ella se hizo la indignada y me apretujó contra sí con mayor ímpetu.

—Sé de dos que esta noche van a dormir poco, ten cuidado, osa, yo también puedo olerte —dijo Sun. Había algo en su tono que no me convencía.

—Yo no te lo he dicho, que conste. Pero deberías tener cuidado con los cambios hormonales, vamos derechos a Villa Lobos, pueblo conocido por sus finos olfatos —le dije a Ursa tocándome la nariz.

—Será Villa Indiscreta, cómo odio esa faceta tuya. —Estaba realmente enfurruñada.

Nos estuvimos riendo un buen rato antes de llegar al asentamiento. En camino, entre las montañas, vimos cómo iban saliendo vigías de entre los salientes, tenían arcos, lanzas y algún que otro fusil antiguo. En lo alto de la montaña vi una figura con un perfil bastante peculiar, parecía una especie de ave de presa. Al vernos, ese pájaro que estaría haciendo de vigía saltó de la atalaya en la que se encontraba y fue planeando hasta perderlo de vista tras la montaña.

—¿Has visto eso, Mundo? ¿Se ha tirado y estaba planeando? —Ursa estaba perpleja, sentía cómo su corazón se aceleraba.

—Eso parece, ¿las aves de este mundo vuelan? —pregunté.

—Al igual que yo no hiberno, las aves racionales dejaron de volar para ser eso mismo, racionales —respondió Ursa.

—Se llama Hank, aunque le gusta que le llamen Ojo de Halcón. Es nuestro mejor vigía, nos ha salvado en más de una ocasión del Ministerio y sus Inquisidores. Es un sobrado, no suele hacer eso de planear a no ser que vengan los acólitos a cazarnos. ¿Tú no te llamabas Kiyu?

—¿Eso te dije? Tú misma al mirarme a los ojos me preguntaste si era una piel cambiada. Pues sí, lo soy. Perdona por no haberme presentado por mi verdadero nombre, me llamo Mundo y no soy de este sitio.

—¿Mundo? ¿Qué clase de nombre es Mundo? ¿Tus padres el día que te nombraron estaban de guasa? —Puso la misma cara que yo pondría al comerme algo en mal estado.

— ¿Te acabo de soltar que soy ajeno a tu planeta, y tú me pones cara rara por mi nombre? Es la abreviatura de Raimundo —dije cruzando los brazos.

—Nosotros conocemos y aceptamos los designios de Fafnir. Toda piel cambiada es un intercambio que enriquece a ambas partes. Darío te explicará los detalles mejor que yo. Seguro que cuando lleguemos estará informado de que venimos —aclaró Sun.

—Estoy un poco nerviosa. Mundo ha compartido muchos tabúes conmigo, pero voy a ver a los lobos por primera vez en mi vida. —Estaba risueña como de costumbre.

—Relájate, osa, no nos comemos a nadie. Para eso están los Ungidos de los Inquisidores —dijo Sun.

—Sun, hace escasas horas fuimos víctimas de una incursión del «Culto». Eran cánidos disfrazados de lobos y drogados hasta parecer animales salvajes. También encontramos a su cabecilla, bueno… Acabé con él accidentalmente.

—Pues has cazado a un Inquisidor y sus Ungidos. Son los que nos hacen tan buena propaganda.

—¿Por qué? ¿Por qué tomarse tantas molestias para hacer que los lobos sean unos monstruos? —preguntó Ursa.

—Darío te lo explicará todo. A él le corresponde esa tarea, a mí hablar de ello me hace estar furiosa durante una semana. —Al decir eso, escuché el cuero de las riendas de Lola rechinar entre sus puños. Quise acercarme para acariciarla tras las orejas, pero estaba rodeado de osa.

—No te preguntaremos más sobre ese asunto. ¿Estamos muy lejos de tu asentamiento? —dije.

—A un tiro de piedra, en veinte minutos estaremos allí. ¿Habéis borrado vuestro rastro al venir hasta aquí? —preguntó Sun mirando hacia atrás.

—¿Vale con echar pimienta y chile rallado tras nosotros? —Miré atrás para ver toda la dentadura de mi osa en una amplia sonrisa.

—Es verdad, medio lobo, tu chica me cae bien. Osa, ¿qué pasó con eso de que le faltaba chicha para ti? —De nuevo detectaba ese tono cuando hablaba de mi osa.

—Me equivoqué, la noche de Nana casi dormimos juntos y aún me tiemblan las piernas.

—Vaya, vas a ser muy popular entre las hembras jóvenes de mi familia. —No sabía bien si quería meterme en un aprieto, o realmente los lobos eran muy liberales.

—Es una lástima, yo soy macho de una sola hembra. —Ursa me achucho más fuerte y me besó en el cuello, fue muy agradable.

—Qué aburridos… Lástima que no estéis aquí para el festival de Máni nueva —dijo Sun resoplando.

—Se refiere al ciclo del mayor de nuestros satélites, una vez al año está en su máximo esplendor. Ese día se dice que es el mejor del año para concebir. —Se giró a hablar directamente a Sun—. ¿Qué hacéis entonces, organizáis una bacanal? —Me pasó las riendas y puso los brazos en jarras.

—¿Has estado alguna vez rodeada de machos que lo único que quieren es complacerte? No sabes lo que te pierdes. Respeto tu sentido de la fidelidad, pero respeta nuestras costumbres —respondió Sun.

—¿Y tú, lobito, por qué mueves el rabo? —Seguía con los brazos en jarras.

—¿Porque voy a conocer a los padres de Kiyu? Joder, Ursa, son los instintos de este cuerpo que me delatan.

Me miró muy seria para después empezar a reírse y pegarme pellizcos, Sun también se reía.

No pasó ni media hora cuando, al llegar a la parte más alta del paso entre montañas, empezamos a ver el asentamiento. En ese momento desee que Kiyu estuviera con nosotros. Estábamos a un tiro de piedra de poder estar entre ellos, conocer a su alfa y cumplir mi promesa con el dueño de esta piel.

El asentamiento era igual que el recuerdo que me mostró Kiyu en

nuestro sueño. Casetas muy parecidas a los tipis de los indios americanos, lobeznos jugando de aquí para allá, caballos atados en un cercado y los mayores preparando aperos. Nada en ese sitio podría hacer imaginar a nadie que esos seres, esos perros enormes y fuertes, fueran a morder a ningún racional hasta devorarlo. Pasamos entre ellos acompañados de Sun; hasta ese momento, me había considerado un cánido grande y fuerte, en este asentamiento era uno más. Estaba todo igual de limpio y ordenado que en los pueblos y ciudades del Ministerio. Olía a comida guisándose al fuego, a cuero encurtido, a un montón de lobos, a aves y otra cosa más…

—¿Tenéis un oso aquí? He podido oler también a Hank y otros pájaros —dije.

—Tiene muy buen olfato, es un puñetero fastidio. —Ursa, medio indignada, medio complacida.

—Pues sí que tiene buen olfato tu chico. Tenemos un oso pardo con nosotros, se llama Kudo, es un poco más grande que tú, Ursa. Lleva casi desde que nació con nosotros. Lo salvamos de una de las incursiones de los Inquisidores, desde entonces está con la familia. Deberías ir a verlo, Ursa, le gustará ver a uno de su especie, nunca ha visto un oso sin recurrir a un espejo —dijo Sun.

—Si quieres, iré a verlo, pero no os hagáis ideas raras. Ya tiré a un oso por una ventana, si se pasa encontraré algún sitio donde lanzarlo.

—¿¡Qué!? ¡No! Lleva siete años emparejado con Blanca, una loba muy guapa. Tienen tres niños preciosos.

—¿Cómo que tienen tres niños? Ella no puede tener niños de él, o sea, yo no puedo quedarme embaraza de él. ¿O sí? —dijo Ursa atropellando las palabras.

—Él no es el padre biológico, pero, aun así, esos niños no conocen otro padre —aclaró Sun.

—¿Quién es el padre biológico? —preguntó Ursa.

—Espera, Sun, le contesto yo. El padre es el festival de Máni nueva.

—Tu chico también me cae bien, osa, es guapo y listo. En ese festival muchas de nosotras nos quedamos embarazadas.

—¿Tú también tienes críos? —La cabeza de Ursa estaba ya a punto de explotar.

—Yo aún no. De momento no he encontrado pareja, los machos buenos ya están pedidos y somos más hembras que machos.

—Estoy escandalizada, o sea que, si no tienes pareja, no tienes acceso al bufet de lobo —dijo Ursa con la boca abierta.

—Como siga la cosa así, creo que vamos a tener que saltarnos esa tradición. La caseta de Darío es esa con la pintura verde y marrón en la punta, me llevo a las bestias y a tu chica. No te preocupes, hermano, cuidaré de ambas —anunció Sun.

—Ursa, ¿no te importa? —Creo que hasta gemí como un perro

pidiendo comida.

—¿Me pides permiso? Eres un encanto, pero eso no es necesario, si Darío es una piel cambiada, sé lo que va a pasar. Verte de nuevo con los ojos vueltos y convulsionando no es muy divertido, por lo menos fuera de la cama…

—Vigila tus cambios hormonales, vas a poner cachondo a medio asentamiento. —Ursa agachó la cabeza al escuchar a Sun diciendo eso.

—¿Es o no es un bomboncito? Si tardo demasiado, entrad a buscarme.

—Que os divirtáis contándoos batallitas de la Tierra, yo voy a conocer a un pedazo de oso.

—¿Poniéndome celoso? Sun, ¿qué proporción de hembras respecto a machos hay aquí?

Ella me cogió de las axilas, me levantó de la silla y me dejó en el suelo con cuidado, como si fuera un perro de peluche, y marchó al trote a la herrería.

—Qué tarde es, ¿verdad, Sun? Vamos a buscar a Kudo.

—¡Te quiero, osa! —Creo que lo dije con la suficiente fuerza para que se enterase hasta Yuta en su centro. Ella se giró y me tiró un beso.

Los lobos que andaban de aquí a allá con el ajetreo de un campamento que despertaba eran todos grandes y bien formados. Las hembras también eran unos pedazos de especímenes, todos iban vestidos con pieles finas, igual que los lobos disfrazados que atacaron el centro de Yuta. No entendía porque esta gente, estos lobos, no podían vivir en paz con el resto de la sociedad en este planeta; más bien, no entendía por qué el Ministerio no dejaba vivir a esta gente en paz. Y el mayor de todos los interrogantes, estos racionales, estos cánidos tan grandes y capaces, ¿por qué no habían hecho algo para cambiar esta situación?

—¡Chaval, veo tu cabeza echar humo desde aquí! —dijo un lobo completamente negro con unos penetrantes ojos amarillos.

Estaba en la entrada de un tipi con la punta adornada con grecas verdes y marrones, no tenía nada en especial, una caseta como cualquier otra del resto del asentamiento.

—¡Voy! —Estaba a unos cincuenta escasos metros, parecía una distancia abismal después de todo lo que me había pasado en ese mundo. El lobo oscuro me aguantaba el pliegue de la caseta invitándome a entrar.

—Por fin ha llegado el día, llevo mucho tiempo esperándote, Mundo. —De cerca parecía más imponente aún, me sacaba un par de dedos de altura y parecía ser joven.

—¿Sabías que iba a llegar y también conocías mi nombre? —pregunté.

—Sabía que ibas a llegar, tu nombre lo sabía desde hace mucho, de

antes incluso de que nacieras. Entra, siéntate e intercambiaremos vidas. —Tenía una voz serena, con un acento muy velado, como catalán.

—Sabías mi nombre desde antes de mi nacimiento. ¿Pretendes apagar el fuego en mi cabeza echándole combustible? —dije con la cara de lado.

Él me señalo un cojín grande cerca de lo que parecía una cachimba. El suelo de la caseta estaba alfombrado y olía a incienso, en el centro quedaban las ascuas de lo que fue una pequeña fogata.

—Todas las preguntas que no te ha respondido la osa te serán desveladas. La impaciencia es una enfermedad que la veteranía cura. —Otro dato que conocía a pesar de no haber hablado nunca con él.

—Bueno, ¿hacemos eso de las manos, entramos en trance y hablamos en el otro plano?

—Te he preparado un café, largo de café y corto de leche, como a ti te gusta. Tómatelo, estos trances te dejan agotado y después del despertar que habéis tenido te hará falta la energía. —Junto al cojín que me indicó había una bandeja con una taza.

—Huele muy bien. Voy a pasar por alto eso de que sepas cómo me llamo y cómo me gusta el café, me voy a sentar y me lo voy a tomar. Aunque también lo sabrás, mi osa me ha dicho una y otra vez que viva el ahora, que no me coma la cabeza.

—Me alegro por ti. Vas a llevarte de vuelta muchas cosas, vas a crecer mucho aquí. —Se sentó frente a mí y observó cómo me tomaba el café.

—El café esta exquisito. Sabe y huele a café, pero… ¿es café?

—Anda, chaval, dame las manos y vamos a hablar —dijo Darío poniendo sus manos frente a mí palmas arriba.

Puse mis manos encima de las suyas y volvió a pasar.

Otra vez el escenario en blanco, como un lienzo listo para empezar a dibujar. Un espacio donde solo estábamos Darío y yo. Esta vez yo era el que quería usar los colores y tener los pinceles en la mano.

—Sabes cómo me gusta el café, mi nombre y las cosas que sé y no sé de este mundo. Voy a elegir el escenario para hablar si te parece. —Pensé en un sitio donde había sido muy feliz, un sitio familiar. Una playa.

—La playa de La Cortadura. Había escuchado el nombre, pero no tenía la imagen. Gracias por traerme aquí, las playas de Cádiz son muy bonitas —dijo Darío mirando para todos lados.

—¿Las catalanas no son tan chulas o qué?

—Guapo y listo, dice tu osa. Después de tanto tiempo, sigo conservando algo de acento. Tú, sin embargo, no tienes mucho acento de Cádiz.

—Mi osa es pura miel. Tienes un acento muy velado, yo no suelo

decir ni «picha» ni «cojones». Aparte de que escucho mucha música en inglés, igual se me ha pegado el acento de los locutores.

—¿Tiempo de preguntas? —A pesar de su aparente edad física, tenía un aplomo y una paciencia impropias.

—¿Por dónde empezar…? ¿Dónde estoy? —dije queriendo no freírlo a preguntas.

—Vale, vamos a sentarnos en la arena, aunque no es arena, es la proyección de tu recuerdo de la arena. La pregunta correcta es: ¿en qué plano de existencia estoy? —dijo sentándose, me indicó que hiciera lo mismo a su lado.

—Vale, planos de existencia. Algo de eso me dijo Miguel, el de los Michael clan —respondí.

—Ese pájaro es crucial para nuestro propósito. Te voy a hacer una pregunta, todo esto es muy complejo y hay gente que no llega a entenderlo. ¿Cuánta gente conoces que se parece entre sí?

—Gente reservada, muy extrovertida o cansinas a más no poder. Pero eso no tiene nada que ver con su concepción, también influye lo que les rodea.

—La influencia del medio en el individuo, ¿eso es lo que piensas? Pues resulta que cuando se crea un alma, no nace una sola, se hacen en parejas. Sobre ellas hay pequeñas variaciones, pero siguen siendo la misma persona con distinto nombre y sexo.

—No me vaciles, tío, ¿dices que hay una fuerza mayor que crea almas en plan *random*? ¿Cómo puedes saber tú eso?

—Ah, la edad física. Igual crees que tengo tu edad o poco menos, en realidad llevo cerca de seiscientos años de la Tierra aquí, en Ix. Lo mío es una maldición, una que termina con tu llegada. —Estaba contento, por lo menos me sonreía.

—Me pones sobre los hombros un gran peso. Tú también has venido aquí con una misión; según tengo entendido, si no cumples con tu parte, seguirás reencarnándote aquí hasta que la realices.

—Mi misión era guiar a esta gente, a los lobos, para que fueran más plenos. Ellos podrían vivir en paz dedicándose a lo que hacen, cazar, recolectar y vivir de forma nómada. Pero nos están cazando, aquí es donde tú entras. —Hizo una pausa y empezó a mirarme de arriba abajo—. Creo que no me he equivocado, los patrones de tu pelaje son inconfundibles. Los padres de Kiyu son unos buenos racionales.

—¿Podemos levantarnos y caminar por la orilla? Todo esto hace que la cabeza empiece a darme vueltas. Dar un paseo de mentira, por una arena falsa, me irá teóricamente bien —dije levantándome de un salto.

—Tu osa tiene razón, no consigues vivir el ahora. Vamos, empieza a caminar y yo haré lo mismo a tu lado. —Otra vez ese tono que me recordaba a Yuta.

—Cómo odio que sepas todo de mí y yo no sepa nada ni de ti, ni de

muchas cosas de este sitio, plano, realidad alternativa… ¿Podríamos seguir por ahí?

Me había hecho una introducción muy espiritual, pero seguía sin saber donde me encontraba.

—Te lo voy a explicar de la forma más sencilla posible. Podría llevarme hablando sobre planos de existencia una semana, pero no tenemos ese tiempo. Mejor aún, voy a mostrártelo. —Darío señaló al cielo, en él apareció una nube perfectamente redonda, como si fuera una galleta de arroz—. Imagina que esa nube es tu plano de existencia, donde tú y los otros siete mil setecientos millones de humanos viven. Tú vives en esa realidad, con un cuerpo humano, e interactúas con otros humanos. ¿De momento bien?

—Vale, vivo en una nube con el resto de la población de la Tierra. —Me volví para mirar otra vez al cielo.

—Muy bien, aquí es donde la cosa se complica un poquitín. —La nube se puso de canto y empezó a multiplicarse hasta que las copias se perdieron por ambos lados del horizonte.

»El número de planos de existencia es infinito, alguno de ellos es muy parecido al vuestro, al humano; otros, no tanto. Existen planos donde los seres son humanoides, en otros la vida orgánica no existe como tal, planos en los que los cuerpos físicos no son necesarios, en los que el lenguaje no es verbal, y todos ellos están interconectados. Es como si todas esas nubes, que representan realidades, estuvieran perforadas, tuvieran pequeños poros, y nuestras almas fueran a pasar por esas pequeñas aperturas. En el caso de Ix, aunque te parezca mentira, las realidades son muy cercanas.

—Venga ya, tío, te estás quedando conmigo. Tienes seiscientos años, pero, aun así, ¿cómo puedes saber todo eso? —pregunté al borde del colapso.

—No te he dicho que tenga seiscientos años, te he contado que llevo ese tiempo aquí. Tampoco soy un ser humano en un cuerpo de Ixiano. Este es mi cuarto plano de existencia, y en el que me he estancado más tiempo.

—Por favor, haz desaparecer las nubes esas del cielo. Me está costando asimilar todo esto un poco. ¿Eres como el Jesucristo de las sagradas escrituras? —pregunté agarrándome la cabeza con ambas manos.

—¿Una deidad? No, no me considero un santo, mucho menos un dios. Soy un apagafuegos transdimensional. Pero en este plano estoy muriendo un poco cada vez que cambio de piel. ¿Has visto a los críos que andan por el asentamiento dando vueltas? —dijo con un punto de amargura.

—Sí, son unas criaturas preciosas. No he tenido oportunidad de ver niños de este plano de cerca.

—Se te darán bien, te lo digo desde ya, vas a ser un buen padre. Muchos de ellos son hijos míos, son a la vez mi mayor orgullo y la más grande de mis maldiciones. Soy el alfa de gran parte de las tribus del sur. Tengo mi semilla repartida por muchos sitios. Cuando este cuerpo deje de funcionar, o le pase algo, tomaré a uno de mis niños y seguiré aquí. —Al hablar de sus hijos vi desaparecer todo el aplomo y seguridad que tenía.

—¿Yo voy a parar esto, que llevo una semana aquí? Tú no has podido arreglarlo, ¿después de… cuántas vidas? ¿Siete, ocho? —Me estaban entrando ganas de golpearlo, morderlo o ambas cosas.

—Veintitrés, cada vez que vuelvo a la vida me siento menos vivo. Recuerdo todos y cada uno de los nombres de mis niños, todos ellos hubieran sido unos adultos extraordinarios. Me he arriesgado mucho por ellos, por los lobos. Somos cada vez menos, más débiles y nos quedamos sin sitios en los que poder escondernos.

—¿Yo voy a poder arreglarlo? ¿Con un plan improvisado sobre la marcha? Solo tengo a un tío que tocaba el bajo en el Puerto y una canción —respondí encogiéndome de hombros.

—Amigo mío —Se acercó a mí y me cogió por los brazos—. Ese plan es endiabladamente sencillo y sencillamente genial. Yo he ido a sofocar incursiones del Ministerio, ahí he perdido un par de cuerpos. Fui a quemar jefaturas del Ministerio, ahí perdí otros cuatro cuerpos. Fuimos a aldeas y pueblos para prestar ayuda a sus habitantes, en algunos sitios nos aceptaron con los brazos abiertos y en otros con los puños cerrados. Al final siempre pasa lo mismo, el Ministerio pone a rodar su maquinaria de propaganda y solo basta con drogar a uno de los lobos y meter a otros perros disfrazados. Tu plan es excelente por eso mismo, es contrapropaganda.

—¿De verdad funcionará? ¿Una canción cantada por una de vuestras hembras y ya está? —Me parecía una chorrada, incluso siendo una idea mía, me parecía una estupidez.

—Olvídate de la canción, Mundo. Es un mensaje simultáneo, uno muy potente propagado por todo este orbe al mismo tiempo. Un canto de libertad, un mensaje de paz y esperanza —dijo apretándome más los brazos, estaba exultante de felicidad.

—Es la segunda vez que veo esa expresión en alguien de aquí. Miguel tenía la misma cara de felicidad, y eso que él es un ave. ¿Puedo hacerte una última pregunta? —pregunté mirándole a la cara.

—Tenemos tiempo, aún queda para la hora del almuerzo.

—¿Quién nos susurra sin hablar? ¿Qué es lo que ejerce esa presión tras los ojos, eso que nos empuja a equilibrar la balanza? ¿Quién es Fafnir?

—No lo sé. He cambiado de planos, he tomado formas que te harían enloquecer. Me pasa como a ti, tengo esa sensación, esa presión, esa

voz que habla sin palabras. En tu mundo tiene muchos nombres, Brahma, Jehová, Alá, Maoma, Buda, Dios, Zeus, etc. Pero te puedo decir que, aunque tenga muchos nombres, existe y es el que mueve los hilos.

—¿Cuándo vuelva a la Tierra tendré que volverme creyente? ¿Tendré que ir a misa los domingos y rezar?

Él me soltó los hombros y me abrazó.

—Los rezos y los templos son cosas de los hombres. Si quieres demostrarle a dios tu respeto, sé la mejor versión que puedas de ti —dijo como el que lee las sagradas escrituras.

La playa se alejó con rapidez para dar paso a la tienda de Darío y su cojín mullido. Se me había dormido una pierna y tenía los brazos agarrotados, el tiempo en ese trance no fue corto. Al mirar alrededor, teníamos en la mesa donde estaba la cachimba una bandeja con una jarra de agua y algo de fruta. Al otro extremo de la tienda y fumando de la cachimba había una hembra, una loba totalmente blanca.

—¿Es él? —Solo dos palabras, hablaba con una voz de mujer adulta, no casaba con su apariencia.

— Es él —respondió Darío de la misma forma.

Al decir eso, la loba dejó la pipa y se levantó para verme más de cerca. Al aproximarse, empezó a mover el rabo.

—Se parece mucho a Elder, ese que se terminó emparejando con esa perra tan grande, cómo se llamaba… —dijo ella chascando los dedos.

—Lara, se llama Lara. Creo que siguen por ahí en las estepas del norte, a los dos les gusta el frío y la nieve.

—Kiyu se va a poner muy contento. Va a tener un par de nombres y una pista de por dónde empezar a buscar —dije moviendo también el rabo.

—¿Empezar a buscar? —La loba puso la cara de lado y volvió a por su cojín.

—Perdona mis modales, no estamos acostumbrados a las visitas y aquí todos nos conocemos. Mundo, esta es mi pareja, Bela. Bela, este es Mundo —dijo Darío.

Ella puso el cojín que fue a buscar al otro extremo del tipi, se sentó junto a mí y me plantó un beso en los morros.

—Mucho gusto… Digo, me alegro de conocerla. ¿Esto es lo normal al saludarse aquí? —Estaba pensando en Ursa y su encuentro con Kudo.

—Eres un poco mojigato, chaval. Solemos cogernos de la nuca y juntar las frentes, es la forma de saludarnos de nuestra cultura. Pero a ti te he besado porque haces feliz a mi macho. —Eso me dejó más descolocado aún.

—Relájate, Mundo, aquí son las hembras las que eligen a los machos. Ella podría dejarme en el momento que quisiera e irse con

otro macho de la tribu. Pero sé que eso no va a pasar, ¿verdad, blanquita? —dijo Darío con una sonrisa tonta en la cara.

—Eres un fastidio, ¿sabes a cuántos lobos me he tirado para seguir escuchando eso de blanquita? —Se volvió a hablarme a mí.

—¿Me preguntas? Pues no lo sé, ¿siete u ocho? —La pregunta era retórica, pero me la hizo muy enfadada.

—Con el negrito ese van cinco —siguió diciendo muy enfurruñada —. He tenido que enterrar a otros cuatro, lo peor es que lloré sus pérdidas en el hombro del siguiente. Este lobo negro es el hijo de una de mis amigas, y ahora me lo estoy tirando. Para colmo, su último cuerpo me gustaba más que ese, tenía unos atributos más comedidos.

—Esto es lo que decía mi osa de tomarse las cosas tal como llegan… Ahora mismo sois como la noche y el día.

—Qué original eres... Podrías haber dicho que él es como mi sombra, esa es menos conocida.

Tenía que arrancarle una sonrisa.

—Bueno, si hacéis un sesenta y nueve seríais como el ying y el yang. —Me retó a ser original…

—Al final resulta que no eres un mojigato. —Se acercó y me dio otro beso en la boca para después reírse a pleno pulmón.

—No hagas eso con mi chica cerca, es más grande que tú y que yo. Además, tiene unas primas tremendas —dije muy rapido.

—Es la primera vez que veo a un lobo poner el rabo tieso para después encogerlo entre las piernas en menos de un segundo. Ella antes de hacerte daño se quitaría la vida. Esta gente son menos animales de lo que tú piensas —exclamó Darío.

—Tiene razón, he visto vuestro plano y sois más animales que nosotros. Aquí no nos matamos por dinero —intervino Bela.

—Ya, aquí solo tenéis un conflicto racial de cojones y un régimen ultracomunista que no tolera a las parejas no productivas —dije.

—Diciéndolo así, parece que el Ministerio es malo y nosotros buenos. —Tenía la sensación de que Darío no había terminado de hablarme de este plano.

—El Ministerio del Cambio. ¿Quiénes son? —pregunté.

En ese punto de la conversación los dos lobos que tenía como anfitriones en la tienda se miraron entre sí, me ofrecieron un vaso de agua y lo que parecían arándanos y otros frutos rojos. El semblante de los dos se volvió muy serio y pude notar, a pesar del incienso, cómo cambiaba el olor en el tipi. Obedecí y tomé la fruta con muchas ganas, tenía hambre, como siempre.

—La pregunta correcta es: ¿quién es? —respondió Darío.

—Una sola persona no puede levantar un régimen totalitario global. —dije con un dolor de cabeza que iba a más.

—¿Y si es la misma persona durante seiscientos años? —inquirió

Bela.

—Gracias por darme algo de azúcar, me estoy mareando. ¿Me estás diciendo que tienes un antagonista aquí, Darío?

—He perdido más vidas intentando llegar a él que en ninguna otra misión —contestó Darío—. No se sabe a ciencia cierta cómo se llama, pero tiene que ser un cargo de altísimo rango en la institución. Cuando interceptamos mensajes de radio solicitando mucha seguridad, intentamos estar ahí.

—Su seguridad en algunos aspectos roza lo innecesario. Nosotros hay meses que pasamos hambre y ellos despilfarran recursos moviendo racionales. No es justo —dijo Bela, hablaba como un guerrillero.

—¿Vais a asaltar convoyes con seguridad del Ministerio? ¿Cómo interceptáis sus transmisiones? —pregunté.

—¿Qué pasa? ¿Como somos cazadores y recolectores, no podemos tener acceso a la tecnología? —Bela tenía un carácter muy parecido al de Sun, ¿sería cosa de lobos?

—Tranquila, Bela. Nuestro invitado es nuevo en este sitio —dijo Darío.

»Tenemos mejor tecnología de onda corta que nuestros amigos del Ministerio. La mayoría de los científicos que aterrizan en Ix son reacios a dar conocimientos a un gobierno totalitario. Después de pasar por el trato que les dan en los campos de reacondicionamiento, no les quedan muchas ganas de compartir su ciencia.

—Pero, si ha habido grandes progresos en poco tiempo, eso se debe a los humanos que vienen aquí. Yuta dijo algo de los inventos que aparecen por arte de magia —respondí.

—Hay gente que, bajo presión, hace lo necesario para tener una vida más fácil. Y hay individuos que ignoran su propósito al llegar aquí para vivir lo mejor posible —dijo Bela.

—¿Todos los que vienen a este plano vienen con una misión bajo el brazo? ¿Después de cumplirla qué ocurre? —volví a preguntar.

—Algunos vuelven al sitio que les corresponde, otros continúan con la vida de su anfitrión. Creo que es un tema de plenitud, en ese aspecto no puedo ayudarte, chico —dijo Darío.

—No me fastidies, Darío. Si tú no me puedes dar respuestas en esto, ¿quién me las puede dar? —Llevaba demasiado tiempo hablando de lo mismo con este «bombero interdimensional» y no había aprendido demasiado.

—Debes tener paciencia, Mundo —respondió con el mismo tono sereno.

—¡Claro, paciencia, no te jode! Llevas seiscientos años aquí, más las vidas que habrás vivido en otros sitios. Yo no tengo tanto tiempo, me quedan semanas para volver de donde vengo, antes de que Kiyu vaya

a clases para demostrar que es un analfabeto —exclamé empezando a perder los nervios.

—Primero creías que íbamos con lanzas de piedra, y ahora llamas al dueño de esa piel analfabeto. Sé quiénes son los padres de ese lobo, ¡ellos dos son muy listos, los genes son los genes! —contestó Bela.

—Sí, ¿verdad? Si son tan listos, dime una cosa, blanquita: ¿cómo es que le quitaron su hijo a Lara? A Kiyu le dijeron que era fruto de una violación, se ha llevado toda su vida entre casas de acogida e instalaciones del Ministerio. —Seguía sin tener respuestas y empezaba a cansarme.

—Ella es lista, pero le puede el corazón —contestó Bela—. Fue a ver a sus padres para presentarles a su nieto. Alguien los denunció, y en la detención separaron a Lara de su hijo. Ella pudo escapar en un descuido de los agentes, él no podía ni valerse por sí mismo. Por cierto, ese lobo en el que estás viviendo tampoco se llama Kiyu, se llama Dorian, como su abuelo. Kiyu es algo así como nacido el día nueve.

—Ya veo, otro regalo del Ministerio. De sus padres no le dejaron conservar ni su propio nombre. —Miré al suelo y creo que agaché las orejas—. Siento haber hablado así de él, esta situación está pudiendo conmigo.

—Vamos a hacer una cosa, dejemos esta conversación para después del almuerzo. Ve a ver a tu osa y habla con Kudo, igual puedes enseñarle algo de tu antigua profesión en la Tierra —intervino Darío.

—¿También sabes a qué me dedicaba para ganarme la vida? Bueno, voy a hacer justo lo que me has dicho. Tengo ganas de ver a mi osa, ¿después de comer podré echarme un rato? —pregunté.

—Tenéis lista una tienda para vosotros dos, está todo dispuesto. —En ese momento Bela me dio la vida.

—Mundo, antes de irte —Darío se levantó y me tendió los brazos—. Todo está a punto de terminar, nuestro dolor acabará pronto. —Enigmáticamente impreciso.

Me entraron ganas de mandarlo a por pan, de decirle algo muy de Cádiz, pero me contuve.

—Te cogería de la nuca y juntaríamos las frentes, pero tú no eres de aquí. —Bela también me abrazó—. Gracias por venir, le has hecho muy feliz —me lo dijo entre susurros.

Me marché de la tienda corriendo, toda esa información, aunque sació mi curiosidad, fue mucho que asimilar de golpe. Realidades paralelas e infinitas, estados de existencia, grados de coexistencia… Parecía un programa de la tele sobre fenómenos paranormales. Sin embargo, aquí estaba, andando sobre las puntas de mis pies, con olfato, vista y oído hiperdesarrollados, por no decir que estaba enamorado de una mujer peluda con cara de oso. A estas alturas,

cualquier cosa me parecía igual de posible que irreal.

No me costó demasiado encontrar la fragua en la que trabajaba Kudo, solo tuve que seguir el olor a carbón y metal al rojo. Allí estaba mi osa, acompañada de lo que podría ser su pareja perfecta. Viéndolos uno al lado del otro, entendí lo que dijo Kiyu, ella se merecía alguien que la hiciera plena, que le diera hijos, y yo solo podía darle amor. Estaba de lado viendo como él trabajaba el metal candente en el yunque, le hizo una señal tocándole en el hombro y este dejó lo que estaba haciendo para volverse hacia mí. Se quitó los guantes, se desató el mandil descubriendo un torso fuerte y desnudo.

—Tú debes de ser Mundo, no sabes lo que te agradezco que la hayas traído hasta aquí. —Me dio un tremendo abrazo levantándome del suelo, otra vez estaba atrapado entre los brazos de un oso.

—Y tú Kudo, el herrero. Yo también me alegro de verte, me gustaría que me devolvieras al suelo y, de paso, el aliento. —Si mi chica estaba fuerte, este tío era culturista.

—Perdona, pero es que estoy muy emocionado. —Agachó la cabeza y rompió a llorar.

—Mierda, ¿qué he hecho? —No sabía bien por qué pasó de la más absolutas de las alegrías a llorar como un niño al que le quitan el bocadillo.

—A un oso no se le corta un abrazo, eres el segundo úrsido al que haces llorar en este planeta —dijo Ursa.

—¿A ti también te ha hecho llorar? —Me miró con cara de atizarme con el mazo que acababa de dejar.

—Anda, ven aquí, peluche. —Lo abracé con fuerza, como si mi vida dependiera de ello.

—A mí me ha hecho llorar de alegría. Me hace muy feliz, a pesar de ser un perro canijo. —La escuchaba, pero no la veía, otra vez estaba rodeado de oso.

—Pues no está tan canijo, aquí noto carne… —Estaba palpándome el culo.

—Joder, todos los que os dedicáis al metal sois unos guarros. —En esta ocasión esperé a que él me soltase.

—Será, todos los que nos dedicamos al metal. Ursa me ha contado quién eres y a qué te dedicabas. Igual me puedes enseñar algo. —Me pasó el martillo y volvió a meter la barra que estaba trabajando en las ascuas.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté.

Él volvió a ponerse el mandil mientras me sonreía.

—Me gusta, has dicho estamos. Estamos haciendo herraduras, ¿te atreves a hacerle los zapatos a un caballo?

—La última vez que me puse frente a una fragua acabé en otro mundo. No creo que me vaya a pasar nada. ¿Tienes plantilla o una

pieza terminada para hacerme de referencia?

—Sí, claro. También tengo un martillo más ligero, el mío igual te pesa demasiado. Uno de mis niños tiene madera de herrero, veremos cómo lo haces tú. —Me pasó unos guantes y un mazo de menor tamaño.

Saqué la barra de la forja y me puse a machacarla en el yunque, era la primera vez en una semana que tocaba algo de metal candente. En esta ocasión se me hizo extrañamente grato trabajar en algo que me hizo tan desgraciado. Cuando estaba curvando la cuarta herradura, me quedé paralizado, tuve un recuerdo muy vivo de lo que pasó en el taller el día de mi accidente.

Ahí estaba yo, frente al horno de gas que antes había sido de carbón tocando el grifo de paso. Una vuelta, otra vuelta, otra vuelta… Y ahí me quedo, parado mirando cómo la cámara se llena más y más de gas, petrificado. Tuve un lapsus, me quedé empanado mirando el horno para después darle al botón de encendido.

—¿Qué te pasa, Mundo? Ibas muy bien y se te acaba de enfriar la herradura —dijo Kudo. Volví a quedarme en pausa, la voz del oso me sacó del trance.

—Sí, perdona. Voy a calentarla y la termino —respondí un tanto desorientado.

—No es necesario, estás cansado y trabajar en ese estado solo trae accidentes. Iros a vuestra tienda, comed, bebed y descansad. —Hizo una pausa para mirar mi trabajo—. No está mal, nada mal. Ursa, guapetona, tengo que presentarte a mi mujer y a mis niños. Mis críos van a alucinar contigo.

—Me parece muy bonito, vas a decirle a tus niños: «mirad, así sería papá, pero con un par de tetas». —Puso los brazos en jarras.

—Sé comprensiva, cari. Nunca han visto a una hembra de su especie, además pareces justo eso, una versión de Kudo, pero con un buen par de… ¿Te he dicho que me encanta ese cuerpo grande y achuchable? —dije dándole un repaso.

—No lo suficiente. Kudo, un placer, me llevo a este chucho antes de que se queme la cola o algo. —Ella me cogió de una oreja para después ir de la mano.

Él nos despidió mazo en mano. Fuimos alejándonos de la fragua escuchando el replicar del martillo contra el yunque. Otra vez atando cabos. Viendo las cosas con perspectiva, no había llegado aquí por accidente.

—¿Qué te ha pasado en la fragua? Has recordado algo, ¿verdad? —dijo Ursa.

—Sí, osita. He tenido un recuerdo de mi accidente en la Tierra. En realidad, tuve un lapsus. Lo mismo que le pasó a Miguel me ocurrió a mí. Alguien o algo, una fuerza mayor, me dejó de piedra para luego

tener un trauma —respondí mirando al infinito.

—¿Fafnir? ¿Crees en realidad que Fafnir existe y es el responsable? —dijo Ursa.

—Darío me ha contado muchas cosas, quizás demasiadas, un poco de misterio en la vida no está mal. Me ha dicho que aquí lo conocéis como Fafnir, pero que tiene muchos nombres.

—Sea como sea y se llame como se llame, le estoy muy agradecida. Te ha traído hasta mí —dijo cogiéndome de la cintura y pegándome contra ella—. Nuestra tienda es esa con la punta azul y blanca. —Se puso muy recta y empezó a mirarme.

—¿Qué pasa? ¿Tengo lobos en la cara? —le dije tocándome el rostro.

—Has crecido, ahora eres casi tan alto como yo —apuntó ella.

—Pues entonces ahora voy a poder hacer mejor la cucharita contigo.

—Anda, entra, lobo, a ver si eres capaz de comerte a Caperucita —dijo tras abrirme el pliegue de la tienda para que pasase.

El tipi era muy parecido al de Darío, suelo lleno de pequeñas alfombras, una hoguera en medio y un montón de cojines para sentarse y dormir. Sobre una mesita baja teníamos dispuesto nuestro almuerzo y un juego de té.

Dimos buena cuenta del almuerzo; después de comer y relajarnos, me di cuenta de cuán cansados estábamos. En otra ocasión hubiera estado dispuesto a tener más que una siesta con ella, pero ambos estábamos demasiado muertos como para pensar en otra cosa aparte de tirarnos.

—¿Nos veremos al otro lado, osa? —le pregunté tras besarla.

—No lo creo. ¿Te gustó la infusión? —Me señaló la tetera y las tazas en las que sirvió las hierbas calientes.

—Estaba un pelín fuerte. ¿Qué tipo de infusión era?

—De las que prepara Buddy. —Tenía una extraña sonrisa triunfal en la cara.

—¿Pero tú estás loca? ¿Me has drogado? Me estoy mareando… —Ursa me cogió de la nuca y me acostó sobre una pila de cojines.

—Buddy me ha dicho que saltaré al cuerpo humano que me correspondería al cambiar de piel. Tú irás derecho a charlar con Kiyu. Descansa, ha sido un día muy largo, amor. —Me besó justo antes de perder la conciencia.

Pasando por largo el hecho de que me había drogado, fue muy delicada conmigo y me llamó amor. Antes de desmayarme estaba moviendo el rabo, odiaba no poder enfadarme con ella.

La tienda se alejó rápidamente por un túnel para pasar a estar mirando por los ojos de mi cuerpo humano. Fue como la primera vez que tuve contacto con Kiyu en el hospital. Tenía que hacer algo para

comunicarme con el medio lobo y decirle que estaba con él.

«Vas muy arreglado, hueles bien. ¿Con quién has quedado?» —dije sin palabras.

En ese preciso momento Kiyu se paró en seco, metió una mano en el bolsillo de su vaquero corto y sacó el móvil, casi se le cae de las manos.

—¡Hombre, qué pasa, churra! Hablaste con Buddy, ¿no? —dijo como que hablaba por teléfono. Miró a su alrededor para que yo tuviera contexto de dónde estaba.

«Sí, nuestra querida osa me ha drogado. Creo que le podía la curiosidad de ver mi mundo en primera persona. Perdona el hablar contigo así, no era mi intención asustarte». —Estaba en una calle en la que se concentran muchos bares de copas, estaba atestada de gente.

—No te preocupes, me ha sorprendido, pero podemos hablar. Dime, ¿qué tal va todo? —Estaba feliz, no parecía la misma persona que conocí una semana atrás.

«No podría ir mejor, Kiyu. Estoy ahora mismo en la tienda de un asentamiento de los lobos. Aparte, he localizado a tus padres».

—No puede ser… —Vi cómo buscaba un sitio para dejarse caer, sentí que la noticia hacía que se marease.

«Tranquilo, apóyate en un coche, siéntate en la acera, como estés más cómodo, pero relájate. Son todo buenas noticias». —Podía sentir el aluvión de sensaciones que recorría su cuerpo.

Me hizo caso y se dejó caer en un coche, llevaba unos zapatos náuticos muy chulos y una camisa estampada, iba muy arreglado.

—No sabes lo contento y cabreado que estoy contigo en este momento. Una semana, una puñetera semana. En nueve jodidos días de Ix has conseguido más que yo en mi retorcida vida —respondió Kiyu.

«¿Que yo he conseguido cosas? ¿Sabes la de tiempo que no me pongo guapo y salgo a tomar algo? Has quedado con una tía, ¿verdad?» —Me gustaba cómo había empezado la conversación y quería que siguiera por ahí.

—Sabes que puedo escuchar tus pensamientos, ¿no? Llevo aquí un tiempo, sacar a Buddy me hace muy feliz, tu madre me hace muy feliz. He quedado con la hermana de Roberto, me rio con ella, es muy dulce y me gustaría perder la virginidad por mí mismo —siguió diciendo con el teléfono en la oreja.

«¿Le has puesto el nombre de Buddy al perro que habéis adoptado? ¿La hermana de mi compañero Roberto? No tienes mal gusto, es una morenaza, pero no te hagas ilusiones. No chilles, puedo escucharte sin que hagas como que hablas por el móvil».

—Me gusta el nombre de Buddy y se le parece mucho, es un bicho muy listo. Tengo grandes expectativas, lleva interesada en ti desde

hace mucho tiempo, ¿te suena de algo? Hablar por el móvil hace que esto parezca menos raro. ¡Me vas a fastidiar la cita! —dijo dando saltos.

«Si quieres que me vaya, solo tienes que pedirle a alguien que te de una patada en las pelotas, la última vez funcionó».

—No soy el mismo de la última vez; eso funcionó, pero me dejo una ligera molestia en los testículos. Es una parte de tu cuerpo que espero usar esta noche. ¿No podrías haber esperado a mañana para soltarme lo de mis padres? —preguntó Kiyu.

«¿Te he comentado que nuestra querida osa me ha drogado? No tenía intención de tomar sustancias chungas en Ix».

—Sé lo que le pasa por la cabeza a esa hembra, está tanteando el terreno para venir tras de ti a este plano. Ni tú, ni yo, ni nadie en cualquier plano, dimensión o universo la harán cambiar de idea si quiere venir aquí. Y ten por seguro que, si quiere hacerlo, lo conseguirá —dijo muy serio.

«Me siento muy halagado, pero no sería justo para ella ni para su familia. He conocido a sus primas, la echarán de menos si se va».

—Esa decisión no te concierne a ti, ni a su familia, solo a ella. Se merece lo mejor, y creo que eso eres tú. Voy tarde, cuéntame lo de mis padres de camino al pub, espero que quien quiera que esté a tu cargo en el campamento te despierte antes de encontrar a María. —Levantó el trasero del coche donde lo había apoyado y empezó a andar de camino a su destino.

Le conté a Kiyu parte de la conversación que tuve con Darío y Bela, la naturaleza de Darío le pareció algo alucinante. Hablé con él fugazmente mientras acudía a su cita con celeridad, el nombre de sus padres, lo que pasó realmente para que lo separasen de su madre. Le di todas las piezas del rompecabezas que faltaban en su vida; él se dedicó a decir «aja» y «ya veo» mientras que le soltaba toda esa información de golpe. Me sorprendió su entereza al descubrir la verdad después de todo este tiempo.

—No me dejaron ni conservar el nombre que me dieron mis padres. Ahora mismo no tengo muchas ganas ni de copas ni de mujeres.

«¿Eres gilipollas? Ahora más que nunca es tiempo de copas y de mujeres. Acabas de enterarte de que tienes unos padres que te estarán echando de menos, seguro que tienes hermanos, tíos y abuelos que querrán conocerte. Ve, diviértete y dale una alegría a mi cuerpo». —Mientras le decía eso abrió la puerta del pub, allí estaba María metida en unos pantalones cortos que parecían pintados en su cuerpo. Las cosas que me había estado perdiendo por estar trabajando.

—Sigo escuchándote, pervertido, ahora calla tu mente y déjame explorar nuevos continentes —dijo Kiyu guardando el teléfono.

Me hizo mucha gracia escuchar eso, me acordé de lo que me dijo mi

osa, «explorador intrépido». Al empezar a hablar con María fui perdiendo la capacidad de escuchar lo que decían, al segundo siguiente perdí el sentido de la vista, esa vista robada de mi antiguo cuerpo. Cuando me levantara, tenía que echarle una bronca a esa niña por drogarme, no sabía cómo iba a poder reñirla, pero tenía que hacerlo.

—Eh, chucho, levanta, el jefe os ha mandado llamar. ¿Qué le pasa a este perro grande?

Escuchaba la voz lejana y con eco, no la conocía, poco a poco delante de mí se fue dibujando la silueta de una cabeza estrecha con una nariz muy grande, olía a plumas.

—Voy a matar a esa osa. ¡Joder, cómo me duele la cabeza! —Parecía que me estaban taladrando el cráneo.

—Shhhh, no grites. Llego a saber esto y me quedo con la duda. —Giré la cabeza, allí estaba Ursa sentada en los cojines y sujetándose la suya con ambas manos.

—¿Buddy te ha dado alguna contraindicación sobre los polvitos estos con los que me has drogado? Anda que ya te vale, chata, me hubieras dicho que querías hacer este viaje y lo hubiéramos hablado —dije bajando el tono.

—Sé cómo piensas y me habrías dicho que no. Que para qué querría ver tu mundo. Donde fui hacía frio y el cielo estaba gris, había montañas y todo estaba muy verde.

—Pues tal como me lo describes… ¡No te voy a decir dónde es, por drogarme! Me estoy acordando ahora mismo de tu familia y la del pelanas.

—Me gustaría ver cómo después de la pelea esta os reconciliáis, pero por mucho que me guste ver a una pareja dándose cariño, tenéis obligaciones aquí. —Casi me olvidé de que el pájaro estaba aún con nosotros.

—Tú eres Hank, o como te gusta que te llamen, Ojo de Halcón —dije mirándolo de arriba abajo.Al escuchar esto último se puso firme y adoptó una pose de héroe.

—El vigía más intrépido de las tribus del sur —dijo el pájaro con voz de héroe.

—Sí, ya. Intrépido y un mirón por lo que acabas de decir. —La osita feliz pinchándole el globo al pájaro creído.

—Por lo que sé, soy el único ave que vuela hoy en día. —Dejó la postura de héroe para cruzar los brazos sobre el pecho.

—A ver, canario sobrealimentado, eso no es volar, eso es caer con estilo. Pero hay que reconocer que los tienes bien puestos, planear sobre todas esas piedras afiladas tiene mucho peligro —dije.

Volvió a adoptar la postura de héroe.

—No los tiene bien puestos, tiene una total ausencia de instinto de

autoconservación. Lo ha hecho para pegarse el moco con nosotros. ¿Por qué hay tanta luz? —En esta ocasión dejo caer los brazos, Ursa parecía tener una resaca de oso.

—Vaya repaso, sois tal para cual. Adecentaros y salid, el consejo os está esperando en la tienda de Darío. —Salió de la tienda y no dio un portazo porque no había puerta.

—Osa, hablaremos más tarde de por qué me has drogado. He estado hablando con Kiyu, ahora mismo es más pleno que nunca en su vida. Este intercambio nos está viniendo bien a los dos —dije frotándome la cara.

—Me alegro por vosotros dos, yo en cambio sé que voy a perder algo muy importante cuando tu misión termine. —Otra vez agachó la cabeza y apretó los puños.

—Igual no tienes que lamentar perdida alguna, Darío me dijo que, si yo estaba bien aquí, es posible que me quedase después de cumplir mi propósito —dije mientras les cogía las manos para que no se hiciera daño.

—Eso no lo sabes a ciencia cierta. Tenía que saber dónde me meto si ruego a Fafnir para ir tras de ti.

—Kiyu te conoce mejor de lo que tú crees. Me dijo que no te quitase la idea de la cabeza, que no valdría para nada. Si quieres saltar a mi plano para encontrarme, te recibiré con los brazos abiertos. Solo espero que la hembra en la que te enfundes esté solo la mitad de apetecible que tú.

Ella dejó de mirar al suelo para tumbarse, arrastrarse hacia mí y poner su cabeza en mi regazo.

—En tu mundo tenía puestas unas botas de agua, llevaba un mono de trabajo y olía a vaca. La chica se subió a un coche, uno grande con ruedas para el campo, llevaba un remolque con lo que parecía comida para los animales. Giró una llave junto al volante y el vehículo empezó a rugir y vibrar, conducía entre arboles por un camino embarrado, tiene los mismos gustos musicales que tú, iba escuchando la Rock FM. —Mientras me hablaba empecé a acariciarle la cabeza.

—Tu cuerpo en mi mundo es el de una granjera. ¿Pudiste sentir algo?

—Sentía un gran pesar en ella, soledad y cansancio. No lo pude evitar… Le hablé.

—Pero, ¡cómo se te ocurre, iba al volante! ¡A saber el susto que le habrás dado!

—Le pregunté que le pasaba, ella con toda la tranquilidad del mundo dijo: «Estoy tan sola que empiezo a escuchar voces». Me dio mucha pena, estuvimos hablando un buen rato.

—¿Y en esa conversación le comentaste que quieres quedarte con su cuerpo y su vida?

—¿¡Pero a ti qué te pasa!? ¿A qué viene hablarme de esa forma? —Giró la cabeza y me cogió la mano con la que la estaba acariciando.

—¿Eres consciente de que esa mujer tendrá familia, padres y hermanos que se preocuparán por ella?

—Está sola, completamente sola. Sus padres murieron en un accidente camino de una feria ganadera. Les prometió que, si algo les pasaba a ellos, se ocuparía de la granja. Allí esta, esclava de un trabajo que le está robando su juventud. —Me puso carita de pena sacando el labio inferior.

—Eres una lianta. —Le cogí la cara con las dos manos y se la apretujé—. Si querías tocarme el corazoncito, lo has conseguido. Nos están esperando, hablaremos después de todo esto.

El consejo de las tribus del sur nos esperaba en la tienda de Darío. No sabía bien qué esperarme detrás de esas telas, desconocía la forma de convencer a un pueblo que ha estado por más de seiscientos años sometido a persecuciones, aislamiento y mala propaganda de que yo les iba a dar una salida. Darío estaba muy convencido de que yo era la clave, que lo había visto, que sabía de mi existencia desde antes de que fuera concebido. Si la idea del destino me parecía una broma cruel, lo que en este momento me parecía un chiste era mi sensación de libre albedrío. Ahí estaba ese lobo totalmente negro con esos increíbles ojos amarillos, sujetando la tela de la tienda, invitándome a entrar con una sonrisa en su rostro canino. Apreté la mano de mi osa con fuerza y crucé el umbral; sentía que, si iba de la mano de ella, nada malo me podría pasar.

El plan

La única sonrisa que vi al entrar en la tienda fue la de Darío al invitarme a pasar. Dentro, y dispuestos en círculo, estaban los lobos más veteranos de las tribus del sur, por lo menos los que quedaban. El ambiente en el tipi estaba muy cargado, supuse que llevarían deliberando desde el almuerzo. Allí dentro no encontré caras amigas, no los culpaba, muchos de esos rostros tenían cicatrices y uno de ellos tenía un ojo vacío.

—¿Por esto hemos esperado tanto, un mestizo? —Un lobo gris, con tres marcas enormes en la cara.

—Un medio lobo, con un humano dentro. Encantado de conocerle. —Le regalé la mejor de mis sonrisas.

— Además, viene con una osa. —Ursa se puso junto a mí, brazos en jarras.

Los cinco lobos miraron a Ursa con cara de pocos amigos, para después girarse a mirar a Darío con gesto de incredulidad. No esperaban a un mestizo, mucho menos a un oso en esa reunión.

—Él es la respuesta a todos nuestros problemas, ella lo acompaña. Si sois tan amables de ampliar el círculo, nuestros invitados se sentarán y compartirán su visión con nosotros —dijo Darío.

Los lobos se levantaron, se retiraron un paso y se apretujaron para que pudiésemos colocar dos cojines extra en el círculo.

—Bien, ahora que estamos todos sentados y dispuestos, ¿cómo va a resolver nuestro problema esta pareja tan atípica? —dijo el lobo tuerto.

—Antes de seguir hablando de todos estos temas… Hola, me llamo Mundo y ella es Ursa. ¿Cuáles son vuestros nombres? —dije con la mejor de mis sonrisas.

—Eso no importa en este momento, cuanto menos sepas de nosotros, mejor para todos —respondió el lobo que parecía más anciano.

—Pues vale, a ti te voy a llamar tuerto, a ti cara cromo, tú serás perro viejo, tú, viejo cachas y tú serás ojitos. —No me gustaba estar en esa situación sin nombres a los que referirme.

—¿Queréis que os trate por esos nombres o preferís que os recuerde por el que os pusieron vuestros padres? —Darío sabía bien cómo hablar y el momento en el que abrir la boca.

—¡Qué fastidio! ¿Quieres un nombre para poder buscarme cuando todo esto acabe? ¿Quieres mi otro ojo? Me llamo Ulrik, vigilancia —protestó el lobo tuerto.

—¿A ti te parece un fastidio? Igual viene por la noche con sus amigos del Ministerio para hacerme otra marca en la cara. Me llamo Turk, comunicaciones —dijo el lobo con tres grandes marcas en su cara.

—Mi nombre es Axe, arte de la guerrilla. —El lobo que parecía más viejo de todos, por lo menos era el más gris.

—Mi nombre es Vitur, me dedico a enseñar el valor de la palabra escrita a los niños de la tribu. —Era el que parecía más joven de todos, por lo menos me lo parecía por su pelaje.

—Me llamo Egil, me dedico a todo lo que concierne a entrenamiento y tácticas de combate. —Aparentaba ser un viejo que se había llevado toda la vida haciendo pesas.

—Bien, se ha hecho como debía hacerse. Te preguntarás por qué te he mandado llamar y por qué están nuestros miembros más destacados en esta reunión. —Darío se sentó en su sitio junto a Egil y justo enfrente de nosotros.

—Se está planeando una revolución y soy el último en llegar, tendréis muchas dudas. Yo no me fiaría del primer lobo que entrara por la puerta de una tienda con un plan magistral prometiéndome la paz para los suyos —expuse mientras paseaba mi mirada por todos los presentes.

—¡Por lo menos este sabe hablar y parece listo! —Turk parecía que, aparte de perder parte de su cara, perdió la fe en todo.

—¿Cómo que este sabe hablar? ¿Con cuántos lobos poseídos habéis hablado de revolución? Otra cosa, ¿por qué no hay ninguna hembra en este consejo? —Ursa en modo cabreo.

—Las hembras son las que nos eligen para el consejo, sin ellas no somos nada. Nosotros solo somos los viejos que damos la cara y hacemos las consultas. Tu chico es el tercer humano que viene con la misión de devolvernos la paz —respondió Turk.

—Me da miedo preguntar dada mi posición en este elenco, pero… ¿qué pasó con los otros dos? —dije.

—Pues que los drogaron y terminaron muertos, chico. Estoy aquí sentado preguntándome en qué momento empezarás a enseñar los dientes y a querer morder a los demás —dijo Ulrik, el lobo tuerto.

—Eso no va a pasar, Ulrik. Aquí ninguno de nosotros tiene intención de drogar a nadie. —Darío le habló con mucha tranquilidad, el tuerto parecía ser un paranoico de manual.

—Un dardo, disparado por un fusil de aire comprimido a alta presión. No pudimos en ambos casos ni recuperar restos de la droga, ni retener a tus dos predecesores sin lesionarlos de gravedad —expuso

Axe. Aquel lobo parecía el más calmado de todos, hablaba con la misma serenidad que Darío.

—Yo conseguí atrapar a dos racionales drogados y disfrazados. Mi amigo Buddy dijo que creía saber lo que le habían administrado por sus síntomas —intervine.

En el tipi se hizo un silencio sepulcral, vi a un par del consejo que encogía el rabo y el más grande, Egil, estaba con el pelo erizado.

—¿Cómo los atrapaste? Cuando drogan a un cánido grande y lo disfrazan, su fuerza aumenta y pelean de una forma salvaje. Da igual los golpes que les des, no importa los miembros que les rompas, ellos siguen dispuestos a morderte —puntualizó Egil. Ese lobo grande y con un cuerpo fuerte parecía asustado.

—A ver, Egil, eso es impresionante, pero lo que me llama la atención es lo de tu amigo Buddy sepa tanto de drogas —dijo Vitur, el aparentemente más joven.

—Lo metieron en el centro de Yuta por un rollo de estupefacientes. Sabe mucho de las plantas y sus propiedades —respondí.

—Y que lo digas, lobito, tengo la cabeza que me va a estallar. ¿Tenéis algo para el equivalente a la madre de todas las cefaleas? —Ursa tenía mala cara y parecía que iba a vomitar de un momento a otro.

—Reconozco los síntomas, os ha preparado una infusión para viajar. Si sabe cómo hacer esos preparados, es que debe tener un gran don. Ven, osa, te daré algo para el dolor de cabeza. No te preocupes por ellos, ladran, pero no muerden. —Darío se levantó y se llevó a Ursa fuera de la tienda.

—Como os atreváis a hacerle algo, cierro la tienda como un paraguas con vosotros dentro y os tiro por un barranco. ¡Jolines, la cabeza! —Ursa se fue de la tienda agarrándose la cabeza con ambas manos.

—No te preocupes, amor, estaré bien. —Al girar la vista para mirar al resto del consejo vi que faltaba Egil sentado en su cojín.

Escuché el aire silbar tras de mí justo antes de esquivar un puño grande seguido de un antebrazo grueso y lleno de nudos. El lobo viejo y cachas se había levantado aprovechando mi distracción y estaba atacándome. Di un salto usando la posición agazapada por evitar el golpe, me impulsé hacia delante y puse una mano sobre el cojín que ocupaba mi atacante. Al apoyarme en el antiguo asiento de Egil, di media vuelta y lo encaré. Había saltado y lo veía venir hacia mí con las dos manos extendidas, dispuesto a agarrarme. Volví a ver la escena ralentizada, el tiempo pasaba a ser a cámara lenta. Le cogí las muñecas y le hice una llave de judo improvisada; vi cómo su cara cambiaba durante el movimiento, pasó de enseñarme los dientes a una mueca de incredulidad. En menos de un segundo lo tenía tirado en el

suelo conmigo encima inmovilizándolo.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Cómo has hecho eso? —expresó Egil muy asustado, podía olerlo.

—Pues que me he defendido. ¿Por qué me has atacado? —Le hablé con mucha calma, como si nada hubiera pasado.

—Tenía que saber cómo habías atrapado a un Ungido. No me creía que tú, un medio lobo, un mestizo, pudieses atrapar uno. Puedes soltarme, tienes todo mi respeto.

—¿Puedo soltarte? ¿Tengo todo tu respeto? No tienes ni idea, ¿verdad? —Seguía tirado encima de él e inconscientemente le apretaba más las muñecas—. ¿¡Tienes idea de lo que he pasado hasta llegar aquí!? Y ahora me pones a prueba, ¿¡para qué!? —Era la primera vez que le gruñía a nadie en mi vida, pero ese lobo grande y fuerte estaba empezando a asustarse de verdad.

—Vamos, chaval, cálmate. Nosotros tampoco nos podemos fiar del primero que venga de la mano de Darío para ver al consejo. ¡Joder, deja de enseñarme los dientes! —Ya no tenía la misma actitud que antes, se revolvía e intentaba taparse el cuello con el hocico.

—Eres un capullo, has esperado a que Ursa no estuviera aquí. ¿¡Te da miedo mi osa!?

—¡Me das miedo tú, chaval! Soy un veterano y esto es la primera vez que lo veo en mi vida. He entrenado a cientos de lobeznos hasta verlos convertidos en adultos muy capaces de defenderse, pero en toda mi experiencia esto es la primera vez que me pasa. Por eso tienes todo mi respeto. —Había dejado de forcejear.

—Te voy a soltar, como intentes algo te ato como a un corderito y te tiro fuera de la tienda para que todos te vean.

Según lo solté entraron Ursa y Darío en la tienda. Ursa venía con una bandeja con un par de jarras y ocho vasos, al ver la escena por poco la tira. La vi pasar de estar contenta a poner cara de cabreo, se le erizó el pelo, la expresión en su cara daba miedo.

—¿Por qué cada vez que te dejo solo acabas con alguien sometido? —Escuchaba la bandeja metálica chirriar bajo las uñas de la osa.

—¡Ha empezado él! Este viejo cachas se me ha tirado encima. —Temía que fuera a tirarme la bandeja.

—Relajaos los dos, sabía que esto podría pasar —dijo Darío en un tono conciliador.

—Sí, claro, el lobo negro y poseído lo sabía. Como eres más viejo que nadie de este sitio, tú lo sabes todo. —Cogió la bandeja con la mano izquierda y con la otra le dio una colleja—. Esto no lo has visto venir, ¡¿verdad?!

Todos los que estaban en la tienda abrieron mucho la boca, parecía que le había pegado a un dios o algo por el estilo. A mí me hizo gracia, me costó horrores no reírme.

—Tu chica me gusta, Mundo. Es toda vitalidad, pero yo que tú no la haría enfadar nunca. —Hablaba frotándose la cabeza donde Ursa le pegó.

—Chaval, ¿puedes levantarte de encima de mí? Me sentaré en mi cojín y escucharé todo lo que tengas que contarnos.

—Ah, sí… Ahora me respetas mucho. —Me levanté y le di una mano para que se incorporase.

—Mundo, uno de los vasos tiene un mejunje para la resaca interdimensional. Cógelo antes de que te lo quite alguno de los viejos estos. —Todos en la tienda pasaron el hecho de que les había insultado, no convenía demasiado provocar a un oso enfadado.

Ursa me acercó la bandeja, cogí mi vaso, que olía a medicina para el dolor de cabeza, y después la dejó en el centro del círculo de cojines, todos cogieron un vaso y se echaron el contenido de la jarra. Olía a vino, pero tenía un color amelado, como la cerveza; sin querer, al ver el líquido empecé a relamerme. Una vez todos servidos nos sentamos en el mismo orden que al principio y retomamos la reunión.

—Tómate la medicina, después te echaré un buen vaso de nuestra mejor hidromiel.

—Hidromiel, ¿eso no es lo que tomaban los vikingos?

—Es la versión de Ix de la bebida vikinga, se parece mucho a la receta original. Lo curioso es que cuando yo llegué aquí ya existía.

—¿Alguien trajo la receta o también lo descubrieron aquí?

—¿Quieres dejar el modo «intrépido explorador»? —regañó Ursa—. Tómate la medicina y prueba después el vino, pesado.

—¿No es un encanto? Me tomo la medicina, mami —le dije tirándole un beso.

La osa estaba aún enfadada y la medicina no parecía haberle calmado el dolor de cabeza.

—¿Sabes que intento estar enfadada contigo? No me digas mami, eres un zalamero —protestó Ursa.

—Me encanta ver a una pareja joven enamorada, pero tenemos asuntos importantes que tratar. Antes me gustaría mostrarte algo. —Egil me pasó un cuadernillo con pasta dura, tenía unos colores llamativos y las letras «abc» escritas en la pasta. Al abrirlo vi letras grandes y dibujos coloridos.

—Es un libro para enseñar las letras a los niños —dije mientras ojeaba el cuadernillo—. ¿Qué tiene de especial?

—Yo aprendí las letras con ese mismo libro —dijo Ursa—. Ve a la letra L, sé lo que Egil quiere mostrarte. —Al ver el cuadernillo, le cambió el semblante.

Los dibujos eran muy bonitos, los típicos que encuentras en cualquier libro infantil. Vi alguna de las ilustraciones: «A» de ave, un águila jugando a las canicas con un pavo; «D» de dormir, con unos

cachorros en sus camas entre sabanas; «K» de koala, un niño koala pateando un balón de futbol. Cuando llegué a la L, por poco se me cae el libro. «L» de lobo, un lobo grande con enormes dientes y afiladas garras persiguiendo a un grupo de niños.

—Los educan desde pequeños para creer que los lobos son el mal encarnado. Esto es enfermizo. ¿Por qué hacen esto? —Seguía mirando el cuadernillo, casi como si fuera irreal.

—Hace seiscientos años no era así —intervino Egil—. Al principio estábamos nosotros, cazadores y recolectores. Nómadas, nos movemos con los grandes rebaños de reses salvajes. Intercambiábamos presas y artesanía con los granjeros de las zonas por donde pasábamos. Entonces la agricultura y ganadería empezaron a cortar las rutas migratorias de los animales, ahí comenzaron los primeros altercados. Dijeron que nos oponíamos al progreso, que no queríamos que los racionales evolucionaran.

—Todo esto me suena a clase de Historia. Los indios americanos y los búfalos… Los colonos se cargaron su forma de vida y los relegaron a reservas estériles —dije.

—Tal y como estamos —musitó Turk—, lo de las reservas me suena a gloria. Nos estamos moviendo por una franja cada vez más estrecha, nuestro territorio de caza cada vez está más acotado. Si no hacemos algo pronto, tendremos que dedicarnos al pastoreo y la agricultura. —El lobo marcado parecía haber tirado la toalla antes de empezar.

—Para esto estamos aquí, ¿no? Queremos conservar nuestro estilo de vida, que los jóvenes que quieran emplearse en granjas o en otros menesteres fuera de la tribu puedan hacerlo. Vamos a trabajar en ello. —Darío parecía la voz de un mediador en un debate.

—Tenemos el itinerario de los conciertos de los Michael Clan, podríamos empezar por ahí. Debemos ponernos en contacto con Miguel y nos hace falta una loba, una que cante bien —expuse al consejo.

—Y qué quieres, chaval, ¿qué organicemos un concurso para ver cuál de nuestras hermanas canta mejor mientras el Ministerio nos caza? No me quiero imaginar lo que podrías hacernos si te llegan a drogar. He visto lo que has hecho con Egil, llego a parpadear y me pierdo la escena. Darío, no me fío de él, tengo un mal presentimiento —dijo Ulrik mirando con nerviosismo a todas partes.

—Tú siempre tienes un mal presentimiento, Ulrik. Un poco de paranoia te mantiene a salvo, mucha te lleva a la locura. Pero algo de razón tiene, si te drogan estamos perdidos, nadie podrá pararte. Me hablaste antes de un amigo tuyo del centro de Yuta, me gustaría conversar con él, si tiene tal control sobre las plantas y sus efectos igual puede ayudarnos —respondió Darío

—¿Crees que el pelanas pueda encontrar una especie de antídoto a

las drogas del Ministerio? La verdad es que es muy listo, al ver a los perros disfrazados en ese estado supo decirnos solo mirándolos con qué los habían drogado —intervino Ursa.

—Pues tú lo has dicho, guapa. Tendríamos que llamar al centro e intentar hablar con Buddy, seguro que a estas alturas del día los perros drogados deben de tener una resaca mortal —dije.

—No tenemos teléfonos aquí. Asaltaremos un poste de telegrafía, haremos un puente. Mañana. —Axe era muy parco en palabras, solo se dedicó a asentir en toda la reunión, incluso cuando Egil saltó sobre mí solo dijo «hum».

—Perfecto, necesito un plano y situarme para ver cómo y cuándo podemos reunirnos con Miguel. Por lo que vi en su caravana, tiene un pequeño estudio de grabación. Grabaremos la canción y saldremos antes de que nadie se dé cuenta —anuncié al consejo.

—No. —De nuevo Axe y su extenso vocabulario.

—¿Cómo que no? Simplemente no, no me gusta el plan… Podrías extender un poco la respuesta.

—Lo haremos de camino entre conciertos, más seguro, menos gente.

—Habla poco, pero piensa muy bien, me gusta —le dije.

Axe solo asintió con la cabeza.

—Mañana irá uno de mis pupilos contigo a pinchar el poste de telefonía. Están todos muy bien entrenados, la llamada será clara, sin interferencias. Deberás tener mucho cuidado con lo que hablas con Yuta, la línea con total seguridad estará pinchada —dijo Turk.

—Usaré mi nombre real, en cuanto lo escuche irá corriendo al teléfono. Me haré pasar por un amigo de la familia de Buddy para hablar con él. Buddy es muy listo y es un profesional jugando al despiste.

—¿Quién nos garantiza que no va a denunciarnos? ¿Habéis borrado vuestro rastro? ¿Está Hank en su atalaya? —Ulrik empezaba a recordarme a John Malkovich en la película *Red*.

—¿A ti qué te pasa, viejo? Tómate tu copa y relájate un poco, hemos venido a ayudaros. Fafnir le ha encomendado esa misión a mi chico, él más que nadie quiere que todo esto salga bien. —Ursa seguía enfadada y Ulrik la ponía nerviosa.

—Lo que le pasa es que sabe de lo que es capaz el Ministerio —respondió Turk—. Él perdió un ojo, yo tengo la cara así por su culpa. El que me dejo así de guapo fue mi hijo, lo drogaron en una misión y tuve que escoger entre su vida y la mía. No te atrevas a hacer un juicio rápido sobre nosotros, hemos sufrido mucho.

—Vamos a hacerle caso a la osa, nos tomaremos una copa, nos relajaremos y trabajaremos juntos por la causa —intervino Darío—. Mundo, llena tu copa y únete a nosotros. Es de mala educación no beber en una reunión si los demás lo hacen.

Hice caso a Darío, llené el recipiente con aquel vino espumoso que me recordaba en olor al fino.

—Siento vuestro dolor como mío. El dueño de este cuerpo ha tenido una vida muy dura solo por su ascendencia. Os merecéis que todo esto acabe. ¡Salud! —Alcé mi copa y todos hicieron lo mismo, después de un buen trago retomamos la reunión.

—¿Tu amigo Buddy podrá preparar un antídoto para las drogas del Ministerio? —preguntó Darío.

—Llevaba un reloj buenísimo en la muñeca. Ese tipo de presentes solo se le concede a alguien con una gran habilidad, alguien con un don. Estoy segura de que Buddy es capaz de encontrar una cura para el coctel de drogas que hacen que un racional se convierta en una bestia agresiva. —Ursa estaba poniendo en contexto su conocimiento de su sociedad frente a los lobos.

—Tenemos un esbozo de lo que podría ser un plan. Por un lado, tenemos que hablar con el tal Buddy, conseguir un antídoto para anular a los Ungidos es una prioridad. Después tenemos que ponernos en contacto con Miguel de los Michael Clan. ¿Dónde está ahora mismo ese pájaro? —Darío se volvió a Turk esperando una respuesta.

—Pues, según hemos captado —dijo Turk—, ellos montan su espectáculo al llegar a destino en Rok. Tocan durante Nana y Achi para después recoger en Kyuu. Según nuestra información, podríamos interceptar el convoy de camino al siguiente destino.

—Tengo un poster con la información de la gira y teléfonos de todos los sitios donde va a estar en el anverso. Podríamos llamar a Shaiyo a ver si ha salido, el siguiente destino es Magome. ¿Por qué tienen todos los pueblos nombres japoneses? —pregunté.

—Un par de llamadas —intervino Turk—, si lo hacemos mañana veremos si han salido o cuánto tiempo hace que lo hicieron. Con eso podremos triangular su situación. Los pueblos los monta el Ministerio, los nombres los eligen ellos.

—Me parece acertado, coincido con Turk. —Axe siempre parco en palabras.

—El estratega me da su bendición. Chaval, mañana por la mañana, antes de que salga Helios, saldréis con Erik, es uno de mis mejores pupilos —dijo Turk.

—Parece que todo empieza a tomar forma. Tengo una sensación extraña en el estómago, algo me dice que todo va a salir bien —anuncié.

—Eres muy optimista, cachorro humano —espetó Ulrik—. Queda algo pendiente, algo en lo que nadie de vosotros ha reparado. Todos nuestros planes no valdrán de nada si no despejamos esa variante.

—¿Ahora qué te pasa, Ulrik? Es el mejor plan que hemos tenido hasta ahora. ¿Qué pega puedes buscarle? —Turk estaba empezando a

perder la paciencia con el lobo tuerto.

—Tenemos que capturar al máximo responsable del Ministerio. Si no lo hacemos, cualquier esfuerzo será en vano.

—Ulrik, he perdido muchas vidas intentando capturarlo. La seguridad cuando se desplaza es brutal, es muy arriesgado. No solo he perdido la vida yo, he hecho que la pierdan muchos de nuestros hermanos. —Darío parecía muy nervioso al escuchar hablar del Ministerio.

—Perdonadme un segundo. —Todos los que estaban en la tienda se giraron para mirarme—. Creo que sé cómo podemos atrapar a esa piel cambiada.

—Claro, como tú tienes eso de la velocidad, irás corriendo y lo sacarás del transporte antes de que un mar de balas te haga picadillo —exclamó Ulrik.

—No voy a meter los hocicos en un transporte lleno hasta arriba de seguridad. He tenido una idea, en verdad no es mía, es algo que he visto en una peli en la Tierra.

—Mundo, cariño, esto no es una peli, aquí si te equivocas alguien puede morir —aclaró Ursa bastante preocupada.

—Escucha lo que tengo que decir. A ver, Darío, ¿tú cuando te desplazas de asentamiento en asentamiento llevas mucha seguridad?

—Suelo ir con un escolta y mi blanquita, más de eso levantaría sospechas —respondió el lobo negro.

—¡Exacto! No busquéis en un dispositivo con tanta seguridad, cuando saquen un convoy ultraprotegido, investigad del mismo punto de salida de otro pequeño. Ahí es donde encontraremos a nuestro socio fundador.

—Tiene mucho sentido. Ahí es donde deberíamos buscar —dijo Axe, siempre parco en palabras.

—Si Axe está de acuerdo, es que tenemos que buscar ahí. Solo un interrogante queda. Ese humano podría estar enfundado en cualquier tipo de racional. ¿Cómo saber quién es? —preguntó Darío.

—Si es un convoy pequeño, estarán él y un par de escoltas. Es una lástima que no tengamos a alguien como Jacob para averiguar quién es. —Todos se volvieron a mirarme intrigados.

—¿Quién es Jacob? ¿Otro de tus amigos con poderes especiales? ¿No conocerás a alguien que pare las balas? Eso nos sería muy útil —dijo Ulrik, John Malkovich en el papel de Marvin estaba más relajado que este personaje.

—Vaya tela contigo y la manía paranoica. Jacob es el único racional en el centro de Yuta que sabía desde el primer momento que yo no era Kiyu, que en realidad era una piel cambiada. Tiene eso del sexto sentido felino, algo del aura que no casa con el cuerpo. Ojalá pudiese estar con nosotros. La otra opción es el contacto físico con el sujeto. —

Al decir eso último, Darío por poco se pone blanco.

—Ni se te ocurra tocarlo, eso no es una opción —dijo Darío recalcando todas y cada una de las palabras—. No me gustaría compartir vivencias con alguien que ha establecido un sistema totalitario global, podría hacerte enloquecer o, peor aún, convencerte para que te pongas de su lado. ¿Qué clase de felino es el tal Jacob?

—La clase de felino que no está nada contento con el Ministerio. Es un tigre de bengala, es grande, fuerte y está más que motivado por la causa —respondí.

—¿Vamos a traer al gato aquí? No sé si estará muy de acuerdo, Mundo, ¿un felino tan reservado rodeado de cánidos? —Ursa parecía escéptica.

—Un felino al que el Ministerio le ha arrebatado a su madre —puntualicé—, y que le pondrá todas las pegas de este mundo para tener una relación con su pareja, que aparte de no ser de su misma especie no es ni siquiera una hembra. Créeme cuando te digo, osita, que estará más que contento de joder todo lo que pueda al Ministerio.

—Cada vez se están abriendo más puntos que cumplir en esta misión. ¿Podremos organizarnos para cumplir con todo? —Darío miró a su alrededor buscando la participación del resto de los congregados.

—Puedo mandar a dos de mis chicos —respondió Egil—, seguro que ese gato no tiene nada que hacer contra ellos. Antes de que se dé cuenta estará aquí en un saco.

—Wow, frena el carro, eso no es una opción, Egil. Mandó a unos pocos de agentes del Ministerio al hospital cuando fueron a por su madre, por eso está cumpliendo condena donde Yuta. Antes era púgil, sabe pelear y si vais a por él con violencia, responderá con violencia. Joder… Qué complicada va a ser la llamada de mañana. ¿Cómo me lo monto para hacer una llamada pirata a una línea pinchada y exponer todo lo que quiero sin que nadie del Ministerio se entere? —pregunté terminándome la copa de vino.

—La llamada ya no es una opción —dijo Axe—. La mejor forma de hacer esto es que tú vayas a por él esta noche. Escribe una carta para Buddy y entrégasela a Yuta.

—Axe es la personificación de «menos es más». Tengo que ir esta noche a ver a Yuta, entregarle una carta con instrucciones para Buddy y venirme de vuelta con Jacob. Probablemente el gato no quiera separarse de Fang. —Me empezaba a doler la cabeza de nuevo.

—Otra cosa en la que no habéis pensado es que, por mucho conocimiento que tenga nuestro pelanas de las plantas, ¿cómo va a darnos respuesta de lo que averigüe? —dijo Ursa.

—En la carta irá una frecuencia de radio, una que el Ministerio no puede modular. Aparte de que le pasaremos uno de nuestros aparatos de radio —expuso Turk.

—¿Le vas a dar una radio codificada? ¿Qué más, un mapa con la ubicación de nuestros asentamientos? ¿¡Chaval, quieres mi pellejo para hacerte una alfombra!? —exclamó Ulrik.

—¿El ojo lo perdiste en una subida de tensión? En la carta le voy a pedir a Buddy algo para los nervios. Estamos hablando de Yuta, tiene más de doscientos años. Creo que podrá esconder una radio y, en un momento dado, sabrá como destruirla para que no caiga en malas manos. Todos en su centro darían la vida por él. Puedes estar tranquilo, Ulrik.

—O puedes seguir nervioso, es lo que hay, tuerto. ¿Otra noche sin dormir, chati? —Ursa tenía ganas de empezar.

—Ibas a dormir poco de todas formas. Ella viene conmigo, por si no había quedado claro. Me da igual si es más lenta que nosotros los lobos, y que sea ruidosa al moverse, donde yo vaya ella viene.

—No es práctico, si la quieres tanto, deberías dejarla aquí. Después de lo que han montado en el centro de Yuta, con toda certeza el Ministerio mandará agentes para garantizar la seguridad de este. Ir con ella reduce mucho el éxito de la misión. Llévate a Sun, te entiendes bien con ella, aparte de que es una de mis mejores pupilas. Ella consiguió algo que yo no pude hacer, tumbarte boca abajo —dijo Egil con una sonrisa de orgullo en la cara.

—Será vacilona la perra cachas, ¿anda presumiendo de ello? —Ursa a estas alturas no cambiaba de posición, seguía con los brazos en jarras.

—Tranquila, osa. También lo puso por las nubes, dijo que nunca había cazado tan bien como con él —respondió Egil.

—¿Y tengo que estar tranquila? Que sepáis que soy muy celosa. Mundo, Egil tiene razón, voy a ser una carga. Vas de incursión, yo soy grande, lenta y ruidosa. Me quedaré aquí y esperaré a que regreses.

—Puedes estar tranquila, bombón, no me voy a dejar atrapar por nadie. —Me dedicó una sonrisa muy picarona.

—¡Está todo dicho! Turk preparará una radio portátil. Egil hablará con Sun para que te acompañe. Axe te redactará la carta de forma que las instrucciones sean concisas. Si no hay nada más que tratar, nos retiramos hasta el anochecer. Te recomiendo que no te canses mucho, Mundo. —Darío dijo eso ultimo mirando a Ursa.

—¿Yo cansarme? Creo que esta tarde/noche me dejaré querer. —Al pronunciar esas palabras mirando a Ursa empecé a captar una esencia conocida.

—Os recomiendo que os vayáis, no hagáis demasiado ruido, en nuestra cultura es una invitación a unirse a la fiesta.

El lobo negro hizo un gesto y todos los del consejo se levantaron, se aproximaron uno a uno a mí y a Ursa para juntar sus frentes con las nuestras mientras nos agarrábamos de la nuca.

Salimos de la tienda de Darío, nos llevamos un buen rato planeando todos los detalles de la misión para darle un buen palo al Ministerio. Al salir me di cuenta de cuán cargado era el ambiente dentro de la tienda de Darío. A esa hora de la tarde solo quedaban los niños, algunas hembras y los miembros más viejos del clan. Al preguntar por el resto de los lobos, nos dijeron que habían salido de caza o a recoger raíces y frutas. Solo había un lobo joven en el campamento, Sun. No parecía muy contenta de vernos, nos explicó que después de aparecer con toda esa carne le dieron unas minivacaciones de sus responsabilidades, el que la hubieran enrolado en una misión no le hizo demasiada gracia.

Volvimos a nuestro alojamiento provisional, al entrar nos percatamos de que alguien había dispuesto lo necesario para tener un mínimo de higiene y algo de picar acompañado de una jarra de hidromiel.

—¿Qué significa todo esto? Esto es muy parecido a lo que me prepararon mis padres para que me tirase a Knut. —De nuevo brazos en jarras.

—Y qué esperas, osa, hueles tanto a deseo que hasta a mí mismo me está costando no tirarme encima de ti.

—¿Sí, verdad? —Me dio un empujón y me dejó tirado en los cojines, la vi venir y tirarse encima de mí, pero no quise pararla—. Ahora yo voy a ser la que tome la iniciativa, trata de no gritar, no te quiero compartir con nadie.

Me desnudó y usó esa pedazo de boca para besarme por todo el cuerpo, creo que la osa habló de muchas cosas con sus primas.

Fue la siesta más agradable que me había pegado en la vida. Después de amarnos, tomamos un buen vaso de hidromiel y hasta ahí llegaron mis recuerdos, me quedé adormilado después de que Ursa me tapara y se acurrucase junto a mí. Le di la razón, había crecido físicamente y ahora podía hacer mejor la cucharita. Esperaba que, si esto acababa rápido, Fafnir no me devolviera pronto a mi cuerpo.

¿Qué podría salir mal?

Una playa de limpias arenas se extendía ante mí hasta donde se perdía la vista. El cielo estaba gris y estaba jugando con Buddy, tirándole una pelota al agua. Ese perro color chocolate ya no era un cachorro, era un adulto joven e incansable que se tiraba al agua una y otra vez en busca de su juguete. No estaba solo, sentía que alguien estaba conmigo cogiéndome del brazo; era invierno, hacía frío y tener a esa persona pegada a mi brazo me reconfortaba y daba calor. Quería volverme para mirarla, deseaba saber quién era, pero estaba demasiado pendiente de que mi perro no se ahogase. La escuché pronunciar mi nombre con una voz dulce; algo en el tono de su voz, en cómo pronunciaba el nombre que me dieron mis padres, me recuerda a otra persona.

—Mundo, hazme caso. ¿Por qué no me miras?

Justo cuando me volví a mirar a la persona que me cogía del brazo, me desperté para ver el rostro de Sun a escasos centímetros del mío.

—Estaba teniendo un sueño precioso, me lo has jodido, que lo sepas. ¿Qué hora es? —pregunté abriendo mucho la boca.

—La hora de que tú y yo vayamos otra vez de cacería, esta vez cazaremos a un gran felino. —Estaba risueña, como una cría el día antes de Navidad.

—¿Tú no estabas cabreada por estropearte las vacaciones? ¿Dónde está mi osa? —Me levanté desorientado, no caí en su ausencia hasta cruzar cuatro palabras con la loba.

—Estaba cabreada, pero después me mandaron ir contigo de incursión. La vez que cazamos juntos nos entendimos muy bien. Tu osa, después de clavarte al suelo, se fue a conocer a Blanca y a sus niños. Se le dan bien los críos, estaba jugando con los más chicos.

—Seguro que sí, es una osa muy cariñosa. Si me das un segundo, me visto y nos vamos.

—Sí, claro, sin problemas. —Cogió un cojín, se sentó y se quedó ahí sin apartar la vista de mí.

—¿En tu cultura es normal ver a los miembros adultos de distinto sexo desnudos?

—Si quieres me voy fuera, pero te terminaré viendo en pelotas. Estamos a diez minutos a caballo de un río, ahí es donde se asea toda la tribu.

—Espero que mi osa no entre en el preciso momento en que me esté abrochando los pantalones.

Sun no dijo nada, pero mientras me vestía podía ver cómo intentaba mantener quieto el rabo sin demasiado éxito.

—Kudo te ha preparado algo, dice que es por si acaso, si llega el momento, no dudes en usarlo. —Me pasó un cinturón de cuero con un cuchillo grande enfundado.

—Vaya con el herrero, sabe trabajar bien el metal. Espero no tener que recurrir a él. —Me puse el cinturón, tenía una tira en la parte baja de la funda para atar a la pierna, era cómodo de llevar.

Salimos de la tienda, era de noche, una noche clara, pero notaba algo diferente en el ambiente. Podía oler como la tierra clamaba por el agua, estaba seguro al cien por cien que iba a llover en breve. No sé cómo serían los felinos en este plano, en el mío odiaban el agua. Nos dirigimos donde los caballos estaban atados, ahí estaba Lola ensillada y, por su lenguaje corporal, más que dispuesta a dar un paseo. Me acerqué a ella y antes de poder acariciarla me empujó con el hocico contra su pechera.

—¿Tienes el mismo efecto en todas las hembras? Ahora entiendo a tu osa —dijo Sun sonriendo.

—Hablando de mi osa, no me gustaría irme sin despedirme. ¿Seguirá con Blanca y los niños de Kudo?

—No lo creo, está detrás de ti.

Me volví y ahí estaba Ursa, vestida como un miembro más de la tribu.

—Da igual lo que te pongas, estás guapa con cualquier trapo. ¿Dónde fueres has lo que vieres? —Me acerqué y le di un beso.

—Ha sido Blanca, tienes que conocerla, es un encanto. Dijo que tenía ropa de Kudo que me podía adaptar para el tiempo que estuviera aquí. El mayor de sus niños, al verme así, creyó que a su padre le había crecido el pecho —dijo Ursa.

—Veo que te lo estás pasando bien, no tengo ni puñeteras ganas de hacer esto sin ti.

—Los cánidos tenéis un sentido del apego muy fuerte. No te preocupes por mí. —Se acercó mucho y me habló al oído aprovechando que Sun estaba con los caballos—. Ten cuidado con esa, he visto cómo te mira.

—No te preocupes por mí, no me voy a dejar atrapar. Estaré aquí antes del amanecer, espérame medio vestida, así tendré algo de ropa que quitarte. —Ursa era lista, creo que captó el mensaje.

—Joder, estáis en celo, es tiempo de irnos. Osa, me llevo a tu lobo, no te preocupes, lo trataré bien —dijo Sun guiñándole un ojo.

—Trátalo como si fuera uno de tus hermanos, uno de sangre —respondió Ursa aparcando toda sutileza.

—Descuida, hermana, no pienso ponerle una mano encima, sois unos aburridos y eso lo respeto —dijo Sun.

—Se nos hace tarde y va a llover. Me gustaría poder terminar esto rápido, sin ningún percance, y poder secarme en la tienda junto a mi osa.

—Toma, mono calvo y aburrido, para que no tardes en llegar. —Me dio el mismo reloj de muñeca que llevé en Shaiyo—. Si me encuentras dormida, no dudes en despertarme, me levanto de muy buen humor. —Me dijo eso de forma que Sun pudiera escucharlo alto y claro.

Las mujeres son mujeres en cualquier plano. La besé dejándola en el campamento de mala gana. El cielo estaba encapotado y había poquísima luz, incluso con mi visión nocturna me costaba ver. Sun sacó de una de las alforjas de su caballo una linterna pequeña que se fijó a la cabeza con un arnés. La linterna, a pesar de ser pequeña, daba mucha luz.

—A nosotros no nos hace falta este artefacto, pero los caballos no ven de noche. No quiero que Soto se joda una pata, es el único macho que me aguanta. Tienes otra linterna en la alforja.

La cogí y me la fijé a la cabeza tal como lo hizo Sun; en la misma cinta para atarla había un paquete pequeño en la parte trasera, serían las pilas.

—Me tienes que contar eso de que ningún macho te aguanta. Disponéis de más tecnología de la que yo esperaba encontrar. ¿Con qué se alimenta esta linterna? —pregunté.

—Electricidad generada por un cristal cargado con energía heliar. El cristal puede durar unas cuatro horas con esta lámpara. Me duran más las pilas de la linterna que los machos.

—Energía fotónica, interesante… Casi tanto como eso de que no te duran las parejas. ¿Quieres que me compadezca de ti y te dé cariño? Eso no va a pasar, hermana. —Ursa no se equivocaba, iba a muerte a por mí.

—La noche que nos conocimos, esa que pasamos de ser completos desconocidos a cazar juntos, pasó algo. Nunca ocurrió con nadie antes. Desde entonces recé para que esa osa no estuviera liada contigo, cuando os vi besándoos me entraron ganas de abalanzarme sobre ella y morderle el cuello —dijo mirando al suelo.

—Si te digo la verdad, yo también sentí algo. Quise volver contigo y no con ella, pero lo que sentí a tu lado no tiene nada que ver con lo que tengo con Ursa. Lo tuyo es algo más instintivo, algo más visceral, no sé bien cómo explicarlo.

—Son nuestros instintos ancestrales, nuestra raza los tiene muy a flor de piel. Lo que sientes es el deseo de perpetuar la especie. —Ella no apartaba la vista del camino, hablaba con desilusión.

—¿No hay más lobos en otras tribus? Es decir, por qué yo, por qué

este cuerpo y no otro. Si me llegas a hacer esta propuesta hace cuatro días, ahora mismo no estaríamos ni hablando. —Según iba encaminando la conversación por ese derrotero empecé a olerla, estaba muy falta de cariño.

—Ella no tendría por qué enterarse. —Pronunció esas palabras casi en un hilo de voz.

—Ella no se enteraría, pero yo sí. Por muy atractiva que me parezcas, no puedo hacer eso.

Tapó la linterna con la mano para poder mirarme, yo hice lo mismo.

—¿Te parezco atractiva? ¿No te intimido? —La conversación me resultaba molestamente familiar.

—Estoy enamorado de una hembra de dos metros y cerca de doscientos kilos. No me intimidas lo más mínimo, hermana. —Me acerqué a ella y le acaricié tras las orejas.

—En estos momentos tengo unos celos totalmente desmedidos de tu osa. ¡Qué suerte tienen algunas!

—Pero qué dices, muchacha, he estado en tu poblado y he visto a los lobos machos. Allí soy uno cualquiera, no destaco lo más mínimo.

—Eso lo dirás tu. Rogaré a Fafnir para que cuando vuelvas a tu cuerpo el dueño de ese magnifico culo se fije en el mío.

—Kiyu ya te conoce, dice que eres muy guapa.

Se volvió a mirar al camino y destapó la linterna.

—Cuéntame más de tus encuentros con Kiyu. —Volvió a su tono normal, parecía que eso le dio algo de esperanza.

Le estuve relatando mis desventuras con el dueño de este cuerpo y la forma en la que, poco a poco, le fui tomando cariño a Kiyu. Ella parecía muy interesada en el carácter del medio lobo, algo en mi fuero interno me decía que ellos dos podrían ser muy felices juntos.

Galopamos por el paso entre las montañas hasta llegar al matorral bajo, ahí desmontamos, apagamos las linternas y empezamos a guiar a los caballos a pie. Le estuve contando mi historia desde que llegué a esta realidad con un cuerpo prestado. Ella me confesó que sabía de la existencia de las pieles cambiadas, pero que nunca había hablado con uno fuera de la tribu, estaba fascinada con los detalles de mi mundo. Después de un par de horas empezó a lloviznar, estábamos cerca de donde nos encontramos, lo sabía por el olor. Era la primera vez que veía llover desde que aterricé aquí; no sé si fue por instinto, pero levanté la vista, aspiré profundo cerrando los ojos y abrí la boca para beber agua de lluvia. A mi lado, Sun estaba haciendo exactamente lo mismo.

—Te llevarás bien con él —le dije eso sin pensar, por puro instinto.

—¿Cómo dices? —Puso la cara de lado, como cuando le dices a un perro vamos a la calle, era muy mona.

—Que sé que vosotros dos os vais a entender bien, Kiyu y tú. Seguro

que tendréis unos críos preciosos.

—Joder, no me digas eso, sabes que estoy falta de riego. —Me dio un empujón que por poco me tira al suelo.

—Ahora sé por qué te duran los machos menos que las pilas de una linterna.

Ella se rio, tenía una risa muy bonita, quién lo diría con la apariencia de tía dura que tenía.

Dejamos los caballos atados a unos cinco kilómetros del centro de Yuta, nos descalzamos, cogimos el equipo y la carta y seguimos avanzando bajo la lluvia hasta llegar al cercado. La lluvia dificultaría mi sentido del olfato, tenía que llegar hasta los alojamientos de Yuta sin que nadie nos viese. Sun tenía unos prismáticos, unos que parecían de los que se llevan a una cacería. Al rato de estar mirando por ellos, me los pasó y dijo que mirase tras los establos. El establo estaba parcialmente quemado y parecía que habían quitado algunos tablones para empezar las reparaciones, entre el material medio chamuscado que estaba apilado vi una figura uniformada con lo que parecía una escopeta.

—Un agente, pero parece mayor y está un poco gordito. Si tanto le preocupa al Ministerio el ataque de los lobos, ¿por qué traer de vigilante a un tío que estará a punto de jubilarse? —pregunté.

—Es lo que hacen siempre, Mundo. Esto es para guardar las apariencias. Mandan un par de agentes que están a punto de licenciarse, el Ministerio da la impresión de que cumple y todos tan contentos.

—Bueno, ese no tiene pinta de correr mucho a no ser que den el toque para ir a comer. No me gustaría toparme con el otro que no hemos visto de frente, podría ponerse nervioso y disparar a quemarropa.

—Mientras no hagamos ruido no creo que nos vean, tenemos el pelaje oscuro y no hay mucha luz hoy. El sonido de la lluvia cubrirá nuestro avance. Dime por dónde se va a los aposentos de Yuta.

—Voy yo delante, mantente alerta y cúbreme las espaldas. Nos compenetramos bien, ya hemos trabajado juntos y sabemos cómo hacerlo. —Sin darme cuenta volvía a pasar, nos comunicábamos bien y trabajábamos mejor.

—Pues venga, perro grande, te sigo a una distancia prudencial, si ves algo, levanta el puño. —Lo de levantar el puño me sonaba a entrenamiento militar, seguro que era una excelente alumna de Egil.

Avanzamos pegados a la valla hasta que llegamos al «bosque de los sollozos», allí tuvimos que esquivar a un par de parejas que se estaban dando cariño bajo los árboles y la lluvia. La tercera pareja me sonaba mucho, había muy poca luz y me costaba saber quiénes eran sin poder olerlos. Levanté el puño, al mirar atrás vi como Sun se escondía tras

un árbol hincando rodilla al suelo, muy profesional.

Me acerqué a la pareja que se estaba comiendo a besos de pie apoyados en un árbol. Menos mal que estaban con los preliminares, eran Fang y Jacob. A ver cómo los despegaba uno del otro para decirle al tigre que tenía que dejar eso para no sabía cuándo.

—Jacob, Fang, no os asustéis, soy yo, Mundo —dije susurrando.

Jacob miró hacia atrás con cara de muy pocos amigos; Fang, sin embargo, sonreía.

—¿¡No te he dicho que esto no se hace!? ¿Tú no estabas con los lobos? —exclamó Jacob moviendo el rabo con violencia.

Le volví a hacer una señal a Sun para que saliese de detrás de su escondite, esta se levantó y vino a nuestra posición.

—¿Este es el gato que nos va a ayudar en la causa? Tienes razón, habría podido con dos y hasta con cuatro de los nuestros. —En un momento le dio un buen repaso al gran felino.

—¿Es una loba, lo es de verdad? ¡Estoy tan emocionado! Es muy guapa, es como tú, pero con tetas. —Fang había pasado de la cuestión de qué hacía yo allí y por qué venía con una loba, solo para admirar a esa hembra.

—Caray, es la primera vez que estoy tan cerca de alguien que vive según el Ministerio sin que me amenacen con un arma. Me llamo Sun, tú sí que eres guapo. —Fang puso la cara de lado y le dedicó una sonrisa picarona.

—Se llama Fang y es mi pareja. Ahora que habéis dejado de deciros cosas bonitas… ¿Qué hacéis aquí y qué es eso de que tengo que ayudaros en la causa? —Jacob volvía a mirarme fijamente y a mover la cola con violencia.

—Esto es muy repentino, iba de camino a casa de Yuta, él iba a llamarte y hablaríamos de todo esto sin estar mojándonos. A los gatos no les gustaba el agua, ¿verdad? —Jacob estaba parcialmente desnudo y completamente empapado.

—Soy un tigre, somos excelentes nadadores y me encanta el agua. —Y otra vez ese rabo rallado iba y venía con rapidez.

—Yo soy un ave y el agua me resbala, cuando me propuso encontrarnos bajo la lluvia estaba húmedo antes de mojarme. —Fang era el contrapunto de esa relación.

—Pues yo me estoy empapando, y creo que a los lobos el agua les gusta lo necesario. ¿Vamos donde Yuta o queréis que siga aquí calándome hasta los huesos? —Involuntariamente empecé a sacudirme.

—Hay un problema con eso. Han puesto un guardia en la puerta de su casa. Un cánido que parece que está a punto de retirarse y bajo de forma —respondió Jacob.

—Tengo una idea… Fang, ¿cómo se te da el drama? —Le dediqué

mi mejor sonrisa.

—Si lo que quieres es una distracción para quitar al guarda del medio, yo soy tu chica. —Me lanzó una sonrisa coqueta mientras me ponía una mano en el pecho.

—Bueno, esto funcionará mejor si hueles a lobo. —Le di un abrazo y me refregué un poco con él, Jacob estaba a punto de tirarse encima de mí y arañarme.

—Si antes estaba dispuesta a hacerlo, ahora estoy más que motivada. No te pongas celoso, gatito, es por la causa. —Lo vimos ir dirección a los aposentos de Yuta dando saltitos de alegría.

—Parece que está mejor del brazo —dije mirando como se alejaba.

—¿Sí, verdad? No sé para qué habéis pensado que os seré útil, pero ahí va un fuego que yo no podré apagar. Vamos, quiero ver cómo mi pájaro hace su número. —Estaba entre enfadado y contento por la situación.

—Mundo, es la primera vez que veo una pareja así. En verdad es la primera vez que veo un tigre de cerca, lástima que le gusten los machos. —Realmente estaba embelesada con el gato.

—Nah, este come de todo. Aparte de que esta sí es una pareja muy liberal, igual si se lo pides con educación, te hace aullar. —Me sonrió y otra vez a pesar de la lluvia pude olerla.

—Esta misión cada vez me gusta más. —Se fue dando saltitos detrás del tigre.

—Ve de incursión, me dijeron. El futuro de los lobos depende de ti… Tengo a una loba cachonda detrás de un tigre que se lo tira todo para ver un espectáculo de un pájaro con mucha pluma. ¿Qué podría salir mal?

Allí estaba Fang, dándolo todo ante el agente frente a la puerta de Yuta. Levantaba la voz, hacía aspavientos y no paraba de decir que un lobo enorme había intentado abusar de él. Mientras decía dónde le había tocado el lobo, aprovechaba para meterle mano al agente. No pasaron ni dos minutos y Fang ya tenía al guardia corriendo tras de él para ir a buscar al lobo que había intentado comérselo.

—Tu chico es todo un artista, me había convencido de que todo lo que ha dicho era verdad —dijo Sun.

—Tiene un pico de oro y unas manos divinas. Seguro que podría hacerte un traje en un guiño de ojos, parecerías una reina. —Vaya manera de tirar la caña…

—¿Así no estoy bien? —preguntó Sun poniendo las manos en las caderas.

—Tú estarías bien con cualquier cosa. Es la primera vez que veo una loba, y me gusta lo que veo —respondió Jacob con un tono muy sugerente.

—Joder… Estamos de misión, os recuerdo. Si tanto os gustáis,

podréis compartir montura de camino al asentamiento. Vamos a ver a Yuta —les interrumpí.

Al minuto de irse Fang con el agente, Yuta salió a ver qué pasaba, creí ver entre la lluvia y la oscuridad dibujársele una sonrisa en la cara.

—¿No te mandé con los tuyos para que cumplieras tu misión? ¿Ella… es una loba? —Se puso muy erguido, no sé bien por qué adoptó esa postura.

—Yuta, tenemos que hablar. Vamos adentro, lo que tengo que contarte es muy importante y, como de costumbre, el tiempo va en nuestra contra —dije empujándolo dentro de su casa.

Pasamos dentro y nos sentamos en la misma mesa en la que hacía un escaso día había tenido una charla sobre todo el entramado del Ministerio. Le di la carta que me redactó Vitur y la radio que nos preparó Turk. Él se dedicó a asentir a todo lo que le dijo Sun y a coger las cosas que le dimos.

—Solo tengo una pregunta. ¿Por qué os queréis llevar a Jacob? —dijo señalando al tigre.

—Nos hace mucha falta. Él tiene lo del instinto felino, sabe ver quién es una piel cambiada y, si queremos capturar al máximo responsable del Ministerio, tiene que venir con nosotros, si no te importa prestarte a esta locura, Jacob —le dije al tigre.

—¿Una misión con los lobos para ir a meterle un palo en la rueda al Ministerio? Contad conmigo —respondió sacando pecho.

—¿Ves? Te lo dije, perra cachas. Hay una cosa que me gustaría saber. —Me volví para encarar a Yuta.

—¿Los que vinieron disfrazados y drogados? —dijo Yuta.

—Más sabe el diablo…

—Retomaron la conciencia horas después de marcharos con una resaca criminal. Buddy les dio algo para calmarles el dolor y poco a poco se fueron dando cuenta de lo que había pasado. No se acordaban de nada, pero tienen algo en común —expuso Yuta.

—¿Qué tienen en común dos tíos que parecen policías y un zorro? —pregunté.

—Que todos ellos hacían demasiadas preguntas. El zorro es periodista, el pobre está destrozado, dice que no va a comer carne en lo que le queda de vida —dijo Yuta.

—Me gustaría quedarme para seguir charlando de todo esto, pero no sé cuánto tiempo podrá entretener Fang al guarda. —Según iba terminando de hablar, sonaron tres golpes en la puerta.

—Salid por la ventana sin hacer ruido, yo entretendré al agente —apremió Yuta.

—Fang, no me he despedido de Fang. —Ese tío grande y fuerte parecía un gatito al que le habían quitado un ovillo de lana.

—No te preocupes de eso ahora, hijo. Tengo la radio, podrás hablar con él. ¡Ya, marcharos! —Yuta abrió la puerta de su dormitorio y nos señaló la ventana.

Mientras nos escapábamos por ahí, escuchamos como Yuta le abría la puerta al guarda. Siempre por los pelos y corriendo; una de dos, o me acostumbraba a esto o me hacía sedentario al llegar a casa. Dimos un gran rodeo para esquivar al agente apostado en la casa de Yuta y nos volvimos por un sitio distinto por el que habíamos entrado. La lluvia camuflaría nuestras huellas, pero toda precaución era poca. No hablamos nada hasta llegar donde dejamos atados a los caballos.

—Sun, ¿no te ha parecido demasiado fácil? O sea, hemos entrado en un sitio que estaba vigilado, hemos sacado a un interno y no nos ha visto nadie —dije.

—Te dije que hacíamos buena pareja de cacería. Sin embargo, tienes razón, tengo un mal presentimiento. —Empezó a mirar para todos lados y a olisquear.

—¿No lo oléis? ¿No huele como a Yuta? —dijo Jacob.

—Me llega un olor muy velado, pero tienes razón, gato —respondí.

Me agaché y cogí un puñado de barro del suelo. Puse a trabajar el olfato y localicé la fuente del olor. Le hice una señal casi imperceptible a Sun para que se abriese a mi izquierda, ella sin hacer ruido y sin mediar palabra empezó a andar a donde le indiqué.

Afiné el olfato, hice una bola con el barro, apunté y lancé la pelota de tierra húmeda hacia donde creía que venía el olor. El proyectil alcanzó algo en medio de dos árboles haciendo un sonido húmedo y fuerte. Fuese lo que fuese, le di con una bola rápida de barro que dibujó medio rostro suspendido en la nada entre los troncos. Antes de que se pudiera dar cuenta, Sun ya había saltado donde impactó el proyectil y había tumbado a ese racional camuflado que olía como Yuta.

—¡Jacob, ve con ella e inmoviliza a ese tío! Voy a coger algo para atarlo.

—¡No lo necesito, este racional está en los huesos! —exclamó Sun.

Sun se había levantado, poco a poco se fue dibujando la silueta de lo que nos había seguido, lo había levantado del suelo y lo tenía inmovilizado con ambos brazos a la espalda.

—Es como Yuta, pero con un problema de peso muy grave. Miradlo, está casi en el chasis. —Daba pena verlo, me recordaba a los judíos desnudos en los campos de concentración.

—Joder, pieles cambiadas, realidades alternativas, camuflaje en los reptiles… ¿Qué más tiene que mostrarme este mundo? —protesté.

—Está temblando, Mundo. No solo está malnutrido, parece un crío. Chaval, no tengas miedo, no vamos a hacerte daño, pero tampoco podemos dejarte ir, ¿lo entiendes? —dijo Sun.

—Eso estaría bien… Quiero que me atéis y me llevéis con vosotros. Creo que estoy yo solo, si desaparezco ellos no me buscarán. —Hablaba con un hilo de voz y mirando al suelo, daba pena verlo y escucharlo.

—Esto no está bien, esto suena a trampa de manual. Se hace la víctima, se gana nuestro respeto y cuando menos lo esperemos —expuso Sun.

—Suenas como Ulrik en este momento —le dije.

—La paranoia de Ulrik nos ha sacado de más de un problema, no hables así de él a la ligera. Nos lo vamos a llevar, atado, amordazado y con los ojos vendados. Su vida dependerá de lo que diga el consejo —anunció Sun.

—Chaval, ¿tienes nombre? —Me acerqué a él y me agaché para que me mirase a la cara.

—Treinta y siete. Tres siete me decían mis instructores. —Tenía el mismo rostro inexpresivo que Yuta, pero por la voz podía notar que estaba muy harto de su vida.

—¡Hijos de puta! ¡Un número, le han dado un número! Se viene con nosotros, ¡joder, qué cabrones! ¡No pienso llamarle por ese número! —Andaba con el lomo erizado y con las manos muy abiertas, de sus dedos asomaban uñas como cuchillos.

—Jacob, no grites, colega. No sabemos si hay más como él cerca, relájate, gato —le dije chistándole.

—Seven, a partir de ahora te llamas Seven. Vamos donde los lobos, tengo ganas de ponerme manos a la obra con ese plan para hacer que el Ministerio arda hasta sus cimientos. —Había abierto los dedos y de ellos salían unas uñas largas y afiladas.

—Mundo, cuando dijiste que estaba motivado te quedaste corto. Cuánta pasión… —El olor que desprendía Sun era casi intoxicante.

—Jacob, machote, le quitas un número en una lengua y se lo das en otra, ¿lo dejamos en Seve?

—Seve… Me gusta. Quizás sea el nombre de uno… —El chaval parecía ciertamente perdido.

—Siento hacer esto, pero es por tu seguridad y por la nuestra. —Sun lo envolvió para regalo, le pusimos un poncho para la lluvia con la capucha muy atada y lo cargamos en la grupa de Lola—. No me malinterpretes, no te he amordazado porque me gustaría hablar contigo de camino, pero como te pongas a chillar te doy en la cabeza y te dejo KO, ¿lo entiendes?

—Sí, señor —respondió el reptil.

—No me digas señor, señor era mi padre. Vámonos antes de que nos encontremos con más sorpresas —dije.

Volvimos por nuestros mismos pasos y, al llegar a la zona de matorral bajo, nos pusimos las linternas y montamos a caballo. Sun

iba montada con Jacob detrás de ella, estaba coqueteando abiertamente con el gato, movía el rabo y podía olerla de lejos. Había gente que no perdía el apetito en ninguna circunstancia. El joven reptil que tenía atado a la grupa de Lola no dijo ni una palabra, lo escuchaba respirar fuerte de vez en cuando y creo que lo escuché llorar.

—Seve, ¿estás bien? ¿Quieres agua o algo? —le pregunté.

—Estoy un poco incómodo, me clavo las costillas en esta posición. Puedo aguantar, gracias por preguntar.

—¿Me darás problemas si te desato los pies y te siento delante de mí?

—No le daré problemas, por fin Fafnir me ha oído.

—No me trates de usted, eso lo hago yo cuando quiero poner tierra de por medio con alguien. ¿Me responderás a algunas preguntas? —Paré la yegua, le desaté los pies y lo puse delante de mí, estaba frío como una loza.

—Si quieres saber cosas del Ministerio, tengo poca información. No nos cuentan demasiado por si pasa esto, por si nos capturan.

—Sé ya muchas cosas del Ministerio, eso ya poco me interesa. ¿Qué edad tienes?

—No nos dan una fecha de nacimiento, pero he mudado de piel nueve veces. Nuestra especie muda cada dos años, así que debo de tener dieciocho años. Seve tiene dieciocho años…

—Tienes que haber pasado un verdadero infierno, Seve. —Al llamarlo por el nombre que le dio Jacob, lo sentí estremecerse—. ¿Qué tiempo llevas observando a Yuta?

—Llevo casi un mes, Mundo. Estuve en la misma sala en la que hablasteis con Laila, Jacob, Ursa y Yuta. Tenían que recogerme mañana para que pasara informe. Al oírte hablar sobre las pieles cambiadas y el plan para liberar a los lobos, por poco me desconcentro y dejo de ir camuflado.

—Esa información te habría dado muchas medallas en el Ministerio.

—Esa conversación no iba a salir de ahí —dijo en un suspiro

»No iba a informar de nada. Todo lo que dijiste en esa sala me llenó de esperanza. Mi gente para ellos son una mera herramienta. Mi madre fue una incubadora, al salir del cascarón nos seleccionan por peso y tamaño, los más débiles son desechados, convertidos en alimento de los más fuertes. Después están los que se pueden o no camuflar, ese es el siguiente corte, los que no tienen aptitudes para camuflarse sirven de ejemplo para los demás. He perdido hermanos y hermanas, los reptiles tenemos una memoria casi fotográfica. Recuerdo cómo cogieron a mis hermanos recién salidos del cascarón, a los pequeños los metían en una batidora, carne nutritiva para los fuertes. Mi caso fue especial, al ver esa escena aprendí a camuflarme

desde recién nacido. Conmigo se ahorraron años de entrenamiento.

Hablaba de forma tranquila con ese hilo de voz, parecía que llevara días despierto y comiendo lo justo.

—¿Hablar de esto te libera? Solo te he preguntado tu edad y cuánto tiempo llevas observándonos, me has dado mucha información.

—Por primera vez en mi vida y a pesar de estar atado me siento libre. Los lobos y nuestra gente tienen muchas cosas en común.

Al mirar a mi izquierda, vi a Jacob refregándose los ojos y a Sun con las orejas gachas.

—Mundo, desátalo —dijo Sun—. Si todo eso que nos ha contado son mentiras, yo misma le voy a dar caza. Que no se quite el poncho.

Cogí el cuchillo de caza y le hice caso a Kudo, no dudé en usarlo.

—Muchas gracias, a todos. No sabéis lo que significa esto para mí. En unas horas, los lobos, esos que se suponen que son el enemigo, me habéis dado más que el Ministerio en mis dieciocho años de vida.

—Esperamos que todo esto termine pronto, creo que no podré aguantar una campaña larga a este ritmo. —Hablaba en serio, esto de dormir a ratos durante el día para levantarme con sobresaltos me estaba dejando molido.

—Yo hace días que no duermo y solo me he alimentado de Helios. Quiero dormir por dos vidas y comer por tres saurios.

—Te daremos un sitio donde descansar y un plato de comida. Esperemos que el consejo sea igual de comprensivo o de ingenuo que nosotros. Yo también soy una loba joven, pero lo que has dicho me ha llegado al corazón.

—¿Eres una sensiblera? Quién diría que debajo de todo ese músculo hay un corazón sensible —dijo Jacob abrazándola con más fuerza.

—Si sigues por ese camino lo que queda de noche, me voy a dedicar a quitarte las rayas, gato. —Él la agarró con más fuerza, al parecer eso no la molestaba lo más mínimo.

—Yo muriéndome de sueño y vosotros sin ganas de dormir. Espero que mi osa no me pida amor lo que queda de noche —protesté.

—No te hagas el duro, te he visto en el centro trabajando con ella, sé cómo os tratáis. Si ella te pide amor, tú vas a darle amor —respondió Jacob.

—Es verdad, sois unos babosos —dijo Sun sacándome la lengua, me hizo gracia.

—Mira quién habla, te recuerdo que ese gato, al que estás tan pegada, ha venido para ayudar a nuestro pueblo, no a quitarte las telarañas.

Lejos de molestarles el comentario, se rieron y achucharon más.

Antes de darnos cuenta ya estábamos en el paso entre las montañas. Vi a los vigías haciendo señales con linternas a otros que a su vez iban haciendo señales a los restantes. La seguridad del campamento

dependía de un paranoico; por un lado, eso daba mucha seguridad, por otro no sabía bien cómo se tomaría Ulrik la llegada al asentamiento de un espía del Ministerio. Si su motivación era sincera, tres siete, «Seve», nos sería muy útil para nuestros planes.

Tenía muchas ganas de ver a mi osa, eran cerca de las cinco de la mañana y me esperaba un día muy largo por delante. Ahora no solo cayó en mis manos el futuro de los lobos, se me había puesto sobre los hombros el peso del porvenir de los saurios. Solo esperaba tener un sueño profundo sin ningún tipo de interrupciones, mañana será un día duro.

El enemigo de mi enemigo.

Me desperté en la tienda con una osa agarrándome muy fuerte, intenté zafarme de su abrazo para levantarme y tomar algo de agua, pero cada vez que me movía me agarraba con mayor fuerza. Miré el reloj, eran cerca de las diez de la mañana. Esa madrugada dejé a Seve con Sun, ella dijo que se encargaría de él. Tenía que levantarme e ir a ver qué pasaba con el consejo y ese saurio joven.

—Ursa, corazón, me estás dejando sin respiración. Es hora de levantarnos. —Me pareció raro, ella era siempre la que se levantaba antes que yo.

—¿Ya has vuelto de la misión? ¿Mi perro guapo quiere un poco de miel? —Seguía muy dormida.

—Eso me encantaría y mucho. —Me di la vuelta para besarla—. Pero mi misión terminó hace cinco horas, son las diez de la mañana.

—¿¡Por qué no me has despertado cuando llegaste!? ¡Te estuve esperando, estaba preocupada! ¿Ha salido todo bien? —dijo acelerada.

—Estabas como un tronco. Cuando te destapé dijiste: «no, perro malo, me tiemblan las piernas». Estabas muy dormida y me dio pena despertarte. Ha salido todo mejor que bien.

—Yo no hablo en sueños… Si ha salido todo tan bien, tenemos tiempo para… —Ella deslizó una manos bajo las pieles que nos cubrían para agarrarme por la cadera.

—Ayer pasó algo muy fuerte, no solo hemos venido de vuelta con Jacob, tenemos a otro racional con nosotros. Estoy demasiado preocupado por él como para pensar en otra cosa.

—Cuéntame todo mientras desayunamos. Blanca te ha preparado ropa para que no des la nota mientras estamos aquí.

—¿De dónde ha sacado mis medidas?

—Pues cogimos a uno de los lobos y le dije «mi chico tiene más de aquí y menos de allí». —Mientras decía aquí y allí me dio un repaso de cuidado.

—Eres una salida, deja de meterme mano, osa. Anda, voy a vestirme, a ver si es verdad que me tienes bien pilladas las cotas.

Ella se sentó y se quedó mirando cómo me ponía esas ropas que me habían confeccionado. Todo me quedaba bastante bien, unos pantalones de piel fina, una camisa de hilo color caqui y un chaleco de la misma piel de los pantalones.

—Esta ropa se parece mucho a la que usaban los nativos americanos en mi mundo. La piel es fina y transpira bien, aparte de que es muy cómoda.

—Deja de analizarlo todo, te queda como un guante, ¿te tengo bien cogidas las medidas?

—Tienes buen sentido del tiempo y una fantástica memoria visual. Me gustaría que saliéramos de la tienda pronto, estoy preocupado por Seve.

—¿Quién es Seve, qué clase de nombre es Seve? Solo tenías que traer a Jacob, a Ulrik le va a dar un infarto, ¿has venido a ayudar a los lobos o vienes para cargártelos?

—Pues Seve es un saurio, el nombre se lo ha puesto Jacob, se llamaba treinta y siete y es de la misma raza que Yuta. Es un espía del Ministerio, otra víctima de la maquinaria.

—¡Me cago en…! ¡Haber empezado por ahí! Vamos corriendo a ver dónde está. Si no lo detenemos, Ulrik lo querrá colgar de un árbol. —Se levantó y se vistió tan rápido que casi no me dio tiempo de verla desnuda—. Vamos, mono calvo, aparte de ver qué ha pasado con ese reptil tengo ganas de ver al gato.

Me cogió de la mano y tiró de mí fuera de la tienda, no me dejó ni desayunar. Al salir vimos que en la puerta había un par de lobos apostados en la entrada, les preguntamos por la tienda de Sun y qué había pasado con el reptil que trajimos. Ellos nos dijeron donde encontrar a Sun y nos advirtieron que el consejo nos esperaba a nosotros y al gato, a la mayor brevedad posible. En la puerta de la tienda de Sun también había un par de lobos apostados, el toque de cortesía de Ulrik, supuse.

—¡Sun, Jacob, es tarde y nos están esperando! —dije apremiándolos.

—Espera, ¿qué me he perdido? Estos dos… —dijo Ursa escandalizada.

—No andabas nada equivocada, osa, esta loba estaba muy falta de cariño.

—¿Pero Fang? —volvió a decir ella con el mismo tono.

—Fang seguro que estará enfadado por no haber podido verlos, son muy abiertos.

—Te puedo escuchar desde aquí, Mundo, entrad.

Ahí estaban los dos, desnudos y abrazados.

—Esto de hacernos pasar con vosotros dos en cueros qué era, ¿para dejar claro que estáis enrollados? —Ursa de nuevo brazos en jarras.

—A que está monísima cuando se pone en esa pose. —Jacob estaba refregando las mejillas con la loba mientras ronroneaba.

—¿Qué hora es? Apenas hemos dormido. —Sun parecía cansada pero contenta.

—¿Os acordáis del saurio que capturamos ayer? ¿Sabéis si sigue vivo? Igual Ulrik lo tiene en un poste atado y a punto de prenderle fuego. El consejo nos está esperando, gato —dije.

—¿El consejo? —Dejó de refregarse con Sun para ponerse realmente tenso.

—Sí, unos lobos viejos y bastante hartos del Ministerio. Ahora mismo estarán valorando si dejan vivir o no a Seve. Igual después de sentenciarlo vamos nosotros detrás por traerlo. ¡Joder, parece que soy el único adulto aquí! ¡Vestíos de una puñetera vez y vamos con el consejo! —Creo que aparte de gritarles les enseñé los dientes, los dos agacharon las orejas.

—Rayitas, vístete y sal de aquí. No conviene hacerlo enfadar, ha tumbado al lobo más fuerte del asentamiento sin despeinarse —dijo Sun. A pesar de estar asustada seguía oliéndola.

—Y tú más te vale que descanses un poco, después me harás falta. —Cogí la ropa que llevaba puesta Jacob y se la tiré encima—. ¡Os espero fuera!

—Es la primera vez que lo veo así de enfadado, da miedo. Jacob, vístete y cuando salgas pídele perdón. Y tú… ¿Os hecha una bronca y eso te pone cachonda? —preguntó Ursa.

—Lo siento, osa, el rollo del macho alfa me pone mucho. ¿Has podido olerme? —dijo Sun.

—Qué puñetas olerte, si te has puesto a cuatro patas y has echado el rabo para un lado, estás en celo, hermana.

—¿No es un encanto? —puntualizó Jacob ronroneando— Nunca había estado con una cánida, menos aún con una loba. Anda, vámonos antes de que Mundo sople, sople y tire la caseta.

—¿Te recuerdo dónde estamos? No menciones ninguno de esos cuentos en este sitio —dijo Sun tras tirarse en los cojines donde estaba antes el gato.

Ursa salió del tipi con Jacob detrás, el tigre parecía un gato al que habían arrastrado por una escombrera. Estaba despeinado y olía más a lobo que a tigre. No teníamos tiempo para que se asease, estaba realmente preocupado por nuestro nuevo compañero. Al entrar en la tienda de Darío nos encontramos la misma escena que hacía unas horas, con la variante de que había un lagarto semidesnudo de rodillas y atado a un poste en el suelo. Al verme, Seve levantó la cabeza, era un fastidio que su rostro no pudiera decirme nada, creo que estaba contento de vernos, yo en su situación lo estaría.

—Mundo, te mandamos a que nos trajeras una poderosa herramienta para nuestros fines, y nos has traído más de lo que te pedimos. —Darío estaba contento, se levantó para darme un abrazo.

—Nos has metido al enemigo en nuestra casa. No hay forma de saber si lo que nos ha contado este lagarto es cierto o no. —Era de

esperar que Ulrik fuera reacio al recién llegado.

—¿Cómo estás, Seve? ¿Te han dado algo de comer, has podido descansar? —Pasé olímpicamente de los reproches del tuerto para ver al joven saurio.

—Sí, señor. Me han dado de comer y me han dejado descansar. Es la primera vez en mi vida que duermo unas horas sin temer al enemigo.

—Entiendo que no os fieis de él dada su naturaleza. Es un saurio que se puede camuflar y esfumarse. ¿Lo podríais desatar mientras yo estoy aquí? Se sentará junto a mí, no creo que se me escape si intenta huir.

—Bajo tu responsabilidad, elegido. —Lo de elegido lo dijo Ulrik con mucha tirria—. ¿Este es el gato con el sexto sentido? Demuéstralo, ¿quién de aquí es una piel cambiada?

—El negro ese, tiene un aura extraña. No solo es una piel cambiada, tampoco creo que sea un humano, el aura de Mundo es distinta a la suya. —No tardó ni un segundo en señalar a Darío.

—Eso te lo puede haber dicho Mundo de camino a nuestro asentamiento. No demuestra nada.

—¿Mi palabra no significa nada para ti? Sun ha estado todo el tiempo con nosotros dos. No he hablado de Darío en todo el camino, aparte de que, aunque le hubiera dicho que es una piel cambiada, ¿cuántos de vosotros sabéis que Darío no es un humano enfundado en un lobo? —Se hizo un silencio en el tipi, creo que era un dato que nadie conocía.

—¿Qué eres realmente, Darío? ¿Te han enviado de verdad a ayudarnos? —preguntó Ulrik.

—¿¡También vas a sospechar de Darío!? ¿¡No son suficientes todos sus sacrificios!? ¡Cada vez que muere toma la vida de uno de sus hijos! ¡Te juro por lo más sagrado que estoy a esto de saltar y morderte en el cuello! —dije enseñando los dientes y hablando entre gruñidos.

Egil puso una rodilla en el suelo, dispuesto a pararme.

—¿Podemos bajar un poco la tensión? Te recuerdo, Mundo, que los lobos han pasado por mucho, por muchísimo. Él, aparte de un ojo, ha perdido muchas más cosas. Vamos a sentarnos todos y a hablar como seres civilizados. —Darío de nuevo haciendo de mediador.

—Mira que soy ateo, pero te juro por dios que este tío me pone de los nervios. Hacednos sitio para cuatro más, Seve se sentará entre Ursa y yo.

Como en la última ocasión, se levantaron, dieron un paso atrás y se apretujaron para poner cuatro cojines extra.

—Os doy las gracias por mantenerme con vida. Ojalá tuvierais a alguien aquí que pudiera meterse en mi cabeza para que vierais lo que yo he visto. Creo que vosotros los lobos y nosotros los saurios tenemos mucho en común. —No me esperaba que el primero en hablar en esta

reunión fuera el saurio.

—¿Qué podemos tener nosotros en común con los lagartos? —dijo Egil.

—Que nos están cazando —aclaró Seve—. Nosotros ya no nos reproducimos fuera de una institución del Ministerio. Nuestras hembras son ponedoras, inseminadas con el esperma de un semental. Al semental lo ordeñan como a un animal. Hemos pasado de ser unos racionales libres a funcionar como herramientas de control y vigilancia.

—¿Por eso Yuta no podía tener hijos? ¿Por eso se llevaron a su mujer? ¿Qué les han hecho los saurios al Ministerio? —Jacob parecía totalmente perdido.

—Nada, no les hacen nada, literalmente. Podemos vivir tirados en un sitio sin sombra, solo con el calor de Helios podríamos mantenernos. Una especie que no depende del Ministerio para vivir no es beneficiosa para sus propósitos.

—Todo precioso… ¿En qué podrías ayudarnos tú? —preguntó Ulrik.

—¿¡Cómo que en qué podría ayudarnos!? —exclamó Axe— ¿Aparte de un ojo has perdido el sentido común? Este individuo tiene un valor táctico tremendo, podría entrar en cualquier sitio sin ser detectado.

Era la primera vez que lo veía alterado.

—Vale, tenemos un lagarto invisible, un lobo con poderes para el combate, un felino que ve a las pieles cambiadas, una osa que cabreada es tremenda y un pájaro estrella del rock. ¿Qué vamos a hacer con todo esto? —Darío de nuevo haciendo de mediador.

—Esta osa, «que cabreada es tremenda», también sabe hacer otras cosas, Darío. Vitur, toma el cuaderno para enseñar lectura. —Uno a uno el cuaderno de vivos dibujos fue pasando por las manos de los miembros del consejo hasta llegar al maestro de la tribu—. Ábrelo por la L.

Ese lobo que había enseñado a leer a toda la tribu se quedó mirando perplejo el cuadernillo.

—Esto… ¿Esto lo has dibujado tú? Es lo más bonito que he visto en la vida.

Uno a uno, el cuaderno fue pasando de vuelta por todas las manos del consejo hasta llegar a mí.

—Lo has vuelto a pintar entero. Así es como deberían ver todos a los lobos —dije.

En lugar de la imagen del lobo feroz detrás de los niños, la osa los había inmortalizado tal cual. La escena de una loba gris clara con unos lobeznos en primer plano, en segundo se podía ver un lobo negro acariciando a un caballo. Al levantar la vista, todos los del consejo, esos viejos lobos tenían los ojos vidriosos.

—Se parecen mucho a mi blanquita y a mí. Es precioso, tienes muy

buenas manos para esto —dijo Darío.

—Yo también aprendí las letras con ese cuaderno —anunció Seve—. ¿Puedes abrirlo por la S, por favor?

Le hice caso a nuestro lagarto invisible y pude ver el paralelismo entre su especie y los lobos.

—Un montón de lagartos bañándose en helios, mientras de fondo, un cánido se está partiendo el lomo cultivando la tierra. ¿Nadie se ha dado cuenta de ese detalle?

—¿No es lo que hacen? Ellos pueden vivir bañándose en helios sin ninguna preocupación. —Para ser tan mayor, Vitur parecía muy ingenuo.

—Coño, Vitur, ¿no ves el mensaje de fondo? Ellos pueden vivir así, tienen la opción de vivir así. ¿Por qué los juzga el Ministerio? Si borrásemos al perro ese arando de fondo, sería una definición de saurio correcta, pero en este caso los ponen de vagos. ¿Yuta os parece un vago? ¿Os parece que no aporta nada a esta sociedad? —No sé si era por el cansancio o que me estaba pudiendo toda esta injusticia, pero estaba alterándome mucho.

—Seve estará a partir de ahora bajo vuestra tutela —intervino Egil —, como lo perdáis de vista será vuestra responsabilidad. Chaval, como trates de huir eso será lo último que harás en este mundo. Tenemos buenos rastreadores, y a Mundo, que podría dejarte KO antes de que lo vieses llegar.

—A ver, Egil, ¿sabes el dicho de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo»? Pues aquí tenéis un aliado, una legión, una especie entera de amigos —dije señalando al joven saurio.

—No todos los saurios que han salido de una incubadora del Ministerio van a ser vuestros aliados —interrumpió Seve.

»He conocido a muchos, algunos de ellos se creen que son elegidos. Tienen la convicción de que su propósito es servir al Ministerio ciegamente porque han sido elegidos. Son unos necios, en realidad han sido seleccionados. Hay que acabar con los criaderos de saurios. Yo soy el número treinta y siete, no sé cuántos números hay por encima ni por debajo de mí en activo. Ignoro cuántos de esos números piensan como yo, o cuántos son unos fanáticos del Ministerio. Yo os ayudaré, pondré mi vida en vuestras manos para ello. Solo os pido que, cuando esto acabe, podáis echarme una mano.

—Chaval, ¿qué edad tenías? Poca gente se sienta frente a este consejo y nos pide ayuda hablando de la manera en la que lo has hecho. ¿Votamos? —Axe, después de pronunciar esas palabras, levantó la mano; Egil, Vitur y Turk le siguieron en el gesto.

—Levantaré la mano, pero tengo un mal presentimiento. —Ulrik levantó la levantó mala gana.

—¿Qué se está votando, qué me he perdido? —Estaba fuera de

juego y eso no me gustaba en absoluto.

—Creo que se acaba de votar el dejarme con vida, que se puede confiar en mí —dijo Seve.

—Es listo, me gusta. Aparte ahora eres de la tribu, hermano. —Axe, ese lobo tan parco en palabras, estaba contento por tener al saurio de su lado.

—Bienvenido a la familia, hermano —le dije.

Fui a cogerle la nuca para juntar su frente con la mía al estilo de los lobos, él me abrazó y entre lágrimas no paraba de darme las gracias.

Los miembros del consejo dejaron que el joven lagarto se calmase para retomar la reunión. Mientras Seve retomaba la compostura, trajeron café y unas confituras que olían a almendra, al ver pasar la bandeja no pude evitar relamerme. No pude probar nada del desayuno y estaba realmente famélico, más que de costumbre. Serví un café para Ursa, otros para Seve y Jacob y el último para mí, eso pareció agradarle a Vitur. Tuve que reñirle al lagarto para que dejase de darme las gracias, parecía que había adoptado a un hermano menor. Mientras bebía el café y tomaba esos dulces de almendra estuve observándolo, parecía Yuta en pequeño, bien podría ser hijo suyo.

—Bueno, ahora que estamos servidos, podríamos retomar el tema que nos acontece. —Darío terminó el café y siguió con el orden del día —. Hemos acordado unas horas para la comunicación con Yuta, la primera hora de la mañana y la última de la noche. El tal Buddy está muy indignado por no haberlo traído con los lobos, dice que va a preparar los inyectables para paliar los efectos de las drogas del Ministerio. Es un personaje muy peculiar, parece que él es su principal cliente.

—Que no te tome el pelo, negrito, es un maestro jugando al despiste. Hasta a Mundo le cuesta pillarle el rollo, y eso que mi lobo es bueno calando a la gente —dijo Ursa.

—Es muy listo, es tan listo que sabe hacerse el tonto de maravilla —puntualicé.

—Bueno, pues vuestro tonto/listo ha dicho que, como no le administréis la dosis justa según peso y raza al racional drogado, cito literalmente: «podéis darle un viaje solo de ida, tíos». Para hablar tan lenta y pausadamente, es bastante intenso. ¿Queréis administrar vosotros mismos lo que él prepare? —preguntó Darío.

Ursa me miró con cara de tenerle miedo a las agujas, Jacob directamente abrió mucho los ojos y me dijo que no con la cabeza y Seve… Bueno, el lagarto me miró poniéndome esa cara de póker que solo su especie sabe poner.

—No quiero volver a dar un viaje al centro de Yuta. ¿No podéis mandar a alguien para que lo recoja? —dije resoplando.

—El último racional al que pensaba ver metido en una misión es al

pelanas —intervino Jacob—. ¿No será un estorbo? Es decir, Ursa y yo podemos ser útiles en el combate cuerpo a cuerpo, pero el perro ovejero… ¿Sabe defenderse él solo?

—Bueno, a unas malas corre como el diablo. Es un cánido grande y fuerte, quién sabe, igual también sabe luchar, disparar o yo qué sé. Es un puñetero incordio no saber si viene o si va —protesté.

—¿Otro foráneo más en nuestro asentamiento? No me gusta nada, además, ¿quién os dice que no va a drogarnos a todos mientras dormimos? —dijo Ulrik.

—Igual te prepara algo que te quite la paranoia. ¿Esto también se tiene que someter a votación? —pregunté.

—No creo que sea necesario, es un activo clave para nuestros objetivos. —El resto del consejo miró a Axe y asintió.

—Hablaré con Erik para que a última hora de hoy dé órdenes a Yuta, le diremos a ese cánido dónde ir y alguno de los chicos de Egil irá a recogerlo. Nuestro pájaro cantarín ha abandonado el nido, va camino de Magome y aún no tenemos claro quién va a cantar con él —dijo Turk.

—No lo tendrás claro tú, yo sé exactamente quién podría daros el número uno de vuestras vidas. —Todos nos volvimos para ver a la osa feliz.

—¿A quién has escuchado cantar, cariño? —le pregunté.

—A la mujer de Kudo, Blanca. La he escuchado cantarle nanas al menor de sus hijos, tiene una voz dulce y clara —afirmó Ursa.

—Igual Miguel no quiere una voz dulce y clara. Le daré la letra y la escucharé cantar a ver qué tal —dije.

—Lo que sea tiene que ser rápido, los Michael Clan ya están en la carretera, el tiempo juega en nuestra contra —puntualizó Axe.

—Tenemos dos frentes abiertos y yo solo puedo estar en uno de los dos sitios. Si esto fuera una historia de las de «elige tu destino», preferiría ir con Miguel a grabar la canción que prenderá la mecha. Eso sería fácil y divertido, pero donde realmente hago falta es en la misión de captura del capullo que os ha dejado en esta situación —dije.

—Respecto a eso, el humano que lleva tanto tiempo dándonos fuerte, Erik ha interceptado una comunicación. Se despliega un dispositivo grande que sale de Hitachi pasado mañana, tenemos tiempo de acercarnos —anunció Turk.

—No busquéis en ese convoy, es un señuelo. Me mandaron escoltar un par de desplazamientos grandes, aparte de pasarme todo el camino desnudo, con frío y camuflado, no pasó nada. Nadie bajó del transporte —dijo Seve.

—Os dije que nos sería útil. ¿Dónde deberíamos buscar? —puntualizó Axe.

—Del mismo punto de donde salen esos exagerados dispositivos, suele salir una baliza diplomática con poca seguridad —contestó Seve.

Todos se giraron hacia mí doblando la cabeza hacia un lado, fue como cuando le dices a un montón de perros «premio» en voz alta.

—¿Os lo dije? Yo no soy adivino, para eso está Darío. Solo os comenté que me sonaba la estrategia de una película en la Tierra —comenté.

—Puede que alguien le haya contado la misma película a esa piel cambiada. Estaremos atentos para interceptar esa baliza. —Darío se volvió hacia nosotros—. Hitachi está a medio día de camino, tenemos tiempo de organizarnos. Vosotros cuatro, descansad, almorzar y aseaos un poco. Os quiero frescos y con todos los sentidos listos para mañana.

—¿Quién va a ir a buscar al pelanas? —pregunté— No me malinterpretéis, quiero a ese perro, pero no lo veo en una misión. Yo mandaría a una loba, si mandáis a una guapa la seguirá moviendo el rabo hasta los confines de este planeta.

—Si afirmas tan abiertamente que quieres a ese macho, seguro que es un cánido muy especial. No te preocupes, si quieres podemos mandar a Sun —dijo Egil.

—¿No tenéis más hembras? Dijo que me iba a enseñar vuestras costumbres —protestó Jacob.

—Por cómo hueles, gato, Sun ya te ha enseñado suficiente sobre nuestra cultura —dijo Egil—. Sigues de una pieza, Mundo dijo que eras duro; no mentía. Cuando llegue ese cánido, me dedicaré personalmente a darle un par de lecciones básicas de combate.

—Bien, se ha hecho como debía hacerse. Si no tenéis más cuestiones, disolvemos el consejo hasta nuevo aviso —intervino Darío.

Todos se levantaron, intercambiaron saludos al estilo de los lobos y fueron saliendo uno a uno, nos quedamos los cuatro solos con Darío.

—Antes de asearos, tenéis que ir a ver a nuestro sastre. Es un lobo un poco especial, preguntad por Elin. Ni caza ni recolecta, pero es el responsable de que no vayamos con el culo al aire. Curte la piel, hila nuestros tejidos y confecciona nuestras prendas —dijo Darío.

—He oído hablar de él. Creo que es la versión de Fang en lobo. —Ursa soltó eso de forma muy casual, pero sabía lo que pretendía.

—Bueno… Si no hay más remedio que dejar de ir a Sun, todo sea por la causa —respondió Jacob encogiéndose de hombros.

—Vaya tela, gato. Quieres probar todo el menú que te ofrece Villa Lobos, ¿eh? —dije dándole un golpe en el hombro.

—Uno tiene sus inquietudes. Tú ya estabas pedido y eres un aburrido. ¿Vamos a comer? —preguntó Jacob.

—Es lo más sensato que has dicho en todo el día, gato. ¿Tenéis algo con lo que tapar a Seve? —Le habían puesto un taparrabos, creo que

se lo pdejaron por si se camuflaba, para poder verlo.

—No te preocupes, Mundo, estoy acostumbrado a ir con poca ropa.

—Ese no es el caso. —Darío se quitó la camisa clara que llevaba puesta y se la dio al joven saurio—. Los animales van desnudos, tu dignidad está por encima de todas las cosas. Te queda grande, Elin te la podrá arreglar.

—Muchas gracias, es la primera vez que me hacen un regalo. La guardaré como un tesoro —dijo Seve abrazando la prenda.

—Venga, chaval, vas a hacer llorar a todos. Trata de relajarte, come, bebe y, si se te pone cariñosa alguna de nuestras hembras, ama. Id y descansad. —Nos abrió el pliegue de la tienda, invitándonos a salir.

—¿Dónde está aquí el comedor? —Jacob parecía un poco perdido.

—¿Has hablado algo con Sun, o solo os habéis dedicado a quitaros los picores? —protestó Ursa.

—Osita, cuando tu chico me encontró estaba a punto de desplumar a Fang, tenía una comezón muy grande —respondió Jacob.

—Tenéis que contarme todo lo que ha pasado esta noche. Y me gustaría conocer la historia de Seve de primera mano. ¿Hablarás conmigo, lagarto? —dijo Ursa mirando al lagarto.

—Sí, señora. —Seve parecía un poco incómodo al hablar con hembras.

—No me trates así, soy solo un año mayor que tú. Si hablas así a las lobas, se te van a comer enterito, chaval —respondió Ursa guiñándole un ojo.

—Es guapo, es como Yuta, pero con doscientos años menos. —Se dedicó a mirarlo un buen rato, no sé si era por curiosidad o por otros intereses.

—Jacob, cuando te conocí me dio la impresión de que eras un tío muy reservado. Te veo muy extrovertido, muy… como que quieres tirarte todo lo que ves. ¿Qué te ha pasado, gato?

—Que estoy enamorado. —Estaba ronroneando, me hizo plantearme mi sexualidad.

—Vamos a mi tienda, gato enamorado. Con toda seguridad tendremos el almuerzo allí. Ve a buscar a Sun para que se nos una —le dije.

Tal como esperaba, teníamos el almuerzo listo en la tienda. La tribu nos preparó todo para que comiésemos y bebiésemos. Jacob trajo a Sun de la mano y se sentaron muy juntos. Ursa se pasó casi todo el almuerzo hablando con Seve. Yo me quedé viendo la escena como lo que tendría que ser, diferentes especies disfrutando de la mutua compañía. Esperaba que algún día esto fuera lo normal, mi vuelta a casa dependía de ello.

Al terminar el almuerzo Sun y Jacob tiraron del joven saurio para ir a ver a Elin. Le hacía falta algo de ropa, por lo pronto que le

arreglasen la camisa, parecía un espantapájaros. Las mangas se le metían en los platos de comida. El pobre estaba famélico, comió como si llevara semanas sin probar bocado.

—No has abierto la boca en todo el almuerzo, solo para comer. ¿Hablarás conmigo? —Ursa se acercó para abrazarme.

—Si me dejas hablar sí, osa. No quería interrumpirte mientras charlabas con el saurio. Me ha hecho feliz ver a ese chaval cada vez más relajado contigo. Ha pasado mucho, lo han tratado desde que nació como a un animal.

—Eso me ha estado contando. Sabe leer, escribir y lo han adiestrado para potenciar la memoria que tienen de serie los de su raza. Lo han tratado como un arma biológica. Parecía feliz al hablar conmigo, me preocupa que ande con Jacob.

—Sí, lo que menos le hace falta a ese chico es un poco de confusión sexual. —Seguía abrazada a mí y se dejó caer en los cojines conmigo en brazos.

—Has dicho sexual…

—¿Si digo algo más me arrancaras la ropa? Osa amorosa.

—Mejor si nos la quitamos mutuamente, aquí no disponen de tanta ropa y el sastre es como Fang.

—Anda, tonta, a ver si te enseño a aullar.

Otra siesta placentera, creo que podría acostumbrarme a esto. Nos despertaron una hora después. Estaba abrazando a la osa, no pude evitarlo, le di un bocado en una de esas orejas redondas y peludas. Ella dio un respingo y empezó a estirarse, mientras lo hacía, empecé a rascarle la espalda hasta llegar a la base del rabo.

—Acaban de llamarnos para irnos, Mundo. Deja de acariciarme ahí o te clavo al suelo —dijo mientras su espalda se contorsionaba.

—¿Te gusta esto? Vamos a dejar esta conversación para más tarde. Vístete. —Dejé de acariciarla y me puse de pie para empezar a prepárame.

—Ayer tuve un sueño muy bonito, Mundo —dijo ella sin quitarme ojo de encima.

—Si era de una playa en invierno jugando con un perro, hemos tenido el mismo.

—Se te veía feliz jugando con ese perro. ¿Qué significan esos sueños compartidos? ¿Es un posible futuro?

—No lo sé, osa, ojalá. Vamos a ver qué quieren de nosotros, igual ya han desvirgado a Seve.

—¿Me estás esquivando el tema?

—No, estoy intentando vivir el ahora.

—Serás… —Me tiró un cojín que paré sin problemas—. El olfato y ahora los reflejos, eres un verdadero incordio.

—Si quieres dejo que me des. ¿Eso te hará sentir mejor?

Me tiró otro cojín con más fuerza, dejé que me diese. El impacto por poco me tira.

—Pues mira, sí. Me hace sentir mejor. —Hice que riera, me encantaba escucharla reír.

—Me lo has tirado con saña, por poco me arrancas el hocico. Creo que nos llaman para que vayamos al río, ¿eres muy pudorosa?

—Sabes que no me gusta demasiado mi cuerpo, pero entre enseñar mis vergüenzas y oler como huelo ahora mismo… —Levantó un brazo y arrugo la cara.

—A ver si con un poco de suerte hay un embalse o algo con la suficiente profundidad y puedo nadar.

—Eso para mí podría ser un problema.

—He enseñado a nadar a muchos de mis primos, se me dan bien los críos. Creo que podré enseñar a una cría de dos metros. Vamos, osita, nos están esperando.

Salimos de la tienda, el día era un poco más fresco que los que recordaba y el cielo estaba parcialmente cubierto. Según me dijo Ursa, estábamos terminando la temporada de cosecha y empezaban las lluvias. Por lo que me explicó solía llover así, un día sí, otro no, tres días seguidos, uno no. Había semanas que no paraba de llover de forma intermitente, nunca de modo torrencial, parecía que el tiempo estaba feliz con la gente en este planeta.

Al llegar a la tienda de Sun encontramos a Seve fuera tomando lo que podía de Helios. Le habían hecho ropa a su medida, ahora no parecía un alma en pena, parecía uno más en el asentamiento. Estaba con los ojos cerrados, con la cabeza echada hacia atrás y se había remangado. Al llegar a la tienda abrió los ojos, se levantó y me dio un abrazo.

—Como me vuelvas a dar las gracias te convierto en un cinturón y un par de zapatos. ¿Cómo te encuentras, has descansado? —le pregunté.

—Sí, he tenido una siesta muy agradable. Después de dejar a Sun y Jacob, salí a cargarme de energía. Graci… ¿Te ha dejado descansar, Ursa? —dijo Seve.

—Él sí que ha tenido una siesta placentera, lagartija. ¿No me das un abrazo? —preguntó Ursa.

El joven saurio me miró, estaba como pidiéndome permiso. Lo empujé por la espalda para juntarlo con la osa.

—¿Por qué se siente tan bien esto? Está calentita, blandita y esponjosa. —Si pudiera expresar sentimientos con el rostro, tendría colgada en la cara una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuando pruebas los brazos de un oso… —Me acerqué a la puerta de la tienda y llamé a la pareja. Fue curioso escuchar tres voces saliendo de allí dentro.

—¿Quién está ahí dentro, Seve? —Ursa cortó el abrazo y puso los brazos en jarras.

—Pues están Sun, Jacob y Elin. Dijo que tenía que cogerle una última medida al tigre. Me he tenido que salir, aunque soy de sangre fría no soy de piedra —aclaró Seve.

—Y a ti te preocupaba que «ese felino tan reservado estuviera rodeado de cánidos», osa. Ahora sí que está rodeado de lobos —dije entre risas.

Por la puerta del tipi salió Jacob con una sonrisa tonta en la cara. Parecía una muñeca a la que habían arrastrado por la playa. Detrás de él salió Sun poniéndose a su lado y cogiéndole el brazo, por último, salió otro lobo. Iba enfundado en un kimono de seda azul con una manada de ciervos bordada.

—¿Este será nuestro salvador? Tienes razón, es muy guapo, una lástima que sea tan aburrido. ¡Pero qué modales los míos! Yo me llamo Elin. —Cuando Ursa me dijo que era el equivalente en lobo de Fang, se quedó corta.

—Encantado de conocerte, Darío me ha dicho que eres un maestro de la costura. —En esta ocasión me acerqué y le di dos besos en las mejillas.

—Qué desperdicio, eres todo un encanto. Debo haceros ropa para vuestra misión, las medidas del gato las tengo más que cogidas. Gracias por traerlo, guapo. —Se volvió hacia Jacob y le acarició la mejilla.

—De nada… ¿Vas a tomarme medidas? —pregunté.

—Tengo los trapitos que trajisteis al venir aquí, con eso puedo trabajar. Es un trabajo divino, me gustaría conocer a vuestro sastre. —Elin hablaba de una forma muy amanerada y haciendo muchos aspavientos con las manos.

—Es mi chico, estoy seguro de que a él le encantará conocerte. Cuando todo esto termine, quedaremos para tomarnos algo —dijo Jacob.

—Sun, *corasun*, llévatelos y procura que se froten bien tras las orejas. Este lobo huele a oso, la osa huele a lobo y tú, tigre… Tú hueles a pájaro, lobo y lagarto. Eres un verdadero coctel de fragancias —dijo Elin tapándose la nariz y abanicando el aire con una mano.

—¿Lagarto? —Ursa y yo nos volvimos a mirar a Seve.

—Dije que no era de piedra, no que fuera tonto. El gato me invitó a que me uniera a ellos —dijo Seve con timidez.

—Hemos hecho muy feliz al chaval, hemos hecho un sándwich de lagarto. Resulta que también es un aburrido, le gustan solo las hembras —puntualizó Jacob.

—Me gustan más las hembras, tu lengua raspa —protestó Seve.

—¡Suficiente! No quiero más detalles, vamos a lavarnos. Seguro que

el agua del río baja fresca, eso os vendrá de escándalo —exclamó Ursa.

—De verdad, que aburridita eres, toto. Solo estamos divirtiéndonos. Yo vuelvo a mis faenas, os tendré lista la ropa cuando volváis. Mientras, intentad no poneros la misma ropa con la que vais. —Hizo un gesto con la mano y se fue saludando a todos los lobos con los que se cruzaba.

—Darío nos dijo que tendríamos una muda al llegar allí. Tenemos el primer turno de baño, media hora y de vuelta —anunció Jacob.

—Veo que lo tienes todo controlado, gato. —Llevaba solo unas horas en el campamento y se le veía cómodo y feliz.

Fuimos a por nuestras monturas. Guiados por Sun, llegamos al río. Nos dieron una pastilla de jabón y nos indicaron dónde nos podíamos enjabonar y aclararnos. El sitio que habían escogido los lobos para asearse no podía ser más idílico. Había una formación rocosa de la cual caía una cascada a un embalse. No vimos el sitio hasta estar prácticamente encima, los árboles y la vegetación protegían a los lobos de miradas indiscretas. Al llegar, encontramos a gran parte de la tribu allí, cuando Sun me dijo que tarde o temprano me vería desnudo no mintió, aquello era como una playa nudista. Nadie prestaba atención a nadie, había parejas enjabonándose unos a los otros, familias con sus niños y los mayores, que eran asistidos por los miembros adultos de la tribu. Si trasladasen el asentamiento en ese preciso momento, nadie sospecharía que los lobos estuvieron allí, todo estaba limpio y bien organizado. Sun nos explicó la forma de proceder para asearnos. Primero coger un par de cubos, uno para mojarte y otro para aclararte el jabón. Después de darnos unas friegas, podríamos ir a nadar un rato. Insistió mucho en no ensuciar el río, el respeto que tenían esta gente por la naturaleza era extremo.

—¿Estás cómoda con esto, Ursa? Podemos enjabonarnos un poco más apartados. —La veía intentando no fijarse en nadie, pero se notaba que estaba un poco incómoda con la situación.

—Vas a enseñarme a nadar, así que tendré que perder la vergüenza. —Mientras hablaba empezó a desnudarse.

—Donde fueres… ¿Me frotarás la espalda? —La ropa de los lobos era muy liviana, me la quité fácilmente.

—La última vez eso no acabó bien para ti.

—No me recuerdes eso, no quiero tener un momento incómodo delante de tanto perro grande.

—Eso sí que podría ser divertido, he estado fijándome en los otros lobos. Podrías convertirte en un alfa solo por el tamaño de…

—Es verdad, Mundo, eso que tienes ahí… Se me están cayendo las rayas solo con mirarlo —dijo Jacob profiriéndome una mirada lasciva.

—Jacob, macho, ¿podrías ir a por un par de cubos de agua y

echártelos encima? —protesté.

Se fue con Sun a coger agua riéndose y tal como su madre lo trajo al mundo.

—Este gato no pierde el apetito ni estando harto de carne. Vamos, lobito, deja de mirarle el culo a esos dos y vamos a lavarnos —dijo Ursa.

Cogimos agua, retirándonos a la zona donde dijo Sun y nos enjabonamos el uno al otro. El agua del río estaba fría, pero no llegó a cortarme el cuerpo, supuse que sería por la piel y el pelo de Kiyu. Tuve que recurrir a mi imaginación y pensar en cosas poco sugerentes, Ursa, cada vez que le frotaba la espalda baja, arqueaba el lomo y suspiraba. Se me hizo muy duro no tirarme encima de ella. Una vez limpios la cogí de la mano y me la llevé al embalse, parecía profundo y la cascada no era muy alta.

—¿Qué estás mirando, Mundo?

—Estoy pensando en tirarme desde lo alto de la cascada, hay profundidad y hace mil que no me pego un chapuzón en condiciones. —Teníamos el agua por la cintura y Ursa empezó a cogerme la mano con más fuerza—. ¿Has tenido algún trauma con el agua?

—Me caí de cría de un muelle, no llega a tirarse mi padre y me ahogo. Desde entonces solo me meto en agua donde hago pie.

—Bueno, lo más importante es que te relajes, yo estoy aquí y puedo sacarte del agua si te pasa algo. Ven, vamos donde el agua te llegue al pecho. —Entró de mi mano de mala gana.

—El agua está muy buena, pero no voy a dar un paso más.

—Aquí estamos bien. ¿Confías en mí?

Se acercó y me dio un beso.

—¿Tú qué crees? Eres mi amigo con derecho a roce.

—Yo también te quiero, guapa. Túmbate boca abajo, te aguantaré por el estómago. Te voy a enseñar a nadar al estilo perrito, en este cuerpo a mí me saldría muy natural. —El chiste le hizo gracia y ayudó a que se relajase.

La traté igual que lo haría con uno de mis primos, al rato de estar dándole vueltas con mi mano en su barriga comenzó a soltarse y a nadar por sí misma. Viéndola solo con la cabeza fuera del agua, parecía un oso de la Tierra nadando en un río. Me encantó verla nadar, verla crecer como racional, ver que algo de lo que hacía valía a alguien en este plano. Sun y Jacob estaban en la parte más profunda del embalse, el tigre parecía disfrutar del agua como un crío.

—¿Te ves capaz de ir donde ellos? A eso en mi tierra le dicen «agua tapá» —dije quiñándole un ojo.

—Creo que sí. No te separes mucho de mí.

Pasamos un rato fantástico en el lago, lo estaba pasando tan bien que me olvidé por completo de Seve. Recordé las palabras de Darío:

«está bajo vuestra responsabilidad». Ni lo vi enjabonarse ni aclararse, empecé a buscarlo como un loco. Lo vi jugando con un grupo de críos sentado en unas rocas al margen del río. Por un momento temí que se camuflara y nos dejara allí con el culo al aire. Estaba entreteniendo a los niños haciendo desaparecer una mano, para después hacerla aparecer. Los cachorros se estaban divirtiendo y se le acercaron un par de lobas jóvenes. Era una de las pocas veces en las que me pude relajar desde que llegué a este sitio, a este extraño y fantástico zoo.

Si cualquiera de los racionales pudiese ver a los lobos tal y como yo los veía… Publicidad, esa era la cuestión, necesitábamos un representante. Miguel podía cantar una canción, sacar un álbum entero con letras reivindicativas, pero una imagen vale más que mil palabras.

Desde la orilla nos avisaron de que nuestro turno en el río había terminado, volvimos al asentamiento. Tenía que hablar con Darío para contarle lo que acababa de pensar, todo encajaba. Pronto los lobos dejarían de ser los que soplan casas y comen cerditos.

Misiones

El día pasó rápido como un pestañeo, después del baño en el río cenamos y fuimos a acostarnos. Un mar de dudas pasaba por mi cabeza revoloteando entre oreja y oreja. Cada vez que me ponía a pensar, Ursa me miraba ladeando la cabeza, no había forma de que pudiera tener pensamientos propios con ella cerca.

—Sí, estoy preocupado, chati. Mañana el consejo nos ha citado temprano, nos darán instrucciones para la misión. Buddy llegará por la noche como si fuera un inmigrante ilegal y tengo muy presente a Seve.

—¿Solo eso te preocupa? —Se acercó mucho y se puso a rascarme tras las orejas.

—Me gustaría saber qué hablaste con la muchacha con la que planeas cambiar el cuerpo. ¿Estás segura de hacer eso? Es decir, yo quiero estar contigo sea como sea, pero no sería justo para tu familia. —Seguía acariciándome, era muy agradable.

—Mi humano enfundado en un perro grande está preocupado por muchas cosas, eres tan cuqui… —Me dijo eso de la misma forma de la que le hablaba a su caballo, siempre que me hablaba así movía el rabo. Me tiré y puse la cabeza en su regazo.

—Tu intrépido explorador no puede con los interrogantes, ya lo sabes. Por cierto, ¿qué es un intrépido explorador?

—¿Te lo he dicho unas veinte veces y ahora es cuando me preguntas qué es? Pues resulta que son unos grupos de críos, con unos uniformes muy monos, que van de acampada haciendo buenas obras.

—Tenía la sospecha de que eran el equivalente a los Boys Scout de la Tierra. ¿Tan santurrón te parezco?

—No, no te considero un santo, ni mucho menos. Pero sí pareces un niño con un uniforme de lobo, intentando explorar este mundo haciendo buenas acciones.

—¿Me merezco alguna chapita? ¿La de «colonizando nuevos continentes»?

—¿El continente colonizado soy yo? En ese caso te concedo esa chapa, me tienes conquistada. —Se agachó para besarme.

—Me encanta que seas mi osa feliz, ves el vaso siempre medio lleno, por eso te quiero. Cuéntame con quién me voy a encontrar cuando vuelva a casa.

—Te lo tienes muy creído. ¿Crees de verdad que voy a ir perdiendo el culo a tu mundo, tras de ti?

—¿Sabes que me estás haciendo sufrir? Si no tuvieras intención de venir tras de mí, no me hubieras drogado y tampoco habrías hablado con ella.

—Sé que esto te va a parecer divertido, se llama Úrsula.

—Si vienes a mi plano, voy a poder seguir llamándote Ursa. Sí, es gracioso —dije riéndome.

—Estuve hablando con ella porque sentí que estaba muy sola, muy perdida. No me dijo de dónde era, tampoco si le agobiaba el dinero ni nada por el estilo. Me contó cómo se sentía. Echa de menos a sus padres, tener contacto humano. Les prometió que se encargaría de la granja cuando ellos no estuvieran, y allí está, rodeada de vacas y más sola que la una.

—Me dijiste que conducía un todoterreno, un coche grande y con ruedas de tacos. El día era gris, hacía frío y estaba todo muy verde. Aquello podría ser Galicia o algún sitio del norte, vete tú a saber. Aparte de decirte que estaba muy sola, ¿qué más te contó?

—Me dijo que siempre quiso tener hermanos, primos, sobrinos, etc. Quería vivir en una casa rodeada de gente, odia los silencios, los detesta tanto que le gustó tener una voz dentro de su cabeza le hablara. —Me hizo gracia lo de los silencios, parecía parte de un nexo entre las dos.

—Esto es muy complicado. Darío me dijo que rezar a una deidad como Fafnir no valía para nada, que estos cambios tienen que ver con la plenitud, un cambio que beneficia a ambas partes. En mi caso yo quería salir de mi rutina, volver a ser joven, correr aventuras. En el caso de Kiyu, quería huir para encajar en algún sitio y sentirse querido, ese es el nexo que compartimos. ¿Qué sientes cuando piensas en ella, qué crees que tenéis para compartir?

—Ella quiere una familia numerosa y yo huir de ella. Las dos odiamos los silencios y tampoco encajamos en las profesiones que nos han encomendado. Somos positivas y tenemos muchas ganas de vivir. Las dos deseamos ser amadas, en su caso y con la única compañía de las vacas es complicado.

—He visto parte de tu vida, ellos no te ha tratado mal. Aparte de la lista de capullos que te han roto el corazón y el oso que tiraste por una ventana, no vi nada malo.

—Mi padre nunca aceptará un matrimonio que no sea con alguien de mi raza. Está desesperado por tener nietos, pero que sean oseznos de pura cepa. Me siento como si fuera un animal de cría.

—¿Qué pasaría si te juntases conmigo en este plano, o sea, con un lobo? ¿Te desheredarán? ¿Te quitarán el apellido? ¿Tenéis apellidos aquí? —Sin darme cuenta, estaba friéndola a preguntas de nuevo.

—Pues qué pasaría —dijo ella desabrochándome parte de la camisa y acariciándome el pecho— Creo que mi padre trataría de aislarme de los míos, lo cual terminaría en bronca con mi madre, que al final podría desencadenar en una ruptura de mi familia. Soy la niña, la chica, su única hembra. Es muy injusto, mis hermanos no tienen esa presión. Me apellido Zapador, me llamo Ursa Donora Zapador. Lo de Donora es por mi abuela y el apellido es el de mi padre.

—Ursa Donora. —Vaya nombrecito— ¿Te puedo llamar así a partir de ahora?

Paró de rascarme el pecho para tirarme de una oreja.

—¿Te puedo llamar Raimundo yo? —Parecía que su segundo nombre no le gustaba.

—Me puedes llamar como quieras mientras sigas mirándome con esos ojos tan bonitos. —Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Eres… No hagas eso, no puedo enfadarme contigo. El nombre de Donora no me disgusta, es por mi abuela, es una hembra muy fría. No la culpo por ser así, está atrapada en un matrimonio con muchos hijos y sin ningún amor por parte de su esposo. Apaga las luces, me gustaría dormir, la natación me ha dejado exhausta.

Me levanté de su regazo para apagar las dos lámparas que daban una luz ámbar muy suave a la tienda, al hacerlo no me costó ni un segundo poder ver en la oscuridad. Al volver donde Ursa estaba tendida, la vi respirar rítmicamente, se había quedado frita casi al instante. En realidad, no había nadado mucho, creo que lo que le había agotado era la tensión por no ahogarse. Si sumamos dicha tensión a no perder la vida ahogada con todo lo que se nos viene encima, podía entender su repentina perdida de conciencia. Me tiré tras ella y le di un beso en la mejilla, ella de forma automática me cogió la mano para que la abrazase. No quería pensar en Kiyu, aunque tenía muchas cosas que contarle, no deseaba hablar con él, no descansaba cuando tenía esos trances. Me encantaba dormir con Ursa, su olor, el calor que me transmitía, la suavidad de su pelaje, la respiración rítmica y pesada… Todo eso me dejaba inconsciente casi al momento.

De nuevo estaba mirando al mar, envuelto en su olor. En esta ocasión no era una masa de agua que se perdía en el horizonte, a la otra orilla podía ver un astillero donde se construía una estructura monstruosamente grande. Estaba apoyado en una fría barandilla metálica mirando cómo el agua pegaba contra las piedras que estaban puestas frente al muro del paseo. Hacía viento y la mar estaba picada, gotas de salitre salpicaban mi rostro. El molesto viento de levante. Quién me iba a decir que iba a echar de menos ese incordio de vendaval que no te deja ni caminar tranquilo. Al mirar a mi derecha y también apoyado en la barandilla estaba mi cuerpo humano, vestido

con unas bermudas azules y una camiseta clara con un símbolo de Star Wars estampado. Me quedé un rato mirándolo, parecía disfrutar de las vistas y del viento tanto como yo.

—No me apetecía hablar contigo hoy —dije de forma casual. Esas palabras le hicieron dar un respingo.

—¡Coño con el perrazo! —exclamó llevándose una mano al pecho —. Qué bastinazo, me has asustado. Yo tampoco quería hablar contigo, estos trances me dejan reventado. No había pensado en ti, pero aquí estamos. ¿Qué llevas puesto?

—Pues parece que llevo puesta la ropa que me han hecho los lobos. Son un pueblo extraordinario, vamos a mostrarlos a Ix tal como son.

—He vuelto a tener esa sensación, Mundo, la misma que tuve cuando cambiamos las pieles. Estás haciendo todo lo posible por ellos, lo sé porque algo dentro de mí me está llamando a casa.

—Yo tengo la misma sensación, pero me queda mucho trabajo por hacer. Va a ser un fastidio perder la visión nocturna, el olfato y las habilidades para el combate.

—¿Habilidades para el combate? —preguntó retirándose de la barandilla— He recibido muchas palizas en mi vida, no era el mejor luchador de Ix.

—Pues lo que quiera que mueva los hilos entre nuestros planos me ha concedido un don. Ahora, cuando lucho, veo a mis contrincantes a cámara lenta, es casi una broma parar golpes y contratacar.

Seguímos hablando y mirando el mar.

—Creo que es lo que tú dices, te han dado una herramienta para cumplir tu parte. Yo también me estoy acostumbrando a esta piel, las hembras de aquí son muy suaves. —Se frotaba los brazos al decir eso último.

—¿Al final triunfaste? Me habrás dejado en buen lugar, supongo. — Le di un toque en el hombro y se encaró para hablar conmigo.

—La primera vez fue un desastre… Las siguientes fueron mejor. Pero esa muchacha tiene un carácter muy difícil. Digamos que ella y yo nos hemos quitado una espinita clavada. María llevaba algún tiempo detrás de ti y por fin te ha podido catar.

—Yo nunca quise liarme con ella porque es la hermana de un compañero, eso me hubiera supuesto seguir con la relación. Ahora me doy cuenta de que es una estupidez. Hay que saber cuándo tu propio bienestar está por encima del sentido de la responsabilidad.

—¿Ves? Eso te decía cuando te hablé de que está llegando el momento, estamos creciendo los dos como personas. Cuando vuelva seré muy feliz con los míos, o trabajando con Yuta. Da igual, nada ni nadie volverá a molestarme por mi ascendencia. —Se acercó a mí y me puso una mano en la espalda—. Has crecido, no solo como racional.

—Eso me ha dicho Ursa, ahora ya no tengo que ponerme de puntillas para besarla. Hablando de hembras, Sun está muy interesada en tu piel, es una hembra fuerte, estoy seguro de que te entenderás bien con ella.

—¿Me vas a hacer de casamentero? ¿Por qué no está Ursa con nosotros? A ella sí quería verla.

—Solo te informo de las intenciones de esa loba. Ursa parecía cansada hoy, estuvimos hablando de su familia, creo que ese tema no es de su agrado.

—Su padre, ¿te has dado cuenta de que no te ha dicho su nombre? Lo quiere, pero es el responsable de que esté en la situación en la que se encuentra. No la fuerces a hablar del tema.

—Creo que nuestro tiempo se acaba. ¿Alguna cosa más?

—Intenta no perder ningún miembro en tu misión, tanto compañeros como extremidades. Estás haciendo un buen trabajo, ven, anda.

Abrió lo brazos y lo envolví en los míos, fue raro darme un abrazo con otro cuerpo. Antes de dejarle creo que me palpó el culo, me hizo gracia.

Al abrir los ojos vi a Ursa entrando en la tienda con una bandeja, olía a café, pan, miel y frutos rojos. Como si fuese un juguete de cuerda me levanté al verla llegar con comida, tuve que relamerme, se me caía la baba.

—¿Las babas son por mí o por la comida? Es muy temprano y esta noche me has despertado un par de veces. Has compartido el sueño con Kiyu y hablas cuando lo haces. —Después de compartir un tiempo con ella sabía ver las señales de cansancio en su rostro y pelaje, no tenía buena cara.

—Se me cae la baba por ti y tengo hambre como siempre. Siento mucho si te he despertado esta noche. ¿Se entendía lo que decía, o estaba balbuceando?

—Eres un zalamero. Me nombraste un par de veces, me tienes presente incluso en tus sueños. Eso me preocupa y me levanta la autoestima. —Dejó la bandeja en la mesita baja y me pasó un café—. El café te lo ha preparado Bela, que una loba tan guapa sepa cómo te gustan estas cosas no me hace gracia.

—Me preocupas, Kiyu me dijo que hablar de tu familia no te gusta, no volveré a preguntarte por ello. También me dijo, otra vez, que el momento está cerca. —Le di un sorbo al café, estaba tal como me gustaba—. Lo que sí vamos a tener que hablar es de tus celos.

—Vamos a desayunar, algo me dice que vamos a tener tiempo de hablar de todo esto de camino a Hitachi. El pan se enfría y la miel en una rebanada fría no está tan buena.

Se sentó a mi lado y antes de que pudiera coger nada de la mesa

solté el café y le planté un beso bien apretado. Me venía un olor familiar…

—Hey, qué pasa, ¿interrumpo algo, pareja? —Conocía la voz y la manera de pronunciar esas palabras.

—¿No te he dicho que nos dieras un cuarto de hora? ¡Me has fastidiado la sorpresa, perro de lanas! —dijo Ursa.

Al verlo no pude evitar mover el rabo, me levanté y fui a darle un enorme abrazo.

—¡Qué pasa, oveja que ladra! Yo también me alegro mucho de verte —dije con medio palmo de lengua fuera.

Y ahí estábamos los dos, levantando el polvo del suelo con el abanicar de nuestros rabos.

—¿Queréis parar? Me vais a llenar el pan y la leche de pelos. Tú, perrazo grande, siéntate aquí y desayuna. Y tú, pelanas, siéntate ahí y no lo molestes —ordenó Ursa.

—Vale, mamá osa. Tengo mucha hambre. Buddy, pilla un cojín y siéntate frente a nosotros. —Cada vez que le decía a Ursa «mamá osa» se calmaba de golpe.

Desayunamos casi sin hablarnos, fueron quince minutos en los cuales solo quería freír a preguntas a ese perro con pinta de hippie, me contuve bajo la atenta mirada de esa hembra de dos metros. Buddy nos miraba y movía la cola ligeramente, creo que por dentro estaba disfrutando de la escena. Al terminar el pan y el café miré a Ursa, ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿Eso significa que ya podemos hablar? —pregunté.

—Es la segunda vez que este cánido nos interrumpe un momento tierno. ¡Anda, pregúntale lo que quieras, que vas a explotar! —dijo Ursa cruzando los brazos frente al pecho.

—Después hablaremos de eso. Ahora me voy a vestir, a echarme agua en la cara y a salir para ver al consejo. Buddy, Ulrik te va a encantar. —Ursa me miró con la boca muy abierta, dejó caer los brazos y Buddy empezó a mover el rabo de nuevo.

Recogí la bandeja del desayuno y se la entregué a uno de los lobos que custodiaban la puerta de nuestra tienda. Les di las gracias por guardarnos la entrada, ellos me sonrieron. Al llegar a la tienda de Darío me encontré fuera a Egil haciendo puños con Jacob, creo que lo estaba evaluando para la misión. Junto a ellos había una loba gris clara un poco más pequeña que el promedio del asentamiento, tenía pinta de ser adulta; al ver a Ursa, se puso muy contenta. Fue hacia la osa y la saludó al modo de los lobos.

—¿Qué haces aquí? ¿También te han convocado? —dijo Ursa.

—Eso parece, por lo visto una osa les ha dicho a los ancianos que canto bien. ¿Me podrías decir qué quieren de mí? —Tenía una voz muy clara, muy profunda. Me recordaba la de una cantante folk.

—Tú debes ser Blanca, la pareja de Kudo. Yo soy Mundo, el amigo con derecho a roce de esta osa bocazas. —Me acerqué a ella y la saludé juntando nuestras frentes.

—Ursa, es justo como me lo has descrito. ¿Me vais a contar lo que pasa? —preguntó Blanca.

—Para eso está el consejo. Vamos dentro, ¿dónde están Seve y Buddy? —Al girarme para buscar al pelanas lo vi tirado encima de Jacob y haciéndole una llave—. ¿¡Qué estáis haciendo!?

—Jacob me preguntó si podría defenderme con todo este pelo en la cara, ese lobo cachas se ha reído del chiste. A mí no me ha hecho demasiada gracia, tíos —dijo Buddy hablando con ese tono tranquilo, pausado y casual con el que hablaba siempre.

—Me ha cogido desprevenido y he resbalado. ¡Quítate de encima, oveja con colmillos! —exclamó Jacob.

—No hasta que me digas que me quieres, tío. —Le torció un poco la muñeca, pude ver como se le erizaba todo el pelo al gran felino.

—Vale, vale, joder, te quiero, Buddy —respondió Jacob pataleando y dando cabezazos al suelo.

—Te voy a soltar y te voy a ayudar a levantarte, ¿vale, colega? ¿Sin rencores? —Lo soltó, se quitó de encima y lo levantó del suelo como si fuera un gatito.

—¿Cómo se llama eso que le has hecho? ¿Qué técnica de combate es esa? —Egil estaba fascinado con el perro sin ojos.

—Se llama yiu-yitsu, he tenido una infancia difícil, colegas. Tengo muchas cosas de las que hablar en el consejo. ¿Estás bien, Jacob, hermano? —preguntó Buddy.

—Tú y yo tenemos que hablar. —El gato grande tenía cara de pocos amigos y se frotaba la muñeca.

—Mira quién viene por ahí, Mundo —dijo Ursa señalando a Seve.

—Mira qué bien acompañado viene, se está quedando a dormir con Sun y con Jacob. ¿Quién es esa loba joven? —pregunté. Venía acompañado de Sun e iba de la mano de una loba de su misma edad.

—Se llama Zara, es sobrina mía. Está en esa edad en la que nos gusta probar cosas nuevas. —Blanca no parecía demasiado contenta con su sobrina; al cruzar las dos miradas, la más joven se despidió de Seve y se fue para otro lado—. Sé dónde vives, Zara, ¡es inútil que salgas corriendo!

—¡Vaya torrente de voz! Creo que Ursa no exageró contigo. —Me volví a mirar al lagarto, tenía mejor cara. Por lo menos iba erguido y no parecía un alma en pena—. ¿La familia te está tratando bien, Seve?

—Me tratan como si fuera eso, de la familia, nunca había sido tan feliz en mi vida. Vamos dentro, quiero que nos pongamos en marcha para darle fuerte al Ministerio —anunció Seve.

—Vaya energía, colega. Eres clavadito a Yuta, pero con dos siglos

menos, tronco. Incluso hueles como él. Me llamo Buddy, yo también tengo muchas ganas de darle al Ministerio, entremos —dijo Buddy que, después de darle la mano al lagarto, entró el primero a la reunión.

—Bueno, id entrando —dije tras abrir el pliegue de la tienda, invitando a todos a entrar.

En el tipi de Darío nos encontramos el mismo escenario que días atrás. Estaban todos los del consejo más las nuevas incorporaciones a la causa. Nos sentamos todos en círculo y en esta ocasión el primero en hablar fue Axe.

—Hemos estado deliberando por bastante tiempo. Cualquiera de las dos partes de la misión no será un éxito sin la conclusión de la otra. Si por un lado logramos que Blanca intercepte a Michael camino de Magome y haga su parte, no valdrá de nada sin capturar al responsable del Ministerio.

—Espera, ¿que yo qué? A Kudo le va a dar un infarto, sabéis cómo es, no dormirá ni comerá ni hará nada sabiendo que yo me voy de misión a… ¿A hacer qué? —exclamó Blanca desorientada y bastante nerviosa.

—Ruego que nos perdones por no haberte avisado con suficiente antelación —intervino Darío—. Te pedimos que vayas a interceptar la caravana de Michael de los Michael Clan, vas a grabar una canción con él. Eso nos dará la oportunidad de mostrarnos a todo Ix como lo que somos, un pueblo de racionales pacíficos.

Ella se quedó mirándolo por un momento, pensando en qué contestar.

—Acepto, solo con una condición. Kudo viene conmigo, os vais a tener que encargar de mis niños. —Parecía sorprendida y contenta, por lo menos movía el rabo.

—Es una petición lógica. Aparte de que, si viajas con un oso, llamarás menos la atención. Te disfrazaremos de cánida por si acaso —dijo Axe.

—¿La vais a maquillar? Bueno, si funciona para el Ministerio… No te he escuchado cantar aún. ¿Sabes alguna de los Michael Clan? —pregunté.

Ella me miró con cara de estar indignada. Y empezó a cantar *Carolina*, un clásico. Aunque teníamos prisa para organizarnos y partir de misión, nadie la interrumpió. Cuando Ursa me dijo que tenía buena voz, se le olvidó decirme que tenía un fantástico oído. Ahora caía a quien se parecía, era clavada a la de Sheryl Crow. Aparte de ser madre de tres críos, tenía un don para la música, había nacido con ello. Al terminar la canción se hizo un silencio sepulcral, creo que todo el poblado dejó sus quehaceres para pegar una oreja al tipi de Darío. Todos se giraron para mirarme, en ese momento me sentí como el juez

duro de un concurso de talentos.

—Salvando algún tiempo desacompasado, no está mal, podría funcionar —dije con voz grave y muy serio.

Ursa, que estaba a mi lado, me dio una colleja.

—¿Cómo que no está mal? Ni el mismo Michael canta tan bien. Cante lo que cante, se va a estar escuchando por décadas —exclamó Ursa.

—Es la primera vez que te escucho cantando algo que no sean nanas. Vas a ser la voz y la imagen de los lobos, de tu familia. ¿Podrás aguantar la presión? —preguntó Darío.

—Será un orgullo para mí cantar con Michael —dijo Blanca levantando el polvo del suelo con el rabo.

—Eres fan de ese pájaro, se te ve que estás contenta a kilómetros. Si quieres hacer esto, deberías de ir avisando a tu pareja, si al consejo le parece bien, claro —intervine.

Se escucharon varias voces a la vez diciendo «corre, ve» o «nadie mejor que tú».

—Ve a visitar a Elin —sugirió Darío— y que te prepare algo de ropa para ir a la moda del Ministerio. Date prisa, el tiempo corre en nuestra contra.

Se levantó, dio un abrazo por la espalda a mi osa, un beso en la mejilla a mí y salió disparada por la puerta de la tienda.

—Bueno, una cosa resuelta. Ahora toca la parte más complicada. —Axe tenía los ojos vidriosos, quién diría que ese lobo tan callado fuera tan sensible, se había emocionado al escuchar a la loba cantar.

—Deberíais llevaros a Hank. Tiene una vista inmejorable y no nos va a servir de momento. Según os vayáis trasladaremos el asentamiento, esto después de tanta visita foránea no es seguro —dijo Ulrik.

—¿Tú desprendiéndote de tu mejor vigía, Ulrik? Por mi parte llévate a Sun, es una de mis mejores pupilas. Aparte, vosotros dos os entendéis muy bien —dijo Egil cruzando sus enormes brazos sobre el pecho.

—Perfecto, quiero que habléis con Erik, os enseñará a manejar una radio portátil. —Turk estaba más que dispuesto a poner su granito de arena.

—Tenemos aún un punto abierto —dijo Darío—, para eso hemos traído al cánido de los enigmáticos ojos.

Todos se giraron a mirar a Buddy.

—Menos mal, creí que me habíais arrastrado hasta aquí para que estuviera sentado y calladito. Tengo muchas cosas que contaros —dijo tras sacar un pequeño vial transparente con un líquido azul de una riñonera que llevaba cruzada al pecho—. Esto es una muestra de lo que le inyectan a los racionales para que se vuelvan salvajes. Es un

cóctel muy chungo, tiene una mezcla de excitantes, anestésicos musculares y psicotrópicos. El resultado de estar bajo los efectos de esta droga es más que conocido.

—¿Dónde has encontrado eso? El Ministerio tendría que ser más cuidadoso a la hora de dejar esa clase de pruebas —puntualizé.

—Y lo son, Mundo —siguió Buddy.

»Lo llevaba encima el cánido que accidentalmente mataste. Lo encontramos en un forro interno de su ropa interior. Si no nos llegas a decir que lo enterrásemos, no lo hubiéramos visto. —Sacó otro vial transparente de color verde—. Y esto es lo más parecido a una cura para el coctel salvaje. No te devuelve a tu ser, pero te deja dormido hasta que se te pasen los efectos. He preparado diez viales, pero hay que tener mucho cuidado con las dosis.

Abrió la riñonera, dentro estaban las diez jeringuillas graduadas con el remedio de Buddy.

—Una de ellas se la lleva Blanca, por si acaso —dijo Ulrik—. Llamadme paranoico, pero no me gustaría escuchar por la radio que un lobo se ha comido a una estrella del rock.

—Darío tiene razón. Un poco de paranoia te mantiene a salvo. ¿Le podrás preparar la dosis para su tamaño y peso, Buddy? —pregunté.

—Sin problemas, lobo poseído —contestó Buddy—. Hay una cosa más, esto no tiene nada que ver con la misión, pero igual me gustaría daros un poco de claridad. En la carreta del jefe de los drogatas encontramos, aparte de grilletes y mordazas, una pala y cal, cuando lo vi me dio muy mal rollo. Mucho me temo que los cánidos drogados son flor de una sola noche. Foli, el zorro que medio devoró a Aura, es periodista, está motivadísimo para escribir un artículo que destape todo esto, colegas.

—Pues tendríais que llevároslo con una cámara fotográfica. La mala prensa se combate con buena prensa —dije.

—Ya lo hemos intentado, nadie quiere publicar un artículo que dé buena prensa a nuestro pueblo —expuso Turk—. Fue haciendo eso mismo cuando perdí a mi hijo y quedé con la cara como la veis. ¿Qué iba a cambiar ahora?

Turk volvió la cara para que todos viésemos mejor sus cicatrices.

—Pues, Turk, cambia que después de que una estrella del rock se marque un dúo con una loba, todos los racionales de este planeta querrán saber más de nuestro pueblo —dije mirando a todos en el tipi —. Nos tienen miedo, pocos se atreven a acercarse a vuestros asentamientos. Aunque os creáis muy precavidos, no es difícil encontraros.

—Tomamos muchas precauciones contra el Ministerio —puntualizó Vitur—, ¡claro que es fácil encontrarnos! Solo hay que seguir la migración de los animales, cualquier escolar con un mapa y un

calendario podría dar con nosotros.

—¿Vienen racionales a vuestro encuentro? —pregunté al maestro de la tribu.

—Pues claro, y se suelen quedar —respondió Vitur—. Nuestro pájaro de presa, Hank, vino buscando montañas y terminó encontrándonos. Le ofrecimos todos los riscos de este continente a cambio de que nos hiciera de vigía. Muchos vienen, gran parte se quedan, de los que vuelven a sus casas después de compartir comida y lecho con nosotros, poco sabemos.

—Ese podría ser un motivo para que el Ministerio os tenga tanto miedo —puntualizé—. Sois un modelo de vida demasiado atractivo. Las últimas palabras que pronunció el cánido que maté accidentalmente fueron para vosotros, dijo que os envidiaba, cito textualmente: «viven sin la presión del Ministerio, sin tener que hacer algo que no quieren, viviendo para dar vida».

—Nuestra vida no es precisamente de color de rosa —continuó Vitur—. Ahora mismo tenemos presas y comida, cuando se acabe la carne empezaran los problemas. Nuestra vida no es ni mejor ni peor que la opción que da el Ministerio. Pero me alivia saber que incluso el peor de los enemigos que conocemos no actúa por propia voluntad.

—Si queremos que esto funcione —sugirió Darío—, deberíamos movernos ahora y hacerlo rápido.

—¿Está todo dispuesto, Axe? ¿Quiénes vamos a ir a Hitachi? De momento sé que vamos el gato grande, mi osa, el lagarto que se camufla, el pájaro que va de sobrado y el perro sin ojos. ¿Me dejo a alguien? —Miré a mi alrededor buscando nuevas respuestas.

—Sun irá con vosotros, la disfrazaremos. No quiero poner el futuro de nuestra especie en juego sin que tengamos a un lobo en la misión. Tengo un muy mal presentimiento. —Que hubiera llegado a viejo este tuerto era un misterio.

—Eso es buena señal, cuando tienes un «muy mal presentimiento» es que todo, aunque salga mal, resultará bien para nosotros —dijo Darío en su rol de mediador.

—Los que vais a Hitachi, a pesar de ser un grupo muy variopinto, sois más menos de la misma edad. Vais a ser un grupo de estudiantes de arquitectura que va a Hitachi a ver los edificios, es la mejor tapadera. —Axe hablaba poco, pero pensaba muy bien.

—Mi chico, Erik —dijo Turk—, ha tenido mucho trabajo. Ha asaltado un poste de comunicaciones y os ha reservado habitaciones en Hitachi. Vitur os ha hecho papeles por si acaso os paran las autoridades y Elin os ha preparado «unos modelitos divinos», es un costurero magnífico, aunque no comparto sus gustos en la alcoba.

—Yo os he preparado una carreta vitaminada. Los caballos irán regalados para Hitachi, como si no llevaran peso alguno —dijo Egil

muy orgulloso de su trabajo.

—Vale, vamos a Hitachi, ¿a quién tenemos que buscar? ¿Alguna pista de cuántos son, qué transporte llevan, qué transportan, etc.? —dije de carrerilla. El plan tenía muchos cabos sueltos y me empezaba a doler la cabeza.

—Ya te dije que hemos estado muy atareados —respondió Turk—. Nos hemos dejado las orejas en la radio estos días. Salen un par de motos con unos documentos un par de horas después. Van a salir de la jefatura regional de Hitachi a cosa de las 18:00 horas.

—Si nos vamos ya, tendremos tiempo de hacer turismo, así no levantaremos sospechas —dije mirando el plano y calculando la ruta.

—Hay un problema, yo llamo mucho la atención —puntualizó Seve —. La gente no está demasiada acostumbrada a ver saurios, mucho menos estudiando arquitectura.

—Ya, yo parezco un lobo, ella mide dos metros e iremos con una loba disfrazada. Creo que llamarás poco la atención. ¿Cuándo partimos? —pregunté.

—Queda poco para el almuerzo. Vamos a organizar algo para despediros. Espero que Fafnir os dé todas las bendiciones. —Al decir Darío el nombre de esa deidad, todos los del consejo se pusieron la mano derecha en el pecho y bajaron la cabeza.

—No te hacía creyente, Darío. —Involuntariamente, ladeé la cabeza.

—Lo mío es diferente, yo no tengo fe en él, tengo la certeza de que existe —contestó el lobo negro.

—En ese caso… —Hice lo mismo que el resto del consejo, di un codazo a izquierda y derecha para que Ursa y Seve imitaran mi gesto.

Nos despedimos del consejo y salimos de la tienda. Fuera estaba lloviznando y los lobos que iban de aquí para allá tenían puestas chaquetas con unas capuchas, el tejido parecía repeler el agua. Miré a mi alrededor pensando en que algo se me escapaba, algo en este pueblo que parecía tan pacífico no me terminaba de convencer. Ursa se puso a mi lado y me cogió de la mano, me miró y solo con la expresión de su cara pude saber en qué estaba pensando.

—¿A ti también te escama algo? —me preguntó Ursa.

—Sí, osa, creo que Darío no nos ha contado toda la verdad acerca de los lobos. —Estábamos muy cerca el uno del otro y alejados de oídos indiscretos.

—Quizás en un pasado, cuando andábamos matándonos en nombre de nuestros dioses, esta gente serían los únicos que hubieran sobrevivido. Creo que el temor del Ministerio es que puedan organizarse para dar un golpe de estado. Es decir, ¿los has visto? Aquí parece que desayunan anabolizantes.

—Sí, me he fijado… Si yo fuese igual de celoso que tú, ahora mismo

estaríamos enfadados. ¿De qué va eso de los celos?

—También he mirado a las lobas jóvenes, son muy guapas. No quiero perderte.

—¿Eres tonta? Esas perras grandes no me importan. Yo no tengo una referencia de belleza en este sitio. Me gustas tú, lo que hay dentro de ese cuerpo de oso. Eso es lo realmente importante. Como vuelvas a ponerte en ese plan, me pongo en modo macho alfa.

—Eres… —Me dio un abrazo que por poco me parte por la mitad—. Te quiero.

—Y yo… a ti y al aire que no puedo meter en mis pulmones.

Me apretó menos, pero no me soltó.

—Espero que nos hayan reservado una habitación para nosotros solos. Tengo muchas cosas de las que hablar contigo en privado.

—¿Hablar? Ten cuidado con los cambios hormonales, puedo olerte, chata.

—Anda, vamos a almorzar, tengo hambre y ganas de empezar esta misión.

Fuimos cogidos de la mano al centro del asentamiento. Allí habían dispuesto, alrededor de una hoguera, unos pocos de bancos. Fueron pasando platos de un guiso que olía como los que preparaba Rodri en el centro de Yuta. Estuvieron contando historias sobre cómo se formaron las estrellas, cómo Fenrir escarbó profundo en Ix y sacó a Helios de las entrañas del planeta para dar luz a los lobos. Cómo del astro incandescente cayeron yescas que al tocar la tierra húmeda se convirtieron en las diferentes especies que habitan este mundo. Las historias y mitos me sonaban mucho a las leyendas de los indios americanos. Cantaron, bailaron y hubo una pequeña demostración de combate cuerpo a cuerpo que Egil lideraba machacando a los jóvenes. Me pidieron una y otra vez que el elegido luchara con Egil. Al final tuve que levantarme y complacerlos, después de un rato haciendo cintas y esquivando a Egil, dejé que me tumbase. Todos rieron y alzaron sus copas, los niños parecían contentos y sus padres confortados al ver la escena. Humillar al máximo responsable de formar en combate a los lobos no estaba en mi lista para hacerlos llegar a la plenitud. Darío parecía complacido al ver ese detalle.

Todos nos relajamos bastante, Jacob no se separó en ningún momento de Sun y Seve se pasó todo el almuerzo tonteando con Zara, la sobrina de Blanca. Sabía bien que todo esto era la calma antes de la tempestad. El tablero estaba dispuesto y las fichas colocadas, ya solo dependía de nosotros el que la partida saliese favorable a nuestra causa. Ojalá pudiese ver el futuro igual que lo hacía Darío, lo mismo él sabía ya el final de esta misión y no nos podía decir nada para que todo saliera según el plan.

Hitachi

Todos a bordo de la carreta «vitaminada» que nos preparó Egil estábamos vestidos de millennials. La carreta tirada por caballos era lo más parecido a un vehículo híbrido que pudiera encontrar en este planeta. Un carro a tracción animal con la asistencia de un motor eléctrico al eje trasero, incluso tenía un indicador de carga que volvía a subir cuando pisabas el freno. De nuevo, estaba surcando senderos preparados al más puro estilo del siglo XIX. Por petición mía, Lola iba atrás atada y Toc era uno de los caballos de tiro.

Detrás, en la bandeja de madera, estaban todos nuestros amigos hablando de sus cosas y gastándose bromas. En realidad, parecíamos un grupo de estudiantes que iban de excursión para admirar la arquitectura de Hitachi. Sun llevaba un espejo de maquillaje y se miraba de cuando en cuando, estaba rara, la habían pintado como si fuera un husky. Vitur nos facilitó algunos folletos de Hitachi; aunque parecían antiguos, dijo que nos vendrían bien para orientarnos. Tenía la impresión de que ese veterano lobo quería ver otras cosas, aparte de las estepas y los valles que le mostraba su pueblo nómada. La elección no era suya, ya la habían tomado por él. Intentaría llevarle libros de texto y folletos nuevos, eso seguro que le hacía muy feliz.

Estos caminos estaban muy bien preparados, la carreta la llevaron en trozos cerca de una senda forestal y la montaron allí, era imposible que ese voluminoso vehículo pudiera bajar por los caminos de cabras por donde andaban los lobos. Tenía a mi lado a Ursa, muy pegada.

—¿La amortiguación del asiento es por ballestas y va mejor cuando estamos los dos en el centro? —pregunté.

Ella me miró, sonrió y me tiró un brazo por encima.

—Esta carreta tiene, aparte de las ballestas, un muelle de aceite para el rebote. Estas cosas no las tienen en el Ministerio. Pero sí, es por eso por lo que estoy tan pegada a ti —respondió Ursa sonriéndome mientras me apretujaba con más fuerza.

—¿Qué opinas de esto? —dije apuntando con mi pulgar a la bandeja de atrás.

—Opino que todo va a salir bien. Algo dentro de mí dice que va a salir todo a pedir de boca. Localizaremos a ese capullo, lo meteremos en un saco y lo llevaremos donde los lobos.

—Al final me lo estás pintando como un paseo por el campo. Yo los

veo y me da mucha pena.

—¿Pena por qué? Se lo están pasando muy bien, hasta Seve, que no se le ven expresiones en el rostro, está contento. Lleva haciendo eso del cuello desde que salimos, le va a dar un tirón.

—No es por eso. Les voy a echar de menos, el momento se acerca, puedo sentirlo, osa.

—Puede que sea verdad o puede que no, ¿sabes lo que tienes que hacer? —me preguntó zarandeándome mientras me despeinaba.

—¿Vivir el momento? —respondí con timidez.

—¡Premio! Ve ahí atrás y habla con tus amigos. Dentro de un rato pediré a Buddy que me haga el relevo.

La besé y le hice caso, al irme a la caja de la carreta ella miró hacia atrás sonriendo.

—Qué pasa, lobo poseído, ¿cómo es que te ha dejado escapar la osa, hermano? —preguntó Buddy.

—Quería pasar un rato con vosotros, creo que me queda poco tiempo aquí. Tengo la sensación de que, aunque cambie de plano, no me podré escapar de ella —respondí.

—¿Habéis usado las hierbas que os preparé? —preguntó con la cabeza de lado.

—Digamos que ella las usó y a mí me drogó. ¿Cómo diste con la combinación de la infusión? Y otra cosa, ¿qué viste?

—Investigación, tronco —dijo Buddy recostándose en la carreta—, usé una receta que vi en un libro antiguo para ritos de viajes astrales, cosas de las tribus ancestrales. Si quisiera cambiar la piel, lo haría por un hippie de playa. Por lo que pude ver, era monitor de surf en tu planeta.

El resto de los compañeros de la carreta guardaron silencio para escuchar lo que Buddy estaba diciendo.

—¿Quieres decir que todos tenemos una especie de hilo que une nuestras almas? —preguntó Jacob— Se me están poniendo tiesos hasta los pelos de las rayas.

—Pues eso parece, gato. ¿Qué es lo que ves cuando me miras, eso del aura? —le dije a Jacob.

—Es complicado de explicar. Cuando veo a un racional alrededor de su silueta tiene como una especie de brillo, cada individuo tiene un color diferente, matices distintos. En tu caso veo la silueta de algo de menor tamaño dentro de ese cuerpo, el aura no cuadra.

—¿Por eso me trataste con tanta frialdad al verme?

—Por eso y porque el dueño de ese cuerpo intentó morderme —respondió Jacob—. Cuando vuelva su genuino dueño, ¿crees que cambiará algo en él?

—Sé que te pedirá perdón por intentar morderte, el intercambio le ha venido muy bien, nos ha venido muy bien. Está recibiendo un

montón de amor materno —respondí.

—¿Tu madre no se dará cuenta de que él no eres tú? —inquirió Jacob.

—Si se ha dado cuenta, estará haciéndose la tonta. Ella ve a su hijo, no creo que quiera admitir que ese que se parece tanto a Mundo no es su niño. ¿Me podéis hacer un favor? —supliqué a todos.

—Claro, tío, pide por esa boca, hermano —intervino Buddy.

Todos asintieron y dijeron algo parecido.

—Cuando Kiyu vuelva, tratadlo de la misma forma en la que me tratáis a mí. Ha pasado por mucho. —Dejé de mirar a Buddy para fijarme en la escena en conjunto—. Ojalá pudiera llevarme una foto de este preciso momento a mi casa, un solo recuerdo tangible, os voy a echar muchísimo de menos.

—Eh, vamos, ven aquí, lobo poseído. —Jacob me abrazó, seguidamente me abrazaron el resto de los que estaban en la carreta.

—Esto me encanta, pero… ¿quién me está cogiendo el culo? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

—El que más te va a echar de menos soy yo… —Jacob me estaba cogiendo una nalga con tanta fuerza que casi me clavaba las uñas.

—¡Ursa, el gato me está metiendo mano! —exclamé en un lamento.

—¡Pues disfrútalo, gato! Antes me ha reñido por ser celosa —dijo Ursa entre risas.

—¿Seguro que no quieres llevarte otra experiencia de este mundo? —preguntó Jacob ronroneando. Lo tenía muy cerca de la cara y no me daba margen para hacerle la cobra.

—No te lo aconsejo, su lengua es un papel de lija —dijo Seve pegado a mi espalda.

—Seve, no quiero tener más detalles de esa noche —exclamé en medio de un escalofrió.

Todos nos reímos, otro momento que atesoraría en mis recuerdos.

El camino a Hitachi nos llevó medio día; aun así, la carreta hizo su trabajo. Estuvimos por unas seis horas andando entre carriles bien preparados, sendas entre cultivos, que pasaron a carreteras asfaltadas. Pudimos turnarnos para conducir y descansar, el último tramo lo pasé tirado en la parte de atrás abrazado a la osa. Al despertarme me encontré no solo abrazado a Ursa, Jacob me abrazaba a mí, que a su vez era abrazado por Sun. Llegamos con las últimas horas del día, empezaba a caer Helios. Conduciendo la carreta estaba Buddy con Seve a su lado, Hank estaba despierto y muy pendiente del joven saurio. Mucho me temía que la misión de Hank era vigilar a Seve por órdenes de Ulrik.

El estómago me rugía, según el reloj se acercaba la hora de cenar, al parecer Ursa no era la única que llevaba bien el control del tiempo. Intenté levantarme, pero ni la osa que tenía delante ni el gato que

tenía detrás me dejaron moverme. Quitando el detalle de que tenía a un machote muy cariñoso detrás de mí, estaba muy a gusto, podría quedarme en esa postura por dos horas más. La bandeja de la carreta no era la forma más cómoda de echarse una siesta, la cadera y el hombro me avisaron de que la siesta había finalizado. Hora de levantar a todos estos perezosos.

—Buddy, colega, hermanote. —Le chisté para que me mirase, él levantó las orejas y miró para atrás moviendo el rabo.

—¿Qué pasa, hermano, también has olido que estamos cerca? —Seve estaba muy pegado a él, parecía un poco ausente.

—Me ha despertado el hambre, pelanas. Haz como que vamos a tener un accidente, pega un par de bandazos y frena. Hank, ¿podrías desatar a Lola? No quiero que se dé con la carreta. —Hablaba entre susurros para no despertar a nadie.

—Sin problemas, esto va a ser divertido. Ten cuidado con el tigre, te está agarrando muy fuerte y tiene las uñas largas —dijo Hank.

Agarré la muñeca de Jacob y le hice una señal a Buddy. Él arreó a los caballos y la carreta salió disparada, acto seguido pego un par de bandazos para luego ponerse a gritar cogiendo el freno. Ursa me agarró con fuerza un brazo y Jacob por poco me clava las uñas en un costado. Sun dio un salto y se puso en cuclillas dispuesta a saltar de la carreta. Todos se despertaron de golpe, no pude evitar reírme.

—¿Esto es cosa tuya? No le veo la gracia. —Sun parecía realmente molesta.

—Serás… No vuelvas a hacerme eso nunca. Maldito mono calvo disfrazado de lobo. ¿Queréis ver algo gracioso? —Ursa me dedicó su sonrisa más maliciosa.

—¡No, venga, no vuelvas a hacerme eso, sabes que me da mucha rabia! —supliqué.

Ursa se sentó en la carreta y empezó a darse con las manos en las rodillas.

—¿Quién es mi perro guapo, quién es mi niño bonito? ¡Sí, tú eres mi chucho guapo! —Por poco me oriné encima, cada vez que ella me hablaba así todos los instintos de perro me traicionaban. Moví el rabo, abrí la boca, me puse a jadear y hasta le salté encima—. Vale, vale, buen chico.

—Joder, osa. ¡Qué vergüenza! Tengo ganas de lamerte la cara… Sun, ¿estas cosas no te pasan a ti? —pregunté.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—Cuando me decía esas cosas mi padre de chica me pasaba lo mismo. Pero ya tengo veintidós, no cinco. ¿Tenéis una pelota? —dijo Sun con una sonrisa maliciosa.

—¡Pero cuánta maldad junta en tan poco espacio! Esto es muy duro para mí, me gustaría veros sin olfato, con el oído medio taponado y

sin ver nada por la noche —protesté.

—Somos muy malas… Hay algo que sé que le gusta a los cánidos a muerte y no te he hecho aún, cariño —dijo Ursa.

Y esa osa tan mona se puso a rascarme justo encima del rabo mientras me hablaba como a un bebé. La sensación fue indescriptible, la pierna derecha se me movía sola y en la cara se me dibujó una extraña mueca.

—¡Joder, para, que me orino encima! Dime que esto no te pasa a ti, Sun —protesté apartándome de ella.

—Sí que me pasa, pero no dejo que me toquen ahí en público —respondió ella riéndose.

—No os vuelvo a gastar una broma en mi vida, qué mal perder. ¿Has visto, pelanas? —pregunté a Buddy.

—Lo veo, colega. Estoy aquí sentado y temiendo lo que me puedan hacer esas dos, Jacob lo ha encajado bastante bien —dijo Buddy.

—No te confundas, lanas, estoy disfrutando con lo que ella le está haciendo. Además, mira las maderas de la bandeja. —Justo donde tenía apoyada la mano derecha había cinco muescas bastante profundas en los tablones de la carreta—. Menos mal que Mundo me ha cogido por la muñeca, si no lo dejo con las mismas rayas que yo.

—Ya he probado tus uñas, gato, por eso tuve la precaución de inmovilizarte. ¿Podríamos correr un tupido velo sobre esto, y centrarnos en que estamos llegando a Hitachi? —dije.

—Sí, claro. Ahora que nos has gastado la bromita te pones en plan señor responsable. A que te rasco otra vez ahí atrás —amenazó Ursa recorriendo mi espalda con sus manos.

—Aquí no, puede que más tarde, osa. Bueno, ¿tenemos todos claro nuestro papel en esta obra? —Todos asintieron, Seve parecía realmente apagado—. Seve, ¿te pasa algo?

—Helios no se ha portado bien conmigo y tengo muchísima hambre, me queda la energía justa para tirarme junto a una lámpara que dé calor —dijo Seve en un hilo de voz. Todo el camino de ida a Hitachi estuvo nublado.

—¿Por qué no has pedido nada de comer, lagarto? ¿Por eso estabas tan pegado a Buddy? —pregunté

—No quería molestaros, se os veía muy a gusto. Buddy me ha estado manteniendo caliente, los inviernos y nuestra gente no se llevan muy bien. —Hablaba como si estuviera ebrio.

—Anda que… ¿Nos queda algo de pan y embutido? —pregunté.

Sun buscó en su mochila y le hizo un bocadillo de ese embutido que tanto me recordaba al chorizo.

—Toma, come y bebe. A ver si con suerte podemos hacer que crezcas y mudes piel —dijo Sun entregándole el bocadillo.

—Gracias, Sun, me estás salvando la vida. —Era curioso verlo y

escucharlo, a pesar de su edad parecía muy maduro.

—Mientras dejamos que Seve se recupere, vamos a repasar el plan. Vamos al hotel La Torre de Marfil, tenemos tres habitaciones para los siete. Una de ellas es triple, así que ya nos podemos imaginar cómo va a ser el reparto. Hemos venido con una misión, aunque nuestra tapadera es la de estar de visita por la arquitectura, ese no es nuestro propósito, ¿entendido? —Miré a Jacob y a Sun muy serio.

—¿Y tú qué? Seguro que esta noche te vas a dedicar a dormir con tu osa amorosa —protestó Sun.

—Solo tengo que rascarle la espalda baja y hará todo lo que yo quiera. —La miré también a ella con cara de pocos amigos—. Pero vamos a ser responsables y mañana estaremos descansados.

—Muy bien, tenemos tiempo mañana de localizar la jefatura y encontrar un sitio donde se pueda apostar Hank para vigilar la salida del pequeño dispositivo. ¿Eran un par de motos que salían a las seis de la tarde? —presgunté.

—Eso dijo Turk, por lo menos es lo que escucharon por radio —dijo Hank—. Tengo muy buena vista, me podría apostar a más de un kilómetro y leer los documentos que llevasen en la moto. Tenemos un par de radios portátiles, llevaré una y os iré diciendo dónde están y a dónde se dirigen. —Hablaba como un sobrado, se le veía muy seguro de sí mismo.

—¿Podrías agruparte con nosotros haciendo lo que hiciste desde el risco? —volví a preguntar.

—Traigo mi traje de salto, si es un sitio elevado podría hacerlo. Si no, alguien grande y fuerte podría lanzarme. —Miró a Ursa con cara de súplica.

—Claro, pajarraco. ¿Y después quién me lanza a mí para llegar con el resto? Además, ¿qué pasa si en el convoy de esa piel cambiada hay alguien grande y fuerte? Mundo puede esquivar y golpear, pero no podrá detener a alguien grande, ni él, ni Sun, ni Jacob con Buddy juntos podrían conmigo —expuso Ursa.

—Tiene mucha razón, Hank, Ursa en la misión es nuestro músculo. Si quieres saltar, tendrás que buscarte un buen sitio para hacerlo, mañana iremos de excursión y buscaremos los emplazamientos —dije.

—Hay un problema. —Seve se había terminado el bocadillo y parecía menos apagado—. ¿Qué pasa si hay alguien como yo con esa piel cambiada? Mundo es rápido, Sun, Jacob, Ursa y Buddy son fuertes, pero nada de eso importa si os topáis con alguien que se camufle. No podéis defenderos de lo que no veis.

—Lo tenía en cuenta, Seve. ¿Qué limitaciones tiene tu habilidad? —pregunté.

—Puedo imitar colores y patrones simples. No puedo camuflarme frente a superficies con muchos colores, es muy difícil. Si tuviera que

buscar a alguien camuflado, lo haría en paredes con colores sólidos o suelos.

—Me gustaría ver cómo lo haces, igual puedo ver tu aura a pesar de estar camuflado —intervino Jacob—. Aunque tu aura es muy tenue, los reptiles tenéis la sangre fría y absorbéis energía en lugar de irradiarla. —No había caído en la habilidad de Jacob para este propósito.

—Estoy regular de energía, pero bueno. —Se quitó la chaqueta y la camisa, se tendió en el cajón de la carreta y empezó a adquirir el color de la madera. Incluso imitó alguna de las betas del material.

—Esto da mucho miedito. Es impresionante, pero es aterrador, apenas se le ve y estamos prácticamente encima de él. ¿Tú lo ves, Jacob? —pregunté.

—Su aura es muy tenue, apenas lo veo —respondió el gato.

—Yo sí lo veo, no llega a tener el mismo tono que la madera de la carreta, es apenas imperceptible, pero si hay uno como él con esa piel cambiada lo podré distinguir. —Hank, ese pájaro que parecía un ave de presa tenía las pupilas muy dilatas y la vista fija en el reptil.

—¿Puedo levantarme y vestirme? Me está entrando mucho frío —dijo Seve.

—Anda, ven, voy a darte algo de energía. —Ursa lo levantó del suelo, se sentó en una esquina y lo envolvió con brazos y piernas. Fue raro, empezó a tomar el tono de la ropa de la osa para después volver a su color verdoso.

—Ahora el que está celoso soy yo. ¿Estás bien, Seve? —pregunté.

—Tienes mucha suerte, Mundo, esto es una gozada. —Se acurrucó contra ella y cerró los ojos, estaba concentrado en absorber el calor de la osa.

—Está frío como un adoquín. Le he dado la mano a Yuta unas cuantas veces y sentí que estaba fresco, pero este chaval está helado. Te quedas aquí hasta que lleguemos a Hitachi —sentenció Ursa.

Seve se limitó a asentir tímidamente. Si fuera otra clase de racional, estaría con una sonrisa de oreja a oreja.

—Colegas arquitectos —intervino Buddy—, estamos cerca de Hitachi. Yo he estado un par de veces aquí, hay una tienda muy buena para pillar ingredientes, es de un compañero del gremio.

—¡Podrías haber mencionado que conocías la ciudad! —Sun parecía enfadada con el lanudo.

—He dicho que he estado, guapa. Pero no conozco mucho de la ciudad, sé dónde está la tienda de mi amigo, la No Vendo Unicornios. Después de ver a mi compi y mezclar algunas hierbas, los recuerdos se me difuminan mucho —dijo Buddy con una sonrisa.

—Momento neblinoso… Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, hermano —le dije al pelanas—. Tenemos un plano de

la ciudad, nuestro hotel no está muy lejos de la jefatura provincial del Ministerio. Cuando lleguemos, deberíamos pegarnos una ducha e irnos a comer por ahí, a Seve le hace falta reponer energías y que deje de robárselas a mi osa.

—Déjalo, él está a gusto y a mí no me molesta, está muy suave. —Se puso a acariciarle la cabeza y parte de la cara, creo que intentaba ponerme celoso.

—Ya estoy mejor, si no te importa, me sentaré a disfrutar el resto del viaje. —Hizo el amago de separarse de Ursa, esta lo cogió con mayor fuerza.

—A un oso no se le corta un abrazo —dijo Ursa muy seria.

Me puse a fijarme en los patrones de colores del joven saurio, los tonos de sus escamas eran muy parecidos a los de Yuta. Desde la base de la mandíbula hasta debajo del ombligo tenía una franja color crema, el resto era verde claro.

Llegamos a la ciudad y empezamos a andar por avenidas anchas, hasta llegar a calles angostas rodeadas de edificios de menor altura. Según el plano, esta urbe era muy parecida a las que había en la Tierra. Cuanto más fuera del centro te ibas, menos años tenían los edificios, nuestro hotel estaba muy cerca del centro, el casco antiguo de la ciudad. Calles adoquinadas rodeadas de edificios de piedra y ladrillo visto de no más de tres pisos. Nuestro hotel, La Torre de Marfil, parecía que estaba enteramente realizado en lo que parecía mármol. En la entrada a la recepción había un gran arco muy recargado, tenía muchas tallas de diferentes especies de racionales, todo muy barroco. Bajamos de la carreta, cogimos nuestro equipaje y un racional con pinta de toro lanudo se encargó de nuestro vehículo y los caballos. Nos quedamos un buen rato maravillados con la estructura del edificio y la cantidad de detalles del arco de entrada a la recepción, era una obra de arte en sí. Al girarme, vi a Sun tomando fotos y a Ursa haciendo un boceto con un cuadernillo y un lápiz. Me hizo gracia, estaban más metidas en el papel de estudiantes de arquitectura que si fuesen en realidad alumnas. Solo el carraspeo que vino de la recepción nos sacó del trance que esa impresionante composición nos causó.

—Vamos, creo que el recepcionista nos está llamando la atención —dije—. Este sitio parece muy fino, creí que Erik nos había reservado una pensión.

—Ya te digo, Mundo, esto no tiene nada que ver con El Último Rincón —respondió Ursa.

—Y, sin embargo, nunca podré olvidarme de esa pensión. —Ursa dejó de admirar todo el lujo de ese edificio para darme un beso.

—Por favor, dejad eso para más tarde. Mira qué sois empalagosos —protestó Sun.

—Vamos, tengo ganas de ver cómo es nuestra habitación —dije sacándole la lengua a Sun y agarrando de la mano a Ursa.

El recepcionista era un oso negro, de mayor tamaño que Ursa, muy estirado. Al vernos a la osa y a mí de la mano, se puso más erguido aún poniendo mala cara.

—Buenas noches tengan ustedes, nombre de la reserva, por favor —dijo con un tono pedante en extremo.

Sun se adelantó y habló en nombre de todos.

—Buenas noches, la reserva está a mi nombre, Sun Rocagrande. Venimos de la escuela de arquitectura de Shibuya. Vamos a estudiar su ciudad, solo conocía su magnífico hotel por las fotos. Las revistas no le hacen justicia, las tallas de la entrada tienen un nivel de detalle exquisito.

Al escuchar eso, el recepcionista cambió la cara, parecía que le habían sacado el palo que aparentaba tener en el trasero.

—Me congratula mucho que sea de su agrado. Sus habitaciones son la 301, la 302 y la 303. Si deseab cenar aquí, el bufet abre dentro de treinta minutos; si por el contrario deciden comer fuera y seguir disfrutando de nuestra arquitectura, les reservaré una mesa en uno de los restaurantes con más tradición de nuestra ciudad. —Era petulante hablando a más no poder. Creo que le gustó muchísimo que una cánida guapa admirase su establecimiento.

—Eso estaría muy bien. ¿Qué opináis, compañeros? —nos preguntó Sun.

—Sería ideal, así podríamos seguir estudiando esta fantástica ciudad, ¿verdad, cari? —Jacob poniendo acento pijo y haciendo muchos aspavientos. Me costó horrores no reírme.

—Muy bien, supongo que querrán asearse y cambiarse de ropa —dijo arrugando el hocico—. La triple es la 302, espero que disfruten de su estancia. Si quieren algo, solo tienen que llamar a recepción. Mi turno termina en breve. Si desean algo estará aquí mi compañera Ezra.

—Muchas gracias por todo, estoy deseando ver las habitaciones, este edificio rezuma historia y glamur por todos lados. —Y la loba disfrazada consiguió sacarle una sonrisa a ese oso tan estirado.

Nos metimos todos en el ascensor; cuando entró Ursa empezó a sonar un zumbador que indicaba peso excedido, lo curioso fue que Jacob sacó a todos los que estábamos en el ascensor para dejarla a ella subir sola.

—Te había juzgado muy mal, gato. Eso ha sido muy caballeroso, sé lo que sufre por su altura y peso —dije.

—Sé lo que es no encajar por ser diferente, mi afición por el boxeo no fue por casualidad —confesó Jacob.

Al subir encontramos a Ursa con los brazos en jarras tal como salimos del ascensor, no tenía cara de estar muy contenta. Todo

nuestro equipaje estaba detrás de ella.

—Según bajemos les voy a poner una hoja de reclamación —exclamé—. Vale que el hotel sea antiguo, pero ya podrían haber puesto un ascensor en condiciones.

Ursa dejó de poner los brazos en jarras y cogió nuestro equipaje.

—Anda, piquito de oro, vamos a ver nuestra habitación, estoy sucia y quiero que alguien me frote bien la espalda —dijo ella.

—¿Otro nudo? Vosotros no os entretengáis mucho, tenemos reserva para dentro de una hora —dije apuntando con el dedo a Sun y Jacob.

—Ya estamos, como Sun está falta de cariño, se va a entretener. Vamos a darnos prisa, este gato quiere llamar para preguntar por su pájaro y yo quiero conocerlo, aunque sea por teléfono —protestó Sun.

—No es muy buena idea. Puede que escuchen todo lo que digáis —dije.

—No te preocupes, Mundo. Yuta firmó un permiso para que viniese justo aquí. Será una llamada de lo más normal —respondió Jacob.

—Me alegra saber que vais un paso por delante. Lo de no entretenerse va por todos —dije hablando para los tres solteros.

—Yo también tengo que hacer una llamada. Anya está en su casa y quiero ver cómo sigue.

—Está bien, vamos, osa, quiero que me rasques donde antes a ver qué me pasa después de un rato —dije dándole una palmada en el culo a Ursa.

—Tenemos solo una hora… Hay que predicar con el ejemplo. —Hank ahuecó las plumas e hincho el pecho, parecía indignado.

—Qué mala es la envidia, hermano. Anda, pájaro, te dejo que te duches antes. Nos vemos en la recepción. —Y ahí se fue Buddy con el pájaro enganchado del cuello.

—Muchas gracias por el calor que me has dado antes, estoy como nuevo. A mí no me hace tanta falta ducharme, pero lo haré de todas formas. —Seve se despidió y fue con su maleta tras el pelanas.

—Vaya grupo más variopinto. Anda, guapetona, vamos a lavarnos —dije tirando de Ursa.

—¿Has visto la cara que ha puesto ese oso cuando nos ha visto de la mano?

—Pues claro que la he visto, osa, te apuesto lo que tú quieras que cuando bajemos en la recepción hay otro oso negro.

— ¿Lo que yo quiera? Sabes que tengo mucha imaginación.

—Yo también, como pierdas vete preparando.

Me dio un empujón con la cadera y seguimos por el pasillo hasta nuestra habitación.

La Torre de Marfil sería en la Tierra el equivalente a un hotel de gran lujo, la estancia era grande, con una cama enorme y una decoración clásica y exquisita. El cuarto de baño estaba bien

rematado, adornado con una grifería dorada y una bañera tipo jacuzzi en una esquina, habían dejado en una mesita baja frente a unos butacones con orejeras fruta y una botella de espumoso metida en una hielera. Tenía una nota: «Gracias por elegir nuestro hotel como motivo de estudio».

—¿Has visto esto, churri? —le pregunté.

Ella se acercó y cogió la tarjeta.

—Me parece muy fuerte.

—¿Qué te parece fuerte?

—Que estoy desnuda y no te has dado cuenta. —Estaba tan absorto en la decoración y en el detalle que tuvo el hotel con nosotros que ni la escuché quitarse la ropa.

—Has perdido peso y pareces más bajita —le dije mirándola de arriba a abajo.

Ella se acercó a mí y empezó a quitarme la ropa.

—Tenemos poco tiempo y tengo grabada a fuego tu imagen andando en pelotas en el río —dijo ella entre gruñidos.

—Yo también tengo presente ese día, fue muy duro enjabonarte teniendo que pensar en cosas poco sugerentes. Anda, vamos a la ducha.

En unos veinte minutos tuvimos tiempo de quitarnos el polvo del camino, disfrutar el uno del otro y dar buena cuenta de las atenciones del hotel. Cada vez tenía menos claro el querer volverme a casa. Era extraño sentir cómo aquel cuerpo grande, fuerte y peludo me parecía cada vez más atractivo. Si volvía a casa, tendría que poner una línea muy bien definida entre lo que es un animal y una persona. En la Tierra me tacharían de furro.

Nos cambiamos de ropa y nos pusimos lo que Elin nos había preparado para salir por la noche. Tenía buen gusto para la ropa, y era muy bueno con aguja e hilo. La osa se puso una camisa clara con un cuello de pico adornada con un bordado que me recordaba a las grecas de las tiendas del campamento, rematado por unos pantalones vaqueros ligeramente acampanados. Para mí prepararon una camisa azul clara con un bolsillo pequeño en el pecho, y unos pantalones marrones de pinza. En ese cuerpo grande y estilizado quedaba muy bien. Estaba mirándome al espejo y Ursa se puso a mi lado.

—Estás muy guapa. —Le hablaba sin quitar la vista del espejo, éramos del mismo tamaño.

—Estamos muy guapos. ¿Crees que hacemos buena pareja?

—Eso de hacer buena pareja solo le importa a los demás. Sé que estoy muy bien contigo, soy feliz contigo y eso es lo único que importa. —La cogí de la cintura y seguí mirando nuestros cuerpos en el espejo—. Pero sí, hacemos buena pareja.

—Me gustaría tener un recuerdo de esto. Tengo buena memoria

visual, haré un dibujo de esta misma escena.

—Tengo muchos sentimientos encontrados en este momento. No quiero irme de aquí, osa. No quiero que vayas allí, no voy a poder decirte osa…

—Yo, sin embargo, sí podré decirte mono calvo. No pienses en eso, pareces un enfermo que sabe que va a morir en unos días. ¿Qué es lo que tienes que hacer?

Seguíamos hablando cara al espejo, le cogí la cabeza, hice que la apoyase en mi hombro y le acaricié una oreja.

—Vivir el momento, osita. Anda, vamos a la recepción a ver al resto de la clase de arquitectura.

—Llevaré mi cuadernillo de bocetos, quiero tener constancia de todo lo que pase hoy. Aparte de que tengo la excusa de estar haciendo bocetos de los edificios.

—No he hablado contigo de eso. ¿Qué te gusta dibujar? —Había dejado de mirar al espejo para mirarla a los ojos.

—Me gustan las escenas robadas, las cosas cotidianas. Kiyu fue mi inspiración desde que llegué al centro de Yuta. Ya no puedo hacer esos dibujos, ya no tiene ese aura de melancolía.

—Vi un dibujo que le hiciste, en esa escena en la que estaba preparando los aperos de los caballos parecía muy triste.

—Lloraba cuando creía que nadie lo observaba, me daba mucha pena, pero no quería que nadie se acercase a él. Nunca me permitió que hablásemos de sus sentimientos. Sin embargo, en el sueño que compartimos dijo cosas que me hicieron muy feliz.

—Dijo que te quería, que quería tu felicidad —aclaré.

—Ya, eso me hizo feliz porque por fin demostró tener empatía. Yo al dueño de ese cuerpo lo quiero, pero no como a ti.

—Claro, tú qué vas a decir…

—Es verdad, mono calvo y tonto. Él tiene un carácter más seco. Con el lobo no me reiría lo mismo que contigo, humano disfrazado.

—Me encanta hablar contigo de estas cosas, pero tenemos que irnos, se nos hace tarde y estos van a pensar lo que no es.

— ¿Apostamos algo? —Ella me miró con esa cara que ponía de pícara.

—¿Te recuerdo lo del recepcionista? Ya tenemos una apuesta en marcha. Dime de qué se trata.

—Te apuesto lo que sea a que el tigre tiene más maquillaje en la boca que la loba en la cara.

—Paso de apostar, sé que el tigre va a parecer albino.

Salimos de la habitación entre risas para encontrarnos de frente a Jacob y a Sun.

—Sé controlarme, perro grande, no quiero ponerla en peligro. —Jacob estaba muy serio y movía el rabo con virulencia.

—Gato, tranquilízate —dije con nerviosismo—. Solo estábamos echándonos unas risas, sé que eres un tío responsable, pero últimamente estás un poco desatado. ¿Hablaste con Fang?

—Hemos hablado con Fang —intervino Sun—, estoy deseando conocerlo en persona. Solo con la actuación que hizo frente al agente del Ministerio me pareció un racional superinteresante. También tenemos noticias de Blanca y Kudo, ya están con Michael, el plan sigue en marcha. —Se giró hacia Jacob y le acarició la mejilla—. No te enfades con ellos, rayitas, sabes que me va a resultar muy duro no poder achucharte y a ti no refregar las mejillas conmigo.

Se había duchado, pero tenía de fondo el olor al maquillaje.

—No puedo enfadarme con ella —dijo Jacob—, ni contigo… No os dais cuenta, pero actuáis como una manada. Vamos a bajar, estos tres no sé dónde están.

—Conociendo a Buddy y teniendo en cuenta que su habitación está entre las nuestras, se habrá metido en la ducha, se habrá enjabonado y habrá salido en menos de diez minutos. Esta falto de cariño, tiene buen oído y está entre dos parejas ruidosas.

—¿Soy eso para ti, verdad? Tu pareja ruidosa —protestó Ursa.

—Solo cuando no te dejo en silencio. Anda, pedazo de hembra, coge el ascensor tú primera.

Le di una palmada en el culo que hizo que me picase la mano. Lejos de molestarla, dio un respingo y fue riéndose al ascensor.

—¿Tú por qué mueves el rabo, perraza? —Otra vez Jacob en modo gato mosqueado.

—Macho alfa… —dijo con una sonrisa tonta.

—Tenemos que hablar del rollo ese de perros grandes. ¿Vamos por las escaleras? —Los dos asintieron y fuimos bajando peldaños.

Todo el suelo estaba enmoquetado e impoluto. No tenía bien claro cómo podían mantener una moqueta libre de pelos, cuando lo único que entraba por la puerta de ese hotel eran racionales. Todo estaba limpio, ordenado y apenas era capaz de registrar olores de los racionales que pasaron antes por allí. O usaban poco las escaleras, o limpiaban con algún tipo de producto que dejaba las alfombras libres de olores. Sin darme cuenta, estaba actuando como un perro que llega por primera vez a una casa ajena, olisqueando y mirándolo todo con la curiosidad de un cachorro.

—Resulta curioso como pareces un crío metido en ese cuerpo grande y fuerte. —A Sun le divertía verme en apuros.

—Esta situación a ratos me resulta dura, a ratos me resulta divertida —dije resoplando—. Sois unas criaturas excepcionales; comparados con vosotros, nosotros los humanos tenemos solo nuestro intelecto. Mi osa me parece un ser increíble, antes de conocerla les tiraba manzanas a los osos en el zoo. Ya no volveré a pisar uno en mi vida.

—Aquí también tenemos zoos —dijo Jacob—, me gustaría llevarte a uno de ellos. Igual encuentras un humano en una jaula.

—Eso sin duda me haría enloquecer, gatito —respondí—. Antes los animales enjaulados me daban pena, ahora me rompen el corazón. De donde yo vengo he ido a espectáculos donde a los tigres se les hace saltar por un aro en llamas. Los únicos lobos que he visto han sido a través de unos barrotes, en fin…

—En este mundo tratamos a las bestias con mucho respeto, incluso los animales que nos sirven de alimento son tratados con corrección —siguió Jacob—. Supongo que estará en nuestra naturaleza.

—En un futuro quiero ser veterinario, quiero ayudar a los animales, me encantan. En la Tierra tenemos un dicho, «Cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro». Y es así, nos dais mil vueltas, tenéis esa nobleza de actos típica de los animales.

—Yo no he visto maldad ninguna en ti, es más, actúas mejor como lobo que yo misma —aclaró Sun—. Estamos llegando a la planta baja, hablaremos de esto después.

Al llegar al hall de la recepción encontramos a nuestros tres compañeros y a Ursa ojeando un plano turístico de la ciudad, al vernos Buddy empezó a menear la cola. A esa hora de la noche la recepción era un vergel de actividad, racionales iban y venían a sus alojamientos dejando o recogiendo llaves en la recepción. Me venía un sinfín de olores, pero ya no me saturaban, parecía que después de un tiempo mi cerebro podía omitir la información no esencial. Ursa, al verme, señaló a la recepción encogiéndose de hombros, tras el mostrador había una osa negra.

—¡Ja, te lo dije! Después hablaremos de lo que me vas a dar por la apuesta.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Ursa.

—Cuando Sun empezó a darle coba con lo de su maravilloso establecimiento, vi como poco a poco se le salía ese palo que parecía tener clavado en el trasero. Igual es el hijo, el nieto o el hermano del dueño de este hotel. Supuse que detrás del mostrador estaría su hija o su pareja —dije dedicándole mi mejor sonrisa.

—Da igual, me da la impresión de que lo que te tenga que dar como pago de la apuesta me va a gustar.

Buddy, que estaba al lado de ella, dejó caer los hombros y levantó la cabeza, si le hubiera podido ver los ojos los tendría en blanco seguro.

—Tíos, estáis muy enchochados. Os tengo que dar una buena noticia. ¿Os gustan las bodas? —Soltó esa bomba de la misma forma en la que hablaba, con ese tono calmado y casual.

—¡No me digas que tú y Anya! ¡No puedes soltar esas cosas de esa forma! ¿Sabes que somos intimas? Me va a pedir como dama de honor, ¡ay, cuánta presión! —Y otra vez estaba yendo de aquí para

allá con las manos en la cabeza.

—¿Te divierte verla así? Sabes cómo se pone con ese tipo de sorpresas. Claro que me gustan las bodas, comida, bebida y música. ¿Estamos invitados? —Fui a parar a la osa y a quitarle las manos de la cabeza.

—Pues claro que estáis invitados, todos estáis invitados —exclamó Buddy.

La noticia llenó de alegría a todo nuestro grupo y a parte de los huéspedes del hotel, alguno de ellos gritó «vivan los no novios» y empezaron a aplaudir al pelanas. El tema de ir con un perfil bajo sin llamar la atención se acababa de ir a la mierda. Uno por uno lo abrazamos y lo felicitamos, la fecha de la boda era dentro de una semana, el siguiente finde después del concierto de los Michael Clan. Cuando le pregunté el porqué de tanta prisa, solo me dijo que quería que estuviera en la celebración. Me dijo que sin mí él no podría haber ido a Shaiyo, no se hubiera declarado y no habría pasado esa noche tan especial con ella. Yuta lo iba a dar de alta del centro y también asistiría a la celebración.

Todo esto de la boda casi me distrae de por qué estábamos allí. Seve había cogido planos turísticos para todos, comparados con el que nos dio Vitur estos estaban mucho más detallados. La recepcionista nos señaló en el plano donde estaba El Asador; teniendo en cuenta que los siete éramos carnívoros, no tuvo mucho problema al recomendarnos el sitio. No estaba muy lejos del hotel, en realidad nada estaba demasiado lejos de nada en el centro de Hitachi. Las calles estrechas y adoquinadas discurrían entre edificios con altos ventanales y grandes cornisas, algunos de piedra vista y otros inmaculadamente rematados y pintados con colores crema. Había arcos entre edificios y pasajes elevados que conectaban algunos inmuebles. El casco histórico me recordaba el de algunas ciudades bávaras, pasamos por plazas amplias y plazoletas donde había poco más que una fuente que adornaba con los ecos de su gorgojeo las estrechas calles. Sun no paraba de tirar fotos y Ursa de hacer bocetos, parecíamos enteramente unos estudiantes de visita. El Asador parecía un establecimiento que llevase ahí desde antes que se formase la ciudad, el propio nombre lo indicaba, «El Asador», no «Asador el Ciervo Feliz» ni nada por el estilo, solo «El Asador». Estaba ubicado en un edificio de dos plantas de piedra vista, con un cartel de madera tallado al estilo medieval sujeto con dos cadenas de una estructura metálica.

—Este sitio tiene pinta de tener más años que Darío. —Sun seguía tomando fotos.

—Si sigue abierto es que hacen bien su trabajo, huele muy bien y tengo hambre. ¿Entramos o le vas a seguir tomando fotos? —pregunté.

—¿Cómo tengo el maquillaje? —A Sun le preocupaba llamar la

atención como loba, la verdad es que lo hacía por cómo iba vestida y la planta que tenía.

—Estás más guapa al natural, pero aun así estas para comerte —dijo el gato grande entre ronroneos.

—Lo que quiere decir Jacob es que sigues disfrazada. Aunque llamas la atención mucho, ya podría haberte puesto más tela Elin en esa falda —dije dándole un sutil repaso.

—Soy inocente, dice que le gustan mis piernas, que tendría que mostrarlas más. —Elin había hecho un buen trabajo en muy poco tiempo, nos vistió a todos, pero con la loba se esmeró.

Dentro, la decoración recordaba a una posada de mitades del siglo xvi, parecía sacada de un libro del medievo. Vigas de madera, arcos de viga a viga y un suelo de tablones. Al fondo, una gran parrilla donde se hacia la carne. Mesoneras vestidas de época con generosos escotes repartiendo jarras de vino, y un olor casi embriagador a carne a la brasa, Ursa tuvo que quitarme las babas que se me caían por la comisura de los labios. Tras un pequeño atril junto a la puerta estaba el metre, otra hembra con medio pecho fuera, era un felino de gran tamaño. Al escuchar el nombre de la reserva, ella misma nos acompañó a un apartado tras una puerta en un lateral del salón principal. Al pasar entre las mesas me fijé en una de ellas, había cuatro racionales vestidos con ropas de moteros, le hice un gesto a Jacob para que los mirase. El felino dijo que tenía que ir al servicio, pidió indicaciones a la metre y, mientras ella le decía dónde estaba el baño, él no apartaba la vista de esos cuatro. Una hembra de lo que parecía un leopardo de las nieves, dos cánidos grandes y una pantera negra. Nos sentamos en el reservado, que, creo que para dar más sensación de ser un sitio especial, había sido adornado con fotos de celebridades posando con el cocinero y dueño del local. Al rato llegó Jacob cerrando la puerta tras de sí y tomando asiento junto a Sun.

—Tienes buena vista, Mundo —dijo Jacob—. Creo que esos son los racionales por los que hemos venido. Pero tenemos un problema, hay dos pieles cambiadas en esa mesa. El leopardo hembra y el cánido más pequeño de los dos, el de pelaje más claro.

—Vaya, es una complicación. Bueno, ellos son cuatro y nosotros siete —aclaró Sun.

—Cuatro que podamos ver, os recuerdo que podría haber un quinto pegado a una pared y os costaría verlo. —Seve nos recordó por qué estaba ahí.

—¿Queréis que lo hagamos ahora? Es decir, están ahí, ¿no? —Sun estaba muy por la labor de entrar en acción.

—No sabemos si son ellos o solo son un grupo de moteros que vienen de paso. Tendríamos que ceñirnos al plan y que Hank haga su trabajo. Si esos cuatro salen mañana de la jefatura en moto, ya

sabemos a quién tenemos que interceptar. Otra cosa, ¿cuánto corre uno de esos vehículos? —Todos se miraron entre sí con cara de incrédulos—. Os recuerdo que no soy de aquí, de donde yo vengo las motos corren una barbaridad, muchísimo más que un caballo.

—Aquí las motocicletas también corren mucho —respondió Sun—, si quieren huir de nosotros, lo podrán hacer sin ningún problema. Por suerte, sabemos a dónde se dirigen y podríamos interceptarlos en una carretera poco transitada. Se dirigen a Villa de Hakuba, es una población en medio de la montaña, tienen unos de los mejores baños termales del continente.

—¿Una valija diplomática a unas termas? ¡Venga ya! —exclamé— Este personaje lo que va es a relajarse por cuenta del Ministerio. Deberíamos dividirnos por si acaso, igual a la hora que salen se paran a merendar antes de salir.

—¿Cuál de los dos humanos será nuestro objetivo? Es decir, no sabemos a ciencia cierta si será ese el humano que lleva tanto tiempo aquí y, si uno de los dos lo es, ¿cómo saber cuál de ellos? —Hank parecía muy preocupado por los flecos sueltos.

—Tengo una idea que nos podría sacar de dudas, me la ha dado Ursa sin querer —anuncié—. ¿Os podréis encargar de los escoltas cuerpo a cuerpo? No sé qué fuerza tiene una pantera, tampoco sé qué habilidades tiene un leopardo. Ya me las he visto con cánidos y sé cómo defenderme de ellos, pero yo solo no puedo pararlos a todos.

—Tampoco sabemos si van armados, tú eres rápido, ¿eres más rápido que una bala? —preguntó Sun.

—Por eso tenemos que coordinarnos bien, Sun —respondí—. Tenemos todo el día de mañana hasta las seis de la tarde para rematar los pormenores, de momento podríamos comer, beber y disfrutar del momento. Creo que me queda poco con vosotros, no quiero desperdiciar un solo segundo preocupándome por cosas que están fuera de mi control.

Ursa me cogió la cara, la giró hacia ella y me plantó un sonoro beso.

—Es lo más inteligente que has dicho en toda la noche —exclamó Ursa—. Vamos a pedir vino del bueno con nuestras credenciales de mayores de edad y a disfrutar del momento.

Todos pegaron un puñetazo en la mesa y gritaron «camarera». Supongo que sería otra costumbre de este sitio que no conocía, al pegar el golpe y llamar tan enérgicamente al servicio este apareció dándole una patada a la puerta con dos jarras de vino y siete copas. El menú de El Asador era muy básico, carne. Había carne de cordero, de ciervo, de cerdo y de ternera. Había distintos aliños para la carne, pero la camarera decía que casi nadie pedía aliñar el género. Brindamos por la familia y por el futuro, las jarras de vino parecía que se derramaban de lo rápido que se quedaban vacías. Comimos,

bebimos y nos reímos muchísimo. Jacob ebrio era más cariñoso aún y Ursa tuvo que pedirme cambiar el asiento para que me dejase tranquilo. Buddy hablaba igual con tres jarras de vino encima que de normal, el muy hijo de perra sabía jugar al despiste hasta borracho. Hank no paraba de contar batallas de las veces que casi se mata planeando sobre las rocas para salvar a la familia. Seve me preocupaba, no paraba de hacer eso de la cabeza que solía hacer Yuta al reírse, con la diferencia de que empezó a cambiar de color sin control, en una de las veces que giré la cabeza para mirarlo parecía un payaso. Sun parecía aguantar el alcohol muy bien, estuvo todo el tiempo intentando que Jacob no le metiese mano a Seve. Mi osa estaba más cariñosa que de costumbre y yo… Yo estaba en la fase en que quería a todos estos bichos como si fueran de mi familia.

Al día siguiente tendríamos un ligero dolor de cabeza, nada que ver con los quebraderos que nos podría dar un paso en falso en nuestro plan. Me preocupaba el encuentro de Blanca con Michael, ese humano enfundado en un pájaro era totalmente impredecible. Al amanecer estarían en Magome, cuando me levantara llamaría por teléfono a ver cómo iba la agenda. El momento se acercaba, lo sentía en mi piel, en esta piel cambiada.

Entre plan y plan

La cabeza me dolía, menos mal que alguien me había puesto algo fresco en la nuca. Un momento… No era algo frío lo que tenía tras la cabeza, era alguien frío. Al abrir los ojos, la imagen me recordó a una película de la Tierra, donde un grupo de amigos se iban de despedida de soltero y acababan perdiendo al novio. Las habitaciones de ese hotel, esas tan limpias, espaciosas y bien cuidadas, cambiaron para asemejarse a un campo de batalla. Me había quedado dormido en el suelo, parcialmente tapado en un cobertor que parecía caro con Sun abrazada a mí y con el lagarto haciéndome de almohada. Cuando me levanté y me destapé, me di cuenta de que nadie estaba vestido, aparte de que tenía una leve molestia en el trasero. Ursa estaba en la cama con un brazo colgando, a sus pies en un butacón y con un palmo de lengua fuera estaba Buddy. Al mirar arriba vi a nuestro intrépido vigía, durmiendo abrazado al ventilador de techo. En ese momento me asaltaban muchos interrogantes, pero me podía más la sensación de tener la vejiga llena que las ganas de saber qué había pasado la noche anterior. Al abrir la puerta del escusado, me encontré a Jacob dormido en el jacuzzi. Me resultó gracioso el paralelismo de encontrarme un tigre en el cuarto de baño, en vez de Hitachi esto se hubiera llamado Las Vegas y lo clavan. Según me puse a orinar, el tigre empezó a abrir los ojos.

—¿Qué haces, Mundo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi ropa? —Hablaba como Buddy, arrastrando las silabas y con una mano en la cabeza.

—Pues, si te digo la verdad, en este momento lo único que tengo claro es que estoy orinando y que me duele el culo. ¿Tú no me habrás…?

—No lo recuerdo, lobito, pero si te sirve de consuelo yo también tengo una molestia bastante familiar ahí. ¿No habrás sido tú?

—No lo sé, pero seguro que si hemos hecho algo es por tu culpa, gato en celo. Vamos a despertar a Ursa, es la más grande de nosotros y seguro que tiene un recuerdo menos neblinoso de lo que ha pasado. Joder… Con lo celosa que es, espero que no se acuerde de nada. Me duele también al orinar, huelo a lagarto, a felino y a lobo.

—Se suponía que tú eras el responsable aquí.

—Claro, también se suponía que la oveja ladradora que está ahí

afuera vino por si nos drogaban, no para drogarnos. Me juego el cuello a que esto es cosa suya.

—¡Oveja ladradora, me encanta! ¿Se lo puedo decir yo cuando salgamos? —Empezó a reírse hasta que me puse a mirarlo directamente a la cara—. Mundo, mírate al espejo, anda. —Pasó de reírse a estar muy preocupado.

—Mierda, gato, no me asustes, ¿qué tengo en la cara? —Tenía gran parte del maquillaje de Sun, parecía más un husky que ella misma—. ¿Cómo ha llegado todo este potingue a mi cara? ¿Esto se quita con agua? —Abrí el grifo a tope y empecé a refregarme la cara como un loco.

—Ese maquillaje no se va con agua, Mundo, te hace falta el desmaquillante que trae Sun en su equipaje.

—Claro, equipaje que estará en la 301, vuestra habitación. Como Ursa me vea así, se hace una falda con mi pellejo. —Justo al pronunciar esas palabras la escuché entrar tras de mí.

—¿Te estás intentando espabilar sin mí? ¿Por qué no has ido a buscarme? —preguntó Ursa.

No quería volverme para verla.

—Tengo un dolor de cabeza brutal, osita, estaba refrescándome a ver si me pasaba.

—¿No me vas a dar un beso? —me rogó.

Seguía con la cara medio metida en el lavabo y esta situación no podía durar para siempre. Jacob seguía metido en la bañera y miraba la escena con una mueca de terror.

—¿Me prometes que no te vas a enfadar? —pregunté.

—¿Por qué debería estar enfadada? —Escuchaba su voz, su dulce y aflautada voz. Parecía estar bien, por lo menos no se la escuchaba resacosa.

—Me voy a dar la vuelta. —La miré a los ojos y esperé a ver su reacción.

—Se te ha ido un poco el maquillaje, no está mal del todo para habértelo hecho medio borracha y en cinco minutos. Aunque me gustan más tus colores originales, así también estás muy guapo. —Me plantó un beso y se volvió hacia el tigre—. Jacob, ¿podrías salir del cuarto de baño?

—Pues claro que me voy, siento estar aquí, interrumpiros… Cierro la puerta al irme. —Salió de la bañera como un gato al que tiras a un barreño lleno de agua.

—¿Qué le pasa al gato? Solo quería orinar tranquila, tú te puedes quedar si quieres.

—Sí, creo que estamos en ese punto de la relación en la que puedo estar contigo mientras haces tus cosas. Ursa, me he visto con el maquillaje y me he asustado mucho.

—¿Por qué? Alguien por la calle preguntó si Sun y tú erais hermanos, con la tontería y la cantidad de vino que bebimos te maquillé como ella. Ahí sí que parecíais hermanos. Tengo muchas ganas de revelar el carrete de Sun, hay fotos muy buenas.

—Más ganas tengo yo, osita, no me acuerdo de casi nada de ayer. Recuerdo estar en El Asador, después fuimos a la tienda del colega de Buddy y… ¡Mierda, Buddy! —exclamé agarrándome la cabeza.

—¿Qué te pasa? Ayer estabas muy cariñoso con todo el mundo, pero con Buddy estabas especialmente pesado. —Se levantó del inodoro, se limpió y se paró a echarse agua en la cara.

—Pues que algo me ha dado el pelanas. ¿Qué pasó anoche?

—Nada fuera de lo común. Besaste a todo el grupo, a mí no me dejaste tranquila en toda la noche, que si te quiero, que si quiero pasar el resto de mi vida contigo… Me propusiste matrimonio como cuatro veces, en una de ellas pronunciaste unos votos muy bonitos. Eres de los borrachos cariñosos, me lo pasé muy bien. —El verla tan risueña me tranquilizó un poco.

—¿Por qué está la habitación hecha un desastre? ¿Por qué estamos todos en pelotas? ¿Por qué me duele el culo? —Me ardía la cabeza, la falta de conocimiento siempre me atormentaba.

—¿No te acuerdas de nada? Te puedo decir por qué tienes escozor en el culo… luego. —Me dijo eso con una maliciosa sonrisa en la cara.

—¡No, venga ya, guapa! ¡Sabes que estas cosas me matan!

—Cuando sepas el motivo te vas a reír, vamos a buscar algo de ropa y a despertar al resto. Si nos damos prisa, podemos llegar al desayuno.

—Oye, ¿tú no eras pudorosa? Te veo muy cómoda andando de aquí para allá como tu madre te trajo al mundo.

—Todos los que están ahí fuera ya me han visto en pelotas. No hay nada que ocultar, además ayer me dijiste algo que hizo que no pensase más en los defectos de mi cuerpo. —Estaba desbordante de alegría, muy feliz.

—Me estás matando y lo sabes. Cuando me vi al espejo así maquillado creí lo peor. Por poco me arranco la cara para quitarmelo.

—Me dijiste algo realmente precioso. Ya nunca más tendré celos de nadie, sé que tu corazón me pertenece. —Se acercó a mí, me abrazó y me besó con mucha ternura.

—No puedes hacerte idea de lo mucho que te quiero, bicho —le dije mirándola a los ojos—. ¿Puedo darle marcha al ventilador para despertar a Hank?

Ella dejó de abrazarme para mirarme muy seria.

—¡No si yo le doy al interruptor antes! —Me dio un empujón que por poco me mete en la bañera y fue a salir corriendo del servicio.

Al abrir la puerta Jacob fue a caérsele a los pies, estaba pegando la oreja a la puerta del cuarto de baño. Aproveché el descuido de Ursa al

agacharse para levantar al tigre y la salté por encima. Cuando iba de camino al interruptor sentí que alguien me cogía del rabo, eso me hizo caer de bruces al suelo. Desde la moqueta de la habitación vi a mi osa corriendo, respiré hondo y vi el tiempo pasar con lentitud de nuevo. Me quedé por una fracción de segundo maravillado por la forma en que esa osa corría en cueros, como cada fibra de sus piernas se tensaba, cada músculo se definía en su torso y cada parte más floja rebotaba en cada impacto al suelo. Me levanté y fue un juego de niños llegar antes que ella al tan preciado destino. Ursa llegó tarde por una décima de segundo, llegó a poner su mano sobre la mía justo después de presionar el interruptor. El mecanismo empezó a emitir un suave zumbido y las aspas empezaron a rotar con lentitud, eso hizo que Hank se despertase de golpe y empezara a graznar como una gaviota. Se dejó caer del aparato para aterrizar en la cama de espaldas, apenas hizo ruido al impactar. Ursa y yo no pudimos evitar reírnos a pleno pulmón, eso terminó despertando a nuestros amigos.

—Seréis… —Hank puso cara de estar indignado e infló las plumas para, acto seguido, reírse con nosotros—. He saltado entre rocas afiladas como cuchillos y esto me ha dado mayor subidón que todo aquello. ¿A quién de los dos se le ha ocurrido levantarme así? —Ursa y yo nos señalamos mutuamente sin decir nada—. Resulta que Darío sí tenía razón, sois almas gemelas. Una cosilla sin importancia, ¿a vosotros no os pica el culo?

—Solo os pica a vosotros, los machotes. —Era Sun la que hablaba desde el suelo y agarrándose la cabeza.

—A mí no me pica, mi gente está acostumbrada a comer cosas más fuertes aún. —Seve tenía buen aspecto, a pesar de haber estado durmiendo en el suelo.

—No le deis más datos, se ha levantado amnésico y con escozor, creía que lo habían violado —dijo Ursa acariciándome el rabo.

—A ver si me entero. Ayer me puse supercariñoso contigo, me declaro, te pido matrimonio y… ¿tú me haces creer que mi escozor anal es por culpa de que alguno de los aquí presentes me ha apuñalado por detrás? —Ursa estaba mirándome y aguantando la risa.

—Tiene gracia, admítelo. —Y ahí estaba otra vez mi osa feliz—. Había un vendedor de chile en la calle, tenía unos pocos guisos preparados y las guindillas con las que los hizo. Entonces empezaste a decir en plan machote: «No hay huevos de comerse una de las que piquen de verdad». Lo peor es que el resto de los machotes probaron la guindilla. El encargado del puesto ambulante dijo que mañana buscaseis una farmacia, para comprar pomada, de esas que se le ponen en el culo a los niños cuando les irrita el pañal.

Hank, Jacob, Buddy y yo suspiramos aliviados a la vez.

—Espera un segundo, Buddy. ¿Tú tampoco te acuerdas de nada? —

pregunté.

—Ya te dije que cuando quedo con mi amigo tengo recuerdos neblinosos, hermano. Pero tengo algo para eso. —Fue a buscar su riñonera, esa en la que guardaba sus remedios. Sacó un tarrito de cristal grueso transparente sin ninguna etiqueta y con un tapón metálico—. Esto son vitaminas, una de estas y empezaremos a acordarnos de todas las cosas. No me preguntéis cómo, pero funciona.

—¿Cómo es que las hembras se acuerdan de todo y nosotros no? —dije.

—Porque no entramos al servicio de una disco juntas con ese perro de lanas. Os dio algo que os hizo ser muy intensitos. —Sun parecía tener mejor cara, a pesar del maquillaje en su cara podía verse cómo disfrutaba de la situación.

—¡Yo te mato, perro ovejero! Mejor que eso… Me voy a chivar a Anya, que es la que te entiende bien —le dije al pelanas.

Buddy, al escuchar el nombre de su prometida, se puso muy firme.

—Tío, lo que pasa en Hitachi se queda en Hitachi. Nadie te obligó a tomar drogas. Además, no sé cuántas veces me dijiste ayer que me querías, que iba a ser el racional que más echarías de menos. Me contaste hasta lo del perro que adoptó Kiyu en tu planeta, qué fuerte, hermano, le ha puesto mi nombre.

—Dame la pastilla esa. —Le quité el frasco de la mano, me tomé una pastilla y se lo pasé a Seve.

—A mí no me hace falta, me acuerdo de todo. Ya me dieron suficientes drogas en el centro de adiestramiento, no quería más pastillas. —Le pasó el frasco a Hank, que seguía tirado en la cama.

—Bueno, entre que me hace efecto la pastilla o no, ¿podríamos vestirnos, recoger el desastre que es esta habitación y discutir todo esto mientras desayunamos? —pregunté.

—Bien dicho, hermanito, tengo que contarte muchas cosas. —Sun se levantó del suelo, me dio un beso en la mejilla y se agachó a buscar su ropa, no pude evitar mirarla.

—Puedes mirarla todo lo que quieras, sé que tu corazón es mío.

Ursa me dijo eso de forma casual mientras me abrazaba por la espalda, Sun lo escuchó y me dedicó una risa picarona mientras levantaba el rabo para mostrarme todos sus encantos.

— ¿Tú quién eres y qué has hecho con mi osa celosa? Ahora mis ganas por saber qué pasó anoche son mayores. Vamos a darnos vida y a desayunar, me comería una osa entera.

Ella me dio un achuchón que me hizo crujir alguna vértebra, me dio un beso en el cuello y se fue a buscar su ropa.

En poco más de un cuarto de hora estábamos vestidos, teníamos la habitación adecentada y salíamos por la puerta de la 302. Empezaba a tener chispazos de imágenes en mi mente, la misma sensación que

cuando tienes algo en la punta de la lengua. Ursa tiro de mí y cogimos el ascensor juntos, me dijo que por la noche pudo subir con nosotros dos. Por lo visto le dije: «No hay nadie mejor en el universo para quedarse encerrado en un elevador que contigo, amor». La frase sonaba a ser mía, pero con un nivel de baboseo subido dos o tres veces.

—¿Te hice pasar vergüenza? ¿Me puse muy pesado? Ay, osa, lo siento mucho. —Sin darme cuenta, tenía el rabo entre las piernas.

—No hay nada que lamentar, Mundo. Me lo pasé muy bien y me dijiste cosas muy bonitas. Sé que lo que hiciste no estaba influenciado por el alcohol o las drogas, cuando hablaste conmigo estabas solo un poco chispado.

—Y estoy con una laguna mental… ¿Me podrías decir qué es lo que hablé contigo?

Ella se volvió hacia mí, me cogió la cara para que la mirase a los ojos y me habló como nunca la había escuchado antes.

—Te vas a acordar tú solito, pero empezaré a decirte lo que me contaste… en el desayuno. Lo dijiste alto y claro, se enteraron todos nuestros amigos… En verdad, se enteró toda la disco.

El ascensor llegó a la planta baja y salimos a la recepción.

—¿Qué hice, quitarle el micro al DJ y declararme en un local lleno hasta arriba de fauna?

—¡Anda, mira, ya vas recobrando la memoria! Creo que la recepcionista quiere decirnos algo.

Tras el mostrador estaba la que sería la hija o hermana del oso tan estirado que nos dio las llaves la noche anterior.

—Buenos días, pareja, espero que hayan descansado bien. Tengo aquí un montón de invitaciones de No Maten al DJ para usted, Mundo, es uno de los locales más chic de esta ciudad.

—¿Un montón? ¿Cuánto es un montón? —pregunté.

Esa osa que se parecía tanto a Ursa, pero más pequeña y totalmente negra, sacó un fajo de invitaciones, parecían unas cincuenta.

—Pues quédatelas, para ti, para tu pareja y para parte de su familia. El oso que estaba ahí detrás ayer noche tiene pinta de necesitar diversión. —Saqué las invitaciones y se las di dedicándole mi mejor sonrisa.

—Muchas gracias, me has arreglado el plan para esta noche —dijo olvidándose del trato protocolario para tutearme.

—¿Llegamos a tiempo del desayuno? —le pregunté con mi mejor sonrisa.

Ella ojeó su reloj de muñeca y me miró sonriendo.

—Llegan justo a tiempo. Pregunten por el reservado marfil en el comedor.

Justo entonces salían nuestros compañeros del ascensor.

—Qué pasa, Mundo. No me digas que llegamos tarde para el desayuno, hermano, ahora mismo me podría comer un jabalí con pezuñas y todo —dijo Buddy.

—Al contrario, hermanote. Tenemos trato VIP, a cambio quiero que me contéis qué pasó anoche.

Fuimos al comedor del hotel, otra sala grande e innecesariamente recargada con ornamentos, de allí nos condujeron a la sala marfil. La estancia estaba forrada con fotos y pinturas de personajes de relevancia en esta sociedad, enmarcadas en lo que podría decirse marcos de los caros. La sala redonda tenía una gran mesa circular en medio. Trajeron termos con café, pan tostado, fruta, repostería y unas cuantas jarras con zumos de todos los colores y olores. El camarero, después de dejar todo aquello, se despidió diciendo que nos tomásemos el tiempo que quisiéramos para desayunar.

—¿Cómo has conseguido este festín? Mira que no me gustan los machos, pero ahora mismo te comía a besos, hermano —dijo Buddy moviendo el rabo.

—Pues yo estoy así así contigo. Mira que te quiero, pelanas, pero lo de las drogas ha estado mal, muy mal, perro malo.

Él agachó la cabeza y le vi meter el rabo entre las piernas, supongo que sería algo del instinto canino.

—Deja de recriminar al lanudo por una mala decisión tuya, ¿quieres saber lo que pasó anoche? —Ursa parecía más contenta que de costumbre, me moría de ganas por saber qué había pasado hacía unas horas.

El desayuno, aparte de copioso, fue muy ameno. Sun, Ursa y Seve empezaron a recordarnos los pormenores de la noche. Resulta que después de comer carne regada con abundante vino, nos fuimos a ver al colega de Buddy en el No Vendo Unicornios. Empecé a recuperar la memoria de lo que pasó, no recordaba el nombre del amigo de Buddy, sí su cara. Era algún tipo de pastor turco, tenía rastas, una boina y los ojos cubiertos de pelo. Hablaba y actuaba como nuestro Buddy. La escena del puesto de chile fue muy divertida, Hank vomitó hasta por la nariz al comerse la guindilla. El picor rectal estaba más que justificado. Después fuimos a la disco No Maten al DJ, y sí… Me entraron ganas de matar al DJ. La música disco me sonaba a la de los años noventa, todo a muy alto volumen y con muchas hembras con poca ropa y muy cariñosas. Ahí es cuando tuve que demostrarle a Ursa que ninguna de las hembras que me miraban con cara de deseo le podría llegar ni a la suela del zapato. En uno de los ataques de celos de la osa fui a la cabina del DJ y le pedí que me dejase hablar en el nombre del amor. Nadie, ni yo mismo, recordaba las palabras que le dije al encargado de la música en el local, lo que sí estaba claro es que me dejó hablar. Ahí le dije a la osa delante de todo el mundo lo que

ella significaba para mí, y que nada ni nadie en este universo conseguirían separarnos. Nos dedicaron una lenta y la escena del concierto en Shaiyo se repitió. Por lo visto besé a todo el mundo, incluido a Jacob, después dije que tenía la lengua rasposa pero la boca muy suave. Sun, Ursa y Seve se lo estaban pasando de lo lindo, mientras el resto de los machos a ratos reíamos, a ratos agachábamos la cabeza. La escena de la 302 fue divertida, por lo visto hacíamos mucho ruido y los huéspedes de las habitaciones contiguas se quejaban, así que todos terminamos en la habitación triple. Esa noche por lo visto solo dormimos, eso fue lo que dijeron Ursa y Sun con los brazos cruzados.

—Qué vergüenza, osa, yo que os leí la cartilla para que fuésemos responsables. Oye, ¿dije algo de hablar con tus padres? —Me venían flases de una conversación muy seria que tuve con ella, me sentía prácticamente casado con esa hembra.

—Lo que me dijiste a cerca de mis padres fue muy valiente. Estás empezando a recuperar la memoria.

—¿Huelo a boda? Yo quiero estar invitada. ¿Cómo es que no me has dicho nada? —Sun estaba abanicando el aire con el rabo.

—Se suponía que tiene que hablar con mis padres antes. Terminará haciéndolo, tiene eso del sentido de la responsabilidad y me lo ha prometido. Si consigue convencer a mis padres, estáis invitados —dijo Ursa.

Buddy pegó un golpe en la mesa y alzó un vaso con zumo al tiempo que gritaba «¡Vivan los novios!». Todos se levantaron y gritaron «¡Viva!».

—Joder, osa, estoy muy emocionado —dije.

Ella me abrazó e intentó tranquilizarme.

—Venga, Mundo, relájate. A ver si el que llora en el altar vas a ser tú, no yo.

—Seguro que tus padres lloran más que nosotros dos juntos. Que tenga que haber cruzado un plano de existencia para encontrarte, para hablar de boda… Esto me parece muy fuerte.

Estaban todos emocionados, incluso Seve tenía los ojos vidriosos.

—Siento cortar un poco los planes de boda, pero hemos venido con otro objetivo. —Era lógico que Hank, que era el menos afín a nosotros, nos volviera a poner los pies en el suelo.

—Gracias por devolvernos al asunto que nos ha traído aquí…, pajarraco —dijo Ursa. Me soltó y se sentó muy cerca de mí sin dejar mi mano bajo la mesa.

—No se lo tomes en cuenta —contesté—, tiene razón. Aunque parezca mentira, es temprano, tenemos margen de ir a buscar el punto de observación para Hank y repartirnos las labores de interceptar y capturar nuestro objetivo. Sun, tú tienes formación de combate,

¿alguna sugerencia?

Ella se levantó y puso el plano del callejero que cogió Seve de la recepción sobre la mesa.

—Veréis, la jefatura del Ministerio está aquí, la ruta más lógica para salir de la ciudad de camino a Villa de Hakuba es por el este. —Sacó otro plano, uno de carreteras—. Podríamos tender la emboscada en esta carretera de montaña, a unos veinte kilómetros de las afueras de la ciudad.

—Me parece bien, está a la distancia justa para montar la trampa, y lo bastante cerca como para volveros si nos hacéis falta aquí en Hitachi. ¿Qué alcance tienen las radios portátiles? —pregunté.

—¿Erik te enseñó cómo funcionaban, Mundo? El alcance depende de los obstáculos que tengamos por medio y de la meteorología, pero de lejos darán los veinte kilómetros —dijo Hank.

—Bueno, ¿cómo hacemos para dividir los grupos y reunirnos después? Solo tenemos dos radios y seremos tres grupos separados —pregunté.

—He pensado en ello —intervino Hank—, a mí no me hace falta una radio, puedo haceros señales con un espejo desde mi atalaya. Solo os tengo que avisar cuando las motos salgan de la jefatura. Sun sabe morse, puedo haceros señales y deciros cuántos son, para dónde se dirigen, etc.

—¿Y si Helios no brilla? Es una posibilidad —preguntó Jacob.

—Graznaré, me da un poco de vergüenza, pero mi voz ancestral se escucha a kilómetros —respondió Hank.

—¿Es el mismo ruido que hiciste cuando te tiramos del ventilador de techo? Me recuerda a las gaviotas de la Tierra, es un sonido precioso. —No pude evitar acordarme de mi ciudad.

—Nuestra raza tiene lazos de sangre con las aves marinas. El único fallo es que solo os podré avisar de que salen, si se paran por el camino intentaré saltar y daros al encuentro. Anoche vi un sitio desde donde podría observar y saltar sin problemas. —Señaló un solar grande a las afueras del casco histórico—. Podré aterrizar aquí con facilidad.

—Eso son unos pocos kilómetros, ¿cómo vas a poder llegar desde aquí hasta este punto? —pregunté.

Él hinchó el pecho, se levantó de su silla y puso los puños en la cintura.

—Porque soy Hank, la última ave que vuela. —Puso la voz más grave, seguro que era muy popular entre los niños.

—Sí, claro. Y como cometas un error de cálculo, serás la última ave que voló. Ten cuidado, pajarraco, acabo de conocerte, pero no me gustaría perderte en uno de esos saltos —respondió Ursa, preocupada.

—No temas por mí, osa, mi cuerpo es muy liviano y el traje que

llevo es el de extra de sustentación. Elin ha hecho un trabajo sobresaliente —dijo Hank.

—Traje de salto; de donde yo vengo le dicen trajes de vuelo. ¿Es uno con una membrana que va entre los brazos y las piernas? —pregunté.

—Sí, correcto. Nosotros, las aves, hace muchísimos siglos que dejamos de volar; aun así, conservamos los huesos huecos y una estructura corporal muy ligera. Apenas peso treinta y cinco kilos —expuso Hank.

—¿Cómo vamos a repartirnos? Si se paran aquí antes de ir para Hakuba, que me da la impresión de que se van a parar, son cuatro. No tengo ni idea de cómo defenderme de los felinos, con los cánidos no tendría problema. Me gustaría quedarme con Jacob y Buddy. Si hay que pararlos en la emboscada, creo que Sun, Ursa y Seve podrían encargase de ellos —dije.

—Estaría más cómoda con Jacob a mi lado, no te ofendas, perra cachas, pero lo conozco desde hace más tiempo y me coordino mejor con él —respondió Ursa.

—No hay problemas, osa, le cuidaré las espaldas a tu chucho —anunció Sun.

—Aunque sería muy útil en una emboscada —dijo Seve—, preferiría ir con Mundo, me podría pegar a una pared del local donde estén y dejar KO a quien quiera que se me acerque.

—¿Vas tú con Ursa y Jacob entonces, Buddy?

—Te sería de más utilidad en espacios cortos, colega —respondió Buddy—. Les puedo dar a Ursa y Jacob unos dardos para dejar dormidos a esos capullos, se pueden apañar ellos dos solos. A unas malas llevas a Lola, podemos ir tras las motos y prestar apoyo.

—Osita, ¿estás de acuerdo? —pregunté.

—Espero que no vayan armados —respondió Ursa—. Puedo dejar la carreta sin una rueda cruzada en medio de la carretera, Jacob puede sedar a dos de ellos antes de que los otros dos se den cuenta. Si son cánidos y felinos de tamaño medio, no tendría problemas con ellos. Un pellizco en el cuello y a dormir.

—Das miedo, chata. ¿Tenemos todos asignados un puesto? ¿Sabemos todos lo que tenemos que hacer? —pregunté.

—Veo un pequeño agujero en los equipos, ¿cómo vamos a montarnos cinco en un caballo? —No había caído en ello, menos mal que Hank parecía pensar con claridad.

—¿Alguno de vosotros, los del grupo de Hitachi, sabéis llevar una moto? —Hank, Buddy, Seve y Sun se miraron y se encogieron de hombros—. Bueno, yo sí sé conducirlas, se supone que eso es igual aquí que allí. Tenemos las radios, si se paran en Hitachi, los del grupo de emboscada tenéis veinte minutos para estar aquí cagando leches.

¿La carreta puede andar con solo un caballo?

—Puede hacerlo, consumirá más energía del cristal, pero puede tirar —respondió Hank.

—Pues tenemos dos caballos y una moto. Tened en cuenta que, aparte de transportarnos a nosotros, tenemos que llevar dos bultos extra —advertí.

—¿Dos? ¿No habíamos venido solo a por una piel cambiada? —preguntó Sun.

—Pues claro, Sun, pero ¿cuál de ellos es el que buscamos? Tendremos que capturar a los dos y llevarlos a un sitio donde podamos interrogarlos —dijo Hank.

—Llevaré preparado anestésico para dejar sedados a la gata y al cánido. Mejor, llevaré dardos para todos, y por si acaso también para nosotros, no vaya a ser que nos droguen. —Buddy parecía hacer cálculos mentales mientras hablaba de narcóticos.

—Claro, Buddy, mejor que nos drogue alguien conocido —le reproché al pelanas—. Estoy empezando a recuperar la memoria, ahora recuerdo que me dijiste que con la pastilla esa que me diste iba a sentirlo todo mil veces mejor.

—Eh, hermano, que antes de terminar la frase ya te habías tragado la pirula. Estabas muy lanzado, colega —respondió Buddy.

—Le dijo la araña a la mosca… Bueno, tenemos tiempo suficiente para darnos un paseo, repasar las ubicaciones y localizar los bares de camino a Hakuba —dije mirando a todos los presentes.

—Creo que deberíamos concentrarnos todos en el sendero. Es la única forma de llegar a su destino. —Ursa no estaba muy contenta en el equipo de emboscada.

—¿Y si se desvían, y si realmente no van para allá? Hay que barajar todas las opciones —respondió Hank.

—Bueno, son casi las doce del mediodía —dijo Sun mirando el reloj —. Tenemos que dejar trabajar a los camareros de esta sala y yo estoy loca por quitarme todo este potingue de la cara. Cuando me he mirado al espejo, apenas me reconocía.

—Tranquila, hermana, si todo esto sale bien no tendrás que disfrazarte nunca más —le respondí.

—Ojalá, Mundo —suspiró Sun—. Nunca había salido de la tribu, la verdad es que me lo estoy pasando muy bien. El Ministerio tiene mucho por conocer, y nosotros, la familia, tenemos mucho que ofrecer. Es una pena que ambas culturas no puedan enriquecerse juntas.

—Cuando tengamos al responsable de todo esto entre manos, tendrá muchas cosas que explicarnos. Hablando de explicaciones, ¿tenemos alguna noticia de Blanca y Kudo? —pregunté.

—Interceptaron la caravana de Michael, llegaban hoy por la tarde a

Magome. Cuando lleguen, Erik hará la llamada. —Parecía que Hank tenía todo bajo control.

—¿Vamos a pegarnos una ducha y a dar una vuelta? —Ursa, que no me había soltado la mano en toda la reunión, me la apretó con más fuerza—. Tenemos tiempo de recrearnos un poco, ¿podemos vernos aquí dentro de una hora?

Todos asintieron.

Al salir de la sala marfil vimos un gran trasiego de ir y venir de racionales con monos de trabajo, parecían técnicos de obra y electricistas por los cinturones de herramientas colgados a la cintura. Paré a uno de ellos para preguntarle si había pasado algo en el hotel. Él me dijo que estaban instalando el último invento del Ministerio, algo realmente increíble. El racional, un felino con pinta de gato grande, me señaló lo que estaban preparando. Un televisor, uno de pantalla plana y de gran tamaño en el salón principal. Cuando le pregunté qué iban a poner en esa pantalla, por poco caigo de rodillas al suelo. La primera emisión de televisión del gran y prestigioso Ministerio del Cambio iba a ser el concierto de Michael Clan en Magome. Tenía una idea de la forma de actuar de ese pájaro, de ese humano emplumado. Este iba a hacer cantar en directo a Blanca en el concierto de Magome.

Todos escucharon mi conversación con el técnico, todos se miraron entre sí. Veía una mezcla de preocupación y alegría en los rostros de Sun y Hank. Esto podía sacar a los lobos del pozo o hundirlos más aún. Esa tarde nos tocaba a nosotros hacer nuestra parte, esperaba que todo no se torciera en el último minuto.

Ronin

Todos los elementos estaban dispuestos, las piezas se repartieron en el tablero y la partida estaba a punto de empezar. El día estaba despejado y comprobamos tanto las radios como las señales de espejo con Hank desde su atalaya. Al preguntarle si podía vernos bien, me dijo que aún tenía algo de maquillaje en la barbilla, eso era tener una vista prodigiosa, teniendo en cuenta de que estábamos unos cinco kilómetros distantes. Ursa y Jacob me comunicaron que ya estaban en posición y con la carreta a una orden de ser desmontada y puesta en medio del camino. El pellizco en el estómago no me dejaba tranquilo, no quise ni merendar. A mi lado estaban Buddy, Sun y Seve con cara de estar en tensión, por lo menos eso parecía. Seve estaba remangado y tomando energía de Helios.

—¿Cargando pilas, lagartija? Estoy muy nervioso, si se paran en un bar tengo una idea para organizar un revuelo y en la confusión atrapar a los dos que nos interesan. —No me di cuenta, pero estaba hablando muy rápido y sin parar de moverme.

—Relájate, Mundo, estoy lleno de energía —dijo Seve—. Hoy Helios está siendo muy generoso. Si organizáis un revuelo, solo tengo que quitarme la ropa y pegarme a una pared, espero que no sea de ladrillo visto.

—Si vas a robar una moto, me encantaría montar contigo, Mundo, nunca he viajado en uno de esos vehículos, parece divertido. —Sun trataba de quitarle hierro al asunto de que, aparte de todo, debía robar un vehículo.

Me puse a mirar al pelanas, este dejó de otear al infinito y empezó a hablar.

—Yo puedo montar a Lola, soy buen jinete. No quería que me pusieran a limpiar cuadras y pasear caballos con Kiyu, por eso nunca dije que me gustasen los equinos. Kiyu era un tío muy chungo, no quería compartir tiempo de condena con él.

—¿También eres experto en armas de fuego? ¿Sabes hablar con los animales marinos? ¿Lees la mente? ¿Alguna otra habilidad que no me hayas contado? —le pregunté.

—Soy experto en el arte del despiste, hermano. —Me dedicó su mejor sonrisa.

—Callarse un momento —ordenó Sun—, Hank está haciendo

señales. Dice que los que vimos en El Asador vestidos de moteros están entrando en la jefatura. Dos cánidos y dos felinos. Son las seis menos diez, puntuales como un reloj. Mundo, informa por radio.

Le hice caso, cogí de mi mochila la radio portátil, que no era otra cosa que un *walkie-talkie* con pinta de antiguo, aunque no era demasiado voluminoso.

—Ursa, Jacob, ¿me recibís?, cambio —dije por el aparato.

Se hizo una pequeña pausa y empezó a sonar la voz de Ursa a través del altavoz.

—Alto y claro, lobito, estamos en posición. ¿Alguna novedad?

—Aquí hay movimiento, estad listos.

—Recibido, quedamos a la espera con el canal abierto. Cambio y fuera. —La voz de Ursa por radio sonaba diferente, pero era ella.

—Ha sido muy profesional —dijo Sun—, estoy sorprendida de que no le hayas dicho «te quiero» o «guapa» o «churri», no sabes las veces que me han entrado ganas de mandaros a una cueva.

—¿Qué pasa, Jacob no te dice cosas bonitas? —pregunté.

—Me gusta mucho, pero es muy felino. Es más de demostrar que de decir —aclaró ella dedicándome una sonrisa cómplice.

—Le hablé a él de ti. Estoy seguro de que os llevaréis de fábula. Quiero que lo trates bien —le advertí.

—¡No me sueltes esas cosas en este preciso momento! ¿Sabes que estamos en medio de una misión? —Buddy le pegó un codazo a Sun señalándole la atalaya de Hank—. Joder… Dice que están saliendo, dos motos, una de ellas con una rueda extra y un asiento a su lado. ¿Qué es eso, Mundo?

—Un sidecar, es muy práctico —respondí—. Nunca he conducido uno de esos, pero no creo que sea muy diferente de llevar que una moto convencional.

—Dice que se dirigen al este, como era de esperar.

—¿Algo más? ¿Ha parado de informar?

—Si ha parado de informar es que siguen al este, informará si hay novedad. Habla por radio con tu osa.

Obedecí como un perro bueno, informé de la partida de las motos y la dirección que tomaron. Ursa me dio el recibido y quedaba a la espera.

—Estoy que me meo encima de la emoción, está pasando —dije.

—Calla —ordenó Sun—, vuelve a hacerme señales. Se han parado en una pequeña plaza, la plazoleta del Caldo, han entrado en un bar, El Vidrio Tintado. Dice que está aquí en un par de minutos.

—¿Va a saltar? ¿Tienes unos primaticos? No quiero perdérmelo. —Estaba muy emocionado.

—Déjate de prismáticos e informa al otro grupo, que nos esperen justo aquí. —Sun ya estaba preparando las cosas para salir corriendo

hacia dicha plazoleta.

Informé por radio y les dije que vinieran tan pronto fuera posible a nuestra posición, Ursa solo dijo: «Recibido, estamos en marcha».

—¿Dónde está el intrépido vigía? —pregunté.

Pude verlo justo cuando lo teníamos encima, venía muy, muy rápido. Justo antes de tocar el suelo batió los brazos un par de veces frenando su avance y aterrizando de pie.

—Me he perdido el salto, pero el aterrizaje ha sido impresionante —exclamé.

—Te dije que soy la última ave que vuela —me contestó mientras sacaba pecho, se lo tenía muy creído.

—Te podrías ganar la vida enseñando eso al resto de los pájaros de este planeta. Hank, el monitor de salto —dije haciendo un arco con las manos.

—Nunca había pensado en enseñar a nadie esta temeridad, pero me parece una idea fantástica, eso me haría feliz.

—Bueno, hermano, quítate las alas y vamos donde nos has dicho —intervino Sun—. Si nos damos vida, estaremos en menos de cinco minutos.

Nos montamos en los caballos y fuimos galopando a la plazoleta del Caldo. El día y el sitio no acompañaban para que aquello fuera una extracción fácil y limpia. Aquello estaba atestado de bares, motos, caballos y racionales, muchísimos racionales. Todos estaban tomando cerveza y hablando de sus cosas. Encontramos las motos color caqui aparcadas justo en el bar que nos dijo Hank. El Vidrio Tintado era el equivalente a una taberna irlandesa. Desde el gran ventanal de la entrada podíamos ver a nuestros objetivos pidiendo algo en la barra mientras los humanos enfundados en el cánido y la felina iban a sentarse a una mesa del fondo.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —dijo Sun mientras ataba a los caballos.

—¿Hacemos el número de la dama en apuros? —pregunté— Entras tú primera, te pides algo en la barra y acto seguido entra Buddy. Pelanas, tu empiezas a bordearla, a meterle cuello a muerte y a ser demasiado cariñoso. Yo llego a los cinco minutos y le pregunto a mi hermana si la están molestando. Empezamos una pelea simulada, empujamos a alguien y la liamos un poco.

—En medio de ese jaleo puedo entrar y camuflarme —dijo Seve—. Si me lo monto bien, puedo drogar a nuestros objetivos sin que se enteren.

—Está bien, estas drogas son hidrosolubles —aclaró Buddy—, puedes echárselas en la bebida, aunque si los pinchas el efecto será inmediato. Tomad un par de viales, si podéis drogar a los guardaespaldas, será un problema menos. Yo entro antes, Mundo,

después te seguiré el rollo.

— No sé si se me dará bien hacer de dama en apuros. No me gusta el papel de perra tonta e indefensa. —Sun cruzó los brazos sobre el pecho.

—Seguro que lo haces bien, tal como estás vestida no parece que estés tan cachas, estás muy guapa. Además, ¿no te gustaría ser salvada por un lobo grande y apuesto? —Le dediqué mi mejor sonrisa en el cuerpo de Kiyu.

—Argh, señor. Una sonrisa, una palabra amable y me tienes donde quieres. Disfruta del espectáculo, guapo. —Cruzó la plazoleta moviendo el culo en exceso y dedicándole una sonrisa a todo el que la miraba.

—Igual no tienes ni que hacer el papel de perro chungo y pesado, Buddy —dije mirando el hipnótico andar de Sun.

—Eso es otra cosa, hermano. Yo nunca he tratado mal a una hembra, se me va a hacer muy difícil ponerme borde con ella. Es muy guapa y me cae bien. —Lo escuché gemir como un perro pidiendo comida.

—Imagínate que es la responsable de que no te puedas casar con tu cordera con todas las de la ley. —Al decirle eso último, pude ver como enseñaba los dientes—. Uh, espera, Buddy, mira.

Lo detuve poniéndole una mano en el pecho, a través de la cristalera pudimos ver como se le acercaba un cánido grande, uno de pelaje oscuro y corto. Cogió un taburete, se sentó muy cerca de Sun y le echó un brazo encima.

—Conozco desde hace bastante a esa hembra —dijo Hank—, le va a calzar una galleta en breve. Es una loba dura con poca mecha.

Según terminó de hablar Hank, vimos como Sun le daba una patada al taburete del cánido, le cogía el brazo que le pasó sobre el hombro haciéndole una llave y estampándolo contra la barra.

—¡Bum, eso tiene que doler! —exclamé—. Vamos, pelanas, la fiesta acaba de empezar y nos la vamos a perder. Seve, haz lo tuyo aprovechando la distracción. Hank, te quiero aquí fuera, si algo va mal, informa por radio.

Entramos en el local e interpretamos nuestro papel. Fui a preguntarle a mi hermana qué había pasado, ella me dijo que ese había intentado abusar de ella. Y ahí empezó el baile. Levanté al cánido grande del suelo y lo empujé sobre un equino que estaba tan tranquilo en la barra, este se lo quitó de encima tirándolo encima de una mesa donde había tres antílopes grandes. En un momento el local se había convertido en un ring de lucha libre. Entre toda la confusión Seve se coló desnudo, se pegó a una pared y fue andando camuflado hasta la mesa donde estaban nuestros objetivos. En un abrir y cerrar de ojos estaban durmiendo sobre la mesa. Le hice una señal a Buddy y

buscamos entre toda esa marabunta de golpes, patadas e insultos a la pantera negra y al otro cánido. Los encontramos noqueados en una esquina uno encima de otro. Les rebusqué entre los bolsillos y encontré unas llaves de moto en uno de ellos. Le silbé a Buddy y avisé a Sun, esta última parecía disfrutar machacando al personal. Al ponerle una mano en el hombro para avisarla, tuve que esquivar un golpe que me lanzó creyendo que yo era otro más de aquellos racionales. Cargamos al pastor alemán y a la guepardo y salimos por la puerta. Toda la acción no nos tomó ni veinte minutos.

—Seve, ¿dónde está Seve? —pregunté mirando para todos lados.

Sentí una mano fría en mi espalda.

—Justo detrás de ti, Mundo. Esos siguen dándose de hostias, tenemos que irnos pronto, antes de que llegue la policía. —Se desnudó, camufló y vuelto a vestir en un chasquido de dedos.

—Bueno, Buddy monta a Lola. Hank, carga a ese perro en Toc y yo me voy en el sidecar con Sun y la felina.

Todos asintieron e hicieron lo que les dije.

—Vamos al punto de reunión. Ursa está con Jacob esperándonos. —Hank tenía la radio en la mano.

—Esto está saliendo demasiado bien. Vámonos antes de que se tuerza todo. —Al meter la llave en el sidecar este no hizo nada, no se encendió ningún testigo luminoso, no hubo zumbido, nada—. Estas no son las llaves. Ya decía yo que esto fue muy fácil. Búscale a esa gata a ver si… —Sun tenía las otras llaves en las manos—. Bueno, triunfo por partida doble, nos llevamos una moto y los dejamos sin la otra.

Giré la llave y el cuentaquilómetros se iluminó. La moto solo tenía una palanca para marcha atrás, adelante y N de neutro. Puse el vehículo en movimiento y tal como me puse a andar hacia adelante me hice con todos los controles al momento. Era exactamente igual que llevar una motocicleta en la Tierra. El acelerador estaba en la derecha, los frenos en las manetas y los indicadores en su mismo sitio. Andaba muy bien, no sabía cuál sería su equivalencia en caballos, pero aceleraba de una forma lineal y constante. Al mirar atrás vi a Sun con la boca abierta y un buen trozo de lengua fuera. Al final, terminé haciendo lo mismo. Incluso la hembra felina que teníamos metida en el sidecar inconsciente parecía estar sonriendo. Llegamos en cinco minutos al punto de reunión, allí estaban Jacob y Ursa cruzados de brazos.

—Os parecerá bonito, nosotros dos preocupados y tú disfrutando de un paseíto en moto con esa perra —Ursa con los brazos en jarras.

Frené la moto a su lado, salté del asiento y le di un abrazo levantándola del suelo.

—Osa, ha salido todo a pedir de boca. Vamos a empaquetar a esta para regalo, Hank, Seve y Buddy vienen en camino.

Según terminamos de atar y preparar a nuestra «invitada» aparecieron el resto de la partida de incursión. Preparamos al otro objetivo, lo cargamos en el carro, enganchamos a Toc en el carro y dejamos el sidecar en una esquina del solar con las llaves puestas.

—Me ha encantado el paseo en moto. Tengo que aprender a llevar una de esas. —Sun no apartó la vista del vehículo mientras nos alejábamos de Hitachi.

—Ya tendrás tiempo, loba. Si todo sale bien, los nuestros vamos a poder andar entre el resto de racionales sin temor alguno. ¿No os ha parecido muy fácil? —pregunté.

—Ha sido fácil porque estaba todo muy bien planificado, tú lo has planificado todo muy bien —dijo Hank—. Sin saber dónde iban a estar, sin tener a Jacob que ve lo del aura, sin contar con Buddy para drogar a estos dos y sin nuestro lagarto, esto hubiera sido muy complicado. No ha sido fácil, teníamos muy buenas herramientas.

—Te has olvidado mencionar a Sun y a ti mismo —respondí—. Tu labor como vigía nos ha ayudado muchísimo. Ahora lo que tenemos que hacer es seguir con nuestra tapadera y adquirir un perfil bajo hasta que lleguemos al asentamiento. Que, por cierto, ¿por qué estás llevando la carreta al este en lugar de al oeste?

—Somos nómadas, los grandes rebaños se mueven, nosotros con ellos —puntualizó Hank—. El siguiente asentamiento está más al norte de Villa de Hakuba y un poco más al oeste. El sitio te va a encantar, es uno de nuestros asentamientos más bonitos.

—Mundo, el efecto de mis tranquilizantes no es muy largo —advirtió Buddy—. Estos dos se van a espabilar en una hora o así. Si quieres, puedo volver a dormirlos, pero deberíamos tenerlos hidratados. Yo no les daría más dosis, eso les proporcionaría un gran dolor de cabeza. —Cuando hablaba de medicamentos y drogas no soltaba ni un «tío» ni un «colega», se comportaba como un profesional.

—Si se ponen muy pesados, los podemos amordazar, eso no es problema. Nosotros no somos el Ministerio, no vamos a hacerlos sufrir más de lo necesario —dijo Ursa.

—Eres muy misericorde, Ursa, aquí sobre estas tablas está la persona responsable de que me hayan alimentado con la carne de mis hermanos recién nacidos. —Seve los estaba mirando con cara de querer clavarles las garras en la garganta a los dos.

—Espero que esa persona no sea la directamente responsable de eso. De todas formas, hemos quitado una incógnita de la ecuación —dijo Sun.

—¿Y ahora cómo vamos a saber cuál de los dos es nuestro macho, o hembra? —preguntó Hank.

—Ursa, ¿recuerdas lo que me hiciste cuando te enteraste de que era una piel cambiada? Lo de los instintos prestados. Pues uno de los dos

lleva aquí más de seiscientos años, el otro no. Jacob, ¿qué hace que un gato muy joven pierda el control?

—Hierbas para gato, eso cuando era un crío me hacía ronronear, cazar ratones imaginarios y hasta mearme encima. Ahora mismo solo me hace dilatar las pupilas y que entre en un ligero estado de excitación —respondió Jacob.

—Pues nada, ahí está el modo en el cual vamos a separar el grano de la paja. A estos les queda una hora más menos para que se levanten. Osita, corazón, ¿te vienes conmigo y nos echamos una siesta? —Me había dado un bajón de adrenalina y estaba realmente muerto.

—Pues claro que me hecho una siesta contigo. Si no os importa.

Nadie en la carreta puso ninguna pega.

Otro día realmente intenso al que aún le quedaban muchas horas. Me tumbé con mi osa abrazada a la espalda y me quedé dormido casi al instante. Tuve sueños turbios, de una tierra árida y estéril. Caravanas de figuras encorvadas atadas con cadenas iban tras carretas tiradas de bestias y guiadas por lobos. Ellos, ese pueblo que me parecía tan armonioso con la naturaleza, no tenían nada que ver con los que aparecían en mi sueño, eran grandes y amenazadores. Esa visión me sacó del profundo letargo en el que había caído. Al despertarme e incorporarme, me encontré con ese cánido mirándome cara a cara. Tenía el patrón de colores típico de su raza y unos profundos ojos marrones, era un perro bastante bonito.

—¿Has descansado bien? ¿Algún sueño perturbador? —Hablaba con mucha tranquilidad y con un acento raro, su voz era dura, de hombre maduro.

—Mundo, no ha parado de hacer eso desde que se despertó. Es un tocapelotas. Sin decirle nada, ha acertado en muchas cosas de nuestra personalidad. —Jacob parecía asustado de ese racional, todos parecían temerle.

—Venga ya. ¿Qué os ha dicho este charlatán? ¿Os ha dicho que si lo soltáis la cosa no irá a mayores? Que hay mucha gente buscándolo, que es una persona muy importante en el Ministerio, bla, bla, bla. —Después de años trabajando para un jefe manipulador, era muy capaz de calar a los de su calaña.

—Después de decirme que echo de menos a mi madre, de decirle a Buddy que no engaña a nadie, a Hank que es un adicto a la adrenalina, a Seve que un nombre no le va a dar una identidad, a Sun que un poco de maquillaje no la iba a hacer encajar en esta sociedad… Sí, dijo que si los dejábamos libres la sangre no llegaría al río.

—Creo que podemos tirar a este en marcha, ella es la que estamos buscando —dije de forma casual.

—¿Pero tú sabes quién soy yo? —Me hablaba con mucha dureza y enseñando los dientes.

—Pues claro que sé quién eres, eres un embaucador. Empiezas a tirar órdagos y has aprendido a leer las expresiones en los rostros de los racionales. Por eso le has dicho a Seve que un nombre no le va a dar una identidad, a él no lo puedes leer, pero sí sabes que a ellos les dan números. —Al decir eso, aquel cánido dejó de enseñar los dientes —. Ursa, cariño, despierta, quiero que hagas algo por mí.

—Buah, qué sueño más malo he tenido, Mundo. ¿Qué pasa, ya tenemos ganador del concurso de pieles cambiadas? —Tenía media cara despeinada por haber estado dormida en la carreta y se estaba frotando los ojos.

—Tú no te aceptas a ti misma, por eso buscas refugio en sus brazos. —Volvió a decir esas palabras en el mismo tono.

—¿Qué dice este? Chaval, mido dos metros y peso cerca de doscientos kilos, ¿sabes dónde te puedo lanzar si me tocas las narices?

El perro, que hasta ahora iba tirándose un farol, agachó las orejas y metió el rabo entre las piernas.

—Hazle lo que me da a mí tanto coraje —le dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ese era tu plan? —preguntó Ursa con la boca abierta.

Yo, sin parar de sonreírle, le asentí unas pocas veces. Ella se puso de rodillas y empezó a golpearse las piernas con las manos.

—¿Quién es este perro bonito? Dime, ¿quién te ha hecho eso? Pobrecito, que lo han atado y lo han metido en una carreta contra su voluntad… Ven, anda, precioso, que yo te desato. —Me tuve que tapar los oídos y pensar en otra cosa para no mover el rabo y tirarme encima de ella.

La reacción de ese pedazo de perro, que tan solo hacía unos minutos había hecho una valoración tan acertada de todos en la carreta, fue muy cómica. Estando atado, se tiró de lado y empezó a arrastrarse moviendo el rabo para poner la cabeza en el regazo de Ursa, incluso se orinó encima.

—Joder, Dan, mira que el Ministerio te ha entrenado, la de horas que se emplearon contigo para hacerte útil y caes… caes en el truco del perro bonito. —La felina tenía una voz de mujer joven, con un ligero acento catalán.

—Lo siento, lo siento mucho. Pero tiene esa voz y esa apariencia que… quiero lamerle la cara. ¡Qué guapa es!, digo… ¡qué vergüenza!

—No te preocupes, Dan. Tú en la Tierra eras policía, probablemente de la criminalística. ¿Me equivoco? —Lo levanté del suelo y lo puse junto a la felina.

—Sí, era de la policía científica. Hacía perfiles psicológicos. —La felina le dio un codazo—. ¡Eh, qué pasa! Nos tienen cogidos por los

huevos y ella es una loba, hagamos lo que hagamos estamos muertos.

—¿Estáis muertos? Eso quién os lo ha dicho, ¿el Ministerio? —preguntó Sun— No somos unos salvajes, solo queremos poder vivir en paz y decidir por nosotros mismos. A mí me gustaría integrarme en vuestra sociedad, tenéis mucho que ofrecer.

Dan miró a la felina con cara de estar alucinando.

—¿Es una loba y habla así de bien? ¿No me dijisteis en el Ministerio que apenas hablaban, que se comunicaban por gruñidos y olores? ¿Qué os han hecho esta etnia?

—Pues por eso la hemos capturado, creemos que ella lleva aquí unos seiscientos años. Ella es el Ministerio. —Se lo dije muy serio y mirándole a los ojos.

—¡No puede ser! Es secretaria de alto cargo, se llama Ronin. Cuando me dijeron de ir a Villa de Hakuba para entregar unos documentos, me ofrecí de cabeza. Le gustan los cánidos y es un poco ligera de cascos. Seiscientos años —dijo Dan mientras la miraba de arriba abajo—. Pues estás metida en manteca, chata.

—Metida en manteca… ¿De qué parte de la Tierra eres? —El dicho «metida en manteca» se suele usar para indicar que alguien se conserva muy bien, pero su uso está muy acotado.

—Soy malagueño, de Torremolinos. —Al escuchar de dónde venía ese humano enfundado en un cánido, no pude evitar mover el rabo.

—¡No jodas, yo soy de Cádiz! A ver si adivino, ¿accidente laboral? —pregunté.

—¡Sí, tío, me caí por las escaleras de la jefatura y desperté de esta guisa! Llevo un año aquí preguntándome si era el único. —Y ahí estábamos los dos moviendo el rabo y jadeando bajo la atenta mirada de mis amigos.

— ¿Y ya está? ¿Ya sois amigos? ¿Tan fácilmente cambias de bando? Te dimos una profesión, un propósito, un nombre y un sitio donde ser pleno. ¿Vas a tirar todo eso por la borda para unirte a los lobos? —preguntó Ronin.

—Todo eso que me habéis «dado» se fue a la mismísima mierda en el momento en el que esa loba tan guapa ha abierto la boca. Ni gruñe, ni enseña los dientes, solo es un poco más grande que un cánido promedio. Y de darme nada, guapa, mi paso por el Ministerio no ha sido agradable, el Sanatorio para la Mente no era un spa precisamente. —Dejó de hablarle a ella y se giró a mirarme a mí—. No os voy a pedir que me desatéis, yo no lo haría, lo que sí os pido es que me alejéis de ella. —Hicimos lo que nos pidió y lo pusimos en la otra esquina de la carreta.

—Otra vez me encuentro sola en esta situación, de nuevo sola. Es una lástima, esta piel me gustaba mucho. —Nos dedicó a todos una sonrisa enseñando toda la dentadura.

—Uh, ¡qué chungo, colegas! —Y Buddy, sin mediar más palabras, le dio un directo en la boca, el golpe la dejó noqueada.

—Pero, ¡¿qué haces, oveja que ladra?! ¿A qué viene dejarla sin sentido de esa forma? —No me esperaba que Buddy fuera a pegarle, ni siquiera pude pararlo.

—Siento haberla golpeado, cuando recobre la conciencia me disculpare con ella. Mirad esto. —Le abrió la boca y nos señaló un diente con un tono ligeramente más amarillo—. Cuando dijo lo de la piel y vi ese molar con un tono diferente, tuve un pálpito. —Le metió la mano en la boca y le jaló del diente, llevándoselo en la mano.

— ¿Una funda de porcelana? Parece sacado de una peli de espías — dije viendo el diente ensangrentado en la mano del pelanas.

—Una funda de porcelana hueca, Mundo. Dentro tiene algo que podría matarla con morderlo. Si dices que lleva tanto tiempo aquí cambiando pieles, una más una menos le daría igual. Me pone enfermo, no pienso pedirle perdón por haberle pegado. —No lo había visto enfadado hasta ahora, tenía el diente en el puño derecho y lo apretaba con fuerza.

—Venga, hermano, relájate y deja de apretar el puño. A ver si vas a partir el diente y te vas a envenenar sin querer —le dije.

—¿No te das cuenta? Esa hembra que está ahí tendría una vida antes de que esa hija de la gran puta se la arrebatase. Tengo algo en mi riñonera para espabilarla, quiero hacerle un par de preguntas — soltó Buddy entre gruñidos.

—¿Estás seguro de querer hablar con ella en tu estado? Es la primera vez que te veo enfadado y me estás preocupando.

—Solo quiero preguntarle si sabía el nombre de la piel en la que habita.

Fue a por su bolsa de las chucherías y sacó un frasquito con un tapón metálico. Lo abrió y se lo puso bajo la nariz, la felina arrugó el hocico y abrió los ojos.

—¡¿Ves cómo son unos salvajes, Dan?! —exclamó la felina parpadeando con pesadez.

—Sí, guapa, son lo peor —respondió Dan con sorna—. Anda, date con esa lengua rasposa y búscate el diente mortal. Y pensar que estaba deseando pasar unos días contigo. ¿Qué eres tú?

—No pienso hablar con ninguno de vosotros. La tortura no funcionará conmigo, ya habéis visto el poco apego que le tengo a este cuerpo. No sacareis de mí ninguna información —respondió ella tras sisear y enseñar los dientes a todos.

—Eso es lo que tú te crees, minina. Tengo cosas en esta bolsa que te pueden hacer el racional más colaborador de este planeta. Te podríamos sacar hasta el nombre de tu primer novio, o la forma en la que perdiste la virginidad. —Buddy estaba hablándole muy serio,

había perdido la forma lenta y pausada de expresarse.

—Y si eso no funciona, tenemos a Darío —intervine—, él puede hacer lo del intercambio de recuerdos. Puede entrar en tu mente y ver de qué estás hecha. Si hace falta, entraré con él.

—Mundo, él dijo que era peligroso. Que bajo ningún concepto deberías tocarla —dijo Ursa.

—Por eso yo no cargué con ella en Hitachi, osita. Ahora lo veo, es un mal bicho. Respóndeme solo una cosa, ¿qué te han hecho los lobos? —le pregunté.

—Pregúntale mejor su peso, no quiero pasarme con la dosis y dejarla catatónica para todo lo que le quede de vida en ese cuerpo. —Buddy tenía una aguja hipodérmica y estaba buscando tarros en su bolsa.

—Los lobos… Por lo que puedo ver has estado conviviendo con ellos. Te habrán parecido un pueblo ejemplar, que vive en comunión con la naturaleza. Toman solo lo que necesitan. Eso hace seiscientos años no era así, hace seis siglos lo tomaban todo —respondió Ronin.

—¡Eso no es cierto! ¡Nosotros no somos unos salvajes! —Sun hablaba como un racional, pero tenía el pelo totalmente erizado y enseñaba los dientes.

—Vaya, cálmate, hermana, hace seis siglos andabais todos matándoos entre vosotros por vuestros credos. ¿Qué crees que ha podido hacer cambiar a ese pueblo, Ronin? —pregunté.

—El cambio ha sido posible gracias al Ministerio, hemos conseguido tenerlos controlados —respondió.

—Mundo, ¿su acento no te suena al de alguien de nuestra tribu? —Sun había pasado olímpicamente de su explicación.

—Esta muchacha también viene de Cataluña, ¿te imaginas que ella es para Darío lo que Ursa para mí? —pregunté.

—No sé qué decirte, Mundo, en ella veo el mismo aura que veo en ti. Es un humano metido en esa gata tan guapa. Joder, qué desperdicio, tiene unas manchas preciosas —dijo Jacob.

—Y tú eres un gato muy machote, si me desatas podemos jugar juntos con un ovillo de lana —insinuó ella sonriendo.

—Estás desesperada y… hueles a miedo. Eso está bien, estarías loca si no nos temieses. —Sun se había metido muy bien en el papel de loba feroz.

—Igual no es el Ministerio el que los tiene controlados, igual son ellos los que han buscado un sitio en esta sociedad. ¿Sería muy difícil encontrar un punto medio?

—O estás en esta sociedad o eres un fuera de la ley. Es así de simple —volvió a decir entre bufidos.

—No es tan simple, no todo es blanco y negro, hay escalas de grises. Mira, gatita, yo llevo poco más de una semana aquí, este sitio es

fantástico, lo que has conseguido aquí es genial. Pero lo que estás haciendo con los lobos y con los saurios está muy mal —dije lo más tranquilo que pude.

—Lo de los lobos está totalmente justificado, ¿pero los saurios? Los saurios son unos buenos colaboradores, nos prestan un gran servicio —respondió.

—¿Qué nosotros os prestamos un gran servicio? —preguntó Seve—. Yo he sido criado en una granja, me han alimentado con los cuerpos de mis hermanos más débiles. Nuestras hembras son ponedoras inseminadas por sementales. Nosotros no somos colaboradores, somos productos. —Había visto a Seve enfadado, pero ahora estaba furioso. Se le habían abierto las escamas, parecía una muñequera de pinchos.

—¿Qué? No… Eso no es cierto. Nosotros os reclutamos y os gusta vuestro propósito, os sentís plenos. Lo de los números es para vuestra seguridad y la de vuestras familias. No puede ser verdad… —Parecía perdida, toda esa fachada de fortaleza y seguridad se derrumbó en un segundo.

—Hazme caso, es la verdad. No te hagas la inocente —siguió diciendo Seve.

—He hablado con muchos de vosotros, parecíais felices con vuestro propósito. Yo solo pedía más de vosotros para las misiones de escolta, di orden de reclutaros. Joder… ¿Cómo ha llegado la cosa a esos extremos? ¿Por eso las voces no me dejaban últimamente? ¿Qué estoy haciendo? Yo solo… solo quería una sociedad perfecta.

Todos en la carreta la vimos derrumbarse, si era una actuación era digna de un Goya, un Oscar y un Bafta.

—No me lo trago, si es cierto que lleva tanto tiempo aquí, puede ser una actuación. Deberíais drogarla y preguntarle hasta cómo le gustan las tostadas —dijo nuestro otro captivo.

—Estamos llegando al punto de encuentro, a partir de aquí tenemos que borrar nuestro rastro. —Hank seguía a las riendas con los ojos puestos en los caminos y el oído en la conversación.

—Dan… ¿Qué nombre es Dan? Y tú, gata, ¿te llamas Ronin de verdad o es un apodo? —Ursa había estado escuchando todo muy callada.

—Dan es de Daniel, tuve un accidente tonto en la comisaria y desperté siendo un perro policía. Ayudé a resolver unos asesinatos en serie aquí y enseñé a hacer perfiles. Publiqué un libro sobre psicología y criminalística, entonces dejé de tener esa sensación tras los ojos. Quitando el tema de las hembras peludas y el molesto sentido del olfato, soy feliz aquí. Sigo sin querer que me desatéis, yo no lo haría.

—Cuando lleguemos al punto de encuentro nos vendría bien otro par de manos, él es grande y fuerte. Va a estar rodeado de lobos y te tenemos a ti para pararlo si se pone gallito. —Hank seguía guiando a

los caballos sin apartar la vista del camino.

—El pájaro ha hablado. ¿Qué nos dices tú, samurái sin señor? —pregunté.

—Conoces el significado de la palabra —dijo ella en un lamento

»Me apasiona la cultura japonesa, su gusto por la perfección, su respeto y corrección hacia los demás. Los pueblos y ciudades tienen nombres de sitios que visité y recuerdo con mucho cariño. Ahora me doy cuenta de que todos mis esfuerzos por acallar esa presión tras los ojos, por silenciar esa voz que te habla sin palabras, han ido en mal camino. Siento lo que le ha pasado a tu gente, Seve, no tenía ni idea. En cuanto pueda, voy a averiguar quién ha montado esas granjas y a pedirle muchas explicaciones. Me llamo Roser. Roser —dijo con la mirada perdida—, hacía mucho tiempo que no pronunciaba ese nombre.

—Sigo sin creerme que esta hembra no sea responsable de todo lo que pasa dentro del Ministerio —intervino Jacob—. ¿Qué pasa con mi madre? ¿Qué pasa con las pieles cambiadas y los campos de concentración?

—¿Campos de concentración? —respondió Roser aturdida—. Son sitios donde se prepara a los humanos para su nueva vida aquí. Hace unos veinte años venían dos, tres al año y muy desperdigados. Últimamente vienen a tropel, tenemos días que nos reportan hasta veinte casos. No sé bien cómo funciona esto, nadie lo sabe a ciencia cierta. Los que suelen venir como Daniel se quedan poco tiempo en esas instalaciones. Hay casos más difíciles de evaluar y permanecen meses en observación.

—Conocí a un humano que pasó por uno de esos centros. ¿Cuándo dices «evaluar» sabes que en realidad los someten a tortura? —pregunté.

—He visitado esos centros, tratan bien a los humanos que aterrizan aquí con un cuerpo nuevo —respondió.

—¿Ese buen trato incluye privación de sueño y de alimento? —le dije.

—No… No se les hace eso, esos sitios están para evitar que se hagan daño o lastimen a alguien de su entorno. Se les dice que tienen que continuar con la vida del huésped; si les parece muy duro tener una familia aquí, se les busca otra ubicación.

—Esta hembra no puede ser tan inocente. Déjame que la pinche, Mundo. ¿Cuánto pesará, sesenta kilos? —Buddy estaba dispuesto a llenarla de suero de la verdad hasta los bigotes.

—A mí no me trataron como estáis contando —intervino Dan—. Me desperté en este cuerpo, intenté arrancarme la cola y me sedaron. Me desperté en un psiquiátrico con una camisa de fuerza. Me estuvieron asesorando, me dijeron lo que me había pasado, que debía ser

discreto. Nadie me tocó un pelo de la cabeza, fueron muy pacientes conmigo. —Dan estaba medio de lado en el suelo de la carreta, parecía estar incómodo por la situación.

—Esto nos sobrepasa —dijo Hank—, vamos a esperar a estar en el asentamiento y que el consejo decida. Si Darío se quiere zambullir en esa gata, que lo haga, si hace falta los drogaremos y los freiremos a preguntas. Estamos cerca del punto de reunión, nuestros hermanos están esperándonos, hora de moverse.

Hank apartó la carreta del camino principal metiéndola en una senda forestal estrecha y llena de baches que se adentraba en el bosque.

—¿Qué habéis hecho con los otros dos que venían de escolta? La pantera negra y el cánido. —Al decir eso, Roser empezó a mirar atrás, al camino.

—Pues los dejamos en aquel bar en Hitachi durmiendo como troncos. También les quitamos las llaves de la moto.

Inconscientemente miré atrás al camino, lejos venía un punto luminoso. Escuché un silbido seguido de un golpe seco, y una posterior detonación, algo me salpicó en la cara. Todos en la carreta nos tiramos en las tablas buscando cobertura.

—¡Mundo, te han disparado! ¡Tienes sangre en la cara! —Ursa empezó a mirarme por todo el cuerpo, buscando donde tenía el impacto de bala.

—No soy yo, no me han dado. —Miré a mi alrededor, le habían dado a Roser en el cuello.

—Tenían órdenes, si me capturaban, tenían que matarme. —Hablaba a duras penas y tosiendo sangre.

Se escucharon un par de disparos más y a Hank graznar mientras guiaba la carreta.

—Os ruego, por lo más sagrado, que si vais a hacer algo lo hagáis ya. Aquí estoy muy expuesto, una de las balas me ha pasado rozando —exclamó Hank.

—Ursa, haz algo para detener a nuestros amigos del Ministerio. A ver si puedo mantener a nuestra amiga con vida —dije arrastrándome en la carreta para detener la hemorragia de Roser.

—¡Se van a convertir en termitas! —dijo ella enseñando los dientes.

Ursa, esa osa tan mona y positiva, agarró el portalón trasero lo arrancó de sus bisagras y lo tiró hacia el punto de luz que venía detrás de nosotros. Estaban lo suficiente cerca como para verles las caras, pero no tanto como para adivinar el movimiento de la osa. Todos pudimos ver cómo el objeto impactaba contra la rueda delantera. Escuchamos cómo hacía un gran estruendo al dar en el suelo. Lo siguiente fue el ruido que hicieron un par de cuerpos rodando en el camino. Desde lejos escuchamos sus lamentos.

—¡Qué pasada, tía! Das miedo, osa, menos mal que no se me ocurrió abrazarte sin tu permiso donde Yuta. —Buddy se quedó mirando el camino tras nosotros con la boca abierta.

— ¿Alguno ha estudiado medicina? Creo que tiene la yugular parcialmente desgarrada, alguien tendría que meterle un dedo en el agujero y taponar la herida —dije haciendo presión en su herida.

Había cogido una de las mangas de mi camisa y se la puse en el cuello, no quería tocarla directamente. Todos se miraron las manos, Ursa tenía las manos grandes, Jacob las uñas largas, Buddy los dedos cortos y anchos, Seve también tenía garras, todos nos giramos a mirar a Sun.

—No, por favor, no me hagáis meter un dedo en una herida abierta. Me estoy mareando, ¿hace calor? —dijo Sun mientras ponía los ojos en blanco y caía redonda en las tablas de la carreta. Jacob fue corriendo a recogerla del suelo.

—Esto estaba saliendo demasiado bien… Hank, para la carreta. —Nuestro pájaro volador obedeció, me giré a ella para hablarle a la cara —. Voy a meterte un dedo en el cuello, no quiero intercambiar recuerdos contigo. ¿Puedes asentir si lo has entendido?

Asintió a duras penas, parecía estar empezando a perder la conciencia. Le metí un dedo en el agujero del cuello y paró de sangrar.

—Necesito que la desatéis y la pongáis boca arriba con los pies en alto.

—Amor mío, como te toque vamos a tener un problema. —Ursa estaba empezando a estar muy asustada.

—He dicho que la desatéis, pero si la podéis sujetar hasta que vengan el resto de los lobos, os lo agradezco. No sé qué intenciones tiene esta mujer, ignoro si es tan inocente como nos ha contado —exclamé.

Se hizo tal como lo pedí. Mientras el dedo anular de mi mano derecha la separaba de entre la vida y la muerte, mis compañeros la desataron y la pusieron boca arriba. Su mano izquierda se movió con mucha rapidez, alcanzándome la muñeca derecha. El carro y todos mis compañeros desaparecieron para dar paso a un blanco infinito.

Limbo

La humana enfundada en esa felina tan guapa lo hizo. El me lo advirtió «Osa, que no me toque», me dijo con un temor infundado. Ahí estaba mi lobo, con un dedo metido en su cuello y los ojos en blanco. Ese hombre joven que se perdió en este sitio para poder encontrarse había caído en un trance y dependía de nosotros. Buddy fue a comprobar cómo estaban los agentes que con tan poca delicadeza bajé de la moto, estaban vivos por los pelos. La pantera parecía tener una pierna rota y el cánido tenía un codo girado en un ángulo imposible; aparte de los golpes y las magulladuras, seguirían viviendo.

Yo, después de estar un rato agarrándome la cabeza andando de aquí para allá, caí en la cuenta de que Mundo era el que me paraba cuando me daban esos ataques. Era hora de ser fuerte para él, los lobos vendrían y teníamos que trasladar a Mundo y a Roser de forma que no se separasen e intentar que ella no se desangrara.

—Ursa, tú sabes algo de estas cosas. ¿Qué hacemos? —preguntó Sun. El lenguaje corporal de los cánidos en este caso era una bendición, ella tenía el rabo entre las piernas.

—Lo principal ahora es que no se separen, cuando hizo eso con Michael nos advirtió que no podíamos separarlos. No sé qué pasara si ella muere mientras comparten ese vínculo —dije mirandolos.

—Nuestros hermanos están aquí. Con ellos viene un sanitario de campo, podrá coser a esa hija de… del Ministerio. Con lo bien que estaba saliendo todo… —Hank estaba muy serio, parecía muy afectado por lo que le pasaba a Mundo.

—¿Podéis coger la radio y hablar con Darío? Ella ha perdido mucha sangre, no sé qué pasará si muere —pregunté.

—Yo puedo donarle sangre, aunque no me hace mucha gracia darle mi energía vital a esta hembra. Al darle mi sangre, compartiremos un vínculo. Los felinos tenemos nuestras propias creencias —expuso Jacob.

—No lo hagas por ella, piensa que lo haces por él, lo haces por mí, Jacob —le supliqué.

—Yo puedo ayudaros, aparte de haber sido policía en mi otra vida como humano, también hice varios cursos para atender heridas de bala. Ahora sí quiero que me desatéis, os prometo que no voy a dar problemas. —Dan parecía tan preocupado como el resto de nosotros

en la carreta.

—¿Lo vas a hacer por ella o por él? —Quería saber cuáles eran sus intenciones, la vida de mi macho podía estar en sus manos.

—Voy a hacerlo por todos nosotros. Sé leer a la gente, estudié para ello, y en él veo mucha determinación. He tenido un pálpito, creo que ese chaval, ese gaditano, es el que puede darle la vuelta a este sitio. —Extendió las manos, indicando que lo desatásemos.

—Voy a desatarte, pero como hagas algo raro te mando con tus compañeros del Ministerio. —Cogí el cuchillo que Kudo le regaló a Mundo y lo usé para desatarlo, él se frotó las partes donde la cuerda estuvo en contacto con su piel y empezó a trabajar.

Mundo se había quedado de rodillas con la mano izquierda en el cuello de Roser, ella permanecía tumbada con las piernas sobre nuestro equipaje y agarrándole la mano que la separaba de la muerte por desangramiento. Estaban los dos con los ojos medio abiertos y de cuando en cuando tenían pequeñas convulsiones. Todos estaban muy intranquilos ante la escena, pero Buddy estaba casi al borde de un ataque de nervios. No paraba de repetir que tendría que haberla drogado, Sun lo sacó de la carreta y se lo llevó a dar una vuelta.

—Bueno, tengo buenas noticias. La herida que tiene ella es grave, pero gracias a este tío tan valiente se mantiene estable. Aparte de eso, el lenguaje corporal de los dos me dice que ella está tranquila y él parece contento. Por lo menos mueve el rabo tímidamente y su expresión facial me dice que algo le está llenando de felicidad. No sé de qué va esto de los intercambios o trances, pero si esto se desarrolla en un plano psíquico, ninguno de los dos se está agrediendo. —Sus palabras me quitaron un peso de encima, suspiré bien fuerte.

—¿Cómo hacemos para transportarlos sin que se separen? ¿Es posible? —Hank no paraba de mirar el camino por donde habíamos venido.

—Cabe la posibilidad de que tengamos que quedarnos aquí un rato –aclaré—. Cuando las pieles cambiadas comparten este vínculo, un minuto nuestro puede ser una hora para ellos. Igual cuando se digan todo lo que se tengan que contar ella lo deja tranquilo y podemos marcharnos. No me gustaría que ella muriese en un mal movimiento y Mundo quedase en un limbo.

—Ursa, esos dos que venían en la moto no llevaban radio. Han venido corriendo detrás de nosotros y han dado con el camino por que nos han visto. —Buddy venía con Sun, parecía que se había tomado algo para los nervios, andaba arrastrando los pies y hablaba con dificultad.

—¿Puedes coserle la yugular y hacer una transfusión de sangre? —pregunté a Dan. Al oírme decir eso, Jacob se remangó el brazo derecho.

—Necesito instrumental, un poco de luz y alguien que no le maree la sangre —contestó Dan.

Sun miro a Jacob, le dio un beso y se apartó de la carreta.

—Llamo enseguida a nuestro sanitario, te traerá lo necesario –dijo Hank—. Tengo una linterna aquí, yo te puedo dar luz, mis manos no son las mejores para andar haciendo cosas delicadas. Me tiembla el pulso desde que salimos de Hitachi.

Hank parecía un pájaro al que habían dejado fuera del nido en una nevada. Bajó de nuestro transporte de un salto y empezó a hablar con los lobos que habían llegado.

—Yo te ayudaré en lo que necesites. La sangre no me hace gracia, pero perderlo a él me parecería menos gracioso —dije poniéndome al lado de Dan.

—Debes quererlo mucho, osa, yo no sería capaz de tocar a un ser querido en este estado —respondió Dan—. Eres muy fuerte, no solo físicamente. Siento haberte dicho eso que te dije antes, estaba buscando una salida de este embrollo, he temido por mi vida al ver a Sun. El Ministerio pinta a los lobos como auténticos monstruos, estaba muy asustado.

—Pues míralos, están a nuestro alrededor. Él está enfundado en un mestizo de perro y lobo. Se merecen tener una oportunidad. Puede que en un pasado fuesen temibles, ahora solo son otra especie de racionales más —dije señalando a mi alrededor.

Teníamos cerca de veinte lobos yendo de aquí para allá, esperando a que bajásemos de la carreta para desmantelarla e irse al asentamiento, borrando nuestro rastro, empacando objetos y preparando a los caballos.

—Son unas criaturas impresionantes. Espero poder aportar algo, poner mi pequeño granito de arena. Yo soy como él, un alma perdida en este sitio fantástico. He aprendido a ser feliz aquí, ¡qué cojones!, nunca había sido tan feliz en mi vida. Quiero que él viva para que le pueda dar la vida que les corresponde a los lobos. —Parecía estar emocionado y hablar con el corazón.

—Espero que estés siendo sincero con nosotros. Si el consejo no te despelleja por mentirnos, lo haré yo misma. Más allá de curar raspones y heridas leves no sé mucho más de medicina, ¿hasta qué punto la sangre de un tigre es compatible con la de un leopardo de las nieves? —pregunté.

—Buena pregunta, osa —respondió Jacob—. Existe un 87 % de probabilidades de que tengamos el mismo tipo sanguíneo. En caso de que yo, que soy tipo A, le diera sangre a ella si es tipo B, los síntomas serían catastróficos.

—¿Cómo averiguamos su grupo sanguíneo? ¿Tenemos una prueba o algo para averiguarlo? —dije desde mi ignorancia.

Todos se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—A ver, mi sentido del olfato es bueno —intervino Dan—. Puedo oler y probar la sangre de ella y la de él. No es un test de grupo sanguíneo, pero podría valer. De todas formas, dejaremos la transfusión como último recurso. ¿Te llamabas Hank, cierto? Ven y dame luz aquí. —Hank había vuelto con un lobo, un botiquín y todo el instrumental que Dan había pedido—. Necesito que quites la mano de Mundo de la herida sin que ellos dejen de tocarse. En el momento que el saque el dedo de la herida, puede haber una leve exanguinación. Lo hacemos a la de tres.

Dan contó hasta tres, yo tiré de la mano de Mundo agarrando la de Roser contra su muñeca. En el momento en que el dedo salió de la herida, un chorro de sangre roja y caliente me dio en la cara.

—¡Joder, no veo nada! Me ha entrado en la boca, en la nariz, en… Joder, tengo sangre por todos lados. De leve exanguinación nada, ¡parece que hemos estacado a un vampiro! —exclamé escupiendo la sangre de Roser.

—¿Cómo puedes hacer un chiste en este momento? No me hagas reír, esto es muy delicado —protestó Dan.

Buddy me secó la cara con la manga de su sudadera justo a tiempo de ver como Dan le cosía la herida a esa gata. Dejó de sangrar, aunque parecía haber perdido bastante sangre.

—Bueno, esto ya está, de momento. Podríamos moverlos sin que se separen, creo que el grupo de perros grandes que nos rodean quieren desmontar la carreta —dijo Dan.

Nos las apañamos para desmontar los tablones en los que ellos estaban echados para que el resto de la tribu hiciese su trabajo. Antes de darnos cuenta, nuestro transporte estaba hecho pequeños paquetes que eran fáciles de transportar por los lobos. Todos arrimaron el hombro para recogerlo y ponerse a cubierto, incluso Dan estuvo ayudando.

La cosa no pintaba demasiado bien. La gata había perdido mucha sangre y no había forma cien por cien certera de saber qué grupo sanguíneo era el suyo. No sé por qué puñetas esa humana había hecho eso, quizás quería hablar con Mundo antes de morir o a lo mejor se lo quería llevar por delante. Si sus palabras eran ciertas, puede que ella no controlase con plenitud al Ministerio. Dejar caer el peso de un gobierno planetario a un sola persona debía ser una carga imposible de soportar. Quería pensar, como siempre, en positivo, pero en este caso me resultaba muy difícil. Puede que todo lo que nos había contado era verdad, dentro del Ministerio había una facción ultraconservadora que actuaba a las espaldas del resto. Deseaba con todas mis fuerzas que todo lo que nos contó fuera verdad.

Llevaban así más de una hora y no había señales de cambio, de vez

en cuando tenían espasmos y a ella se le escuchaba murmurar algo incoherente. Tenía mala cara, sus labios se estaban tornando azules y cada vez respiraba con mayor lentitud. Dan se acercó y la tapó con una manta, le puso una mano en la nariz y le cogió la otra muñeca para tomarle las constantes.

—Nuestra fisonomía, la humana, y la vuestra no son tan diferentes. Salvando las diferencias evidentes, presión sanguínea, frecuencia cardiaca y demás valores básicos son muy parecidos a los de un cuerpo humano. Esto tiene muy mala pinta, Ursa, no te voy a engañar. Quiero que estés quieta, voy a lamerte la cara. —Dan me cogió la cara con las dos manos y me pasó la lengua por la frente—. Vale, perdona, pero era el sitio donde más sangre de ella podía saborear. Voy a buscar a Jacob para sacarle una muestra, me gustaría tener una segunda opinión sobre cómo huele o sabe la sangre de Roser. Igual viene media manada de lobos a lamerte la cara —dijo sonriendo, eso me hizo reír fugazmente.

A pesar de haberme dicho que me iban a saborear medio en broma, vinieron tres lobos, dos hembras y un macho, a lamerme la cara. Los tres de la tribu me miraron a mí, miraron a Dan y negaron con la cabeza. Jacob vino remangado y sujetando un algodón en el brazo derecho. Me pidió perdón como si fuera culpa suya que su sangre no valiese para mantener con vida a esa hembra.

Dan traía malas noticias. La temperatura de Roser bajó en una hora un par de grados, sus pies y manos estaban fríos. Perdió mucha sangre, no teníamos donante e iba a morir. Hank ha habló con Darío, dijo que cuando ella se fuera él tendría que salir del trance, si seguía en el trance lo cargarían y trasladarían al asentamiento.

Me pareció muy injusto. Ese humano disfrazado de lobo se partió el alma para ayudar a los lobos. Y ahora estaba en ningún sitio enfrente mía. Abandonó su casa y familia, no estaba en Ix, permanecía en un cara a cara con esa hija de la gran… ¿Qué le empujó a Roser a hacer eso? Estaba furiosa con Fafnir, con el Ministerio, con Roser y conmigo misma por no poder hacer nada en esa circunstancia. Sin darme cuenta, estaba de nuevo apretando los puños hasta clavarme las garras en las manos.

—Eh, vamos, que te autolesiones no va a mejorar las cosas. Seguro que cuando esta gata muera él despertará. Es una lástima… —dijo Dan acariciándole la cara a Roser.

—¿Cómo que es una lástima? Va a morir y despertará en otro cuerpo, estoy segura de que se va a llevar por delante a Mundo —exclamé.

—Me gustaba, era una tía lista y divertida. Aparte de que me parecía guapa con esa cara de gata. La forma en cómo me miraba y la manera de tontear conmigo. Sé leer a la gente, no creo que lo haya

hecho por maldad, su intención no era llevarselo por delante.

Mientras estábamos hablando, ella respiró un par de veces fuerte y dejó de hacerlo.

—¿Ha muerto, ha dejado de respirar? —pregunté. Dan le cogió la muñeca derecha y se quedó muy callado.

—Nos ha dejado. —La separó de Mundo, le puso las manos sobre el pecho y le tapó la cabeza—. No importa quién fuera y si va a volver en otro sitio, en otro cuerpo, acaba de morir aquí y ahora. Nunca te acostumbras a estas cosas. —Tenía las orejas gachas y el rabo entre las piernas, para ser una persona que sabía leer tan bien a los demás no temía mostrar sus sentimientos.

—Mundo no se despierta. Sigue en el trance, miradle los ojos —anuncié observándolo. Permanecía inconsciente con un movimiento rápido de ojos, tics y convulsiones.

—Pues plan B, lo cargamos en un caballo y vamos al asentamiento —dijo Dan tocándole la nariz a Mundo mientras medía su pulso—. Parece estar en una especie de coma, ve con él en el caballo y háblale. Igual al decirle algo que le llegue al corazón se despierta como si nada. Yo voy a dejar que me vuelvan a atar y me lleven en la grupa de algún caballo. Me han hablado de Ulrik y la mejor forma de ganármelo es no parecer una amenaza.

Una de las lobas de la tribu lo ató, lo cargó al hombro y lo puso en un caballo. Nunca vi a nadie atado tan contento.

—Venga, lobo poseído, tú te vienes conmigo, te encanta ir rodeado de osa a caballo —le dije con mucho cariño.

Lo cogí en brazos lo mejor que pude, había ganado peso y también creció. En este momento, parecía un cachorro desvalido.

Me ayudaron a cargarlo en Toc y me monté detrás de él. El resto de la tribu fue abriendo paso, nos dejaron en medio de la caravana. Todo el camino estuve poniéndole la cabeza bien, diciéndole lo mucho que lo quería y el futuro tan brillante que íbamos a tener juntos. Fueron casi dos horas de camino en los cuales de vez en cuando, al decirle algo, abría los ojos mirando a la nada para después volverlos a cerrar. Estas cosas se escapaban de mi entendimiento, me faltaba perspectiva. Toda mi vida aquí, pensando en que esto era lo que teníamos, que nosotros éramos los únicos seres con raciocinio del universo, y llegaba este macho, este hombre a desmontar mi pequeño y perfecto mundo. Si al despertar ya no fuera él, me sentiría la hembra más desgraciada de este plano, realidad o como quiera que sea.

Llegamos al campamento y de nuevo me ayudaron con Mundo. Era una pena que no lo pudiese ver, estoy segura de que el sitio le encantaría. Habían ubicado el campamento al abrigo de un acantilado entre mucha vegetación, el sitio era realmente bonito, de fondo se escuchaba un río. Hank no mintió cuando dijo que aquello era

precioso. Lo trasladamos a la tienda que la tribu nos cedió el tiempo que estuviéramos con ellos y lo recosté en los cojines. Era casi la hora de cenar; aunque no tuviera hambre, pedí que trajeran algo comer. Siempre andaba con hambre, «coñazo de cuerpo», solía decir quejándose de su suerte en esa piel.

El pliegue de la tienda se abrió y Darío entró junto a Bela, verlos juntos era divertido y aterrador, eran como la noche y el día.

—¿Ha habido algún cambio, Ursa? —Darío se agachó y empezó a mirar a Mundo de cerca, le abrió los ojos, le miro las orejas y le tomó el pulso.

—Sigue así desde que esa gata lo tocó. Esto es malo tanto para él como para vosotros. Ahora el Ministerio estará alerta, no creo que podáis volver a capturarla.

—Olvídate de nosotros por un momento, ahora la prioridad es él. Llevamos mucho tiempo siendo un pueblo perseguido, unos pocos años más creo que no nos matarán.

No había hablado nunca con ella directamente. Bela sabía cómo le gustaba a mi macho el café y era muy guapa; en un pasado estaría celosa, ahora sabía que su corazón era mío.

—No puedo entrar en su mente, está atorado tras una puerta que él mismo ha cerrado. ¿Tú me dijiste que compartisteis recuerdos en el plano de los sueños? —Darío estaba arrodillado al lado de Mundo, le había cogido las manos y tenía los ojos cerrados.

—Sí, en una ocasión que compartía sueño con Kiyu estuve con ellos. ¿Crees que yo podría entrar?

—O eres tú o nadie, osa. Creo que sois espíritus afines, almas gemelas. Es algo muy insólito, pero me parece que tú estás hecha para él, al igual que él vino a este mundo para estar contigo.

—Eso es precioso y ambos lo sabemos. ¿Cómo hago para entrar en su cabeza, echar esa puerta abajo y traerlo de vuelta?

—Primero cena algo, después te prepararé algo para que duermas tranquila a su lado. El resto es asunto tuyo.

—Esto es muy raro. ¿Algún consejo para sacar a alguien de la prisión de su propia mente? —El cerebro me estaba ardiendo, tenía ganas de arrancarme las orejas.

—No temas a nada de lo que puedas encontrar ahí dentro. No persigas fantasmas de su pasado. Igual él no te reconoce en su estado, intenta que te conozca por las cosas que habéis vivido.

—Resulta curioso que tenga que volver a cogerlo de la mano como si fuera un cachorro perdido. Nunca había querido tanto a alguien. ¿Vais a estar velando por nosotros?

—No nos moveremos de aquí, tus amigos también quieren estar, si no te importa.

—¿Estás loca, blanquita? ¡Pues claro que quiero que estén aquí! Voy

a cenar, cuando me droguéis necesito estar acompañada de todos a los que quiero.

La cena consistió en pescado y unas bayas que me recordaban a las manzanas, pero de menor tamaño y mucho más ácidas. Cené con la compañía de Darío y Bela, verlos a los dos hablar y dedicarse miradas cómplices me llenó de alegría. Si ellos podían entenderse así de bien pese a sus diferencias, yo podría tener un futuro con Mundo.

Darío me repitió por activa y por pasiva que me anclase a un recuerdo único en mi vida, algo que me marcase y me hubiera hecho ser como soy. También me advirtió que, por muy real que me pareciera todo, solo era una proyección de la mente de Mundo y de la mía propia. Después de escucharlo dándome unas instrucciones básicas de cómo no perderme en los laberintos de la mente, hizo llamar a mis amigos. Buddy venía con una taza humeante, lo que fuera que tuviese esa taza olía bien, parecía que le habían echado miel.

—¿Las hierbas son cosa tuya, Buddy? ¿Le has puesto miel a la infusión? Eres un encanto, tú sí que sabes cómo drogar a una dama. —Intenté gastarle una broma; este, en lugar de reírse, le pasó la taza a Jacob y se me tiró encima entre lágrimas.

—¡Sácalo de ahí, osa, si hay alguien capaz de hacerlo, eres tú! Y, si puede ser, no te pierdas por el camino, tenéis una boda pendiente y tú eres una de las damas de honor. —Me abrazaba muy fuerte, me dio un beso en la mejilla, se levantó y pasó a abrazar a Sun ante la atónita mirada de Jacob.

—Toma, mamá osa, tómatelo mientras esta caliente. Nosotros no nos vamos a mover de aquí, intentaremos darte nuestra energía. Nunca te lo he dicho, pero tienes un aura preciosa, la misma que veo en él. Intenta traerlo de vuelta, le he cogido cariño. —Me pasó la taza, me la bebí de un sorbo y le di un abrazo que por poco le quito las rayas.

—¿Le has cogido cariño? Eres muy felino después de todo. Te iría mejor en la vida si aprendieras a decir «te quiero».

Antes de separarse, me susurró en el oído un fugaz «os quiero».

—Ursa, guapetona, deberías ponerte cómoda, esas hierbas te van a dejar dormida muy pronto. —Escuchaba hablar a Buddy, pero no terminaba de ver bien de dónde venía su voz, lo veía fusionado con Sun, como si fueran una maraña de pelos. Me tiré en los cojines, puse a Mundo de lado y le abracé por la espalda.

No tuve claro el momento en el cual se me cerraron los ojos, pero lo que sí tenía claro era que no estaba consciente. Todo era igual de real como de increíble al mismo tiempo. El olfato, el tacto, la vista… Todos mis sentidos me decían que estaba allí, pero mi mente racional me sacaba de aquel contexto. Estaba de pie sobre un suelo negro

piano infinito; lejos había una puerta, solo una puerta. El caso es que me sonaba la puerta, la había visto en algún sitio. Fui acercándome y según recortaba metros empecé a escuchar gritos tras ella. Parecía una pareja teniendo una discusión bastante acalorada, no lograba entender qué decían, se escuchaban caer objetos y alguien golpeando la pared. Puse la mano en el pomo de la puerta y lo giré, al hacerlo fue como si una corriente muy fuerte tirase de mí hacia dentro. Ahora recordaba donde había visto esa puerta y esas molduras, era el portón de entrada a la casa de los padres de Mundo. Ese piso pequeño con tanta luz no estaba como la vez en la que compartí mi sueño y confesiones con Kiyu, aquel sitio parecía haber sufrido una inundación, un terremoto y un incendio juntos. Solo había una puerta que separase las distintas estancias del apartamento, era de donde salían los gritos, la habitación de la madre de Mundo. Me acerqué con la intención de abrir la puerta cuando escuché a alguien decirme que no lo hiciera. Al volverme vi a un humano joven con los pelos largos y morenos, no sabía decir qué edad tendría, pero no era muy grande comparado con el Mundo que vi en este plano. Su cara me era familiar.

—¿Qué te pasa, por qué no quieres que entre ahí? ¿Cómo te llamas? —Creía saber todas las respuestas, pero quería interactuar con esa criatura.

—Raimundo, como el guitarrista, mi madre me dice Mundo. Mis padres están discutiendo, cada vez que entro algo malo pasa. Cada vez que intento salir de aquí vuelvo a entrar en el mismo sitio. —Era él, pero mucho más joven que cuando lo vi en nuestro sueño compartido.

—¿Sabes quién soy yo? ¿No te doy miedo? —Cuando fui a acariciarle la cara me di cuenta de que ya no tenía ni uñas largas ni pelo en las manos, eran manos humanas.

—No te conozco. Me da miedo mi padre, cuando termine de hablar con mamá saldrá y vendrá por mí. —Me miraba a mí fugazmente, no dejaba de mirar la puerta del dormitorio. Me senté en ese suelo mugroso a su lado.

—Tú eres más fuerte que todo esto. Aunque no me conozcas, yo si te conozco a ti. Sé que eres muy responsable, para ti una promesa es como un contrato, harías cualquier cosa por tu madre, sé que quieres escapar y ser feliz. Sé que te gustan las aventuras y sé que hay una osa que te está esperando.

—Una osa, recuerdo a una osa, tenía una voz muy dulce y unos ojos preciosos. Pero es imposible, ella hablaba y los osos no hablan. —Tras la puerta ya solo se escuchaban golpes.

—También sé que tienes un amigo, uno muy especial. Por el harías cualquier cosa, incluso cambiar tu cuerpo por el de un lobo, ¿te acuerdas de Kiyu? ¿Qué le prometiste?

—Una promesa, sus padres… Perdió a sus padres. —Tras la puerta

ya solo había silencio.

—¿Recuerdas esa piel, esa piel de lobo con la que creías tener poderes? ¿Qué fue de ella?

Él se giró para mirarme a los ojos.

—¿Úrsula? No, Úrsula no. Ursa, esos ojos, ese brillo…

La puerta se abrió de golpe y un humano enorme salió de ella. Ese ser, ese humano monstruoso, se quedó en el dintel de la puerta, llevaba un cinturón de cuero en la mano derecha. Era exageradamente musculoso, tenía venas por todos los músculos y unos ojos inyectados en sangre. Parecía más una bestia que un ser racional.

—Raimundo, ¿qué ha pasado con la casa? ¿Y este desorden? —Hablaba con una voz grave y fuerte, mi mente racional por poco se derrumba pensando que era real.

—Solo tú me llamas Raimundo, mi madre me llama Mundo, ella me llama Mundo, todo aquel que me conoce y me tiene un mínimo de cariño me llama Mundo.

Ese humano joven que permanecía sentado a mi lado entre porquería en el suelo se fue incorporando. Según se incorporaba lo vi cambiar de aspecto y forma hasta que se levantó del todo para tomar la apariencia de Kiyu.

—Tú ya no puedes hacerme daño, tú ya no existes. —Mundo empezó a gruñir y a enseñar los dientes.

—Déjalo, no caigas a su mismo nivel. —Al incorporarme, también recupere mi aspecto original—. Nosotros no somos animales.

Esa monstruosa figura humana soltó el cinturón, dio dos pasos atrás y desapareció dentro de la habitación. Los dos nos quedamos mirando la escena perplejos.

—¿Eres tú de verdad, osita? ¿Qué me ha pasado? Parece que llevo tres vidas durmiendo. —Parecía haber vuelto a su ser. No pude evitar besarlo con furia.

—¿¡Sabes el susto que nos has dado!? Llevas en una especie de limbo por más de cuatro horas. ¿No te acuerdas de Roser?

—¡Roser, mierda! ¿Está bien? Me dijo que se moría, me ha dado un montón de información. Tenemos que despertarnos, osa, tenemos mucho que hacer.

—¡Que le den a esa humana enfundada en un gato! Creí que te había arrastrado a la locura, ¿sabes lo asustada que estaba? ¡No tienes ni idea! —Volví a abrazarlo, sabía que era un sueño porque lo abracé como para partirlo por la mitad.

—Vale, osa. A ver, chata, vuelvo a estar aquí, a ser yo… Joder, creo que Roser murió mientras estábamos compartiendo el vínculo. Eso por poco me hace enloquecer, pero en lugar de perder el juicio me quedé en mi propio infierno. Vamos a despertarnos, osa, huelo a café recién hecho.

—Es verdad, huele a café. Espero que tengan tostadas con miel. —Volví a besarlo antes de sentir como el piso de Mundo en la Tierra se alejaba rápidamente.

Al abrir los ojos vi a Mundo con esa pedazo de boca de lobo y una expresión tonta en la cara; si hubiera sido de dibujos animados, tendría corazones saliendo de la cabeza. Al incorporarme para besarlo y darle los buenos días, vi que teníamos a medio asentamiento en el tipi. Estaban todos nuestros amigos y conocidos, medio consejo y Dan, que curiosamente seguía atado y custodiado por una loba muy guapa.

—Todo el asentamiento está aquí y yo con estos pelos. ¿Cómo estoy, Mundo?

—Estás guapa y achuchable, como siempre. —Mientras me decía eso, empezó a peinarme la cara con las manos—. Ursa, esto ha acabado, los lobos ya pueden vivir en paz.

—Espera, igual sigo dormida. Compartes recuerdos con la máxima responsable del ministerio, tengo que rescatarte de una pesadilla recurrente en tu propia mente y me dices que «los lobos ya pueden vivir en paz». ¿Qué me he perdido?

—Vamos a desayunar, me da la impresión de que me he saltado la cena y estoy como de costumbre famélico. Roser no mentía cuando dijo que ignoraba lo de las torturas y las granjas de saurios. Tampoco sabía nada sobre los Inquisidores y los Ungidos. Ella va a volver, volverá con otro cuerpo. Me ha dado un número de teléfono e instrucciones para poder localizarla de nuevo. El plan con Miguel sigue en marcha, pero ahora el mensaje va a llegar con el respaldo del Ministerio.

— ¿Significa que te vas de todas formas? ¿Fafnir va a reclamarte? —Estaba asustada, acababa de recuperarlo y no quería perderlo de nuevo.

—Aún me queda algo por hacer. Acabo de acordarme de esos votos tan bonitos que te dije en Hitachi y el porqué de tu ausencia de celos. Tenemos una boda a la que asistir y tengo que hablar con los padres de cierta osa, ¿aquí a los padres de tu pareja también les decís suegros?

—¿Te has acordado de todo? ¿Suegros? Me acabo de levantar, humano disfrazado de lobo, no me puedes bombardear de esta forma. —Me cogí la cara con las manos y él puso sus manos sobre las mías.

—¡Humano disfrazado de lobo! Me encanta. Sí, me he acordado de todo y Sun va a revelar el carrete de fotos de Hitachi. Estoy deseando verlas, podríamos titular el álbum «Resacón en Hitachi» —Estaba feliz como no lo había visto desde que llegó a este sitio—. Vamos a desayunar, tenemos muchas cosas que hacer y solo tenemos tres días hasta Nana. ¿Hoy es Shi? Han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—Sí, cariño, hoy es Shi y mañana es Go. Solo te ha costado una semana y media destruir el orden establecido en un planeta. —Lo miré con gesto de enfado, me encantaba ver su reacción en estos momentos.

—A ver, osa, lo dices como si fuera algo negativo, más bien lo he mejorado un poco. He hablado con Darío mientras dormías, vamos a tener una reunión con el consejo en medio del asentamiento. Las noticias son demasiado buenas como para que el resto de la tribu no se entere. —Estaba exultante de felicidad, parecía que había cumplido con su cometido en este sitio—. Después de hablar con los lobos, tú y yo vamos a Roanoke.

—¿A mi pueblo? ¿Qué se te ha perdido en mi pueblo?

—Tus padres están en tu pueblo, tengo que hablar con ellos.

Se había acordado de todo lo que habló e hizo en Hitachi esa noche, lo peor es que me prometió ir a hablar con mis padres. Sabiendo cómo pensaba y actuaba, lo de una promesa es una deuda y bla, bla, bla. Esperaba que, algún día, ese macho se relajase un poco y aprendiera a aceptar las cosas tal como le venían.

Después de desayunar y vestirme, salí de la tienda cogida de su mano. Me volví a mirar la estructura de palos y pieles que nos dio cobijo e intimidad los días que estuvimos con los lobos, tenía la sensación de que nunca más iba a volver a verla.

Un último viaje

Toda la tribu se reunió alrededor de la hoguera en el centro del asentamiento. Solo los vigías que oteaban los caminos quedaron en sus puestos provistos de radios para enterarse de las buenas noticias. Empecé a hablar de todo lo que Roser y yo habíamos discutido antes de su muerte. En el Ministerio había una facción que parecía ser controlada por otro humano, otra piel cambiada; dicha facción era la que se encarga de mantener a los lobos en esta situación. Roser tenía mucho poder en el Ministerio, pero ella sola no podía llevarlo todo y ahí fue donde empezaron a corromperse las cosas. Ella me aseguró que iba a desmontar los criaderos de saurios, los campos de reacondicionamiento y las partidas de incursión de los Inquisidores. En la reunión también hablaron Foli, el zorro que capturamos en la incursión del Culto, y Dan, el cánido que iba de escolta con Roser.

Foli llegó al asentamiento traído por los lobos a petición del consejo. Yuta lo dispuso todo, le dio una cámara de fotos, material para escribir su artículo y Fang lo vistió para ir de excursión. Llegó al asentamiento justo cuando lo estaban desmontando para trasladarse hasta esta posición. Documentó todo el proceso de traslado del asentamiento, foto por foto fue pasándolas al resto de la tribu. El zorro tenía muy buen ojo para captar la esencia de los actos en las fotos, ahí se veía como la tribu trabajaba como un solo individuo. Algunas de las instantáneas eran realmente preciosas, Ursa se quedó mirando un par de ellas en las que una loba metía a sus lobeznos en cunas para viaje, estaba seguro de que iba a dibujar esa escena. A todos les agradó el trato y las palabras que ese «extranjero» estaba dando a la familia.

Dan, por su parte, estuvo hablando del trabajo de los agentes y cómo eran los avisos por las incursiones de los lobos. Ni eran frecuentes, ni eran numerosos. Lo que sí ocurría era que cuando había uno de estos «ataques» se les daba una gran cobertura mediática. También habló del trabajo que le estaban dando las desapariciones de gente como Foli, racionales que hacían demasiadas preguntas y acaban siendo un instrumento más de la propaganda. Se comprometió a investigar personalmente todo ese asunto, si no lo capturaban y drogaban, claro. Iba acompañado de una loba muy guapa, la misma que lo ató y cargó a caballo. Pidió expresamente que esa hembra lo acompañase de vuelta, para ser una loba tenía el pelaje color

chocolate y no era tan grande como el resto de sus hermanas, podría pasar por una cánida. Al preguntarle si su interés en ella era meramente profesional, ambos se dedicaron miradas cómplices y dijeron que lo suyo era «solo un compromiso laboral», nadie les creyó. Al tocar el tema de las pieles cambiadas y decir que él era un humano en la piel de un cánido, el zorro abrió mucho la boca y lo interrumpió pidiéndoles explicaciones. Estaba fuera de sí e hizo lo que hacía Ursa cuando se bloqueaba, cogerse la cabeza y dar paseos de aquí para allá murmurando cosas inteligibles. Como nadie lo detenía, lo tuve que parar yo.

—A ver, colega. ¿Mucha información de golpe? —Era un zorro rojo, más pequeño que yo y muy delgado. Tuve que encorvarme para cogerle las manos y pararlo.

—¿A ti no te asusta el hecho de que ese cánido no sea en realidad un racional? —Su mirada iba a ritmo frenético entre mi cara y la figura de Dan.

—No pasa nada, por fuera es un cánido y por dentro es otro ser racional. Es como Darío. —Ahora también estaba observando a Darío en su frenético mirar—. El cual parece que no te ha dicho nada en el par de días que llevas con los lobos. —Lo miré soltando esas palabras.

—A ver, Mundo, ya lo estás viendo. Es mucha información de golpe, primero lo drogaron y medio devoró a alguien, después los lobos son buenos y ahora el que lo capturó también es una piel cambiada.

—¿Tú también? ¿Qué queréis de nosotros? —Estaba temblando y temía que me fuese a morder una mano.

—Lo único que quiero ahora mismo es que te tranquilices. Céntrate en tu trabajo como periodista. Vas a escribir el mejor artículo en décadas, vas a ser reconocido como el reportero que vivió con los lobos. Deja el tema de las pieles cambiadas al misterio y las leyendas, será mejor así, no creo que todo Ix esté preparado para semejante noticia. —Al hablarle de reconocimiento y prestigio se calmó bastante. Lo solté y volvió a sentarse junto a Dan.

—Deberías escribir sobre sus leyendas y credos, eso que dijeron de Fenrir desenterrando Helios del centro del planeta para dar vida a todas las especies, era precioso. Dalos a conocer, valen la pena. —Foli se giró a mirar a Ursa, esta le sonrió con orgullo—. Yo tampoco los conocía hasta que atrapé a aquella loba cachas de ahí.

—¡Me dejé atrapar, osa amorosa! —Todos rieron con el comentario de Sun.

Axe, aquel lobo tan parco en palabras, estuvo un buen rato hablando del valor que habíamos tenido todos. De lo bien que lo habíamos hecho y de lo agradecido que estaba a todos estos foráneos. También tuvo unas palabras para Blanca y Kudo, que seguían de misión. Blanca iba a actuar en directo en la primera emisión televisiva

en la historia de Ix. Lejos de estar nerviosa, estaba encantada con salir en la pequeña pantalla.

El resto de la reunión fue un calendario de actividades en el nuevo asentamiento, se leyeron los informes de los vigías, de los oteadores y el recuento de las presas de la partida de caza. Hablaron de que la partida de caza de Bela se había retrasado por un accidente, la verdad es que la eché de menos junto a Darío. En ese punto de la asamblea aproveché para escaparme y tirar de todos mis amigos del centro de recuperación de fauna autóctona, quería despedirme de ellos. Me los llevé tras una de las tiendas cercanas a la reunión, tenía que darles una buena noticia.

—Esto no lo he dicho en la asamblea porque no es algo que les afecte directamente a los lobos. Buddy, Jacob, si queréis contraer matrimonio con vuestras respectivas parejas, el Ministerio os va a dar las mismas garantías que a una pareja normal.

Los dos se miraron entre sí perplejos, para luego tirárseme encima.

—¡Pedazo de humano de mierda, enfundado en un lobo pulgoso! ¿¡Como lo has conseguido!? —Estaba sintiendo las uñas de Jacob en la espalda. Buddy no decía nada, solo lloraba.

—Roser me dijo que le pidiese lo que quisiera, que había hecho un gran servicio. Le pedí igualdad de trato para las parejas no productivas. Auch, Jacob, hermano, las uñas.

—Perdona, Mundo. Me has hecho muy feliz. ¿Tú no dices nada, pelanas?

Estábamos los tres abrazados y el chucho sin ojos estaba sumido en llantos y sollozos.

—¡Deja de ser tan felino y dile que le quieres, tío! Te quiero cerca de mí en el altar, Mundo.

Jacob se me acercó al oído y me dijo que me quería, felino hasta la muerte.

—Eso también vale para nosotros, osa. No sé qué pasará conmigo, de momento al levantarme ya no tengo esa sensación tras los ojos. Creo que mi tarea aquí ha terminado.

—¿Entonces no vuelves a tu cuerpo? ¿Te quedas aquí? —Vino hacia nosotros abrazándonos a los tres y levantándonos del suelo.

—Si la sobrevivo, seguro que soy muy feliz aquí. —Me costó decir esas palabras, la osa me estaba sacando el aire de los pulmones.

—Os suelto, vale.

Al soltarnos, rompimos el abrazo.

—Tenéis que volver al centro de Yuta, solo para recoger vuestras pertenencias. Nuestro historial está limpio. Seve, tú, si quieres, podrías vivir allí. No has sentido el calor de una familia y Yuta siempre quiso tener hijos, dale una oportunidad.

—Eso me haría muy feliz, nos hará felices a los dos. Me llevé un

mes observándolo en silencio, queriendo cruzar alguna palabra con él.

—¿Te has olvidado de tu hermanita? Yo voy a acompañar a todos estos al centro de Yuta, no vaya a ser que se pierdan. Tengo muchas ganas de conocer mejor a Fang.

—Eres mayorcita, te iba a decir que tuvieras cuidado, pero mejor que tengan cuidado contigo. —Me acerqué para darle un abrazo—. Nos veremos en la boda. Por cierto, ¿dónde vive la familia de Anya?

—Mi chica vive en Magome. Te dije que caía cerca de Shaiyo. Os quiero allí para el concierto, después estáis invitados a quedaros una semana antes de la boda.

—¿No serán muchas molestias para la familia de Anya?

—¡Qué va, Mundo! Andan cortos de personal y toca recolección y empaquetado.

—Me parece justo. Vamos a ponernos en marcha, me han dicho que tenemos un día de ida para Roanoke y tengo muchas cosas que hablar con mis suegros.

—No vamos tan mal de tiempo, Roanoke queda al oeste desde aquí. Desde allí tenemos otro día hasta Magome. Creo que no has podido ver un mapa de Ix, ¿verdad, mi intrépido explorador? —Me mostró su mejor sonrisa y me dio un beso.

—Vamos a ponernos en marcha, estoy harta de ver tanto lobo. Vamos, rayitas, coge al lagarto y al pelanas de la mano y vamos a buscar un par de caballos. —Sun se fue después de darnos un abrazo y un beso a cada uno.

Ursa y yo nos quedamos viendo como esos cuatro se iban camino de los postes donde ataban los caballos discutiendo entre ellos. Vaya grupo más dispar y feliz. Ella y yo nos quedamos mirándonos un rato hasta que ella empezó a hablar.

—No has contado todo lo que te dijo Roser. Lo sé por el sueño que tuve antes de despertarme de la siesta en la carreta. —Me cogió de la mano y jaló de mí camino de nuestra tienda.

—Les he contado lo que tenían que saber. Roser me mostró cómo eran los lobos antes de su llegada y la de Darío aquí. Tampoco le he dicho a Darío que Roser puede ser su alma gemela, los dos murieron en el mismo accidente en Barcelona.

—¿El sueño de la tierra baldía y los lobos monstruosos?

—Ese hubiera sido el futuro de este planeta, los lobos como única especie racional y las bestias que fueran su alimento.

—¿Por qué no decirle a Darío lo de su alma gemela?

—Se tienen que encontrar por azar. Aunque, si te digo la verdad, cada vez creo menos en el azar y el libre albedrío. Demasiadas casualidades, todo ha salido demasiado bien.

—¿Perdona? He tenido que entrar en el laberinto de tu mente para poder sacarte. Por poco me pierdo yo también. He tenido que aceptar

muchas verdades imposibles de entender, salir de cacería de lobos, hemos tenido que engatusar a una estrella del rock con un temor gigante al Ministerio, hacer un concurso musical, reclutar gente con dones difíciles de comprender, drogar y secuestrar a racionales… Ha sido toda una aventura y aún queda que Blanca no desafine en el concierto. —Mientras me hacía el resumen de nuestra aventura aquí, fui recogiendo nuestro equipaje.

—Bueno, visto así… Miguel me dijo que iba a cantar una cosa, pero estoy casi seguro de que va a cantar otra. Le dije en Shaiyo que te dedicase *Quédate a dormir*, sin embargo cantó *I don´t want to miss a thing*, la verdad acertó de todas, porque no quiero cerrar mis ojos porque dejo de verte.

Ella no me dejó hablar más, se tiró encima de mí, en lugar de recoger su ropa se dedico a quitarme la mía.

Después de volver a vestirme, recoger las cosas y preparar los caballos, nos marchamos. Todos en la tribu nos dedicaron unas palabras amables y muchas bendiciones. No sé por qué, la verdad, pero cuando estábamos casi en el camino preparado al final de la senda, me giré a la montaña y aullé. Levanté la cabeza, junté los labios con esa pedazo de boca y aullé, un aullido profundo y claro. A los pocos segundos escuché al resto de la tribu aullando de vuelta, fue el coro más hermoso que pude escuchar en mi vida.

—Es una imprudencia que te hayan respondido, Mundo. —Estaba preocupada, pero estaba embelesada mirando a la montaña.

—Ya no, nunca más. —De mis ojos brotaban lágrimas, las lágrimas de alguien que ha conseguido la paz.

Nos alejamos hacia el este al trote, de nuevo estábamos ella y yo camino a otra aventura. Esta era más difícil que la anterior, tenía que convencer a mis suegros de que era un buen partido.

Roanoke

El camino a Roanoke fue raro. Ursa solía ser la que me sacaba siempre de mis pensamientos, odiaba los silencios. Cuando me veía callado directamente me preguntaba, me gastaba bromas o simplemente se me echaba encima en busca de un poco de calor. En esta ocasión tuve que ser yo el que, por unas cinco horas de viaje, estuvo detrás de ella para cortar el silencio. Estaba nerviosa, así que toqué un tema tabú para ella.

—Ursa, corazón, ¿cómo se llaman tus padres?

Después de un incómodo silencio, ella me miró como si la hubiera insultado.

—Perdona, guapo, estoy muy nerviosa por todo esto. Sé lo que le vas a decir a mis padres y no sé cómo se lo van a tomar. Papá se llama Faddei, significa «enérgico y valiente»; mamá se llama Katia, significa «pura»; conmigo se comieron poco la cabeza, Ursa significa «osa». Mi padre al verme dijo que era la osa, que era perfecta. Él me quiere mucho, pero creo que no sabe lo que quiero.

—Eso lo vi en los recuerdos que compartimos, sé que él te quiere con locura. Verte de la mano de un lobo no va a resultarle fácil. Él quiere lo mejor para ti y yo tengo que convencerle de que eso soy yo. Esto va a ser más difícil que convencer al Ministerio de que los lobos son buenos.

Ella se echó a reír.

—Eso mismo me he llevado pensando yo casi todo el camino. No todo lo que te encuentres en mi pueblo va a ser malo. Están mis primas.

—No te creas que me he olvidado de ellas, a ver si puedo abrazarlas de forma que deje un abrazo de oso en un leve apretón de manos. ¿Estará Nadia, la que me falta por conocer?

—Esa es la que más ganas tengo de ver, creo que ha dado a luz. Los osos recién nacidos son una monada.

—Me di cuenta de cómo mirabas las fotos que ese zorro les hizo a los lobos. Te gustan los niños, seguro que serás una madre atenta y cariñosa.

—Por eso mismo no le cerré la puerta de inmediato a Knut, por ello toleré la idea del matrimonio pactado. Después me acordé de mi abuela Donora. Esa hembra es un amor, es cariñosa como ninguna

otra hembra con sus hijos y sus nietos, pero creo que es el único amor que ha experimentado en su vida.

—Lo que te dije del padre de alquiler iba muy en serio. Quiero que seas plena y sé que tu corazón es mío. Que pases un rato con un oso para quedarte embarazada no me hace la persona más feliz de Ix, pero si es el precio que tengo que pagar para que seas madre, lo pagaré con gusto.

Ella acercó su caballo al mío y me besó.

—Te has acordado de todo lo de Hitachi. Creí que te ibas a hacer el tonto con eso. Yo no sé si podría hacerte eso… Tienes que quererme mucho.

—Tú, sin embargo, me quieres muy poco. ¿Vas a decirme qué me voy a encontrar en tu pueblo cuando llegue?

—Qué te vas a encontrar… Mi pueblo es poco más que una villa, es como Shaiyo, pero lleno de osos. Mis padres son muy tradicionales, yo me quedaré en mi cuarto y a ti te alojarán en el de invitados. Tendremos un día bastante célibe. Y sí que te quiero, pesado.

—Vamos a Osilandia y vamos a dormir separados. Eso puede ser un problema, me he acostumbrado a dormir pegado a ti, eres un peluche grande, calentito y achuchable.

—Vas a venderle a mi padre la idea de que su única hija va a casarse con un lobo. Ese señor que es igual de grande que yo y podría hacer contigo un abrigo. Y a ti, mi querido humano con piel de lobo, lo único que te preocupa es que vas a dormir solo. —Puso la cara de lado y frunció el ceño.

—¿Te he dicho que estas muy mona cuando haces eso? Si tuviera una manzana, te la tiraría ahora mismo.

Ella se rio y me dio un medio abrazo que por poco me tira del caballo, incluso mi yegua se quejó.

—¿Sabes una cosa? Estuve dándole vueltas a esa canción que tanto tormento te daba. La última estrofa responde a lo que tanto te preocupa.

—¿Cuál, la de «cien millones de náufragos buscando un barco»?

—Esa misma. Todos nos encontramos perdidos en algún momento de nuestras vidas, sé que tú eres el barco por el cual mandaba todos esos mensajes.

—No me digas esas cosas, osa. Sabes que soy de lágrima fácil. —Estaba intentando no llorar, en este cuerpo sonaba como un perro atropellado.

—Si tienes que llorar, llora. No te hagas el duro conmigo, ya sé que lo eres.

Me acerqué a ella, le puse la cabeza en el hombro y me derrumbé emocionalmente. Ella paró su caballo y Lola se paró al mismo tiempo. Nunca me gustó que nadie me viese en ese estado, pero ella no era

cualquiera. Sonaba como un perro herido de noventa kilos. A esa hora del día y por ese camino había tránsito, todo el que pasaba se giraba a ver qué le pasaba al perro grande que andaba poniendo perdida a la osa a caballo. Creo que tenía mucha tensión acumulada y sus palabras terminaron por hacerme caer. Después de un rato me calmé y le pedí a Ursa que desmontase del caballo. Tenía ganas de estirar un poco las piernas, el culo se me durmió de tanto tiempo al trote. Seguimos a pie con nuestras monturas tras nosotros.

—Te he puesto la ropa perdida. —Mientras hablaba con ella me pasé la lengua un par de veces por la nariz, ella puso cara de haber comido algo en mal estado.

—Jolines, Mundo. No hagas eso, toma un pañuelo. Después andas dándome besos, tienes una edad, no te comportes como un cachorro. —Ella sacó de uno de sus bolsillos un paquete de pañuelos de papel, pero tamaño nariz de oso.

—Vale, mami. Me portaré bien, dejaré de hacer eso y olerles el culo a mis amigos. —Cogí un pañuelo, me soné la nariz y me lo guardé en un bolsillo.

—Me sorprende que cuando hablaste por primera vez con un cánido no hicieras eso último. ¿Te recuerdo lo de andar persiguiendo pelotas y que aún eres incapaz de no caer en lo del perrito bonito?

—Menos mal que no lo hice, el primer cánido con el que hablé fue Laila. Hablé de ella con Roser. —Al acordarme de esa conversación se me dibujo una sonrisa maliciosa en la cara.

—Qué miedo me das cuando pones esa cara. ¿Qué le has dicho?

—Le dije que hablase con ella, que le diese un sustito y después de que casi se mee encima le facilitase los informes de Surey, la mujer de Yuta, y de la madre de Jacob.

—¡Qué retorcido eres! ¿Se la vas a hacer pagar por lo que te hizo pasar? —Había conseguido que riera y se olvidase de a dónde íbamos.

—No, se la voy a devolver por hacerte llorar a ti, osa boba. Cuando te vi en ese estado me entraron ganas de entrar en casa de Yuta y morderle el cuello. Eso me recuerda que tengo que llamarle por teléfono, me dio instrucciones muy precisas.

—A ti te entraron ganas de morderla y yo me subí a un árbol por su culpa, me parece justo que Roser le dé un susto. ¿Qué instrucciones son esas que te dio?

—Me dio un teléfono y dijo: «llama a este número y pregunta por Roser». Supongo que será el de su casa y que tendrá a alguien que sabe lo que pasa con ella. Tiene que ser duro lo suyo.

—Vaya instrucciones más complicadas… Esa mujer, como llamáis vosotros a las hembras, ha estado sentada en un trono durante seiscientos años sola. Es una lástima que no sobreviviese, aunque antes de que la matasen estaba dispuesta a quitarse la vida.

—Tiene que haber tenido una vida dura aquí. Ella es una víctima de su propia creación. Se ha esforzado tanto en crear una sociedad perfecta que al final todo ello le ha explotado en la cara. Se iba a quitar la vida para no ser torturada por los lobos. Me mostró imágenes de las «incursiones del Culto», cuerpos a medio devorar y testimonios transcritos de víctimas hablando de lo feroces que son los lobos, niños huérfanos, aldeas quemadas, desapariciones… Si yo me topase con la gente que hace esas cosas, también pensaría en quitarme la vida.

—¿Creíste todas y cada una de sus palabras?

—Es muy difícil mentir en un plano donde tus pensamientos son los que hablan. Es como si pudiera leerte la mente mientras me dices con un lápiz rojo en la mano que es azul, no sé si me explico.

—Has puesto un ejemplo muy gráfico. ¿No se puede mentir en ese plano?

—Es muy improbable. Después de hablar con tus padres tendría que llamar a Roser. Si es cierto todo lo que me dijo, la veremos en Magome, dijo que ella se encargaría de la seguridad en el concierto.

—¿En qué se habrá encarnado esta vez? Me parece terriblemente injusto. ¿Dónde irá la dueña de la piel que habite?

—No lo sé, gordi. Ni siquiera Darío, que lleva tanto tiempo cambiando pieles, me pudo dar una respuesta sobre esas cuestiones. ¿Falta mucho para Roanoke?

—¿Antes te estabas chupando la nariz y ahora me preguntas si falta mucho? Estamos cerca, estoy oliendo el pan que hace nuestro panadero desde aquí. Se te ha atascado la nariz, chucho llorón. —Volvía a reír y a gastarme bromas, suspiré sonoramente—. ¿Estaba tan nerviosa?

—Estabas más rígida que aquel oso de La Torre de Marfil. Menos mal que te has relajado. No te preocupes, antes de que te des cuenta me meteré a tus padres en el bolsillo.

—Si mis hermanos están en casa, pueden darte algún que otro problema; si se ponen pesados, no dudes en usar lo de tu habilidad para el combate.

—O podría llamarte a ti, vi como los calentabas a base de bien en tus recuerdos.

Ella volvió a reír.

—Sí, no podían ni los tres juntos contra mí. La de veces que iban corriendo a buscar a mi madre. Pero tú ni mides dos metros ni tienes tanta fuerza como yo. ¿Volvemos a montar? Estamos a unos escasos veinte minutos.

Asentí y volví a subirme a lomos de Lola. El camino a Roanoke se me hizo largo a causa de los nervios de Ursa. Tuvimos silencios muy largos y en uno de ellos me quedé medio dormido a caballo, menos mal que Lola era una yegua muy lista y cuando notaba que me caía de

la silla se volvía y me soplaba en la cara. Los caminos que en un principio transcurrían por un bosque tupido, pasaron a senderos entre cultivos para volver a pasar por zonas boscosas. El pueblo de Ursa estaba en un valle entre montañas, era un pueblo pequeño con calles adoquinadas flanqueadas por muros de piedra. La arquitectura era la típica de un pueblo donde hay más piedra que madera para construir, casas de dos plantas de piedra con los techos de pizarra. Aquello parecía una reserva para la conservación de los osos, es decir, había algunos felinos, cánidos, equinos y algún que otro bobino yendo de aquí para allá, pero la mayoría de la población eran osos pardos. Por un momento me sentí pequeño e indefenso entre tanto bicho grande.

—Bienvenido a Roanoke, a estas alturas seguro que mis padres saben que he llegado. —No terminó de decir esas palabras cuando alguien la bajó del caballo.

—¿Te has caído? ¿Ursa, estás bien?

Alguien grande y fuerte me cogió por la espalda y me sacó de la silla de montar. Conocía el olor…

—¡Tola, yo también me alegro de verte!

—¡Jo, eres un aguafiestas! Otro estaría asustado preguntando quién es. ¿Qué pasa, lobito, cómo estás? Te habrás portado bien con nuestra prima la chica.

Al decirme lo de «la chica», no pude evitar reírme.

—Mejor que vosotras, la habéis desmontado del caballo como si fuera de peluche. Si me sueltas, podré abrazarte en condiciones, osa loca. —Me di la vuelta y la abracé con mucha fuerza.

—¡Ves lo que te dije, son tremendas! —Ursa estaba abrazada a la prima que no conocí en el centro de Yuta.

—¿Tú eres Nadia? ¿No estabas embarazada?

—Estaba embarazada, di a luz a un osezno precioso, está en casa con su padre. Necesitaba salir un momento y mira qué suerte he tenido. ¿Tú eres el lobo que se ha llevado el tesoro de mi prima? Eres guapo, me gustas. —Tenía el pelaje un poco más claro que Ursa y era solo un poco más pequeña, aunque no estaba tan fuerte como su prima. El que fuera tan directa me dejó en fuera de juego.

—Vaya, eres el primer racional que nada más conocerme junta las palabras «lobo» y «guapo» en la misma frase. ¿No me vas a dar un abrazo?

Dejó a Ursa, vino rápidamente hacia mí, aparto a Tola de mis brazos y me pegó un tremendo achuchón.

—Uh, ahora entiendo por qué te gusta tanto, Ursa. Este machote está muy bien equipado. Huele a ti, ¿te has dedicado a frotarte bien contra él para marcar que es tuyo?

Ursa me miraba encogiéndose de hombros.

—Deja al novio de nuestra prima, loca. Desde que has parido tienes

las hormonas fatal. —Tola consiguió que me soltase y se volvió a hablar conmigo—. Tiene a su marido en el chasis, parece más un coyote que un oso.

—De momento no me ha dicho nunca que no… Es feliz. Conociéndote como te conozco, tendrás ganas de darte una buena ducha. Llegáis a tiempo de la merienda, si os dais prisa podréis asearos y merendar en tu casa. Para romper el hielo os vendrá bien, llevaremos dulces y nos reuniremos allí. Ursa, tus padres ya saben lo de este perro grande. Tu madre quiere conocerlo y tu padre quiere hacerse una cazadora con su piel. —Era desgarradoramente sincera.

—¿Llevarás a tu niño contigo? ¿Qué nombre le has puesto? —Había juntado las manos y estaba pegando saltitos.

—¿Lo de que tu padre quiere hacerse una prenda de vestir conmigo no te preocupa? A mí me tiene un pelín inquieto.

—Ya le hemos leído la cartilla a tío Faddei. Te hemos allanado mucho el camino, lobito, pero ella sigue siendo su niña, sé paciente con el viejo. Mi niño se llama Otto, se parece mucho a ti, Ursa. Lo que son los genes, ni se parece a mí ni a su padre. Seis meses con un barrigón, con los tobillos hinchados, náuseas, mareos y orinando cada dos por tres, y después de todo eso el niño es un calco de ti. Menos mal que en el parto estuve consciente todo el rato, si no creería que me habían dado cambiazo con el crío. —Ella también ponía los brazos en jarras cuando se enfadaba, estaba disfrutando con la escena.

— ¿Ya se te ha olvidado que mi padre quiere desollarte? ¿Por qué estás moviendo el rabo? —Ahora eran dos osas con los brazos en jarras.

—Es como verte a ti multiplicada por tres, me lo estoy pasando tan bien que me da igual dejar este pueblo sin piel. Vamos a ver a tus padres, a quitarnos el polvo del camino y a merendar. Tengo tanta hambre que me comería una osa.

Las tres me miraron con cara de pocos amigos.

—Ten cuidado con esos comentarios, nuestro tío es un racional muy serio. —Ursa y Tola asintieron ante el comentario de Nadia.

—¿No voy a poder cogerte el culo ni darte besos en su presencia? ¡Vaya un fastidio! ¿Podemos ir ya a ver a tus padres o voy a tener que buscar un río para asearme?

—No sé si eres muy valiente o estás muy loco. Esa yegua tan bonita seguro que puede con Tola, yo voy con mi prima en ese pedazo de caballo. Ursa, tengo ganas de ver la cara que pone tito Faddei cuando te vea aparecer como una amazona.

Fuimos trotando por toda la villa ante la incrédula mirada de los lugareños. En un pueblo pequeño todos se conocen, todos saludaron a Ursa y todos se alegraron de verla. Al verme a mí montado a caballo con Tola también me saludaron entre sonrisas.

La casa familiar de Ursa estaba al final de pueblo, en el lado oeste, al final de un camino particular. Su casa no destacaba del resto, una casa como el resto de las que vimos en el pueblo. Dos plantas, edificio de piedra vista y techo de pizarra. Su casa tenía una particularidad, una pequeña fragua en el lateral izquierdo de la planta baja.

—¿Quién se dedica a la herrería en tu familia? —Ver la fragua me llenó de alegría, podía tener algo en común con la familia de Ursa.

—Mi tío es el que se dedica a golpear hierros candentes. Para él es un hobby, si hubiera tenido que ganarse la vida con ello seguro que el Ministerio lo hubiera reasignado a otro oficio.

—¿Se le da mal? ¿Qué es lo que hace con los hierros?

—Intenta hacer aperos y esculturas. A veces hace las esculturas con los aperos que no sirven. Tienen su encanto, pero no sabe trabajar bien el metal.

Justo delante del portón principal había un pequeño parterre con forma de rotonda, en medio y sobre una estructura de piedra había una escultura de un oso echa con restos de carros, palas, picos, muelles y demás piezas de maquinaria despiezada. La escultura tenía pinta de haber necesitado muchísimas horas de trabajo, era como un ser biomecánico, me quedé embobado con los detalles de ese oso sentado sobre el montón de piedras. Solo la voz de alguien en la puerta de aquella vivienda me hizo salir de mi trance.

—La escultura no está en venta, no acepto trueques por ella. Ya te has llevado más que suficiente de esta familia.

Al volver la cabeza vi a Ursa junto a su padre, un oso grande con un peto vaquero y una camisa verde, tenía los mismos tonos de pelaje que ella.

—¿Usted ha hecho esta escultura? —Me volví a Tola y la regañé por haber dicho que era malo trabajando el metal—. ¿Podría enseñarme a hacer una de un lobo?

—Si me estás dando coba para que acepte lo tuyo con mi niña, lo llevas claro. Entrad, mi mujer quiere conocerte a ti y tiene muchas ganas de verte a ti, hija. Tenemos mucho de lo que hablar, Yuta llamó hoy al mediodía. Tenemos mucho que agradecerte, Mundo. —Tenía una voz de hombre maduro y me trataba cordialmente. Cogió a Ursa de la mano y se la llevó dentro.

—Le has caído bien, ¿Mundo?. Entra, llevaré a tu yegua al establo.

—¿Le he caído bien? Mundo soy yo, hoy te vas a enterar de muchas cosas. —Me bajé de Lola, la acaricie y le dije que se portase bien con la osa, que era de la familia.

—Eso que le has dicho a tu yegua ha sido muy bonito. Mi tío no ha sacado la escopeta, eso es que le caes bien. La escultura es horrible, no le des coba. —Me dijo eso último susurrando antes de desaparecer tras la casa con mi yegua.

Volví a mirar la escultura, fijándome más de cerca tenía algo que me era muy familiar. Tenía por ojos dos esferas pulidas de un color marrón miel. La escultura era Ursa. No se pasó en dos años para verla en el centro de Yuta; sin embargo, hizo una escultura a su imagen y semejanza. No sé por qué Tola no era capaz de admirar esa obra de arte. Suspiré y caminé hacia la entrada de la casa de los Zapador. Al entrar olía a pan recién horneado y a oso, olía a hogar. En la entrada había un perchero y un aparador con un gran espejo, al mirarme me asusté. Nunca me había mirado en un espejo de cuerpo entero, y aquel me recordó al de la pesadilla que me hizo tener Kiyu. Dejé mis zapatos en la puerta y mi cazadora en la percha, pedí permiso para entrar y alguien me respondió por donde venía el olor a pan recién horneado. La estancia de donde venían las voces y el buen olor era una amplia cocina con una mesa grande junto a un ventanal en una esquina. Bajo las ventanas había un banco haciendo esquina con cojines; sentada allí estaba Ursa, frente a la mesa y en sillas estaban sus primas, las tres. Los padres de mi osa estaban de pie frente al horno sacando panecillos. Todos mis nervios se esfumaron en ese preciso momento, era una escena familiar sacada de un libro. La madre de Ursa tenía un tono de pelaje más oscuro que ella, era más pequeña y parecía estar más rechoncha.

—Buenas tardes, eso huele muy bien.

Ella se volvió con la bandeja en la mano y me sonrió.

—Siéntate junto a mi hija, las primas de Ursa han traído dulces. Vamos a merendar, hasta este mediodía no sabíamos que Ursa venía aquí, no sabíamos que veníais los dos. Yuta nos ha dicho que, gracias a ti, nuestra hija ha cumplido su deuda con la sociedad. Te estamos muy agradecidos. —Dejó la bandeja en la encimera, se sacó los guantes para el horno y me dio un abrazo.

—Sí, te estamos agradecidos. —El padre de Ursa también me abrazó —. Ahora nos tienes que decir cómo te las has arreglado para que el Ministerio haya olvidado que mi única hija tiró a su prometido por una ventana. —Seguía abrazado a mí y me apretaba cada vez más.

—Su hija ha ayudado a que los lobos, mi gente, puedan estar en paz con el resto de la sociedad. Lo único que pedí al Ministerio es que nos perdonasen todos los cargos. Deberíamos sentarnos y tomar algo dulce, lo que tengo que contaros tiene sus momentos amargos. — Logré que papá oso me soltase con mi espalda intacta.

Me senté junto a Ursa, pese a todo lo que me dijeron sus primas la cogí de la mano y, allí sentados, les conté quién era realmente y todo lo que había pasado en nuestra semana juntos. Mi llegada a Ix, lo que era realmente, lo que era ella para mí. No tenía ni idea de cómo maquillar nuestra historia, de modo que la conté tal cual. Todos permanecieron en silencio escuchando lo que les decía, Ursa de

cuando en cuando me apretaba más la mano. Omití los detalles más íntimos entre nosotros, quería salir vivo de esa cocina y Faddei tenía pinta de no querer escuchar esas cosas. Nadie tocó un dulce el tiempo que estuve hablando.

—Ursa, cariño, ¿todo eso es verdad o se lo ha inventado? —Katia lo dijo de una forma sumamente dulce.

—¿Tanto miedo te doy como para inventarte esa historia? Después de lo que hiciste y el tiempo que llevo sin verte, ¿vienes con esa historia? —Faddei parecía muy enfadado y yo no tenía sitio por donde huir.

—Voy a hablar y no quiero que me interrumpas. Siempre que pones ese tono agacho la cabeza y te digo que sí a todo, pero ya no soy una niña. Por tu culpa tiré a Knut por la ventana. Si no respetas lo que yo soy para él, entonces no solo no seré una niña, si no que dejaré de ser tu hija. —Me estaba partiendo la mano de lo fuerte que me la apretaba mientras con la otra daba con el dedo índice en la mesa.

—Cariño, lo que les he contado es difícil de asimilar. Si mi hija viniera de la mano de un extraño contando esta historia, estaría como mínimo preocupado. Por cierto, me estás dejando los dedos dormidos.

Ella me soltó la mano para ponérmela en la pierna.

—Todo lo que ha contado es cierto. El Ministerio sabe lo de las pieles cambiadas, los lobos son un pueblo extraordinario y los matrimonios entre especies ya no son un problema. Si quieres tener nietos, los tendrás, mi lobo es lo suficientemente macho como para querer que yo sea madre. Si eso no os vale a vosotros, es que no os valdrá nada.

La madre de Ursa se levantó de la mesa y fue a los fogones.

—Hijo, ¿cómo te gusta el café? —Y con esas palabras esa hembra admitió a un humano metido en el cuerpo de un lobo en su familia.

—¿Ya está, le preguntas como quiere el café y ya es tu hijo? ¿No quieres preguntarle nada más? —Faddei parecía a punto de estallar.

—Sí, claro. ¿Con azúcar blanco o moreno? ¿Qué quieres que le pregunte? Se supone que ha venido de otro mundo para arreglar el problema de los lobos, se supone que lo ha conseguido y que ella está hecha para él. Con lo último me quedo, sé que la va a hacer feliz, lo supe desde que lo vi entrar en la cocina. Si no puedes verlo, o eres muy tonto o la edad, lejos de hacerte más sabio, te ha vuelto senil antes de tiempo. ¿Quieres verla como tu madre? ¿Deseas que tu hija sea feliz? ¿Necesitas respuestas? ¡Habla con ellos! Voy a preparar el café.

—Me gusta largo de café y con un poco de leche, muchas gracias. Después de merendar usted y yo vamos a ir donde maltrata el metal y le da forma. La escultura de Ursa me encanta, los ojos son del mismo color. De donde vengo soy calderero, soy un buen forjador. Me

gustaría hacer algo para ustedes, para la casa.

Todas las hembras en esa cocina se giraron y me miraron sorprendidas.

—¿Una charla de suegro a yerno? Eres el primer racional que se da cuenta del detalle de los ojos en la escultura. Kati, ve poniendo el café, voy a prender la fragua. —Se levantó de su silla y fue por la puerta de atrás hacia el taller anexo a la casa.

—Mira, lobo, humano o lo que seas, no sé cómo se hacen las cosas de donde vienes, pero estar cerca de un oso tan grande enfadado y rodeado de objetos contundentes no es lo más prudente. —Nadia parecía muy preocupada por mi integridad física.

—¿Estoy escuchando un crío llorar? ¿Has traído a Otto? Creo que hay que cambiarle el pañal. —Giré las orejas y empecé a olisquear.

—Yo también lo he oído, es mi hijo. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Pues claro que te he escuchado. No creo que me vaya a dar un martillazo, mi nueva madre se enfadaría con él.

—Cada vez me gusta más, es listo. El café sale ya mismo. —La madre de Ursa parecía feliz, creo que hice bien diciéndole a Faddei lo de la fragua.

—¿Qué vas a hacer para nuestra casa, Mundo? O sea, para la casa de mis padres.

—Lo has dicho bien, la casa de mi madre es mi casa. Mientras no salgas de aquí y te independices, seguirá siendo tu casa. Pues voy a hacer una lámpara de diseño, creo que le va a gustar. ¿Vas a ir por el crío, o voy yo? No puedo soportar escuchar a un niño llorar.

—Tienes un hijo y todo el mundo sabe cuidarlo mejor que tú. Voy a por él, lo vas a cambiar tú, lobo, ya que tanto te disgusta escucharlo llorar. —Se levantó y la escuché subir escaleras.

—No se lo tomes en cuenta, Mundo. Está con las hormonas revueltas con el postparto, la lactancia y la falta de sueño. Suele ser la más prudente de las tres.

—Creí que esa eras tú, Saba. Si no fuese porque estoy un poco nervioso, estaría disfrutando de este momento. Sois un encanto, os lo digo de corazón.

—Somos un encanto en pequeñas dosis, a la larga somos un quebradero de cabeza.

Estaba tan absorto hablando que no me di cuenta de que Nadia había bajado con el bebé en brazos.

—Toma, lobo, has dicho que no te importaría tener oseznos, haz las prácticas. —Se acercó a mí y me dio una bola de pelo envuelta en una mantita azul muy suave; al cogerlo en brazos, dejó de llorar de inmediato—. ¡Hijo de…! Lo llevo seis meses en mi vientre, sale y es un calco de mi prima la chica, encima ahora se calla en brazos de un

lobo antes que en los míos. No me lo creo, dámelo. —Tal como lo cogió volvió a llorar, me lo volvió a dar y se calló.

—¿Tienes las cosas para cambiarle el pañal? Este crío está hecho caca. ¿A que sí, pequeña bolita de pelo, a que te has hecho cacotas? —Sin darme cuenta estaba hablándole a ese cachorro como lo que realmente era, un bebé. Al hablarle así se reía y hacía ruidos, era un peluche.

—¿Aparte de hacer cosas con hierro se te dan bien los niños? La fragua se está calentando. —El padre de Ursa estaba en la puerta de atrás de la cocina apoyado en el dintel, creo que llevaba un rato allí.

—¿Has visto, tito? Si no le pegas con un martillo de esos grandes, le doy yo. Toma las cosas para cambiarlo, como lo hagas mejor que yo te tiro un yunque. —Me pasó un bolso con toallitas húmedas, pomadas y pañales limpios.

Ya había hecho esto antes con mis primos. No mentí cuando dije que me gustaban los críos. Lo puse sobre la mantita en la que estaba envuelto, le desabroche el pañal, lo limpie, le puse el pañal limpio, la pomada y volví a envolverlo con la mantita. Al levantar la vista todas me estaban mirando con una sonrisa tonta, hasta Faddei parecía contento.

—¿Puedo dejar que lo coja Ursa? Es decir, si no quieres cogerlo tú, Nadia.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Déjaselo a mi prima, está deseando cogerlo. A mí me quedan muchos años de ser madre, unos minutos sin tenerlo en brazos no me matarán.

—El café, anda, hijo, te lo has ganado. Come algo, los dulces los hace mi hermano, están muy buenos. —Sirvió tazas para todos y puso una bandeja de dulces en medio.

Los dulces del hermano de Katia estaban muy buenos, como todo lo que daba esta tierra. Eran dulces muy parecidos a los turcos, hechos de pistachos, almendras y miel. Me comí uno que tenía una capa de chocolate por dentro y Katia me puso otro delante diciéndome que era de albaricoque y almendras. No sé cuántas veces le dije a mi suegra que ya estaba lleno, dio igual, si por ella fuese me hubiera comido la bandeja de dulces yo solo.

Al terminar, Faddei se levantó, le dio un beso a Katia, otro a Ursa y me hizo una señal para que lo siguiese. Sin darme cuenta, me volví y besé a Ursa en los labios; según lo hice me tapé la boca y miré con pánico a mi futuro suegro.

—Chaval, cuando te he abrazado olías más a mi hija que ella misma. Después de hacer lo que quieras hacer con los hierros te vas a duchar. Si haces un buen trabajo, igual os dejo dormir en la misma habitación, anda, ven.

Todas pusieron cara de estar sorprendidas. Me levanté y lo seguí por la puerta trasera de la cocina.

La fragua estaba bien ordenada y con todos los instrumentos necesarios para manipular y tratar el metal candente. Había un yunque, un montón de tenazas, martillos, una fragua con carbón y un motor eléctrico unido a una turbina que soplaba las brasas.

—Tiene usted esto muy bien organizado. ¿Me puede dar un mandil y unos guantes?

Faddei me miró con media sonrisa y me dio lo que le pedí.

—¿Qué es lo que quieres hacer? Tengo un par de planchas y muchos retales. —Me señaló una esquina donde había bastantes sobrantes de chatarra.

—Quería hacerle una lámpara, pero he visto una pala con una mella, unas ballestas y unas gavillas. Voy a hacer algo que creo que les va a gustar más. ¿Tiene algo para cortar metal?

—Tengo todo lo necesario. Quiero que me hables de ti, quién eres, qué eres. Deja de tratarme de usted.

Mientras trabajaba el metal candente le fui hablando de cómo había llegado aquí, de mi vida en la Tierra, que era un humano y cuál era el vínculo con el dueño de este cuerpo. Le hablé de mi relación con su hija, de nuestros intercambios en el plano de los sueños y cómo me había salvado de perder el juicio. Él estuvo igual de atento a mis palabras que a mi forma de trabajar el metal. Una vez tuve todas las piezas listas y conformadas, le pedí algo para soldar, él me dio un soldador tipo arco y una pantalla para soldar. Empecé a unir la ballesta que había estirado y doblado, la pala que conforme y corté y el resto de pequeños retales que aplané y doblé en el yunque. Poco a poco se fue plasmando en metal lo que solo tenía forma en mi mente, un busto de Ursa.

—Si tienes otro par de esferas como las de la escultura de la entrada, habremos terminado.

Él me miró sin decir nada, después se giró para mirar la escultura.

—Alguien me dijo que un racional se mide por sus actos, no por sus palabras. Esto que has hecho es muy bonito y he aprendido mucho viéndote trabajar, pero… ¿Por qué hacer un busto de mi hija? ¿Dónde te la quieres llevar como para dejarnos solo su imagen?

—He hecho un busto de tu hija porque no consigo sacármela de la cabeza. La quiero tanto que por ella abandonaría mi mundo, a mi madre y mi anterior vida. Pero eso no depende de mí, vine aquí con una misión, con un propósito y mi función aquí ha terminado. Igual mañana o dentro de unos minutos caigo al suelo y cuando este cuerpo se levante ya no estaré yo dentro. Tu hija quiere venir a mi plano, quiere venir conmigo. Ni tú, ni yo, ni nadie de este planeta la va a convencer de que se quede aquí.

Ese oso enorme agachó la cabeza e hizo justo igual que Ursa, apretó los puños hasta clavarse las uñas.

—Esto es por mi culpa. No tendría que haberla presionado para tener pareja, no pensé en ella. Creí que sería feliz con Knut, era el yerno perfecto. Según ingresó en el sanatorio empezó a ser el oso encantador que yo creía que era con las enfermeras, las limpiadoras, las médicas… Antes de salir con el alta, ya tenía pareja. Qué ciego estuve. Hasta el día de hoy, Ursa nunca me había plantado cara, nunca me mandó callar, y lo ha hecho por ti. —Se estaba haciendo daño sin querer y me dolía solo con verlo. Le cogí las manos y le abrí los puños.

—Yo no soy padre, no puedo decirte si todas las decisiones que has tomado con ella son las más acertadas. Lo que sí puedo decirte es que ella te quiere, lo he visto, en su cabeza solo hay pensamientos felices respecto a su familia. Después está ese carácter que tiene, esa positividad y esa energía que desprende. Si hubieras hecho un mal trabajo como padre, ella no sería como es. —Al abrirle las manos vi que se había clavado las uñas, estaba sangrando—. Tu hija hace exactamente lo mismo cuando se siente impotente, hay mucho de ti en ella.

Él se secó la cara con la manga de la camisa y se miró las manos.

—Tengo una rodaja de roble que quedaría perfecta como peana para esta obra. Vamos dentro, hijo, si nos quedamos más tiempo aquí Kati vendrá con el rodillo para amasar por si te he pegado o algo. —Me dijo «hijo» de forma totalmente casual; aun así, cuando me lo dijo no pude evitar alegrarme. Fue a por la pieza de roble y colocó el busto encima.

—Si te digo la verdad, temía que me pegases. Eres igual de grande que Ursa y supongo que más fuerte que ella. —Me quité el mandil y los guantes y los dejé en su sitio.

—Kati no es la única que se dio cuenta de que haces feliz a mi hija, hacerte daño sería como hacerle daño a ella. Deja eso, después ordenaré este sitio, vamos a enseñarle la escultura a las hembras.

—Seguro que Saba le pone mala cara, no le mola el rollo *steampunk*. La escultura de la entrada me encanta, no me quedé mirándola para hacerle la pelota, realmente tiene mano para esto. ¿Qué oficio le ha repartido el Ministerio?

—Diseño y mantengo los caminos. Soy grande y fuerte, puedo talar árboles y manejar maquinaria pesada.

—A su hija la iban a meter en una mina, Yuta le ha dado otra salida profesional. Al igual que ella, sería un desperdicio que tú siguieras en ese oficio, tienes mano para el metal.

—Igual puedes arreglar eso también, ya que tienes tanta influencia en el Ministerio. Esto ya está fijado, la voy a poner en la entrada, le haré un pie con las gavillas que han sobrado.

—Muy buena idea, quedará genial. —Faddei me hizo un gesto para que saliera de la fragua hacia la cocina.

Al entrar en la cocina estaban todas arremolinadas alrededor de Nadia, que estaba con un pecho fuera y dando de comer a Otto. Al entrar toqué el marco de la puerta para anunciar que estaba allí, todas ellas se volvieron, me miraron y volvieron a prestarle atención a Otto y su madre.

—Creo que no molesto. Sigo vivo y tal…

—No hagas ruido, ¿no ves que está comiendo? —Ursa puso un dedo delante de su boca para enfatizar que me callase.

—El pequeño Otto está con su merienda. No lo molestes, hijo, se distrae con facilidad y después no come.

Ursa se volvió al escuchar a su padre, se levantó y fue hacia él.

—¿Le has dicho «hijo»? ¿Y ese busto? Se parece a ti.

Le quité la escultura de las manos a Faddei y empujé a Ursa contra él, Faddei hizo el amago de abrazarla, fue ella la que se fundió en un abrazo contra su padre.

—La escultura eres tú. La pondré en la entrada de la casa, así nunca te tendré lejos. Lo siento, hija, todo esto es culpa mía. Knut resultó ser un imbécil, cuando lo tiraste tendría que haber aterrizado con la cara.

Ella se rio fugazmente, estaba entre la risa y el llanto.

—Ese medio lobo de aquí al lado dijo exactamente lo mismo cuando le conté la historia de por qué estaba con Yuta en su centro.

—Es listo, tiene buena mano con los niños y el metal, sé que te hará feliz. Hueles a él, sé que te está haciendo feliz. Deberíais asearos, la ducha de la planta de arriba tiene mejor presión.

Juraría que debajo de ese pelaje castaño Ursa se había puesto colorada.

—Menos mal que has abierto los ojos, oso cabezón. Os voy a dar toallas, el único champú que tengo es para osos, te puede valer de momento. Si tenéis ropa sucia, dádmela y pondré la lavadora, así os podréis ir con la ropa limpia. —Las madres eran madres aquí y en cualquier sitio, no pude evitar reírme.

—Me has recordado a mi madre, a la mía en mi mundo… La echo de menos. —Sin querer agaché las orejas y dejé caer el rabo.

—Aquí, aparte de ganar una hembra, también te llevas a la familia. Si te recuerdo a tu madre, solo me tienes que decir mamá. Anda, perro grande, ve a lavarte. —La forma en la que me hablaba era muy maternal.

—Si no te importa, voy a ducharme. Quédate con tu padre, tenéis que poneros al día.

Al pasar junto a Tola, esta me cogió con fuerza de la muñeca izquierda e hizo que me agachase.

—Cuando estés bien limpio y aseado, nos tienes que decir quién es

ese y que has hecho con nuestro tío.

Le di un beso en la mejilla y me fui escaleras arriba. Escuché pisadas en las escaleras detrás de mí, era Katia, que venía con las toallas.

—A la izquierda, la puerta del fondo. Tómate el tiempo que quieras, hoy Helios ha dejado el agua hirviendo, ten cuidado no te vayas a quemar. Déjame la ropa sucia en este cesto junto a la de Ursa. Gracias por haber cuidado de mi niña.

—Ella ha sido la que ha cuidado de mí todo este tiempo, le debo muchísimo a su hija. Muchas gracias por todo, mamá oso.

Ella me sonrió y volvió abajo con el resto de su familia.

El cuarto de baño era amplio, en lugar de una placa de ducha había una bañera enorme de fundición con cuatro patas a la imagen y semejanza de las de un oso. Me metí en la bañera y abrí el grifo de agua caliente y fría a la vez. Era la primera vez en mucho tiempo que no me duchaba solo, entre las duchas compartidas del centro de Yuta y las que compartí con Ursa echaba de menos poder tener un momento de tranquilidad bajo el agua tibia, estaba canturreando y todo. Según empecé a mojarme me vino el típico olor a perro mojado, usé el champo que había en la bañera y me enjaboné. Había ganado musculatura en los brazos y me costaba frotarme la espalda. Necesitaba otro corte de pelo, o por lo menos eso me parecía; aunque estuviese allí toda la vida jamás me acostumbraría a tener tal cantidad de pelo en el cuerpo. Me pregunté qué pasaría si me diera por afeitar este cuerpo. Seguro que si Kiyu volvía a su antiguo cuerpo y se veía depilado le daba un soponcio.

Salí de la ducha envuelto en una toalla y secándome la cabeza con otra, no quería resbalar y darme en la cabeza con esa bañera tan bien construida. Al poner un pie fuera y mirar hacia delante ahí estaba Ursa haciendo pis, me dio un susto de muerte, por poco me caigo.

—¡Me has asustado! ¿Qué tiempo llevas ahí?

Ella simplemente se dedicó a sonreírme y a señalarme mi equipaje de mano.

—Tenías tantas ganas de ducharte que te olvidaste de tu ropa. Llevo un buen rato, desde que intentaste frotarte la espalda mientras destrozabas temas de los Michael Clan. —Mientras me hablaba se fue desnudando para entrar en la ducha.

—¿No debería irme antes de que te metas en la ducha? Estamos en casa de tus padres, te recuerdo.

—¿A estas alturas vas a tener miedo de mi padre? Mamá me dijo que si quería subir a frotarte la espalda, le gusta sacarme los colores. Son mis padres, no son tontos, los dos te han olido a ti y a mí. ¿Qué le has contado a mi padre para que te haya aceptado con esa facilidad?

—¿Solo con decirme «hijo» ya estoy dentro? ¿Algún rollo de osos?

Ella pasó junto a mí muy cerca y desnuda para meterse en la ducha.

—Lo que tú dices «rollos» es nuestra cultura. Pero sí, estás dentro. Lo que has hecho con el pequeño Otto ha hecho que te los metieses a todos en el bolsillo. Aún no me has respondido.

—Ya… En ese momento pude olerte. Nunca había estado cerca de un niño en este sitio, menos de un bebé. Es una monada, parece un peluche. A tu padre le dije lo que siento por ti, nada más. Creo que no ha ido en todo este tiempo a verte porque se sentía culpable por lo de Knut.

—Nadia dice que es un peluche que no la deja dormir, descansar y vivir en general. Se queja mucho, pero es muy feliz con esa pequeña bola de pelo. Has hecho que los lobos puedan estar en paz y has conseguido que mi padre y yo nos reconciliemos, eres todo un mediador interplanetario.

—Mediador interplanetario, serás… Darío me dijo que era un apagafuegos interdimensional, supongo que yo estoy unos pocos peldaños abajo en la escala de mando. Que Otto sea un clon tuyo tiene que ser un fastidio para Nadia, lo mirabas con una cara de tonta… Te encantan, ¿verdad?

—Lo de Darío y tú me resulta difícil de comprender, lo acepto, pero es duro para mí. Nadia me ha dicho unas pocas veces que los genes son muy retorcidos. Además, dice que se comporta igual que yo de bebé. Sí que me gustan los niños, ellos son el futuro.

—Espero que su generación no tema al lobo. Quizás el día de mañana le contarán que un lobo, el novio de su tía segunda, le cambió el pañal en la cocina de sus tíos.

—Seguro que esa va a ser una historia que mis padres contarán una y otra vez. —Al meterse en la ducha y abrir el agua creí verla llorar aprovechando el caudal.

—¿Qué es lo que no quieres contarme? Nos conocemos de poco, pero nos conocemos lo suficiente.

Se tapó la cara con las manos y agachó la cabeza.

—¿Podrás quedarte aquí? No en casa de mis padres, en Roanoke, en Ix, en este plano. —Parecía darle vergüenza pedirme eso.

—No lo sé, esto no depende de mí. He dejado de tener esa sensación tras los ojos, pero tengo un pellizco en el estómago. Tengo que llamar a Roser, creo que esto no ha terminado del todo. Mientras que sí, mientras que no, ¿sabes qué voy a hacer?

—No lo sé, Mundo, me das miedo cada vez que piensas.

—Voy a vivir el ahora.

Ella dejó de taparse la cara para mirarme con la boca muy abierta.

—¡¿Vas a aprender a vivir justo cuando tu vida aquí termina?! En mi cuarto hay un teléfono. Es la tercera puerta a la izquierda en el pasillo. Vístete y ponte cómodo, no llames hasta que este allí contigo.

—Mejor me quedo aquí y contemplo cómo te quitas todo el tufo a lobo.

—¿Qué apuestas a que no eres capaz de mirarme sin mover el rabo? —Me lo dijo con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Paso de apostar, seguro que te enjabonas de la forma más sugerente posible. Si quieres, te puedo frotar la espalda.

—Ni hablar, te quiero lejos de mí. Déjame que me duche tranquila y vamos a hablar con esa gata que por poco te hace enloquecer. Tengo ganas de decirle un par de cosas…

Estuvo enjabonándose de forma que viese bien que se frotaba por todos los sitios, menos mal que no aposté nada con ella. Me senté en la tapa del inodoro, casi todo el rato que estuvo en la ducha estuve escuchando cómo mi apéndice chocaba una y otra vez con la cisterna. El sonido rítmico y constante parecía divertirla, me gustaba verla feliz. Ursa tenía esa sorprendente habilidad de estar preocupada para, acto seguido, ser esa osa feliz que conocí en primera instancia donde Yuta. Al terminar le pasé la toalla y la ayudé a secarse la espalda, siempre le costaba llegar a ese punto con los brazos que tenía.

Su cuarto era el de una niña, mucho color pastel, mucho rosa y mucho peluche de oso. No me reí, pero le estaba dando una paliza a la osa que tenía a mi derecha con el rabo. Ella entró en su cuarto, abrió los brazos y dijo en medio de un suspiro: «Sí, soy una hembra». Los dos nos reímos a pleno pulmón.

—A ver, cosita achuchable de dos metros, ¿te dije o no te dije que eres un pedazo de hembra?

—Soy la chica de la casa, mis padres en lugar de pintar de otro color las paredes las han repintado del mismo año tras año. Me sirve de consuelo que las habitaciones de mis hermanos están pintadas de colores suaves y siguen teniendo sus juguetes.

—Tus hermanos… Los vi fugazmente en tus recuerdos mientras los calentabas. ¿No están aquí?

—Ya no viven en Roanoke, el mayor se casó, el de en medio se ha ido a estudiar y el más chico está viviendo a tres horas de aquí. Me separan de mi hermano menor cuatro años, del de en medio, seis y del mayor, ocho. Si volvemos aquí después de la boda de Buddy, podrás conocerlos, es el cumple de mi madre.

—Me encantaría conocerlos, si se ponen chulos conmigo los puedo canear con el truco de la velocidad en el combate. Eso dejará a tu padre más tranquilo. ¿Dónde tienes el teléfono? —Ursa me señaló un aparato ovalado y rosa que estaba encima de su escritorio frente a la ventana—. Este teléfono, de donde yo vengo, sería *vintage*.

—Pues aquí es un teléfono pequeño y muy coqueto. Marca el número, que me tienes en ascuas.

Marqué el número y puse el teléfono de lado para que Ursa también

pudiera escuchar la conversación. Al marcar sonaron cuatro tonos y alguien con una correctísima pronunciación dijo:

—Buenas tardes, residencia Villacamp. ¿En qué puedo ayudarle?

—Muy buenas, me llamo Mundo. ¿Podría hablar con la señorita Roser Villacamp?

Se hizo un pequeño silencio y la conversación siguió.

—La señorita no se encuentra aquí. Dijo que iba a estar con usted en Magome, en la fecha señalada.

—¿No dio ninguna otra instrucción? ¿Cómo podré reconocerla?

—Dijo que ella sí lo reconocerá a usted, que no se preocupe. Todo está en marcha.

—¿Todo está en marcha? ¿Solo le dijo eso?

—También me dijo que viva el momento, que todo ha terminado. Para mí ha sido tan poco especifica como para usted. Supongo que sabrá qué es ella y a lo que se dedica.

—Sé qué es ella, pero no sé dónde y en quién está ahora.

—Me dijo que está donde tenía que estar y que habita donde le correspondía desde hace seiscientos años. Si le sirve de consuelo, la he sentido feliz como hace años que no la escucho. Cuando la vea, dígale que su asistenta está muy preocupada por ella.

Se hizo otro incómodo silencio.

—¿Esa gata tan guapa no te dijo nada más? ¿Por poco se lleva por delante a mi macho y solo te ha dicho eso? —Ursa estaba tirando del teléfono, tuve que hacer fuerza para que no me arrancase el aparato de la mano.

—Usted debe ser Ursa, la osa que está con Mundo. Esa gata tan guapa, como usted la llama, realmente no es una gata, aunque eso ya lo sabe. Me dijo que la disculpase en su nombre, que las cosas se hicieron como debían hacerse. —De nuevo, silencio.

—Muchas gracias, dígale si vuelve a llamar que nos veremos en Magome. Buenas tardes. —Colgué el teléfono con mucha tranquilidad, en realidad quería tirarlo por la ventana.

—¿Estás contando mentalmente hasta diez? —Ursa seguía muy pegada a mí y escuchaba mi respiración.

—¿Podemos salir a que me dé el aire? Tengo ganas de salir corriendo, cazar, matar algo. ¿Por qué me pasa esto?

—Vamos, te voy a llevar a mi sitio preferido. Estás metido dentro de la piel de un lobo, tienes todo el pack de perro grande, incluidos instintos. Sé qué te puede calmar, ven, anda. —Ella me abrazó y empezó a rascarme tras las orejas.

Estuvo un rato abrazada a mí y aplicándome el tratamiento antiestrés para perros grandes. Funcionó a las mil maravillas, de querer salir al monte y querer volver envuelto en la sangre de alguna pobre criatura, pasé a solo querer dar un paseo. Tenía la intención de

tirarme a descansar un rato, fueron muchas horas a caballo, pero la conversación con la asistente de Roser me dejo muy nervioso.

Salimos de la casa familiar de los Zapador y recorrimos parte del pueblo de la mano bajo la atenta mirada de todos los vecinos. Mi osa me llevó a su lugar favorito, una ensenada llena de cantos rodados junto a un embalse natural. Ella se agachó, cogió una piedra y la tiró con todas sus fuerzas al agua; al hacer eso, tuve la intención de tirarme al agua a buscarla.

—Cuando era una cría venía aquí muy a menudo. Venía cuando algún capullo me decía que estaba gorda, o cuando alguna hija de su madre me decía que me iba a quedar soltera para toda la vida. Aquí podía tirar piedras y pensar que mis problemas se irían al fondo del embalse junto con ellas. —Se agachó, cogió un canto rodado y me lo puso en la mano—. Piensa en qué quieres tirar y tíralo.

Nos llevamos casi una hora tirando piedras a ese embalse, las tirábamos con furia, con saña, como si quisiéramos abrirle la cabeza a alguien. La verdad es que me sentí mejor, más calmado. El sonido de las piedras al chocar con el agua, el salpicar y las ondas que se formaban después eran muy zen.

—Ya estoy mucho mejor. ¿Por qué tiras las piedras, osita?

Ella dejó de mirar al agua y juntó su frente con la mía.

—Por nada y por todo. En realidad, ya no me hace falta tirar más piedras. Si me hubiera dejado tomar por Knut, a estas alturas estaría casada y con un par de críos. Entonces hubiera tenido que tirar piedras hasta hacer una isla en medio del embalse. Gracias a ti le he plantado cara a mi padre, ahora yo soy dueña de mi vida. ¿Tú por qué tiras piedras?

Me retiré un poco para poder verle bien la cara.

—Imagino que mi yo humano está ahí, a ese es al que le tiro piedras. Esto no es justo para nadie. Yo me iré, tú vendrás tras de mí y tus padres tendrán que hablar con una extraña en ese cuerpo. O mejor, yo me quedaré, seremos felices mientras Kiyu se queda en mi plano y jamás podrá conocer a sus padres ni a los lobos. Encima tenemos al equivalente a Darío en hembra, igual de misteriosa e igual de vieja. —Me agaché a coger otra piedra, ella me detuvo.

—Tú y los interrogantes. Mundo, todo va a salir bien, relájate. Vamos a dar una vuelta, iremos a casa de Nadia y después cenaremos con mis padres. Prepárate para un interrogatorio de tercer grado.

—¿Podrán soportar las respuestas? ¿Tendré que pararlos cuando se cojan la cabeza con las manos y den vueltas?

—Pues claro que lo soportarán, nosotros nos tomamos las cosas tal como nos vienen. Para ti seremos muy simples, pero en ocasiones, menos es más. —Me volvió a abrazar, me dio un beso y volvimos por donde vinimos.

Al volver hacia casa de Nadia me di cuenta de que tenía el brazo derecho molido, no sé cuántas piedras tiré al agua, fueron muchas. Otra vez era víctima de los instintos prestados de este cuerpo y de nuevo me volvían a venir los mismos interrogantes. ¿Realmente me quería ir de aquí? ¿Quería dejar a esta gente, a estos racionales? Ojalá todo fuera tan fácil como tener un teléfono y llamar a Fafnir.

Llegamos a casa de Nadia y lo primero que hizo fue darme a su hijo según abrió la puerta, estaba llorando y al cogerlo dejó de hacerlo. Llamó a su marido y le dijo lo indignada que estaba porque era el único que lo dejaba calmado. De nuevo pasé por los brazos de otro oso en ese pueblo, si la espalda de Kiyu sobrevivía, pensé que me podría acostumbrar a este trato en osilandia. Me reí muchísimo en casa de Nadia, ella y su esposo eran una pareja muy curiosa, él era muy tranquilo y sosegado, ella en contraste era una bomba de relojería. Al salir de su casa por poco me llevo al crío conmigo, me lo tiraron a los brazos al llegar y por poco me lo quedo al salir. Al devolvérselo a su madre volvió a llorar, cuando la puerta de su casa se cerró pudimos escuchar de nuevo a Nadia bronqueando a su marido.

La cena en casa de Ursa fue sorprendentemente amena hasta que papá oso empezó a hacerme preguntas. Le respondí a todo lo que me preguntó con toda la paciencia de la que disponía. Me preguntó cómo me ganaría la vida en este mundo, cómo podría hacer a su hija plena, quién iba a plantar la semilla en su única hija, preguntó por las pieles cambiadas. Me preguntó lo que cualquier padre le preguntaría a la pareja de su hija, eran dudas razonables en este y cualquier mundo, con el agravante de que la pareja de su hija no era ni de su misma raza, ni del mismo barrio. Tuve que haber respondido a todo de maravilla, no solo me dejaron dormir con ella, si no que nos pusieron a dormir en la habitación de invitados que estaba en la planta baja, en la otra punta de la casa, y que tenía una cama de matrimonio.

—Es una lástima, me encantaba el color rosa de tu habitación. Además, aun después de dos años olía a ti. ¿Tus padres nos están dando permiso para compartir lecho?

—Creo que nos han puesto en esta habitación para que no los escuchemos a ellos. No sabes la de años que he tenido que hacerme la tonta cada vez que mis padres se profesaban el amor que has visto. Les decía a mis primas que eran los «osos escandalosos».

—¡No me fastidies, creí que la que olía a «tómame, soy tuya» eras tú! Estoy harto de estas mierdas de perro grande. ¡No tendría que saber que mi suegra cachonda huele igual que mi novia!

Ella se rio a carcajadas con esa risa chillona y contagiosa.

—Sí, las dos olemos a «tómame, soy tuya» del número cinco.

Los dos nos reímos.

—Por culpa de tus padres… ¿Por eso te tapas la boca cuando

nosotros…?

—¿De verdad hago eso? —Otra vez la vi agachando la cabeza y mirándome con cara de niña buena.

—Me hace gracia, sé cuándo estás avergonzada por tu lenguaje corporal. En mi mundo estarías colorada como un tomate.

—Seguro que allí también conseguirás que me avergüence. ¿Cómo sigue la presión tras esos ojos tan bonitos?

—Nada, no siento nada. Lo único que tengo muy en cuenta es que, aun después de poner un piso de por medio y un montón de paredes, puedo oír a tus padres consumando su matrimonio.

Ursa puso una mano tras una de sus peludas y redondas orejas.

—Bueno, si yo no los escucho, ellos a nosotros tampoco. —Me sonrió de esa forma que ya conocía.

—¿En casa de tus padres, en serio?

Mientras la recriminaba, se empezó a quitar la ropa.

—¡Venga ya, Mundo! El único que se va a enterar eres tú.

La cogí por la cintura y la tiré en la cama.

—La que se va a enterar eres tú. No voy a dejar que te tapes la boca.

Era la primera vez que la veía con cara de estar asustada por mi culpa.

La noche fue muy divertida. Quería ver a mis suegros por la mañana solo para mirarle la cara a Ursa en el desayuno. Teníamos otro día de camino hasta Magome, tenía muchas ganas de ver a Buddy y conocer a su futura familia. Tenía tantas ganas de ver a esa ovina y su familia que se me olvidó el propósito por el cual íbamos a ese pueblo. Me quedé dormido abrazado a ella y creo que no tuve ningún sueño, por lo menos ninguno que fuera digno de recordar.

Nómada

Me desperté abrazado a la almohada, mi osa me había dado el cambiazo y me había dejado dormir. Siempre se levantaba antes que yo, no sé si tendría que ver con sus instintos ancestrales, el reloj interno por las hibernaciones, pero sabía perfectamente la hora del día sin mirar el reloj. Era temprano, cerca de las ocho de la mañana, los primeros rayos de Helios se colaban por las rendijas del ventanal a través de los mamparos en esa habitación de invitados que parecía más bien un despacho. Podía oler pan tostado y escuchaba a Ursa hablando con su madre, la cocina estaba en la otra punta de la casa, los superpoderes de perro grande de nuevo... Fui a lavarme la cara al pequeño aseo que tenía la habitación de invitados y a vestirme con la ropa que mi suegra me había lavado, secado y planchado en tiempo récord. En la cocina estaban las dos, Ursa cortando el pan y su madre peinándole la cara con la mano.

—Buenos días. ¿Por qué no me has despertado, guapa?

Las dos se volvieron y me sonrieron.

—Porque estabas muy mono durmiendo. Mira. —Fue a por la mochila de tela vaquera que llevaba a todos lados, dentro tenía sus cosas para dibujar.

—No me digas que me has hecho otro dibujo.

Ella me cogió de la mano y me acercó donde estaba cortando el pan con su madre.

—El dibujo que te ha hecho es precioso, sabía que mi hija dibujaba bien, pero en estos dos años ha mejorado mucho. —Volvió a acariciarle la cabeza, parecía muy orgullosa de su hija.

—A ver qué has garabateado esta vez. —Me dio el cuaderno abierto por la última hoja dibujada. Allí estaba el cuerpo de Kiyu abrazado a la almohada y con un detalle asombroso de su fisonomía, los pliegues de las sábanas, el sombreado y la perspectiva, todo estaba ejecutado a la perfección—. Joder, osa, esto está muy bien. ¿A qué hora te has levantado para hacerme este dibujo?

—Me he levantado solo media hora antes que tú. En ese tiempo te he dibujado y he venido a ayudar a mi madre con el desayuno.

Me acerqué y la besé.

—A cavar en una mina te quería poner el Ministerio… Esto lo has heredado de tu padre, él es bueno con el metal, es otro artista.

—Faddei no está aquí, Mundo, no hace falta que le hagas la pelota. Ha ido a trabajar, están abriendo un camino nuevo a un mirador que hay cerca a paso entre montañas. Le dijeron que no tocase el bosque por esa zona, que era territorio de lobos, pero él es un oso y ningún lobo le iba a plantar cara —dijo eso último sacando pecho y poniendo voz grave.

—Ese es el problema, nadie conoce a los lobos. Eso pronto acabará, son un pueblo digno de descubrir.

Katia puso la cara de lado, igual que hacía Ursa cuando algo no le cuadraba.

—Me interesa mucho ese tema, vamos a desayunar y me cuentas más de ese plan tuyo para dar paz a los lobos.

—Puede que no sea necesario contártelo. ¿Han puesto en este pueblo un aparato de televisión? Una pantalla como las de cine, pero sin proyector.

—Sí, en la jefatura local del Ministerio han dicho que retransmitirán el concierto de Michael Clan en directo. La primera retransmisión televisiva, «un evento irrepetible e histórico para Ix», por lo menos eso dicen los diarios.

—No te voy a chafar la sorpresa, ese día coge a Faddei y llama a tus hijos para que nadie se lo pierda.

—¿Has implicado a una estrella del rock en tus asuntos? Me gustan las sorpresas, no te pregunto más por el tema. Tienes pan cortado, fruta, miel, mantequilla y mermelada, sírvete tú mismo. Mi hija te está preparando el café.

—¿Lo de preparar el café o las infusiones es algo muy íntimo en vuestra cultura?

—Y ahí vuelve mi intrépido explorador. Respóndele tú, mamá, le encantan los intercambios culturales. —Ursa seguía pendiente de la cafetera, como si mirándola fuese a salir el café más rico.

—Saber cómo le gustan las cosas a tu pareja, cómo hacerle el café, su comida preferida, saber cómo besarlo o lo que piensa sin que diga una palabra… En nuestra cultura, eso es un vínculo. Es algo más importante que un papel firmado, que unas palabras delante de un pastor, es algo más profundo. Mi hija me ha dicho que sabes lo a ella le gusta y cómo le gusta porque habéis compartido recuerdos, eso es trampa, habéis atajado muchos años en una siesta. Lástima que no sepas la receta de los calamares rellenos que te hacía tu madre, mi hija tiene buena mano en la cocina.

Me quedé mirándola embobado.

—¿Aquí a un macho también se le conquista por el estómago? Eso no es necesario, sabes perfectamente que te quiero, osa. Lo del vínculo es trampa, pero nos ha ahorrado muchas preguntas. Lo que realmente cuenta es que ella me gusta, la quiero y al final es lo único que

importa.

—¿Primero te ganas a mi marido y ahora me quieres dar coba a mí? Te advierto que un oso enfadado es una máquina de matar. Como le hagas daño a mi niña te perseguiré hasta tu propio mundo y me haré un bolso con tu pellejo. —Me lo dijo sonriendo, eso me dio bastante miedo.

—¿Qué os pasa en este sitio con los artículos de piel? Tenéis animales a los que os coméis y usáis sus productos. ¿La piel de lobo es algo muy cotizado? —Me puso muy nervioso, no paraba de mirarla a ella y a Ursa.

—Tienes razón, hija, se comporta igual que un intrépido explorador. Si la haces infeliz, me enfadaré, como cualquier madre. Lo de hacerme un bolso con tu pellejo es un eufemismo. Me haría una chaqueta contigo, eres grande y tienes el pelo muy bonito.

Los tres nos reímos, a Ursa por poco se le cae el café. A pesar de ser el único que estaba desayunando a esa hora, no desayuné solo. Las dos osas a ratos me sacaban los colores, a ratos me tomaban el pelo. Me costó horrores salir de esa casa y despedirme de Kati, como la llamaba su esposo. Al salir por la puerta principal camino de los establos vi que mi suegro había hecho con unas gavillas un trípode precioso donde puso la base de madera con el busto de Ursa, le había puesto por ojos las mismas esferas color miel que a la escultura de la entrada. No sé a qué hora se acostó o se levantó, pero había terminado el trabajo que yo había empezado. Me quedé un rato mirándola, Ursa a su vez, se quedó mirándome a mí, sabía que iba a inmortalizar ese momento. Cargamos los caballos, los sacamos del establo y empezamos el camino a Magome. Ursa estaba risueña, feliz como la primera vez que la conocí.

—Por fin ha vuelto mi osita feliz. ¿Te has quitado un gran peso de encima?

Ella se volvió hacia mí, acercó su caballo al mío y me desmontó de Lola poniéndome delante de ella en Tok.

—¿Te he dicho que te quiero, mono calvo calzado en la piel de un lobo?

Lola relinchó y creo que le puso mala cara a Ursa.

—Me cago en la madre que te parió. Me has asustado a mí y a mi yegua, deja que la ate a tu silla por lo menos. —Apenas me dejó atarla, no paraba de achucharme—. ¿Qué me he perdido, por qué estás tan especialmente cariñosa?

—Les has gustado a mis padres. Papá me sacó ayer de la cama de madrugada para enseñarme el busto que tú has visto esta mañana. Aparte de enseñarme tu obra de arte, habló conmigo. Me dijo que él quería mi felicidad, si ella pasaba por estar con «ese pedazo de perro que no es ni un perro ni un lobo», tenía todas sus bendiciones. A

mamá le has encantado, mis primas están locas contigo. Eso te da puntos conmigo.

—Creí que ya te tenía convencida con lo de las almas gemelas, peluche de dos metros. Los padres son padres en cualquier sitio, ahora lo sé más que nunca. Tú has tenido suerte, conoces el amor de ambos. Me caen bien, aún no he podido conocer a tus hermanos, seguro que también me los meto en el bolsillo.

Ella se puso a frotarse contra mí y de nuevo pude olerla.

—Tenemos cuatro horas a caballo de aquí a Magome, conozco un sitio perfecto para comernos el picnic que mi madre nos ha preparado.

—¿Un sitio bonito con sombra y muchos matorrales? Sé que no te gusta escucharlo, pero puedo olerte.

—Y yo puedo sentir como me estás dando con el rabo. Es un sitio donde vas a poder nadar. Cuando todo esto termine, podríamos ir a ver el mar, sé que echas de menos tu casa.

—Me encantaría verte en traje de baño. ¿Aquí usáis bikini?

—No, aquí vamos a la playa desnudos y nos secamos sacudiéndonos. Pues claro que tenemos trajes de baño. Si te hace feliz, me haré con uno de esos que dejan poco margen a la imaginación.

— ¿De esos que van con el culo fuera? Tienes que estar monísima con ese rabo y medio culo fuera.

—Eso te gustaría, ¿verdad? ¿Quieres volver a tu yegua, esa que me mira con mala cara?

—Está celosa de ti, tiene las hormonas revueltas, como tú. —Ella volvió a apretujarme—. Prefiero estar aquí contigo, sabes que me encanta.

Pasamos tres horas a caballo uno muy cerca del otro hablando de cómo sería la familia de Anya y cómo estaría Buddy, estábamos seguros de que el pelanas lloraría al vernos. Transcurrido ese tiempo, Ursa llevó a Tok por una senda apenas visible que transcurría entre un bosque bastante espeso, parecía el típico sitio escondido que solo tres o cuatro personas conocen. Dejamos a los caballos atados y nos movimos por un sendero de cabras por el que apenas se podía andar hasta un pequeño salto de agua encastrado entre salientes rocosos. En ese sitio comimos, nos bañamos y aprovechamos para amarnos con el suave gorgoteo del agua de fondo. El sitio se lo mostró su padre cuando ella era chica y esa misma mañana le confesó que ahí es donde ella fue concebida. Así que aquella pequeña y profunda charca era más que un sitio, era parte de su vida y lo estaba compartiendo conmigo. Me decía poco «te quiero», aquello era la forma que ella tenía de demostrarme su amor. Nos secamos gracias a Helios tumbados sobre una piedra enorme y oscura; la sensación de esa piedra recalentada, la mano de esa osa y la brisa fue deliciosa. Una vez secos retomamos el camino, cada uno en nuestro propio caballo.

—Que me hayas traído a un sitio que te es tan especial representa mucho para mí. ¿Tus hermanos no conocen este sitio?

—Papá solo me trajo a mí, dijo que mis hermanos intentarían llevarse a alguna incauta a ese sitio para bajarle las bragas. Supongo que no quería convertir un sitio especial para él en un picadero.

—A ver… ¿Qué hemos hecho nosotros hace un rato? —Sin darme cuenta le puse la cara de lado, igual que lo hacia ella.

—Eso es diferente, nosotros nos queremos y esas cosas.

—Y esas cosas, yo no lo hubiera expresado mejor.

Los dos nos reímos.

—También intentó enseñarme a nadar en ese estanque. Fue cuando tenía unos cinco años, le clavé las uñas en la espalda, de recuerdo de ese día tiene una buena cicatriz.

—Vaya, entonces ya habían intentado enseñarte a no ahogarte. A mí no me arañaste.

—Ya no tenía cinco años, además lo hiciste muy bien. Tuviste mucha paciencia. Recuerdo tu cara cuando me viste nadar, fue una mezcla de orgullo y felicidad, pero también pusiste una cara rara.

—Porque solo veía tu cabeza fuera del agua y parecías un oso de mi mundo, parecías solo un animal, eso no me gustó. Después te volviste, me miraste y me sonreíste, ahí se fue el oso y estabas tú. Esto sigue siendo extraño para mí.

—Mi intrépido explorador ataca de nuevo. Me pongo en tu lugar y, la verdad, te tomas las cosas bastante bien. Sé que soy para ti mucho más que solo un animal. He visto tu plano, tu mundo, tienes razón en muchas cosas.

—¿En qué cosas tengo razón? —De nuevo e involuntariamente ladeé la cabeza.

—En que, comparados con vosotros, somos víctimas de nuestros propios instintos. Tenemos que luchar con muchas cosas de nuestra raza. Con el paso de los años aprendemos a mantenernos a raya, pero es un proceso que lleva tiempo. ¿Verdad, perrito bonito? —Solo bastó con decirme esas tres palabras para tenerme moviendo el rabo.

—Qué graciosa eres, osa trepa árboles. No te creas que nosotros, los monos calvos, somos un dispendio de virtudes. Yo soy un tío muy equilibrado, pero hay gente realmente estúpida y peligrosa deambulando en mi planeta. Me vas a perdonar, pero tengo que hacerte de nuevo la pregunta.

—¿Qué te vas a encontrar en un pueblo lleno de ovinos? —Ella me sonrió mirándome de reojo.

—Me conoces demasiado bien en muy poco tiempo. Voy muy tranquilo a Magome, lo que me preocupa es cómo reaccionara tanta oveja al ver a un lobo. De donde yo vengo los lobos y las ovejas no tienen una relación demasiado cordial.

—No te preocupes por eso, procura no meterte con nadie del rebaño, aunque parezcan inofensivos ellos son muchos, en un pueblo donde se cultiva y hay caza, cada hogar tiene escopeta.

Suspiré sonoramente.

—Me quitas un peso de encima, no me gusta el rollo de lobo feroz. Empiezo a oler a lana, no falta mucho.

—Deberías prestarles más atención a los carteles, quedan unos veinte kilómetros, si vamos al trote poco más de una hora.

—Prestarle atención a las señales del camino me quita tiempo de mirarte a ti, que pareces tonta. Apresurémonos, quiero ver cómo llora el perro sin ojos. —Le dije a Lola que apretase el paso y, sin espolearla, empezó a trotar.

En poco más de una hora estábamos a las puertas de Magome, otro villorrio rodeado de cultivos con la diferencia que parecía una colonia de ovejas de diferentes especies. Este pequeño pueblo parecía más reciente que el de Ursa, por lo menos en lo que se refiere a las edificaciones. Casas de ladrillo visto, parcialmente lustradas y pintadas de blanco. Las calles eran menos angostas que las del pueblo de Ursa y parecía que se había seguido algún plan de ordenamiento urbanístico. Los lugareños iban vestidos con prendas de vivos colores, iban como si aquello fuera una gran comuna hippie. Decidimos dejar los caballos atados en las afueras, en un abrevadero, y andar por la calle principal, donde había muchos puestos con frutas, verduras y prendas de vestir de lana. Los lugareños, al vernos pasear de la mano, nos sonreían y seguían a sus menesteres, parecía raro que no me tuvieran miedo.

Llegamos sobre las seis de la tarde y olía a café por alguno de los locales por los que pasamos, como de costumbre tenía hambre y estaba un poco cansado de tanto caballo, así que antes de preguntar por Buddy entramos en un bar llamado El dragón enroscado, me hizo gracia el nombre y ver al animal mitológico echo un ovillo sobre el nombre. Al entrar por la puerta, que parecía la vidriera de una iglesia, lo primero que nos encontramos tras la barra fue a un tremendo reptil con cuernos, parecía un dragón. Me dio por reírme cuando me acorde del Lomo Plateado y Mongo, lo malo es que ese tío con cara de animal mitológico se dio cuenta de que lo hice al mirarlo.

—¿Podrías acercarte aquí y contarme qué te hace tanta gracia? —Me habló con una voz ronca y profunda, la voz que le pondrías a un dragón de cuento.

—¿No puedes escupir fuego tan lejos? —Otra vez hablando sin pensar, Ursa abrió mucho los ojos y me miró sorprendida.

Ese tío dio un golpe en la barra y agachó la cabeza. Al mirarme empezó a reírse, los clientes que estaban allí se rieron también.

—Los tienes bien puestos, chaval, ven aquí y dime qué quieres

tomar. La mayoría de gente que entra por primera vez aquí o mete el rabo entre las piernas o me hablan mirándome a los cuernos. —Por un momento creí que me había metido en problemas.

—No me reía de usted, me hizo gracia el nombre del local y verlo me recordó al animal mitológico.

—Ni lo menciones, todo el mundo cuando ve el cartel al entrar y verme se ríe. El número de tío duro lo hago para ver la cara que pone el personal, soy un poco retorcido, he tenido que correr detrás de muchos clientes para explicarles la broma. Tú tienes gracia, nadie me había dicho antes lo del fuego. —Seguía riéndose con esa cara de dragón.

—Sois los dos muy simpáticos, él me ha asustado, tú has abierto la boca y me has asustado más aún. ¿Cómo se te ocurre decirle a un zonuro eso?

—Yo que sé, ha sido un mecanismo de defensa antivacile. Anda, vamos a la barra a pedir un té fuerte para ti y un café para mí, ¿tenéis té negro y miel?

—Aquí tenemos de todo. ¿Venís para el concierto? El pueblo está hasta arriba, vais a tener que solicitar una litera en el campamento que han montado en las afueras para pasar la noche.

—No creo que sea necesario, ¿sabe dónde puedo encontrar a Anya Vilna?

—¡No me digas que aparte de al concierto venís a la boda de ella! Me dijeron que vendría una osa acompañada de un lobo, creí que me estaban tomando el pelo. ¿Eres un lobo de verdad? —Se acercó más a mí para mirarme de cerca.

—Eso dicen la mitad de mis genes, la otra mitad es de mi madre, una cánida muy grande. No te voy a dar problemas, solo quiero un té para ella, un café para mí y algo para merendar. —Le sonreí y él se volvió a la máquina para preparar las infusiones.

—Tranquilo, Mundo, pronto vas a dejar de tener que dar explicaciones.

—Chaval, no te preocupes por mí. Nunca había visto a uno de los vuestros de cerca, el Ministerio no os hace muy buena prensa, mientras que no des problemas eres un cliente como cualquier otro. Tengo un pan de centeno buenísimo con crema de queso y salmón ahumado para ti, osa. A los perros grandes como tú les encanta la carne de caza, tengo un paté de jabalí exquisito. —Seguía mirándome muy de cerca y me sonreía.

—¿Qué te llama tanto la atención? ¿Tengo lobos en la cara?

Él se volvió a hablar con Ursa.

—Es muy guapo, pero hay algo más en él. No es ni un cánido, ni un lobo, es otra cosa. —Le habló a Ursa casi en el oído, se volvió a la máquina de café y nos sirvió las bebidas—. Os pongo algo para que

repongáis energías, si os gusta lo que os voy a poner, en la boda de Anya vais a alucinar, soy el responsable del cáterin. —Volvió a poner el pan a tostar, estaba metiendo la mano en el tostador sin mostrar signos de quemarse.

—¿Otro con extraños dones como Jacob? Me has dicho que es un zonuro, ¿qué es, una especie de reptil? —Le hablaba a Ursa, pero fue el reptil el que me respondió.

—Somos una de las especies de reptiles más antiguas de este planeta, más que tu amigo Yuta, el saurio. Han llegado vuestros amigos de su centro, en cuanto merendéis id corriendo a casa de Anya, os están esperando. El perro disfrazado de oveja os echa de menos, cada vez que habla de vosotros se pone muy tonto. Estoy seguro de que le va a costar la misma vida pronunciar los votos en el altar. —Vino riéndose con las rebanadas de pan preparadas.

—Eso mismo le he dicho a mi osa de camino para acá, que iba a llorar mares en la boda. Esto huele realmente bien… ¿Cómo te llamas?

—Perdona mis modales, me llamo Dragomir, pero todos me llaman Drago. —Volví a reírme sin querer—. Ya… lo sé, Drago el dragón. —Mientras hablaba, le di un bocado al pan con paté.

—¿Has preparado tú este paté? Tío, esto está riquísimo. —Me comí el pan de tres bocados, tenía hambre y estaba muy bueno.

—Ya veo que te ha gustado, el paté lo ha preparado mi mujer. Hacemos un tándem muy bueno en la cocina. Esperad que os la presento, le encanta recibir elogios de su comida. ¡Madejita mía, ven, que hay alguien que quiere conocerte! Os va a encantar, es pura energía.

De las puertas de la cocina salió una oveja totalmente negra, iba con un uniforme de cocina bajo un delantal con el dibujo de un dragón soplando fuego a una cocina de carbón.

—¿No será otro de tus amigotes graciosos? ¡Como tenga que escuchar otra broma sobre la oveja negra, saco los cuchillos buenos! —Era casi tan alta como Drago, salió de la cocina como una estampida.

—No soy un amigote gracioso, quería felicitarla por el paté y por el delantal, es muy bonito. —Salió muy seria, pero se le cambió la cara cuando le dije lo de la comida y la vestimenta.

—¿Este trapito? Lo he dibujado yo, al igual que el paté también es mío. Me alegra que os guste.

—¿Lo pondrán en la boda de Anya? Ursa, no le has dicho nada del salmón que te han puesto.

Ella estaba pegándole bocados muy pequeños a la tostada.

—¿No ves que lo estoy disfrutando? Te has comido la tostada de tres bocados, me extraña que le hayas pillado el sabor al paté. Por

cierto, estoy extasiada con la combinación del queso y el salmón, esto está para matarse.

—¡No me digas que vosotros sois la pareja que me dijo Anya! El lobo y la osa. No pareces un lobo, no das miedo, das buenas críticas a mi comida. La tostada es cosa de mi lagarto, tiene muy buen gusto a la hora de mezclar la materia prima. —Los dos se dedicaron unas miradas cómplices.

—Vaya, veros así nos hace parecer menos raros. Aunque aquí nadie nos ha mirado con mala cara al vernos de la mano, ¿verdad, perro grande? —Me miró con media sonrisa en la cara.

—El amor es amor, peluchito de dos metros. Puede que dentro de poco recibáis noticias del Ministerio, un pajarito me ha dicho que nos van a conceder todas las garantías que se le da a un matrimonio de la misma especie.

—Uf, espero que Sobek te escuche. Eso nos haría la vida mucho más fácil. No nos podemos quejar, solo con tenerla a ella me conformo. —Ella se acercó y le dio un beso.

—Me llamo Musta, vosotros sois Kiyu y Ursa. Anya me ha hablado de vosotros dos, tenéis una historia muy interesante. —Al presentarse, Drago me miró muy intrigado.

—¿Ella te ha llamado Mundo? ¿Seguro que escuchaste bien su nombre, cariño? —Él se acercó mucho y me habló al oído—. Tú eres una piel cambiada, lo he visto en tus ojos. Tranquilo, no eres ni el primero ni el último que me encuentro. Estás aquí para hacer algo, algo grande. —Se separó de mí y le dijo a su pareja que me llamaba Mundo guiñándole un ojo.

—Ah, uno de esos. Osa, termínate eso y ve corriendo a casa de Anya, está de los nervios con los preparativos de boda, tú le vendrás bien. Y tú, Mundo, el pelanas según me ha dicho su futura esposa te quiere con locura, dale un abrazo y prepárate para que te ponga perdido. —Nos dio un abrazo a ambos y desapareció tras las puertas de la cocina.

—¿Ah, uno de esos? ¿Así de fácil?

Drago se encogió de hombros.

—Las cosas son así y así me las tomo. Si no nos vemos en el concierto, nos veremos por el pueblo y si no nos vemos por el pueblo, nos veremos en la boda de la prima de Musta.

Me arreguindé por encima de la barra y le di un abrazo.

—Joder, estás caliente, vaya sorpresa. Seguro que nos vemos antes, el paté que hace tu hembra está demasiado bueno como para no venir antes. Ursa, dale un abrazo, no tiene nada que ver con Seve.

Ursa hizo lo que le pedí y lo envolvió entre sus brazos.

—Es verdad, Mundo, está caliente. Gracias por la tostada y el té, estaba todo muy rico. Y gracias por tratarlo como a un racional más.

—Le dio un beso en la mejilla y salimos por la puerta.

—¿Te das cuenta de que hemos salido del bar y no le hemos preguntado dónde vive Anya? —Ursa paró al primer ovino que pasaba por la calle y le preguntó dónde vivía nuestra amiga.

—Problema resuelto, anda, vamos, intrépido explorador, hay un perro ovejero que está loco por verte.

—Tenemos que ir a ver también a cierto pajarraco que estará acompañado del polo opuesto de nuestra relación.

—Sé lo que piensa esa cabeza, no me voy a acostar con Kudo. Me cae muy bien y es un pedazo de oso, pero no quiero ser madre ahora mismo.

—Yo nunca te he pedido que te acuestes con él, quiero verlos para ver cómo van los preparativos.

—Hablas en sueños, mejor dicho, discutes conmigo en sueños. —Íbamos de la mano y me estaba acariciando los nudillos con el pulgar.

—No estoy a salvo ni en mis sueños. Cuando no estoy compartiendo el sueño con Kiyu, hablo de forma que se me escucha alto y claro. No sé qué me pasará cuando Blanca cante, esto lo hablé con tu padre, igual me caigo al suelo y al que recojas sea al legitimo dueño de este saco de pulgas. Igual me quedo una semana o hasta que este cuerpo deje de funcionar, ya no me importa lo que me pase, solo pienso en ti. ¿Eso está mal?

—Ni bien ni mal, a mí me vale, si tú eres feliz con eso, es lo único que importa.

—Ojalá se me pegase algo de tu positividad, me das mucho coraje.

Ella me soltó la mano para cogerme del hombro. Recorrimos parte del pueblo, no había mucho por ver, la verdad. Era un pueblo pequeño y coqueto lleno de ovinos. Olía tanto a lana que era casi intoxicante, lo positivo era que las ovejas no sueltan pelo, así que todo estaba más limpio que de costumbre. La casa de los Vilna estaba al final de un camino impolutamente asfaltado y rodeado de otras propiedades separadas por setos altos. De lejos podíamos ver el ajetreo de toda su familia yendo de aquí para allá, no entendía muy bien el porqué, para la boda aún quedaba una semana. Estaban cargando carretas de hortalizas y vegetales, el ajetreo no era por la boda, era tiempo de cosecha y estaban empaquetando la producción. Entramos en la propiedad de los Vilna y casi nadie nos prestó la más mínima atención.

—Esperaba una bienvenida más cálida, osa. —Miré a mi alrededor, no localicé a Buddy, así que puse mi olfato a trabajar.

—No hagas eso, pareces un perro de caza. Machos… Qué os cuesta preguntar.

Volvió a parar al primer ovino que andaba con una caja en los brazos y al presentarse y preguntar por Anya esa criatura de metro y

medio con una apariencia inofensiva dijo con una voz impropia a su tamaño: «¡Son ellos, han llegado!».

Todos los que estaban trabajando en los terrenos de la casa de los padres de Anya abandonaron sus quehaceres para acercase a saludarnos, eran muchos, era un pedazo de rebaño. Todos querían abrazar a Ursa y todos querían tocar al lobo. Al preguntar por Buddy y Anya, su extensa familia nos dijo que habían ido a tomarse medidas para los trajes de boda, que tenían muchas cosas por hacer y llegarían antes de la cena. Sin mediar una palabra, mi osa y yo nos quitamos la chaqueta y empezamos a ayudar a la familia a cargar carretas. No sé de cuantos terrenos disponía la familia Vilna, lo que estaba claro era que sus tierras eran muy productivas. Estuvimos por más de una hora cargando carros, perdí la cuenta de cuántos fueron. La ayuda fue más que bienvenida, Ursa cogía cajas de frutas de cuatro en cuatro y yo de dos en dos. La familia de Anya nos daba las gracias cada vez que terminábamos con un carro, al final tuvimos que reñirles para que dejaran de hacerlo.

—Ursa, corazón, ¿no te recuerda esto a algo?

Ella soltó las cajas que llevaba en el carro y sacó la lengua, estaba cansada.

—Sí, me recuerda a cómo nos conocimos. Ahora cada vez que huela a caca de caballo me acordaré de ti. —Empezó a reírse apuntándome con el dedo.

—Me encanta cuando te pones romántica, eres un rayo de luz en mi vida. Tengo la boca seca y estoy empezando a jadear. ¿Una pausa?

—Una pausa obligada, ya apenas queda nada por cargar. Estábamos haciendo el trabajo de diez ovinos. ¿Cómo de grande es la familia de Anya?

—No he querido contarlos, no fuese a darme sueño.

Nos reímos los dos del chiste, lo dije demasiado fuerte y alguno de los que pasaba cerca de nosotros nos pusieron mala cara.

—Nos ha sobado todo el rebaño, pero nadie se ha presentado como los padres de Anya. Vamos a beber agua, a sentarnos un rato y preguntaremos por ellos. —Volvió a cogerme de la mano.

—Me parece un buen plan, llevo muchas horas de caballo en mis posaderas y muchos carros de frutas cargados. Por cierto, mira lo que he pillado para ti. —Saqué una manzana de uno de los bolsillos del pantalón que nos preparó Fang y se la di.

—¿Hasta cuándo me vas a estar gastando esta broma? —Intentó ponerse seria pero no me convenció en absoluto.

—Hasta el día que te mueras, osa. Es más, si vienes a mi plano, seguiré tirándote manzanas. —Me soltó la mano e intentó darme un puñetazo en el hombro, lo esquivé, le cogí la muñeca y le planté un beso en los morros en la fracción de un segundo.

—Tú y los superpoderes… ¿Los seguirás teniendo siempre?

Fuimos a una bomba de mano en la que ponía «Agua de manantial», le hice un gesto para que ella bebiese y empecé a bombear.

—Está muy buena y fresca, tu turno.

—Gracias, bombón.

Al agacharme para beber agua sentía como mi osa me acariciaba justo en la base del rabo, le tuve que reñir para que parase, se me caía el agua de la boca. Al volverme me di de frente con alguien grande, fuerte y con un olor muy familiar.

Buddy no me dejó decir una palabra, con la boca aún mojada me dio un abrazo que me levantó del suelo. Allí estábamos los dos, más felices que un perro con dos colas. De fondo escuchaba a Ursa hablando con Anya, cuando logré zafarme y poner unos centímetros entre su cara y la mía me di cuenta de que se había pelado, seguía con los ojos tapados, pero tenía el pelo más corto.

—¡Qué alegría, hermano! ¿¡Qué te has hecho en el pelo!? Estás muy guapo, ya no pareces un hippie, ahora pareces un hípster. —Y ahí seguíamos los dos moviendo el rabo.

—Me han estado arreglando para la boda, dejándome guapo y eso. Ahora parezco más una oveja que un cánido. ¿Qué hacéis bebiendo de esa fuente? ¡Vamos dentro a tomar algo de vino, tenemos mucho que celebrar! —Volvió a abrazarme con fuerza.

—Cuando lo sueltes a mí también me gustaría saludarlo, perro disfrazado de oveja. —Anya, podía escucharla, pero seguía sin verla.

—Venga ya, pelanas, suéltame, quiero ver a tu futura esposa. —Conseguí que me soltase y por fin pude verla—. Tú también estás muy guapa, te han cortado las lanas y pareces más esvelta.

Me puso una sonrisa de oreja a oreja y nos fundimos en un abrazo.

—El dueño de ese cuerpo nunca me hubiera dicho esas cosas, eres un zalamero, ahora entiendo a esta osa.

Me separé de ella un segundo para mirar a Ursa.

—Yo no se lo he contado, te recuerdo que se va a casar con nuestro perro de lanas. —Se encogió de hombros.

—No te preocupes, hermano, toda su familia sabes quién eres. Ellos saben lo de las pieles cambiadas y aceptan el criterio de Fafnir. Solo relájate y sé tú mismo, con eso es suficiente. —Buddy estaba visiblemente emocionado, otra vez estaba hablando entre sollozos.

—Buah, venga, pelanas, no te pongas así. ¿Cómo vas a pronunciar tus votos así?

Las dos se giraron para mirarme.

—Hemos estado practicando bastante, esperemos que la semana que viene se haya calmado y diga las palabras de forma automática.

—Sí, es verdad, esto de la boda no es ninguna tontería, la ceremonia de los ovinos es muy bonita, pero lleva mucha preparación. Vamos

dentro y seguimos hablando con una botella de vino.

—Tenemos los caballos atados en la entrada del pueblo con nuestro equipaje, tendríamos que ir a buscarlos. —Ursa me miró y puso los brazos en jarras.

—Hablando de ser el mismo… Aquí hay como doscientas ovejas, creo que después de haber cargado no sé cuántas carretas de frutas y hortalizas nos podrían hacer el favor de ir a por ellos.

—La yegua tan guapa y ese caballo monstruosamente grande de tiro. Ahora mando a alguno de mis primos para que vaya. Relájate, Mundo, vamos a tomar algo del vino que vamos a servir en nuestra boda.

—Vamos a tomarnos una buena copa. Después tengo que ir a ver a Michael de los Michael Clan, si queréis podéis venir con nosotros.

Anya puso los ojos como platos.

—¡¿Me estás vacilando?! ¡No puede ser verdad! —Estaba con los puños cerrados frente al pecho y parecía estar temblando.

—¿Tu futuro esposo te cuenta lo que soy y no te explica lo del plan para ayudar a los lobos? Vamos a abrir un par de botellas, creo que esto tomará algo de tiempo.

Ursa dejó la postura de brazos en jarras y volvió a cogerme de la mano, no quería separarse de mí.

Fuimos dentro de la casa, de la gran casa de Anya. Aquello parecía casi una mansión, tenían alas y muchas habitaciones. Resultaba que según iba creciendo la familia, iba creciendo el hogar. Bajo el mismo techo vivían hermanos, cuñados, nueras, nueros, sobrinos y nietos. Cuando te casabas con una hembra de la familia, pasabas a ser parte del hogar materno. En su cultura, el apellido que prevalecía era el de la casa materna. Otra cosa que me llamó la atención fue que muchos de los ovinos que andaban en la propiedad tenían en la muñeca derecha una pulsera fina trenzada de lana e hilo plateado. Al preguntarles por el tema de las pulseras, ambos me respondieron que me enteraría de ello en la boda, supuse que sería como los anillos en mi sociedad.

Fuimos a uno de los salones más pequeños del ala este y nos sentamos en una mesita circular en una esquina. Le expliqué a Anya mi plan para dar paz a los lobos y el papel que iba a tener Michael en todo esto, le hice un resumen bastante escueto de todo lo que me pasó en este planeta y cuál era mi cometido aquí. Estuvo muy atenta a todo mientras servía vino y me invitaba a seguir bebiendo. Por una media hora larga estuve haciendo un monólogo mientras Anya asentía muy callada. Al terminar de hablar, dije «¿Nos vamos?», y simplemente se levantaron, recogieron las botellas vacías y metieron las copas en el fregadero de la cocina adjunta.

—Esa historia que me has contado da para escribir una buena

novela. —Anya me dijo eso con esa voz que tenía, esa voz superdulce y con esa carita de ojos enormes.

—Si conoces a alguien que sepa juntar dos letras, podrías publicarla, dudo que alguien la compre, pero bueno… Entretenida y original sería.

Todos se volvieron para mirarme con cara de estar indignados.

—Eso vendería millones de libros y daría para hacer una película. Si esto que quieres hacer aquí funciona, se convertirá en parte de nuestra historia. Tal como me lo has pintado y me has vendido el pueblo de los lobos, tengo unas ganas locas de ir a conocerlos. —Pasó de hablar con esa voz dulce a casi escupirme esas palabras.

—Bueno, igual tengo que hablar con alguien para contar toda la historia. Yo no sé escribir, sé trabajar el metal y ayudar a los animales. ¿Dónde ha montado el circo mi amigo Michael?

Anya me indicó por dónde era y nos guio al sitio.

Esta vez el oso enorme que tenía de seguridad, al vernos de lejos, suspiró, se echó las manos a la cabeza y fue a llamar a la puerta de la caravana. Hizo un gesto y acto seguido nos abrió la puerta para que entráramos. Allí estaba Michael con el mismo soso quimono rojo acompañado de Kudo y Blanca. Al vernos, Michael se levantó del butacón tan currado color marrón y vino dando saltitos a abrazarme.

—¡Qué alegría verte, gaditano de mierda enfundado en un criadero de garrapatas! —Me estaba abrazando lo más fuerte que podía, lo sentía temblar bajo ese plumaje.

—¡Lo mismo digo, maricona portuense con mucha pluma!

Los dos nos reímos a carcajadas.

—¿De qué va esto de poneros a caer de un pino y reíros después? —Fue Blanca la que preguntaba, cuando me volví estaban todos con la cabeza de lado y esa expresión de no enterarse de nada.

—¿A que están monísimos cuando hacen eso? Llevo aquí veinte años y aún me encanta verlos así. ¿Me vas a presentar a tus amigos los lanudos? —Me soltó y les dedico su mejor sonrisa a Anya y Buddy.

—Sí, claro, qué modales los míos. Este perro sin ojos tan guapo de aquí se llama Bobby, pero todos le llaman Buddy, y la corderita tan mona se llama Anya, no te fíes de ella, es un lobo con piel de cordero.

Anya se acercó a Miguel dándole un empujón a Buddy.

—¡Pero bueno, qué forma de presentarme es esa! El único lobo que hay aquí eres tú, chucho grande y desagradable. —Se volvió a Miguel y fue como si en un momento hubieran cambiado a la persona que estaba dentro de toda esa lana—. Hola, soy tu mayor fan, tengo todos tus discos y he ido a todos los conciertos en los que he podido estar. Me encanta todo lo que haces. —Le dio un abrazo, Miguel se me quedó mirando alucinado.

—Qué pasa, colega. Tienes una voz preciosa, me hace transportarme

a otra época. —Buddy en su mejor papel de Buddy.

—Vaya, curiosa pareja. Los amigos de Mundo son mis amigos, buscad un sitio y sentaos. Por cierto, lanitas, Mundo no es el único lobo que hay aquí. Igual no te has dado cuenta, pero ella no es una cánida cualquiera, es de todo menos una cualquiera. Se llama Blanca y debajo de todo ese maquillaje hay una loba, una que canta como los mismísimos ángeles. —Al decir eso último, todos menos yo ladearon la cara—. Que canta mejor que yo. Puñetas de sitio, a veces se me olvida dónde estoy y con quién hablo.

—¿De verdad eres una loba? Pareces un pastor alemán grande, te han maquillado muy bien. Debajo de todo ese potingue no pareces muy diferente a Mundo.

—Me cae bien esta hembra. Mundo, supongo que has venido para saber cómo van los preparativos.

—Cómo van los preparativos, cómo estas tú, qué vais a cantar, etc.

—A mi macho no le gustan los interrogantes ni las sorpresas, no tenéis ni idea la que nos dio en la misión de Hitachi. —Volvió a poner los brazos en jarras.

—Si no llega a ser porque soy tan pesado, las cosas no hubieran salido tan bien.

—Sí, claro… Superbién. Solo tuve que sumergirme en tu mente para que no te quedaras en estado vegetal.

Miguel se acercó a nosotros dos, nos cogió de la mano y nos sentó en el mismo sofá que la última vez.

—No soporto ver a una pareja discutir por tonterías, tampoco me gusta ver a mis invitados de pie y sin nada de beber. Os vais a sentar todos y os voy a poner algo para que no se os seque la boca. Hemos estado en contacto con la tribu, Darío nos ha informado de todo. Él está más que contento con el resultado de la misión, aunque ha perdido a alguien muy importante. Dijo que la balanza estaba ahora equilibrada, que se le ha quitado a alguien para devolvérselo por quien tenía que ser. —Hablaba mientras se movía de un lado a otro sacando sillas y dando botellines de lo que olía a cerveza.

—¿Qué quiere decir con que se le ha quitado a alguien, qué significa? ¿Este tío no podría hablar más claro? —Estaba sentado, pero lo que quería realmente era estar dando vueltas de un lado para otro.

—Para mí ha sido igual de misterioso que para ti. Dijo que no te atormentases, que estaría mañana por aquí con Bela y entonces lo entenderías. También ha dicho que se ha hecho como se debía de hacer. La verdad, solo he hablado con él por teléfono, pero tengo unas ganas locas de conocerlo.

—Yo tengo ganas de verlo para cogerlo del pescuezo. ¿Qué trabajo le costará decirme las cosas claras? —Agaché la cabeza y le di un trago a la cerveza.

—Si dijera las cosas claras, él no sería él. Igual que si tú te tomases las cosas con más calma, no serías tú. Relájate, Mundo, está todo hecho, lo de mañana va a ser, como lo expresó Miguel…, un pelotazo.

—No la he visto tan feliz en años, aunque me da un poco de miedo perderla. Igual se convierte en una estrella del rock y me deja a mí en la tribu con los niños. —Kudo no hacía más que mirar a su mujer con una cara de total devoción.

—Ya hemos hablado de esto, papa oso. Grabaremos unos temas juntos y después volveremos con la familia. Esta gente son igual de nómadas que nosotros, solo que paran en sitios más feos. —La reacción de Kudo era muy parecida a la de Ursa cuando se ponía triste.

—Me encanta veros, sois el polo opuesto a nosotros dos. ¿Qué vais a cantar mañana?

Miguel dejó de dar vueltas y volvió a sentarse en su butacón.

—Hemos escrito un tema juntos, no te voy a adelantar nada, sé que vas a querer matarme, pero va a ser una sorpresa. Mi grupo se ha puesto muy tierno al escuchar la canción, te garantizo que si eres de lágrima fácil vas a llorar un río. La canción se llama *Nómada*, quería buscar un punto de vista que acercase la cultura de los lobos con la del resto de los racionales.

—¿No ibas a cantar *Los periódicos de mañana*?

—Sí, y voy a cantarla con ella. Pero quería hacer algo original, he compuesto algunas cosas, pero esa loba aparte de cantar se le da bien escribir. Quería que fuese algo memorable y la idea surgió de algo que te pasó a ti. —Estaba visiblemente emocionado.

—Mundo, estate tranquilo. La canción es muy bonita y tiene un mensaje muy conciliador. Te va a encantar, solo tienes disfrutar del *show*. —Me habló con esa voz dulce y poderosa de una forma que me calmó al momento.

—Bueno… Viviremos el momento. Aunque no me gustaría ver el espectáculo con el público. ¿Me podría quedar en bambalinas?

—¡De ninguna manera, chaval! Ese es territorio de los tramoyistas, te quiero cerca del escenario para llamarte y que subas. La última vez que metí a alguien entre los trabajadores del espectáculo la cosa no acabó bien. Hay muchos cables, cuerdas, conectores y cosas que accidentalmente pueden ser cortadas o desconectadas. Vosotros y vuestros amigos tendréis trato VIP. ¿Os acordáis de Flash? —Se puso muy serio y ahueco las plumas, tenía un lenguaje corporal muy curioso.

—Vale, vale, tu espectáculo, tus reglas. Claro que me acuerdo de Flash, ¡cómo iba a olvidarme de él!

—Os va a tener muy bien atendidos, se quedó con ganas de prepararos su mejor coctel, dijo que os fuisteis muy pronto del *show*.

—Sí, me lo llevé yo a rastras. Tenía muchas ganas de comprobar lo resistentes que son los lobos. —Ursa me miró con media sonrisa en la cara mientras me acariciaba tras las orejas.

—¿Te dejó las piernas temblando al día siguiente? No hay que fiarse de su apariencia, tienen mucho aguante. —No pude evitar reírme cuando escuché a Kudo decir eso.

—¿De qué te ríes, lobo poseído? Lo llego a saber y nos quedamos hasta el final en el concierto.

Todos nos reímos.

—Nos vamos a tener que despedir, vamos a cenar con el grupo antes de la actuación. Os invitaría a que vinierais, pero los artistas son muy maniáticos y solo pueden venir miembros del grupo antes del concierto.

—Me parece bien, solo quería pasarme a saludarte y saber cómo iba a ir la cosa. Una última pregunta, ¿sigues teniendo esa presión tras los ojos?

—Ha desaparecido, nada, *nothing*, *sayonara*, no está. Fue llegar ella con ese pedazo de oso y empezar a calmarse hasta desaparecer. Pídeme lo que quieras, Mundo, te debo un gran favor. —Estaba emocionado, se le saltaban las lágrimas.

—¿Lo que yo quiera, de verdad? —Miré a Anya y Buddy.

— Lo que te apetezca y esté en mis manos.

—Postpón el concierto de la semana que viene, vas a cantar en una boda aquí, en Magome.

Todos mis amigos abrieron mucho la boca y pusieron los ojos como platos.

—Ahora mismo hablo con mi gente, considéralo hecho.

—Vamos, si vosotros dos queréis, consideradlo mi regalo de bodas.

Buddy y Anya se levantaron de sus sillas para tirárseme encima.

—¡Pues claro que queremos! ¡Mi gente van a alucinar!

Buddy no decía nada, solo lloraba abrazado a mí.

—Pues está dicho. Me tenéis que decir dónde monto el escenario y allí estará todo dispuesto.

—Mi familia va a flipar, colega. Aunque no sé si el pedazo de escenario que llevas cabrá en el terreno de tu casa, Ani. ¿Por qué no te vienes tú, el batería, el bajo y un guitarra? Podríamos montar algo más pequeño, algo más íntimo.

—Pues mejor que mejor, perro de lanas. A mis chicos les hace falta un respiro, unas vacaciones no les vendrán mal. —Se levantó de su raído butacón e hizo un gesto invitándonos a levantarnos—. Me sabe mal, pero tengo que invitaros a marchar. Tenemos muchas cosas que preparar y la *crew* está esperándome. Mundo, me gustaría hablar contigo a solas.

Miré a Ursa, como cuando le tiras comida a un perro y le dices que

no lo coja hasta que le des una señal.

—Sigues haciendo eso que hacen los cachorros. No busques mi aprobación, de mí tienes mucho más que eso. Te espero fuera. —Me dio un beso y se fue por la puerta con el resto de mis amigos.

—Tío, quería hablar contigo de hombre a hombre, sin la gente de aquí. ¿Tú sabes que va a pasar con nosotros después de que se callen las voces en la cabeza? —Volvió a sentarse en su butacón preferido, pero esta vez lo acercó más al sofá donde yo me encontraba.

—¿Me preguntas o me afirmas?

—Te pregunto, no sé qué va a pasar conmigo ahora. Supuestamente he cumplido o voy a cumplir mi cometido aquí. Después de eso, ¿qué me queda aquí? —No sabía leer muy bien ese rostro de ojos grandes y pico alargado por nariz, creo que estaba un poco perdido.

—No lo sé, Miguel. Yo llevo mucho menos tiempo que tú aquí. Si me quedo aquí, pues tengo un montón de amigos y una mujer que me quiere. Si vuelvo a mi cuerpo en la Tierra, tendré a mi madre, un perro que ha adoptado mi compañero de piel y una carrera de veterinario por estudiar.

—Sí, Mundo. Tú tienes un plan de escape de aquí. ¿Yo que tengo? El cuerpo que tenía en la Tierra será a estas alturas poco más que huesos dentro de una caja de madera.

—¿Estás totalmente seguro de que tu cuerpo dejó de funcionar en el accidente?

—Sentí cómo se me clavaba el casco en el cráneo antes de despertar en un saurio. Aún puedo recordar el sonido, ese crujido húmedo… En la Tierra no tengo nada.

—Tengo una teoría, igual te parece una locura, pero es algo que hablé con Darío.

—A ver, cuéntame.

—Venimos aquí con una misión, Darío me dijo que una vez cumplida muchos humanos se quedan aquí y tienen una vida plena, otros tantos vuelven. Tú no tienes donde volver, te quedaras aquí en esa forma hasta que… Bueno, el ciclo de la vida y tal.

Agachó la cabeza y estuvo un momento respirando muy hondo.

—¿Quieres decir que seguiré en este cuerpo? ¿Seguiré de gira hasta que este cuerpo no me aguante? ¿Cuándo no pueda cantar enseñaré música a esta gente? ¿Eso me estás diciendo? —Levantó la cabeza, estaba llorando de nuevo.

—Joder, tío. No sé si abrazarte para consolarte o para darte la enhorabuena. —Me levanté y lo abracé de todas formas.

—Lo segundo, tío, no sabes los veinte años que llevo aquí. Esto para mí es un puñetero sueño. En la Tierra era un desgraciado, aquí soy un dios del rock and roll. Creí que esto iba a terminar para mí. —Me puse a secarle la cara con la manga de la chaqueta, él me apartó las manos

y me abrazó con más fuerza—. Gracias, Mundo, muchas gracias, hermano. Cuando tengas críos con esa osa y sean un poco más grandes, llámame para que les cante el cumpleaños feliz.

No pude evitar reírme, me imaginé a Bruce Springsteen soplando las velas conmigo.

—¿Eso de ir a cantar a fiestas para niños no reducirá tu caché como artista?

Eso le hizo gracia, dejó de llorar por lo menos.

—Por ti sería capaz de cantar los cantajuegos.

Los dos nos reímos a pleno pulmón.

Al salir por la puerta de la caravana me di con la espalda del de seguridad en los morros, me hice daño y chillé como un perro al pillarse una pata. Ese pedazo de oso se giró y simplemente se apartó de la puerta. Por lo visto todos nuestros amigos querían pegar la oreja a la puerta para enterarse de lo que pasaba dentro. Cuando salí, vi a Ursa abrazada a Kudo y a Blanca con cara de haber estado llorando, al acercarme a ellos él soltó a Ursa para abrazarme a mí.

—Lo haré, lo haré por ti, por vosotros. Habéis hecho muy feliz a mi esposa. Cuando llegue el momento, podéis contar conmigo. —Ni me molesté en preguntarle de qué se trataba.

—Gracias, desde que te vi por primera vez junto a ella, supe que tenías que ser tú.

Él me soltó solo para entregarme a los brazos de su mujer.

—Esto que has hecho es un vínculo muy grande entre nosotros, la tribu estará siempre contigo y tú estarás siempre con ella, hermano. —Me cogió de la nuca y juntó su frente con la mía, yo hice lo mismo.

—¿Tú no tienes nada que decirme, osa lianta?

Ella simplemente le pegó un empujón a Blanca para también abrazarme.

—Me adelanté. Esta vez la que tiene el control sobre mi futuro soy yo. Tenías razón, tenía que ser él, cómo odio tener que darte la razón.

—Joder, osita. Tienes mucha fuerza, mi espalda, me vas a partir.

Dejó de abrazarme para simplemente besarme. De fondo escuchaba a Buddy preguntando qué estaba pasando y a Anya mandándolo callar.

—Anda, perro grande, vamos a cenar, a ducharnos y a dormir. No sé tú, pero hemos tenido un día muy ajetreado y estoy muerta.

—Es verdad, osita, estás hecha una mierda. Me tendré que levantar por las mañanas y ver esa cara. ¿Si no duermes suficientes horas te saldrán ojeras y te convertirás en un panda?

Ella me miró a los ojos y colgó media sonrisa en su cara.

—Tú tienes mucha energía, tanta que esta noche me vas a hacer un masaje en los pies. Estoy muy cansada, como sigan los días siendo tan largos me va a pasar eso mismo, me convertiré en un panda.

—¿Tienes las cosas para hacerte la pedicura? Me encantaría hacerte las uñas, tengo un buen recuerdo de eso.

Ella me sonrió enseñándome todos los dientes.

—Pues sí, las he traído. A los osos nos crecen las uñas muy rápido, vete acostumbrando. —Me cogió de la mano y fuimos con Buddy y Anya.

Fuimos a comer con parte de la familia de Anya. Digo parte por que fuimos a una de las alas de la casa familiar y me pusieron a presidir una mesa larguísima. Me hizo gracia, era un lobo rodeado de corderos. Incluso Ursa se dio cuenta de lo ridículo que parecía. Para ellos era una atracción, algo raro y exótico. No me molestó lo más mínimo, las madres jóvenes venían para ver al lobo, me traían de comer, de beber y a sus hijos para que me viesen de cerca. Me lo pasé realmente bien hablando con Buddy de sus planes de futuro, mientras Ursa hablaba con la cordera de cómo sería la boda. Tenía curiosidad por cómo iban a vestir a la osa para la boda, pero tendría que quedarme con la duda hasta el último momento. A mí me pondrían un traje chaqueta, con el cuerpo de Kiyu sería como ver un maniquí en un escaparate.

Nos dieron una habitación para los dos con una cama grande y un cuarto de baño. La habitación era como la de una de un hotel de negocios, todo en su sitio y con pocas florituras. Nos duchamos de uno en uno, la ducha no daba para un espécimen de mi tamaño, menos para Ursa. Cuando salí de la ducha, ella estaba sentada en la cama con los pies apoyados en un taburete y con una silla en frente, en la silla estaban las cosas para arreglarle los pies.

—Cariño, me duele la cabeza. —Se lo dije para ver la cara que me ponía.

—Pues entonces nada, hazme los pies y después te dejaré dormir tranquilo.

—Anda, trae esas zarpas. ¿Si te las corto mucho no podrás subir a los árboles?

—Estás muy simpático para llevar tantas horas de viaje. Sécate, ponte algo de ropa y hazme lo de los pies. No uso las uñas de los pies para subir a los árboles, para eso tengo la de las manos.

—A mí de crío me encantaba subirme a los árboles. Hemos evolucionado del mono, pero algo nos ha quedado. Tampoco me hacían falta las uñas ni de las manos ni de los pies. Anda, voy a ponerme algo de ropa, creo que jamás me acostumbraré a ponerme la ropa interior con el rabo. —Terminé de secarme y me senté en paños menores a hacerle los pies.

—¿Qué pensaste la primera vez que hiciste esto? —De nuevo estaba risueña y con los pies en mis manos.

—Que ibas a muerte a por este culo de perro grande. Mira que

preguntarme si a mi novia le gustaba que le hiciera los pies…

—A ti te gustó que te hiciera esa pregunta, movías el rabo. Ahora que tenemos más confianza, déjamelas bien cortas y solo ponme laca.

—Vas a llevar un calzado que te dejará los dedos fuera y el color que tienes aquí no te pega con el traje. ¿Vas a llevar algo color pastel?

—Puede… A ti te pondrán un traje y estarás asquerosamente guapo. El único consuelo que me queda es que ninguna cordera de las que hay por aquí intentará nada contigo, son pequeñas y les doy miedo.

—Te iba a preguntar qué le has dicho a Kudo, pero mejor te voy a dar las gracias. He repasado mentalmente la conversación que quería tener con él, ninguna me parecía apropiada, es decir, cómo le dices a otro tío que sería un honor que preñase a tu hembra. —Cogí el cortaúñas y me puse a trabajar, parecía más un cortafrío que un utensilio para la pedicura.

—Pues mira, te acercas y con mucho tacto le dices: «Mi macho, que es un lobo, no puede preñarme. Cuando llegue el momento, ¿podrías hacerme plena?». ¡Auch, ten cuidado, Mundo! —Sin querer le pegué un pellizco con el cortaúñas.

—No me digas esas barbaridades mientras tengo el pelacables este en las manos. ¿Se lo dijiste tal cual?

— ¡No, por el amor de…! Mientras estabas hablando de tus cosas con Miguel, yo le asalté y fui muy, muy delicada. Hablé con los dos, les dije que quería para nosotros lo que habían hecho para ellos. Que me parecía un ejercicio de amor tremendo y que estaba preparada para hacerlo. Se alegraron mucho, cuando llegue el momento no me gustaría tener que hacer esto con otro que no fuera él.

—De donde yo vengo, ese oso tan cariñoso pondría su zumo de amor en un tarro y un grupo de médicos te inseminarían para que fueras madre.

—Ya, aquí de momento las técnicas de reproducción asistida son para parejas de la misma especie con problemas para procrear. Así que se recurre a la antigua. —Le había hecho un pie y estaba empezando con el otro.

—¿Le parece bien a la señorita el largo de las uñas? —Le alcé el pie para que pudiera verlo mejor.

—Sí, me lo has dejado como el pie de un herbívoro. Ellos no tienen garras ni uñas largas, lo que sí tienen es un campo de visión más amplio que el nuestro.

—Me sigue maravillando la variedad de racionales de este sitio y las diferencias entre especies. ¿Los rituales de bodas también son distintos?

—Sí, la ceremonia de bodas de los ovinos es muy bonita, te apuesto lo que sea que echas la lagrimita.

—¿Algo que ver con esas pulseras de lana y plata que llevan en la

muñeca derecha?

Ella volvió a sonreírme y me rascó detrás de la oreja con el pie que le acaba de hacer.

—Eres muy observador. Solo lo llevan los que están «unidos», aquí la palabra casado no gusta demasiado, se parece demasiado a cazado. —Seguía dándome con el pie tras la oreja.

—¿Hay algún tema tabú que tenga que saber antes de ir a una ceremonia de boda rodeado de herbívoros? Deja de hacerme eso en la oreja, voy a pegarte otro bocado con el cortaúñas. —Dejó de hacerlo, encogió la pierna poniendo el pie en la cama y se abrazó a su pierna apoyando la barbilla en la rodilla—. Estás muy mona cuando haces eso.

—Mona… Me has dicho guapa, achuchable, fuertota, cachas, peluche… Esa es nueva. Te he hablado del tema de la evolución aquí, pues se aplica a todas las razas. Intenta no enseñar los dientes demasiado y cuando te acerques a uno de ellos por detrás haz ruido.

Terminé mi trabajo y le dejé el pie sobre la cama, sin querer agaché la cabeza.

—Tienes mucha paciencia conmigo, parezco un crío. Te he dicho que estás mona porque eres un bicho muy bonito. Ya me gustaban los osos antes de que me hablaran.

Ella me levantó la cabeza con las manos y me habló muy de cerca.

—Yo no soy un oso de tu mundo, soy un oso aquí, no soy un animal. Mira, carita de perro, soy muy empática y me pongo en tu piel, sé que se te hace muy duro en ocasiones. Igual decirte lo de «me pongo en tu piel» no es lo más afortunado, pero créeme que pienso mucho en ello, por eso te quiero. —Me sorprendió, no solía decírmelo.

—En ocasiones los humanos, a pesar de no tener dientes afilados, ni garras, ni un cuerpo grande y peludo, somos más animales que vosotros. Eres la mujer, o hembra como decís aquí, más dulce con la que jamás he estado. —Quise seguir hablándole, no me dejó.

Esa noche no la dejé que se tapase la boca, estoy segurísimo de que casi toda la familia de Anya se enteró de lo muchísimo que nos queríamos. Me quedé dormido al rato de estar abrazado a ella, tuve un fugaz pensamiento en el cual me acorde de Kiyu y otra vez pasó.

Me encontré sentado en la caravana de Miguel junto a Ursa en ese sofá tan currado. De pie y mirando para todos los lados estaba Kiyu en mi cuerpo humano. Cuando ese humano terminó de mirar dónde estaba, se volvió para mirarnos a nosotros. Se acercó con medio sonrisa en la cara y le hice un gesto para que se sentase en el butacón raído que tanto le gustaba a ese pájaro.

—Pareces perdido, ponte cómodo, Kiyu, tengo muchas cosas que contarte.

Él me miró como si lo hubieran despertado en medio de la noche,

iba vestido con un pijama de verano, parecía que lo hubiera sacado de la cama para sentarlo en ese butacón tan feo. No sabía cómo decirle a ese lobo enfundado en un humano que el final estaba cerca.

Acordes

Ursa estaba a mi lado, podía sentir su calor, oír su respiración e incluso oler el gel de baño que usó esa misma noche antes de acostarse. Esos sueños compartidos eran algo más, eran un vínculo. Frente a nosotros estaba Kiyu, en mi cuerpo, agarrado a ese butacón con orejeras y tamborileando con los dedos en los reposabrazos. Visto con perspectiva, los humanos también eran fáciles de leer, estaba muy inquieto, como un niño que hace una trastada al que pillan con las manos en la masa.

—A ver, lobo de mierda. ¿Qué has hecho? —Pegué un respingo en el sillón, Ursa se dio cuenta de que algo pasaba con Kiyu.

—¿Cómo que «lobo de mierda»? Me he quedado dormido con el móvil en la mano, he pegado una cabezada en el sofá y me he despertado aquí.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—¿Y tú de qué te ríes, mono calvo disfrazado de lobo? —A Ursa no le gustaba estar fuera de juego.

—Osita linda, se ha quedado sopa en el sofá mientras estaba viendo guarradas con el móvil. ¿Me equivoco?

Fue curioso ver mi cuerpo cruzar los brazos y las piernas al mismo tiempo.

—Era con fines didácticos. Además, es tu móvil, el historial de búsqueda es muy curioso. ¿Lo comparto con nuestra querida Ursa? —Me sonrió de forma maliciosa.

—¿Lo de las *milf*? Sé cuáles son sus gustos para esas cosas, no tendría que saberlo, pero lo sé. ¿Quieres que sigamos hablando de porno o prefieres saber cómo van las cosas por Ix? —Dijo eso y me cogió la mano, poniéndola en su regazo.

—Las dos semanas en mi planeta natal os han servido para conoceros bien. Yo también tengo cosas que contaros. Pero empezad vosotros. —Dejó de cruzar los brazos y se reclinó en el butacón—. Este butacón huele a pájaro que tira para atrás.

—Mi especie no huele las cosas hasta que las tiene encima. Es el butacón preferido de Michael de los Michael Clan. Te voy a hacer un resumen de lo que hay hasta ahora.

El tiempo cuando se compartía ese vínculo era algo subjetivo, no sé si estuve hablándole durante diez minutos o bien fueron tres horas. Le

expliqué todo lo que pasó desde la última vez que hablamos. La misión para capturar a Roser, mi pérdida en el limbo y lo valiente que fue Ursa, la canción que iban a cantar Miguel y Blanca, la boda de Buddy y Anya, los derechos para las parejas mixtas y su reciente blanqueo de expediente. Estuvo muy callado asintiendo a todas y cada una de las cosas que le contaba. Cuando terminé de hablarle, simplemente se recostó en el butacón y miró al techo guardando silencio.

—¡Maldita sea, Kiyu, di algo! ¡Siempre igual, háblame! —De nuevo Ursa me estaba fastidiando los dedos.

—Soy muy feliz en este momento, pero al mismo tiempo estoy rabiando por dentro. Ese cabronazo de ahí coge mi cuerpo, se enrolla contigo, libera a los lobos y consigue garantías para las parejas mixtas. Todo eso en poco más de una semana de Ix. ¿Qué consigo yo por él? Le libro de su jefe, le lleno los bolsillos y lo matriculo en veterinaria. Hasta ahí llegan mis logros en la Tierra. Sigo siendo un desgraciado, solo que ahora tengo menos pelo. —Se agachó y se cogió la cara con las manos, no me dio tiempo de levantarme para consolarlo, Ursa se me adelantó, lo levantó del butacón y lo sentó entre nosotros.

—Venga, tío, esto nos ha venido bien a los dos. Sí, lo mío ha tenido un poco más de trabajo, pero está bien, soy feliz con lo que has hecho por mí. ¿Me has matriculado en veterinaria? ¿Recogiste el temario?

—Sí, recogí el temario. Aquí el nivel de estudios es cortito, lo he visto muy fácil. Podría aprobar el primer trimestre con los ojos cerrados. —Si no fuera porque seguía echando la lágrima, pensaría que me estaba vacilando.

—Te dije que era listo. Él pensaba que ibas a rellenar la solicitud con ceras de colores.

Se apoyó en Ursa casi enterrándose en su pecho.

—Claro, el perro grande y agresivo es un analfabeto. Abrázame fuerte, osa, que estoy muy tonto.

Ursa me miró sorprendida y lo abrazó.

—Ves lo que te digo, has pillado la guasa de Cádiz. ¿Hace falta que estés enterrado entre los pechos de mi novia?

Él no se molestó en moverse ni un milímetro de donde estaba.

—Teóricamente no son sus pechos, esto es un sueño. ¿Me cuentas todo esto porque el momento está cerca?

—Creo que sí, que pronto volveremos a donde nos corresponde.

—Yo no lo siento así. Hablé con tu madre, Mundo, le conté que no era el mismo desde el accidente.

Lo retiré de los brazos de Ursa y le cogí la cara con ambas manos.

—¿Qué le has dicho a Amparo, qué le has dicho a mi madre? ¡Mi madre, la mía, no la tuya!

—¡Tío, me estás enseñando los dientes, das miedo! Ella también

sabía que tú no eras tú. Es tu madre, te conoce. Por favor, cierra la boca, Mundo.

Le solté la cara y me levanté del sofá.

—¡Por eso te sentías culpable, no por estar mirando páginas guarras en el móvil! —Estaba dando vueltas de un lado para otro como un animal enjaulado.

—Mundo, gordi. Párate, respira hondo y cálmate. —La primera vez que me trataba con ese apelativo, me hizo gracia.

—¿Te acuerdas de todo lo que te dije esa noche? Las emociones en este cuerpo son muy viscerales. Me han entrado ganas de arrancarte la cabeza, chaval. —Tomé aire y suspiré sonoramente—. ¿Qué le has dicho a mamá? —Me senté en el butacón que tanto le gustaba a Miguel.

—Ayer por la tarde después de merendar se acercó a mí, me sentó en el sofá e hizo exactamente lo que tú estás haciendo. Se acomodó en el butacón de enfrente y me dijo: «Desde el accidente no eres el mismo, sigues perdido, pero eres feliz como en años no te he visto. ¿Quién está ahí dentro?».

—Esto tenía que pasar, mamá es muy lista. ¿Le has contado todo tal cual?

—¡No, por favor! Me puse en su lugar, eso sería demasiado para ella. Ha perdido a su marido, decirle que ha perdido a su hijo, aunque lo tenga delante, no era muy acertado. Me documenté para poder rebatirle en ese supuesto caso. Le dije que tenía un cambio de personalidad postrauma, que pidiésemos cita con el médico.

—¿Crees que se lo ha tragado?

—Ha pedido cita con el médico, tal como funciona vuestro servicio de salud, antes de que los resultados estén ya habremos vuelto a nuestros respectivos cuerpos. Creo que no se lo ha creído, pero ha pedido cita para cerciorarse.

Ursa le pasó un brazo por encima y le dio un beso en la mejilla.

—Te dije que era listo, Mundo. Has mejorado mucho, el lobo de mierda con el que trataba en Ix no se preocupaba por nadie. Estás en esa piel, esa piel tan suave, y te preocupas por una señora que es totalmente ajena a tu vida.

—Esa señora me trata con mucho amor. Tienes razón, osa, era un lobo de mierda. Cuando vuelva, voy a tener que pedir muchas disculpas y agradecer otras tantas.

—¿Qué pasaría si no volvemos? ¿Llegarás a ser feliz en la Tierra? ¿Estarás bien?

Se quitó el brazo de Ursa de encima y se cubrió la cara con las manos mirando hacia arriba.

—Temía este momento, el «y si…». Lo he pensado, no te creas que esa posibilidad no ha pasado por mi cabeza. Hice una lista con los

pros y los contras.

Los dos nos miramos y dijimos a la vez «Ha hecho una lista», los tres nos reímos.

—A mí no me ha hecho falta hacerla, pero me gustaría saber qué es lo que tiene esa lista.

—Hice una lista porque eran muchas cosas, aquí no la tengo, porque aquí no estamos ninguno de los tres. Pero buscaré en este bolsillo y… Anda, una libretita igual que la que tengo en casa escondida en un cajón. Expongo. Lo negativo: sin olfato, de noche no veo, nada de pelo y mucho frío en invierno, no conozco a los lobos, sigo sin ponerle cara a mis padres, sin criterio sobre belleza femenina. Lo positivo: no huelo a las hembras, las gafas de sol molan, nada de pelo y me seco enseguida, conozco a la familia de Mundo, amor materno, sin criterio sobre belleza femenina.

—¡Es verdad, ha hecho una lista! Creí que estaba de coña, Mundo. —Le volvió a pasar un brazo por encima del hombro mientras lo despeinaba con la otra mano.

—¿Faltan muchas cosas en esa lista? ¿Que no sepas si las mujeres son guapas o feas es una ventaja y un inconveniente? —Puse sin querer la cabeza de lado.

—Qué curioso, mi Buddy hace exactamente lo mismo cuando le pregunto algo. El no saber si las mujeres, como las llamáis aquí, son guapas o feas me quita el peso de elegir por la apariencia, me guio por lo que hay dentro. Mundo, lo que quiero decirte es que la lista la he hecho para valorar lo que tenía y lo que tengo. Si me quedase aquí, solo lamentaría el no haber podido conocer a mis padres ni a mi familia, los lobos. —Ursa se le tiro encima y lo volvió a abrazar—. Bueno, eso y no poder abrazarte a ti de verdad, osa boba.

—A ver, chaval, ¿me estás dando tu bendición para quedarme en Ix? —Otra vez una lección de humildad.

—Yo no tengo que darte nada, todo esto no depende ya ni de ti ni de mí. La misteriosa fuerza, a la que llamamos Fafnir, obra según sus propios criterios. Estoy bastante adaptado a esto, tu sociedad no es perfecta, realmente la perfección no existe, pero por lo menos no tengo esos ataques de furia que tenía en ese cuerpo. Estaré bien aquí, tu madre estará bien.

Ursa lo soltó y no paraba de acariciarlo tras la cabeza como me hacía a mí, su mano era igual de grande que su cabeza.

—Eso me deja mucho más tranquilo, aunque no lo veo justo para ti. Creo que nuestro tiempo se acaba, ¿me das un abrazo? —Tenía la impresión de que iba a ser la última vez que hablara con él.

—¿Otro abrazo a tres? —Ursa se levantó del sofá con mi cuerpo humano bajo su brazo.

Ahí estábamos los dos abrazados a ese chaval, que hacía un par de

semanas andaba provocándome unas pesadillas brutales. Le oía llorar entre nuestros brazos. Creo que él también intuía que esta era, probablemente, la última vez en la que pudiéramos hablar. La sensación de nuestros cuerpos entrelazados se fue distanciando, perdiéndose en un largo túnel. Olía a pan tostado y zumo, zumo de naranja.

Al abrir los ojos me encontré a Ursa mirando directamente a los míos, tenía pinta de haber llorado. La besé y la abracé lo más fuerte que pude, ella suspiró y empezó a frotarse contra mí.

—¿Esto es otra cosa de osos?

Ella siguió a lo suyo.

—Sí, estoy marcando que eres mío. Tienes suerte de que nos estén esperando para desayunar, si no te iba a dejar clavado a esta cama.

Estaba entre ser responsable y no serlo.

—Deja de frotarte conmigo, osa. Vamos a levantarnos, voy a echarme agua fría en la cara y vamos a desayunar. Chillas mucho y estamos en medio de un rebaño de ovejas. —Me levanté y salté por encima de ella.

—¡Eso, huye, perro cobarde!

—Tú deberías darte una ducha, una bien fría.

Me tiró la almohada, dejé que me diera.

Después de asearnos y vestirnos, fuimos al mismo salón en el que cenamos hacía unas horas. Eran las ocho de la mañana, había pocos ovinos a esa hora. Pillamos del bufet de desayuno lo necesario para empezar el día con energía, estábamos prácticamente solos en esa gran mesa. Hablamos del sueño que tuvimos compartido, Ursa estaba muy contenta por mi forma de actuar con Kiyu. Lo que había entre ellos era amor, amor como el que le procesas a una madre o a un hermano. Al terminar de desayunar preguntamos por nuestros anfitriones, fue fácil dar con ellos, no porque aquello fuera pequeño, los encontramos porque cada tres pasos casi pisábamos a una oveja. Seguimos las indicaciones de los primos, tíos, sobrinos o hermanos de Anya y allí estaban, en la parte de atrás de la casa, junto a un cobertizo donde se amontonaban cajas con verduras. Ella estaba haciendo inventario y él llenando carros con verduras.

—Estáis muy atareados. Es la primera vez que te veo trabajar duro, oveja ladradora.

Él se volvió y empezó a mover el rabo, acto seguido hice yo lo mismo.

—¿A que son monos cuando hacen eso? Mundo, te voy a dar ropa de trabajo y te vas a quedar aquí con tu amigo mientras yo me llevo a tu osa. —Apenas llegaba al metro setenta y esa hembra era capaz de manejar a cualquiera solo con su voluntad.

—Seguro que te llevas a mi osa, eres capaz de echártela al hombro y

cargar con ella. Dame la ropa para trabajar, el perro de lanas no está acostumbrado a trabajar tanto, a ver si le va a dar un tirón y no va a poder venir de concierto esta noche.

Ella me miró con una sonrisa entre lanas.

—Él está en forma, no te preocupes por su espalda y céntrate en cargar cajas. Tu osa es mucha hembra para echármela al hombro, pero seguro que si le digo «ven», lo deja todo. Tengo algo que tú no puedes darle, lobito.

—Claro, un puesto con las damas de honor y un traje que seguro que le sienta genial.

Me miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada.

—¡Vaya, es listo! Te ha tocado el premio gordo, mamá osa. Ahora sé por qué mi lanudo habla tanto y tan bien de ti. Venga, ven conmigo, al final termino vistiéndoos a los dos. —Echó a andar e hizo una señal con la mano para que fuéramos tras ella, nos encogimos de hombros y fuimos a paso ligero.

—Si te lleva a un acantilado y te dice que saltes, ¿qué harás? —Se lo dije susurrando y al oído mientras íbamos al trote persiguiendo a esa bola de lana.

—Preguntarle si puedo coger carrerilla. Déjala, está nerviosa por la boda, ella no es así.

—Las semanas aquí tienen nueve días y los días más horas que de donde yo vengo, ¡mierda!

—Os estoy escuchando, tendré piedad de vosotros si sois buenos conmigo.

—Ella no es así… Estás nerviosa por la boda, ¿verdad, Anya?

—¿Qué boda? Estamos con la cosecha liados, para colmo hoy tenemos lo del concierto y mañana tendremos menos mano de obra. Necesito que tú, perro grande, arrimes el hombro un poco. —Seguía andando rápido y usando un tono autoritario.

—¿Entonces no va a ser toda la semana así? A ver… Venía mentalizado a trabajar, pero esto es una locura. ¿Cuánta tierra tiene tu familia, Anya? —Mientras andábamos teníamos que ir esquivando carros y ovinos que iban de aquí para allá cargados con cajas de verduras.

—Mi familia tiene la tierra suficiente para alimentar a los nuestros y contribuir con la sociedad, no quieras saberlo todo el primer día de estar aquí, chucho. —Se paró frente a una puerta pequeña en la parte trasera de la casa—. Eres un poco más grande que mi chucho, a ver cómo te queda la ropa que tenemos por aquí.

Abrió la puerta, dentro se encendió una luz en el techo iluminando una estancia alta y llena de estanterías con ropa de trabajo. Anya subió por las estanterías y me tiró una bolsa de tela con la inscripción XXL. La bolsa era de tela con un cordón arriba para cerrarla. Dentro

había un mono vaquero y una camiseta roja.

—Menos mal, creí que eran las mismas ropas que donde Yuta. Me cambio, dejo mi ropa dentro de la bolsa y voy con Buddy. Llévate a mi osa, pero antes… —Me acerqué, le di un beso y al darse la vuelta le di en el culo—. No dejes que te mandonee más de la cuenta, osa, diviértete.

—¿Sabéis que lleváis solo un día aquí y sois la comidilla de toda la familia? Ursa, tú te quejabas de tus padres por el ruido, de tal palo…

Ella la miró y puso los brazos en jarras.

—¿Sabes una cosa? Que hablen todo lo que quieran, él me hace muy feliz. Nos vemos después, guapo.

Salieron del almacén y me dejaron algo de intimidad para cambiarme, según cerraron la puerta deje escapar un quejido, igual que cuando dejas al perro tras la puerta y te vas a trabajar.

—Nunca me acostumbraré a esto. —Lo dije en voz alta suspirando.

—Puede que algún día.

Miré a todos lados a mi alrededor, pero no había nadie. No me lo imaginé, era una voz clara y con una dicción perfecta. No caí en el cliché de preguntar si había alguien allí, no había nadie, no olía a nadie y en cada hueco oscuro que pude escudriñar no pude ver nada. Lo achaqué a mi falta de descanso y a todo el estrés acumulado de días atrás. El Ministerio, las pieles cambiadas, las facciones radicales de las que hablé con Roser, los cánidos drogados, los extraños dones que tenían algunas criaturas de este sitio… Que escuchase voces a estas alturas me parecía hasta normal.

Me vestí, puse mi ropa en la bolsa de tela y fui a reunirme con Buddy, tenía muchas ganas de hablar con él, era lo más parecido a un amigo que conocía en este sitio. En verdad y mirando con retrospectiva, no podía mirar atrás y decir que tuviera amigos en la Tierra. El trabajo y las obligaciones me hicieron un ermitaño dentro de mí mismo.

—Mundo, hermano, ven aquí y échame una mano, mi prometida me está matando. —Su voz me sacó de mis pensamientos, acto seguido empecé a mover el rabo.

—Ven aquí, tío, dame un abrazo. —Eran apenas las nueve y estaba jadeando—. ¿Cuántas cajas has cargado ya?

—No lo sé, colega. ¿Crees que tengo tiempo de contarlas? Dame la bolsa con tu ropa y ayúdame, a ver si podemos escaparnos sin que nadie nos vea.

Miré a mi alrededor, todo lo que veía eran cabezas llenas de lanas que me llegaban a la altura del pecho.

—Si conseguimos escaparnos sin que nadie nos vea, te doy un premio.

Al decir premio, levantó las orejas y se puso muy recto.

—Venga, vamos a trabajar, la familia nos mira. —Tiró mi bolsa a una pared del cobertizo junto a la suya y empezó a coger cajas.

Mientras trabajábamos le pregunte a Buddy qué planes tenía tras la boda, si se iba a dedicar a ayudar a la familia o iba a hacer otra cosa. Tenía los planes bien atados, tenía todo preparado para abrir su tienda de homeopatía: distribuidores, local, horarios, personal y muchos otros pormenores. Estuvimos toda la mañana cargando cajas en carretas y alguna que otra furgoneta, hasta que dieron el aviso para el almuerzo. Fuimos al mismo comedor con esa mesa infinita y de nuevo me tuvieron presidiendo el festín. En esta ocasión venían las familias enteras para hacerse fotos conmigo, creo que exporté el concepto de selfi al coger una treinta y cinco milímetros y hacerme las fotos con los corderitos. Al principio me molestó un poco, pero después pensé en la campaña prolobos, además, los críos de esa especie eran verdaderos peluches. Todo esto bajo la atenta mirada de Ursa, cada vez que sentaba a un crío en mi regazo se le colgaba una sonrisa tonta en la cara. Tuve que ponerme serio y decirle a la familia que tenía que comer, que seguiríamos con las fotos después del almuerzo, la fila que se formó para tomarse fotos conmigo se disolvió y por fin pude almorzar tranquilo.

—Eres toda una estrella aquí. Eres muy cariñoso con los niños, eso me encanta. —Podía verla y olerla.

—Y tú para mí eres un libro abierto, menos mal que esta familia no puede olerte como la mía. ¿Qué habéis hecho mientras vuestros machos cargaban carros y carretas?

—Pues hemos ido a visitar al sastre de la familia, si te cae bien Fang, esta oveja te va a encantar. El día de la boda no vas a poder quitarme ojo de encima.

—Bueno, ya me diréis cuándo pillo cita para verla, estamos muy atareados cargando millones de cajas para la familia de Anya. —Creo que lo dije con suficiente claridad como para que Anya se diera por aludida.

—¡Y más cajas que tendrás que cargar, chucho grande! ¿Te creías que el plato que tienes delante y la cama en la que retozas con tu osa es gratis? —La verdad, me encantaba pincharla.

—En este sitio tienen un concepto muy extraño de «invitados». Creo que mi osa está más invitada que yo.

—Tu osa tiene que estar relajada y guardar reposo, no quiero a mis damas estresadas y con pinta de estar cansadas para la boda. Ella me dijo que no te importaría trabajar un poco.

—¿Eso le dijiste, peluche?

Ella se acercó a mí para limpiarme algo de salsa que tenía en la cara.

—Sé que no te importa y sé que estás diciendo todo esto para

escucharla a ella. Tú y la guasa de tu Tierra. Lo haces porque me quieres y, si te lo pido yo, lo harás como un «buen chico». —Fue muy extraño, cuando me dijo esas dos palabras me dio un vuelco el corazón.

—No, Ursa, no hagas eso. Las palabras clave no… —Podía escuchar mi rabo dando en el respaldo de la silla.

—No, tía, eso no se hace. No le hagas eso al pobre, es un cachorro metido en ese pedazo de perro. —Buddy se volvió hacia mí y se puso a acariciarme la espalda. Me calmó bastante.

—Nunca me acostumbraré a estas movidas de perro grande. ¿Tenemos tiempo antes del concierto de ducharnos y ponernos guapos?

—No volváis a cargar más, habéis hecho en la mañana el trabajo de quince ovinos. Os merecéis un descanso. ¿Por qué no te lo llevas y le enseñas tu local, lanudo?

Buddy volvió a levantar las orejas y a ponerse muy tieso.

—Te va a encantar el sitio, Mundo, aún no le he puesto nombre, igual se te ocurre algo. —Otra vez los dos moviendo el rabo.

—La verdad es que sí, están monos cuando hacen eso. No te entretengas mucho, necesito a alguien que me frote la espalda en la ducha. —A estas alturas no me hacía falta olerla para saber qué es lo que quería.

—Vale, mami. No me entretendré mucho jugando a los negocios con mi amigo. Termina de comer y vamos a que nos dé el aire antes de que tu amorcito cambie de parecer.

Buddy empezó a comer más rápido y todos nos reímos. Nos despedimos de nuestras respectivas parejas y fuimos andando por el pueblo ante la atenta mirada de los lugareños. Parecía ser que, a pesar de que la población era abundante, todos sabían que un lobo estaba de invitado en casa de los Vilna. De camino al local me volvieron a parar para hacerse fotos conmigo o directamente para tocarme, sí, para tocar al lobo. Después de andar poco más de un kilómetro en veinte minutos llegamos al embrión del proyecto de Buddy en Magome.

La tienda tenía un gran escaparate acristalado y una puerta a su derecha que recordaba la vidriera de una catedral, encima del escaparate había un rotulo en blanco, esperando a recibir un nombre.

—¿Más que lana? —Hice un gesto con las manos abarcando todo el rotulo, Buddy se volvió para mirarme a la cara.

—Me gusta, «Más que lana». Es ingenioso tratándose de un pueblo con un 95 % de población ovina. Hablaré con el rotulista, venga, vamos a entrar.

La puerta estaba abierta y dentro había racionales trabajando, al entrar un sinfín de olores saturaron mi sentido olfativo.

—Huele exactamente igual que una herboristería. Me gustan los

colores y la disposición de los estantes y mostradores. Se parece mucho a la tienda de tu colega, la No Vendo Unicornios. —La tienda parecía una droguería de los años sesenta, todo estaba en tonos azules y blancos.

—Sí, tío. Me gusta mucho su tienda, él fue el que me metió el gusanillo de los remedios en el cuerpo. Según él, tengo mano para esto. Se me ha ocurrido una cosa, te voy a preparar algo para la resaca, por si acaso esta noche te pasas con la bebida. —Fue detrás del mostrador, cogió un mortero y empezó a mezclar hierbas.

—¿Otra infusión? La última vez que tomé una de las tuyas terminé teniendo un viaje muy raro.

—No te preocupes, Mundo. Esto es totalmente inofensivo, es un remedio rico en vitamina B12. Meteré la mezcla en una cápsula de sacarosa y solo tendrás que ingerirla si te encuentras mal, no te olvides de hidratarte después.

—Cuando hablas de medicinas eres todo un profesional. ¿Qué formación tienes para hacer estos preparados?

—Tengo estudios de farmacéutica y botánica, aunque me quedan algunas asignaturas para tener el título. De momento puedo ejercer como homeópata, pero en un futuro esto va a ser una farmacia. —Mientras hablaba seguía machacando la mezcla en el mortero.

—Y pensar que cuando te conocí creí que solo eras un perro drogata… ¿Vas a estudiar mientras trabajas?

—En una tienda hay muchas horas muertas, las aprovecharé para estudiar. Me tomaste por un perro drogata porque me esforcé mucho en dar esa imagen. Estos dos años con Yuta han sido muy duros para mí, han sido una pausa en mi carrera. Toda mi familia es de costa. Vivimos cerca del mar, esto es muy bonito, pero echo de menos escuchar el ir y venir de las olas. Magome no está lejos de la costa, en un par de horas se puede estar.

—El cantar de las aves marinas y el olor a sal. ¿Por qué no abrir la tienda en tu pueblo, en la costa?

Él dejó de machacar las hierbas para mirarme.

—El macho suele quedarse de donde es la hembra. Es la costumbre.

—¿Eso también es algo que ha impuesto el Ministerio? También era costumbre que los cánidos se casaran con cánidos y los ovinos con ovinos.

Volvió a pausar su trabajo con las hierbas, rodeó el mostrador y empezó a hablar con los ovinos que estaban trabajando en la tienda, estos le dieron un par de palmadas a Buddy y salieron de la tienda.

—Los he mandado a tomarse algo al Dragon enroscado. Quería hablar contigo sobre el Ministerio, aquí es una institución muy querida y valorada. Tú y yo no compartimos el cariño que le tienen los racionales a dicha institución.

—Sí, me hiciste hablar del Ministerio haciéndome creer que no sabías quién era yo. En aquel momento te dije lo que pensaba, ahora la cosa va a cambiar. ¿Habéis hecho el papeleo para vuestra unión?

Él volvió tras el mostrador, cogió una goma para el pelo y se quitó el flequillo de la cara.

—Quería que nos mirásemos directamente a los ojos, muchas veces cuando hablamos me miras a la frente. Hemos hecho el papeleo, tenemos los mismos derechos y garantías que una pareja «normal». Te debo muchísimo y no sé cómo podría pagártelo. —Ahora que podía verle directamente los ojos, me parecía más interesante aún.

—¿Cómo podrías pagármelo? Sé feliz, hermano. Haz feliz a tu pareja, tened críos y educarlos para que sean buenos y hagan felices a los que estén a su alrededor. Sé dichoso donde quieras serlo, por cierto, ¿de dónde eres tú?

—Soy de Matsue, es un pueblo costero con una población muy variopinta. Lo que me has dicho me da que pensar, hablaré con Anya mañana, esta noche es para disfrutar con todos nuestros amigos.

—¿Cómo que con todos nuestros amigos? ¿Van a venir todos? —Otra vez meneando el rabo.

—Viene el gato pasivo-agresivo con su pavo acompañados por Sun, Hank dijo que daría un salto aquí, viene Darío con Bela y queda saber si al final Yuta se acerca con Seve. —Cogió el preparado y lo volcó sobre un papel—. Voy a meter esto en la máquina de rellenar las cápsulas, espera un segundo.

—Seve, se me había olvidado por completo. ¿Qué tal reaccionó Yuta cuando se lo presentasteis?

—Pues fue él mismo el que se presentó al viejo. Le contó todo lo que había pasado y las ganas que tenía de, por fin, poder hablar directamente con él. Se emocionó mucho, nunca lo había visto llorar. Lo ha acogido como si fuera hijo suyo; si él viene, Yuta vendrá. —Lo escuchaba desde la parte de atrás de la tienda.

—Me alegro mucho por los dos, Yuta quería un hijo y él una familia.

Volvió de la trastienda con unos frasquitos, cada uno con dos capsulas blancas y azules. De nuevo tenía todo el pelo en la cara.

—Toma, este es para tu osa y para ti. El resto lo he preparado por si acaso nuestros amigos se pasan de rosca. —Hablaba con el mismo tono profesional.

—Bueno, venga, boticario, tengo una osa que enjabonar y tú una oveja que te espera.

Volvió a poner la cara de lado.

—Me tienes que explicar qué es un boticario. Vamos, lobo feroz, a ver si conseguimos llegar antes de media hora. —Me pasó un brazo por el hombro y salimos de su tienda riéndonos.

Fue muy difícil llegar con rapidez a la casa de los Vilna, cada dos por tres había alguien que quería o bien fotografiarme o bien hablar conmigo. Fui lo más educado que pude y conseguimos llegar en un tiempo récord. Al llegar al terreno de los Vilna me vino un olor familiar, olía a felino, a plumas y a otro lobo. Volví la cabeza de lado a lado olfateando, intentando localizar de dónde venía el olor, el olor a felino venía de detrás de la puerta principal. Crucé el arco de entrada como si no me hubiera dado cuenta de que Jacob estaba ahí esperándome como un gato agazapado. Lo vi con el rabillo del ojo antes de saltar sobre mí por el lado izquierdo, lo veía saltar sobre mí a cámara lenta, enseñando los dientes y con todos esos cuchillos en los dedos. Fue un juego de niños cogerlo de la muñeca y dejarlo tirado en el suelo conmigo encima.

—Anda, si es el gatito agazapado. ¿A qué me recuerda esta escena? —Jacob estaba bocabajo con media cara en el suelo.

—¡Esto no es justo, el de los reflejos felinos soy yo! Me la tenías jurada desde que te desmonté de tu yegua, perro grande y rencoroso. —Estaba riéndose mientras me hablaba.

—Te ha pillado al vuelo, ¿eh, gatito? Eso que has hecho es increíble, hermano. —Buddy estaba contento, no sé bien si era por verme en acción o por ver al gato de nuevo en el suelo.

—La próxima vez que me quieras dar una sorpresa no te pongas a favor del viento. Vamos, gatazo, levántate y dame un abrazo. —Me quité de encima y lo ayudé a levantarse, él se volvió y me abrazó con fuerza.

—Te he echado de menos. A ti y a ese culo de perro grande. —Me lo tuve que quitar de encima, se estaba empezando a poner muy cariñoso.

—Joder, tío. Que no me gustan los machos. ¿Dónde está el resto del batallón de Hitachi? He olido a tu chico y a ¿tu chica?

Seguía sonriéndome, pero ya no me enseñaba los dientes.

—Sun no es mi chica, compartimos unos momentos muy buenos, pero dice que tres son multitud. Fang ha ido a ver a la modista de la familia, cuando habló con Ursa y le dijo que le estaban preparando ropa fue corriendo a verla. Creo que tiene celos profesionales, me da la impresión de que son los únicos celos que conoce. A Sun se la han llevado un grupo de ovinos para sacarse fotos con ella. Tal como la han visto han dicho: «¿Tú eres la hermana de Mundo?», le quitaron el maquillaje y por ahí andan sacándole fotos, ella está encantada.

—Creo que sé dónde está, voy a ir a ver a mi hermanita y acto seguido voy a darme una ducha, ni te imaginas la cantidad de cajas que este pelanas y yo hemos movido esta mañana.

—No tengo que imaginármelo, los dos oléis a perro mojado. Voy a buscar a mi pájaro y a tu prometida. Somos vuestros invitados, ¿no

vas a darme un abrazo? —Los dos se fundieron en una masa de rayas y lana.

—Cuando veas la letra pequeña de estar invitado en casa de los Vilna, igual no eres tan cariñoso conmigo. Ve a buscar a tu pájaro, yo voy a buscar a mi oveja. Dejad el equipaje aquí mismo, cualquiera de los tres millones de ovinos que hay aquí os lo llevarán a vuestra habitación. —Se separó de Jacob y fue a paso ligero a buscar a su prometida.

—¿Qué le pasa a Buddy? Ni un tío, ni un colega, no ha dicho buen rollo… ¿Aún no se ha casado y ya lo han cambiado?

Le cogí de los hombros y se los apreté con fuerza.

—El que acabas de ver es Buddy, el del centro de Yuta era otra persona. Hazle caso y ve a buscar a tu chico, pregunta a cualquiera de los algodones de azúcar que andan dando vueltas.

—Esto parece un hormiguero después de recibir una patada. ¿Qué está pasando aquí?

—Tienes una semana para averiguarlo, créeme que te vas a enterar. —Le dediqué mi mejor sonrisa y me fui al trote al comedor donde sabía que iba a estar Sun.

Esos ovinos tan monos actuaban casi como un macroorganismo, en un abrir y cerrar de ojos habían puesto un *fotocall* usando un mantel, unas cuerdas de tender y un butacón con orejeras. Allí se habían organizado en una fila interminable para sacarse fotos con la loba. Ella estaba encantada, cogía a los críos, los sentaba en su regazo y dejaba que tirasen de las orejas. Los ovinos más mayores le cogían la cara, como los abuelos cuando pellizcan los mofletes de un bebé. Solo el pensamiento de Ursa esperándome en nuestra habitación me sacó del trance al ver a Sun disfrutar así. Fui a la fila que estaba montada para fotografiarse con la loba y les dije que ella estaba muy cansada después de un largo viaje, que tenía que hablar con mi hermana. La fila se disolvió y todos agradecieron a Sun por su tiempo. Ella, que aún tenía a un bebé en brazos, se levantó y se lo dio a su madre.

—Es la primera vez que me siento como una estrella, me has chafado el momento, hermanito. —Intentaba no mover el rabo, pero podía verla sonreír.

—Los cánidos sois muy malos jugando a las cartas. Te alegras de verme, perra cachas. —Se me tiró encima, por poco me tira al suelo.

—Somos muy malos jugando a las cartas, te alegras de verme. Tu osa nos ha programado una salida de caza, te está esperando. Hueles a ella, se ha frotado a base de bien contigo para marcarte. —Seguía abrazada a mí y me estaba olisqueando, yo hice lo mismo, como por reflejo.

—Tú no hueles a Jacob. ¿Qué ha pasado entre vosotros dos?

Se separó de mí sin dejar de sonreírme.

—Te lo contaré después, tu osa tiene algo importante que decirte. Me siento rara sin el maquillaje entre todas estas ovejas. —Sacó el espejo que solía usar para mirarse cuando andaba camuflada de cánida.

—Pues si te gusta ir de loba por Magome, nos daremos una vuelta. Esta noche antes del concierto cenaremos en el Dragon enroscado.

Ella volvió a sonreírme y me dio un beso en la mejilla.

—Estoy muy contenta, cena con amigos, concierto, cazar con un lobo guapo y una boda. No estaría más contenta ni teniendo dos colas. — Estaba demasiado contenta y había hablado antes con Ursa.

—Si tú eres feliz, eso me hace feliz. Ahora estoy impaciente por hablar con Ursa, no sé qué te ha contado, pero no te he visto así de contenta nunca.

Ella volvió a sonreírme y se marchó por la puerta del comedor dando saltitos. Fui corriendo a nuestro dormitorio, me costó un poco encontrarlo, aquello era muy grande. Tuve casi que saltar a dos docenas de ovejas, era como querer ir deprisa en un mercado de la India. Llegué a nuestra habitación y toqué en la puerta, Ursa pregunto quién era y yo respondí: «El lobo que viene a comerte», pude escucharla reír detrás de la puerta. La encontré en ropa interior tirada en la cama, más bien en lencería fina.

—Vaya, llego a saber esto y no me entretengo ni con Jacob ni con Sun. Ella me dijo que querías hablar conmigo, me va a costar la misma vida hablar contigo vestida así.

Ella simplemente me sonrió y me hizo un gesto para que me tirase en la cama a su lado. Para haberle dicho a Sun que quería hablar conmigo, pocas palabras cruzamos. Ella también estaba muy animada, en ese momento me dio igual la conversación que tuvo con esa loba. Después de compartir ese momento fui a ducharme y le dije que se sentase en el inodoro, tenía mucha curiosidad por saber qué es lo que iba a contarme. Abrí el grifo y volvió a venirme el olor de siempre, agradecía el agua caliente y el chorro recorriendo mi espalda.

—Mundo, me ha pasado algo raro antes de que vinieras. Estaba ahí tirada con ese ridículo conjunto que tanto te ha gustado y dije en voz alta, para mí: «¿Me querrá siempre?». Alguien me ha respondido, con una voz clara y una correctísima pronunciación. Me levanté de la cama y busqué por todas partes, pero no había nadie.

—¿Qué te dijo esa voz? —Esto me estaba empezando a asustar.

—Esa voz, esa que venía de ningún sitio, me dijo con toda la tranquilidad del mundo: «Siempre lo hizo». ¿Qué está pasando, Mundo? —Tenía la cara llena de espuma y no quería abrir los ojos, por su voz sabía que estaba muy preocupada.

—Creo que Fafnir nos ha hablado.

—¿Cómo que nos ha hablado? ¿Qué te ha dicho a ti?

Me estaba aclarando el jabón, quería ver su cara.

—Me dijo: «Puede que algún día». Pregunté en voz alta que si me acostumbraría a mi condición de perro grande. Después de todo lo que me ha pasado aquí, oír voces me parece hasta normal. ¿Me vas a decir qué has hablado con la perra cachas? —Estaba saliendo de la ducha y le pedí que me tirara una toalla.

—¿Me dices que una deidad nos ha hablado, y tú te preocupas por la charla que he tenido con esa loba? —Estaba sentada y con los brazos en jarras.

—Vamos, osa, relájate, vive el momento. Me preocupa por qué no lleva aquí ni una hora y ya nos has organizado una cacería. Estaba muy contenta, demasiado contenta, eso me mosquea mucho.

Ella se acercó a mí y me cogió la cara con las dos manos.

—Me voy a meter en la ducha y vas a escuchar como un buen chico, ahora siéntate. —Solo le faltó decirme «siéntate y te doy un premio», la obedecí de forma automática.

—Me voy a chivar a Buddy, las palabras clave no me gustan. Ve y quítate el Eau de Kiyu de encima, simpática.

—¿Sabes que Jacob y ella ya no están enrollados? —Se metió en la ducha y abrió el grifo, en el momento que su pelaje de mojó pareció haber adelgazado veinte kilos.

—Se me tiró encima y pude olerla, ya no huele al gato. A pesar de eso, estaba muy contenta, es decir, contenta como no la he visto desde que la conozco. ¿Qué has hablado con ella? —Estaba muy intrigado y quería levantarme del inodoro, pero parecía que me habían soldado a él.

—Pues a ver por dónde empiezo… Sun conoció a Fang, han estado los tres juntos conociéndose y se dio cuenta de que ella era la que sobraba. Que lo que siente el gato por Fang no era lo que tenía con ella. Las miradas cómplices, las cosas que se dicen sin palabras, todo eso que se tiene cuando se está enamorado. Por eso no están juntos, me dijo que te lo quería contar ella misma, hazte el sorprendido cuando te lo diga. —Hizo una pausa cuando empezó a enjabonarse la cara.

—Eso explica por qué ellos dos no están enrollados, pero lo que me preocupa es la cacería que nos has programado. ¿Qué has hablado con ella? —Volví a hacerle la misma pregunta resaltando todas y cada una de las palabras.

—Te he hablado de los instintos de las razas y que los de los lobos son muy fuertes. A ella le ha llegado la hora que marca su ciclo biológico. —Terminó de quitarse el jabón y me miro a la cara.

—Joder, osa. ¿Me estás diciendo que la loba cachas quiere ser mamá y quieres que yo sea el padre? ¿Esto es porque yo te he querido preñar con Kudo? ¿Algún tipo de remordimiento o algo?

—Son todas esas cosas y ninguna. Id a cazar, volved con algo de carne, escucha lo que tenga que decirte y después decide. A ella le encanta cazar contigo, yo os he visto hacerlo, parecéis un único lobo. Tú eres mío, solo te voy a prestar un poco.

—Iré a cazar con ella solo porque me gusta, me gusta cazar, pero la única carne que voy a probar va a ser de animal. Esta es la proposición más rara que me ha hecho nadie nunca.

—Pues es exactamente la que querías tú proponerme con Kudo. Vamos a vestirnos, a ver dónde cenamos. Buen chico. —Dijo eso último y fue como si la fuerza que me tenía sentado desapareciera.

—¡No me hagas eso más! Tengo que llamar a El dragón enroscado, antes tengo que vestirme. ¿Los mismos trapos que en el último concierto?

—Los tenemos ahí, si vamos vestidos de otra forma Fang se va a enfadar. Anda, sé un buen chico, vístete y ve a llamar a Drago.

Fui corriendo a vestirme y cuando estaba casi listo caí en que me había vuelto a liar.

—Lo has vuelto a hacer… Voy a hablar con Buddy a ver si me da algún consejo para paliar estas cosas de perros. Eres muy cruel conmigo, la próxima vez que te vea subida a un árbol lo talo.

La dejé riéndose mientras se secaba en la habitación y me dirigí al salón en el que estuvimos hablando con nuestros anfitriones al llegar aquí. Después de preguntar el número de teléfono a uno de los muchos familiares de Anya, descolgué el aparato, marqué los dígitos y volví a escuchar esa voz de dragón de cuento. Hablaba con él y lo imaginaba al aparato recostado sobre un lecho de oro y joyas, como si fuera Smaug, el dragón del Hobbit, no pude evitar reírme al escucharlo.

—¿¡Quién es!? ¿Podrías dejar de reírte y decirme quién eres?

Tenía que hablar con él y decirle el motivo de mi risa, seguro que se reiría conmigo.

—Soy el lobo feroz, lagartija mitológica. —Ahora el que reía era él, la misma risa que tendría un dragón de cuento.

—¡Musta, es el lobo de ayer! —Se hizo una pequeña pausa, escuché la voz de ella muy lejana, no entendí lo que dijo—. Ahora se lo digo. Mi ovillo dice que, si llamas para reservar, la cosa esta muy mal, pero a ti te pone una mesa donde sea. Solo te pide una condición.

—Dile que me hago todas las fotos que quiera con ella. No sé qué puñetas les pasa a los ovinos, soy como una especie de fetiche para ellos.

Él volvió a reírse.

—¡Dice que sí, que las que hagan falta! —Volvió a hacerse una pequeña pausa seguida de más risas—. ¿Cuántos sois?

—Siete, somos siete. Vais a conocer a mi hermana, bueno, no es mi hermana, pero como si lo fuera.

Otra pausa más en la que volvió a hablar con Musta.

—Musta os va a preparar un menú especial, sois dos lobos, tu osa, Buddy con Anya y ¿quién más?

—Un gato grande, un tigre de bengala, y su pareja, un pavo real.

De nuevo otra pausa, empezaba a impacientarme.

—Venid cuanto antes mejor, tengo un vino buenísimo cogiendo polvo en la bodega que pone «para lobos», para el tigre tengo un vino especiado que hará que cace ratones fantasma, a tu osa le voy a dar una hidromiel que va a hacer que se le caigan las bragas. Para el pavo tengo una cerveza de frambuesas buenísima. Para comer, os voy a poner cosas que irán en la boda. ¡Venid ya! Mi oveja está muy alterada y me la va a dar mortal hasta que no estéis aquí. —De fondo la escuché gritarle algo poco cariñoso al lagarto.

—Venga, va. Busco al resto de mis amigos y tiramos para allá.

Colgué el teléfono y al girarme me encontré a Fang con los puños cerrados frente al pecho y temblando de la emoción.

—Lo he escuchado todo, me encanta la cerveza de frambuesa.

Me reí y le di un abrazo.

—¡Me cago en la mar, qué ganas tenía de verte! No pude despedirme de ti, vaya papelazo hiciste con el agente al que engatusaste, para darte un premio a la interpretación.

Él volvió a ponerme la cara de medio lado y a sonreírme de forma coqueta.

—Te dije que tenía un don para el drama, perro guapo. Me tienes entre tus brazos y tengo que recordar que soy un ave comprometida. Te debemos mucho, Mundo, mi gato y yo podremos tener un hogar, adoptar a una criatura y montar un negocio. Nuestros amigos nos están esperando en la entrada de este casoplón. ¿Qué les pasa a los ovinos, no saben vivir solitos? ¿Cómo se lo montan para hacer más ovejitas? ¿Sabes el sopor que me da verlos pasar?

Volví a reírme, era divertido hasta sin querer.

—La de jerséis que tienen que sacar solo de esta casa. Anda, voy a recoger a mi osa y vamos a El dragón enroscado, os va a encantar el sitio.

—¿El dragón enroscado? Curioso nombre, te espero en la entrada, lobo guapo. —Se fue andando de esa forma tan particular que tenían las aves en este sitio.

Volví a mi habitación y después de decirle a Ursa que estaba guapísima como trescientas veces, tiré de ella para reunirnos con nuestros amigos. Allí estábamos casi todos los que fuimos a Hitachi, después de vernos, abrazarnos y ponernos medio al día fuimos al local de Drago. Dejé que Jacob entrara el primero en el local a propósito. Drago hizo su numerito de guardián de la mazmorra y todos vimos a Jacob tartamudear diciendo cosas inteligibles hasta que el reptil

empezó a reírse. Todos los que estaban en el local y conocían a Drago se rieron, fue una entrada épica. Al escuchar el revuelo, Musta salió de la cocina casi dándole una patada a la puerta, al vernos a todos se puso muy contenta, pero cuando vio a Sun casi se le cae la olla que llevaba en las manos. Nos pegó un rapapolvo de dos pares por estar en la entrada del local, le dio la olla a Drago y cogió a Sun de la mano para llevarnos al sitio. Tenían un patio trasero con un árbol bastante grande en medio, del árbol habían colgado unas pocas de filas de cristales que iban desde el tronco a todos los rincones del patio, pequeños cristales que daban una luz tenue y ámbar, como la luz de una vela. Al fondo del patio habían montado un pequeño *fotocall*, lo de los ovinos con los recuerdos era casi enfermizo. Nos prepararon una mesa para todos detrás del árbol, cerca del tronco. La noche era fresca y el pronóstico del tiempo auguraba una resaca monumental, sobre la mesa ya teníamos vino, cerveza y copas para servirnos.

—¿Qué le has dicho a ese lagarto para que nos trate con tanto cariño, hermanito? —Sun estaba muy guapa, estaba vestida para el concierto y no se había maquillado.

—Dije que íbamos a hacernos muchas fotos con la oveja negra que acabáis de conocer.

—¿Qué le pasa a esta gente con las fotos? ¿Sabes cuantos clics he escuchado desde que he puesto un pie en este pueblo?

—Y los que te faltan por escuchar, sé feliz, hermanita. Has salido a la calle sin ir disfrazada de husky. Buddy, abre el vino y propón un brindis.

Buddy cogió la botella de tinto y empezó a descorcharla. Jacob abrió la cerveza y descorchó el vino de especias, yo le abrí el hidromiel a mi osa y todos levantamos nuestras copas. Tenía a Jacob a mi izquierda muy pegado, me preguntó al oído entre susurros que si el pelanas sabía hablar en público, le dije que intentara no llorar.

—Iba a brindar por el amor, pero en este momento hablar de ello es una tontería, hay mucho amor aquí, todos conocemos el amor. Quiero brindar por el futuro, un futuro en el cual ya da igual si tu pareja coma carne o vegetales, si tiene pelo o plumas, si es hembra o macho. En nuestro futuro ahora solo importa nuestra felicidad. ¡Por el futuro!

Lo volvió a hacer. Yo estaba ya preparado y lo imaginé pelado como un caniche grande para no emocionarme. Todos gritaron salud, como buenamente podían, estaban afectados por sus palabras.

—¿Desde cuándo hablas sin decir tío, colega o buen rollo? ¿Desde cuándo dices cosas tan bonitas? —Dio dos zancadas y ese pedazo de felino casi saltó encima de Buddy para abrazarlo.

—Mira que te he dicho que te ibas a emocionar. Buddy, hermano, vas a tener un éxito enorme en tu negocio, tienes un piquito de oro.

Jacob seguía abrazado a Buddy, llorando como un cachorrito.

—¡Tú, gato grande, no me lo arañes! No tenéis ni idea de las cosas que me decía para engatusarme, me hice la dura solo para que siguiese cortejándome. —A pesar de reñirle a Jacob, ella también se había emocionado. Jacob soltó a Buddy y abrazó a Anya.

—Cuídamelo bien. Joder, Buddy, qué esponjosa está. —Seguía hablando a duras penas, todos nos reímos.

Comimos, bebimos y nos reímos mucho, mucho de las tres cosas. Fang ebrio era mucho Fang, Jacob tuvo que hacer un ejercicio tremendo de paciencia con él. Mi osa estaba muy cariñosa, a pesar de decirle a Sun que me prestaba, no se separó de mí ni un milímetro. Al terminar el postre vino Musta con un trípode y una cámara de fotos, le hice una señal a Sun y fuimos los dos al *fotocall*, de nuevo mi osa se convirtió en fotógrafa. No sé cuántas fotos me hice con la oveja, con Drago, con los dos, Sun con Drago… Ya puestos, con la cantidad de vino que tenía encima le propuse a Sun que juntáramos las dos bocas abiertas y pusiéramos en medio la cabeza de Musta, de eso sacó unas pocas de fotos. Cuando cerramos las bocas ella aprovechó para darme un fugaz beso, Ursa captó el momento con la cámara y, lejos de enfadarse, la vi reír. Al final de la sesión fotográfica le dije a Musta que quería un recuerdo de grupo. Nos pusimos todos con nuestras parejas, Sun se puso a mi lado.

—Quiero copias de todas las fotos. Incluso la del beso que me has robado… ¿Sabes que mi chica mide dos metros?

Sun me dedicó una sonrisa y habló directamente con Ursa.

—¿Te ha molestado, osa?

Ursa se acercó a ella y la acarició tras las orejas.

—Ahí, lobita, te falta chicha para quitarme a mi macho. Cuando os marchéis de caza, traedme un jabalí bien grande. —Todos miraron a la osa con miedo, parecía que iba a coger a Sun del cuello—. Mundo, ¿has visto la hora que es? —Lo dijo con una sonrisa maliciosa.

—Pues no, no me he puesto el reloj. No me pegaba con las ropas de estrella del rock. Aún no escucho música, así que no ha empezado el concierto.

Ella me miró con la boca muy abierta.

—Anda, vámonos, Michael nos está esperando. ¿Se te ha olvidado lo de la misión para los lobos? —Me cogió de la mano y volvió a tirar de mí.

—Hablando de fotos, tengo aquí las de Hitachi, también tengo el reportaje que hizo Foli, el periodista. Michael nos dijo que, si teníamos imágenes de nuestro pueblo, se las pasáramos.

—Ahora sí que tengo ganas de ir a ver a ese pájaro. Vamos, osa, quiero ver otra vez ese culo menearse al son de la música.

Nos despedimos de Drago y Musta, ella estaba encantada con las fotos y todas las alabanzas que le dimos a su buen hacer en la cocina.

En un sitio donde no te cobran por comer, seguro que eso sería como recibir propina. Nos dijeron que irían al concierto, les dije que preguntaran por nosotros, que estaríamos en la zona VIP.

El escenario del espectáculo estaba dispuesto de la misma forma que en Shaiyo, habían despejado una tierra de cultivo y usado una colina como graderío natural. En la parte superior de la colina estaba la barra, detrás de ella pude ver una cresta roja yendo de aquí para allá muy rápido, era Flash. En esta ocasión el escenario era monstruoso, tras los instrumentos había una gran pantalla de cine. Habían instalado tres cámaras de televisión fijas más una en una grúa, pude ver a operadores de cámaras más pequeñas yendo de aquí para allá. El despliegue de medios era impresionante, había muchos cables frente al escenario. Llevé a mis amigos a la barra y le hice una señal a ese guepardo, él me vio de lejos y vino en una fracción de segundo.

—¡Mira tú por donde, el medio lobo preferido de Michael! ¿Qué pasa, figura? ¿Esta vez dejarás que se quede hasta el final, osa? —Seguía hablando rápido y con ese desparpajo que le caracterizaba.

—Sí, esta vez ni yo ni nadie lo podríamos retirar del escenario, esta actuación es especial.

—Sí, el número con la loba… —Dijo eso acercándose más a nosotros y bajando la voz—. Os va a encantar. Hablando de especial, ¿cómo te llamas, criatura celestial? —Nos vio a todos, pero casualmente se quedó prendado de la única hembra que parecía no tener pareja de nuestro grupo.

—¿Te refieres a mí? Me llamo Sun, tú eres Flash, Mundo ya nos ha hablado de ti. —Ella cruzó los brazos sobre el pecho, no parecía estar muy receptiva.

—Espero que todo lo que haya contado ese lobo sobre mí sea bueno, igual de buena que estás tú, tesoro. Vaya piernas tienes, si yo fuera tú, iría en faldas hasta en el más crudo invierno.

Al escuchar eso dejó de cruzar los brazos para poner las manos en sus caderas.

—Tenías razón, Mundo, es un embaucador. ¿Se te da igual de bien servir copas que lanzar piropos? —Ahora ella era la que parecía coquetear con él.

—Mejor aún. Vosotros estáis en la zona VIP, junto al escenario. Si no estoy yo atendiéndoos, estará alguno de mis chicos o chicas. Id yendo al escenario, el show va a comenzar en breve y Michael me dijo que teníais que entregarles unas fotos a los tramoyistas. Preguntad por Bolo, es el encargado de toda esta locura. Iros ya, el resto de vuestros amigos os están esperando allí.

—¿Resto de nuestros amigos? ¿Quién más está allí? —Estaba medio ebrio y no caía en quién podía ser.

—Pues otro par de lobos, un par de saurios y un pájaro que va de

sobrado, ha aparecido aquí después de tirarse de uno de los riscos de allí arriba repartiendo tarjetas de una escuela de salto.

Otra vez me puse a darle la paliza con el rabo a Ursa.

—¡No jodas! ¿Un lobo negro y una loba blanca? ¿Un saurio viejo con uno joven? ¿El pájaro parece un águila? —Flash asintió a todas las preguntas.

—¡Mundo, deja ya el rabo, qué paliza! Anda, vamos para allá antes de que te de un infarto. —Ursa se despidió de Flash por todos nosotros y me agarro de la mano para que no fuera corriendo al escenario.

Detrás de una línea de vallas estaba la zona VIP, con unas mesitas altas a las que traían canapés, botellas de vino, cerveza y otras bebidas más. Junto a una de las mesas estaban los lobos, los lagartos y el pájaro que conocía. Al vernos, Darío abrió mucho los brazos y miró hacia arriba, como dándole gracias a su dios por estar ahí con nosotros. Me tiré encima de él y le di un tremendo abrazo.

—Nuestro dolor termina hoy, Mundo, nuestra familia te debe muchísimo. —A pesar del momento, seguía hablando con ese aplomo y la tranquilidad de siempre.

—Yo también me alegro de verte, lobo negro enigmático. Bela, ¿por qué no me das un abrazo? —Se había quedado apartada de Darío, no parecía propio de ella.

—Mundo, ¿llamaste a casa de Roser? —me dijo muy serio.

—Sí, la muy hija de perra es igual de oscura que tú, le gusta mucho hacerse la misteriosa. Dijo que estaba donde tenía que estar y en quien le correspondía estar. ¿Qué tiene que ver eso con que Bela este ahí mirándome con cara rara? —Cuando la miré a los ojos me di cuenta de algo.

—Espero que esto sea lo último valioso que tenga que perder en este plano. Ella ya no es Bela, salieron de caza y en medio de una batida se desmayó, al retomar la conciencia mi blanquita ya no estaba. —Soltó esas palabras con una alegría agridulce.

—¿Roser, eres tú? —Sin querer volví a poner la cara de lado.

—No me digas que esa es la malnacida que por poco te deja atrapado en una pesadilla. Me están entrando ganas de hacerme una falda con su pellejo. —La primera vez que veía a Ursa enseñar los dientes.

—De verdad, hija mía, qué manía con quererse hacer prendas de vestir con la gente que te cae mal. Con el color de tu pelaje, el blanco te quedaría genial, pero deberíamos dejar que hable antes, ¿no te parece, osita? —Se calmó un poco, por lo menos ya no me estaba destrozando la mano.

—¿Puedo acercarme? —Estaba con el rabo entre las piernas, la cabeza agachada y las orejas hacia atrás.

—No me fastidies, pareces un cachorro al que le enseñan la

zapatilla. ¿Es tu primera vez dentro de un cánido?

Ella dio dos pasos y poco a poco levantó las orejas.

—Darío me contó lo que te pasó después de que yo dejase aquel cuerpo, no era mi intención hacerte daño, me pudo la curiosidad. Tenía muchas ganas de hablar contigo en este plano, en el mundo real, pero temía que no quisieras hacerlo. Tengo muchas cosas que contarte, pero antes… —Miró a Ursa con la cara agachada y mirando para arriba—. ¿Puedo abrazarlo? —Ursa me soltó la mano y me empujó por la espalda hacia ella.

—¡Joder, te ha pedido permiso y todo! ¡Es tu primera vez en un cánido!

Me abrazaba y estaba temblando.

—Siempre me he reencarnado en felinos, no sé por qué. En este cuerpo el olfato, los instintos, el rabo… Todo esto me tiene muy saturada. Encima vuelvo no solo en un cánido, vuelvo en un lobo y no en cualquier lobo, vuelvo en la que era su pareja. El Karma tiene un sentido del humor muy retorcido.

La aparté de mí para mirarle a los ojos.

—Aquí el Karma tiene poco que ver, quien mueve los hilos te la ha devuelto con mucha saña. El brillo en tus ojos es distinto al de ella. Es una lástima, esa loba me caía muy bien, era una tía muy interesante.

Darío se dio la vuelta y marcó un par de pasos entre nosotros, creo que no quería que lo vieran flaquear.

—Intenta no hablar de ella, lo está llevando muy mal. Soy la única que intenta consolarlo, para colmo soy el motivo de su pesar. Soy una vieja en el cuerpo de una jovencita, de su jovencita. ¿Cómo eres capaz de llevarlo tan bien? —La miraba, hablaba con la voz de Bela y tenía la apariencia de ella, pero dentro había otra persona.

—Lo llevo tan bien porque le tenía pánico a tu puñetero Ministerio. Aún sigo lidiando con los instintos prestados y eso que solo soy medio lobo. ¿Has arreglado algo dentro de esta sociedad ultracomunista que has montado?

Su actitud cambió cuando le hable de política.

—Tendrías que haber estado aquí cuando la ley de «sálvese quien pueda» imperaba. ¿Sabes por qué se premiaba a las parejas de la misma especie frente a las mixtas? —Tenía una mano en la cadera mientras con la otra me apuntaba con el dedo, estaba hablando en voz alta y todos a su alrededor se estaban enterando.

—Es una pregunta retórica, pero bueno. ¿Por qué esa fijación por las parejas mixtas?

—Porque cada pareja que no pudiese dar otra criatura a este mundo era un bastión menos en la defensa contra los lobos. Comparados con cómo eran antes, ahora son unos simples perros grandes, antes eran monstruosos. —Se alteró y empezaba a enseñarme los dientes, Ursa

volvió a ponerse cerca de mí, todos nuestros amigos hicieron piña para protegerme.

—Venga, tranquila. Siéntate y sé una buena chica. —Dejó de enseñarme los dientes, cogió una silla y se sentó de forma automática —. Darío ha hecho un trabajo excelente con los lobos y ellos están listos para integrarse en la sociedad. Aún no me has respondido, ¿habéis encontrado a los responsables de las granjas de saurios y a los que drogan y disfrazan racionales?

Iba a abrir la boca, pero la música empezó a sonar de fondo y los focos que apuntaban al público empezaron a atenuarse.

—Mundo, hermano. Dile «buena chica», si no se va a quedar todo el concierto ahí sentada. —Cada vez que me quedaba empanado con algo Buddy me sacaba de mi trance.

Le dije a Roser «buena chica» y se levantó de la silla.

—¿A que sienta bien? Verte en plan macho alfa… Esta noche va a ser especial, churri. —Y ahí estaba Ursa, que me recordaba por qué estaba aquí.

—He estado tirando de algunos hilos, creo al noventa por ciento quién puede estar detrás, de todas formas, mantén los ojos abiertos durante el concierto. —Me habló de forma precipitada y volvió junto a Darío.

Las luces terminaron de atenuarse, por un momento solo hubo oscuridad. Acto seguido, la pantalla que pusieron tras el escenario empezó a iluminarse con el logo de los Michael Clan, el nombre flanqueado de unas alas con unas letras rellenas en blanco. Un solo foco iluminó a una única figura en medio del escenario, Miguel. La puesta en escena fue casi igual que la del concierto en Shaiyo, salió Miguel a calentar al público y los músicos empezaron a salir y a tocar sus instrumentos hasta que todos estuvieron en escena. Comenzaron con *Rock and roll en la plaza del pueblo*, por lo visto era una tradición y los artistas son muy supersticiosos con esas cosas. La última vez que los escuché no estaba tan cerca del escenario, ahora podía notar los acordes en el pecho. Al girarme vi a todos nuestros amigos disfrutando del concierto, saltaban bailaban y coreaban la letra. Estaba tan centrado en las palabras de Roser que se me pasó totalmente la presencia de Yuta y Seve, este último me saludó con la mano como diciendo «estoy aquí, sigo vivo». Me solté de la mano de Ursa y fui a saludarlo, le di un abrazo e intenté hablar con él, la música no me dejaba mantener una conversación. Le hice un gesto para hablar más tarde, saludé a Yuta y volví con Ursa y el resto de mis amigos. La canción me pareció durar un siglo, quería un poco de silencio para poder hablar con Seve y preguntar a Yuta qué tal iba todo. En la zona VIP solo estábamos nosotros y el personal del catering que de vez en cuando iba y venía con más comida y bebida, fue un alivio, en aquella

zona acotada podía hablar de todas esas cosas sin temer a oídos indiscretos. Miguel dejó de cantar y empezó a hablar.

—¿Qué tal estáis, animales? —Eso siempre arrancaba una ovación monstruosa entre el público—. ¡Esta noche es especial, en directo desde Magome para todo este planeta animal! —De nuevo otra ovación—. Vamos a cantar algunos temas nuevos y tengo una sorpresa que va a hacer que se os caiga la lana.

—Creo que sé de qué sorpresa está hablando. La canción que ha compuesto con Blanca te va a encantar. ¿No estás nervioso?

La miré casi enseñándole los dientes.

—¡Joder, Ursa! Me conoces, sabes que estas cosas me ponen cardíaco. —Todos mis amigos se rieron detrás de mí—. ¿Vosotros también? —De fondo empezaron a sonar los acordes de otra canción y mis amigos asintieron.

—Mira, vas a disfrutar del concierto conmigo, vas a bailar, vas a beber y te vas a comportar como si tuvieras diecinueve años y estuvieras de concierto con tu pareja y amigos. ¿Te parece un buen plan? —Diecinueve años, era la primera vez que me recordaban por qué desee estar allí.

Le hice una señal a Flash y pedí algo dulce y con alcohol para todos. Tocaron temas ya conocidos, intercalados por algunos de los temas que le enseñé hace una semana. Bailamos, saltamos y coreamos muchos de los temas. Ursa me tuvo que dar un pellizco para que no aullara al hacer los coros de *Llamando a mi tierra*, al hacerlo Sun también aullaba por reflejo. Me lo estaba pasando realmente bien hasta que, después de una hora de concierto, la música paró y la pantalla de fondo, que hasta el momento tenía el logo de la banda, cambió para dar una imagen de Ursa y mía en un momento muy tierno. Ursa intentó separarse de mí, en lugar de dejarla le cogí el culo y seguí besándola.

—Bueno, iba a decir que eso es amor, pero una imagen vale más que mil palabras. —Todos en el recinto rieron y silbaron, eran miles de voces—. El tema que sigue es una historia, una historia de una pareja que se conoció en circunstancias muy especiales. Y no es de ellos dos, sobre ellos dos escribiré otro tema. ¿Dónde está Sun? —La imagen en la pantalla cambió para enfocar a Sun, que estaba charlando con Seve—. ¿A que es guapa? Es la loba más guapa que conozco, bueno, la segunda loba más guapa que conozco. Este tema va por ellos, por su familia. Se titula *Nómada*, espero que os guste.

Las luces del escenario se atenuaron, solo quedaron allí Miguel y su guitarra. Empezó a rasgar las cuerdas, un rift muy suave, una melodía muy sureña, casi country. Me recordaba a una canción de los Green Day, *Ordinary World*.

Me pierdo y te encuentro por casualidad,

siempre en otro lugar.
Fue una sorpresa poderte descubrir,
siempre en otro lugar.
Sé dónde te puedo encontrar,
la distancia no nos estorbará,
siempre en otro lugar.

Miguel seguía con el rift, de fondo se escuchaba a Blanca emitiendo un aullido muy suave, casi tarareando mientras copiaba los acordes de la guitarra. Mientras en la pantalla, tras el escenario, una a una, fueron apareciendo las instantáneas que hizo Foli de los lobos trasladando el poblado, ahí es cuando entró ella vestida con la ropa de la tribu por un lateral del escenario. Empezó a cantar Blanca.

Un despiste, un mal paso y te encuentro tras de mí,
siempre en el mismo lugar.
Me descubres o bien yo me dejo descubrir,
siempre en el mismo lugar.
Sé dónde puedes estar,
la distancia viene y se irá,
en tu mismo lugar.

Otro par de tempos con el rift de guitarra, pero esta vez no era Miguel quien tocaba. Dejó la guitarra para darle la mano a Blanca. Empezaron a cantar a dúo.

El tiempo ya no nos engañará,
encontramos un lugar.
Siempre corriendo y al fin te pude cazar,
encontramos un lugar.
Me da igual el lugar,
tu alma conmigo estará,
en nuestro lugar.

Los dos empezaron a emitir ese suave aullido al ritmo del rift. Al final de la canción terminaron abrazados. La letra describía la forma en la que conocí a Sun; empecé a buscarla con la mirada, la tenía al lado, miré a Ursa y esta me empujó contra ella. Los dos nos fundimos en un abrazo, ambos estábamos con los ojos húmedos.

—Ahora el pájaro este nos apuntará con una cámara y nos pedirá que subamos al escenario. Ha sido muy bonito, fue como volver a vivir ese día otra vez. Casi he podido saborear la tierra en mi boca cuando te me tiraste encima.

Ella se rio con esa risa impropia en una tía dura.

—Sí que ha sido bonito, fue la forma en la que nos conocimos y en la que dos pueblos se acercaron. Vamos a subir al escenario. —Me cogió de la mano y ambos recorrimos los escasos metros hasta reunirnos con ellos.

La ovación fue tremenda, los racionales de este pueblo eran

pequeños, pero eran muchos. Al poner un pie en el escenario, este se iluminó mejor y los focos que apuntaban al público también se encendieron. La gente que estaba allí abajo, al vernos a los dos de la mano, gritó con mayor estruendo todavía. Solo podía ver cabezas blancas, marrones y alguna que otra negra, todas llenas de lanas. No pude evitar fijarme en una figura encapuchada que se abría paso entre las ovejas empujando a estas sin ningún miramiento. Sun, que estaba a mi lado saludando al público, no se dio cuenta, la cogí de la cintura, la pegué a mí e intenté que me escuchara entre todo ese escándalo.

—¡Mira a ese, estate atenta! —dije mientras apuntaba con el dedo, no me dio tiempo de decirle más.

La figura encapuchada sacó un objeto alargado y cilíndrico de debajo de un pliegue de la chaqueta larga que vestía y apuntó al escenario. Respiré hondo y el tiempo volvió a detenerse para mí. Veía al público saltar y aplaudir de forma pausada, como si se encontrasen en un medio con poca gravedad, vi el proyectil acompañado de una nube de gas a presión saliendo del cañón. El disparo no se dirigía a mí, iba derecho a Blanca, sin pensarlo dos veces fui a parar el objeto con la mano. Un dardo, muy pequeño y muy rápido. Salté a mi izquierda y pude cogerlo antes de que le diera en el hombro derecho. Caí al suelo y el mundo volvió a rotar a su velocidad normal, desde mi posición pude ver como Sun saltaba del escenario, iría a por la figura encapuchada. Al abrir la mano solo pude ver sangre y los restos de un objeto que contenía un líquido dentro, la sangre empezó a arderme en las venas. Miguel vino a preguntarme qué pasaba, al mirarlo solo pude pensar en lo apetitoso que se veía ese pájaro.

—¡Ursa, que venga Ursa y me pare! —Fue mi último recuerdo de esa noche que iba a ser tan importante para los lobos.

Resaca

No reconocía el techo, mal asunto. La cabeza me dolía como si tuviera la madre de todas las resacas. Alguien me sujetaba la mano, alguien con la mano muy suave, por lo menos eso sí me era muy familiar. Al girar la cabeza vi a Ursa sentada en un butacón que le quedaba pequeño y medio tirada en la cama en la que me acostaron. Tenía mala cara, estaba despeinada y seguía vestida con la ropa del concierto. Fui a abrir la boca para hablarle, tenía la lengua pegada al paladar, al despegarla me repasé con ella los dientes. No tenía ni restos de carne ni sabor a sangre. Al comprobarlo suspiré muy fuerte, al escucharme suspirar Ursa dio un respingo.

—¡Estoy despierta! ¡Si sigue agresivo, lo tumbo!

Al escuchar eso me reí, por lo menos dos carcajadas hasta que me di cuenta lo que me dolían las costillas.

—Osa, me duelen mucho la cabeza y las costillas. ¿Mordí a alguien? ¿Le he hecho daño a alguien? Joder, osita, dime que no me he comido a nadie.

Se levantó de ese butacón y sin soltarme la mano me dio un beso en la frente.

—No te has comido a nadie, no has hecho daño a nadie. Kudo estaba entre bastidores listo para intervenir por si esto pasaba. La cabeza te duele por las drogas que usan los Inquisidores, las costillas te las ha fastidiado él. —Me estaba peinando la cara con frenesí.

—Buddy me preparó algo para el dolor de cabeza, lo tengo en los pantalones, en esos pantalones. —Fui a señalar la silla que estaba a los pies de la cama, no podía levantar el brazo, lo tenía atado a la cama al igual que las piernas. Volví a reírme y a fastidiarme las costillas.

—Estas atado a la cama de un sanatorio para ovinos, tienes las costillas fastidiadas y un resacón de drogas brutal y ¿te estás riendo?

Intentaba no reírme, pero aun teniendo un dolor brutal seguía haciéndolo.

—Me rio porque estoy en la misma situación en la que llegué aquí, eso y que le dije a tu madre que no se perdiera el concierto. Cuando las cámaras nos enfocaron no solo no dejé de besarte, sino que también te palpé el culo a mano llena. Seguro que tus padres, hermanos, primas, abuelos y demás familia saben lo mucho que me gusta tu trasero.

Ella también empezó a reírse con esa risa chillona y contagiosa.

—No te olvides de que fue retransmitido a nivel global. Todo Ix sabe lo mucho que te mola el trasero de oso.

—Bueno, podrías desatarme ya que has comprobado que yo soy yo —dije forcejeando con mis ataduras.

Me miró agachando la cabeza con una sonrisa maliciosa en la cara.

—¿Seguro que quieres que te desate? Aún queda un rato para el desayuno y te tengo totalmente a mi merced —respondió paseando una mano por mi pecho.

Volví a reírme y a quejarme de las costillas.

—En otra ocasión te diría «tómame, soy tuyo», pero ahora tengo mucha pupita. Anda, sé una buena osa y desátame para que pueda abrazarte.

—Que yo me entere, quieres ser veterinario y tu diagnóstico es «tengo mucha pupita» —dijo mientras me quitaba las ataduras.

—Voy a estudiar veterinaria —respondí intentando no reírme—, de momento para mi nivel de conocimiento es un diagnóstico muy acertado. Qué putada, es la segunda vez que me pierdo un concierto de los Michael Clan.

Ella terminó de desatarme y empezó a mirarme con el ceño fruncido.

—De verdad que hay veces en las que no te entiendo. Te drogan, un oso enorme tiene que tirarse encima de ti para que no te comieras a una estrella del rock en directo, y a ti lo único que te preocupa es que te has perdido el concierto.

—A ver, entiéndeme, dos de dos que me pierdo, eso es un cien por cien. Anda, dame un abracito, pero con cuidado, que me duele hasta el alma —le dije con la boca pequeña.

—¿En tu mundo los machos también parece que se mueren cuando tienen lo más mínimo? —Se reclinó sobre mí y me dio un abrazo muy suave.

—De donde yo vengo las hembras suelen decir que si tuvieran los hombres que parir, la especie se extinguiría.

—Aquí decimos lo mismo —respondió ella entre risas.

La puerta de la habitación se abrió y entró Roser hablando con una oveja en bata blanca y pinta de médico.

—Prométeme que no te enfadarás conmigo —dijo rápido y nerviosa, paseando con frenesí su mirada entre la loba que entraba y yo postrado en la cama.

—¿Por qué puñetas me iba a enfadar contigo? —Entonces Roser se giró tras hablar con ese medico lanudo y le vi la cara—. Joder, osa, ¿¡le has pegado!? —Al alterarme volvieron a dolerme las costillas.

Tenía un ojo casi cerrado, mi querida Ursa le dio bien fuerte y ahora es cuando quería respuestas.

—No te preocupes, Mundo, esto no es nada —dijo Roser—. Cuando te cuente por qué me ha pegado, igual quieres ponerme el otro ojo igual. El doctor te va a hacer un chequeo.

—¿Cómo está el héroe de Magome esta mañana? —preguntó el ovino. Se acercó a mí y me puso un fonendoscopio en el pecho.

—Pues regular, me duelen las costillas y tengo la madre de todas las cefaleas. Doctor… —Tenía una plaquita en el pecho con el nombre, pero no me podia creer lo que ponía.

—Soy el Doctor Woolite, jefe de planta —respondió con un tono serio y solemne.

Una oveja que se apellidaba como un detergente para lana, ¿en serio?. Eso fue demasiado para mi nivel sobriedad en ese momento, otra vez a reírme.

—Doctor, dígame la verdad. ¿Volveré a tocar el violín? —dije entre risas haciéndome un daño brutal. Mis expresiones iban entre la risa y el dolor.

Todos me miraron con los ojos muy abiertos.

—Su amigo Buddy le ha inyectado un anestésico, eso impidió que la droga con la que lo inocularon le convirtiera en un animal salvaje. Puede que eso sea la causa de su respuesta emocional —dijo el doctor carraspeando mientras miraba sus informes—. Los noticiarios están dando la repetición de su intervención en el concierto cada treinta minutos. La forma en la que actuó… Nunca vi a alguien moverse tan rápido, supongo que habrá sido a causa de una subida de adrenalina. Las placas rebelan que no tiene nada roto; aun así, le aconsejo que no monte a caballo ni haga movimientos bruscos en una semana. —Hablaba muy serio.

—Muchas gracias, doctor. ¿Héroe de Magome? —pregunté, me parecía una broma de mal gusto.

—Eso pensamos aquí y eso dicen los periódicos. Cuando quiera puede recoger e irse. —Se volvió a Ursa y empezó a hablarle a ella—. Cuídelo y no le haga hacer ningún esfuerzo innecesario. —Me dio la mano y se fue por donde vino.

—Ahora tú, blanquita, me vas a explicar qué ha pasado aquí para que yo me haya convertido en el héroe de Magome. Eso y por qué tienes un ojo morado.

Ella cogió una silla y se sentó junto a Ursa al lado de la cama.

—Te has sentado muy cerca de mí, aún te tengo ganas. —Ursa le dijo esas palabras a Roser muy tranquila, pero con un tono intimidatorio, cabreada daba mucho miedo.

—Te he traído el mejor salmón de este hemisferio y tu lobo va a estar atendido como un héroe del Ministerio —dijo Roser acariciándole una pierna a Ursa, creí que la osa la iba a crujir—. Tranquilízate, vais a estar a cuerpo de rey lo que queda de semana

hasta la boda de vuestros amigos.

Eso pareció calmarla, comida y confort. La trataba como a un animal, pero vi como todo el cuerpo de Ursa se relajaba.

Roser empezó a contarme el motivo por el cual mi osa le puso un ojo morado. Me utilizó como cebo para detener a uno de los integrantes de la facción radical del Ministerio. Cuando me dijo eso, me entraron ganas de ponerle el otro ojo a juego. Empezó a tirar del hilo hablando con los cánidos que tenía Yuta en su centro, de ahí fue jalando hasta llegar a las granjas de saurios y los campos donde se entrenaba a los Inquisidores. Lo bueno de este sitio es que la gente aquí, los racionales, se tomaban las cosas tal como les venían, eso era un arma de doble filo, eran terriblemente fáciles de adoctrinar. El responsable, otro humano enfundado, estaba por caer. El que detuvo Sun en el concierto era otro peón, al saltarle la loba cachas encima disparó a un ovino y este se limitó a acurrucarse con el resto de su familia. Los noticieros me encumbraron como héroe por dos motivos, el primero por proteger a la nueva estrella revelación, el segundo fue porque un lobo se portó como un engranaje de la maquinaria, ayudar a los demás, ser útil, bla, bla, bla.

—¿Los lobos, ahora tu familia, ya son buenos? ¿Lobos bonitos y Ministerio feo? —dije con una sonrisa tonta en la cara.

Las dos me miraron y después se miraron entre ellas.

—Creo que la medicación te sienta fatal —dijo Roser—. Pero sí, gracias a tus tejemanejes los lobos van a tener una coexistencia pacífica en esta sociedad. El espectáculo del cánido encapuchado y las drogas para poner a racionales como animales salvajes explica lo de los ataques a las aldeas. El Ministerio ahora es menos bueno y los lobos no son tan malos.

—Vale, misión cumplida —exclamé dando una palmada—. Hemos lavado la imagen de los lobos ensuciando un poco la del Ministerio. El resto queda en tus manos, solo te pido una cosa. Arregla los libros de texto, en la L de lobo y la S de saurio cambia las imágenes. ¡Mierda, los saurios! Ursa, ayúdame a levantarme y vestirme.

—A ver, humano disfrazado, esa oveja tan profesional te ha dicho que nada de sobresaltos. Todos nuestros amigos están en la sala de espera, la mayoría de ellos con resaca y todos están preocupados por ti. Ni Yuta ni Seve se han ido a ningún lado. Estás igual de pesado que en Hitachi —protestó Ursa. Se levantó y empezó a coger mi ropa.

—Te lo pasaste muy bien en Hitachi, fui superencantador. Por cierto, aún no he visto las fotos de esa noche.

—¿Sabes que las íbamos a poner mientras dabas tu discurso en el concierto? Te conozco y te hubieras enrollado a contar tu supuesta historia, lo desgraciado que has sido por tu condición, lo buenos que son los lobos, etc. Hay algunas realmente comprometidas —dijo otra

vez con esa sonrisa maliciosa.

—O sea, que yo me pondría a dar un discurso de cómo dos pueblos se acercan, de lo maravillosos que son los lobos y vosotros de fondo poneis fotos de una noche de juerga. Anda que… Roser, ¿sabías algo de esto? —Me intenté incorporar, pero me dolía bastante, fue Ursa la que me ayudó.

—Pues no tenía ni idea, cosas de artistas —respondió la loba encogiéndose de hombros—. A Miguel se le hacen muchas concesiones, me gusta mucho su música.

—Pues, si tanto te gusta su arte, dejad de censurárselo. Y despedid al que hace esas canciones de paz y amor al Ministerio tan insulsas y repetitivas —protesté.

—Los cambios uno a uno, Mundo. Hay otra cosa que quería contarte antes de irme. Han dejado de llegar —dijo Roser de nuevo con el tono de misterio.

—¿Han dejado de llegar quiénes, los repartidores de Amazon? Dame una pista, estoy medio drogado —respondí frotándome la cara.

—Las pieles cambiadas, Mundo, no se ha registrado un caso en un par de días. Parece ser que el equilibrio se ha impuesto —dijo Roser sonriendo.

Le dije que se diera la vuelta, estaba con una bata de hospital y no me apetecía enseñarle el culo a esa perra.

—¿Estás diciendo que el problema que aquí existía, por el cual no paraban de venir humanos, se ha resuelto? —dijo Ursa mientras me ayudaba a ponerme los calzoncillos, me dolía bastante al moverme.

—Eso parece, osa. Creí que seguía muriendo y volviendo por culpa de los lobos, que tenía que apartarlos más de la sociedad y resulta que era justo lo contrario. Lo he visto de primera mano, son un pueblo increíble, muy puros. Ese zorro que los acompaña ha captado su esencia muy bien, va a ganar el premio del Ministerio al periodismo de este año —anunció Roser muy emocionada.

—Foli va a recibir un premio al periodismo. ¿Quién compone el jurado de esos concursos? —Me estaba terminando de vestir, bueno, Ursa estaba terminando.

—¿Te crees que yo tengo la mano metida en todos los entresijos de esta sociedad? Con todo lo que ha pasado, el premio le llegará rodando solo. Voy a la sala de espera, cuando estés listo sal. El perro con pinta de oveja está rascándose por el estrés, va a perder lana si sigue así —dijo Roser. Tras darme un beso en la mejilla, salió por la puerta.

—A ti no te ha dado ni la mano, Ursa. Esta ropa me está muy justa, menos mal que la camisa es holgada. La ropa que me preparó Fang para el concierto… Qué coraje me da todo esto, me lo estaba pasando muy bien. La canción que ha compuesto Miguel es preciosa, y tiene un

mensaje muy bonito. A todo esto, me ha encantado verte junto a mí en la cama, velándome.

—¡Qué tonto eres! Estar a tu lado es lo mínimo que podía hacer, el doctor, cuyo nombre te ha hecho tanta gracia, no me quería dejar pasar, por poco desmonto este sanatorio. «Solo familiares o esposas», dijo el muy imbécil. No creía que te fueras a levantar de tan buen humor, hemos tenido un momento muy bueno hasta que ha llegado la loba esa. —Al referirse a Roser le cambió la cara.

—La verdad es que sí, ha estado bien hasta que ha llegado ella. Has pasado por alto algo que ha dicho, igual no le tienes tantas ganas después de que te lo aclare. —Me ayudó a levantarme de la cama, el suelo estaba frío.

—¿Qué he pasado por alto? —preguntó ella poniendo la cara de lado.

—Que ya no llegan más humanos, que he cumplido mi misión aquí y que sigo en este sitio. Tenemos una semana hasta la boda de Buddy, creo que deberíamos ir planteándonos nuestro futuro juntos.

Ella me abrazó con fuerza, según lo hizo dejé escapar un quejido canino.

—¡Lo siento, Mundo! ¡Eso que me has dicho me hace muy feliz! —Al tenerla entre mis brazos, vi que ella también movía el rabo.

—Yo también soy feliz, Kiyu trata bien a mi madre y tendrá un futuro en la Tierra. Aquí siento que tengo una segunda oportunidad. A ver si antes de la boda me puedo ir de caza, pero no me voy a liar con la loba cachas.

—Tenemos tiempo de hablar de eso, todo el tiempo del mundo. ¿Puedes andar solo, quieres una silla de ruedas? —Estaba muy atenta conmigo.

—No es necesario, puedo andar, qué clase de héroe sería si saliese como un lisiado —dije imitando la postura que solía usar Hank.

Ella se retiró de mí sin dejar de abrazarme.

—Me vas a dar mucho con eso. ¿Cada vez que te pida que tires la basura dirás que eso no es digno de un héroe? —Me hizo gracia el rol de tirar la basura.

—Ni tirar la basura ni limpiar retretes, es no es digno del «Héroe de Magome». —Intenté no reírme, pero la risa de Ursa era muy contagiosa—. Anda, vamos, a ver si Buddy me puede dar algo para que esto no me duela.

Ursa recogió la pequeña mochila vaquera que llevaba a todas partes y salimos por la puerta de la habitación.

Tras recorrer un pasillo muy largo y saludar a todo el personal del sanatorio que nos cruzamos, llegamos a la sala de espera. Allí estaban todos nuestros amigos, incluidos Miguel, Kudo y Blanca. Miguel tenía puesto un antifaz de los que se usan para dormir y estaba sentado con

la cabeza echada hacia atrás, su cuello estaba en un ángulo difícil de entender, Blanca tenía la cabeza apoyada en Kudo, parecía estar rendida. El resto de mis amigos parecían haber estado ahí desde que entré en la clínica y dormían como podían, no les podía reprochar nada después de la cantidad de alcohol que tomamos esa noche.

—Esta no era la forma en la que esperaba que terminase la fiesta —dije en voz baja, no quería despertarlos de golpe—. ¿Tú no tienes resaca ni estás hecha una mierda, osa? —Me tenía cogido por debajo de la axila, a pesar de que le dije que podía andar solo no me dejó dar un paso sin tenerme agarrado.

—Soy, como tú bien me recuerdas, un pedazo de hembra. He bebido lo mismo que todos estos que están ahí reventados, pero a mí me afecta menos el alcohol. —Miró a todos nuestros amigos y después se giró para mirarme con una medio sonrisa en la cara—. ¿Voy a por una bandeja metálica y la tiro en medio de la sala? —Seguimos hablando entre susurros, me costó horrores no reírme con eso último.

—No sabes cuanto te quiero, tía chunga y malvada. Creo que he visto una en el puesto de enfermería de aquí atrás.

Iba a ir a cogerla cuando Buddy empezó a olisquear fuerte y a mover el rabo aun estando dormido.

—¿Mundo? Huele como a Mundo —dijo Buddy totalmente dormido —. ¡Despertaos, panda de animales, Mundo está aquí! —Casi tira a Anya, que estaba echada en su regazo. Ursa tuvo que pararlo para que no se me tirase encima.

—Ursa, deja que me abrace. Con cuidado, hermanote, tengo las costillas fastidiadas —le dije tendiéndole los brazos.

Miró a Ursa, esta le dio permiso y me abrazó con muchísimo cuidado.

—Estaba muy preocupado por ti, no sabía si te di la dosis correcta. —De nuevo lo tenía encima y llorando a mares.

—Eh, venga, pelanas. Lo has hecho bien, te has portado como un campeón. Gracias a ti solo tengo dolor de cabeza y las costillas magulladas. Anda, deja que me siente y me contáis lo que ha pasado.

Todos se despertaron, Kudo se levantó y me dejó su sitio, era el que estaba en el centro de esa hilera de sillas. El resto de mis amigos se pusieron al otro lado de la sala, justo en frente, en las sillas que estaban cerca de la pared.

—Del dolor de cabeza es responsable el malnacido que te drogó —dijo Kudo—, las costillas te las he fastidiado yo. Tienes mucha fuerza para ser un perro grande y canijo, me tuve que emplear a fondo para pararte, fueron los cinco minutos más difíciles de mi vida. ¿Recuerdas algo de cuando te convertiste en una bestia salvaje? —Era la segunda vez que hablaba con Kudo, suficiente para que me cayese bien.

—¿Qué recuerdo? Me acuerdo de haber llamado a Ursa para que me

parase, eso y sensaciones. Hambre, ira y miedo, un temor atroz. Todo mi ser se redujo a lo mínimo, solo instintos. No recuerdo a Kudo intentando detenerme, ni a Buddy administrándome los calmantes, solo hambre y miedo.

Todos me escuchaban en silencio con cara de estar muy preocupados.

—Pues después de parar el dardo que iba destinado a mi hembra —siguió diciendo Kudo—, llamaste a Ursa y mi loba se te tiró encima para tratar de inmovilizarte, la apartaste y le enseñaste los dientes, pero no la atacaste. Te paré antes de que fueras a comerte a ese pájaro cantarín. Pero el tío los tiene bien puestos, después de retirarte del escenario, nombró a un tal Bob Marley y dijo que, si él podía terminar un concierto con un tiro en el hombro, él podría hacer lo mismo con un intento de depredación. —Me hizo gracia la referencia, en realidad todo me parecía divertido a causa de los medicamentos.

—¡Qué huevazos los tuyos! ¿De verdad has nombrado a Bob Marley? ¿Has cantado el *Redenption Song*? —pregunté.

Tenía el antifaz de los ojos colgado de ese cuello tan largo.

—No he cantado nada del tío Bob, pero sí lo he nombrado, no sabía bien lo que decía en ese momento. La adrenalina, el momento, etc. Estuve una hora más de concierto y salí dos veces a cantar más bises. Canté con Blanca *Los diarios de mañana*, tuve que cambiar cosas de esa letra. El día de mañana esto se distribuirá en cintas de video, va a ser como el Woodstock de aquí y todo gracias a ti. Esto va a ser parte de la historia de este mundo y te lo debemos.

—Venga ya, yo no he hecho nada. Todo me ha venido rodado. El encuentro con Sun, enamorarme de Ursa, el concierto en Shaiyo, el tema de los saurios, la misión para hablar con Roser, etc. He tenido mucha ayuda, sin los que están aquí presentes, esto no hubiera sido posible.

Ursa, que estaba a mi lado, volvió a poner la cara de lado.

—¿Qué tiene que ver nuestra relación con todo esto? Es decir, soy muy feliz contigo, pero esto no aporta nada a tu cometido aquí —dijo Ursa extrañada.

Le cogí la cara con las dos manos y se la espachurré.

—Gracias a ti, osa amorosa, es por lo cual he luchado con más ganas por esta gente. Si no fuera por ti, habría considerado a todos estos que están a mi alrededor como simples animales que hablan. Sois las criaturas más puras que he conocido nunca, todos menos tú, pajarraco.

Todos rieron tímidamente.

—No todos somos de aquí, pero los que no hemos nacido aquí pensamos lo mismo. Vale la pena luchar por ellos, lo valen —intervino Darío haciendo de enigmático lobo negro.

—Iba a preguntar ¿y ahora qué? Pero estoy cansado, drogado, muy lesionado y me duele la cabeza una barbaridad.

De nuevo risas desganadas, estaban todos igual de hechos trizas que yo.

—¿Habéis escuchado? El héroe de Magome tiene pupita y se quiere ir a mimir —anunció Ursa.

La miré con ganas de comérmela entera. Todos volvieron a reír y se levantaron de sus asientos.

—No quiero dormir, quiero estar tranquilo y tirado en una cama mientras me dan mimos. Vosotros parecéis estar peor que yo, haced lo mismo. Yuta, no he hablado contigo ni con Seve y no quiero que os marchéis antes de hacerlo.

—Yo no dispongo de mucho tiempo, chico, pero me quedaré hoy —respondió Yuta—. Tengo un centro que dirigir, ahora mismo está Fer al mando, pero está muy mayor y no quiero que se estrese. Tengo mucho que agradecerte, me has traído a uno de mis hijos conmigo. —Hizo eso del cuello que hacían los saurios al reir.

Me puse a mirar a Yuta y a Seve, puestos uno al lado del otro parecían dos calcos.

—¿Hijo tuyo? ¿Tu mujer está en una de las granjas para saurios? —Miré a Roser, esta se encogió de hombros.

—Hablé con tu amiga Laila e hice lo que me pediste —dijo Roser—. La pobre por poco se mea encima, me tuve que emplear a conciencia, es una tía dura. Ella ya estaba sobre la pista de Surey, sobre eso trabajé un poco y la encontré, por lo menos su cuerpo. Viene de camino, está al otro lado de este planeta y aquí no tenemos medios de transporte rápidos.

—¿Tardará mucho en llegar? ¿Qué tiempo lleva perdida, Yuta? —pregunté.

El viejo saurio se me acercó y me habló muy cerca.

—Lleva dieciocho años alejada de mí, para nosotros los saurios no es tanto tiempo, tenemos vidas muy longevas. Sin embargo, se me han hecho una eternidad. Ella estará aquí después de la boda de Buddy. La esperaré en mi centro, si queréis conocerla sabéis donde estaremos. La oferta de empleo para ti sigue en pie, Mundo, se te dan bien los animales y necesito a alguien que me ayude con ellos.

—Lo tengo muy en cuenta, ahora que parece que me quedaré aquí tengo que plantearme cómo ser útil para esta sociedad. Os agradezco a todos que hayáis velado mi estancia en el sanatorio, pero de verdad, quiero que os vayáis y descanséis.

Uno a uno se despidieron de mí y fueron saliendo por la puerta del sanatorio, volvimos a quedarnos solos Ursa y yo.

—Vaya un fin de fiesta, ¿eh, osita? —dije observando como se alejaban nuestros amigos.

Ella me miró y me sonrió.

—Queda mucho para que la fiesta termine. Vamos, tengo que llevar tu pellejo pulgoso a nuestra habitación en Villa Lanas. Si antes los ovinos de este sitio estaban siendo pesados con las fotos, ahora van a ser insoportables.

—Menos mal que tengo a una hembra de dos metros para protegerme. Quiero llegar a nuestra habitación, ducharme y ver las fotos de Hitachi de una puñetera vez. Tengo un vago recuerdo de todo lo que pasó, pero sé que hay fotos que se tomaron sin darme cuenta. —Otra vez meneando la cola.

—Anda, vamos, tendré que ayudarte en la ducha, seguro que no te puedes enjabonar la espalda.

Intenté rascármela, mala idea, una punzada de dolor recorrió toda mi columna.

—Dejaré que me la enjabones, pero ya escuchaste al médico, «nada de esfuerzos innecesarios», te lo dijo a ti mirándote a los ojos.

—Sé leer entre líneas, perro canijo. No te preocupes, no te dejaré hacer ningún esfuerzo. ¿Quieres que te lleve en brazos hasta casa de los Vilna?

—Me encantaría, pero eso destrozaría mi imagen de héroe ante los habitantes de Magome. Vamos dando un paseo tranquilo.

Al salir por la puerta de la clínica nos estaba esperando Tok, el caballo de Ursa. Al verla a ella, volvió la cabeza y levantó las orejas, parecía estar contento de verla. Ella lo acarició y le dio una remolacha entera mientras le hablaba como a un crio. Aprendió a manejar a ese pedazo de caballo y parecía que se llevaban de maravilla. Se subió a la silla y me ayudó a montar. El paseo hasta la residencia de los Vilna se me hizo largo, a pesar de todo el cuidado que puso Ursa, cualquier paso mal dado por su caballo me hacía ver las estrellas. Al llegar me vino el olor al desayuno recién preparado, el estómago me rugió de tal forma que hasta el caballo se dio cuenta.

—¿Mi perrito bonito tiene hambre? Voy a dejarte en la habitación, pediré una buena porción de todo para que desayunemos tranquilos, después de lo que has pasado creo que lo entenderán. —Mientras me hablaba me rascaba tras las orejas, casi no me molestó que usara lo del «perrito bonito».

—Ahora mismo te quiero mil. Ya me duele menos la cabeza, pero las costillas me están matando. ¿Podré ir de cacería con Sun antes de la boda de Buddy?

—Ese cuerpo sana muy rápido, puede que mañana solo tengas una molestia. ¿Ya no te parece tan mala idea ir al monte con Sun? —Me tenía delante en el caballo y me apretujó suavemente.

—Este cuerpo ahora es mío, tendré que acostumbrarme a tener mucho pelo y al olfato fino. Mi único interés es cazar, ya veré qué es

lo que me cuenta. No estoy por la labor de liarme con el ella, me cae bien y me divierto cazando a su lado, hasta ahí llega todo lo que siento por Sun.

Ella se rio.

—Ya lo sé, si tuvieras otros sentimientos por ella no te dejaría un par de días perdido en el campo en su compañía. Ve y escúchala, no vas a darle amor, no es lo que quiere de ti.

—Ahora mismo me siento como un donante de esperma con derecho a roce. Llévame a nuestro cuarto, tengo hambre y ganas de quitarme el olor a sanatorio de encima.

Ella volvió a reírse.

—¿Crees en serio que te quedarás aquí para siempre? ¿No vuelves a casa?

—Eso creo, la voz esa que ambos escuchamos nos lo dijo. Ahora estoy preocupado por mi futuro aquí. No tengo ni idea de la edad en la que se emancipa un chaval en este sitio, cómo va el tema de las profesiones… Ahora son cosas que me preocupan. ¿Cómo es la ceremonia de bodas de los osos?

Ella dio un respingo, al volverme la vi tapándose la boca con las dos manos.

—¿Vas a pedirme matrimonio? ¿Y me lo dejas caer así? ¡Porque estás malito, si no te pego una colleja!

Me volví como pude y la besé, pude notar como se tranquilizaba mientras lo hacía.

Al llegar a casa de los Vilna, me bajó del caballo como si fuera un cachorrito y le dejó el equino a uno de los muchísimos ovinos que allí estaban. Advirtió de que estaba herido y quería descansar, lo dijo alto, claro y en un tono que hizo temblar hasta a la última de las ovejas des ese casoplón. Desayunamos en nuestro apartamento, cada dos por tres llamaban a la puerta para traernos fruta, zumos, pan o cualquier cosa que necesitáramos. Pudimos desayunar a duras penas. Ursa cogió uno de los folios de su cuadernillo, dibujó un cartelito de «no molesten, héroe herido» y lo colgó de la puerta. Me ayudó a ducharme y, cuando estaba por fin tranquilo, salió con una bandeja a dejar los platos en el comedor común. Una extraña sensación me inundó, era como si alguien más estuviera conmigo en el pequeño apartamento de invitados. Sentado en la cama, me puse a mirar al butacón que había en frente e hice la pregunta.

—¿Por qué no te muestras, qué es lo que temes? —Según lo dije, me sentí estúpido por hablarle a la nada.

—Tu felicidad es lo que temo —anunció la voz incorpórea. De sentirme estúpido, pasé a estar sobrecogido.

Ursa entró por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, cuando me vio con el rabo entre las piernas y temblando de miedo se le

cambió la cara.

—¿Qué te ha pasado? Pareces un perro al que le están enseñando un palo. —Corrió y se puso de rodillas delante de mí para cogerme las manos.

—Me ha vuelto a hablar. Si es alguien que me está tratando de gastar una broma, no tiene ni puñetera gracia —dije balbuceando.

—¿Otra vez? ¿Por qué lo hace cuando estamos separados y no juntos?

Empecé a mirar a todos lados con nerviosismo. La presión tras mis ojos volvió de golpe, y una extraña presencia sofocaba el ambiente en ese pequeño apartamento. Todo me decía que allí no había nadie, pero empezó a despertar en mí un sexto sentido que contradecía a los otros cinco. Mi ser racional se estaba echando un pulso a muerte con mis instintos prestados. Ursa se estaba preocupando mucho al verme en ese estado y tenía que decirle lo que me preocupaba.

—No lo tengo claro, pero eso sigue aquí, osa. No huele a nada, no lo veo, pero lo siento. ¿Qué interés tendría un ser celestial en nosotros? —seguí hablando a trompicones.

Ursa me cogió las manos, ambos temblabamos.

—Sois almas especiales —anunció esa voz que venía de ningún sitio.

—¡Dime que lo has oído! —dijo Ursa espachurrándome las manos, escuché algunas de mis falanges crujir.

—Alto y claro, lo mismo que escucho como mis dedos sucumben bajo los tuyos. —Me soltó las manos y las puso en mis rodillas.

—¿Acabamos de escuchar una voz del más allá y tú te preocupas por tus dedos? —Ahora me estaba machacando las rodillas.

—Pues sí, osa. Él solo nos habla con cinco o menos palabras, tú me estabas partiendo las manos. Soy un lobo, no un oso, las manos me tienen que durar toda la vida. No sé por qué puñetas nos habla esa voz, según él porque somos «almas especiales». Vamos a respirar hondo, a tranquilizarnos y a hablar con Darío y Roser. Esos dos llevan aquí muchísimo tiempo, si alguien nos puede ayudar, son ellos.

Ella se levantó, cogió el butacón que tenía detrás, lo puso cerca de la cama y se sentó frente a mí.

—Mira, por primera vez desde que te conozco yo soy la que quiere tener respuestas, pero estás fastidiado, tienes que descansar. Vas a tirarte en esa cama y vas a dormir, o a mirar el techo, lo que prefieras, pero de aquí tú no sales. —Puso los brazos en jarras y me habló con tono autoritario.

Yo la miré, intenté hacerlo a través de ese aspecto de oso de peluche. Tuve una imagen muy vivida de ella llevando le mano a un par de críos, o amenazando con la babucha a uno de ellos. Era mona hasta cuando se ponía a bronquearme.

—Vas a ser una madre genial, pero seguro que los oseznos me

quieren más a mí. ¿Se les dice oseznos, cachorros, niños? —pregunté.

Ella me abrazó y me tumbó en la cama cogiéndome las piernas.

—Se les llama de todas esas formas y de alguna que otra más. Seguro que tú eres el que se inventa juegos chulos y les da porquerías para cenar. He pasado parte de la noche de ayer en un butacón que se me quedaba encajado en este culo que tanto te gusta, vamos a tirarnos un rato, una horita, nos levantamos y ya veremos lo que hacemos. —Seguía con la ropa que se puso para el concierto.

—Ve a ducharte, mamá osa. Te prometo que cuando salgas de la ducha estaré aquí.

Me dio un beso y se fue desnudando camino de la ducha.

—No hables con Fafnir sin mí.

—Lo mismo digo.

La escuché reírse antes de oír el agua salir de la ducha, ese sonido fue lo que terminó con mi voluntad de permanecer despierto.

No miré la hora antes de caer inconsciente, pero parecía que dormí por un buen rato. Prescindí del reloj cuando fui al concierto; de todas formas, aunque hubiera querido mirar mi muñeca izquierda, alguien me cogió por ella y no me soltaba. Era la primera vez que me despertaba antes que ella. Ya no me dolía la cabeza y solo tenía una leve molestia en las costillas. Una siesta después de una buena ducha y estaba casi nuevo. Di un pequeño tirón del brazo, a lo que ella correspondió con otro en su dirección.

—Ursa, Fafnir ha vuelto a hablarme –le dije muy cerca de una de sus redondas orejas.

Dio un pequeño salto y empezó a desperezarse.

—¿Otra vez Fafnir? ¿Qué te ha dicho? —respondió muy dormida.

—Me ha dicho que me sueltes la muñeca y me dejes ver qué hora es.

Miró hacia atrás con cara de pocos amigos, para después reírse.

—A mí también me ha hablado, dice que tienes la gracia en el culo. ¿Estás mejor, chucho pulgoso? —Se dio la vuelta para mirarme de frente.

—Te lo diré cuando me levante, pero no me duele la cabeza y las costillas solo me molestan un poco. ¡Poderes perrunos, yupi! ¿Nos vestimos y empezamos a buscar respuestas?

Se sentó en la cama y volvió a desperezarse.

—Son cosa de las once y media o doce del mediodía. —Me lo dijo mientras tenía los brazos tras la espalda y bostezando.

Abrí la mesilla de noche del lado de mi cama, donde dejé el reloj de pulsera.

—¿Cómo puñetas lo haces? —El reloj marcaba las doce menos cuarto.

—Tú tienes tus poderes, yo los míos. El reloj interno de nuestra

gente es muy preciso. Ven, voy a ayudarte a levantarte. Si te molesta mucho, tenemos medicinas, en la clínica me dieron calmantes.

—Prefiero pasar un poco de dolor y tener todos mis sentidos despiertos, lo que vamos a hablar con estos dos es muy importante. —Me ayudó a levantarme y sentí un leve pinchazo en las costillas.

—¿Duele mucho? —preguntó Ursa mientras me sujetaba.

Fruncí el ceño por el dolor.

—Solo un poco, nada que ver con esta mañana. Procuraré no llegar tarde después del trabajo, ni entretenerme con nadie en el bar. Como te dé por enfadarte conmigo me puedes crujir, tu gente tiene mucha fuerza.

Ella seguía cogiéndome las manos, empezó a acariciármelas.

—No te preocupes por eso, yo soy más de tirar gente por la ventana —respondió con una sonrisa pícara en la cara.

—Pues procuraremos tener una casa con solo una planta, una baja. —Los dos nos reímos, me seguían molestando las costillas, pero era soportable.

Salimos de nuestro apartamento saltando una montaña de ofrendas, sí eso mismo. Aquello parecía un altar donde la gente dejaba cosas junto a plegarias. Depositaron comida, flores, velas, dibujos de los niños y cartas para el héroe de Magome. Me emocionó ese despliegue de gratitud por parte de la familia de Anya. Me agaché a coger uno de los dibujos, era de un crio. Estaba hecho con ceras de colores, en él estábamos Ursa y yo de la mano. Se lo enseñé a mi pareja, ella lo guardó en esa mochila que acarreaba a todos lados. Preguntamos por nuestros amigos y nos llevaron frente a Anya, parecía estar poco contenta, por lo menos estaba con los brazos cruzados y cara de haber dormido poco. Antes de que me pudiera decir una palabra, me acerqué, le di un abrazo y le pedí perdón.

—¡Te estás disculpando, pero no tienes ni idea de por qué estoy enfadada! —exclamó Anya. La tenía entre mis brazos tiesa como un palo, no olía a Buddy.

—Querías tener una noche deliciosa y el amigo de tu novio te la ha jodido. Seguro que Buddy se ha pasado llorando toda la noche y parte de la mañana. Por eso te pido perdón

Dejó de estar tiesa y me dio un par de golpecitos en la espalda con la mano derecha.

—Que me pidas perdón no hace que recupere la noche perdida. Estoy cansada y no como yo quería estarlo. Suéltame ya, lobo heroico. Ursa, a ti sí tengo ganas de verte. —Me soltó y le tendió los brazos a Ursa. La diferencia de tamaño entre las dos era casi cómica, parecía una niña pidiendo que su madre la cogiera en brazos.

—Si te sirve de consuelo, yo no he pegado ojo y tampoco he tenido mi ración de carne canina —respondió Ursa. Por lo menos con eso

Anya se rio.

—¿Eso somos para vosotras, carne de perro? —dije adoptando la pose con los brazos en jarras, como solía hacer ella.

—Sí, pero sois carne de primera —dijeron ambas a la vez.

No pude parar de reírme en un buen rato.

—Vamos al salón que usan mis padres para las ocasiones especiales, el de los muebles bonitos. Allí estaremos tranquilos mientras hablamos de toda esta locura que ocurrió ayer. Tenemos una sorpresa para ti, Mundo. —Volvió a poner esa voz dulce y a mirarme con esos ojos grandes.

—Vamos a ese salón tan bonito, oveja bipolar. Me gustaría verte discutir con Jacob, a los dos os va el rollo pasivo-agresivo.

Se puso muy seria para después reírse a carcajadas, todos lo hicimos.

La noche fue muy larga y terminó de la peor forma posible. Esperaba que en la boda de Buddy pudiera escuchar la actuación de Miguel hasta el final. Cruzamos cuatro largos pasillos y giramos en zigzag por otros tantos hasta llegar al salón de los padres de Anya. La estancia estaba a caballo entre una pequeña biblioteca y un salón de tamaño medio, estaba forrado en madera con el suelo de parqué. Comparado con el resto del inmueble, este salón parecía más antiguo, como si la casa hubiera crecido en torno a esta dependencia. Había unos butacones bastante mullidos, un sofá con pinta de ser más viejo que yo y una mesa alargada rodeada de sillas elegantemente tapizadas con motivos florales. Toda la estancia olía a cera para madera, libros y café. Alguien trajo una cafetera grande y la puso junto a unas tazas en medio de la mesa. Sentados alrededor, estaban todos los que me esperaron en el sanatorio, todos más una figura encapuchada y esposada junto a Kudo. Reconocía la ropa, al vernos entrar levantó la cabeza. Mi sorpresa fue encontrar a un lobo bajo esa indumentaria, uno que quiso drogar a Blanca, a alguien de su familia. La pequeña oveja no me mintió, era toda una sorpresa.

Cazado

No me gustaban las sorpresas, nunca me gustaron y no iba a empezar a apreciarlas estando en este mundo. Todos mis amigos y conocidos estaban con un semblante serio, todos menos Darío, ese lobo totalmente negro tenía una sonrisa encajada en el rostro hasta en los momentos más tensos. En realidad, tenía motivos para estar feliz, pese al incidente en el concierto todo salió a pedir de boca. A la que veía más seria que a nadie y ciertamente incómoda era a Roser, parecía perdida, verla en esa situación me hizo disparar mi medidor de curiosidad a la zona roja. Anya nos indicó que nos sentáramos en dos sillas libres justo en frente del lobo encapuchado, ella fue a sentarse junto a Buddy. Cuando todos estuvimos dispuestos, se empezó a servir café y Darío comenzó con la reunión.

—No hace falta deciros por qué nos hemos reunido aquí y por qué tenemos al responsable del incidente con nosotros. Todos queremos respuestas y los que estamos aquí merecemos saber la verdad antes de que se difunda por los medios.

—Será la verdad que queráis publicar en los medios. —Fue el lobo cautivo el que habló. Kudo le dio una colleja y le retiró la capucha.

—¡Hablarás cuando se te pregunte! ¿¡Lo has entendido!? —Si yo fuera él, también estaría cabreado con ese lobo.

—Eso no es necesario, Kudo, no somos unos salvajes. Hablará por propia voluntad, es de nuestra familia, no creo que lo que ha hecho tenga como objetivo hacer daño a los nuestros —dijo Darío con ese tono conciliador que conocía de las reuniones con el consejo.

—Esto es muy raro, además no se parece a nosotros, tiene los colores de un zorro. ¿Por qué parece un zorro grande? —pregunté poniendo la cara de lado.

Todos me miraron como si fuera un ignorante.

—Chaval, estás muy perdido aquí. Hay más de veinte subespecies de lobos grises, nuestra gente habita en los climas cálidos. El lobo negro tiene razón, voy a hablar por propia voluntad. Lo haré porque soy de la familia y porque he visto al perro ovejero manipular frasquitos en esa riñonera que lleva. No quiero hablar bajo el influjo de las drogas, os contaré lo que queráis saber. —Hablaba con mucha tranquilidad, con una voz profunda, de adulto.

—¿Así de fácil? ¿Querías drogar a Blanca para que se comiera a

Michael en directo y vas a hablar sin más? No me lo creo, ¿qué te ha hecho cambiar de parecer? —pregunté.

—Tenía que llegar, drogar a la loba que iba a cantar con Michael y salir respaldado por el Ministerio. Una misión fácil, ningún ovino me podría detener. No he tenido apoyo alguno y no contaba con ella, en ningún informe aparecíais ni tu ni esa hembra. —Miraba a Sun con cara de pocos amigos.

—Decidme que el placaje que le ha hecho la loba cachas a este tío está grabado, quiero verlo en bucle una y otra vez —pregunté.

Dejó de mirarla a ella para mirarme a mí y enseñarme los dientes, Kudo le levantó la mano y reaccionó de la misma forma que cuando le sacas la zapatilla a un perro, se encogió y apretó la cara para encajar el golpe.

—Déjalo, Kudo, yo en su lugar también enseñaría los dientes, lo ha tumbado una hembra y el que le ha chafado el plan le está vacilando. Tengo una duda, Jacob, ¿él es de aquí? —le dije al felino.

El tigre le echó un vistazo rápido.

—Es de aquí, el que me tiene descolocado es Michael, su aura no cuadra para nada con su cuerpo. Pero tiene un color muy bonito, irradia mucha energía, es especial —respondió Jacob.

Todos se volvieron para mirar a Miguel.

—Bueno… Me llamo Miguel y soy del mismo sitio que Mundo, estamos entre amigos. Tú sí que eres bonito, gato.

Se escucharon algunas risas, eso cortó la tensión en la mesa por un momento.

—Explícame lo de los informes. ¿Tenías acceso a información confidencial? ¿En ninguno de esos papeles estaban los nombres de ninguno de nosotros? —pregunté.

Roser se encogió de hombros.

—Erais el factor sorpresa —aclaró Roser—. Sus cómplices están a buen recaudo en una celda a la espera de ser interrogados. Sabía que en el Ministerio había manzanas podridas, pero lo de los lobos estos me ha dejado descolocada. ¿Quiénes sois y por qué hacéis esto?

Ese lobo rubio y blanco como un zorro la encaró y le habló con total tranquilidad.

—Me llamo Adel, significa justo y honrado, ahora mismo no me siento digno de mi nombre. Soy de las tribus del ecuador, de la zona desértica. Están desviando ríos y haciendo nuestras tierras cultivables, ¡solo queríamos que nos dejaran en paz! Queríamos que les tuvieran miedo a los lobos, para que no se acercaran a nuestro territorio. Entonces un buen día, mientras perseguíamos a unos antílopes, nos topamos con el Ministerio, ellos nos ofrecieron una «reserva para los lobos». A cambio, teníamos que hacer incursiones, qué estúpidos fuimos… —Agachó la cabeza y pude escuchar como tensaba las

cadenas de sus esposas.

—Vais a tener vuestras reservas, joder, vais a tener más que eso. Podréis vivir como queráis, como nómadas o trabajando con el resto de la sociedad. La gente querrá ir a veros, a vernos, nuestra cultura tiene una riqueza increíble —dijo Roser.

—¿A ti qué te pasa? Eres una loba, ¿por qué dudas de nuestra cultura? —preguntó Adel con la cara de lado.

Roser me miró a mí, pedía mi intervención.

—Crees en Fafnir y en sus designios, eres un lobo, está en nuestra cultura —dije resoplando, él asintió de forma nerviosa—. Pues ella es una víctima del criterio de Fafnir, lleva aquí seiscientos años montando la sociedad que conoces hoy por hoy. Si te dice que las reservas están arregladas, lo están; si dice que los lobos pueden vivir en paz, es que tendrán paz. Hermano, ¡ella es el Ministerio!

Empezó a mirar a Roser para después mirarme a mí de forma nerviosa. Cada vez que le decía a alguien de aquí lo de las pieles cambiadas tenía la misma reacción, lo sabían, pero hasta que no se encontraban con una, no se lo terminaban de creer. El caso de Roser o de Darío era un poco más impactante, se quedaban en bucle, como bloqueados, pensando que esto no podía estar pasando.

—Se ha quedado pillado, Mundo. Si le decimos cuántos de los que estamos aquí no somos de aquí, o vuelve en sí o nos lo cargamos del todo —dijo Miguel—. Mira, Adel, yo soy de la misma ciudad que Mundo en la Tierra, los lobos monocromáticos tampoco son de aquí. Pero somos como tú, solo somos otro tipo de racionales. —Habló como solía hacerlo siempre, de forma casual, sus palabras en esta ocasión eran de todo menos casuales.

—No es eso, lo de las pieles cambiadas es algo que nos enseñan desde niños. Lo de los seiscientos años es lo que está haciendo plantearme mi fe —respondió mirando fijamente a Roser.

—¿Sabes lo mejor? Es su primera vez en un cánido, siempre habitó felinos. Ursa, hazle eso que me da tanto coraje —dije sonriendo.

—¿Seguro? —Ella me miró con una sonrisa de pura maldad dibujada en su cara de oso.

—¿Por fi? —dije dando palmitas.

—¿Quién te ha pegado a ti, pero quién te ha hecho eso? ¿Te han hecho pupita en el ojo? ¡Anda, ven, perrita guapa, que yo te curo y te doy mimito! —exclamó Ursa dándose golpes en las rodillas con las manos.

Roser se agarró a la mesa, la arañó con ambas manos y terminó levantándose de la silla para echarse encima de Ursa moviendo el rabo.

—¡Eso es, buena chica, eres la mejor! —siguió diciendo Ursa.

Y ahí estaba esa humana enfundada en un pedazo de lobo,

comportándose como un cachorro.

—¡¿Qué le pasa a esta perra?! ¡Me ha arañado la mesa! ¡Quiero una explicación! —Anya se enfadó muchísimo, con esa apariencia de ovejita buena que tenía parecía estar a punto de morder a la loba.

—Lo siento mucho, Anya. El Ministerio te arreglara la mesa, ¡no he podido controlarme, qué vergüenza! Si querías humillarme, lo has conseguido, Ursa. Esto me ha dolido más que el puñetazo en el ojo. —Se apartó de ella y volvió a su sitio junto a Darío.

—Llego a saber esto y te lo hago en público antes que pegarte. Te recuerdo que sigo enfadada por haber puesto la vida de mi prometido en juego, aunque ahora estoy menos mosca, estás muy mona moviendo el rabo y con la lengua fuera.

Tuve que hacer un ejercicio de serenidad para no acabar como Roser saltando e intentando lamerle la cara a la osa.

—¿Te he dicho que te quiero, osa? No se lo tengas en cuenta, Roser, nuestro invitado ahora está más tranquilo y seguro que tiene ganas de contarnos algo.

Adel estaba observando la escena y meneando el rabo ligeramente.

—Claro, lo habéis hecho para que nuestro lobo radical esté más sereno. Las emociones en este cuerpo son muy viscerales. Adel, tómate un café y empieza a decirnos quién te reclutó y como recibes las instrucciones.

Aquel lobo con pinta de zorro le dio un sorbo al café, suspiró y empezó a hablar. Tal como nos dijo, lo reclutaron después de estar tres días detrás de una manada de antílopes, aislaron a uno y justo cuando lo iba a cazar alguien disparó a la bestia con un rifle de caza. Los que se cobraron la pieza fueron los agentes del Ministerio, ellos en un acto de «generosidad» le cedieron al animal y empezaron a preguntarles cómo estaban. Después de mucho recelo y otro antílope más, se los metieron en el bolsillo. En el momento que empezaron con las incursiones, la expansión del terreno cultivable se terminó. Ellos nunca drogaron ni devoraron a nadie, solo se dedicaban a asustar a los granjeros para parar su avance. Roser parecía molesta con todo el asunto, creía tener entre manos a un pez gordo de la organización y solo tenía esposado a otro peón más.

—Tal como lo cuentas, pareces otra víctima más del Ministerio —dijo Roser, la veía enseñar los dientes entre palabras, le quedaba mucho para controlar sus emociones en ese cuerpo.

—He hecho cosas de las que no estoy orgulloso. Colarme en la propiedad de una familia con críos y escuchar sus gritos… —Hizo una pausa y volvió a coger aire—. Tenía que convencerme de que lo hacía por la tribu, por mi familia. Me dijeron que lo que iba a dispararle a Blanca era inofensivo, que solo haría que enseñase los dientes y pareciera fiera. Cuando vi lo que le pasó a Mundo, me asusté mucho,

quería que nos temiesen, no que nos odiasen. Os pido perdón a todos, quedo a vuestra disposición. —Puso las manos sobre la mesa, tenía las esposas muy apretadas.

—Es la tercera vez que veo a alguien esposado en este plano. Nunca me han gustado los grilletes. ¿Qué hacemos con este lobo? —dije hablando directamente a Roser y Darío.

—¿Crees que mil doscientos años de experiencia valen para esto? Yo lo soltaría y esperaría que contactasen con su tribu. Si no informan, iremos a por ellos, los lobos del desierto son más pequeños y menos numerosos que nosotros. Si Sun te pareció fuerte, tendrías que conocer a Egil —expuso Darío mirando a Roser. La miró con timidez para después centrarse en mí, parecía que le costaba mirarla a la cara.

—Opino lo mismo, es una excelente estrategia —respondió Roser—. Vamos a soltarte y a maquillarte, vas a volver con tu gente y nos informarás cuando los desgraciados que os han mentido hablen con vosotros.

Darío asintió.

—Sigo con molestias en las costillas y me apetece mucho que me dé el aire. ¿Hay algún tema más que el «héroe de Magome» tenga que gestionar? —Se escucharon risas y Ursa puso los ojos en blanco.

—Has hecho más que suficiente por nuestra familia, Mundo. No solo eres el héroe de Magome, eres una institución entre los lobos. Las tribus del sur te apodan «Garra Veloz» —dijo Darío.

Ursa puso los brazos en jarras.

—¡Claro, negrito, tú anímalo! ¿¡Sabes la que me está dando con lo del héroe de Magome!? —protestó Ursa.

—Ahora también me tendrás que tratar como «Garra Veloz» —dije enseñándole las uñas.

Ella me pegó un pellizco en el costado, solté un quejido canino.

—Ay, lo siento, cariño, las costillas. Vamos, anda, el aire fresco te sentará bien. —Creo que le dolió más a ella que a mí.

Cuando Ursa me levantó de la mesa todos hicieron lo mismo. Abracé a todos nuestros amigos, me despedí de los lobos al modo de la familia y le deseé a Adel todo lo mejor. Les dije a Yuta y a Seve que vinieran con nosotros. Al poco de salir de la casa de los Vilna, desfilaron por la puerta todos los que estaban en ese salón excepto los lobos y Kudo. La tarde era clara, había aún rocío en las plantas y los árboles fuera del cercado estaban goteando condensación, mi olfato agradeció estar en ese momento disfrutando del aroma húmedo de la tierra. Había menos trasiego de carros y carretas que el día anterior, mi cabeza también lo agradeció, supuse que muchos ovinos estarían indispuestos. Por un momento me hizo gracia pensar en una oveja con resaca. Fui a sentarme en una bala de paja junto al cercado del recinto, Ursa se sentó a mi lado, nuestros amigos los reptiles se

quedaron de pie en frente de nosotros.

—Os veo a los dos juntos y parecéis dos calcos, con una diferencia de muchos años —dije.

Los dos hicieron eso de afirmar cuando se reían.

—Para mí ha sido una sorpresa, se parece a mi Surey mucho. No sé cómo podría compensarte por todo lo que has hecho por mí —respondió Yuta.

—Por nosotros, padre —puntualizó Seve—. Soy libre, por fin puedo dormir sin tener pesadillas, sin despertarme por las noches y mirar a todos lados. Eso sin mencionar que Roser va a desmontar los criaderos de saurios, los nuestros volverán a ser racionales libres.

—Alguien les tendrá que enseñar qué significa ser saurios, vuestra cultura y costumbres. ¿Tú no tenías un centro de recuperación de fauna, Yuta? —pregunté.

Los dos saurios se miraron por un segundo.

—Ya habíamos pensado en eso, Seve entiende por lo que han pasado los saurios de criadero. Por mi parte, yo tengo las creencias que mi padre me transmitió, tradiciones que mi abuelo le contó a él, siglos de costumbres de nuestro pueblo. Cambiaré el nombre de mi propiedad, desde ahora se llamará «Centro para un Futuro Yuta» —dijo en reptil centenario.

Ursa me cogió de la mano y me la volvió a espachurrar.

—No creo que Roser os ponga ninguna pega para recuperar las almas de esos saurios y darles una identidad. Ahora mismo son poco más que armas en las manos equivocadas. Yo le cambiaría el nombre por «Centro Yuta por el futuro», de la otra forma parece que en el futuro es ser Yuta —respondí.

Ursa se rio y los saurios hicieron lo del cuello.

—¿Os quedareis para la boda? Me gustaría mucho veros vestidos de gala. —Ursa estaba muy ilusionada por la unión.

—Tengo mucho trabajo, hija. Seve quiere estar para que la primera tanda de saurios se sientan cómodos. Aún queda una semana para la ceremonia, si tuviéramos un medio de transporte rápido…

—¿Qué ha pasado con el saurio que prefería las bestias a las máquinas? —pregunté. Por un momento creí verlo sonreír.

—Tengo un hijo, uno de mi sangre, quiero que pueda ir y venir rápido de los sitios —respondió Yuta.

—¡Venga ya! Todos al pisar tu centro nos sentimos apadrinados por ti. Quieres darle un capricho a tu niño. Anda, ven aquí, viejo gélido —dijo Ursa y dos metros de osa envolvieron a ese saurio.

—Haces muy feliz a este viejo, aunque debes tener cuidado con tus ataques de furia, no me gusta ver que agredes a otro racional —puntualizó Yuta comportándose como un padre.

—Para ti también hay abrazo de osa. —Soltó a Yuta y envolvió a

Seve entre sus enormes brazos.

—Has ganado peso, lagartija. Ahora se te ve entre los brazos de mi prometida. ¿Osa, cuándo te he pedido matrimonio? —pregunté.

Yuta empezó a pasar su mirada entre los dos una y otra vez.

—Me lo dejaste caer, como la primera vez que me dijiste que me querías. Estoy a la espera de que me lo pidas en condiciones —dijo Ursa mientras abrazaba a Seve.

Me levanté para abrazar a Yuta.

—Muchas gracias, sin ti no la habría conocido nunca. No me aprietes mucho, las costillas… —No estaba tan frío como recordaba—. Hablaré con Roser, ¿una moto?

—Una chula, con ruedas de tacos —dijo Seve que apenas se le escuchaba entre los brazos de Ursa.

—¿Quieres una moto? Te la cambio por un abrazo, lagartija. —Seve tampoco estaba frío como el mármol, creo que los dos le robaron calor a Ursa.

Los vi alejarse hacia los establos para recoger la carreta, la verdad es que se parecían mucho. Me hacía muy feliz verlos juntos, él quería un hijo y Seve se encontró una familia. Ahora también tenía un propósito en esta sociedad, uno que no se le había impuesto.

—Tienes un corazón de oro —dijo Ursa sacándome de mis pensamientos.

—Me llenan de gozo, cuando llegue su mujer me gustaría conocerla. ¿Tendremos tiempo? ¿Hasta cuándo podremos estar de vacaciones? —pregunté.

Ella me tomó entre sus brazos.

—Tienes un pedazo de enchufe con el Ministerio, podríamos estar tocándonos el ombligo hasta el final de nuestros días. Ni tu ni yo queremos eso, hay tiempo de que sanes, te vayas a cazar, celebremos una boda y después ya veremos qué hacemos con nuestras vidas. —Se separó de mí sin soltarme las manos.

—Ursa Donora. —Sin soltarle las manos, hinqué una rodilla en el suelo—. No tengo un anillo, tampoco sé si aquí tenéis esa costumbre, pero ¿quieres casarte conmigo?

Ella se llevó una mano a boca y emitió un grito ahogado, como un suspiro.

—No necesito un anillo. Los osos no usamos anillos como vosotros. Solo llevamos dos semanas juntos, ¿de verdad quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

—Qué ilu, cari. ¡Sí, quiero!

Me levantó del suelo y me volvió a abrazar sin miramiento alguno, de nuevo chillé como un perro atropellado.

—Auch, lo siento. ¡Eres idiota, consigues cargarte todos los momentos tiernos! —Dejó de apretarme fuerte para echarse a llorar en

mi hombro.

—¿Qué se os da a los osos para la pedida? ¿Tan mal lo he hecho?

Lloraba y reía a la vez, era difícil de creer, pero ahí estaba ella, en plena montaña rusa emocional.

—Los machos se van a cazar y traen carne para la ceremonia, también tienen que recitar unos votos muy bonitos, lo suficientemente bellos para que la hembra baje del árbol ceremonial. La unión te parecerá muy curiosa, de momento ya tenemos una boda programada. Al final voy a tener que darle la razón a Anya.

—¿La razón en qué? —Otra vez poniendo la cabeza de lado.

—Me dijo que me lo ibas a pedir antes de su boda.

Los dos nos reímos, volví a abrazarla fuerte, esta vez me hice daño yo.

—La otra vez te amenacé con cortar el árbol, bajaste enseguida, ¿puedo usar eso?

—Creo que, si haces eso en nuestra boda, todos los puntos que has ganado con tu suegro se irán por el retrete. ¿Estás muy cansado? —Me lo pregunto con una sonrisa en la cara.

—Depende, para ir a traerte el venado de pedida, sí. Para dar un paseo contigo, no.

Ella volvió a reírse y tiró de mí para que empezara a andar.

—Los machos suelen traer pescado, salmón o algún tipo de pez de agua dulce. Somos grandes y pesados, no corremos igual que un lobo, o que un felino grande. Si te cuelas con un ciervo o un jabalí sobre los hombros, mi familia seguro que te chiva un millón de votos preciosos.

—Podrían darme todos los votos del universo, yo ya sé lo que voy a decirte, te dije algo que te gustó mucho en Hitachi.

—Eso fue realmente precioso, podría valer.

—¿Dónde me estás arrastrando esta vez, osa?

Ella volvió a reír.

—Te iba a tener en suspense hasta llegar, pero tienes mucha pupita y sé que no te gustan las sorpresas. Te llevo con la modista de la familia, te va a encantar.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Otra versión de Fang pero en ovino? Me encanta que me hagan ropa y que sean atentos conmigo, pero la gente que se dedica a la moda es demasiado cariñosa.

—Eso que has dicho es tremendamente homófobo y racista. Esta te va a encantar, es muy peculiar. —Le devolví la sonrisa, antes de ponerme a hablar abrió la boca para responderme—. He dicho que es peculiar, no que le gusten las hembras ni que te vaya a meter mano.

Me reí a carcajadas.

—¿Sabías lo que te iba a decir antes de hablarte? Anda, osa, llévame ante esa oveja.

Ursa me llevó de la mano por la propiedad de los Vilna, el sitio era enorme. Tras la casa de dos plantas había cultivos hasta donde se perdía la vista, al fondo a unos ocho kilómetros había montañas. La brisa de la mañana venía de la cordillera montañosa, podía oler todo lo que venía de esa dirección, vegetales, animales, la tierra húmeda y los árboles en la montaña venían a mí a través de mi olfato. Sin darme cuenta me había parado, había cerrado los ojos y estaba escudriñando las montañas solo con la nariz. Al girarme vi a Ursa mirándome fijamente, seguía cogiéndome la mano, con la otra me estaba acariciando la cabeza.

—¿La montaña te llama? Cuando estés mejor, vete a cazar con Sun, a los dos os hace falta.

—¿Cuándo llevemos unos años casados, me dejarás irme un par de días a la montaña solo «porque me llama»?

Seguía sonriéndome.

—Siempre y cuando me traigas algo bueno, pues claro. Anda, vamos, lobito, quiero ver cómo tratas a Dorita. —Dorita, me hizo gracia, con ese nombre no podía ser peligrosa.

Seguimos andando hasta que llegamos a un pequeño pabellón agregado a la estructura principal, no tenía mucho sentido haber hecho eso ahí, era como si quisiera estar aparte de la casa, pero sin estar separado de la edificación principal. También aparentaba ser reciente, nada de la propiedad de los Vilna parecía antiguo. Al entrar por la puerta pudimos ver unos pocos maniquíes con estatura y forma de ovinos, nuestra modista estaba terminando de rematar un traje bastante recargado en uno de ellos, no parecía estar muy contenta. Al vernos, clavó un alfiler en el maniquí como si quisiera apuñalarlo.

—¡Por la madre de todos los corderos, menos mal que por fin me lo traes! Estaba a punto de prenderle fuego a este adefesio. ¿¡Cómo se puede tener tan mal gusto junto!? Por cosas como esta me entran ganas de colgar la cinta, tirar las tijeras e irme a plantar nabos al huerto. —Tenía un cabreo monumental, era una oveja con la cara negra y las lanas blancas.

—No veo ningún maniquí con forma de lobo. ¿Si te pido algo que no te guste, me clavarás un alfiler de la misma forma? —pregunté.

Ella abrió la boca para decir algo, después empezó a reír.

—Seguro que antes de que te lo clave me paras la mano. Anda, súbete ahí, en esa tarima donde los espejos, y quítate la ropa. Te voy a hacer unas preguntas personales, me ayuda a realizar mi trabajo. ¿Algún problema con eso? —dijo sacando el alfiler del maniquí y apuntándome con él. Hablaba muy rápido y con un tono autoritario.

—Sin problema, Dorita. ¿Nos hemos visto antes? —Me subí a la tarima rodeada de espejos y empecé a desnudarme.

—Puede ser, todas las ovejas nos parecemos mucho. ¿Recuerdas la

fila que se montó para hacerse fotos contigo? Pues cuando dijiste que querías comer me tocaba a mí, me quedé sin fotos por unos segundos. Ahora, para colmo, eres famoso. ¿Te das cuenta del valor que tienen ahora esas fotos?

La miré riéndome.

—Ursa, amor mío, ¿le podrías hacer a esta oveja tan guapa y cabreada un dibujito de los que tú haces mientras me toma las medidas? —pregunté.

La osa recogió mis ropas, las puso bien extendidas en una silla y se sentó en otra mientras sacaba de la mochila vaquera sus cosas para dibujar.

—¿Tu osa es buena haciendo retratos? ¿Voy a tener que estar posando para ella? Eso de estar quieta me va a costar la misma vida, te lo digo desde ya —dijo tras coger la cinta métrica y tomar medidas.

—Me ha hecho dibujos a caballo, galopando. Ni el caballo ni yo estábamos quietos, no te preocupes, vas a tener un retrato hecho por la futura esposa del héroe de Magome.

Dorita se puso muy contenta y Ursa resopló con fuerza.

—Como digas otra vez lo del héroe de Magome, te dibujo con unas licras ajustadas y una capa. Deja de decir tonterías y déjame trabajar tranquila. Dori, intenta no pinchármelo y cuidado con sus costillas, es todo tuyo. —Abrió su blog de anillas, cogió su lápiz y empezó a dar trazos de forma frenética.

La oveja empezó a tomarme medidas y a hacerme preguntas incómodas. Qué me gustaba comer, qué me hacía más feliz, qué me gustaba en las hembras, en qué pensaba cuando estaba en el escusado, me preguntó incluso cuál era mi postura favorita para hacer el amor. Ursa estaba callada, de vez en cuando la veía sonreír en el momento que la oveja me hacía preguntas que me costaba responder, en otras ocasiones la veía muy seria con alguna de mis respuestas. Al cabo de media hora larga, Ursa terminó su trabajo y Dori a los cinco minutos el suyo.

—Anda, vístete, perro grande. Ursa, tenías razón, tiene un buen culo. Iba a hacerle un chaqué, pero sería una lástima vestirlo como a un pingüino y que no se le vea esa joya que tiene bajo el rabo. ¿Qué hay de lo mío? —dijo con los brazos cruzados.

Ursa se levantó de la silla y le mostró la hoja en la que había dibujado a Dorita, esta se puso a llorar según cogió el cuaderno. Me pasó el blog y se abrazó a mí entre sollozos. Ursa tenía un don, había captado el momento a la perfección. Ahí estábamos los dos de pie en esa tarima con los espejos de fondo. Yo estaba de pie con un brazo levantado a noventa grados respecto al cuerpo, ella me tomaba medidas desde la axila hasta la cintura mientras me miraba a la cara. De fondo los espejos reflejaban la misma escena desde tres ángulos

diferentes.

—¿Media hora, has hecho todo esto en media hora?

—Si me dejas otra media hora, te lo coloreo con témperas. Ya te he dibujado muchas veces, churri, también le hice retratos a Anya cuando estábamos con Yuta. No tiene mérito ninguno, tengo dos buenos modelos.

Dorita seguía llorando y yo seguía medio desnudo.

—Dori, guapetona. ¿Te ha gustado el retrato? —Intenté separarla de mí, cada vez que intentaba quitármela de encima me agarraba con mayor fuerza.

—Dale un momento, cosas de ovejas. Cuando tienen un subidón emocional, se apiñan entre ellas.

Bajé la vista y allí seguía, con la cabeza hundida en mi pecho y llorando.

—¿Esto se repetirá en la boda de Anya y Buddy? Si es así, te va a resultar muy fácil coger el ramo de novia.

Los dos nos reímos, eso sacó de su trance a Dorita.

—Perdonadme, pero es que el dibujo es muy bonito, esta osa tiene muchísimo talento. —Hablaba a duras penas y sorbiendo los mocos que se le caían de la nariz—. Puedes colorearlo si quieres, Ursa, después quiero que me lo firméis los dos. Ahora me gustaría estar sola, voy a ponerme a trabajar en el modelito para este lobo de culo perfecto. —Hizo un gesto con la mano, y fue a coger telas que puso encima de una mesa larga de costura.

Ursa recogió las cosas de dibujar, las metió en su mochila y me ayudó a vestirme rápido. Los dos salimos de allí como si hubiéramos robado algo. Aún era temprano, no estaba cansado y no quería volver a encerrarme en una habitación. Pretendía recorrer el camino que llegaba a la montaña, el viento seguía llamándome a andar por esos senderos. Ursa me estaba observando con una mirada de total devoción.

—Déjame que vaya a nuestra habitación, voy a coger alguna de las ofrendas que le han hecho al héroe de Magome, las voy a meter en una mochila y nos vamos a ir a dar un paseo por el monte. —Al escuchar paseo, me dio un subidón.

—¿Tan fácil soy de leer? Vas a sacarme a dar una vuelta por el monte como a un perro bueno, eso me encanta. Vamos juntos a nuestra habitación, la llamada es muy fuerte, si me dejas aquí solo, me iré y no volveré en una semana. —Lo decía en serio, hablaba sin poder apartar la mirada de la montaña.

—Vamos entonces, con el tiempo aprenderás a controlar esos instintos. Lo único que lamento será el día que no te pueda hacer más lo del perrito bonito.

Nos fuimos riendo a nuestra habitación. Aún tenía pendiente hacer

muchas cosas en este mundo. Veía con total claridad que mi misión aquí había terminado y había acabado mejor de lo que esperaba. Iba andando junto a ella de la mano, pensando en los senderos que íbamos a recorrer. Paso a paso, mi futuro se dibujaba como esos caminos de montaña, serpenteantes, a veces llenos de piedras, en ocasiones cuesta arriba. Lo que tenía claro era que, si seguía recorriéndolos junto a ella, nada malo me ocurriría.

La unión

Los arbustos y arboles pasaban a mi alrededor con mucha rapidez, como si algún gigante enfurecido los hubiera arrancado y los tirase a ras de suelo. Mi presa saltaba esquivando los árboles y arbustos con creciente dificultad. El venado se cansaba y con cada quiebro le recortaba unos centímetros, la boca empezó a salivarme cada vez más. Aquello me era muy familiar, era el sueño que tuve en la Tierra noche tras noche. Árbol por árbol y arbusto por arbusto, eran las mismas imágenes que mi subconsciente me mostraba por la noche al dormir. En esta ocasión hubo una variante en las imágenes que recordaba, Sun cazando a mi lado. Era la tercera pieza que nos íbamos a cobrar y los dos nos comportábamos como si fuéramos un único lobo a la hora de cazar. Ella se adelantó para cerrar el paso al animal, yo hice un quiebro a mi izquierda para obligar a nuestra presa a girar a la derecha. Sun saltó sobre el venado y todo acabó con dos mandíbulas clavadas en su garganta. Sentía el sabor de la sangre en mi boca, podía verla a ella con esa expresión salvaje mientras clavaba sus dientes en la tráquea, en unos segundos todo acabó. Ella quedó de rodillas frente al venado con la cara ensangrentada y jadeando, yo la imité e hice lo mismo sin querer, como por reflejo. Por un par de minutos nos quedamos mirándonos sin decir nada, solo observándonos mientras recobrábamos el aliento, deleitándonos de ver como, poco a poco, recobrábamos nuestra condición de seres racionales. Era ella la que rompía el silencio y siempre decía lo mismo.

—¡Buen trabajo! Ha sido una muerte limpia —dijo sonriendo con la cara ensangrentada.

—Creo que le has pinchado una vena al ciervo, te has puesto perdida, anda, deja que te limpie. —Empecé a frotarle la cara, solo conseguía ponerla más embarrada en sangre.

—Así no se limpia la sangre, Mundo. —Ella me cogió la cara y empezó a lamerme por el cuello. Era muy plácido, demasiado.

—Quita, quita, vamos al riachuelo y nos limpiamos bien, después la sangre se te hace indigesta.

Ella dejó de lamerme para juntar su cabeza con la mía con fuerza.

Fui a buscar un árbol del que sacar una rama lo suficientemente larga y gruesa para portear al ciervo; mientras, ella empezó a atarle las patas. Ella podía cargar sola con el animal, pero era el segundo día

que llevábamos de caza y su cuerpo se empezaba a resentir. Saqué el cuchillo de caza que me hizo Kudo y empecé a trabajar con él. En un momento tenía la rama cortada y pelada, el cuchillo era excelente. Fui a buscar a Sun con la rama al hombro y una sonrisa tonta en la cara, ella al verme me la devolvió.

—La primera vez que te vi me diste miedo, ahora también. El rojo no es tu color —dije.

Ella se rio y me hizo un gesto con la mano para que le pasara el palo.

—¿Te di miedo la primera vez que me viste? Cuéntame eso mientras vamos al campamento con la caza. —Estaba risueña, contenta desde que salimos del cercado de los Vilna. Pasamos el palo entre las patas del ciervo y lo levantamos del suelo, ella iba abriendo el paso.

—No hay mucho que contar. Iba detrás de ese ciervo y cuando iba a cobrarme la pieza saltaste encima. Te vi de espaldas y mordiendo a ese animal, creí que eras un macho, no conocía a los lobos y me asusté. Creo que aún no he terminado de conocerlos, no sé cómo ser uno.

Ella volvió a reírse y giró la cara para mirarme con el rabillo del ojo.

—¿No sabes cómo ser un lobo? Pues aquí llevamos un animal muerto que me dice lo contrario.

—Ya, lo de cazar me encanta, pero ser un lobo no se limitará solo a esto.

Ella resopló.

—No somos diferentes de otros racionales, los felinos también cazan, incluso las ovejas tan monas de Villa Lanas tienen escopetas y rifles. Esto no es cosa exclusiva de lobos, el cómo lo hacemos es lo que marca la diferencia. Nuestra cultura es lo que deberías conocer.

—Después de la boda de Buddy nos iremos una temporada a vivir con vosotros, si no es mucha molestia.

Ella volvió a reír.

—¿Tenerte cerca para ir de cacería? La familia no te pondrá ninguna traba, después de lo que has hecho por nosotros se sentirán honrados. Aparte de todo eso, eres útil.

El que rio en esta ocasión fui yo.

—Soy útil, ¿verdad? Llevamos dos días con sus respectivas noches de caza y no hemos hablado. Tenemos que hablar de lo que te paso con Jacob y tienes algo que decirme. —Al decirle eso último apretó el paso—. Llevamos un venado atado a un palo, por mucho que quieras correr no vas a poner más distancia entre nosotros. —Apretó el paso más aún.

—¡No es por eso! Quiero llegar, soltar al venado y hablar contigo. Estoy que me muero de vergüenza en este momento. Maldito reloj

biológico de los huevos.

Estábamos corriendo con más de cien kilos de carne sobre los hombros.

—¡Sun, aminora, coño! ¡Hemos corrido unos cuantos kilómetros para coger a este animal! Estoy cansado, mujer.

Aminoró el paso y me respondió calmada, pero con un tono tenso.

—No soy una mujer, soy una hembra. Yo también estoy cansada, cansada y cabreada con el destino, con Fafnir, con el Karma y con el puñetero Fenrir. Sí, eso es, me cago en Fenrir —dijo jurando como un camionero.

—Sun, corazón. Ursa me dijo qué es lo que querías proponerme, también me ha dicho lo que te pasó con Jacob. Me advirtió de que no te dijese nada. No te avergüences de nada, está bien, te ha llegado el momento, quieres ser madre. Pero… ¿Por qué yo? ¿Quién es Fenrir? —El nombre de esa deidad me sonaba de la reunión con los lobos en el centro del asentamiento.

Ella volvió a aligerar el paso.

—Cuando lleguemos. Hablaremos al llegar. —Siguió caminando a paso ligero.

—Tienes un culo muy bonito, me encanta verlo cargando una presa a paso de maratón.

Ella se volvió para gruñirme.

Seguimos por una media hora larga «caminando» entre árboles y arbustos camino a nuestro campamento base. Allí teníamos a los caballos y una caseta de campaña que compartíamos. Teníamos al otro ciervo y al jabalí colgados de un árbol. Aquello parecía un campamento del lejano oeste, los caballos, la caseta de lona, el fuego ahora hecho ascuas, los cacharros para cocinar, todo parecía sacado de principios del siglo xix. Soltamos el ciervo, Sun dio unos pasos para quedarse en medio de un claro junto a nuestro asentamiento y se puso con los brazos en las caderas mirando a la luna. Parecía incomoda, trataba de buscar las palabras, solo miraba la luna y suspiraba. La conocía, pero no tan bien. Según los estándares de este mundo ella era adulta, una adulta que tenía las hormonas revueltas y una idea fija en la cabeza. Me acerqué a ella por la espalda y la abracé, no sé bien por qué, Ursa lo hacía cada vez que estaba preocupada por algo. Ella volvió a suspirar, como si le hubieran quitado un peso enorme de los hombros, suspiró y me agarró los brazos.

—¿Por qué tienes que ser tú? ¡Tienes que ser tú! Has sido tú siempre. Mierda, Mundo, ¡él me ha hablado! —Estaba empezando a llorar, quise darle la vuelta, pero me cogió los brazos con más fuerza.

—Vale, tía dura. ¿Quién te ha hablado y qué te ha dicho exactamente?

Ella empezó a frotar su cara contra la mía, olía a sangre y estaba

acartonada.

—Fue una noche en el centro de Yuta, estábamos los tres, Jacob, Fang y yo en uno de los bungalow que se les asignan a los custodios. Me levanté para hacer mis necesidades y alguien me habló.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Alguien con una voz profunda y una correctísima dicción? —Otra vez mi curiosímetro en nivel rojo.

—¿A ti también te ha hablado? Sí, ese cabrón tiene una voz profunda y habla muy bien. Me dijo: «Este no es tu sitio». ¡Me cortó el chorro! —dijo con una voz aguda, me hizo reír.

—Cuando habló conmigo lo tomé como algo normal, me han pasado muchas cosas aquí. ¿Qué más te dijo?

Volvió a agarrarme con más fuerza.

—Pues nuestro amigo, el bien hablado, dijo: «Él te lo dará, tiene que ser él».

Me puse a contar las palabras mentalmente.

—Está bien, son ocho palabras seguidas. Contigo ha hablado más que con nosotros. Es curioso, yo no tengo fe en ese dios, porque sé que está aquí, es algo que anda entre planos moviendo los hilos.

—¿No te preocupa que una deidad nos haya hablado? —Me soltó y se dio la vuelta.

—Me preocupo por que te ha insinuado que te tengo que preñar, estás muy buena y me lo paso muy bien contigo, pero tengo prometida. —Ella se volvió a reír mirando al suelo—. Lo haré, Ursa quiere que te lo dé.

—¿Y tú qué es lo que quieres?

La abracé para hablarle al oído.

—Quiero que seas feliz. Cuando nazca, me gustaría conocerlo. Si es macho, lo llamarás Dorian. —Según pronuncié esas palabras, me vino una bofetada de ese olor dulzón que identificaba como deseo.

—Quiero que nos lavemos la cara, la sangre se está secando y lo vamos a poner todo perdido. No quiero recordar este momento y que me venga regusto a sangre de venado —Se separó de mí, me cogió de una mano y tiró con fuerza dirección al arroyo.

—Sun, el venado, tenemos que colgarlo o vendrá algún animal y se lo comerá.

Ella soltó una carcajada.

—Tal como huele nuestro campamento, ningún animal se acercará a cinco kilómetros viento en contra. Date prisa, quiero asearme.

Estaba realmente ansiosa, su olor me estaba mareando. La cargué al hombro y me puse a correr hacia el riachuelo, eso le encantó.

Llegamos entre risas al pequeño río, nos lavamos la cara y nos aseamos un poco. La noche amenazaba con lluvia, nubes densas y bajas estropeaban una noche perfecta. Miré el reloj, era media noche

pasada y mis músculos y articulaciones estaban resentidos de dos días intensos. Dos días en los cuales ninguno de los dos quisimos sacar el tema que nos ocupaba en este momento. Para ser una hembra adulta y fuerte, la veía esquiva y tímida frente a mí. Tuve que romper el hielo cuando llegamos frente a nuestra caseta.

—Sun, es mi primera vez —dije mirándome los pies.

Ella se echó a reír con esa risa impropia de una tía dura.

—Puede que sea verdad, será tu primera vez con una loba. Os he escuchado a la osa y a ti. Tengo una duda, ¿podrás hacerme chillar como a ella? —dijo poniendo la cara de lado.

—Yo a ti, sin embargo, no te he escuchado. Entra en la tienda, a ver si puedo hacer que aúlles.

Pasó por mi lado y volvió a robarme un beso.

Creí que la cosa iba a ser más mecánica, es decir, ella me caía bien y tenía un buen cuerpo, pero lo que Sun quería era un donante de esperma. Estuvimos hasta bien entrada la noche entregándonos sin descanso, fue salvaje por momentos y delicada por otros. Tuve la misma sensación de cuando cazábamos juntos, que éramos un mismo lobo. Casi todas las veces llegábamos juntos a ese momento en que una pequeña muerte te sobrecoge. A cosa de las tres de la mañana caímos rendidos y abrazados.

Me desperté con las primeras luces del alba, ella seguía dormida. La veía ahí tirada, respirando tan tranquila, moviendo los ojos rápido como cualquier persona que está en lo más profundo del sueño. Ni un mes llevaba allí y para mí ella era una persona, no una enorme y musculada perra que andaba y hablaba como un ser humano. Empecé a acariciarla como lo haría con mi perro en la Tierra, ella abrió los ojos, me miró, y volvió a cerrarlos para desperezarse mientras sonreía. Seguía sin tener ni idea si era guapa o fea, en ese sentido estaba igual de perdido que Kiyu en la Tierra.

—¿Qué es lo que quieres, Mundo, crees que no me has dejado embarazada y vienes a por más? —Sonaba desafiante y muy segura de sí misma.

—¿Podrás aguantarlo? Voy a salir a avivar el fuego y preparar café, si cuando te levantes puedes mantenerte de pie, hablamos.

Hizo el intento de pegarme en el hombro, la paré y la levanté de la esterilla, tuve que aguantarla.

—¿¡Me fallan las piernas!? ¿Por qué me flaquean las piernas? ¡Serás…! —Otra vez intentó pegarme.

—¿Sabes que puedo parar todos los golpes que me lances? Descansa, voy a poner el café, vamos a desayunar, recoger y llevar este festín de carne a Villa Lanas.

—¿Cuál de las piezas vas a ofrecerle a la osa para pedir su mano? —preguntó Sun.

—¿Acabamos de pasar una noche en la que hemos dormido poco y me preguntas por eso?

Ella me sonrió.

—Te lo pregunto para saber de qué animal saco carne para poner en el pan, idiota. Tengo a tu osa muy presente, después de lo de esta noche más aún. Le tengo una envidia enorme, tanta envidia que deseo no haberme quedado encinta para repetir. —Pasó de reír a estar muy seria.

—Vamos a desayunar, hasta que mi estomago no esté tranquilo no quiero hablar nada serio contigo. Me lo he pasado bien esta noche, demasiado bien. Quédate ahí, hasta que no estés oliendo el fuego no salgas.

Ella se tiró en la esterilla y volvió a taparse.

—Ahora le tengo más envidia aún. Cuando la vea voy a darle un abrazo enorme, no sé cómo podré agradecerle que me prestase a su macho. —La escuche bostezar y emitir el mismo ruido que un perro al hacerlo.

Fui a darle de comer a las brasas y a cortar el pan para el desayuno, habíamos encontrado frambuesas y unas bayas que me recordaban a los arándanos. Sun me dijo que podíamos coger algo de grasa del jabalí para untar el pan, con eso y los frutos rojos nos podíamos montar un desayuno riquísimo. Hacía unas horas le había preguntado qué era ser un lobo, sin quererlo me había enseñado muchísimo de su forma de vivir. Lo del intercambio de parejas no era algo que me gustase demasiado, pero era parte de su cultura. El fuego empezó a coger cuerpo y Sun salió de la caseta, andaba raro, cuando la miré intentó disimular.

—¿De dónde saco la grasa para las tostadas? —Tenía su cuchillo preparado, el mismo que le vi cuando la conocí.

—Sácalo del jabalí, la hembra grande se la ofreceré a mi osa. Tengo que llamar a casa de los Zapador, a ver si con suerte me pilla el aparato mi suegra. Joder, tengo un nudo en el estómago, esto es real, está pasando.

Ella se echó a reír.

—Creías que ibas a cumplir con tu parte aquí y volver a tu casa con mamá. Ahora te encuentras con un compromiso que te dará una vida de abrazos que podrían partirte la espalda. —Eso, por raro que parezca, me tranquilizó.

—Ya, también tendré unos críos a los que no podré regañar cuando crezcan porque me podrán crujir. Suena muy egoísta, pero no me hace gracia que Kudo se lie con ella. —El fuego ya estaba crepitando con la madera nueva, puse la cafetera encima.

—Es muy egoísta. Ella disfrutará lo mismo que tú lo has hecho, y tendrá tus mismas dudas y remordimientos. No he visto a dos

racionales más enamorados que vosotros dos. Por eso dejé de verme con Jacob. —Se fue a por el jabalí y empezó a trabajar con el cuchillo.

—¿Me vas a contar eso sin preguntarte? Tengo curiosidad, había mucha química entre vosotros dos.

Ella me miró y volvió a suspirar.

—Tienes razón, había química, pero lo de Fang y él es amor. Yo no puedo vivir solo con la química, quiero que me quieran, que cuando el macho con el que estoy me mire nada de lo que haya alrededor importe. Quiero que llegue el festival de Máni nueva y, aunque esté rodeado de veinte hembras más guapas que yo, las aparte y me tome a mí gruñendo y enseñándole los dientes a las demás. Quiero sentirme única, especial, con él no podía sentir eso. —Me hablaba mientras despiezaba a ese animal con saña.

—Joder, Sun, eso es amor. Te mereces ser querida, todo el mundo merece tener amor. ¡Dame un abrazo, estoy emocionado! —exclamé al borde del llanto.

Cuando me acerqué a ella para abrazarla soltó el cuchillo y se echó las manos a la boca. Se apartó del cerdo salvaje que estaba despiezando y vomitó tras la tienda.

—Mierda, joder, me cago en la madre que parió a Fenrir —dijo ella jurando como un carretero.

—¿Otra vez te ha dado mareo con la sangre? —Le estaba sujetando la frente y acariciando la espalda.

—¡No, Mundo! ¡No te enteras de nada, macho! Me da mareo la sangre de gente que conozco, la de racional. Ayer nos la tuvimos que limpiar de la cara, la tragué aún caliente del ciervo. —Le vino otra arcada y volvió a vomitar.

—¿Qué tal si dejas de hablar de sangre por un rato? —Había visto en muchas ocasiones a mi perro vomitar, esto era exactamente lo mismo, pero en escala persona.

—¡Sigues sin enterarte! Tengo nauseas, me duele el útero como si estuviera menstruando y también tengo mareos.

Mi rabo empezó a moverse como loco.

—¿Tan rápido? ¡Enhorabuena, maldita loba cachas y preñada! —Le di la vuelta y la cogí en volandas.

—La gestación de nuestra raza es rápida, estaba justo en el pico de mi ciclo hormonal. No me des mucho meneo. Mierda, mi madre me dijo que mi embarazo le dio mareos y vómitos por seis meses y medio.

La dejé en el suelo, escuché como le daba otra arcada.

—Tienes que hidratarte y aunque no te apetezca tienes que desayunar. Ahora tienes que comer por dos.

—¡No hagas eso, tú solo has puesto el esperma! Deja de comportarte como si fueras su padre. —Tenía mala cara y los ojos inyectados en sangre.

—Me comporto como si me preocupase tu salud y la de la criatura que llevas dentro. No seas más tocapelotas. Anda, siéntate ahí y sé una buena chica. ¿Tengo que poner el tono de macho alfa contigo?

Volvió a sonreír y se sentó donde le dije.

—Vas a ser un padre excelente para esos oseznos. Termina tú de coger la grasa de jabalí. El café me huele a néctar divino.

—Vas a tomar café, pero no es bueno para el crío. Cuando lleguemos a casa de los Vilna, Buddy te va a dar algo para las náuseas. Relájate y disfruta de tu embarazo, mamá loba.

Ella volvió a reírse y a mover el rabo.

Preparé el desayuno para los dos, comimos como si hubiésemos tenido un maratón de sexo esa misma noche. Una vez saciado nuestro estómago, empezamos a recoger el campamento. Quise que no hiciera esfuerzo alguno, a lo que me respondió que su madre había estado cazando hasta el último mes de su embarazo, cuando la barriga no la dejó correr en condiciones. Fuimos de cacería con el caballo de Ursa y el mío, Lola se alegró muchísimo de que después de dos días atendiéndola lo mínimo fuera a darle alguna atención. Cargamos los dos ciervos en Tok y el jabalí en Lola. No estábamos muy alejados de Magome ni de casa de los Vilna, tenía ganas de ver a Ursa, contarle todo lo que me había pasado en la cacería, y darme una ducha larga y caliente. Me preocupaba un poco llegar a saludarla y que me oliese a Sun, pero bueno, ella ya sabía de qué iba esto.

Llevábamos media hora de camino callados, en esta ocasión fue ella la que rompió el silencio.

—Sabes que los cánidos somos muy fáciles de leer. Estás preocupado por Ursa, no tienes por qué, fue ella la que propuso nuestro encuentro. —La miré, tenía una postura y porte perfectos a caballo.

—Eso me preocupa, no te voy a engañar, pero me trae más de cabeza la forma en la cual decirle que quiero que nos pasemos una temporada en la tribu. Seguro que se cree que tengo una especie de responsabilidad contigo y que no quiero dejarte con un crío a tu suerte.

—No vas a dejarme a mi suerte, estaré con la tribu. Allí mi hijo tendrá un montón de madres y hermanos. En esto hemos intervenido los dos, hablaré con ella.

—Sigo sin entender por qué tenía que ser yo, hay muchos lobos en la tribu. ¿Por qué no estás aún emparejada? No eres fea, sabes cazar, eres una tía divertida, no me cabe en la cabeza.

Ella soltó una risa amarga.

—Soy el equivalente a Ursa, pero en lobo. Los machos siempre quieren ser el alfa en la relación, tener a una hembra que les puede ganar en un combate cuerpo a cuerpo no les parece atractivo.

—Eso me parece una estupidez, perdona si ofende a tu cultura, pero tú vales mucho. Empiezo a oler a lana desde aquí, estamos cerca. ¿Me dices quién es Fenrir?

Ella volvió a sonreír.

—El humano con piel de lobo quiere saber más de la cultura que venía con ese pellejo, eso me gusta. Fenrir es nuestro dios, el de los lobos. Cuenta la leyenda que fue él quien, con sus fuertes patas, escarbó hasta el centro de Ix para sacar a Helios y mandarlo lejos en el cielo. De Helios cayeron yescas que al tocar el suelo se convirtieron en todas las especies que conocemos. Fenrir es el Alfa, padre de todos nosotros, el que nos proporciona calor en el día y presas por la noche. Vitur te podrá contar la historia mejor que yo, la tenemos en papel con todos sus detalles, es muy bonita. —Volvió a recuperar el humor y a estar más contenta.

—La historia es preciosa, me recuerda a los cuentos y leyendas de las tribus americanas. Ellos ahora viven en reservas e intentan preservar su identidad. Espero que nuestro pueblo aguante al progreso.

—Nuestro pueblo, eso también me gusta. Nuestro modo de vida tarde o temprano será parte de la historia de este planeta. No podemos tratar de vivir siempre en la oscuridad, algún día dejaremos de ser nómadas para establecernos. Mientras, seguiré disfrutando de la caza y los pequeños placeres de la carne.

La miré frunciendo el ceño.

—¿Hablamos de ir a cazar o de otro tipo de carne?

Ella volvió a reír.

—Eres muy listo, lee entre líneas.

El olor a lana se hacía más fuerte con cada metro que andaba mi yegua, también empezó a llegarme el olor a oso. Empecé a mover el rabo y a hacer que Lola trotase cada vez más rápido, excitado de la misma forma en la que un perro lo hace cuando ve a su dueño. Fafnir me dijo que con el tiempo lo controlaría, «puede que algún día», me dijo con esa voz omnipotente y de correcta pronunciación. Llegamos a la entrada y allí estaba ella junto a Jacob y Buddy cargando cajas de verduras, a esa altura el rabo estaba a punto de desencajárseme del cuerpo. Respiré profundo, cerré los ojos y traté de pensar en lo que dijo esa deidad tratando de convertirlo en un mantra, «Puede que algún día». Me lo repetí tres veces y mi rabo dejo de moverse tanto, cuando abrí los ojos y miré a mi izquierda Sun estaba observándome muy seria.

—Eso ha estado muy bien. Si yo estuviera tan enamorada, no podría controlar mis sentimientos tan bien como tú acabas de hacerlo. —Ahora me puse a mover el rabo por lo que ella me dijo.

—La primera vez que esa voz me habló le pregunté si siempre sería

víctima de mis instintos, si podría controlar todo esto; lo que me respondió me ayuda. Lo que tú acabas de decirme no, otra vez estoy abanicando el aire con el rabo, loba preñada.

Los dos reímos a carcajadas, Ursa me escuchó y le cargó las dos cajas que llevaba a cuestas a Jacob, que por poco se cae de espaldas. Vino a paso ligero a recibirme.

—¡Ya era hora, nuestra anfitriona nos está matando a trabajar y vosotros de acampada! —dijo Ursa poniendo los brazos en jarras.

—No engañas a nadie, osa, puedo olerte desde aquí. ¡A ver si me pillas! —exclamé.

Salté de la silla del caballo para caer en sus brazos, me alcanzó al vuelo, pero la tiré de espaldas. Allí mismo nos comimos a besos.

—Yo le hubiera dicho: «te he echado de menos» —dijo Sun—. Te has tirado encima como si fuese otro ciervo. Hablando de eso, no hemos estado de acampada, osa, traemos un festín de carne.

Los dos nos volvimos para mirarla, al bajar del caballo le falló una pierna y acabó en el suelo a nuestro lado.

—Os iba a preguntar si habíais hecho algo aparte de cazar… —Ella me dio un manotazo en el pecho—. ¡Te la has cargado! —Creí que estaba enfadada con nosotros; lejos de eso, se dio media vuelta y abrazó a Sun en el suelo.

—Joder, osa. Vamos a levantarnos del suelo —protesté.

Ella pasó olímpicamente de mí y siguió abrazando a Sun, le decía algo en voz baja al oído.

—¿Qué os ha pasado?, ¿qué hacéis todos en el suelo? —Miré hacia arriba, era Jacob. Le tendí la mano y me levantó del suelo de un tirón.

—Pues descansando, gato, me he pegado dos días persiguiendo animalitos indefensos —respondí.

Él se rio enseñándome esa dentadura felina y me abrazó con fuerza.

—Qué pasa, hermano, has traído jabalí. Ahora mismo te quiero más que a mi vida, ¿eso va para nuestra boda? —Solté a Jacob para abrazar a Buddy.

—Te he preparado un concierto para tu boda, ¿qué más quieres?

Él empezó a olisquearme.

—Hueles a sangre y a Sun, hermano. Pero bajo todo eso hueles que tiras de espaldas, vete a ducharte y que tu osa te frote la espalda. Bueno, eso si consigues separarla de la loba cachas. En ese pedazo de suelo hay más musculo que en toda Villa Lanas junta, colega. —Me hizo gracia porque tenía razón.

—¿Cómo vas a lograr quitar de en medio a mi osa? Tu chica va a notar que no está ella cargando cajas y sigue siendo temprano —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Me quiere mucho y os quiere a vosotros, lo entenderá. ¿Te has

enterado, osa? Suelta a la loba y ve a atender a tu macho.

Cuando escuchó «macho», se separó de Sun, la levantó del suelo y, mientras se incorporaba, juntó su frente con la de ella, todo en un mismo movimiento.

—Te he traído un ciervo de pedida, no sé bien cómo va esto, de donde yo vengo te daría un anillo —le dije a Ursa.

Vino hacia mí y me plantó un sonoro beso en los morros.

—Eso se les da a los padres de la novia un día antes de la boda. Dependiendo de lo que lleves, los padres de la novia hablan más o menos tiempo con el novio. —Le echó un vistazo a su caballo, después me miró a mí con una amplia sonrisa—. Contigo se van a llevar toda la tarde charlando.

—¿Te gusta el ciervo? Cuando tenía su tráquea entre mis mandíbulas pensaba en la ilusión que te iba a hacer —dije enseñándole los dientes y haciéndolos castañetear.

Me dio una torta en el culo acompañado de un «idiota» mientras reía.

—Anda, lobo poseído, vamos a quitarte el tufo de dos días sin ducharte con agua caliente. Nos vemos a la hora del almuerzo —dijo Ursa dirigiéndose a nuestros amigos, me cogió de la mano y volvió a tirar de mí.

Pude despedirme de Sun y de mis amigos a duras penas, Ursa ya me tenía cogido y no me iba a soltar. Estaba muy contenta, es decir, ella solía ser la felicidad hecha oso, pero estaba particularmente feliz. Me sentía culpable por haberme liado con Sun. Hasta hacía una semana esta hembra era celosa a más no poder, ahora la veía feliz porque me había ido con otra hembra un par de días por ahí. Me ardía la cabeza, quería sacar el tema, pero no sabía cómo hablar de ello, no me sentía cómodo con este asunto. Llegamos a la puerta de nuestro pequeño apartamento, seguían trayendo ofrendas, velas, cartas y dibujos.

—¿No les has dicho a los lanitas que no sigan haciendo esto? —pregunté.

Ella se rio mientras apartaba cosas de la puerta.

— He llegado a poner carteles en la puerta, como si nada. Colgué en los dos comedores que tiene este casoplón memorándums, como si no supieran leer. Pilla esa cesta, la fruta de aquí está buenísima y te hará falta después de todo lo que tengo pensado hacerte. —Otra vez esa risa maliciosa.

—Me duele la espalda un poquitín, podrás hacerme un masaje con tus tiernas y suaves manos. —Agaché la cabeza y abrí mucho los ojos.

—¿Has practicado esa cara frente al espejo? Pareces un cachorro pidiendo repetir el postre. —No dije nada, seguí con la misma mueca —. Venga, va, te miro la espalda, quítate esa ropa, hueles a ciervo y a loba por partes iguales.

Hice lo que me dijo, dejé mis botas junto a la entrada y me metí en la ducha. Agradecí a Fenrir, Fafnir y Jesucristo el milagro del agua caliente. Me quedé un rato con las manos apoyadas en la pared de la ducha mientras el agua tibia me recorría la espalda. Solo me sacó de ese trance el contacto de Ursa sobre mi espalda. Sin decirme nada, cortó el agua y empezó a enjabonar mi cuerpo. Al volver a abrir el grifo pude ver cómo toda la porquería de dos días, lavándome lo justo, se iba por el desagüe. Salimos de la ducha y me secó como si fuera un cachorrito, no pude aguantar más, le quite la toalla de las manos y empecé a besarla. Un beso, una caricia, un te quiero y estábamos los dos en la cama sin nada más que nuestras pieles una sobre la otra. Hizo bien en decirles a nuestros amigos que no nos esperaran hasta la hora del almuerzo. Después de tener ese momento de intimidad, fui a por la cesta de fruta, cogí un racimo de uvas, me senté en la cama y puse la cabeza de Ursa en mi regazo. Iba cogiendo una uva para ella y otra para mí, comida y confort, eso la hizo la racional más feliz de este plano.

—Creí que ibas a estar cansado, por eso no te he querido presionar. Me haces muy feliz, ¿sabes, humano con piel de lobo?

—Se te ve contenta, qué digo contenta, eres la personificación de la felicidad en este momento. Quiero hablar de lo que ha pasado estos dos días con Sun, lo necesito.

Paré de darle fruta por un momento, ella cogió una uva del racimo y siguió comiendo.

—Os habéis ido a cazar, habéis traído dos ciervos, un jabalí y una nueva vida. Has hecho lo que se supone que ibas a hacer. —Seguía sonriéndome.

—¿Entonces por qué me siento mal? ¿Sabes lo que me ha contado?

Ella se incorporó y se puso de rodillas frente a mí en la cama.

—Me contó lo de Fafnir. Si él le ha hablado, tiene que ser por algún motivo, creo que esa criatura será la forma de que sigas en la tribu sin estar. Creo que el hijo de Sun tendrá algo de ti, algo que hará que los lobos no se desvíen del camino. No tienes por qué sentirte mal, le has prestado tu cuerpo, el resto sé que es mío.

Me quitó un peso enorme de encima, suspiré con tal fuerza que hasta mi madre en la Tierra se enteraría.

—Me siento aliviado. Memorizaré estas palabras para cuando llegue la hora en tu reloj biológico, para decírtelas después. Algo me dice que vas a ponerte más pesada que yo. —Ella me abrazó y empezó a hacer eso que hacen los osos de frotarse—. ¿Soy tuyo?

—Tú lo sabes, yo lo sé, y ahora cualquiera que te abrace también lo sabrá.

No pude evitar reírme.

—Lo que me has dicho del hijo de Sun me da que pensar. Realmente

no sería hijo mío, sería de Kiyu, es decir, los genes son de este cuerpo.

Ella seguía a lo suyo mientras hablaba.

—Algo de tu espíritu habrá en esa criatura. Se parecerá físicamente a Kiyu, pero la semilla la has plantado tú. —El contacto de su piel con la mía me dejaba medio sedado, me encantaba su olor.

—Osa, ¿qué tal si nos tiramos en la cama y descansamos hasta el almuerzo?

Ella sin decir nada y sin soltarme se dejó caer de lado en la cama.

—Me parece una idea fantástica, nuestra querida Anya me ha hecho pagar esta habitación con trabajos forzados. Tengo que enseñarte lo que he dibujado estos dos días, tengo uno de ella vestida de novia. —Otra vez mi osa feliz.

Le dije que luego lo vería al oído y caí rendido entre sus brazos en el acto.

Ursa me levantó quince minutos antes del almuerzo, nos sirvieron el guiso de ciervo que tanto me gustaba y comimos todos juntos, Ursa y yo presidiendo esa mesa infinita. El almuerzo fue fantástico, después de dos días comiendo de cualquier manera en medio del campo, estar sentado en una mesa rodeado del calor de mis amigos era un auténtico lujo. Sentados a mi alrededor estaban Jacob junto a Fang, Buddy con Anya y Ursa con Sun, que estaban junto a mí. Dorita se había sentado junto a Fang y no paraban de discutir sobre costura, por lo visto tenían gustos bien diferenciados de cómo debía vestir la novia. Ursa me enseñó el dibujo que le hizo a Anya antes de salir a almorzar, estaba muy guapa con ese traje, yo no cambiaría nada.

Ir de caza me gustaba, pero creo que no podría acostumbrarme nunca a la vida errante de la tribu. Después del concierto y todo lo que pasó, me llevé solo tres días para recuperarme, una semana de nueve días, me dijo ese doctor con nombre de detergente. Nos fuimos en Ni (segundo día de la semana) para volver en la mañana de Shi (cuarto día), teníamos dos días de por medio antes de la boda. Dos días los cuales Anya nos advirtió que iban a ser muy productivos. La verdad, sabía que no nos íbamos a llevar todo el día cargando cajas, con dar un palo gordo por la mañana terminaríamos todo, ahora éramos más manos para trabajar. Tenía muchas ganas de que llegase el día de la boda, algo en mi estómago, una sensación visceral, me decía que un acontecimiento importante estaba por venir.

Dos almas, un cuerpo

Era Nana. Un par de días, solo eso distaron mi llegada de ir de caza con Sun al enlace entre Buddy y Anya. Dos días en los cuales vi al pelanas trabajar como si no hubiera un mañana, no sé si era porque quería agradar a su futura familia, porque deseaba cumplir con su futura esposa o por los nervios que lo devoraban. Los preparativos, las charlas con sus padres, con los padres de ella, el traje, el menú, etc. Todo se estaba orquestando de tal forma, con tanta celeridad, que parecía que la novia estuviera embarazada. Aquel día no cargaríamos cajas, cesó el frenético ir y venir de carretas, se marchó el ruido y el trasiego, era día de celebrar y compartir.

Me levanté como todas las mañanas con Ursa muy pegada a mí, con su olor y su tacto envolviendo mis sentidos. Ella llevaría un rato despierta, estos días no se levantaba y me dejaba en la cama. Se limitaba a quedarse ahí despierta, tumbada acariciándome el brazo con el cual la achuchaba. La besé tras la oreja y le di los buenos días, ella suspiró y me agarró el brazo con fuerza.

—Ya no hablas en sueños, me encanta escuchar tu respiración al dormir, tu aliento tras de mí. Te quiero, gordi. —Últimamente le dio por llamarme así, por eso y por decirme mucho que me quería.

—Yo también, osa. Estoy viendo tu traje ahí colgado y me muero de ganas de vértelo puesto. Has perdido peso, lo sé porque dormimos juntos y porque has tenido que ver a Dorita un par de veces antes de la boda. ¿Podrás hacerme un desfile como en Shaiyo?

Ella se sentó en la cama, descolgó el vestido del armario y se fue al cuarto de baño con una sonrisa en la cara. En el mismo sitio estaba colgado mi traje, un traje chaqueta negro con un corte bastante moderno. El traje de ella era rosa pastel, con un amplio escote, sin mangas y corte sobre la rodilla. Con su color de pelaje le quedaría genial. Me senté en la cama y empecé a desperezarme, abrí mucho la boca y bostecé como un chucho grande. Escuchaba a Ursa cambiándose en el cuarto de baño, cuando la oí andando de camino a la cama no pude evitar mover el rabo. Hizo exactamente lo mismo que en Shaiyo, anduvo hacia mí meneando las caderas, andando con un pie delante del otro muy seria, como si fuera una modelo profesional. El traje le quedaba bien, estaba muy guapa. Le pedí que diese otra vuelta, que se parase en el sitio y que pusiera morritos. Ella estaba

encantada. Cuando se cansó de dar vueltas se sentó en la cama, me dio un beso y me pidió que hiciera yo lo mismo. Repetí el mismo número, salí del cuarto de baño con el traje dando paseos de aquí para allá, me quité la chaqueta, me la colgué del hombro y di otro par de paseos. Ella no decía nada, solo la veía sonreír y frotarse los pies uno contra otro, podía olerla, era casi intoxicante. La levanté de la cama, me puse la chaqueta y nos fuimos al único espejo que había en ese pequeño apartamento, el del cuarto de baño.

—Quiero que tengas una imagen de nosotros dos vestidos así, sé que nos van a hacer fotos, sé que posaremos con todos nuestros amigos, pero las cosas que tú ves y plasmas en un papel no las ve la cámara. Te puedo oler, osa, vámonos antes de que los dos sucumbamos a nuestros instintos.

Nos besamos y abandonamos la habitación.

Fuimos al comedor de siempre, en lugar de la mesa infinita habían puesto unas pocas de mesitas redondas para desayunar de pie. Pudimos identificar la nuestra enseguida, era la que media un par de palmos más que las del resto. Todo el comedor estaba lleno de ovinos blancos con trajes negros para los machos y diferentes tonos pastel para las hembras, también nos fue fácil encontrar a nuestros amigos. Allí estaban Jacob con Fang, Buddy rascándose detrás de la cabeza como un obseso y Sun hablando con Seve, había venido el joven saurio. Ursa tuvo que agarrarme más fuerte del brazo para que no fuera corriendo y derribando ovejas a mi paso.

—Joder, qué guapos estáis todos. ¡Seve, ha venido Seve, osa! —El rabo se me iba a desencajar.

—Anda, ven, lobo que no es un lobo, que te va a dar algo, llego a saberlo y me camuflo antes de que me vieses. —Me dio un abrazo e hizo eso del cuello mientras me daba unas palmadas en la espalda con la mandíbula.

—No te esperaba, lagarto. Guapos y guapa… ¿Cómo está mamá loba? —No tenía buena cara.

—Estoy como mi madre cuando me gestó a mí. Cuando desayune me encontraré mejor, van a ser seis meses muy largos. Aparte de eso estoy bien, estoy mejor que bien, ¡me ha crecido el pecho! —Eso último me hizo gracia, tenía poco pecho y el embarazo hizo que le creciera mínimamente.

—¿Seis meses? En mi mundo son nueve, pero nuestro calendario es diferente. —Recordé el calendario de meses de cinco semanas y semanas de nueve días—. Sun, guapetona, deberías de buscar a la oveja que está haciendo las fotos para la boda y pedirle una cámara, tienes mucha mano para hacer ese trabajo. —Ella sonrió, se excusó de los demás y fue a buscar al fotógrafo.

—Estáis los dos muy guapos, no os he vestido yo, pero estáis

guapísimos. Odio admitirlo, pero esa oveja con la cara negra tiene muy buena aguja, quiero veros bien, a ver daos una vuelta. —Fang nos hizo dar vueltas, me dijo que me quitase la chaqueta, nos dijo que posáramos juntos…—. Estáis los dos monísimos, pero me sigue gustando más tu chico, osa.

—Buddy, colega, deja de rascarte, vas a perder lana de esa parte de la cabeza. A los perros en mi mundo cuando se rascan así se les pone un collarín, como sigas haciendo eso te lo voy a tener que poner. Cálmate, hermano. ¿Qué te preocupa?

—No es por la boda, no es por la ceremonia. Todo está listo, hermano, no hay nada pendiente para última hora. Mis padres, ellos se han retrasado. Deberían haber llegado ayer noche, nadie sabe dónde están. Joder, estos perros hippies de mierda me están haciendo enloquecer. —Tuve que pararle la mano para que dejase de rascarse, al hacerlo hizo el amago de querer morderme.

—¿Ninguno de vosotros se ha preocupado de pararle cuando se rasca? ¿Has dicho hippies de mierda a tus padres? —pregunté.

—Mira, lobito, yo le he parado un par de veces, la segunda vez se puso a enseñarme los dientes, a Sun por poco la muerde y a Seve le ha ladrado, sí, ¡qué vergüenza, Buddy, que no eres un crío! —Jacob tenía un vaso con zumo en la mano y acariciaba el vidrio con las uñas, era como escuchar a alguien arañando una pizarra.

—¿Le has ladrado a Seve? Perro malo, eso no se hace, malo, malo. —Agachó la cabeza y la apoyó en mi pecho, todos se quedaron con los ojos como platos.

—Gordi, contigo se porta como un cachorro, es alucinante —dijo Ursa a mi oído susurrando.

—Venga, tranquilo, Buddy, aún queda para la ceremonia, tus padres llegarán. Se les habrá partido la carreta, un caballo con una pezuña chunga, tranquilízate. Si son tus padres seguro que son listos, de alguien tienes que haber heredado esa cabeza llena de lanas.

Dejó de apoyar la cabeza en mi pecho para darme un abrazo.

—Lo siento, me estoy portando como un sociópata el día de mi boda. Mi Anya está por ahí escondida preparándose, no son ni las ocho de la mañana y me han achicharrado a fotos, mis suegros no paran de decirme que les diga «mamá y papá», lo que me recuerda que mis padres, los que nunca morirán de estrés, están por ahí perdidos. No me he tomado nada para los nervios porque se lo prometí a mi chica. Anda, abrázame fuerte, lobo, hueles muy bien. —Estaba realmente agobiado, no era propio de él.

—Huelo a mi osa, se ha preocupado de refregarse a conciencia conmigo. —Cogí a Ursa de una muñeca e hice que abrazara a Buddy.

—¡Oh, por la madre de todos los cánidos! Ahora mismo no me acuerdo por qué estaba preocupado. —No me agradaba ver a otro

macho enterrado entre los pechos de mi osa, pero eso lo calmó de golpe.

—¿Tu padre se parece mucho a ti, misma altura, y tu madre es un poco más bajita, un poco metida en carnes y con la cara parcialmente canela?

En la entrada del comedor había dos cánidos con maletas en las manos, vestidos como si vinieran de Las Barbados y mirando para todos lados.

—¿¡Papá, Mamá!? —Se apartó de Ursa y se puso a mirar para todos lados, le señalé donde estaban y fue corriendo hasta ellos derribando ovejas y camareros a su paso. Sun fue detrás de él cámara de fotos en mano.

—Para ser un perro ovejero se le ve poco delicado con las ovejas. —Ursa estaba viendo la escena atónita.

—Bueno, por lo menos ahora no nos ladrará ni nos intentará morder. Míralo, se le va a desencajar el rabo —dije señalándolo.

Todos nos reímos al ver la escena, todos menos Fang, que estaba llorando en el hombro de Jacob.

—No os preocupéis por él, le pasa como a mí, echa de menos a sus padres. Anda, tonto, deja eso para la ceremonia. —Verlos a los dos era la personificación del amor sobre todas las cosas, mismo sexo, distinta especie y ninguna barrera.

—Vienen para acá, os apuesto lo que queráis que él habla en plan enrollado y que ella habla muy fino —dije.

Todos soltaron lo que estaban bebiendo en la mesa y empezaron a apostar.

—Yo creo que los dos hablan supercultos. —Seve volvía a hacer eso del cuello.

—Nah, mira cómo van vestidos, seguro que tienen aún arena de playa en los bolsillos. Los dos hablarán con muchos tíos, colegas, hermanos y troncos en sus frases. —Jacob seguía abrazado a Fang y acariciándole el cuello.

—Acento raro, los dos van a tener un acento raro, como los extranjeros cuando hablan nuestro idioma. —Ursa no quería quedarse fuera de las apuestas.

—Él habla como Buddy cuando habla de medicamentos, y ella es una maruja. —Fang había dejado de llorar y creo que solo los miró un segundo antes de hablar.

Los teníamos ya prácticamente encima y todos estábamos deseando que abrieran la boca.

—Buenos días. Perdonen por el retraso, uno de nuestros caballos se indispuso y hemos tenido que pedir una montura prestada. Me llamo Bobby y ella es Chispa, mi mujer, somos los padres del novio. —Él hablaba tal como había dicho Fang, de forma serena, escogiendo las

palabras.

—Le dije a este perro que ese caballo no podía andar tantos kilómetros, pero les coge cariño a los equinos. ¡Mi niño chico se casa! ¡Esto es enorme y huele a lana que tira de espaldas! ¡Vamos a cambiarnos, papi, ahora damos el cante mucho! —Besó a todos los que estábamos en la mesa y tiró de su marido.

—¡Me cago en la madre que te parió, pajarraco! ¿Cómo has podido, cómo lo has hecho? —pregunté con la boca abierta.

Él volvió a sonreírme de forma coqueta.

— Mi gato ve el aura, tú te mueves a supervelocidad y yo calo a la gente a kilómetros. He tenido que tomarle las medidas a muchos racionales, sé a quién puedo meterle mano —respondió Fang giñando un ojo.

No pude evitar reírme y acordarme del día que me tomó a mí las medidas.

—Ahora que ha pasado el temporal me gustaría tomar algo, tengo un hambre canina. Ursa, vamos a comer algo. —La cogí por la cintura y fuimos al bufete para desayunar algo.

Todo estaba engalanado para la celebración y un ejército de ovinos vestidos de camareros iban y venían con bandejas y jarras. Desayunamos junto con nuestros amigos, compartimos ese momento antes de la unión entre risas y alguna lágrima que otra. Buddy dejó de rascarse la cabeza y pudimos estar con él antes de la unión. La boda estaba programada a las diez de la mañana, fuera, detrás de la mastodóntica residencia de los Vilna. Según Buddy, iba a ser una ceremonia íntima, solo la familia directa y algunos amigos, pero la cantidad de sillas que había allí era ridícula. De nuevo supimos dónde sentarnos por el tamaño de los asientos.

La ceremonia se parecía mucho a las de la Tierra, llegó el novio cogido de su madre al altar y después de una innecesaria espera llegó Anya del brazo de su padre. Hasta ese momento no había visto a los padres de la novia, por lo visto estaban en otro pueblo recibiendo la mercancía. Junto al altar había una especie de rueca, algo para hilar lana. Los dos días que estuve cargando cajas de vegetales, frutas y hortalizas le intenté sacar a Ursa de qué iba la ceremonia, no me dijo ni media, ni ella ni ninguno de los ovinos. Parecía ser que mi osa había amenazado a toda la casa Vilna para que no me contaran nada. Ella iba vestida igual que en el dibujo de Ursa, un traje bastante sencillo, corte al hombro, un pequeño escote y un velo. No había cura, ni capellán, ni nadie que oficiara la ceremonia, solo el altar, un pequeño atril con unas tijeras, alguien detrás de la rueca y los dos novios. El padre de Anya dejó a su hija junto a Buddy, le retiró el velo, cogió las manos de ambos, las juntó y se retiró a sentarse junto a la familia de la novia. Allí quedaron los dos, mirándose cara a cara, ella

le hizo una señal y él empezó a hablar.

—Nos encontramos aquí, uno frente al otro, macho y hembra, para anunciar ante nuestras familias que estos dos cuerpos se volverán uno. Su lana será mi lana, mi cuerpo será su cuerpo, su familia será mi familia. —Cogió las tijeras del atril y fue a aportar lana de su flequillo. Dejó sus ojos al descubierto y todos nos quedamos con la boca abierta.

Ella repitió los mismos votos y aportó lana de su cabeza, ambos se la dieron al ovino que estaba en la rueca, se hiló la lana trenzándola con un fino hilo plateado. El mismo ovino le puso un enganche a la lana trenzada y devolvió la materia prima hecha pulseras a los novios. Los dos volvieron al altar uno frente al otro. Se pusieron mutuamente las pulseras, se dieron un beso y todos los ovinos se levantaron para aplaudir al nuevo matrimonio. La ceremonia fue muy bonita y estaba cargada de simbolismo. Antes de bajar del altar como pareja de pleno derecho, otro ovino les arregló las lanas a los novios, a Buddy parecía que le habían pegado un bocado en el flequillo. Toda la ceremonia fue fotografiada por Sun, que pasó de llevar en sus manos una cámara prestada a tener de asistente al fotógrafo de la familia, el pobre ovino no podía seguirle el ritmo a la loba. Sentí que alguien me ponía algo en la mano, cuando miré hacia abajo vi a una cría que me daba pétalos de flores, me dijo que tenía las manos grandes y me dio más pétalos que a los demás, le di las gracias y se fue con una gran sonrisa a seguir con su tarea. Ursa estaba llorando a mares, le temblaba el labio inferior, con ese pedazo de boca de oso era gracioso. Tenía un pañuelo blanco en el bolsillo de mi chaqueta, dejé los pétalos de flores en mi asiento, saqué el pañuelo y se lo pasé por los ojos.

—¿Qué pasa contigo? Eres de lágrima fácil, ¿por qué no estás llorando? —Me había cogido la mano y se estaba secando la cara con el pañuelo que tenía yo en ella.

—Por que alguno de los dos tiene que mantener la compostura. No te voy a engañar, estoy a punto de derrumbarme, ha sido muy bonito. Pero no quería perderme un segundo de la ceremonia teniendo los ojos emborronados por las lágrimas. Anda, componte, que van a bajar del altar, ¿tenemos que tirarle los pétalos o son para comer?

Ella me devolvió el pañuelo y me dio un beso.

—Son para tirarlos, simpático. Procura no tirarlos a la cara, el pelanas se ha quedado sin flequillo. ¿¡Has visto qué ojos más bonitos!? —Había dejado de llorar y tenía las manos llenas de flores desmenuzadas.

—Sí, los he visto antes. ¿Son más bonitos que los míos?

Ella me habló sin dejar de mirar a los novios.

—Los ojos verdes son poco comunes, pero los tuyos también son muy bonitos. Anda, prepárate, que ya bajan. —Ahí estaba ella, un pedazo de hembra dando saltitos y emocionada como una cría.

Bajaron del altar a cámara lenta y fueron recorriendo el pasillo central mientras le caían una lluvia de pétalos. Sun se puso al principio del pasillo con una cámara de gran objetivo, la loba tenía talento para esto. Salieron de la propiedad de los Vilna montados en una carroza, una negra abierta y perfectamente lacada. Sun se nos acercó corriendo con una cámara atada del cuello.

—Me tengo que ir con los novios, el fotógrafo de la familia es un chapuzas. Estoy contentísima, ya sé qué quiero hacer, cuando vuelva con la familia voy a hablar con Foli. ¡Voy a ser fotógrafa profesional! —Se acercó a nosotros para besarnos con fuerza.

—Ten cuidado y no te estreses, no es bueno para el crío —dije.

Las dos me miraron con cara de querer morderme.

—¿La quieres dejar tranquila? Los vuestros andáis haciendo burradas hasta el día antes de parir. ¿Serás igual de pesado conmigo? —protestó Ursa.

Le cogí de la cara y se la espachurré antes de besarla.

—Mas, contigo seré más pesado aún. Anda, vamos a embriagarnos y a socializar un poco, quiero preguntarle al lagarto por los saurios de granja y qué moto le ha dado el Ministerio.

Según fuimos saliendo del sitio que despejaron para poner el altar, un ejército de ovinos empezó a recoger sillas para cambiarlas por mesas redondas bajas. Las bodas son bodas, allí y en la Tierra. En lugar de irnos por ahí a tomarnos algo mientras esperábamos a que los novios se hicieran las fotos, nos quedamos allí hablando entre nosotros y pidiendo copas. Seve llevó al centro de Yuta a quince saurios de las granjas, al poco de estar allí se olvidaron de tener miedo a los custodios, de camuflarse por su vida y empezaron a trabajar. Contar con Yuta y sus más de doscientos años de vida les vino muy bien, esos quince saurios ayudarían a otros tantos, que a su vez ayudarían al resto. Las granjas de saurios ya eran historia. El Ministerio estaba muy contento con su trabajo con los saurios, a Yuta no iban a cuestionarle jamás su asignación con los racionales que salieran de sus instalaciones, y a Seve le habían dado una moto último modelo, una que parecía de Trail, le dije que tenía que prestármela para dar una vuelta con mi osa.

Jacob iba a ir a conocer a la familia da Fang, ya era oficial, tendríamos otra boda. Su madre estaba localizada y averiguaría qué propósito tenía el alma que habitaba su piel. Fang crearía prendas y Jacob diseñaría complementos en metal, tendrían un futuro como marca de moda, les sugerí el nombre de «Jacob&Fang» para su sello, les encantó. Después de estar un buen rato hablando con nuestros amigos y algunas copas más tarde, nos quedamos Ursa y yo solos.

—¿Mi intrépido explorador se ha quedado tranquilo? Todos tienen un brillante futuro por delante. —Estaba, como siempre, contenta.

—También he pensado en nosotros, tienes mucho talento y el Ministerio nos debe una muy gorda. Tú podrás formarte como artista, ya lo eres, solo necesitas el título. Yo estudiaré para veterinario y trabajaré con animales. De nuevo me encuentro perdido, osa, ¿hay algún sitio donde podamos aprender nuestros oficios juntos?

Ella dejó su copa en una de las mesas para abrazarme.

—Sí lo hay. Vamos a pasar unos años pringados estudiando, aunque la carrera de Bellas Artes es más corta que la tuya. ¿Te gustaban los sitios con costa? —dijo con una sonrisa en la cara.

—¿Has hecho los deberes? ¿Has buscado un campus en el cual podamos estudiar todo eso y encima junto al mar? ¿Te he dicho que te quiero? —Empecé a olerla nada más pronunciar esas últimas palabras.

—Deja la bebida un rato y vamos a comer algo, han empezado a traer bandejas con los canapés, te pones muy tonto cuando bebes. —Volvió a tomarme de la mano y a dirigir mis pasos.

Picoteamos del menú que habían dispuesto Drago y Musta, los busqué, pero no los vi, estarían en la cocina liados sacando un enorme volumen de comida para todos los comensales. A cosa de las cinco de la tarde se despachó café y pastas, era una boda de día entero. Se sirvió desayuno, almuerzo y merienda, faltaba la cena y fiesta. A esa hora vinieron los novios en la misma carroza en la que se fueron, los seguía Sun con el fotógrafo en una pequeña furgoneta. Volvimos a la zona donde se celebró la boda, no solo retiraron las sillas y habían montado mesas y pequeñas carpas, sino que también montaron un pequeño escenario, allí se encontraban los instrumentos de los Michael Clan. Delante se colocó una mesa larga donde estarían los novios y sus padres presidiendo el banquete. Se nos pidió que nos sentáramos en nuestras mesas asignadas y no nos levantásemos para saludar a los novios, trajeron a Sun contra su voluntad a nuestra mesa. Las bodas eran bodas, allí y en cualquier otro rincón del universo, había comida de sobra, bebida para dos vidas y mucho, muchísimo jaleo. Aquello parecía un zoco en hora punta más que una boda. Era de agradecer que fuera al aire libre, este evento en una sala cerrada sería una auténtica locura. A Sun se la veía molesta por estar sentada cenando en lugar de andar gastando carretes de fotos, comía con furia mirando de reojo al ovino que llevaba la cámara fotográfica. La habían sentado entre Jacob y Seve, el chiste era muy fácil.

—¿Te quieres relajar, perra grande muerde ciervos? —exclamé— Estás engullendo sin ni siquiera saborear la comida, me está dando fatiga verte. Estas ahí sentada, rodeada de machos, ¿quieres tranquilizarte y disfrutar?

Ella soltó los cubiertos de un golpe sobre el plato, se limpió la boca con la servilleta y me miró con cara de pocos amigos apuntándome con un dedo.

—Antes de decirle nada a mi macho te voy a decir yo otra cosa —le espetó Ursa—. No sé cómo serán las bodas entre los lobos, aquí se viene a disfrutar, a comer y a bailar cuando empiece a sonar música, de modo que ya te quiero ver callada y disfrutando de la comida.

Sun cogió su copa la alzó y empezó a hablar.

—Brindo por vosotros dos, ni la peor catástrofe natural podría separaros —dijo vaciando su copa de un trago—. Me lo estaba pasando bien hasta que me quitaron la cámara de fotos y me sentaron aquí, en la mesa de las parejitas felices.

—Yo también estoy aquí sin pareja. —Que Seve no mostrara emoción alguna en el rostro no ayudaba a calmar las cosas.

—Lo sé, pero seguro que tienes en el centro de Yuta a una hembra esperándote. Hasta ahora mismo me sentía útil, aquí no estoy haciendo nada —respondió la loba.

Lo del relax no iba con Sun, en los dos días que pasé con ella de caza apenas se sentó a descansar.

—Eres útil, me gusta tenerte cerca de mí, tu cuerpo me da calor. —Las palabras de Seve parecieron calmarla, se pegó más a él.

—Lo siento, tengo las hormonas revueltas. ¡La culpa es tuya y de tu osa, me habéis convertido en una histérica! —Se tiró encima de Seve a llorarle en el hombro—. ¡Soy muy feliz, os quiero! —Hablaba a duras penas y llorando con una voz aguda, todos nos miramos asustados.

—Si eso es lo que le hace tu esperma a una hembra, me alegro de no ser de tu misma especie —me dijo Ursa al oído, me costó horrores no reírme.

—Y nosotros a ti, loba cachas y preñada hasta las cejas. —Le hice una señal a Seve para que la acariciara tras las orejas.

—Me estás dando mucha energía, además estás muy suave. Jacob, ven y acarícíala, esta supersuave —dijo Seve.

El tigre se levantó de su asiento y le puso las manos en la espalda, el traje que llevaba tenía una abertura hasta el rabo.

—Es verdad, el embarazo te está dejando el pelaje muy suave y esponjoso —exclamó Jacob.

Ella empezó a mover el rabo, podía olerla, no estaba excitada, era otro tipo de olor.

—Ya, y yo me he untado en aceites para que mis plumas estén más brillantes y suaves. ¿Podría venir alguien a tocarme a mí también? —preguntó Fang ahuecando las plumas.

Ursa me dio un empujón para que fuera a sobar al pájaro.

—¿Entonces eras tú el que olía tan bien? Anda, voy a poner celoso al tigre de los cereales. —Lo abracé y le metí mano, pude sentir como su cuerpo se estremecía bajo mis manos.

—Eh, ahora la que está celosa soy yo, todo el mundo tiene sobeteo menos la osa.

Nos reímos todos.

La cena fue abundante y amena, el fotógrafo de la familia captó el momento en el cual todos andábamos acariciándonos mientras Ursa estaba con los brazos en jarras. Reímos, comimos, bebimos e hicimos que Sun estuviera relajada. Creo que no quería estar en esa mesa por mi culpa, esos dos días de cacería le dieron un embarazo, pero ella quería algo más. Tenía que hablar con ella.

Terminamos de comer, sirvieron café y los novios fueron mesa por mesa a hablar con los invitados. Esperamos pacientemente nuestro turno, cuando pasaron por detrás de nosotros le pellizqué el culo a Buddy y le reñí a Ursa para incriminarla. Ursa me prohibió beber más, razón no le faltaba. Al llegar a nuestra mesa no pude parar de mover el rabo, al levantarme para abrazarlo le di una paliza a Ursa mientras él se la daba a Anya. Abrazar a ese perro de lanas me llenaba de felicidad, no sé si era porque lo quería como a mi hermano, o más bien era otra de las movidas de perro. El caso es que me hacía muy feliz tenerlo entre mis brazos.

—Estás muy guapo sin ese flequillo, ahora pareces más listo. —A su lado estaba esa oveja tan mona con cara de pocos amigos—. Anya, estás preciosa, ahora sé por qué este perro se ha fijado en ti.

Cuando le dije eso, me sonrió.

—Tu osa me ha dicho que eres muy zalamero, venía hacia esta mesa con las defensas altas, pero eres muy bueno. —Me dio un abrazo y me dijo al oído que cuidara de ella.

—Su osa es muy feliz, ahora mismo mi felicidad es por vosotros. Hacéis muy buena pareja. —Abrazó a los dos hasta casi partirlos.

—Explícame una cosa, ¿por qué venías con las defensas altas? —Siempre estaba enfadada conmigo, no sabía bien por qué.

—Tu amigo Buddy quiere que nos vayamos a su pueblo y abrir la tienda allí, no es lo normal y creo que la idea se la has metido tú en la cabeza —dijo Anya con el ceño fruncido.

Buddy me miró encogiéndose de hombros.

—Tu marido añora el mar, el ir y venir de las olas, el canto de las aves marinas y el olor a sal. Solo le pregunté por qué quedarse aquí en Magome. Podéis tener el futuro que queráis tener, vuestro hogar estará donde estéis. ¿Quieres vivir en esta casa enorme rodeada de los tuyos? ¿O quieres empezar algo nuevo con él, lejos de aquí? —pregunté. El planteamiento me sorprendió hasta a mí mismo, llevaba mucho vino encima.

Ella tomó aire con fuerza, creí que iba a chillarme.

—Osa, me dijiste que era bueno, te has quedado corta. En este momento la idea de irme a Matsue me parece la mejor opción. —Se volvió a hablar con Buddy—. Mi hogar está donde tú estés, una casa enorme llena de ovinos sin ti estaría vacía.

Y ese perro de lanas cogió a su esposa, la abrazó y la levantó un palmo del suelo entre llantos.

—Eso que has dicho es precioso, también se aplica a nosotros dos. Buddy, tío, deja de llorar… —Me acerqué a ellos y me uní en el abrazo y en el llanto con Buddy.

Ahí estaba el motivo por el cual la mujer de mi amigo no podía verme. Otra vez volvía a plantearme si era porque quería a ese cánido o por la afinidad de la raza, por ser un perro, solo escucharlo llorar me entraban ganas de consolarlo.

Al terminar la ronda de visitas de los novios, el ejército de ovinos que se dedicaban a llevar el evento casi nos quita las sillas bajo nuestros traseros y la mesa con el café aún caliente. Se despejó todo en lo que dura un caramelo en la puerta de un colegio, aún se estaban llevando las mesas cuando los novios se colocaron en el centro de la explanada. Los Michael Clan empezaron a tocar una lenta y los novios empezaron a bailar. El momento fue mágico, como cualquier boda, pero ver a un perro de lanas vestido de novio bailando con una oveja de novia fue… Bueno, era lo que me tocaba por vivir aquí. Tenía la mano de Ursa envolviendo la mía, la mano de una osa enorme y muy cariñosa. Las luces subieron de intensidad un poco y el resto de las parejas empezaron a unirse al baile.

—Tus pensamientos por un centavo —dijo Ursa. Me hizo gracia escucharla hablar de dinero.

—Si tú no sabes lo que es un centavo, peluche. Estaba pensando en lo bonito del momento, en si me acostumbraré algún día a ver este tipo de escenas. También estaba pensando en lo terriblemente achuchable que estarías vestida de novia.

Creí que me iba a partir la espalda de un abrazo, se separó un poco de mí.

—O sea, que la oveja está preciosa, pero yo estaría achuchable.

—Estarías preciosa y achuchable. Me lo estoy pasando muy bien, guapa. La comida, el vino, el sitio y la compañía… Soy muy, muy feliz.

Ella volvió a esquivarme un pisotón, no me decía nada, pero era un pésimo bailarín.

—Sé cómo funciona esa cabeza, tienes un «pero»…

—Tengo una sensación extraña, me da el pálpito de que algo va a pasar.

Ella me agarró muy debajo de mi cintura.

—Pues claro que algo va a pasar, lobito. Te voy a hacer aullar tan alto que hasta tu familia en la Tierra te va a escuchar. —Empezó a frotar su cara con la mía.

—Tú sabes algo… Compartimos más que lecho, tengo recuerdos tuyos en mi cabeza.

Ella siguió a lo suyo sin inmutarse.

—Disfrutemos de la noche, mañana hablaremos. ¡Qué buen culo te hace este traje! —Me estaba dando un buen repaso.

Se terminó la instrumental lenta y Miguel entró en escena. Volvió a tocar *Rock and roll en la plaza del pueblo*, una tras otra empezó a tocar lo mejor de su repertorio. Su grupo, después de saber dónde iban a tocar y para quién, se apuntaron casi todos, la pareja de cánidos que tocaban los instrumentos de viento no cabía en el escenario, pero igual estuvieron allí. Tocaron temas a dúo con Blanca, volvió a cantar el tema *Nómada*. Busqué con la vista a Sun, andaba bailando con Seve, al darse cuenta Ursa me cogió de la mano, pilló a Seve con la otra y me juntó a bailar con la loba. Los dos nos quedamos mirándonos incomodos, abrazados pero separados un palmo.

—Por el amor de Fafnir, os he juntado para que bailéis agarrados. La has preñado, Mundo, pégate a ella. —Ursa cogió a Seve y se lo llevó refunfuñando.

—Si me gustaran las hembras, también estaría liada con ella —dijo Sun—. Tienes mucha suerte, el amor correspondido es muy difícil de encontrar.

Estábamos muy pegados y no paraba de sentirme culpable por la noche que compartimos.

—¿Estás bien? No me refiero al embarazo, ¿tú estás bien?

Ella, al hacerle la pregunta, suspiró.

—Estoy bien, siento haberte arrastrado a esto. He sido muy egoísta, solo quería estar contigo, aunque solo fuera una vez. Ha sido muy especial, por unas horas fuiste mío, además me llevo el mejor regalo que un macho podría hacerle a una hembra. —Me soltó un poco para tocarse el vientre.

—Vas a ser una embarazada preciosa. No tienes por qué disculparte, pude haberte dicho que no, pude haber cogido a mi yegua y haber salido corriendo. Me gustas y te quiero, pero no como a ti te gustaría. Además, mira eso. —Ursa estaba bailando con Kudo, eran la perfecta pareja de osos pardos—. ¿Cómo podría pedirle a mi osa lo mismo que te hubiera negado a ti?

Ella me abrazó bien fuerte.

—Cómo me gustaría que hubieras dicho alguna guarrada. Algo como «tienes un buen polvo», o «llevas dentro a un campeón». ¿Por qué tienes que ser tan cariñoso? —Estaba a punto de echarse a llorar.

—Sun, tienes un buen polvo. —Rompió a reír con esa risa chillona —. Te quiero, mamá loba.

—Yo también, idiota —dijo dándome un beso en la mejilla.

La canción terminó y volví con Ursa. Ella seguía abrazada a Kudo, recordé lo que me dijo cuando accidentalmente lo hice llorar, «a un oso no se le corta un abrazo». Esperé pacientemente que ese pedazo de

oso soltase a mi hembra, duró más de lo que me hubiera gustado. Mientras tanto, Miguel se despedía del público y anunció que pasaba a ser parte de la celebración. Cuando Kudo la soltó, pasó a abrazarme a mí.

—Es muy especial, la echaré mucho de menos. —Me soltó y fue corriendo a por su loba.

—¿Celoso? No te pega nada —dijo Ursa.

—Qué va, os veía a los dos como una pareja perfecta. ¿Por qué me ha dicho que te echará de menos?

—Nosotros somos una pareja perfecta, lobito —dijo Ursa tras cogerme de la mano y plantarme un beso—. La novia va a tirar el ramo y tengo una ligera ventaja respecto al resto de las hembras de este evento. Aunque tendré que pelearme con Sun y Fang. Menos mal que Fang es un ave, con lo loca que está, si fuera un felino, arañaría a las demás.

El comentario era muy de ella. Conseguía verle el lado positivo a cualquier situación.

—Vale, me quedaré aquí como un buen chico. Ve y coge ese ramo, cuando lo tengas en las manos subiré contigo al escenario y te pediré matrimonio delante de todos nuestros amigos. —Le di fuerte en el culo y marchó con una sonrisa puesta en la cara. Dejé pasar el que no me respondiera a la pregunta.

La misma escena que vi en muchas bodas se repetía aquí, pero esta vez no había mujeres jóvenes esperando a coger el ramo, había un montón de ovejas, una osa, una loba y un pavo con mucha pluma. Anya se subió al escenario, se puso de espaldas y tiró el ramo. Vi como esa oveja tan mona tiraba el ramo, lo vi rotar en el aire a cámara lenta, cada vez más despacio, hasta detenerse en el aire. Todo permaneció inerte, como si fuera una escena detenida en tres dimensiones. Podía ver a Ursa con los brazos extendidos sobre todos los demás, a Sun cogiendo impulso para saltar y a Fang pisándole la cabeza a una oveja para tomar ventaja sobre los demás. A mi alrededor el tiempo se congeló, nada se movía excepto una figura oscura tras Anya.

—¿Quién eres, qué está pasando? —Mi voz sonaba devuelta en un eco distorsionado.

—Tú sabes quién soy. —La figura oscura con forma humanoide bajó del escenario para darme al encuentro.

—Me suena la voz y las frases hechas con solo cuatro palabras o menos.

Su voz era profunda y hablaba con mucha corrección.

—Se puede decir mucho con pocas palabras. Aquí me conocen como Fafnir, pero tengo muchos nombres. —Al llegar a mi altura, tomó forma de lobo antropomorfo.

—No, esto no puede ser. He bebido mucho, me he caído y me dado en la cabeza. Fijo que es eso lo que ha pasado. —La cabeza me ardía, esto no podía estar pasando—. Espera, ¿muchos nombres? —Quería respuestas.

—Sí, Mundo. Muchos nombres, ahora mismo soy Fenrir, pero también me conocen por Fafnir, Jehová, Jesucristo, Alá, Yahvé, Brama, Zeus o Buda, por poner algún ejemplo. —Según iba enumerando dioses iba cambiando de forma. Se quedó en la imagen de Buda con orejas largas, gordito y envuelto en una túnica naranja.

—No me siento cómodo con esto. Me han pasado cosas raras aquí, pero esto… No me siento nada cómodo con esto —dije sintiéndome indispuesto.

Miraba a ese señor que parecía de mediana edad y con pinta de monje, lo tenía delante y seguía sin creérmelo.

—Quizás estés más tranquilo así. —Volvió a cambiar para tomar la apariencia de Morgan Freeman vestido con un traje blanco. Eso me arranco un par de carcajadas.

—¡Venga ya! ¡Ahora sí qué me estás vacilando!

Él rio y empezó a andar fuera de la propiedad de los Vilna.

—Quiero que hablemos, ven conmigo. No te preocupes por tus amigos, no se darán cuenta de que no estás. —Miraba a Ursa con los brazos extendidos para coger el ramo y la expresión de dolor de la ovina a la que estaba pisando Fang.

—Un segundo, voy a hacer algo. —Fui corriendo, cogí el ramo de novia que estaba a escasos centímetros de las manos de Anya y se lo puse en las manos a Ursa.

—Eso no ha sido muy justo. —Incluso hablaba con la voz del actor.

—Para los demás no, pero creo que Dios me perdonará por este pequeño pecado.

Él volvió a reír.

—Por eso me gustas, por ello te voy a dar a elegir, aunque yo ya sé lo que vas a hacer. —Seguíamos andando fuera de la propiedad de los Vilna.

—Yo ya he elegido, quiero quedarme aquí, sé que aquí seré feliz.

—Eso es lo que te has repetido muchas veces, dime la verdad, dime lo que realmente piensas.

—Si sabes lo que pienso, si sabes lo que voy a hacer… ¿Qué objeto tiene hablar conmigo?

Seguía sonriéndome con esa cara de inmensa benevolencia.

—Tengo muchísimos eones en mi saber, he visto el inicio y el fin de planetas y civilizaciones, he presenciado el caer y resurgir a innumerables razas y especies. Sin embargo, tu caso es particular, uno entre un trillón, una minúscula piedra en medio de un mar de arena. Tienes la oportunidad de elegir. Aquí tendrás un futuro, familia, hijos,

una vida larga, plena y llena de alegría, pero siempre te quedará la duda. —Seguía andando y hablándome con esa voz de actor.

—¿Algo de esto será realmente mío? Este cuerpo no me pertenece, los hijos que tenga con Ursa, aunque no conozcan a otro padre, tampoco serán hijos míos. También me quedaría faltando a una promesa.

Estábamos llegando al pórtico de entrada, allí había dos figuras grandes a pie tirando de las riendas de sendos caballos.

—¿Sabes quiénes son? Estaban en tus, como lo llamaste, «quehaceres interdimensionales». Siento reírme, pero eres muy ocurrente.

Paramos junto a los racionales que estaban en la entrada, eran una pareja de lobos.

—Son los padres de Kiyu, Elder y Lara. ¿Qué hacen aquí? —Ella no era un lobo, era una cánida muy grande, el equivalente a Ursa en perro, él era igual que Kiyu.

—Según se enteraron dónde estaba su hijo cogieron esos dos caballos e iniciaron el viaje. Se han llevado una semana a caballo descansando lo justo para ver su hijo. —Él tenía un bocado en la oreja derecha, parecía una herida antigua.

—¿Tiene un tiro en la oreja? ¿Cómo le pasó? —Me acerqué a mirarlo, tenía pinta de estar cansado.

—Tiene un tiro en la oreja, en el hombro y dos costillas rotas por el último de los disparos que le propinaron. Fueron los agentes que custodiaban el orfanato los responsables de sus lesiones. Arrancaron a Kiyu de los brazos de esa perra y lo usaron para cazar lobos. Pasaron por mucho y te daban por perdido. Tuvieron más hijos, pero Kiyu fue su primogénito.

—Me has traído aquí para hacerme pensar. Lo que dejo, lo que me llevo, lo que podría ser. ¡Sabes que esto me está matando, lo sabes y me has traído para verlo! —Estaba gritándole a Dios, gritándole y enseñándole los dientes.

—Te estoy dando algo que para muchos es solo una ilusión, te estoy brindando auténtico libre albedrío. Aquí serás feliz, pero le quitarás un hijo perdido a sus padres. Kiyu no conocerá a sus hermanos, a sus abuelos. En contrapartida, allí tiene una madre, aunque no sea la suya. Allí tendrá un oficio, se casará y tendrá hijos. Le irá bien. —Se paró y una incómoda pausa lleno el ambiente.

—Esto es divertido, has hecho una pausa después de parar el tiempo. ¿Tengo que decidir ya? ¿No puedo hablar con Ursa antes? Espera… Tú ya has hablado con ella, fue en los dos días que estuve cazando con Sun. A ella también la has liado, le hablaste, le dijiste que tenía que preñarla. ¿¡Podrías dejar de jugar a ser Dios y decirme por qué tenía que embarazar a Sun!?

—Otra cosa que me encanta de ti —dijo tras reírse—, odias las sorpresas y los interrogantes. Aquí la batalla con los lobos, ahora que Roser es uno de ellos, no ha terminado. Tu hijo tiene un papel importante, tu hijo, no el hijo de Kiyu. Sun se apañará bien con él, la tribu lo cuidará, no le faltará de nada. Ursa me dijo que lo que hablé con ella era privado, que me preguntarías, pero que era privado. Tu chica da miedo enfadada, y te lo dice alguien que no puede morir.

—Vale, Ursa es mucha Ursa, tendré que preguntarle a ella. A ese crío le faltará un padre, puede que en la tribu no le falte un modelo de paternidad, pero no tendrá a alguien a quien llamar «papá». No sé si añadir eso a la lista de pros o contras para quedarme o marcharme. Ursa, ¿qué será de ella? —No podía sacarme el brillo de sus ojos de la mente.

—No te preocupes por ella, es un ser de luz, muy optimista, ahí radica su fortaleza. Si quiere saltar a tu plano, lo hará, nadie, ni siquiera yo se lo podría impedir. —Volvió a hacer una pausa, era como si supiera lo que iba a decirle de antemano.

—Qué pasa con Darío, ¿qué ha hecho para que lo tengas cambiando de planos sin parar? ¿Cuál es su pecado?

Él volvió a reírse, en esta ocasión me cogió de las manos.

—Vosotros, los seres pensantes, me consideráis un dios, no lo soy. Los indios americanos creían que Hernán Cortes era un dios con su armadura plateada y sus palos de fuego. Puedo vivir para siempre, he visto muchísimas cosas, pero no he vivido ninguna. Quiero nacer aquí en Ix, crecer, encontrar un buen macho y morir dejando descendencia. Pero no puedo dejar el multiverso sin supervisión. Sé que te gusta la historia, eres una persona culta. Lo de Alemania y Hitler; eso fue un descuido mío.

—Qué pasó, ¿dejaste de mirar para la Tierra y el holocausto nazi es el equivalente de cuando te despistas y se te pegan las lentejas?

—Eres sumamente ocurrente —dijo entre risas—, seguro que podrías darle a la teoría de la relatividad una explicación que entendería hasta el perro que ha adoptado Kiyu. No puedo dejarlo todo al libre albedrío y el caso de Ix es especial, tú los has visto, tan inocentes, tan puros. Sin ayuda, alguien podría aprovecharse de ellos. Darío no está siendo castigado, lo estoy formando. Cuando llegue el momento, él tomará mi lugar.

Hizo otra pausa, un nuevo silencio, contestaba todas mis preguntas, pero no tomaba la iniciativa en la conversación.

—Roser le ha puesto a todas las ciudades y pueblos nombres japoneses, sin embargo, ella lleva aquí seiscientos años, seiscientos de los de aquí que al cambio son… —Estaba haciendo el cálculo mental y él me interrumpió.

—Son setecientos veinte años de la Tierra, calculando las horas y

redondeando a la baja. Ellos dejaron la tierra en 1860 y llegaron aquí hace seiscientos años. A veces los saltos entre planos también vienen acompañados de un salto temporal. Podríamos quedarnos aquí hablando por toda la eternidad, pero creo que ya he saciado toda tu curiosidad, ¿estás listo? —Me tenía cogido de las manos, me las sacudió levemente.

—Aquí no —dije suspirando—, no quiero que los padres de Kiyu encuentren a su hijo tirado en el suelo después de haber salido de la nada. Me gustaría ver a Ursa por última vez.

Él hizo un gesto para que pasara de nuevo dentro.

Según íbamos llegando tras la enorme casa de los Vilna, vi poco a poco como el tiempo volvía a correr. Paulatinamente, paso a paso, vi como el viento volvía a mecer las copas de los árboles, escuchaba a la marabunta de hembras chillar para coger el ramo de novia, objeto de deseo que ya estaba en las manos de Ursa. Si no llega a ser porque hice trampas, lo hubiera pillado Fang, había saltado por encima de la osa. Al cogerlo, se volvió a mirarme con una sonrisa de absoluta felicidad en su cara de osa, quise gritarle un último «te quiero», antes de irme. Levanté la mano para saludarla justo antes de que toda la escena desapareciera rápido, todo se fue por un túnel. Aquel sitio donde corrí tantas aventuras, ese mundo habitado por animales racionales escapó de mi vida de la misma forma en la que llegó, casi por accidente. Nunca más sentiría el tacto de esa mano agarrando la mía, de todas las cosas era lo que más echaría de menos.

En casa

El día era gris y una gruesa cortina de agua correteaba por los cristales del tren; hacía un día de los de manta y sofá. Llevaba seis meses en casa de mi madre, tenía ganas de llegar para dejar el portátil, y ver a Buddy. El pobre animal se asustó mucho cuando volví, él sabía que yo no era Kiyu, al verlo así mamá también se dio cuenta y tuve que hablarle. Le dije que había vuelto, que por fin estaba aquí al cien por cien, creo que eso de momento le valió.

En esos seis meses, cada vez que sonaba el teléfono y veía un número que no tenía en mi agenda me daba un vuelco el corazón. Esperaba con ansias la llamada de Ursa, quería coger el móvil y escuchar decir mi nombre como solo ella sabía decirlo. Estaba empezando a perder la esperanza, aunque ella había hablado con Fafnir, no sabía cuál fue su acuerdo.

Seis meses en los que mi ir y venir a la facultad se hizo mi nueva rutina, una que me llenaba de felicidad. Tenía una sana relación con los profesores, pero los que me llenaba era el trato con los animales. Nos mandaron en el segundo trimestre a la escuela ecuestre en Jerez. A pesar de que nunca me había montado en un caballo en la Tierra, resultaba que se me daba igual que en Ix. Mis compañeros eran unos críos, y las hembras me parecían inmaduras. Hembras… Aquí eran mujeres. Intentaba no cruzar mi mirada con ninguna, no quería complicarme con nadie, echaba muchísimo de menos a mi osa.

Intentaba por todos los medios ignorar al sexo opuesto, pero delante de mí había una que no me quitaba el ojo de encima. Estaba enfundada en unos vaqueros y llevaba un abrigo largo echo de muchos parches, era guapa, un poco gordita y con el pelo castaño. Me miraraba con el rabillo del ojo por encima de su tablet mientras parecía jugar a algo. Parecía estar dándole fuerte al Candy Crush o algún juego de estos de habilidad y velocidad, estaba con un lápiz arañando la pantalla con furia. Algo en la forma de mover ese pequeño trozo de plástico me parecía familiar. Me fijé un poco mejor en ella, cuando nuestros ojos se cruzaron ella sonrió, algo me sonaba en esa sonrisa. A su alrededor la gente no paraba de mirar la tablet y a mí. Dio un par de trazos más con ese lápiz, picó en dos o tres puntos distintos de la pantalla y el teléfono en mi bolsillo empezó a vibrar. Saqué mi dispositivo del abrigo, ante la atenta mirada de esa chica

que me sonreía sin ningún reparo. Un nuevo correo electrónico de «osa.rapada@gmail.com» emergió con un mensaje: «¡Te pillé!». Me tembló la mano, por poco se me cae el móvil al suelo, ella rio, conocía esa risa. Al abrir el correo venía un documento adjunto, era un dibujo en formato PNG, un dibujo de mí con las mismas ropas, en el mismo sitio en el que estaba sentado, pero con la cara y cabeza de un lobo, era Kiyu. El móvil terminó en el suelo, en lugar de recogerlo me tapé la cara con las dos manos. El tren estaba bastante lleno y no quería que nadie me viese llorar. Esto no parecía ser propio de ella, estar ahí sentada tan tranquila haciéndome un dibujo en lugar de tirarse encima de mí e intentar partirme la espalda, no parecía su estilo. Cuando aparté las manos de mi cara para coger el móvil la vi a ella, de cuclillas mirando hacia arriba y con mi teléfono en la mano.

—Creo que esto es tuyo, toma, no lo vayas a perder —me dijo con una voz dulce y una sonrisa enorme.

—Había pensado en un montón de frases para este momento, escribí un discurso… No me salen las palabras.

El tren anunciaba por megafonía la próxima parada, cortó la magia del momento.

—Esta es tu parada. ¿Vas a tenerme aquí en cuclillas o vas a darme un abrazo?

Me incliné sobre ella para levantarla del suelo fundiéndonos en un abrazo, no necesitaba preguntar si era ella, no podía ser otra persona.

—El tren se ha parado, coge tus cosas y salgamos de aquí. —Pulsé el botón y la puerta se abrió con un sonido neumático.

Iba a decirme algo, cuando puso un pie en el andén volví a abrazarla y a comérmela a besos. Era la primera vez en medio año que besaba a alguien, hacerlo sin una boca tan grande me pareció extraño. Ella no puso ningún tipo de reparo, estuvimos así un buen rato. Después de eso nos quedamos mirando a los ojos muy cerca uno del otro, tenía ese brillo que recordaba en su cara de oso.

—Seis meses, llevo seis meses mirando el móvil, buscándote con la vista cada vez que salgo de casa. La espera se me hecho muy dura. Ni te he mirado, no sé cómo eres físicamente, a ver… —La separé de mí, era unos pocos centímetros más pequeña que yo, pelo castaño, un pelín rellenita, tenía pinta de estar fuerte y también tenía el busto de la osa en Ix.

—Por favor, dime con total sinceridad si Úrsula en este sitio es guapa o fea. No tengo ni idea de cómo se mide la belleza aquí, en los catálogos de ropa interior las hembras están muy flacas. ¿Estoy gorda? —Se había abierto el abrigo y se estaba cogiendo la barriga.

—Eres Ursa, pero en humana, eres un poco más bajita que yo. Eres muy guapa, tienes una cara preciosa y unos ojos muy bonitos. Joder, osa, cómo te he echado de menos. Dame la mano, tengo que sacar al

Buddy, ha dejado de llover y me gustaría andar por la playa contigo —dije tirando de su mano.

—Así que he dejado un mundo donde era una gordita fuertota, para llegar a otro donde sigo siendo una gordita fuertota, pero con menos pelo.

Eso me arrancó una sonrisa.

—Seis meses, Ursa. ¿Por qué has tardado tanto?

Ella empezó a andar y a subir y bajar el brazo con mi mano envuelta en la suya.

—¿Tanto? Llevo aquí dos años, más medio año de Ix para dejarlo todo arreglado. Tenía que atar muchos cabos. ¿Recuerdas la granja? Pues no estaba en Galicia, estaba en Asturias, ahora mismo la tengo arrendada a una familia. El dinero para mí ha dejado de ser un problema, me preocupa más peinarme bien que mirar la cuenta del banco. —No paraba de tocarse el pelo.

—¿Cómo es posible? Te dejé hace seis meses en la boda de Buddy y Anya.

Estábamos saliendo de la estación, el día era frío y gris.

—Frío, hace frío. Tengo que ponerme mucha ropa con este cuerpo, pero es muy suave y se seca rápido después de la ducha. —Se apresuró a abrocharse el abrigo mientras se quejaba por la temperatura.

—Yo también pensé en lo fácil que era ahora secarme después de una ducha, casi lo echo de menos. Sigo sin saber cómo es posible que lleves dos años aquí, ¡podrías haberme llamado!

Ella me miró, suspiró y tiró de mí dirección a mi casa.

—Y te llamé, Mundo. Lo que pasa que cuando lo hice no me cogiste el móvil, después llamé a tu casa y tu madre me dijo que estabas en el trabajo. Me enfadé muchísimo al escuchar eso, creí que, después de todo lo que habías pasado con ese empleo y tus lesiones, volviste a ocupar tu puesto haciendo rejas. Te llamé unas cuantas veces antes de tu accidente haciéndome pasar por una agencia de empleo, ¿recuerdas esas llamadas?

Me cogí la cara con una mano mientras la miraba con la boca abierta.

—¿¡No me fastidies, eras tú!? ¿Tú fuiste la que me hizo todas esas preguntas sobre mi antigüedad en ese puesto, la peligrosidad y cuáles eran mis preferencias laborales? Recuerdo esas llamadas, me gustaba la voz de esa chica, la tuya. Tienes un tono muy cálido.

—Tenía que averiguar qué es lo que pasaba, yo esperaba encontrarte estudiando, no en el mismo trabajo. Cuando me dijiste que tu trabajo era peligroso, pero que no habías tenido ningún accidente, lo vi claro. La línea de tiempo había dado un pequeño salto, así que te fui llamando cada tres meses a ver si seguías en el mismo sitio. —Hablaba con ella de la mano, era la osa que recordaba, pero al

volver a mirarla estaba esa chica tan guapa—. ¿Qué pasa, tengo mal el pelo? —Otra vez volvía a acomodarse el pelo con nerviosismo.

—No, no es eso, tu pelo está bien. Me pasa igual que en Ix, te escucho hablar y ahora, en vez de ver una osa, estás tú. —El día no acompañaba a estar en la calle, había poca gente—. ¿Qué has hecho estos dos años?

—Puf —dijo resoplando—, aprender a ser humana, ¿te parece poca cosa? A diferencia de Kiyu, yo estaba sola. Me desperté en este cuerpo y al volante de un vehículo a motor, menos mal que estaba parado. Gracias a todo lo que hablé con Kiyu, pude hacerme con el vehículo y llegar a casa de Úrsula. Ha sido muy duro para mí. Estamos llegando a tu casa, ¿te espero abajo o prefieres que suba contigo? —Se paró y puso los puños apoyados en las caderas, la posición favorita de Ursa.

—Iba a decirte que deberías quedarte aquí abajo pasando frío mientras voy a por Buddy, el frío es bueno, tersa la piel. Pero hablaremos de esto mejor en casa.

Ella me miró muy seria para después reírse.

—Eres el mismo que conocí allí, un tocapelotas. Prefiero hablar de esto mientras vamos dando un paseo por la playa. Una vez te llevé a un sitio muy especial para mí, llévame a esa playa de la que tanto me has hablado —dijo ella. No podía creérmelo, pero era Ursa.

Abrí el portal y subimos las escaleras hasta el piso de mi madre, la dejé subir delante de mí y no paré de decirle cosas bonitas sobre su trasero. Antes de meter la llave en la cerradura, escuché como mi perro lloraba e intentaba no arañar la puerta, me costó mucho enseñarle a no marcar las puertas. Al abrir, Buddy se me tiró encima gimiendo y lamiéndome la cara, cuando vio a Ursa se quedó muy quieto, como si hubiera visto algo extraño en esa mujer joven. Se acercó a ella para olerla, me miró y lo empuje para que la saludara, tenía el rabo entre las piernas.

—Venga, hombre, es mi hembra, más vale que te acostumbres, no pienso separarme de ella en lo que me queda de vida.

Él poco a poco se fue acercando hasta que Ursa empezó a acariciarle tras las orejas.

—Sí, esto siempre funciona. ¿Verdad, precioso? Conocí a un perro grande y cariñoso al que le encantaba esto —dijo ella con el mismo tono que usaba conmigo en Ix. Buddy empezó a mover el rabo.

—¡Correa y pelota, vamos, playa! —exclamé, dejó a Ursa y fue a buscar el arnés y su juguete favorito.

—Es un animal precioso, se parece mucho al Buddy de Ix. ¿Sigo siendo tu hembra? —dijo con la voz tomada.

—Siempre lo has sido. Anda, entra, voy a dejar el portátil y a cambiarme de ropa. Esa mochila se parece mucho a la que tenías en Ix, ¿también está llena de dibujos de lobos montando a caballo?

Ella cerró la puerta tras de mí y dejó la mochila en la mesita del salón.

—Mejor aún, he hecho dibujos de las fotos de Hitachi, nunca llegaste a verlas. Pero antes tenemos que sacar a dar un paseo a este perro tan guapo, ¿verdad que sí? ¿Quién es el perro más guapo, quién es el más bonito? —Eso que no dejó de funcionar conmigo el tiempo que estuve en aquel sitio, con Buddy tenía el mismo efecto.

—Tengo que presentarte a mi madre. ¿Debería contarle toda la verdad? —Fui a mi habitación y empecé a desnudarme delante de ella, como otras muchas veces lo hice antes.

—Creo que sería más de lo que podría asimilar, ya nos inventaremos algo cuando nos pregunte cómo nos conocimos. ¿Estas más delgado? —Se había sentado en mi cama y estaba pegándome un buen repaso.

—Saco a Buddy cuatro veces al día, uno de los paseos se lo doy corriendo, casualmente es el de ahora. ¿Qué pie tienes, un cuarenta? Me gusta mucho como vas vestida, pero esos zapatos te van a fastidiar los pies.

Ella sonrió, por un momento pude ver a la osa feliz tras la piel de esa mujer joven.

—Tengo un cuarenta de pie, y estos zapatos me encantan, pero no voy a correr tras de ti. —Levantó los pies en la cama para mostrarme unas botas bajas marrones con una cremallera en el lateral.

—Le vas a coger prestados unos zapatos a tu suegra, creo que no se ha llevado el coche, de aquí a Cortadura hay una tirada y no quiero que te acuerdes del día que nos reencontramos como el que te salieron rozaduras en el pie.

Ella se acercó a mí y me envolvió entre sus brazos.

—¿Cómo puede ser posible? Estás muy suave, igual que en aquel sueño. Vístete de una puñetera vez y vámonos, llevo dos años de aquí más siete meses de allí en estado célibe, una no es de piedra. —Se separó de mí, salió de mi habitación y cerró la puerta.

—¡Huye, cobarde!

La escuché decir algo tras la puerta, seguro que andaba jurando en úrsido. Al cerrar la puerta tras de sí, no pude evitar sentirme triste, igual que cuando me dejaba en Ix. Tenía una sensación extraña, tenía muchas cosas que contarle y otras tantas que preguntarle. Había escogido bien el día para encontrarnos, mañana era sábado y no tenía ningún plan a la vista, lo que sí tenía claro era que quería pasar todo el fin de semana encerrado con ella en algún sitio tranquilo.

Me vestí rápido, al salir de mi habitación encontré a Ursa rascándole la barriga a Buddy después de haberle puesto el arnés. Mi perro tenía un carácter bastante reservado con los extraños; sin embargo, estaba boca arriba disfrutando de una buena rascada de

barriga. Al salir de mi cuarto, Buddy se dio la vuelta y fue corriendo con la correa en la boca.

—¿Nos vamos? ¿Quieres conducir tú, Ursa?

Ella me sonrió y sacó de su cartera el carné de conducir.

—Tengo carné desde hace unos ocho años. Según mi documento nacional de identidad tengo tu misma edad, pero prefiero que conduzcas tú, así podré mirarte en lugar de estar pendiente de la carretera.

—¿Ya no opinas que soy un mono calvo y enfermo? —pregunté.

Ella se levantó para acercase a mí.

—Me he hartado de ver fotos de hombres por internet y prensa, no estás mal del todo. Anda, vámonos de aquí, a ver si de vuelta podemos comprar dulces y merendar con tu madre. —Volvió a cogerme de la mano para tirar de mí.

—Cuánto echaba de menos esto. Vamos a por el coche, no sé dónde puñetas lo aparcó mi madre.

Después de dar una vuelta a la manzana lo encontramos, en ese corto trayecto Buddy no hacía otra cosa que mirarla a ella, por poco se da con una farola por ir pendiente de Ursa. Era un comportamiento raro para un perro, parecía ver algo que los demás no veíamos. Aparcamos el coche cerca del módulo de protección civil y servicios, en verano era impensable aparcar ahí, pero en invierno y a las cuatro de la tarde aquello era un páramo.

Tal como bajamos a la playa soltamos a Buddy y Ursa empezó a ponerme al día. Antes de saltar a este plano llegó a hablar una vez más con Úrsula con la ayuda del pelanas, le explicó quién era la voz en su cabeza y qué es lo que pasaba, esa mujer estaba encantada con la idea de cambiar de plano. Tuve que presionarla para que me contase lo que habló con Fafnir mientras anduve de cacería con Sun. Ese ente le dijo que para el equilibrio de las energías yo tenía que elegir mi propio destino, le dijo que eligiera lo que eligiera su futuro estaba ligado al mío. Sin embargo, le dijo a Kudo que esa misma noche yo volvería a casa y ella tendría que arreglar muchísimas cosas para preparar su partida. Kiyu volvió a su cuerpo en el mismo momento en el que Ursa atrapó el ramo de novia en la boda. Todo pasó en un parpadeo, él miró sus manos, se tocó la cara y fue corriendo a abrazar a Ursa para decirle lo que había pasado. Allí mismo le pidió perdón a Jacob, Buddy y Fang por su trato en el tiempo que compartieron condena con Yuta. Pudo conocer a sus padres, fue un encuentro muy emotivo. Todo esto pasó bajo la atenta mirada de Sun, que esperaba su turno para hablar con Kiyu. Él se acercó a Sun, la miró por un buen rato y al final dijo que era más guapa que en los recuerdos que pudo robar de Mundo. Se abrazaron y aquello fue amor a primera vista. Le pidió que lo llevara con la

familia, que quería aprender a ser un lobo, aquel crío podría tener un padre y esa loba tendría la pareja que quería. Pregunté a Ursa por su familia, ella ya había advertido que esto podría pasar, Úrsula estaría con ellos aprendiendo lo básico de cómo ser un oso rodeada de una familia que le daría amor, tal como Úrsula quería.

Me quedé un rato callado, pensando en todo lo ocurrido, cavilando en todo lo que nos pasó. El cambio de cuerpo, los peligros que pasamos, la gente que conocimos… Seguía tirándole la pelota a Buddy, que una y otra vez se tiraba al agua para cogerla. En una de las veces que le tiré la pelota una ola le dio un revolcón, creí que iba a ahogarse. Sentía el calor de Ursa cogida de mi brazo, estaba muy pegada a mí, pero en ese momento no me atrevía a quitar los ojos de mi perro.

—Mundo, hazme caso. ¿Por qué no me miras? —preguntó Ursa.

No pude evitar reírme. La misma frase, las mismas palabras, el mismo sitio y la misma situación del sueño que tuve en ese tipi durmiendo con una osa. Siempre creía que el destino era una broma de mal gusto, ahora sabía que el porvenir no me iba a tratar mal, el que movía los hilos del futuro me debía una bien gorda. Me volví para abrazarla, creo que en ese mismo momento ella se dio cuenta de lo que pasaba. El viento soplaba más fuerte y las nubes en el cielo amenazaban con dejarnos calados hasta los huesos, todo aquello carecía de importancia para mí, había tenido que perderme en otro mundo para encontrar dónde quería estar, por fin había encontrado mi sitio.

Recordé de nuevo las palabras cantadas por Sting, «El amor puede arreglarte la vida o puede romperte el corazón», a pesar de que ya había hablado esto con Ursa, volví a encontrarle un nuevo sentido a esa estrofa. La rutina no importaba, lo que en realidad tenía valor era con quién la compartías.

2020

Epílogo

El viento y las nubes que prometían lluvia cumplieron su palabra. Una fina cortina de agua iba cayéndonos mientras estábamos fundidos en un abrazo. Ursa sacó de uno de los bolsillos de su chaquetón un par de impermeables finos, de estos que te dan en un parque temático para que no te mojes en las atracciones de agua. Salir de casa y dejarme el paraguas que tenía en la mochila no fue la más brillante de mis ideas, pero con ella cerca no podía pensar con claridad, estaba muy excitado y emocionado como para pensar en cosas tan mundanas como estar calado hasta los huesos. Una vez vestidos de turistas en un parque temático, el teléfono empezó a sonar en mi bolsillo, lo tenía encima porque no me cambié los pantalones.

—Se te va a mojar el móvil y estas cosas con el agua se estropean, lo descubrí por las malas —dijo Ursa haciendo de mamá oso.

—Eres un encanto en cualquier plano. Este se puede mojar, además tengo que cogerlo, es mi madre. —Puse el teléfono en altavoz, quería que ella la escuchase.

—Niño, me has cogido el coche y no me has dicho nada. Tengo que ir a comprar y está cayendo un diluvio, ¿quieres ver a tu madre calada hasta las bragas y cargada con bolsas? —Al escuchar eso último, Ursa empezó a reírse—. ¿Quién se ríe de fondo, es una niña? —Ursa se tapó la boca con ambas manos.

—Sí, mamá, es una niña. Se llama Úrsula, Ursa para los amigos, te va a encantar. Nosotros estamos medio empapados, he sacado a Buddy y nos ha pillado la tormenta.

Escuchamos a mi madre refunfuñar algo.

—¿Has puesto el altavoz y me está escuchando? Ursa, o como quiera que te llames, como se resfrié lo vas a cuidar tú, que se pone muy tonto. Otra cosa, ¿la mochila vaquera y los dibujos son tuyos?

—Sí, señora, los dibujos son míos, estoy estudiando Bellas Artes. No se preocupe por su niño, le he puesto un impermeable y solo esta medio mojado. Vamos a comprar dulces y a merendar juntos.

La miré sorprendido.

—Mi niño sabe cuáles son los que me gustan, así mientras merendamos me cuentas por qué has pintado a Mundo con la cabeza de un lobo en todos los dibujos. Aunque parezca un lobo, la forma de posar, la manera de coger a ese osito es la misma en la que cogía a sus

primos.

Me quedé mirándola con la boca abierta.

—Mamá, estaremos en media hora, te quiero.

Colgué el teléfono y me quedé con el aparato en la mano mirando al infinito, solo el empujón que me dio Buddy para que le tirase la pelota me hizo volver del trance.

—Creo que ahora tendremos que contarle algo con mucha imaginación a tu madre —dijo Ursa.

La abracé bajo la lluvia para hablarle muy de cerca.

—Igual tendríamos que decirle la verdad e ir preparándonos para vivir juntos.

Ella se me tiró encima y me abrazó con fuerza. Pese a no tener su cuerpo de osa, me hizo crujir la espalda. Volvimos a besarnos bajo la lluvia y de nuevo pasó. Nada en este o aquel plano importaba, solo estábamos ella y yo en ese preciso momento.

Agradecimientos

¿Cómo incluir a todos sin olvidar a nadie de los que me ayudaron a terminar este proyecto en una sola página? Pues con esfuerzo, como todo este proceso de aprendizaje que ha sido para mí esta primera novela.

La primera persona a la que me gustaría dar las gracias es a mi mujer, por su enorme paciencia, siempre estuvo a mi lado mientras «escribía cosas frikis, de un friki, para frikis»; me hace reír siempre, gracias por ser tan positiva, tú eres mi Ursa.

Muchas gracias a Vicente, que, aparte de reparar las herramientas en el trabajo, me ayudó a enmendar todos los fallos que tenía este texto. Que una persona a la que considero un lector voraz haya leído mi novela me da muchos ánimos a publicar.

Tengo que agradecer a Sonia por haberme acompañado en todo el proceso creativo, me ha ayudado y animado por partes iguales, recuerdo que me dijo en una ocasión que esperaba los capítulos como si fueran episodios de *Juego de tronos*.

Ester M. Gozalo, como no, una valenciana con muy buena redacción y las mismas ganas que yo de ver su trabajo en papel, muchas gracias.

Mi gratitud para Mari Ángeles, que vino un día entre semana a pelar a mi mujer y a mi hijo y le di una chapa brutal sobre un libro que estaba escribiendo; después de leerse más de quinientas páginas con una redacción «regulera», me dijo que lo compraría en papel.

No puedo olvidarme de mis amigos de Cazadores de letras, me han dado ánimos y han estado ahí cuando creía que era solo un impostor aporreando teclas como un mono.

Tengo que agradecer a mi hermana Cristina, ha sido mi mejor comercial en toda la campaña de *crowfunding*. Ella sería capaz de venderle libros hasta a un analfabeto.

Gracias a todos mis mecenas por creer en mí y comprar una pequeña porción de humo bajo la promesa de que se convertiría en un buen libro.

Muchas, muchísimas gracias a ti, lector, por llegar hasta esta página, lo digo de corazón.

[1] Los días en Ix son un poco diferentes respecto a la Tierra, las

semanas son de nueve días, los dos últimos corresponden al fin de semana: 1. Ichi, 2. Ni, 3. San, 4. Shi, 5. Go, 6. Rok, 7. Nana, 8. Achi y 9. Kyuu.

About The Author

Benito Grille Medina

Benito Raúl Grille Medina (1977, Cádiz). Trabaja como montador de estructuras aeronáuticas, tornero de profesión; el metal es la carrera que eligió y en la que ha estado trabajando desde que salió de la escuela. Su profesión le ha llevado a recorrer todo el país de norte a sur buscando un trozo de pan y llevándose una experiencia de vida muy enriquecedora. Apasionado del ciclismo de montaña, le encanta

la naturaleza. Desde muy joven le ha gustado leer. Cursando estudios participó en más de un concurso literario. Lector voraz y cinéfilo empedernido, odia los agujeros de guion y los personajes vacuos a los que se da nombre para no aportar nada. Actualmente vive en San Fernando (Cádiz) con su mujer e hijo. Sigue montando en bici mientras piensa en las próximas líneas de su siguiente novela.

Books By This Author

El espacio entre tus ojos

La humanidad hace siglos que conquistó el espacio. Ahora, el principal problema de la galaxia somos nosotros, los humanos. Ese dato se le escapaba a Víctor Tureg, ingeniero de primera. Él, en su cerrada rutina, vivía en un sano romance con su «zona de confort», hasta que la conoció a ella. En la actualidad ha cambiado su rutina, ya no trabaja en cruceros de primera, se está enrolando en las naves más ruinosas del universo. Ninguna nave de lujo o línea de transporte navega por el sistema Down (el peor barrio del cosmos).
¿Por qué cambiar un buen puesto de trabajo por otro mal pagado? ¿Para qué se aventura por sitios donde solo los piratas, contrabandistas y prófugos se atreven a ir? La respuesta es fácil, para recuperar la paz en su mente, la tranquilidad de la que antes gozaba, ese «espacio entre sus ojos».
¿Hasta donde llegarías por recuperar tus propios pensamientos?